

CUBA ESPAÑOLA

Reseña histórica de la insurrección cubana

en 1895

POR

Emilio Revertér Delmas

ILUSTRADA POR FRANCISCO BONS

TOMO SEGUNDO



BARCELONA

CENTRO EDITORIAL DE ALBERTO MARTIN

Ronda de San Antonio, núm. 64

1896



PARTE TERCERA

El fracaso

CAPITULO PRIMERO

Juicios y comentarios de la opinión sobre el suceso de Bayamo.—Preocupación del Gobierno.—Envío de nuevos refuerzos á Cuba.—25.000 hombres de todas armas.—La prensa de la Metrópoli.—Censuras á la gestión de Martínez Campos.—*El País* y *La Correspondencia Militar*.—Petición de relevo del general en jefe del ejército de Cuba y fracaso de su política en la Gran Antilla.—*La Unión Católica*.—Comentarios y argumentos de los optimistas en pró del general Campos.—Dudas y nebulosidades.



FUERON tantos y tan diversos en sus conclusiones, los comentarios y juicios que la alarmada opinión hizo y formó acerca de lo ocurrido al general en jefe del ejército de Cuba en su marcha á Bayamo, que sería prolijo hacernos eco de todos ellos y reproducirlos aquí.

Por ello, nos limitaremos á consignar las apreciaciones de algunos militares, que tomaron parte en la pasada guerra y á quienes consultamos, respecto de un hecho que tanto interesó al público.

«Los insurrectos no han debido tener conocimiento del viaje del

general en jefe á Bayamo hasta despues de su salida de Manzanillo, es decir, cuando tenían ya tiempo de reunir número suficiente de fuerzas para dar un golpe de mano en parajes del camino que son verdaderos desfiladeros, en donde la suerte del ilustre general y de su escolta no hubiera sido dudosa.

Es de creer, por tanto, que los filibusteros se hayan concentrado durante la marcha del general á Veguitas, á fin de reunir en la última etapa de su viaje el mayor número de fuerzas para atacarle y asegurar la realización del fin que se proponían, cual era, indudablemente, el de copar el pequeño destacamento que acompañaba al general Martínez Campos.

No se explica—dijeron—cómo fuerzas tan inferiores en número hayan podido librarse de tan numerosas falanges enemigas, si no de la siguiente manera: formando un compacto pelotón y cerrando contra el enemigo y á la carrera y á brida suelta, jugando el todo por el todo, puesto que la resistencia á pié firme en tan críticos momentos, además de ser completamente inútil, sólo hubiera proporcionado á los insurrectos ocasión de cargar con la ventaja de la superioridad de fuerzas.

Supusieron tambien que, acordado rápidamente este *único* medio de defensa, el general Martínez Campos al dar la voz de ¡adelante! se pondría á la cabeza del pelotón para animar y dar, el primero, el ejemplo á sus soldados, y que el malogrado y bravo Santocildes, los ayudantes y oficiales, procurarían cubrir con sus cuerpos á su general en jefe, siendo entonces muerto el primero y heridos los oficiales que tenía á su lado y que con el general Martínez Campos iban á vanguardia.

La rapidez del movimiento operado y la violencia y sorpresa de la embestida, debió abrirles campo entre las filas enemigas, á costa, claro es, de bastantes bajas; y, merced á ello, llegar á Bayamo, poco menos que fugitivos y acosados por las irregulares huestes filibusteras.

Como quiera que los separatistas no consiguieron el fin que se ha-

bían propuesto, gracias al arrojo y heroísmo de nuestros soldados y al valor y serenidad de su bravo general en jefe, y en cambio este realizó su propósito de entrar en Bayamo, lo ocurrido no tiene la menor importancia para el brillo de nuestras armas, aparte lo sensible que son las pérdidas sufridas y la sangre generosa que han derramado los que en cumplimiento de su deber defendieron su bandera y la honra de la patria.»

* * *

El triste suceso de Bayamo, ó desgraciado combate de Peralejo, influyó en el ánimo del Gobierno en términos que se pensó en adelantar el envío de los refuerzos que debían embarcar para la isla en Otoño, y en este sentido telegrafió el ministro de la Guerra al general Martínez Campos.

El señor Cánovas del Castillo remitió por correo una extensa carta al general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, en la que se ocupaba de la impresión que había causado en la Península lo ocurrido en las inmediaciones de Bayamo.

Al propio tiempo, el jefe del Gabinete, reiteróle en nombre del Gobierno y de S. M. la Reina Regente, su confianza, y le encareció que pidiera, sin limitación, cuánto estimase necesario para combatir sin tregua y con mano firme al filibusterismo.

Habiendo sido la contestación del general Campos al telegrama de su jefe, el ministro de la Guerra, conforme con los deseos del Gobierno, acordóse proceder inmediatamente á la organización de los veinte batallones de infantería en pié de guerra, ocho escuadrones con 150 caballos, un batallón de artillería de plaza y dos baterías de cañones sistema *Maxim*.

En su consecuencia, y en cumplimiento de ese acuerdo, dictáronse por el ministro de la Guerra las instrucciones correspondientes para la organización de los nuevos refuerzos que habían de marchar á Cuba.

Las fuerzas de infantería formaron veinte batallones sacados de los regimientos y batallones del Rey, Canarias, Leon, Asturias, Alava, Granada, Soria, Vizcaya, Tetuán, Asia, Mallorca, Galicia, Chiclana, San Marcial, Burgos, Constitución, Isabel II, Barcelona, Las Navas y Reus.

Cada batallón lo formaban seis compañías, con un total de 1.000 plazas: su plana mayor fué la asignada á los batallones formados últimamente, excepto los de cazadores, que habían de llevar un capitán más y la música.

La compañía la formaban un capitán, dos primeros y dos segundos tenientes, cinco sargentos, diez cabos, cuatro cornetas y 148 soldados.

Para su formación, cada regimiento de los designados ó batallones de cazadores de los que formaron el grupo, dieron 450 soldados, acudiéndose para completar los 550 hombres á la reserva de 1891.

Las fuerzas que guarnecían las islas Baleares, dieron también su contingente para el solo objeto de cubrir bajas.

Los jefes y oficiales de estas fuerzas fueron los voluntarios y designados por sorteo, por no haber bastado los que había dentro de las unidades dichas, acudiendo para los que faltaron, lo mismo que anteriormente, al sorteo general dentro de cada clase, á falta de voluntarios.

* * *

Los ocho escuadrones de caballería fueron sorteados entre los 18 regimientos del arma que resultaron libres en el último celebrado.

Cada escuadrón estaba compuesto de un comandante, dos capitanes, seis subalternos, un médico segundo, un veterinario, cinco sargentos, diez y seis cabos, cuatro trompetas, un forjador, 130 soldados, 11 caballos de oficial y 120 de tropa. Fueron formados con fuerzas de los re-



LUCHA PERSONAL Y DESESPERADA ENTRE UN SOLDADO Y UN MAMBÍ

gimientos, que llevaban más de seis meses en filas, y con los reservistas de 1891.

El batallón de artillería de plaza compuesto de seis compañías y fuerza de 800 hombres, se formó con el que le correspondió por suerte entre los ocho del arma y conforme á las bases dichas.

Las dos baterías de montaña se formaron de los regimientos de la misma arma en la Península.

Para cubrir las bajas que estas fuerzas debían dejar en la Península, se acordó acudir á los reclutas disponibles.

Dada la escasez de subalternos de infantería, acordóse acudir para completar los cuadros de los batallones expedicionarios á los de la escala de reserva retribuida, y á falta de estos á los elementos que había habilitado para la campaña la última ley aprobada en Cortes.

Acordóse también abrir una recluta voluntaria.

Los diez y nueve cañoneros que se estaban construyendo por cuenta del Gobierno español en astilleros ingleses, habían de hallarse de todo punto listos para prestar servicio, precisamente el día 8 de Octubre inmediato, pues así estaba consignado en el contrato formulado entre el ministro de Marina y las casas armadoras.

El general Beranger desplegó grandes actividades y energías para que pudiera llevarse á cabo en el más corto plazo posible la vigilancia de las costas de Cuba, y á pesar de las dificultades que se le suscitaron para el transporte de los cañoneros desde los puertos de Europa al mar de las Antillas, se dispuso á vencerlas todas, y se propuso que la flotilla en construcción se hallase á fines de Octubre en aguas de Cuba.

*
*
*

A consecuencia de lo ocurrido al general en jefe del ejército de Cuba en el camino de Bayamo, y que la opinión general dió en calificar de desastre de Peralejo, púsose á discusión en la prensa de oposición de la Metrópoli la gestión del general Martínez Campos en la gran Antilla.

Uno de los periódicos que más ruda campaña emprendió á raíz del suceso de Bayamo, contra la gestión y la política del caudillo de la restauración en la isla de Cuba, fué *El País*, diario demócrata-progre-

sista. Por su acentuada oposición y parcialidad política fué la campaña del diario órgano en la prensa madrileña del partido revolucionario muy personal y por tanto muy apasionada y parcial.

Otros varios fueron los periódicos de Madrid y provincias, republicanos y monárquicos y hasta alguno ministerial que hicieron coro á *El País*, censurando todos acremente la gestión en Cuba del gobernador general, considerándola como fracasada, y pidiendo unánimes al Gobierno su inmediato relevo.

La Correspondencia Militar fué también uno de los diarios que unieron su voz á la de sus colegas de oposición á la política del general, haciendo el siguiente comentario á la gestión del ex-pacificador de Cuba.

«La primera equivocación que se tuvo, fué la de mandar á Cuba, como general en jefe, á Martínez Campos. Figurando éste, aunque con mengua de sus colegas, como el *único* prestigio militar de España, debió reservarse para un caso extremo; para el final.

Nadie niega al señor Martínez Campos su valor, su inteligencia, su actividad y grandes cualidades de soldado; pero no debemos olvidar que su crédito grande lo adquirió terminando dos largas guerras, empleando el sistema de atracción *por medio del dinero*, al cual sucumbieron carlistas y separatistas cubanos porque unos y otros sostenían, ya fatigados, una lucha estéril y sin esperanzas de triunfo.

Pues bien, sin meditar en la diferencia que hay entre el estado de la insurrección en 1877 y el actual, Martínez Campos ha concebido el pensamiento de vencer á los rebeldes cubanos por la persuacion y las ofertas, sin fijarse en que las nacientes guerras en esos bandos se sostienen más por los entusiasmos que despiertan en la juventud las predicaciones de los apóstoles de su idea, que por los triunfos de las armas.

Segunda equivocación ha sido esta, y bien grande.

Descansando el plan del general en jefe de nuestras tropas en Cu-

ba sobre una base falsa, sobre dos equivocaciones, claro está que la insurrección había de aumentar y aumenta allí y toma vuelos y alientos, ganando no sólo en armas, sino en moral, que á veces es el arma que triunfa con más provecho que aquéllas, porque influyendo en el país prepara nuestra derrota más cierta...

La tercera equivocación consiste en la delicadeza del Gobierno, en el temor ó timidez de este en no advertir al general Martinez Campos que su sistema nos está causando fracasos sobre fracasos y nos llevará á la ruina si no lo varía.

Es decir, que hay que llamar á lo de Cuba, *la campaña de las equivocaciones.*»

* * *

Y terminaba el diario militar el artículo dedicado á cuestión tan discutida, pidiendo el relevo del general Martinez Campos, en los siguientes términos:

«Levantemos entre todos el espíritu del país para que se interese más con sus manifestaciones patrióticas por los intereses de la patria, apoyando y ayudando al Gobierno á resolver los problemas difíciles que se presenten para dar otra dirección á la campaña de Cuba.

Hasta aquí, sólo el Gobierno, mejor dicho, sólo el espíritu fuerte y patriótico del señor Cánovas del Castillo es el que se ha manifestado, enviando á Cuba hombres y millones en cantidad mayor de la que se le pedía.

Aun ha hecho un esfuerzo mayor, superiorísimo, accediendo á que se pague la indemnización Mora, quizá con la amarga reserva de sospechar que este dinero ó parte de él sirva para aumentar los elementos de guerra de los insurrectos cubanos, pues, ¡quién sabe si á cuenta de

este crédito se ha tomado en Nueva York alguna gran cantidad de pesos!

Todo el mundo lo dice, aunque no se atreve á publicarlo en la prensa: «El general Martínez Campos ha fracasado y debe volver á España enseguida.»

Oiga el señor Cánovas la voz del pueblo y el leal consejo de un amigo. Antes que los insurrectos en una emboscada asesinen al general Martínez Campos, ó antes de que este, siguiendo su equivocado sistema, se desacredite, relévelo con energía, por su bien y por el de todos, procurando enviar á Cuba inmediatamente un general de confianza, talento y carácter, que acometa con brios la empresa, haciendo la guerra con la guerra, contestando al fuego con el fuego, y, sobre todo, tratando á los insurrectos cubanos con la dureza y firmeza que se merecen.

Lo contrario, será perder á conciencia la isla de Cuba.»



Comentando la luctuosa jornada de Bayamo y la desgraciada muerte del bravo general Santocildes, dijo *La Unión Católica*, periódico de la comunión carlista:

«Nada de pesimismo por las contrariedades de la guerra. En la guerra hay flujos y reflujos y alternativas, y los valientes se crecen con la contradicción y la lucha.

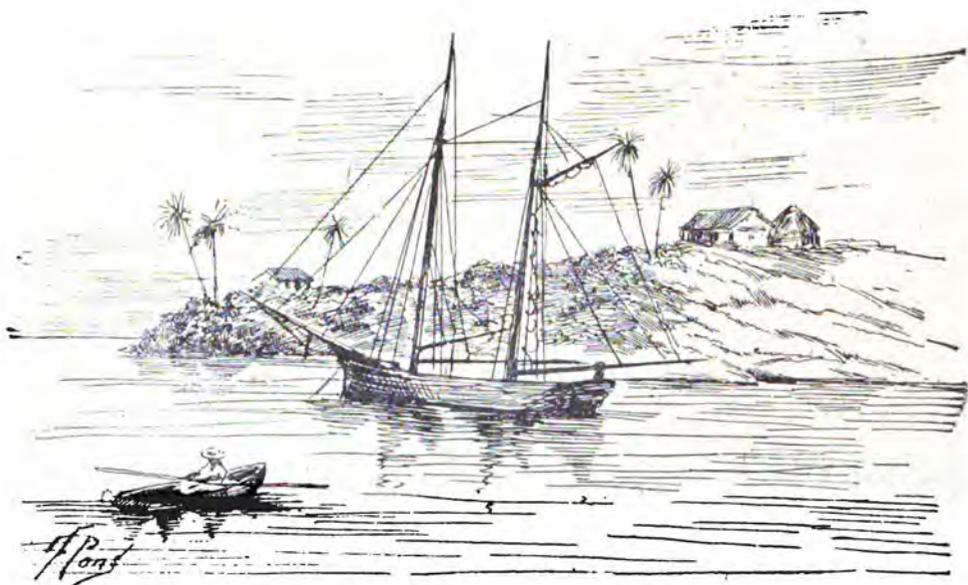
Aquí en España hay algunos hijos espúreos que especulan y trafican con las alarmas de la guerra y que no reparan en medios para cotizar la baja con invenciones estupendas y con falsísimas noticias.

Aquí en España hay unos cuantos laborantes que en la Bolsa pretenden explotar las desgracias de la patria.

El Gobierno conservador está dispuesto á perseguir á hierro y fue-

go, con todos los medios de guerra y con todos los recursos económicos, la infame insurrección de Cuba, y perseguir también á esos especuladores y logreros de la bolsa, que han descubierto una manigua para con sus machetes de vil y miserable interés herir traidoramente el crédito de la nación española.

Sursum corda. ¡Arriba los corazones! No olvidemos que somos es-



LA CAIMANERA (Guantánamo)

pañoles. No olvidemos que España, ó no será, ó si es, ha de vivir con todo el ánimo viril, con todo el patriotismo, con toda la sangre y valor, con todo aquel espíritu épico que acredita su gloriosa historia.

¡Arriba los corazones! Contra los machetes y contra la manigua irán todos los corazones, todo el hierro y todo el fuego de todos los buenos españoles, y Cuba será española por siempre, y no quedará pie-

dra sobre piedra de la innoble insurrección, ni cimiento del separatismo.»

* * *

Indudable es, que las cosas no son como se quiere que sean y cada cual las vé según sea el color del cristal con que las mira. Y esto, precisamente, ocurrió con los comentaristas del suceso de Bayamo ó acción de Valenzuela.

En contraposición de los pesimismos de los opositoristas á la gestión y política del caudillo de la restauración y pacificador de dos guerras, entendieron los partidarios de su sistema y sus amigos personales, que la marcha del general en jefe del ejército de Cuba á Bayamo, obedecía y era el prólogo de acontecimientos importantísimos é inmediatos.

Para formar opinión y juicio, acerca de la ida de Martínez Campos á Bayamo,—decían los optimistas y partidarios del general—precisa no perder de vista los trabajos precisos de organización y distribución del ejército de operaciones en la isla y conocer el terreno teatro de la guerra para saber interpretar delante del mapa los *supuestos tácticos ó extratéticos* que pueden preocupar las inteligencias directoras de la campaña. Desplegar, pues, el mapa de la Gran Antilla y fijar la vista en la parte oriental de la isla, y una vez señalada la ciudad de Bayamo, donde se ha situado tras combates gloriosos Martínez Campos, se *adivinará* fácilmente que dicha plaza ocupa casi el centro geométrico de un cuadrilátero formado por las villas y ciudades de Santiago de Cuba, Manzanillo, Holguín y las Tunas.

En las superficies de ese cuadrilátero existe el núcleo de la rebelión; allí se han librado los principales combates, en sus terrenos fangosos y

bosques impenetrables, tienen los revoltosos su principal defensa é impunidad. A la casi imposibilidad de moverse y avanzar y operar nuestras tropas, fian las huestes de Máximo Gomez mantenerse en sus guaridas para dar largas y cansar á nuestro ejército.

Ahora bien:-argumentaban los defensores é intérpretes del pensamiento y plan del general en jefe—¿podía Martinez Campos iniciar un movimiento envolvente desde los cuatro vértices del cuadrilátero para decidir en el centro el éxito de todo un plan?

¿Era fácil ese avance desde las costas al centro, sin correr grandes riesgos de incomunicación, sorpresas y falta de abastecimiento?

Cabe pensar en que Martinez Campos habrá meditado mucho sobre las contingencias de tal procedimiento ú operación y seguramente lo habrá abandonado, por el momento, dadas las condiciones del terreno y los rigores de la estación.

Pero, bien pudiera suceder, en cambio, que el general en jefe, para quien la inacción es letra muerta, haya concebido un plan absolutamente contrario á la moda de las envolventes. Martinez Campos, á juicio nuestro—decían los *adividores* de sus ignotos planes—se ha situado en Bayamo, centro del cuadrilátero Santiago, Manzanillo, Holguín y las Tunas, para acometer en su propio terreno y en el corazón, al núcleo de las fuerzas insurrectas, y arrojándolos sobre cualquiera de los vértices ó sobre todos, obligarles á reñir combate con el ejército, que no escatimará tiempo ni perderá ocasión de correr á su encuentro.

¿Es admisible este supuesto?—preguntaban á sus contrarios, los defensores del general.

Pues si lo es—añadían—¿no indica una gran pericia militar y rara concepción extratéctica en el ilustre caudillo que se halla al frente de nuestro ejército en Cuba?

Esperemos pocos días, quizás pocas horas, y los hechos aclararán

la verdad. Mientras tanto, dejémonos de galeotismos y pesimismo, y pensemos que la crítica de la guerra hecha desde la terraza de un casino, en una mesa de café, ó en una gacetilla de periódico, hace más daño que todos los filibusteros juntos.

Un ejército sin general es un montón de carne y de miembros sin acción, sin movimiento, sin vida; y un general que se discute es... un peligro.

En la guerra no puede ni debe revelarse nunca el pensamiento del que la dirige.

Hacer otra cosa es preparar la catástrofe.

Para nosotros—concluían los optimistas y partidarios del discutido general—lo de Bayamo es un suceso de trascendencia que habla muy alto en pró de Martínez Campos.

¡El cuadrilátero sobre el que están fijadas todas las miradas, podrá ser la necrópolis del filibusterismo!»

* * *

Así se expresaron los defensores del general Campos y de su sistema, al comentar el suceso de Bayamo.

Ya vimos cuán fantásticas y visionarias resultaron las suposiciones de los intérpretes ó adivinadores de los planes del general en jefe del ejército de Cuba.

En efecto... allí no hubo nada, y todavía esperamos la anunciada batalla campal y total batida de los separatistas.

¿A qué obedeció, pues, cabe ahora preguntarnos, la precipitada y temeraria marcha del general en jefe del ejército de Cuba á Bayamo, á través de numerosas huestes filibusteras que acechaban su paso convenientemente apostadas y parapetadas en ventajosas posiciones, y á

costa de más de un centenar de víctimas inutilmente sacrificadas en aras de su deber militar?

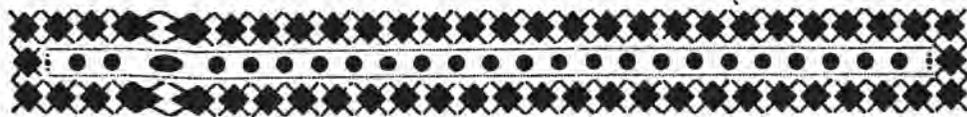
¿Qué se propuso el general Campos en su ida ó visita á Bayamo?

¿Qué objetivo tuvo su viaje y marcha á la capital de la jurisdicción y antigua residencia del Gobierno superior de la isla?

No lo sabemos, y esta es la hora que no lo hemos podido averiguar, ni aun adivinar.

Sin embargo, no podemos pensar, en manera alguna, que no obediera á algún plan, determinado y preconcebido por el general en jefe, cuya ejecución tuvo luego que abandonar á causa de imprevistas circunstancias, y, quizás, algún día, nos lo digan sus biógrafos ó historiadores, ya que hasta hoy, nadie se ha ocupado en aclarar nuestras dudas, ni se ha prestado á revelar el misterio que rodea el triste suceso de Bayamo, de perdurable y luctuosa recordación para buen número de familias.





CAPITULO II

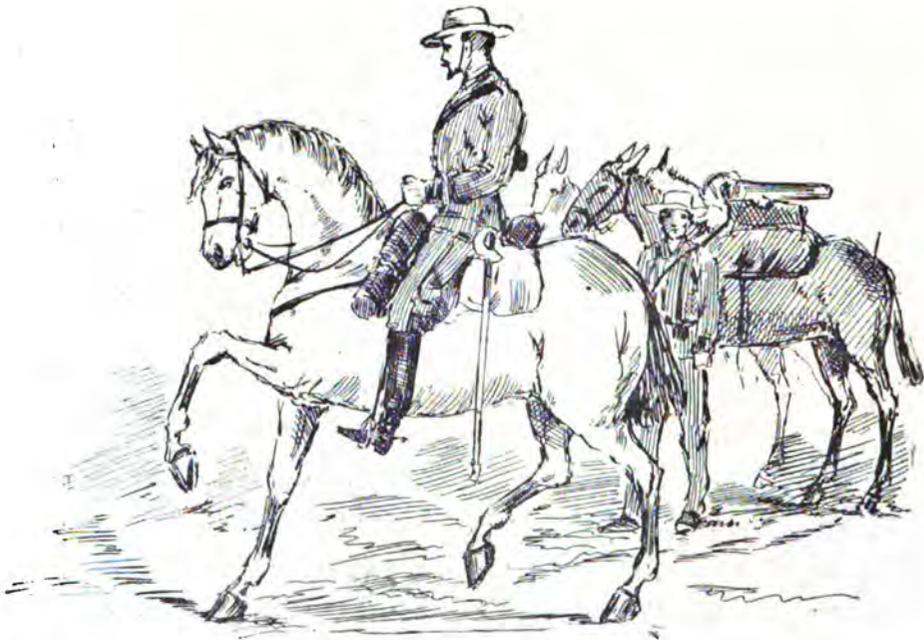
Disquisiciones y comentarios á un artículo de *Le Figaro*.—Declaraciones del embajador de los Estados Unidos, en París.—Conducta del Gobierno de Washington y apatía del Gobierno español.—Lo que debiera de haber hecho nuestro Gobierno.—Visita y manifestaciones del ministro plenipotenciario de la gran República á nuestro ministro de Estado.—Desautorización de mister Eustis á sus declaraciones.—Opinión de Castelar.—Organización de los separatistas cubanos en París.—El periódico socialista de París *L'Intransigent*.—Información acerca de la situación y estado de la gran Antilla.



OBJETO de innúmeros comentarios y disquisiciones sin cuento, y motivo de grande algarada entre los concurrentes á los círculos políticos de la villa y corte, fué la publicación en *Le Figaro*, de París, de una *interview* celebrada por uno de sus redactores con mister Eustis, embajador de los Estados de la Unión, en la capital de nuestra vecina república.

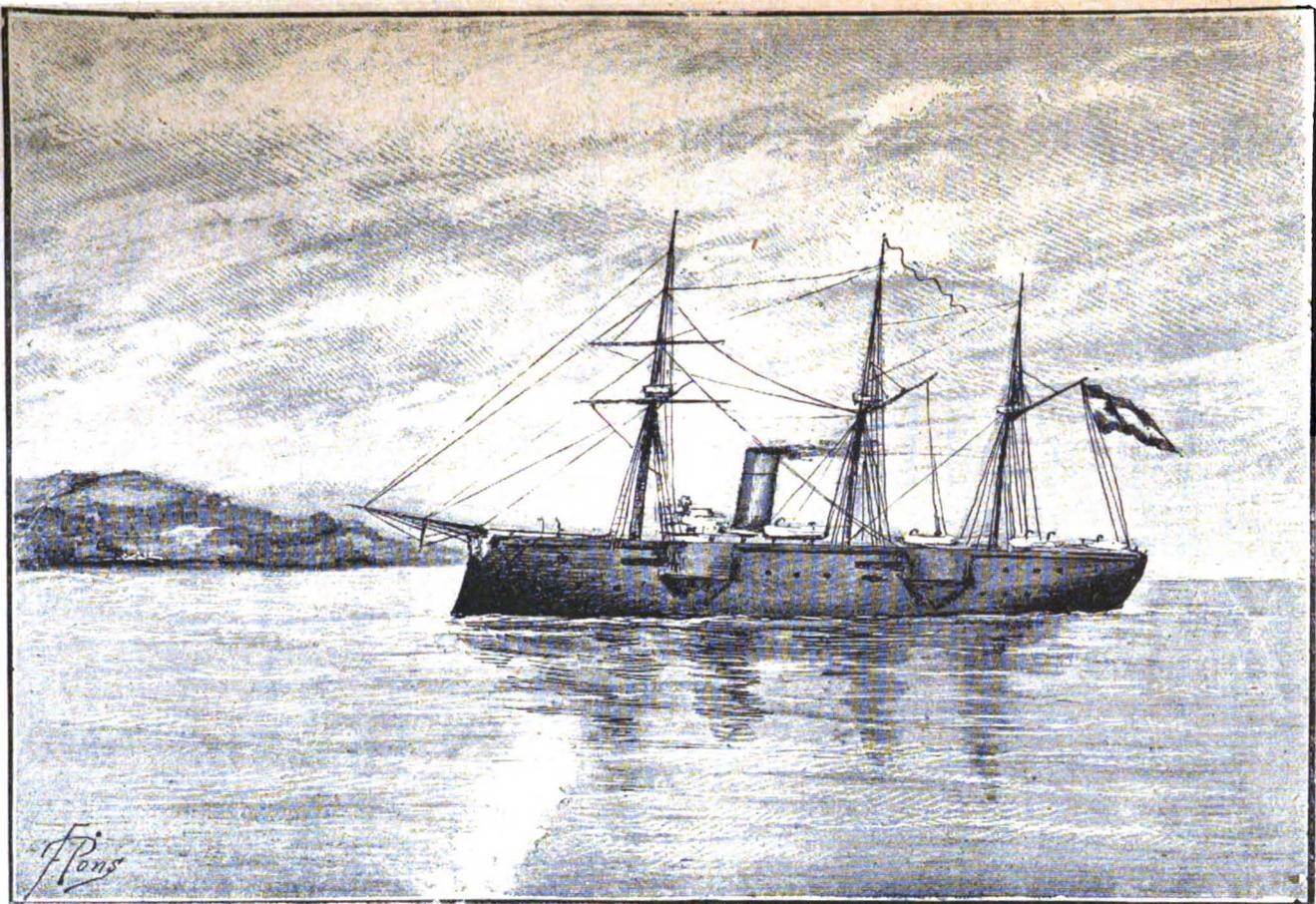
Declaró el representante de la gran República norte-americana que los Estados Unidos no tenían por qué inmiscuirse en los asuntos de Cuba; pero que no debía ocultar que las simpatías de los norteamericanos estaban en favor de los insurrectos de la gran Antilla, «los cuales—añadió—encontrarán en mi país, á espaldas del Gobierno, apoyo y socorros de todo género, en armas, dinero y hasta hombres.

Mister Eustis alabó, después, con dudoso tacto diplomático, á los rebeldes, á quienes supuso dotados de grandes energías, y dijo, que si continuaba la lucha durante un año, era muy posible que triunfasen de la impericia de las tropas españolas y acabasen por cansar al Gobierno de la Metrópoli.



OFICIAL DE ARTILLERIA DE MONTAÑA

Estas declaraciones del embajador en Paris de los Estados Unidos, fueron allí muy comentadas por toda la prensa, por estar muy fuera de las costumbres y conveniencias diplomáticas, y repercutieron aquí con gran resonancia, promoviendo, como hemos dicho, grande algarrada en los círculos políticos.



CRUCERO «SANCHEZ BARCAIZTEGUI»

No era la primera vez que el representante de los Estados Unidos en la capital de Francia, se había permitido ciertas apreciaciones respecto á la insurrección cubana, que no estaban muy en armonía con el tacto y la reserva que están obligados á guardar siempre los representantes diplomáticos cuando se trata de asuntos que directa ó indirectamente afectan pueden á la honra ó á la dignidad de una Nación, con la cual está en buenas relaciones aquella cuya representación ostenta.

Hacia algún tiempo, que mister Eustis en un banquete celebrado en París, y al cual asistieron varios americanos, emitió algunas atrevidas afirmaciones respecto á la guerra separatista de Cuba que, no solo merecieron las más duras censuras de la prensa española, si que también de una gran parte de la francesa.

En la *interview* á que nos referimos, el embajador de los Estados Unidos ya no se limitó á pronunciar un brindis más ó menos atrevido, sino que al dar su opinión sobre un asunto que en nada afectaba ni interesaba á su país, á un redactor de uno de los periódicos de mayor circulación de Francia, emitió conceptos y frases que entrañaban una injuria y una ofensa á una nación amiga.

Otro país, al tener conocimiento del acto realizado por su representante, lo hubiera desautorizado inmediatamente, relevándole de un cargo que no sabía desempeñar con la circunspección y prudencia debidas al elevado y delicado cargo que desempeñaba.

Ahora bien; ¿qué hizo el Gobierno de los Estados Unidos?
¿Qué hizo el de España?

* * *

De momento, y tan luego se tuvo noticia de las declaraciones de mister Eustis, tres cosas debiera haber hecho nuestro Gobierno.

Primera: Suspender toda negociación referente al asunto Mora, mientras Cuba no estuviera completamente pacificada.

Segunda: Exigir á los Estados Unidos el exacto cumplimiento de sus deberes internacionales, para saber de modo cierto si habíamos de mirarlos como enemigos ó como amigos.

Tercera: Exigir se impusiera al embajador ó representante de la gran República, en París, el castigo á que se había hecho acreedor por su incomprensible lenguaje alentador de la rebelión cubana y ofensivo á la dignidad de España y de su ejército.

¿Qué hizo, en cambio, el Gobierno español?

Acallar, por medio de sus órganos oficiosos en la prensa, el grito de la opinión, herida en sus fibras más delicadas, en su orgullo y honor patrio, siguiendo su política de debilidad y de miedo, y manifestar que el duque de Tetuán, nuestro ministro de Estado, había recibido la visita del ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, para hacerle presente que eran inexactas las declaraciones que la prensa había atribuido á su colega, el embajador de la gran República, en París.

Y, en efecto, la afirmación de mister Taylor fue muy pronto confirmada por la prensa extranjera, que dió la noticia de que Mr. Eustis negaba rotundamente cuánto le había atribuído el redactor de *Le Figaro*.

Sin embargo, la desautorización de mister Eustis á las declaraciones que le atribuyera *Le Figaro*, no fué todo lo explícita y rotunda que debiera haber sido; y, no solo no fué lo suficientemente franca y enérgica que el caso requería, si no que por lo que se dedujo de los despachos del corresponsal de *El Nacional*, en París, y las escasas líneas que *Le Temps* dedicó al asunto, el embajador de los Estados Unidos en la capital de nuestra vecina República hizo, en efecto, á monsieur Gaston Routier, redactor de *Le Figaro*, las manifestaciones que éste consignó en su *interview*.

*
*
*

Hé aquí las líneas publicadas por *Le Temps*.

«Cuanto á lo que se refiere á la *interview* de *Le Figaro*—dijo Mr. Eustis á nuestro compañero de redacción que le visitó—no conozco á ese señor Gastón Routier, á quien jamás he visto. Hoy por la mañana aún ignoraba que hubiera persona alguna que lleve ese nombre, y seguro estoy que no ha venido á visitarme. Desde luego declaro y confieso, que su artículo está muy bien hecho, perfectamente escrito, y he experimentado un verdadero placer al leerlo; pero *yo no he autorizado* al autor ni á nadie para publicar mis opiniones respecto á los asuntos de que en él se trata. Yo no he hablado de esto á *ningún periodista*.

»Por su parte, el redactor de *Le Figaro* sostiene que el 12 de Mayo fué presentado á Mr. Eustis por su secretario, y que sostuvo con el una conversación de tres cuartos de hora, en la cual le hizo las revelaciones que consignó en su *interview*.

—»Como el Secretario del embajador—añadió Mr. Routier—me presentó como publicista y no como periodista, no es extraño que ahora no se acuerde de lo que entónces me dijo.»

El embajador norteamericano se expresó en los siguientes términos textuales.

«Acude á mi memoria que mi secretario me presentó á Mr. Routier, pero como escritor, no como *periodista*. *No le autoricé para imprimir la conversación, ni me advirtió nunca que iba á publicarla*. Si me lo advirtiera no le hubiera dicho nada, porque mi deber me impide divulgar mis opiniones.

»Por lo demás, es incierto que hubiera yo empleado semejante lenguaje, ni comprendo por qué Mr. Routier se ha creído con derecho

para invitarme á que discutieramos ambos las cuestiones más delicadas de la política internacional.»

Se dijo que el Ministro de los Estados Unidos, en Madrid, tele-



PRESENTACIÓN DE UN PRISIONERO REBELDE

grafió á su Gobierno, á fin de dar en breve las explicaciones convenientes para desvirtuar el mal efecto producido en la opinión por las frases atribuidas al Embajador norteamericano, en París, pero esas explicaciones no vinieron, y mister Eustis ni siquiera fué amonestado,

conformándose nuestro Gobierno con las manifestaciones hechas por mister Taylor.

* * *

Pedida por un diario al eminente Castelar, su opinión acerca de las de claraciones del Embajador de los Estados Unidos en París, dióla en los siguientes términos:

«No puedo ni debo terciar—dijo el eximio escritor—en una cuestión sostenida entre dos caballeros sobre la autenticidad de una conversación mantenida por ambos; pero sí debo decir que las ideas sustentadas por el señor Ministro de la República norteamericana en París, ó al menos á él atribuídas, se dilatan mucho por los Estados Unidos y hacen gran daño á la isla que pretenden los americanos amparar y defender con tanto empeño.

Cuando se acababa el régimen antiguo y nos apercibíamos á concluir con la esclavitud, el año 68, ya iniciaron los separatistas una guerra que nunca jamás habían hecho prevalecer en tiempos del absolutismo colonial. Y, ahora que nos habíamos comprometido todos los españoles á dar un paso más hacia el gobierno de la isla por sí misma, sin quebranto de la unidad nacional y del Estado, ahora vuelven á la guerra que yo considero antihumana, como la que hicieron los esclavistas al Cristo de los negros, al inmortal Lincoln.

«Cuando España sojuzgue la insurrección, pues habrá de sujuzgarla pronto, ¿qué dirán los Estados Unidos si hay en la política de Cuba un retroceso, y queda reducido el hermoso país á territorio, como quedaron reducidos los Estados rebeldes? Mi patria no retrocederá en el progreso de Cuba, y si retrocediera, ellos tendrían la culpa, por mantener engañosas esperanzas.

Injusta, injustísima es la gente americana del Norte con la Nación que fué madre y descubridora de América. En Europa todavía reina por las artes y por las letras un grande clasicismo, como todavía existe por el mundo una especie de religión llamada helénica, porque Grecia inició nuestra civilización europea.

«En los pueblos occidentales hemos hecho con la civilización romana una especie de dogma, y la hemos llamado catolicismo. Pues bien; América, indudablemente, habrá de crear tarde ó temprano, una religión que se llamará Hispanismo, porque debe desde el Missisipi hasta la Patagonia la civilización, que ha sido su espíritu, á la grande Hispania. Y las leyes lógicas de la sociedad, y las leyes providenciales de la religión, quieren que sea España eternamente una potencia americana, y lo será para lustre del planeta y bien de la humanidad.»

* * *

Era indudable, según reflejaban en sus columnas algunos diarios de París, que los separatistas cubanos tenían allí y en algunos otros puntos de Francia, una organización encaminada á hacer atmósfera á favor de la insurrección de Cuba, apelando á toda clase de medios para contrarrestar las noticias favorables á la causa legítima de España.

En vista del fracaso producido por la tan discutida conversación del embajador de los Estados Unidos, mister Eustis, con el redactor de *Le Figaro*, suceso que había llamado allí vivamente la atención pública, el periódico socialista *L'Intransigeant* publicó otra *interview*, que según dijo había celebrado uno de sus redactores con un jefe insurrecto cubano, que se encontraba accidentalmente en París con una misión de los rebeldes de la Grande Antilla.

En ella el jefe separatista trató de desmentir y aminorar la impor-

tancia de las patrióticas declaraciones hechas por el ilustre jefe de nuestro Gobierno, señor Cánovas del Castillo, á un redactor de *Le Gaulois* acerca de la insurrección de Cuba y sobre el firme propósito del Gobierno español, inspirado en el sentimiento público, de sofocar la fratricida rebelión pronto y enérgicamente por todos los medios y recursos que disponía la nación española.

Fijó en *veinte y cinco mil* el número de insurrectos, *doce mil* de ellos armados con rifles y fusiles, y afirmó que la única solución al estado de cosas en Cuba, estaba en la anexión á los Estados Unidos.

La fiebre amarilla empezaba á desarrollarse; el calor era insoportable; las lluvias torrenciales y continuadas, y los caminos estaban verdaderamente intransitables.

La agricultura estaba muerta, la esperanza había huido ya de los naturales de la isla, y la guerra destructora con sus ruinas y miserias, presentaba el cuadro más triste y sombrío.

Salían los vapores para Nueva York, Santo Domingo y Haití, que apenas eran suficientes para conducir los pasajeros que huían y abandonaban la isla en busca de la paz y bienestar que habían perdido.

Aquellos hermosos campos de exuberante vegetación, aquellas ricas regiones de cafetos, cacao, cañas y tabaco, estaban cubiertos de hierbas y casi perdidos los plantíos, ó habíanse convertido en un vasto erial.

* * *

El Camagüey—dijo—es un sepulcro: cuesta trabajo hallar allí una casa en la que se note alguna animación; diríase que la capital se halla de luto, como si acabase de pasar por ella una de esas tremendas epide-

mias que arrebatan de cada hogar un afecto; y es que, á pesar de que en la ciudad no han sido muchos los que han empuñado las armas, todos se preguntan ante las noticias que se reciben, ¿á dónde iremos á parar?

«Y tienen razón. Ninguna población de la isla siente más pronto las consecuencias de una guerra que la de Puerto Príncipe: allí todo el mundo vive, exclusivamente, de la riqueza pecuaria. La venta de ganado y la fabricación de queso son las riquezas principales; y las familias cuentan para su manutención con la vianda y frutas de sus fincas, con la leche de sus vaquerías, el carbón de sus montes, y con todo lo mucho que para las minuciosidades de la vida producen sus propiedades.

«Los sublevados, séase como detalle de su plan de campaña ó como previsión de sus necesidades, no permiten que se extraiga de las fincas, ni una res, ni una vianda, aunque sean propiedades de los familiares y deudos de los que han empuñado las armas.

«Hasta ahora, los que tienen sus ganados cerca de la ciudad han podido transportar algunas reses; otros viven de sus pequeñas economías, y otros del escaso crédito que en esta situación puede mantenerse; pero esto tendrá muy pronto término, pudiendo asegurar que todos se hallan en vísperas de la miseria.

.
Todas las revoluciones tienen dos períodos, sin que á nadie le sea dable contenerlos ni evitarlos.

El primer período es el del entusiasmo, el del romanticismo, el de las grandes ilusiones y las grandes esperanzas, resultante directa de la propaganda y de las impresiones que durante tres ó cuatro años se han tenido y cambiado, y la facilidad con que ha podido columbrarse la victoria en tiempos de paz y de completa calma á través del prisma de color de rosa con que todo se mira.

En ese primer período de conspiración y propaganda, de entusiasmo y esperanzas, de ilusiones y de ensueños, basta con tener fé y buena voluntad, como dicen los que han vivido durante ese tiempo con la vida del espíritu, dando vueltas á las ideas y sentimientos que les son gratos y agradables, para concebir y vislumbrar la realización de todos sus ensueños.

El segundo período es el de las fatigas, el del cansancio, el de los sufrimientos, el de los desengaños, á causa de las ilusiones perdidas, de las esperanzas frustradas, de los ensueños desvanecidos y las realidades amargas que han venido á suceder á los entusiasmos del primero.

Mientras la revolución se halla en el primer período de ilusiones románticas, no bastan ni pueden ser eficaces los consejos de los hombres prudentes, para contener la explosiones de entusiasmo.

Esas son, lógicamente, las manifestaciones ó síntomas de todas las guerras de familia. Se hace y se deshace; se cae del espiritualismo en el realismo, sin que pueda evitarlo ni la prudencia de los más, ni los consejos de los hombres de talento y de prestigio, de sereno juicio y de experiencia.



AYUDANTE DE QUINTIN BANDERAS

Hay que dar tiempo al tiempo, porque ese es el único remedio contra las guerras de familia.

* * *

Consultada por nosotros, en aquella fecha, persona competentísima y conocedora del estado de cosas en la isla, acerca de la situación de la perla de nuestras Antillas, he aquí el razonado informe que nos remitió:

«Hay que conocer, ante todo, el estado del país, para poder apreciar la gravedad de la situación.

Cuba se halla atravesando un período de crisis económica muy seria y de gravedad tal, que desde ahí no es posible ni cabe apreciar.

No hay quizás una docena de hacendados en la isla que en la última zafra hayan cubierto sus gastos; estos son los pocos que no tendrán deudas.

Para los más la zafra ha sido una ruína; y con el temor producido por la insurrección, se retraen los capitales y los hacendados no encuentran dinero á ningún precio, con lo cual no han de poder atender á los trabajos agrícolas del tiempo muerto.

De ahí dos cosas: una, el mal estado á que vendrán las siembras de caña y la falta de nuevas siembras, con lo cual la próxima zafra ha de ser necesariamente corta, y poco aprovechará la mejora de precio que se espera: otra que quedarán sin trabajo millares y millares de jornaleros desde aquí á Diciembre, en que comience, bien ó mal, la nueva zafra.

Tan serio es este último peligro, que para conjurarlo, en las provincias de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe (Oriente y Camagüey, como suele llamárselas aquí), es decir, en las provincias en que es más

importante la sublevación, ha ordenado el general Martínez Campos que se emprendan á la carrera obras públicas para ocupar á los *guajiros*, que al encontrarse sin trabajo serían un nuevo elemento de perturbación, por que el hambre los empujaría hácia el monte, ó sea hácia el campo de la insurrección.

Sin embargo, esto no basta: falta, empero, atender á los jornaleros de las otras provincias, y sobre todo, á los de Matanzas y Santa Clara.

* * *

«En las demás clases sociales el malestar no es menor. Aquí todos vivimos del azúcar. Hacendado conozco, cuyo ingenio vale un millón de pesos, y que hoy se halla ejecutado por un pagaré de quince mil. Muchos hombres, hace un año ricos y despreocupados de las necesidades de la vida, ven acercarse á sus puertas á la miseria y viven ya en medio de las mayores estrecheces. Casas de alto alquiler, ya no se alquilan en la Habana. Todo el mundo ha reducido sus gastos. Cada día se leen en los periódicos noticias de conflictos entre hacendados y jornaleros, á los cuales deben aquellos sus jornales de semanas y de meses, sin posibilidad de pagarlos.

Las autoridades gubernativas y militares han tenido que mediar en tales lances, que han ocasionado á veces conflictos de orden público. Hace pocos días se creyó en el levantamiento de una partida cerca de Matanzas; era una legión de *guajiros* que emprendió un viaje de muchas leguas, á pié, desde un extremo de la provincia á la capital, para presentarse al gobernador en demanda de auxilio y protección porque se les adeudaban algunos meses de sueldos. Son muchos los jornaleros que se van al campo insurrecto porque no tienen trabajo, ni saben en qué ocuparse, ni cómo ganarse la vida.

Hay que demostrar con hechos que Cuba española será siempre más próspera y aun más libre, que siendo independiente; que no seguirá el régimen mercantil actual; que se reconstituirá la Aduana y con ella el presupuesto; que los cubanos tendrán en la administración de la isla, la intervención que deben tener; que nuestros insoportables *señores* los dictadores de la Unión Constitucional (la pesadilla constante de este pueblo) ya no serán más los *amos*, sino un partido político como cualquier otro...

Para eso hay que traer á toda prisa é implantar con gran amplitud las reformas económicas, que resisten algunos egoistas industriales de la Península, y las reformas políticas ya decretadas en Cortes, pero todavía hipócritamente resistidas por los de la Unión Constitucional...»

«Hoy hay levantados en armas desde la punta Maisi á Santa Clara algunos miles de hombres, acaso no menos de *nueve ó diez mil*, muchos más de los que nunca tuvo la pasada insurrección. Pues bien; si se tarda dos meses en hacer lo que se debe hacer, ó en *anunciar*, por lo menos, las soluciones con tal solemnidad y en tan detallada y precisa forma que nadie pueda dudar de su seria y formal realización, yo creo que la insurrección tomará mayores vuelos y más graves proporciones.

Y lo que hoy podría bastar para cortar sus progresos y reaccionar la opinión y atraerla, entonces no bastará.

Cuando las cosas no se hacen á tiempo, no bastan, después, las que oportunamente hubieran antes bastado: toda opinión no satisfecha, se hace más y más exigente con la resistencia ó la tardanza.

¡Dios quiera que no sea tarde cuando se quieran poner remedios al mal, que hoy todavía lo serían, y que mañana, acaso, no lo sean ya!»





CAPITULO III

Un artículo de *The New York Herald*.—Conceptos de un *residente* cubano, acerca de la insurrección y de los resultados de la presente rebelión.—Comentario á las declaraciones del embajador americano en París.—Informes de nuestro corresponsal en Santiago de Cuba, acerca de la marcha de la insurrección.—Noticias de Manzanillo y de Guantánamo.—Invasión del Camagüey.—Bando del *generalísimo* de los rebeldes.—Apreciaciones y conclusión.

Lo diario neoyorkino *The New York Herald*, publicó en su edición europea de uno de los días del mes de Julio, un artículo que encabezaba con el título de *Verdadero concepto de la insurrección cubana*, en el cual reflejaba la opinión transmitida á uno de sus corresponsales por un *residente* en Cuba, que se hallaba en posición de dar una imparcial idea de las causas de la insurrección antillana y su influencia en las relaciones con los Estados Unidos y España.

Por lo curiosos y fundados que resultan los *conceptos* emitidos por el *residente* cubano, acerca de los resultados de la presente rebelión, caso de que venciera y no fracasara, nos decidimos á reproducir en estas páginas algunos de los párrafos del referido artículo, para que nuestros lectores conozcan y aprecien el juicio acertado que á los mismos insulares les merece la fratricida guerra, y el porvenir que en caso de triunfar en la lucha está reservada á la hermosa isla.

«Se establecería un Gobierno cubano, que como el de Hayti sería presa, indudablemente, de facciones rivales, dando por resultado una desastrosa guerra civil, durante la cual no habría seguridad ni para las vidas, ni para las haciendas.

Es lo cierto, que los más veteranos revolucionarios admiten abiertamente una contrarrevolución con objeto de obtener el gobierno efectivo de la isla, pero eso no daría otro resultado que el de prolongar la lucha *ad-infinitem*. Cuba ha estado siempre en estado de rebelión, real ó latente, desde el año 1829.

Los actuales revolucionarios cubanos, son en su mayoría mulatos y negros del extremo oriental de la isla. El único blanco de posición que ha tomado parte activa en la rebelión es Bartolo Massó: todos los demás de alguna significación en el campo separatista, son negros ó mulatos, incapaces de gobernar la isla como la gobierna España.

Como ya he indicado, el triunfo de los revolucionarios cubanos sería como el que se logró en Hayti. La isla se disgregaría cuando menos en dos repúblicas, ó mejor dicho, en dos dictaduras; una de ellas gobernada por cubanos blancos (occidentales), y otra por orientales en que prevalecería el elemento de color.

El establecimiento de esas llamadas repúblicas, sería causa de gran depreciación en la propiedad. Varios comerciantes han dicho que el día en que se declarara un Gobierno cubano independiente, abandonarían los negocios y cesarían toda relación con la isla. Ya el valor de la propiedad ha bajado terriblemente; rentas de un millón de pesos no dan más que cien mil.

* * *

«Ciertamente que los cubanos tienen una causa justa para insu-

rreccionarse; pero si los rebeldes alcanzáran el triunfo y por ende el poder, serían tan corrompidos y tiránicos como sus actuales gobernantes, con la adición de producir con aquel un desastre financiero y la inseguridad en vidas y haciendas.

Una de las causas más irritantes en que fundan los cubanos su re-



FUERTE DE ISABEL II

belión, es la de la tributación. España obliga á Cuba á pagar por entero los gastos de los servicios militar, naval, diplomático y consular en la isla. Empero todos los oficiales y empleados del Gobierno son españoles, y ningún cubano tiene probabilidades de obtener un destino en



ATAQUE AL FUERTE DE CASCORRO (Puerto Príncipe)

la administración insular, que están reservados exclusivamente para aquellos que patrocinan los que gozan del poder en Madrid. Si una mitad, ó solamente un tercio de esos destinos se concediesen á cubanos, estoy plenamente convencido que no habría habido insurrección alguna.

Ese enorme y lucrativo *patronage*, más duro aún que el que ejercen los ingleses en su India, es, con el orgullo castellano, lo que determina á España á conservar á toda costa su dominio en la Gran Antilla.

Respecto á la actitud de los Estados Unidos en la cuestión cubana, en el interés de la gran República está el apartarse en absoluto de la lucha y no expresar simpatías por ninguno de los dos bandos, limitándose á seguir atentamente los sucesos.

Aunque teóricamente los cubanos tengan una causa justa para haberse rebelado contra sus opresores, hay que considerar, sin embargo, que el motivo de su levantamiento no es el de remediar los males existentes, sino simplemente el de aprovecharlos para apoderarse de *los manantiales de provecho*.

No hay opinión pública en las masas de la población cubana, que no saben leer ni escribir, y cuya absoluta ignorancia las incapacita para el goce de los derechos y privilegios del gobierno representativo.

Un gobierno cubano, sustituido á un gobierno español, equivaldría á salir de Scila para caer en Caribdis, con la desventaja de que bajo el gobierno de España puede producir la isla gran riqueza, al paso que con kaleidoscópicas revoluciones y contra revoluciones que invariablemente han sucedido en todos los países sud-americanos á la administración española, se arruinaría esa hermosa isla tan ricamente dotada por la Naturaleza, á lo menos para la venidera generación, quedando aniquilados el comercio, la industria y la agricultura.»

Terminó sus curiosas y fundadas apreciaciones el *residente* cubano, con el siguiente comentario á las declaraciones del embajador americano en París, respecto de las simpatías de sus paisanos á favor de los insurrectos.

«El pueblo americano—dijo—es educado é inteligente, pronto siempre, gracias á sus generosos impulsos, á ponerse del lado de cualquier raza ó pueblo oprimido, ó que se le figure oprimido; pero si el pueblo americano ha podido expresar sentimientos personales de simpatía hacia los cubanos, no serán tan fuertes que les induzcan á hacer suya la causa de los rebeldes. Casi todo el trabajo importante para la revolución de Cuba está hecho por laborantes españoles, y no por cubanos, que son indolentes é imprevisores.

Los españoles—terminó—lograrán, al fin, sobreponerse á los insurrectos, pero á costa de mucho tiempo y de mucho dinero.

Los jóvenes reclutas, al llegar á la isla sin sombra de aclimatación previa, perecerán á millares, no en campaña, sino en los hospitales, víctimas de las terribles fiebres del país.

Y Cuba, al fin, tendrá que pagarlo todo.»

* * *

En abierta contradicción con los *infundios* del jefe separatista, publicados en *L' Intransigeant*, de París, se hallan los siguientes informes de nuestro celoso corresponsal en Santiago de Cuba, comunicados por correo á mediados de Julio.

«Si ha de darse crédito á públicas versiones, sube y se acentúa cada vez más el desacuerdo, ya muy parecido á enemistad, que desde un principio existe entre los jefes revolucionarios Maceo y Massó.

Según parece, el primero de los cabecillas citados dió terminantes

órdenes al segundo para que, sin pérdida de tiempo, procediese á incendiar los ricos ingenios situados á lo largo de la costa de Manzanillo; pero Massó no solo hubo de negarse á cumplir mandato tan bárbaro, sí que además tuvo frases muy duras de condenación y censura al calificar los procedimientos y tendencias del *general* mulato, partidario decidido del incendio y la destrucción, á cuyo sistema considera, sin duda, como el depurativo más eficaz para conseguir la regeneración de la isla, la cual según su peregrina y salvaje teoría llegará al *sumum* de su grandeza y poderío el día en que quede reducida á un montón de escombros y cenizas.

Que los jefes insurrectos no se entienden y que la desmoralización de sus secuaces los fracciona cada día más, es un hecho cierto y comprobado.

Por ello el *mayor general* mulato anda, según todos los indicios, en extremo abatido, sin atreverse siquiera á intentar golpe alguno atrevido, de aquellos que atraen y seducen á hombres de sus condiciones y temperamento.

Me informan de Manzanillo, que diariamente vienen presentándose rebeldes, procedentes de diferentes partidas, los cuales están



CORONEL MOLINA

unánimemente conformes en manifestar que reina entre los jefes insurrectos el mayor descontento.

De las revelaciones hechas á mi informante por dos de los presentados, se desprende que el campo de la insurrección está en el mayor desorden. Hale manifestado uno de ellos, que Massó no ha entrado jamás en acción, que es tal el miedo que tiene á las columnas del ejército, que en cuanto sabe ó le dicen que se aproxima una, inmediatamente hace levantar el campamento y se traslada á un lugar más internado de la sierra, no encontrando nunca ningún paraje bastante seguro, por escondido que sea.

* * *

Según manifestación del mismo presentado, los insurrectos están escasos de todo, especialmente de municiones, dándose el caso de haber tenido encuentros con las tropas en que cada individuo sólo contaba con tres cartuchos, porque las tan decantadas y prometidas expediciones de armas y municiones no acaban de llegar nunca.

Sin embargo, tanto Massó como los otros jefes les hacen concebir esperanzas, que no se realizan y desmayan el ánimo de sus secuaces, pues la mayor parte de los días su único alimento consiste en carne salcochada, y cuando pueden conseguir un poco de sal es para ellos un triunfo y motivo para celebrar un festín, prescindiendo de las viandas que no prueban jamás.

Díjoles también que la orden recibida de Maceo, es la de hacer uso del machete y el tizón; pero que esa orden no se ha ejecutado al igual que en Cuba, porque algunos cabecillas que mandan fuerzas y son los encargados de ejecutarla y ponerla en vigor, se han opuesto terminantemente á darle cumplimiento.

Entre ellos, más que ninguno, Amador Guerra es el que más se resiste á que tal orden se lleve á cabo, por considerarla contraproducente y contraria á los intereses de la insurrección.

Comprendiendo Maceo lo difícil que le ha de ser conseguir que sus órdenes sean cumplimentadas, parece que ordenó fuera allí de jefe de operaciones el negro Quintín Banderas, lo cual si no ha conseguido, ha sido por la resistencia de los cabecillas blancos á ponerse bajo las órdenes de un jefe de color.

*
* *

«Corroborando las noticias que me comunican de Manzanillo, me informan desde Guantánamo que por todas partes se oye decir que en el campo insurrecto existe general disgusto entre las dos razas, blanca y de color, que pelean por la independencia de Cuba, y que cunde gran desaliento entre el elemento blanco que, en un momento de obcecación se lanzó á la manigua, en la creencia de que pudieran alcanzar con la equidad regular, esa distinción á que cada uno por su inteligencia ó por cualquier otro mérito se cree acreedor, y como no resulta así, vá separándose paulatinamente de las filas insurrectas y embarcándose para el extranjero, como se asegura lo han hecho algunos jóvenes de la distinguida sociedad guantanamera.

Los que deseamos por momentos ver á Cuba disfrutando de la bienhechora paz, gozamos al tener noticia de esas disensiones y rivalidades en el campo de la insurrección, reconociendo en ello un motivo para que veamos en breve renacer la confianza en la isla y cesar por completo el sobresalto que proporciona la guerra á las poblaciones donde moran las personas de orden, amantes de la paz y la tranquilidad.»

Respecto á la invasión del Camagüey por el *generalísimo* de los

rebeldes cubanos, nos comunicó nuestro citado corresponsal, las siguientes noticias:

«El Gobernador general tenía fundadísimas sospechas, y luego noticias ciertas, de que Máximo Gómez proyectaba invadir el Camagüey, pues ya cuando el combate de Dos Ríos, ocurrido el día 19 del mes de Mayo, se dijo que dicho jefe de la revolución, acompañado de Martí y con una partida de 700 hombres de caballería se dirigía á Puerto Príncipe.

Máximo Gomez, inmediatamente despues de aquella memorable acción, en la que perdió al jefe civil de la revolución, continuó su marcha hácia el Camagüey, cruzando el río Cauto y acampando y pernoctando el día 21 en la loma Sabanilla. Siguió al otro día su ruta, sin novedad alguna, entrando en la provincia camagüeyana por Sabanalarmar y Gonzalez; pasó luego á Hato viejo, contramarchó hácia Sevilla la vieja, subió á Guaimarillo, después á Najasa, y desde este punto dirigióse á Altagracia.

El día fijo de la invasión no se conoce. Puso los pies en la región central con *doscientos* hombres, llevando como segundo jefe á Paquito Borrero, y de comandante jefe de la retaguardia á Calunga, muy conocido en la provincia y segundo de Massó. Todos los hombres que llevaba consigo el *generalísimo* habían sido escogidos entre todas las fuerzas del departamento oriental.

El general en jefe del ejército de operaciones había reconcentrado fuerzas en la frontera de la provincia, para tratar de impedir la invasión; pero no era empresa imposible para un jefe militar y práctico, cruzar sin novedad la línea burlando la vigilancia de nuestras tropas,..., y la operación fué llevada á cabo sin contratiempo alguno y con toda felicidad.

Como era natural, á la llegada del *generalísimo* de los rebeldes cubanos, las partidas que capitaneaban el marqués de Santa Lucía, Lope

Recio, Loynaz, Rafael Labrada, Oscar Prunielles, Máximo Montejo y Luís Suarez, se le incorporaron, formando un núcleo de unos *seiscientos* hombres, entre caballería é infantería, todos ellos muy bien armados con fusiles relámpagos y Winchester, y perfectamente equipados,



ASESINATOS EN MINAS DE DAIQUIRI

con los que emprendió su vandálica correría por la provincia, comenzando por el ataque é incendio del poblado de Altagracia.

*
*
*

He aquí el bando que á raíz de la invasión del Camagüey publicó

el *generalísimo* Gomez prohibiendo la zafra en toda la isla, só pena de ser incendiadas sus cañas y demolidas sus fábricas.

«Cuartel general del ejército libertador de Cuba en Najasa á 1.º de Julio de 1895.

A los hacendados y dueños de fincas ganaderas:

En armonía con los grandes intereses de la revolución para la independencia del país, y por lo que nos encontramos en armas:

Considerando que toda explotación de productos, cualquiera que ellos sean, sirven de ayuda y recurso al Gobierno que combatimos, este Cuartel general dispone, como disposición general para toda la isla, que queda terminantemente prohibida en absoluto la introducción del fruto del comercio en las poblaciones ocupadas por el enemigo, así como carne y ganado en pié.

Las fincas azucareras quedarán paralizadas en su labor, y en la que se intentare hacer la zafra, á pesar de esta disposición, serán incendiadas sus cañas y demolidas sus fábricas.

Los individuos que atropellando esta disposición trataran de sacar lucro de la situación actual, demostrarán desde luego poco respeto á *los fueros de la revolución redentora*, y en su consecuencia, serán desde luego considerados como desafectos y tratados como traidores, y juzgados como tales en caso de ser aprehendidos.—El general en jefe, *Máximo Gomez*.—Conforme, *Salvador Cisneros*.»

Basta fijarse en la primera de las disposiciones contenidas en el preinserto bando para comprender que, los grandes intereses de la revolución *redentora* para la independencia de Cuba, los cifraban sus *libertadores* en la paralización de los ingenios, es decir, en la no recolección de la caña y la no elaboración del azúcar.

¿Qué demuestra esa enérgica y absoluta prohibición del *generalísimo* dominicano en prohibir la zafra en toda la isla? Que los grandes intereses de los revolucionarios *redentores* de la gran Antilla estaban

íntimamente ligados con los *intereses* del sindicato de azucareros de la Florida, á cuyas órdenes obedecía la prohibición de su ejecutor y sicario Máximo Gomez, y de quienes provenían la mayor parte de los recursos de la insurrección.

Impidiendo durante una zafra la corta de la caña y la elaboración del azúcar cubano, el sindicato de azucareros vendería á doble precio las *trescientas mil* toneladas de aquel producto que tenía acaparado, en diferentes mercados, ya que la carencia de la producción cubana, cuando están estos tan equilibrados que la diferencia anual entre la producción y el consumo es siempre pequeña, había de elevar considerablemente el precio en el primer año y mucho más en el próximo ó actual, si para esta época hubiera sido cierta la destrucción de la cosecha de azúcar en Cuba.»

De ahí, nuestra triste conclusión, apuntada en el capítulo primero de la Parte primera de nuestra obra, de que «el problema militar en Cuba es en el fondo un problema financiero», y que la guerra cubana fué en sus comienzos una guerra mercantil,... un negocio execrable é infame.





CA P I T U L O I V

Noticias de la Habana.—*The Times*.—La prensa extranjera.—Cuba española.—Impresiones y noticias del laborantismo en Nueva York.—Derrota de Quintín Banderas.—Telegrama oficial.—El teniente coronel Tejera.—Estrategia filibusters.—Noticias del Camagüey.—Declaraciones del general Martínez Campos.—Causas de la invasión del Camagüey.—Tentativa infructuosa de los camagüeyanos.—Estado de la insurrección en la provincia de Puerto Príncipe.



AS *Novedades*, de Nueva York, publicaron en su número llegado el 23 á la Península, los siguientes interesantes despachos de la Habana:

«*Habana*, 9 de Julio.—Los insurrectos han atacado tres veces la importante población de Cascorro, en la provincia de Puerto Príncipe, siendo rechazados por la guarnición, que compuesta de cien soldados, los batió desde un pequeño fuerte, después de una heroica defensa en cada ataque.

Dícese que los rebeldes estaban mandados por Máximo Gomez, quien saqueó las tiendas y quemó catorce casas en los alrededores de la población.

El general en jefe llegó ayer á caballo, sin novedad, á Sancti Spiritus, procedente de Placetas...»

«Habana, 11 de Julio.—La partida insurrecta de Garzón en el ataque reciente al poblado de Minas de Daiquiri, incendió la casa de la villa y mató al alcalde y cuatro vecinos que habían tomado parte en la defensa del pueblo. También quemaron una hacienda cerca de Zatecas.»

The Times continuaba publicando noticias pesimistas de Cuba, que parecían inspiradas por los filibusteros.

En su editorial de la mañana del 23 insertaba un despacho, que aparecía fechado en la Habana y cuya autenticidad todo el mundo puso en duda, dada la censura telegráfica que había allí, en el cual se decía que Máximo Gomez había logrado reunir numerosas partidas cerca de Puerto Príncipe, y que los insurrectos eran dueños completamente del campo.

Según otras noticias, que sus mismos colegas londoneses reconocían ser de origen filibustero, en el combate entre Bayamo y Manzanillo el general Martinez Campos fué derrotado y herido.

Estas falsas noticias, que los laborantes habían propalado en Europa, gracias á las facilidades que encontraban en las redacciones de muchos periódicos, pusieron claramente de manifiesto los procedimientos de que, en perjuicio de España, se valían los separatistas cubanos.



OFICIAL DE UNA GUERRILLA

*
*
*

No nos sorprendió la actitud de la prensa de los Estados Unidos, cuya opinión nos fué siempre adversa en los asuntos de Cuba. Llenó-nos, sin embargo, de pena la acogida que desde hacía algún tiempo dispensaban algunos periódicos de Londres y de París á las noticias y á los vaticinios que el laborantismo cubano esparcía á los cuatro vientos.

Fama tenemos los españoles, como todo pueblo meridional, de ser impresionables en exceso; pero al ver los rumbos que tomaban los comentarios que periódicos como *The Times* dedicaban á la marcha de los asuntos de Cuba, cualquiera hubiera creído que los temperamentos de ingleses y de españoles andaban momentáneamente trocados, y que la fantasía ejercía su dominio y se imponía, abultando y exagerando los hechos, á orillas del Támesis, mientras aquí, más dueños de nuestro juicio y de nuestras impresiones, contemplábamos los sucesos en su verdadero aspecto sin aminorar su importancia, pero también sin exagerar su gravedad.

Era claro y cierto, y el empeño en negarlo hubiera sido y fuera de todo punto inocente, que la insurrección separatista, gracias sobre todo al apoyo que había encontrado en los Estados Unidos, había logrado reclutar y reunir en poco tiempo fuerzas y elementos de cuidado. Pero ¿acaso esta circunstancia, por muy sensible que para nosotros fuese, justificaba el juicio que de la guerra habían formado con tanta ligereza algunos diarios extranjeros?

¿Acaso habíamos creído nunca los españoles que el movimiento separatista carecía de importancia?

Si tal hubiéramos pensado, ¿se habrían mandado desde luego los

refuerzos que se enviaron, y se habrían dispuesto los que se seguían preparando para embarcarse?

Estos hechos, probaban, por el contrario, bien á las claras, que la Nación y el Gobierno calcularon y midieron desde el primer momento la importancia de los sacrificios que el país les iba á imponer.

* * *

La lucha estaba entablada, y no obstante las peripecias á que se presta una guerra de condiciones tan excepcionales como la de Cuba, nadie podía ni puede decir honradamente que los insurrectos hayan logrado en el combate la menor ventaja sobre nuestros soldados, quienes á pesar de luchar siempre contra fuerzas superiores, porque claro era que las nuestras habían de estar, en aquellos primeros instantes, más diseminadas que las del enemigo, habían logrado en los combates ventajas evidentes, quedando en todos dueñas del campo de la acción.

Lo que ocurría, y desde luego presentíamos que el hecho se había de repetir; lo que ocurrió fué que los laborantes se creyeron dueños de Bayamo, y ante el fracaso sufrido, pretendieron contrarrestar sus efectos propalando por la prensa de Europa vaticinios y juicios que no se habían de realizar, exagerando, á la vez, la importancia de la insurrección.

Empeño inútil. España quería y quiere conservar á Cuba, y la conservará, pese á quien pese.

Para lograrlo no habrá sacrificio que la arredre, ni escatimará ninguno, por grande que sea.

Los españoles, así en la Península como en Cuba; mejor dicho, los españoles todos, cualquiera que sea el lugar y confin del mundo en

que apoyen su planta, están decididos á que en la perla de sus Antillas no tremole más bandera que la española.

Podremos en cualquier otro punto estar disconformes: en este, nación, Gobierno, ejército, prensa... todos, absolutamente todos, pensamos y queremos lo mismo: que Cuba sea siempre española y lo será magüer el odio y los esfuerzos de los eternos enemigos de la Madre patria.

* * *

Nos comunicó nuestro celoso corresponsal en Nueva York, en carta del 13 de Julio, las siguientes impresiones y noticias acerca de los trabajos del laborantismo cubano, en favor y apoyo de los insurrectos.

«La verdadera insurrección está aquí, en los Estados Unidos, y es mucho más peligrosa que la que dirigen en la isla los Gomez y los Maceo; el *generalísimo* dominicano y el *mayor general* de los separatistas antillanos.

A mi me consta que los laborantes se han acercado á un diputado de la gran República, representante de un distrito del Estado de Nueva York, para que presente una proposición al Congreso, á fin de que reconozca la beligerancia de los insurrectos cubanos, mediante cierta combinación comercial que se le propone, y que no me sorprendería aceptase.

Cuando se reuna el Congreso, los separatistas cubanos recibirán decidido apoyo, porque tienen de su parte la opinión del país, trabajada constantemente por ellos con maña envidiable.

En apoyo de mi afirmación, ahí va un ejemplo: tan luego como los laborantes tuvieron noticia de que Martí había sido muerto en un encuentro, hicieron circular la especie de que los españoles le habían

hecho asesinar, pagando al asesino *diez y ocho mil pesos*. Como mañosamente, durante mucho tiempo, los laborantess han presentado á Martí ante el público americano como un semidios, propalando ahora la especie de que había sido asesinado, han creado un sentimiento de indignación que explotan con provecho.

Por consiguiente, si para cuando se reuna el Congreso no se ha



LLEGADA DE UN ESPÍA. A UN CAMPAMENTO INSURRECTO

logrado dar un golpe mortal á la insurrección, muchas y serias dificultades tendremos sucesivamente con los Estados Unidos.

Los laborantes, han nombrado á Tomás Estrada Palma para el cargo de «Delegado civil de la República cubana». Estrada regenta un colegio en un pueblecito cercano á Nueva York, y tiene muy buenas relaciones.



EL RIO CAUTO Y SUS HABITANTES

Hombre mucho más serio y práctico que Martí, puede prestar aquí muy importantes servicios á los insurrectos. Estos organizarán en breve un Gobierno en la isla de Cuba, siendo probable que elijan á Manuel Sanguily presidente.

Todo esto tiene mucho de cómico, pero repercutirá en el próximo Congreso americano.—X*.»

* * *

Fué verdaderamente satisfactoria la noticia del combate sostenido el día 24, por la columna del teniente coronel scñor Tejera, con fuerzas rebeldes mandadas por el *general* insurrecto Quintín Banderas.

Hé aquí el parte oficial de la victoria de nuestras tropas, facilitado en la Presidencia del Consejo de ministros á la prensa, el día 26.

«Habana 25.—General Salcedo me participa que teniente coronel Tejera con fuerzas y guerrillas de destacamento Colón, Antequera, atacó ayer en Santa Bárbara, al Sur de Cauto Abajo, á la fracción de Quintín Banderas, derrotándolo, dispersándolo, cojiéndole bandera, armamentos y municiones.

Tuvieron los insurrectos 40 bajas, entre ellas 14 muertos.

Por nuestra parte comandante Pounet y capitán López heridos, tres soldados muertos, siete heridos y tres contusos.—*Arderius.*»

El despacho oficial estaba redactado en términos tan sencillos y persuasivos, que á nadie pudo caber duda de que en esa ocasión, como en otras muchas, la bravura de nuestros soldados, neutralizando la superioridad numérica del enemigo, había conseguido escarmentar rudamente á los separatistas.

Comentando en aquel sentido el telegrama, un ministro de la Co-

rona, añadió estas palabras, que á juicio de la opinión envolvían una verdad evidente:

—«Cuando en un despacho se dice que hemos cojido á los insurrectos armas, municiones, campamento ó prisioneros, no cabe duda, la victoria es nuestra.»

El telegrama, aparte la satisfactoria noticia del triunfo de nuestras armas, aclaraba algo la situación en la provincia de Santiago de Cuba, puesto que dejaba comprender que las fuerzas concentradas por Maceo se habían disgregado ya, y por ende no era fácil se verificase el combate que se esperaba entre las fuerzas reunidas por el general Martínez Campos y las que *el mayor general* rebelde había concentrado para dar el golpe sobre Bayamo.

* * *

El teniente coronel Tejera, vencedor del *general* insurrecto Quintín Banderas, es un jefe aguerrido y de gran pericia militar.

Procedente del ejército de Santo Domingo, en la pasada guerra separatista empezó á distinguirse como capitán de la guerrilla de *Bueyecito*, operando activamente y haciendo la misma vida que los insurrectos é imitando sus sorpresas.

Llegó á hacerse temible entre los separatistas por sus atrevidas y arriesgadas empresas, las cuales coronó siempre la fortuna.

Tejera es un hombre reservado, poco comunicativo, de carácter obscuro, pero de una bondad indecible. Le seduce la vida del campo, y á ella había dedicado sus ocios, durante el tiempo que duró la paz del Zanjón.

Conoce admirablemente el terreno en que opera, y prescinde en absoluto de los prácticos; no los necesita.

Hombre recio, sufre sin cansancio las fatigas de la guerra y por algo que es en él intuitivo, resulta insustituible en la que podríamos llamar *pequeña guerra*.

El resultado que obtuvo en Santa Bárbara contra Quintín Bandejas, el famoso *general negro*, uno de los amigos íntimos y apasionados secuaces de Maceo, nos lo demostró. Más que combate fué sorpresa, embestida inesperada, ataque brusco y victoria feliz, la realizada por aquel valiente jefe nuestro.

Sabido es, que el plan de los insurrectos y su sistema de guerrear desde los comienzos de la actual rebelión, lo mismo que en la pasada guerra de los diez años, es y fué el de la emboscada y la sorpresa, el de fatigar en todas ocasiones á nuestras tropas, conduciéndolas por caminos extraviados, acechándoles y atrayéndoles á una emboscada, para dispersarse luego en lugar de admitir el combate con que aquellas les brindan noblemente cuantas veces se ofrece.

*
* *
*

En corroboración de este nuestro aserto, insertamos á continuación un párrafo de una carta que uno de los actores en el teatro de la guerra dirigió á un amigo nuestro á mediados de Julio, y á raíz de los sucesos de Bayamo, en el cual se expone la astuta estrategia de las cobardes hordas del filibusterismo.

«Hace unos días se hallaba Maceo con Miró, Rabí y otros cabecillas, rodeando y amagando un ataque á Victoria de las Tunas (Santiago de Cuba) con unos *cuatro mil* hombres, y al salir de la plaza el batallón peninsular en número de *quinientos* hombres con el general Echagüe y el coronel don Manuel Nario, para operar en combinación con otros dos batallones de la Habana, que se aproximaban, no tan sólo

no nos aguardaron y rehuyeron el combate, no obstante contar con fuerzas tan superiores en número á las nuestras, sino que fraccionándose en dos grandes partidas retiráronse llevándonos (porque se ordenó su persecución) por caminos tan sumamente malos, que el fango y el agua nos cubría hasta la cintura, obligándonos á desistir de nuestro



COLUMNA PREPARÁNDOSE PARA SALIR A OPERACIONES

empeño en trabar combate y forzándonos á abandonar su persecución.

Las partidas solo se atreven con los pequeños destacamentos, cosa que á la verdad no deja de producirnos extrañeza y nos hace pensar que obedece á un plan premeditado y á una consigna general, porque Maceo no tiene nada de cobarde y es amigo de batir el cobre, y, por tanto, no se explica el por qué de su conducta, de ahora, por este lado de la derecha del Cauto, tan en discrepancia con la que se ha observado en la izquierda, es decir, en la jurisdicción de Bayamo y Jiguani.

Muchos suponen, con referencias á noticias de órdenes llegadas directamente de los Estados Unidos, que el *general* mulato había quedado reducido á un instrumento de Máximo Gomez, y que éste es quien ha ordenado el desarrollo de todos los planes que las partidas separatistas siguen y ejecutan en su campaña».

* * *

De otra carta de un oficial de nuestro ejército de operaciones en el Camagüey, dirigida en igual fecha á un hermano suyo, residente en esta capital, copiamos los siguientes párrafos:

«Desde hace algunos días que nos encontramos un jefe, otro oficial, compañero mio y treinta hombres, custodiando esta línea férrea de Nuevitas á la capital y esperando de un momento á otro ser atacados por los *mambises*.

Aquí estamos rodeados de toda clase de animales, desde el mosquito hasta los grandes reptiles, y tenemos por albergue una choza de tablas y hojas de guano. En verdad te digo, chico, que esto es una verdadera delicia... un Paraiso *perdido*.

No nos hemos desnudado hace ¡diez y seis días!, ni hemos dormido tranquilos una sola noche. Vivimos en continua alarma, y los centinelas están en tiroteo constante con los espías, que abundan mucho por aquí, y que andan á caza de descuidos.

Máximo Gomez anda por esta provincia con unos dos mil hombres; pero como no hace muchos días le causaron algunos muertos, le hirieron á cuarenta y le hicieron diez y nueve prisioneros, parece que trata de rehacerse de esas pérdidas, para proteger un desembarco y proveerse de municiones, de que según se dice, anda muy escaso.»

Una y otra carta dan una idea de las penalidades y sufrimientos de nuestro valiente ejército en la manigua.

Para formar juicio sobre la guerra de Cuba, debe tenerse presente que es una guerra que no se le parece á ninguna otra de las que registra la historia, puesto que el arte, la ciencia y la estrategia militares no pueden desarrollarse completamente contra un enemigo que tiene siempre la retirada asegurada, refugiándose y ocultándose en las impenetrables guaridas de la manigua.

* * *

El parte del general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, acerca de la marcha á Bayamo, reflejaba bien y cumplidamente la franqueza de su carácter, pues no ocultaba nn solo incidente, por grave que hubiera sido, ni trataba de velar con formas hábiles la importancia de la lucha que tuvo que sostener para abrirse paso entre las avalanchas filibusteras.

Dijo, exacta, expresiva y brevemente todo lo ocurrido, y excusado fuera afirmar la gran satisfacción con que se vió el heroismo de las tropas, á cuya cabeza dió loable ejemplo su general en jefe.

Por carta de nuestro bien informado corresponsal en la Habana, tuvimos noticias del interior de la isla de principios de Julio, diciéndonos con referencia á persona de autoridad é ilustración, algo de lo que pensaba y creía el ilustre caudillo del ejército de la grande Antilla.

El general Martinez Campos había hecho las siguientes declaraciones acerca del aspecto que presentaba la campaña en Cuba.

«Que la guerra podría ser fácil y rápidamente terminada si los insurrectos, cualquiera que fuese su número, presentaban batalla en forma, algo parecida siquiera á la usada por tropas regulares; pero que cuando una columna se aproximaba con las fuerzas necesarias á las partidas del enemigo, éste no atacaba, limitando su acción á pequeñas

sorpresas de flanco ó retaguardia, tomando únicamente la ofensiva contra pequeños destacamentos que contasen con fuerzas infinitamente inferiores en número.

Que las aguas torrenciales dificultaban las marchas y movimientos de las tropas, sobre todo de la infantería.

Que esta guerra no admitía sino jefes sanos y que no pasasen de cuarenta años.

Que los sargentos ascendidos en campaña por méritos de guerra debían seguir en activo, previo el correspondiente proyecto de ley presentado á las Cortes reformando la ley constitutiva del ejército.

Que en punto á cesantías y nombramientos de empleados, debía tan solo pedirse el relevo de los que lo merecieran.

Que no eran buenos los pesimismo, pero tampoco los optimismos, que extraviaban la opinión.

Que el estado de cosas en Cuba lo habían creado una porción de concausas conocidas y otras no bien definidas todavía, y que era preciso dominar con fé, abnegación y patriotismo.

Que los ministros de la Guerra y Ultramar facilitaban con rapidez, sin escatimar uno solo, cuantos elementos eran necesarios para hacer la guerra, en la escala que las circunstancias exigían.

Que realizada la paz y con dos años de buena zafra y tabaco, habría desaparecido todo el mal que sobre la hermosa Antilla gravitaba.

Y que el espíritu del ejército nada dejaba que desear, siendo tal su disciplina y su amor á la integridad de la patria, que no decaía un solo momento su ánimo, siempre entero y viril para perseguir y atacar á los enemigos de España.»

* * *

En una de las correspondencias dirigidas por el general Martínez Campos al señor ministro de Ultramar, y recibida por este en el correo llegado el día 27 de Julio á Madrid, explicó el primero las causas que hicieron imposible á las tropas impedir el paso de Máximo Gomez al Camagüey.

No existiendo ya comunicación telegráfica, tuvo que establecer el general en jefe un servicio de vigilancia por medio de pastores en los límites de las provincias de Santiago y de Puerto Príncipe, encargados de avisarle rápidamente—si el caso llegaba—de la proximidad del enemigo á la divisoria de ambas jurisdicciones, pero las lluvias torrenciales que cayeron por aquellos días, pusieron de tal manera infranqueables los caminos y sendas que tuvieron que recorrer los pastores, que cuando éstos pudieron dar aviso de la presencia de los insurrectos, era ya demasiado tarde para oponerse al paso de Máximo Gomez.

A propósito de la invasión del Camagüey por el *generalísimo* de los rebeldes cubanos, y de la conferencia que con él celebró una comisión de camagüeyanos importantes, nos dijo nuestro corresponsal especial en Puerto Príncipe.

«Ha tenido solución—aunque muy contraria al deseo de sus numerosos promovedores—la proyectada entrevista de una comisión de camagüeyanos de reconocido arraigo y representación en el país, con el titulado general insurrecto Máximo Gomez.

El emisario que se envió á solicitar de Gomez la expresada entrevista, se avistó con él el día anterior al ataque é incendio de Altagracia, y según he podido enterarme, el *generalísimo* contestó que no era á él á quien tocaba resolver la cuestión, por que al invadir el Camagüey no había contado con la voluntad de sus moradores, si no que lo había hecho obedeciendo órdenes emanadas de la Junta revolucionaria de Nueva York, y que estaba dispuesto á cumplir su encargo, aunque tuviera que importar negros de Santo Domingo.

No obstante, agregó, los camagüeyanos que están ya conmigo, contestarán si quieren oír á la comisión y dejarse convencer de que no es la guerra lo que más conviene á Cuba.

Acto seguido, el emisario los consultó, obteniendo una negativa á su solicitud.

Comunicó aquel el resultado de su gestión á la Comisión que le confiara tan delicado encargo, y nadie habló más de posibles arreglos entre los pocos que hacen la guerra y los numerosos vecinos que la rechazan por considerarla ineficaz, destructora y bárbara.»



EMISARIO ENVIADO A MAXIMO GOMEZ

El general Martínez Campos, antes de abandonar el departamento oriental, ordenó que no circulasen en la provincia de Santiago columnas de nuestro ejército menores de quinientos hombres.

Esta acertada medida del general en jefe de nuestro ejército en Cuba, nos dió una idea cierta y bastó para que la opinión juzgase del estado de la insurrección en aquella provincia, que por *si mismo* había podido apreciar el general.





CAPITULO V

El segundo ejército expedicionario.—25.000 hombres á Cuba.—Disposiciones para su embarque.—Telegrama oficial.—La vuelta del general Salcedo.—Varias noticias.—Despacho oficial.—La primera reserva.—Real decreto.—Alarma é inquietud.—Observaciones al acuerdo del Gobierno.—La prensa.—Cuestión grave.—Disposición del ministro de la Guerra.—Socorro á las familias de los reservistas.—Organización de las fuerzas expedicionarias.—La Compañía trasatlántica.—Real orden circular del ministerio de la Guerra.—Cuerpos expedicionarios.—Reservistas y excedentes de cupo.—Por España.



OR conducto del general segundo cabo de la Habana, manifestó al Gobierno el general Martinez Campos—contestando á la consulta que se le había dirigido—que el segundo ejército expedicionario debía hallarse en la isla antes del 20 de Septiembre.

El general en jefe añadía en su telegrama, que para procurar á las tropas la posible aclimatación, las destinaria á guarnecer las poblaciones de mejores condiciones de salubridad del interior de la isla, donde permanecerían hasta que pasara la estación de las lluvias; esto es, hasta bien entrado Octubre, época en que reanudaría en gran escala las operaciones.

Como el Gobierno deseaba anticipar todo lo posible el envío de los refuerzos preparados, los ministros se mostraron muy satisfechos de

que el general Martínez Campos hubiese coincidido en aquel punto con sus opiniones.

El telegrama del general Arderius reproduciendo la respuesta del general en jefe á la consulta del Gobierno y pidiendo los refuerzos para tenerlos á sus órdenes en Cuba en la primera quincena de Septiembre, determinó inmediato é inusitado movimiento en el ministerio de la Guerra.

El señor Azcárraga, que todo lo tenía previsto y todo lo había dispuesto para el instante en que el general Martínez Campos contestara á la consulta que le hizo sobre la fecha para el embarque de tropas, dictó el día 27 las últimas órdenes para que el ejército expedicionario se dispusiese á embarcar en los puntos que se designaran y dió detalladas instrucciones á todos los jefes de sección del Ministerio, para la mejor organización de esas fuerzas expedicionarias.

El telegrama del general en jefe del ejército de Cuba, cuyo punto de origen no se dijo, y reproducido por el general encargado del despacho señor Arderius, contenía, entre otros, dos extremos de importancia.

Hablaba de los propósitos del general en jefe de emprender las operaciones decisivas para la segunda quincena de Octubre, en cuya época ya habrían cesado las lluvias en la grande Antilla.

Por eso quería disponer antes de esa época de los refuerzos que habían de enviársele, á fin de tenerlos convenientemente preparados.

Y hablaba también el general Martínez Campos de las ventajas del armamento Maüsser y de los excelentes resultados que venía dando.

El soldado hallábase muy satisfecho disponiendo de ese fusil.

Y el ministro de la Guerra, atendiendo á las conveniencias de la campaña y á la indicación del general en jefe, decidió que todas las fuerzas que habían de embarcarse fueran provistas de Maüsser, dando

al efecto inmediatas órdenes apremiantes para que se completase el número necesario.

En la madrugada del 28, se facilitó á los representantes de la prensa, en la Presidencia del Consejo de Ministros, el siguiente despacho, transmitido al ministro de la Guerra por el general Arderius:

«*Habana 27.*--Columna coronel Zamora en combinación con otra del coronel Aznar, se encontraron y batieron en Las Nueces (Villas) á las partidas de Zayas, haciéndoles treinta bajas,

Por nuestra parte un soldado herido y dos caballos muertos.

El general en jefe estaba ayer en Santiago de Cuba y saldrá mañana para Cienfuegos.—*Arderius.*»

El general Martínez Campos llegó á Cienfuegos el día 28 para trasladarse enseguida á la Habana.

Inmediatamente de haber llegado celebró una conferencia con el general Moreno, por consecuencia de la cual dispuso que éste fuese á Santiago de Cuba á encargarse del mando interino del primer distrito, en reemplazo del general Salcedo.

Ordenó, también, que el general Gonzalez Muñoz se encargase, en Manzanillo, del mando del segundo distrito, y que el general Linares se pusiese al frente de la primera brigada del primer distrito.

En la Habana circuló el rumor de que se concentraban partidas insurrectas en Sigüanea, para confiar el mando de la zona de Las Villas, al titulado brigadier Suarez.

El gobierno norteamericano confió al acorazado *Atlante*, la misión de vigilar é impedir expediciones filibusteras.

Un redactor de *La Discusión*, de la Habana, celebró una *interview*

con el comandante del buque norteamericano, quien no mostró el menor inconveniente en manifestarle que el Gobierno de Washington estaba firmemente resuelto á extremar su persecución contra las expediciones separatistas, y que él había recibido en tal sentido órdenes rigurosísimas.

* * *

El día 29 se facilitó á la prensa, en la Presidencia del Gobierno, el siguiente despacho oficial.

«Habana 28.—General en jefe me telegrafía desde Cienfuegos, lo siguiente:

El general Salcedo marcha con licencia para la Península, por encontrarse enfermo, sustituyéndole en el cargo el general Jimenez Moreno; Lachambre también enfermo, pasa á artillería, y le suple Gonzalo Muñoz; Gascó pasa á Manzanillo, reemplazándole en el cargo que antes ocupaba Linares, y Bazán pasa á Pinar del Río, siendo sustituido por el coronel Canellas.

Noticias de Manzanillo y de Santiago de Cuba, hacen ascender el número mínimo de las bajas que los insurrectos sufrieron en la acción de Peralejo á 300, y el máximo á 600, entre ellos el titulado coronel Goulet y once jefes más, todos muertos.

Columnas Rodón, Valdés y Lachambre han salido para aprovisionar á Cauto de Abajo, Jiguani y Guisa, y perseguir al enemigo. Todas estas columnas componen una fuerza de 1.600 hombres, caballos y artillería.

Estaré en Manzanillo el 31 y volveré á Cienfuegos.

En Manzanillo, Santiago de Cuba y Guantánamo, así como en Cienfuegos, el espíritu es excelente y levantado.

He felicitado al coronel Tejera por la sorpresa que V. E. ya conoce, hecha á Quintín Banderas, ocasionándole 13 muertos y 40 heridos.—*Arderius.*»

* * *

La *Gaceta* del día 29 publicó el siguiente Real decreto, llamando á las filas del ejército á los reservistas del reemplazo de 1891.

«Señora: El decidido propósito del Gobierno de V. M. de no escasear sacrificio alguno que pueda contribuir á la pronta terminación de la campaña separatista de la isla de Cuba; la conveniencia indicada por el general en jefe de aquel ejército, de que los refuerzos que se le envíen se hallen constituidos, en cuanto sea posible, por unidades del de la Península; y, por último, la necesidad de elevar al pié de guerra el efectivo de algunos de los cuerpos destinados á combatir en aquella Antilla, aconseja tener prevenidos los medios de realizarlo con la debida prontitud.

Hállase previsto este caso en el artículo 150 de la ley de reemplazos vigente, que prescribe la llamada de la reserva activa para el pase á pié de guerra del todo ó parte de los cuerpos del ejército; en cumplimiento de lo cual, y en vista de las razones antes expuestas, el ministro que suscribe, de acuerdo con el Consejo de ministros, tiene la honra de someter á la aprobación de V. M. el adjunto proyecto de decreto.

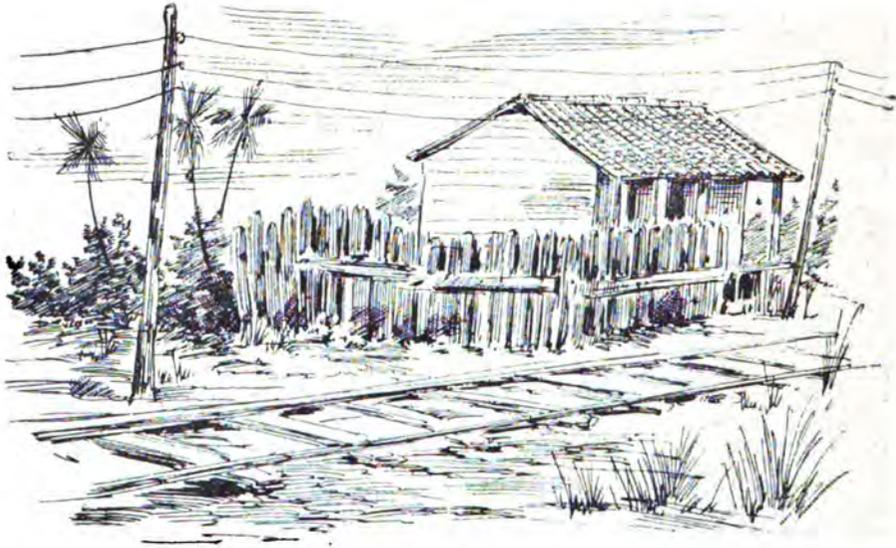
Madrid 26 de Julio de 1895.—Señora, A. L. R. P. de V. M.—*Marcelo de Azcárraga.*»

REAL DECRETO.—Con arreglo á lo prevenido en el artículo 150 de la vigente ley de reclutamiento y reemplazo del ejército, á propuesta del ministro de la Guerra y de acuerdo con Mi Consejo de Ministros,

En nombre de mi augusto hijo el rey don Alfonso XIII, y como Reina-Regente del Reino,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo único.—Queda autorizado el ministro de la Guerra para llamar á las filas, á medida que lo exija la organización de los refuer-

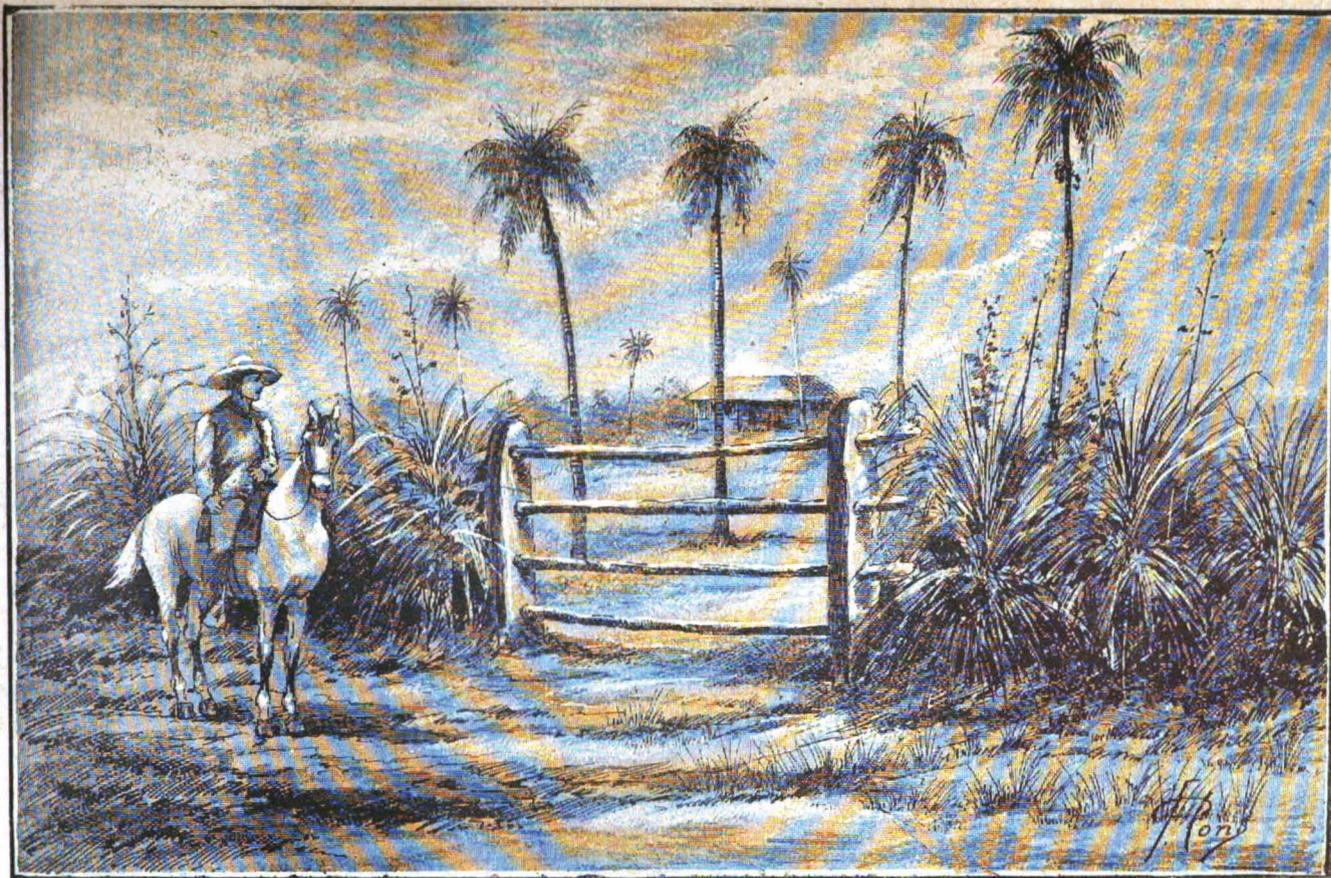


PARADERO DE BAYATAYO

zos de las distintas armas é institutos del ejército que se han de enviar á la isla de Cuba, á las clases é individuos de tropa del reemplazo de 1891 que se hallan en situación de reserva activa.

Dado en San Sebastián á 27 de Julio de 1895.—*María Cristina.*—
El ministro de la Guerra, *Marcelo de Azcárraga.*

*
*
*



UNA TALANQUERA EN LA GUARDARAYA DE UN POTRERO

Desde que circuló la noticia de que iban á ser llamados nuevamente á las filas los reservistas del 91, cundió la alarma y la inquietud entre las familias de los mozos que se hallaban en tal situación, determinando la medida del ministro de la Guerra censuras en la opinión y general disgusto.

Atinadas, razonables y dignas de consideración fueron las observaciones hechas por los citados reservistas al acuerdo del Consejo de ministros de la regencia, y de las que se hizo eco en sus columnas toda la prensa de la Metrópoli.

Y con efecto, si á los que habían seguido deliberada y voluntariamente la carrera de las armas, se les reconocía el derecho de pedir en cualquier tiempo la licencia absoluta, lo menos que se podía hacer con los soldados que habían prestado ya por virtud de la ley su servicio activo, era atender y dejarles exponer las observaciones que su excepcional situación les sugería.

Los exponentes y observantes no pretendían eludir los deberes que las circunstancias les imponían; reconocían por el contrario, que tenían que ir á campaña cuando lo creyera oportuno el Gobierno, no obstante haber servido en activo el tiempo reglamentario. No podían tampoco obtener esos reservistas su redención á metálico ni por medio de sustituto, y sin embargo, casi todos ellos estaban casados los unos, los otros establecidos con industrias, oficios, etc., y algunos á punto de terminar sus carreras.

La prensa, en apoyo de las observaciones de los reservistas, pidió al Gobierno que se fijara en la situación de las familias para que, en cuanto fuera posible, procurase mitigar las desdichas de los que, considerándose seguros en sus casas, volvían por ministerio de la ley y por la fuerza de las circunstancias á prestar sus servicios á la patria.

El Gobierno no desatendió las excitaciones de la prensa, y por el contrario, estudió la manera de acudir en auxilio de las familias de los reservistas.

Nuestra legislación nada tenía previsto, así como tampoco había legislado sobre ello ni Francia ni Italia.

En Alemania y en Austria, se había legislado sobre esos auxilios, aunque con no pocas limitaciones y señalando socorros mensuales de muy escasa importancia.

El código de justicia militar prohíbe contraer matrimonio á los mozos hasta los tres años y un día del ingreso en filas.

Y como los reservistas llamados eran los que ingresaron en Marzo de 1892, aunque pertenecían al reemplazo de 1891, no podían casarse hasta Marzo de 1895.

Pero si por razón del tiempo debían ser pocos los casados, y ninguno, rectamente pensando, los que tuvieran hijos, eran, en cambio, muchos los que atendían á la subsistencia de sus ancianos padres, ó de otros parientes inmediatos, y el abandono en que estos habían de quedar era á lo que debía procurarse remedio.

* * *

Grave era la cuestión planteada con motivo de la disposición del Gobierno ante el país: era necesario llamar á los reservistas; debían éstos ingresar en las filas del ejército activo y marchar á donde las necesidades de la patria demandaban su servicio; pero como la mayor parte de ellos, casi todos, dejaban tras sí una familia desprovista de medios de subsistencia, su llamada á las filas les condenaba á las privaciones, al sufrimiento, á las enfermedades, á la muerte quizás.

Era justo pedir al reservista su concurso y su esfuerzo para la defensa de la patria; pero era injusto, por excesivo, pedirles que sacrificaran á su familia: para esto no habría nunca equidad.

Sin discutirse si pudo á tiempo aprobarse el matrimonio de los re-

servistas, sin analizar tampoco lo que se podría hacer en lo sucesivo por medio de la ley para atender á esta necesidad, la situación creada por el Real decreto era un hecho; el apremio era inmediato; la solución no podía dilatarse.

Por fortuna solo se trataba de 11.000 reservistas, de los cuales no



TORRE HELIOGRAFICA, CONSTRUIDA EN SANCTI-SPIRITUS

todos dejarían á sus familias en el abandono y el desamparo.

Por la santidad de la causa que motivaba el llamamiento de los reservistas, que era la defensa de la integridad de la patria; por la justicia con que reclamaban la cooperación de sus conciudadanos los que pronto estaban á dar á España cuanto tenían, y por la caridad cristiana, que manda acudir al sostén de nuestros hermanos, la opi-

nión por medio de sus órganos en la prensa, demandó al Gobierno una solución práctica para evitar ó remediar los males que amenazaban á gran número de desgraciadas familias, proponiendo acudiese en socorro de las mismas á fin de conjurar el peligro que amenazaba á cada uno de sus hogares y sostener durante el tiempo que los reservistas estuviesen bajo las banderas, á sus desamparadas familias.

El Gobierno, atendiendo á que si bien la ley no autorizaba el que los reservistas pudieran redimirse á metálico, consentía, en cambio, las sustituciones para Cuba, quedando los sustituidos prestando servicio en la Península, acordó en ese sentido una disposición que dictó el señor ministro de la Guerra, y haciéndose eco y fiel intérprete de los sentimientos y deseos de la opinión, redactó un decreto disponiendo que el Ministerio de la Guerra contribuyese con cincuenta céntimos de peseta diarios para cada una de las familias de reservistas que lo necesitase, y que el de la Gobernación promoviera una suscripción entre las Diputaciones provinciales y los Ayuntamientos y otras Corporaciones que á ello quisieran contribuir, para abonar, *por lo menos*, otros cincuenta céntimos diarios á las familias que lo solicitasen.

Se concedió derecho á ese socorro, no sólo á las mujeres é hijos de los reservistas, sino á los padres impedidos, los hermanos en igual caso, y todos, en fin, cuantos parientes estuviesen comprendidos en las excepciones que establecía la ley de reemplazo.

*
*
*

La organización de las fuerzas que habían de marchar á Cuba, se ajustó al siguiente procedimiento, para los regimientos de infantería designados al efecto:

Toda la fuerza de dichos regimientos, excepto cien hombres, for-

maría el batallón expedicionario; el segundo batallón que quedaría en la Península, tendría como núcleo los cien hombres exceptuados, completándose el resto con reclutas disponibles.

De los segundos tenientes que servían en los cuerpos designados, sólo se sortearían dos tenientes para Cuba—si no había voluntarios— y el resto, hasta el completo del cuadro, lo formarían los señalados en el artículo 24 de la ley de presupuestos.

Los batallones de reservistas se organizaron en las capitales de los cuerpos de ejército donde les correspondía ingresar, facilitándose así el embarque en Barcelona y Valencia.

Los demás debían marchar á los puertos más inmediatos.

Los del primer cuerpo de ejército, cuya capitalidad es Madrid, debían embarcar en Cádiz.

El señor ministro de la Guerra expuso en el Consejo celebrado el día 30, la necesidad de adquirir fusiles Maüsser, no solo para sustituir los que había de llevar á Cuba el segundo ejército expedicionario, de conformidad con las indicaciones y deseos manifestados por el general en jefe de aquel ejército, sino también para dotar de esa arma á todas las fuerzas de infantería de la Península.

El representante de la compañía trasatlántica llevó al ministro de la Guerra una lista de los catorce buques que la Compañía tenía dispuestos para el embarque y transporte de tropas á la grande Antilla, desde el 10 de Agosto hasta el 5 de Septiembre inmediato, con el fin de que el 20 de este último mes estuviesen en Cuba todas las fuerzas que debían formar parte del segundo ejército expedicionario.

Esos catorce buques eran: *Reina María Cristina, Alfonso XII, Alfonso XIII, León XIII, Cataluña, San Agustín, San Francisco, San Ignacio, Montevideo, Buenos Aires, Antonio Lopez, Ciudad de Cádiz, Isla de Luzón y Arauca.*

Los puertos de embarque se acordó fuesen Barcelona, Valencia,

Cádiz, Santander y Coruña, y que todas las expediciones de tropas saliesen del 10 al 31 de Agosto.

Se acordó definitivamente la adopción de la *chancla guajira*, propuesta por el general Martínez Campos para el ejército de operaciones en Cuba.

De dicho calzado debía ir ya provisto el cuerpo expedicionario que había de marchar á reforzar el citado ejército, y al efecto se contrató en la Península la construcción de la partida necesaria para satisfacer aquella necesidad.

* * *

El Diario Oficial del Ministerio de la Guerra publicó el día 31 la Real orden circular disponiendo la marcha á Cuba de los veinte batallones de infantería al pié de guerra, ocho escuadrones, un batallón de artillería de plaza, dos baterías de montaña, y un batallón de ingenieros (zapadores minadores), al pié de guerra también.

El extracto de esta importante disposición, es el siguiente:

INFANTERÍA: Los cuerpos expedicionarios de esta arma, fueron:

1. ^a región	}	Primer batallón del Regimiento del Rey, número 1.
		» » » » de Canarias, núm. 42.
		» » » » de León, núm. 38,
		» » » » de Asturias, núm. 31.
2. ^a región.	}	Primer batallón del Regimiento de Granada, núm. 34.
		» » » » de Alava, núm. 56.
		» » » » de Soria, núm. 9.
3. ^a región	}	Primer batallón del Regimiento de Tetuán, núm. 45.
		» » » » de Vizcaya, núm. 51.
		» » » » de Mallorca, núm. 13.

4. ^a región	}	Primer batallón del Regimiento de Asia, núm. 55.
		» » » » de Luchana, num. 28.
		Batallón de cazadores de Barcelona, núm. 3.
5. ^a región		Primer batallón del Regimiento de Galicia, núm. 19.
6. ^a región	}	Primer batallón del Regimiento de San Marcial, n.º 44.
		» » » » de la Constitución, n.º 29.
		Batallón cazadores de las Navas, núm. 10.
7. ^a región	}	Primer batallón del Regimiento de Búrgos, núm. 36.
		» » » » de Isabel II, núm. 32.
		Batallón cazadores de Reus, núm. 16.

Estos batallones fueron organizados, como queda dicho, al pié de guerra, y constaban de seis compañías. La plana mayor la formaban: un teniente coronel, dos comandantes, dos capitanes (un cajero y otro ayudante), un segundo teniente abanderado, dos médicos (uno primero y otro segundo), un capellán, un sargento y un cabo de cornetas y un armero.



MECANISMO DEL FUSIL MAUSER

Cada compañía constaba de un capitán, tres primeros tenientes, un segundo teniente, cinco sargentos, diez cabos, cuatro cornetas, cuatro soldados de primera, y ciento cuarenta y cuatro de segunda.

Para poner al pié de guerra con efectivo de 1.000 plazas los primeros batallones (que fueron los expedicionarios), de cada regimiento pasaron á ellos toda su fuerza los segundos batallones (que quedaron sólo con cien hombres entre clases, música y banda de tambores). Además recibieron los primeros batallones quinientos y pico de reser-

vistas, para el completo de las 1.000 plazas.

Los batallones de cazadores se pusieron al pié de guerra por igual procedimiento, dentro de la media brigada respectiva, á 1.000 hombres, más la música que llevaron á Cuba.

A todos estos cuerpos se les dotó de armamento Maüsser, que lo recibieron empacado en el puerto de embarco.

CABALLERÍA: Los regimientos de caballería, fueron:

Cazadores de Arlabán, número 24.

Id. de Treviño, número 26.

Id. de María Cristina, número 27.

Húsares de la Princesa, número, 19,

Lanceros de Sagunto, número 8.

Id. del Rey, número 1.

Dragones de Santiago, número 9.

Id. de Montesa, número 10.

Organizaron cada uno con sus elementos propios un escuadrón suelto que llevó el nombre y número del cuerpo respectivo.

Cada escuadrón constaba de un comandante, dos capitanes, cuatro primeros tenientes, dos segundos, un médico segundo, un segundo profesor veterinario, cinco sargentos, diez y seis cabos, cuatro trompetas, cuatro herradores, un forjador, cuatro soldados de primera, ciento veintiséis de segunda, once caballos de oficial y 120 de tropa.

A estos escuadrones se les dotó de carabinas Maüsser. El ganado lo recibieron á su llegada á Cuba, y llevaron empacadas las monturas, los capotes, las bridas, los botiquines, las bolsas de herraje, etc., etc.

ARTILLERÍA.—*De plaza*.—En Cádiz y con fuerza de los ocho batallones de artillería de plaza que existian en la Península, Baleares y Canarias, se organizó un nuevo batallón de este instituto, que fué el 11.º (número que tenía el que se suprimió en Cuba hace años.)

Este batallón constaba de 800 plazas. Su plana mayor la formaban

un teniente coronel, dos comandantes, un capitán ayudante, otro cajero, un primer teniente, un médico primero, un capellán, un armero, sargento y cabo de banda.

Cada una de las seis compañías constaba de un capitán, tres primeros tenientes, un segundo, cinco sargentos, diez cabos, cuatro cornetas, y 114 soldados.

De montaña.—Cada uno de los regimientos de montaña organizó una batería de seis piezas, cuyo material y ganado recibieron en Cuba á su llegada.

La plantilla de cada una de estas baterías fué: un capitán, dos primeros tenientes, un segundo teniente, cinco sargentos, veinte cabos, cinco trompetas, diez artilleros primeros, ciento cincuenta segundos, (incluyendo aprendices de herrador, forjadores, herreros, etc.), tres basteros, cinco caballos de oficial, y seis de tropa y 67 mulos de carga.

Estas baterías llevaron empacadas las fornituras, monturas, bridas, cabezadas, bolsas de curación, material de herrar, etc., á bordo del mismo buque que las condujo á Cuba. El armamento fué Maüsser.

INGENIEROS.--Por Real orden de 22 del propio mes de Julio se mandó organizar el batallón de Ingenieros de 1.000 plazas, al tercer regimiento de minadores zapadores.

Para poner al pié de guerra las cuatro compañías restantes, pasó al primer batallón toda la fuerza del segundo del expresado regimiento (menos cien hombres), ingresando los reservistas necesarios, que fueron en número de 502.

* * *

Los regimientos regionales de Baleares, números 1 y 2, y los dos batallones que estaban en Canarias, dieron respectivamente contingentes

tes de 140 y 120 hombres por batallón, para cubrir bajas en el ejército de operaciones de Cuba.

El total de reservistas que exigió tal movilización, fué de 10.436. Las bajas que la expedición produjo en los segundos batallones de los 20 regimientos de infantería, cuyo primer batallón fué á Cuba; en los ocho regimientos de caballería que organizaron un escuadrón; en los ocho batallones de artillería de plaza; en los dos regimientos de artillería de montaña, y en el tercer regimiento de zapadores minadores, se cubrieron con excedentes de cupo.

Los nuevos refuerzos que se enviaron á Cuba, muy cerca de *treinta mil* hombres, debían estar en aquella isla el 30 de Septiembre. Así se dispuso, con objeto de evitar el período ciclónico, que empieza después de esa fecha, y á fin de hacer menos penosa la travesía de las tropas que fueron á defender allende los mares la integridad de la patria.

Este nuevo sacrificio que el país se impuso y que sus hijos llevaron á cabo con noble resolución, demostró á los que todavía aparentaban dudar de nuestras energías, que España estaba resuelta á dominar la insurrección cubana, costase lo que costase.

La nueva expedición organizada no significó sólo un número mayor de combatientes; ella llevó á la vez nuevos alientos á los bravos soldados que se batían en Cuba y les excitó á renovar sus hazañas en presencia de sus nuevos compañeros. Debía hacer, por la misma razón, mucho más cautos á los insurrectos, demostrándoles cuán imposible era su triunfo, dispuestos como estábamos á enviar allí cuantos soldados se necesitasen.

Sin embargo, en sentir de la opinión, ese nuevo sacrificio de España, no bastaba: urgía completar nuestros medios de acción, ejerciendo exquisita vigilancia en las costas de Cuba, para que la insurrección no recibiera de fuera ni un hombre, ni un peso, ni un arma, ni un cartucho.

Para ello se necesitaba una escuadrilla de lanchas cañoneras que tuviesen materialmente bloqueada la isla. Mientras se acababa de construir, demandó la opinión se enviasen allí, si era preciso, todos los buques de que disponíamos.

--«Ya que están consumiendo el carbón de sus máquinas en los mares de Europa, allí al menos lo consumirán con provecho. Tan importante como el envío de refuerzos es el envío de una escuadrilla. Suplámosla del mejor modo posible mientras se acaba la que está en construcción».

Y, en efecto, hubiera sido lo mejor y casi lo único de provecho que debiera haberse hecho por entonces. Los hechos así vinieron á demostrarlo, confirmando aquel antiguo y sabio adagio latino que dice:

¡Vox pópuli, vox Dei!



CAPITULO VI

El capitán Gil de Avalor en busca del bandolero Matagás y su partida.—Su plan.—Alto en Larguita.—Reconocimiento.—Acto de insubordinación.—Dura reprensión del capitán Gil.—En busca del enemigo.—Agresión del guardia reprendido contra el capitán Gil de Avalor.—Herida del capitán y regreso de la columna á Rodas.—Indignación contra el agresor.—Manifestación de simpatía al herido.—Su primera cura y traslación á Cienfuegos.—Plan frustrado y elogios á los voluntarios de Rodas.—Juicio sumarisimo y terrible pena impuesta al guardia agresor.—Acción del Caimito.—Orden general al ejército de operaciones de Cuba.—El cabecilla Suarez.—Cabecillas muertos.—Misa de campaña en Sevilla.—Partida de las fuerzas de ingenieros.—Su embarque en Cádiz.



HABIENDO tenido noticia el valiente capitán de la guardia civil don Enrique Gil de Avalor, comandante de armas de Rodas, (Matanzas), de que la partida del bandolero Matagás merodeaba por la zona de su mando, determinó formar una columna con las fuerzas que había disponibles en Rodas y salir á batirlo.

Así lo hizo, organizando una fuerza de *ciento treinta* hombres, con guardias civiles, guerrillas de infantería y voluntarios de caballería é infantería, y saliendo al monte, el día 27 de Julio por la mañana, en busca del enemigo.

El plan del bizarro y experto capitán Gil de Avalor era ir á esperar á Matagás y los suyos á un punto por donde necesariamente había de

pasar huyendo de una columna de infantería de marina, que venía persiguiéndolos y que ya les había causado diez muertos y varios heridos.

A poco más de las doce, la columna que mandaba el señor Gil de Avalle hizo alto en Languita, á causa de haberse oído un disparo, disponiendo el jefe de la fuerza hacer un reconocimiento por aquellos alrededores y dejando en el poblado treinta hombres para que lo resguardasen y se procediera á hacer el primer rancho.



PUENTE DE LA CONCORDIA (Matanzas)

Del reconocimiento no resultó hallarse huella alguna del enemigo, ni pudo averiguarse de donde había partido el disparo oído, por lo que regresó la fuerza á Languita donde comió el rancho.

Al regreso de la columna al poblado, y hecho el reparto del rancho, uno de los oficiales dió al jefe queja del comportamiento de uno de los guardias civiles encargados de repartir aquél, por lo que el capitán Gil de Avalle ordenó al sargento que le amonestase como merecía.

Terminado el rancho y al disponerse ya la columna á formar para proseguir la marcha, observó el jefe que el guardia que acababa de ser advertido apostrofaba á varios individuos de la fuerza, y deseando im-

pedir discordias y mantener la armonía entre los que momentos después tendrían que batirse y combatir al enemigo, como hermanos que defendían la santa causa de la Madre patria, llamó al referido guardia, y llevándolo aparte, le reprendió duramente por su conducta y le recordó con enérgica frase los deberes que le imponía la disciplina y el honroso uniforme que llevaba, apercibiéndole con duro castigo si reincidía en atentar contra la armonía y el fraternal compañerismo que era indispensable hubiese entre los individuos que componían la columna.

Cumplido este ineludible deber para un jefe, dió orden el capitán Gil de formar, y minutos después marchaba la fuerza en orden de batalla, porque el enemigo no debía estar lejos.

*
*
*

No habían caminado cien pasos, cuando el guardia reprendido momentos antes, sacó rápidamente su revólver, y casi á quema ropa disparó contra el capitán Gil de Avalor un tiro por la espalda, cuyo proyectil penetró por el costado izquierdo á la altura del corazón y atravesó el biceps del brazo del mismo lado.

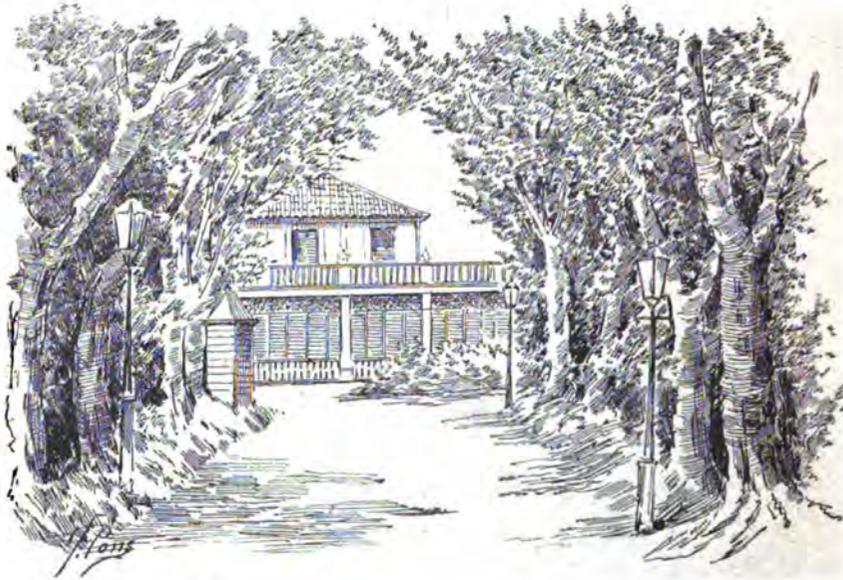
Al oír la detonación, el capitán volvió su caballo para averiguar de donde había partido aquel tiro, y vió al mencionado guardia armado con el revólver humeante aún y apuntándole, y al sargento del cuerpo y al teniente de voluntarios señor Perea, que le arrebatában el arma.

En este momento sintióse herido el capitán Gil, á quien inmediatamente se precipitaron á socorrer un oficial y varios soldados, mientras otros se arrojaron sobre el guardia agresor ayudando al sargento á desarmarlo y amarrarle fuertemente.

Como quiera que la herida que recibió el jefe de la columna era grave y lo ponía fuera de combate, la fuerza hubo de retroceder á Ro-

das, conduciendo al herido en una camilla y abandonando, por no poder hacerse otra cosa, la operación que se había emprendido, y que se esperaba hubiera sido brillantísima y hubiera dado excelentes resultados.

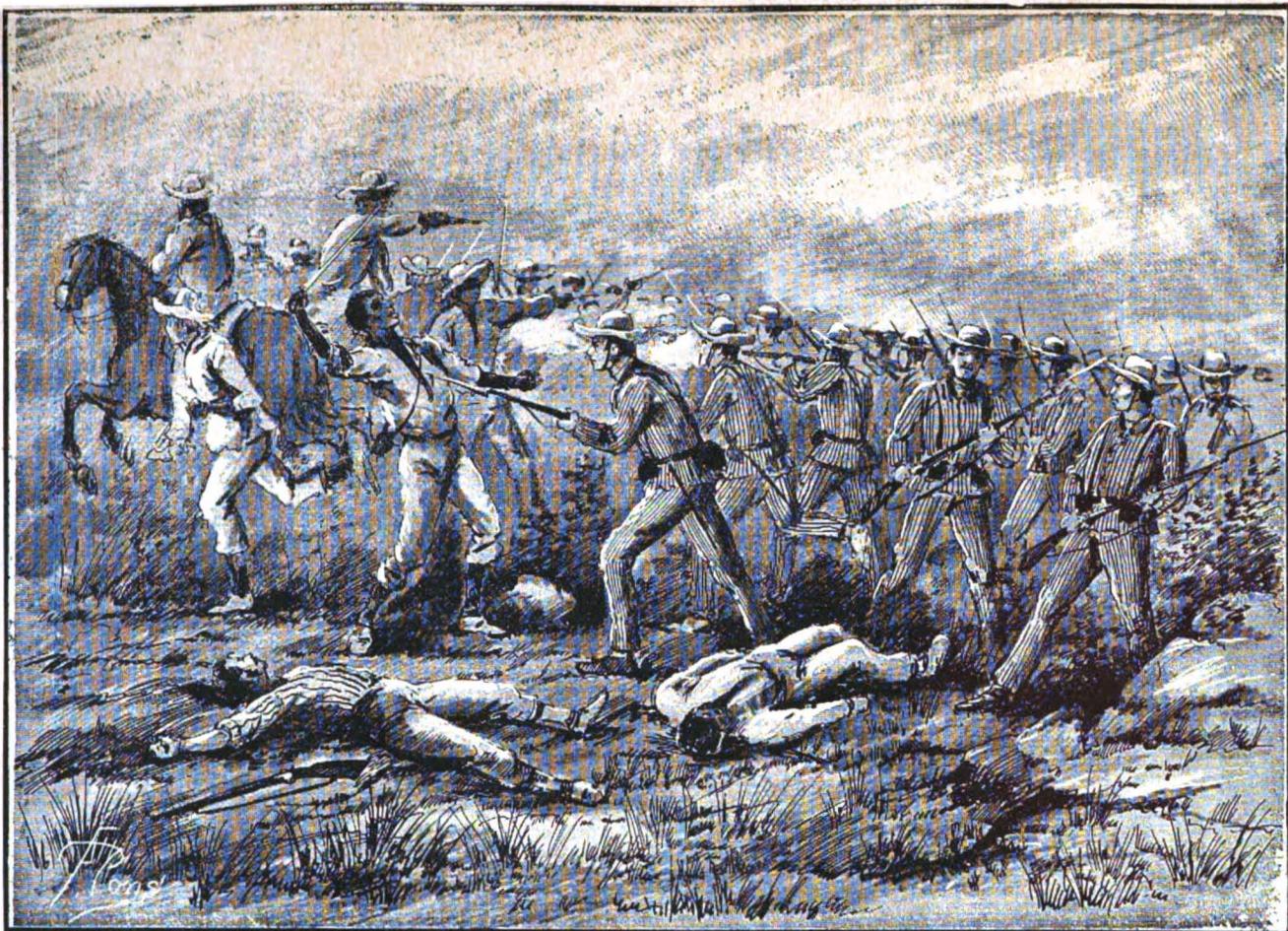
Con la rapidez del rayo circuló en Rodas, al retorno de la columna, la noticia del suceso, y el pueblo entero, que sentía grandes



QUINTA DE LOS MOLINOS (Habana.)

simpatías por el bizarro y pundonoroso capitán señor Gil de Avalle, se agolpó á las puertas de su casa á donde se llevó al herido, ávido de adquirir noticias del atentado.

Con cariñosa solicitud le hicieron la primera cura los doctores Díaz Perez y Perez Giménez, y el siguiente día fué trasladado á Cienfuegos, donde le asistieron los doctores Lay y Aizpuro.



REÑIDO ENCUENTRO Y GLORIOSO COMBATE DE «BELLAMOTA»

A su llegada fueron á visitarle el comandante del cuerpo señor López de Solá, varios oficiales del instituto, el comandante militar teniente coronel señor Robles y muchos amigos particulares, lamentando todos que tan triste accidente privara á la columna que mandaba el bizarro capitán, realizar una acción notable, en la que se hubiera logrado quizá exterminar la partida del bandolero Matagás, terror de la comarca.

Grandes elogios valió también al capitán Gil de Avalor, la disciplina, táctica y decisión de los valientes voluntarios de Rodas, que en aquella penosa marcha y en las diferentes evoluciones se portaron como aguerridos soldados y veteranos combatientes.

El guardia agresor, Dionisio Trajo Urbano, fué sometido á Consejo de guerra sumarísimo, por la enormidad de su delito, que pagó con la vida, siendo pasado por las armas el día 10 de Agosto.

* * *

A las nueve de la mañana del día 28 de Julio, marchaban de operaciones por la jurisdicción de Manzanillo (Santiago de Cuba), fuerzas del segundo batallón de infantería de Isabel la Católica, en número de unos doscientos hombres, mandados por el comandante don Pedro Blanco Núñez, cuando en un punto denominado «Caimito», entre Veguitas y Barrancas, á orillas del río Buey, el enemigo, emboscado en un monte, hizo una nutrida descarga á la retaguardia de la columna, hiriendo al oficial que la mandaba y que marchaba de flanco, y á cuatro soldados, además.

Ante tan cobarde é imprevista agresión, y repuesta la columna de la natural sorpresa, atacó con denuedo y cargó á los insurrectos, generalizándose al poco tiempo el fuego en toda la línea, y logrando desa-

lojar al enemigo de sus ventajosas posiciones, después de una hora próximamente de rudo y empeñado combate.

El enemigo se internó en el monte, viéndosele recoger y retirar numerosos heridos.

La partida se supuso constaba de unos doscientos hombres, mandados por el jefe mulato Francisco Estrada.

El oficial herido por la primera y alevosa descarga de los cobardes *mambises*, fué el primer teniente de la escala de reserva don Antonio Mayorga y Bassó. Tenía tres heridas, dos de carácter menos grave, y una muy grave, por haberle penetrado la bala en la ingle.

Las heridas de los cuatro soldados fueron calificadas de leves.

*
* *
*

Según nos comunicó nuestro celoso corresponsal en la Habana, por el último correo antillano del mes de Julio, el general Martínez Campos dictó una nueva orden general para el ejército de operaciones en Cuba, que contenía las siguientes disposiciones generales:

Señalaba las obras complementarias de defensa que debían tener los fortines, y ordenaba que se emplazasen en puntos separados de los poblados, para que, si éstos eran incendiados, el fuego no pudiese llegar á ellos.

Fijaba las raciones y municiones que debían tener.

Prevenía que no aceptaría rendición alguna en la que no se hubiesen hecho méritos para obtener la cruz de San Fernando; y que si, lo que no podía creer, algún comandante de destacamento entrara en tratos con el enemigo ó tratara de rendirse sin haber cumplido la última cláusula del párrafo anterior, el que le siguiese, sargento ó cabo,

debía impedirlo y tomar el mando, en la inteligencia que, si no lo hiciera, sería juzgado con la misma severidad que el jefe inmediato.

Cuando en la defensa, sin rendirse, ocurriesen bajas, fuesen muertos ó heridos, en proporción de una cuarta parte de la fuerza, daría el ascenso inmediato á los primeros jefes, y cruces pensionadas á toda la guarnición.

Así mismo nos comunicó nuestro dicho corresponsal, que el cabecilla Suarez, que según telegramas había levantado una nueva partida en la provincia de Santa Clara, era natural de Canarias, y había sido oficial de nuestro ejército.

En la pasada guerra había operado en Las Villas, y titulándose brigadier había concurrido al convenio del Zanjón, firmando las capitulaciones para la paz como jefe de las fuerzas insurrectas de las Villas.

En la actual insurrección, era Suarez, después de Máximo Gomez y Antonio Maceo, el jefe de más importancia entre los rebeldes, por su influencia y antecedentes.

* * *

Según la estadística oficial, desde que se había iniciado el movimiento revolucionario en Cuba, el 24 de Febrero, hasta el 11 de Julio inmediato, habían muerto en el campo insurrecto, los cabecillas siguientes:

Guillermo Moncada (a) Guillermon, de muerte natural.

Flor Cromwert, titulado brigadier, en la acción de Guantánamo, por la columna del malogrado teniente coronel señor Bosch.

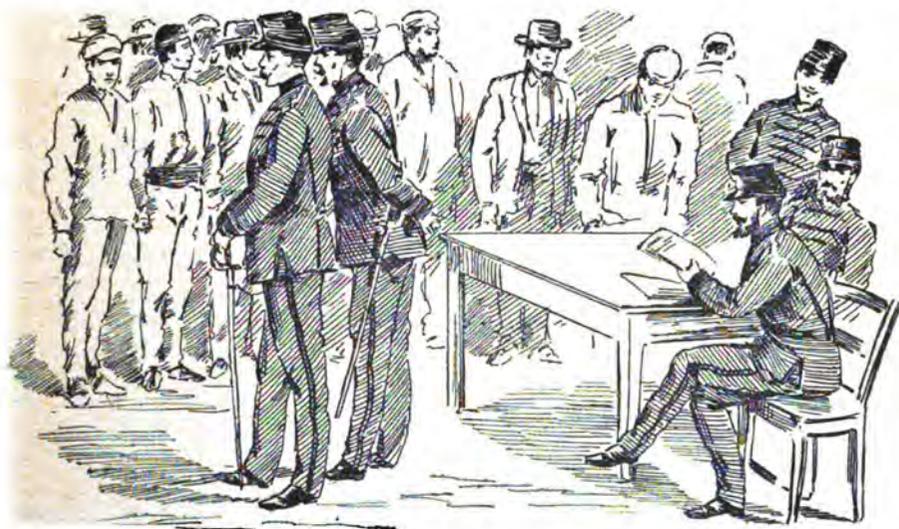
Alcides Duverger, en la misma acción.

Diego Estrada, titulado capitán ayudante de Joaquín Estrada, en

el encuentro del potrero «Solís», por la columna del general Garrich.

Francisco Varona Torner (a) *Panchín*, titulado coronel, en el ataque de San Miguel, de Nuevitas, por la guardia civil.

José Martí, titulado presidente de la República cubana, delegado del partido revolucionario y jefe civil de la insurrección, en la acción de «Dos Ríos», por la columna del coronel Sandoval.



CONCENTRACION DE RESERVISTAS

Bellito, titulado coronel, jefe de la escolta de Máximo Gomez, ídem, ídem.

Pablo Nuera, titulado coronel, en la acción de Remanganaguas, por la columna del coronel Sandoval.

Mariano Lora, ídem, ídem.

Polanco, titulado capitán ayudante de Rabi, muerto por la columna del teniente coronel señor Michelena.

Amador Guerra, titulado coronel, muerto en la acción de «Cayo Largo», por la guerrilla local de Manzanillo.

Terrero, titulado comandante, id. id.

Agustín Cevreco, titulado coronel, muerto en Guantánamo por las escuadras de Santa Catalina del Guaso.

Rafael Cazallas, titulado brigadier, en la acción del central «San José», por la columna del comandante don Santiago García Delgado.

Evaristo Lugo, titulado coronel, muerto en Guantánamo, por la columna del coronel señor Copello.

Manuel García Ponce, titulado coronel, muerto por la guardia civil en la tienda de Seborucal, cerca de Ceiba Mocha.

Crescencio Castillo, titulado capitán, muerto por la columna del coronel señor Canellas, en Guantánamo.

Paquito Borrero, titulado brigadier, segundo de Máximo Gomez, muerto en el ataque del poblado de Altagracia.

* * *

Organizadas las fuerzas de ingenieros á las que correspondió marchar á Cuba, á las cinco de la mañana del día 30, se celebró en la plaza de San Fernando, de Sevilla, la misa de campaña, á la que asistieron dos compañías de aquel instituto, que habían de partir aquel día para embarcar el siguiente en Cádiz, y otras dos en representación de los batallones de Soria y Granada, que debían marchar el 15 del inmediato Agosto.

En el sencillo y severo altar que se levantó en dicha plaza, celebró el santo sacrificio de la misa, el señor dean de la Catedral.

Asistieron á ella el general Chinchilla, capitán general de Andalucía y comandante general de aquel cuerpo de ejército, y los gene-

rales, jefes y oficiales de la guarnición, el Ayuntamiento en pleno, autoridades civiles y un numeroso gentío.

En el altar, adornado con severa sencillez, veíase la sagrada imagen de la Virgen de los Reyes.

Terminada la misa, el dean dirigió á las tropas una sentida arenga animándolas á luchar por España.

La concurrencia vitoreó á los soldados al terminar la ceremonia y retirarse al cuartel.

Después de la misa sirvióse á la tropa un rancho extraordinario, y los jefes y oficiales de aquella comandancia de ingenieros obsequiaron con una comida á sus compañeros que marchaban á Cuba, pronunciándose á los postres entusiásticos y patrióticos brindis.

A las siete y media salía la fuerza expedicionaria del cuartel para la estación. En el trayecto fué aclamada con entusiasmo por la multitud que, esperando su paso, invadía calles y plazas.

Al pasar los bizarros ingenieros frente á la fábrica de tabacos, lanzáronse las cigarreras á la calle, y vitoreando á los soldados les siguieron á la estación.

En el andén no se podía dar un paso, viéndose entre la muchedumbre que lo había invadido y ocupaba, muchas y distinguidas damas sevillanas.

El general Chinchilla arengó á los expedicionarios, momentos antes de arrancar el tren, siendo vitoreado por los soldados y por el público.

A las cuatro de la tarde llegó el tren á la estación de Cádiz, en cuyo andén esperaban á los expedicionarios el general Rodas, los jefes y oficiales de aquella guarnición y las bandas de música de los regimientos de Alava y Pavía.

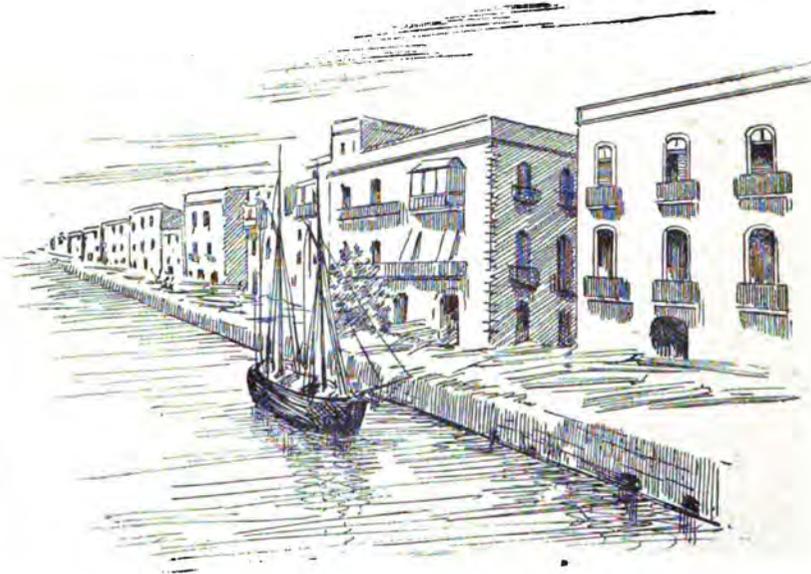
La mayoría de los soldados que componían las dos compañías de ingenieros que marchaban á Cuba, eran hijos de la provincia de Cádiz.

En la estación les aguardaban sus familias, produciéndose entre éstas y aquéllos escenas tristísimas, de lágrimas y lamentaciones.

Precedidas de las bandas de música, dirigieron las tropas á los cuarteles, desfilando ante el general Rodas, por la plaza de Isabel II, á presencia de numeroso público.

La impresión fué más de tristeza que de entusiasmo.

Al siguiente día 31, á las seis de la mañana, revistó el general Ro-



CALLE DE LA MARINA (Matanzas)

das á las compañías expedicionarias en los cuarteles, donde estaban alojadas.

El general les arengó, recordando las glorias del cuerpo de ingenieros, y terminando con vivas al rey, al ejército y á España, que fueron calurosamente contestados por la tropa.

A las siete se puso en marcha la fuerza, acompañada por las músicas de los regimientos de Alava y Pavia.

Ante las puertas de los cuarteles se hallaban las familias de los militares y un gran gentío, esperando su salida.

Al presentarse las tropas, la muchedumbre les rodeó y vitoreó, desarrollándose infinidad de escenas conmovedoras entre parientes y deudos.

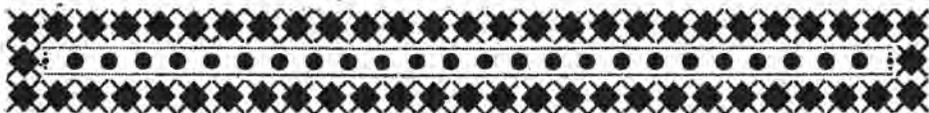
En el Ayuntamiento esperaban el paso de los soldados, el alcalde y los concejales, el general Rodas y comisiones militares, que se pusieron á la cabeza de la fuerza, dirigiéndose á los muelles.

En las calles del tránsito, la muchedumbre aclamó con entusiasmo á los soldados.

Los militares elogiaron mucho el buen estado de las compañías expedicionarias.

A la llegada á los muelles, los soldados ocuparon el remolcador, haciéndose el embarque rápidamente, bajo la dirección de las autoridades de Marina, sin contratiempo alguno y sin otros incidentes que las dolorosas despedidas entre parientes, deudos y amigos.





CAPITULO VII

Encuentro y heroico combate de Bellamota.—El bravo teniente Ravenet y su pequeña columna.—El asistente del señor Ravenet.—Abnegación y heroísmo del soldado Sepúlveda.—Parlamentario.—¡Viva España!—Desesperada situación del destacamento.—Cuatro héroes.—Seis horas de fuego.—Sensibles bajas.—Columna salvadora.—Huída y dispersión del enemigo.—Un detalle.—Ataque y heroica defensa del poblado y fuerte de Tí arriba.—El bravo teniente señor Valdivia.—Infructuosos ataques de los rebeldes.—Su retirada.—Telegrama oficial.—Noticias de nuestro corresponsal en la Habana.—Decreto del general Martínez Campos sobre imprenta.—¿Quién daría las noticias?—Un encuentro en el ingenio «Guerrero».—Los laborantes de Nueva York.—Lo que había que evitar.



OR los informes que de uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra recibimos por el último correo de Cuba, llegado á la Península en el mes de Julio, resultó que el ataque al fuerte de Bellamota de que nos había dado cuenta el telégrafo, y en el que tan bizarramente se ganó el teniente señor Ravenet los galones de capitán, fué uno de los más reñidos encuentros y heroicos combates sostenidos por nuestros valientes é invictos soldados contra las huestas del filibusterismo.

El día 2 de Julio salió de Iguará una columna del batallón de la Unión, al mando del teniente Ravenet, en dirección á Manacas y Bellamota.

Después de dejar un destacamento con otro oficial en Manacas,

continuó el teniente Ravenet con cincuenta hombres su marcha hacia Bellamota, á cuyo fuerte iban á su vez destacados.

En Jobosí se detuvo la fuerza para hacer el rancho, y á las once y media salió para su destino, sin prácticos, á causa de no haber sido posible hallarlos.

El teniente Ravenet siguió la dirección del teléfono hasta encontrarse con un *guajiro*, que se prestó á servirle de guía.

Así marchó la fuerza, sin contratiempo alguno, hasta la una de la tarde, en que, al encontrar á otro paisano, que hubo de inspirar más confianza al teniente, suplicóle éste le guiasé hasta salir siquiera al camino real, toda vez que el *guajiro* llevaba dirección contraria á la que él debía seguir.

Accedió el paisano á la súplica del señor Ravenet, si bien advirtiéndole del peligro que corría por la proximidad en que se hallaba el enemigo con numerosas fuerzas.

Cuando esto ocurría se hallaba ya el pequeño destacamento á unas dos leguas de Jobosí, por lo que el teniente Ravenet decidió no retroceder y proseguir la marcha por una manigua, en dirección á los *Hondones*.

A retaguardia de la pequeña columna iba el cabo Jaramilla, á quien, por estar enfermo, había autorizado el teniente para ir á caballo.

De pronto oyóse una enérgica voz que gritó:

—¿Quién vive?

—¡España!—contestó el teniente Ravenet, haciendo alto y preparándose á la defensa.

Tres descargas cerradas y terribles siguieron á la contestación del oficial jefe de la columna.

Los prácticos ó guías huyeron, y el bravo teniente, á pesar de haber sido herido en el brazo izquierdo por una bala enemiga, aprestose á hacer una defensa verdaderamente heroica.

Animó á sus soldados, mandóles armar bayoneta, formó el cuadro y continuó la marcha por un llano hasta posesionarse de un bohío inmediato.

*
* *
*

Una vez posesionado del que creyera en aquellos momentos un pequeño baluarte, vió que el bohío no reunía condición alguna de defensa y decidió abandonarlo y dirigirse á la *Loma de guerrilleros*, frente al potrero *Bellamota*, donde precisamente tenían su campamento los insurrectos.

Estos, en número mayor de *setecientos*, se habían desplegado y dividido en varios grupos, teniendo casi cercada á la pequeña columna de nuestro ejército, que al fin ocupó el *rancho* que servía al enemigo de campamento, ocupando en él una caja de municiones, una manta que se dijo era la que usaba el doctor *Zayas*, y otros efectos.

En un instante los animosos y valientes soldados improvisaron un fuerte, comenzando á defenderse con tanto orden como heroísmo.

Allí no se escuchaba otra voz que la del bravo teniente.

De momento, observó el oficial que su asistente, *Andrés Mancilla*, salía del *rancho* y se dirigía al campo.

Era que las acémilas se escapaban.

El bravo asistente, al ver que un *mambí* á caballo intentaba llevarse las acémilas, sin reparar en el peligro, lanzóse al campo y disparóle un tiro, dejándole muerto y ocupándole sus armas (una tercerola y un machete), y recuperando una de las acémilas, que resultó ser, precisamente, la que conducía las municiones y dinero de la tropa.

Comprendiendo uno de los soldados, apellidado *Sepúlveda*, el grave peligro en que se hallaban todos al verse cercados por numerosas

fuerzas enemigas, ofreciose á su jefe, el teniente señor Ravenet, á salir disfrazado del *rancho*, y ocultándose entre las malezas, ir á pedir auxilio al primer punto posible.

El teniente aceptó la espontánea oferta de aquel valiente, estimando en lo que valía su abnegación y temeraria bravura, y entregole un parte escrito con lápiz en un papel.

El soldado disfrazose con un traje de paisano que se encontró en el *rancho*, y partió para no volver más.

No bien hubo desaparecido en la manigua el valiente Sepúlveda, presentóse frente al *rancho* un *mambi* haciendo señales de parlamento.

El teniente hizole seña de que podía acercarse.

Aproximose el insurrecto y dirigiéndose al señor Ravenet le dijo:

—Mi jefe me manda á decirles que les invita á que se entreguen con las armas, seguros de que nada les pasará.

—Los españoles no se rinden—contestó el bizarro teniente.

Y volviéndose hácia sus soldados, en un arranque de patriotismo gritó:

—¡Viva España!

—¡Viva!—contestaron todos secundando el arranque de su jefe.

* * *

Al enterarse de la respuesta, los insurrectos redoblaron su saña, y con gran empeño atacaron al destacamento, llegando en su primer avance hasta la cocina del *rancho*, gritando que si no se entregaban morirían quemados. Y, acto seguido, prendieron fuego á la cocina.

—¡Hijos míos!—dicen que exclamó entonces el teniente,—vamos á morir todos abrasados; pero acaso puedan salvarse algunos si hay entre vosotros cuatro valientes que á costa de sus vidas acudan á sofocar ese fuego.

Pronto se destacaron cuatro hombres, que presurosos acudieron á cumplimentar la invitación de su jefe.

Eran los soldados Mendez, Guevara, Escobar y Moraño, los cuales lograron extinguir en su principio, con grave exposición de sus vidas, el incendio que amenazaba comunicarse al barracón donde estaba la fuerza.

Luchando sin tregua ni descanso se sostuvo el pequeño destacamento mandado por el bravo teniente señor Ravenet hasta las seis y media de la tarde (seis horas de fuego), causando al enemigo numerosas bajas, á costa, por desgracia, de sensibles pérdidas en la tropa, entre las que hubo que lamentar la muerte de los valientes cabos Pedro Sanchez y Ramón Jaramillo, que sucumbieron al principio de la acción.

A dicha hora llegó en su auxilio una columna mandada por los capitanes Rodriguez y Costa, compuesta de unos *trescientos* hombres del batallón de Alfonso XIII, y una sección de caballería del escuadrón de Talavera, al mando del teniente Cáceres y compuesta de *veinte* hombres armados de tercerolas Maüßer.

Esta fuerza se hallaba en Jobosí, donde á las cuatro de la tarde, recibió aviso del peligro en que se encontraba la fuerza del teniente Ravenet.

Inmediatamente y á marcha forzada, salió á prestarle auxilio, que por cierto no pudo ser más oportuno.

La vanguardia de la columna de auxilio, formada por veinte hombres de Alfonso XIII, mandados por el sargento Huerta, rompió la línea enemiga entrando en el *rancho* donde estaban sus compañeros de la Unión, al grito de ¡viva Española!, en tanto que el grueso de la fuerza secundaba el ataque al enemigo, que pronto huyó, á pesar de ser en número infinitamente mayor.

Lo avanzado de la hora impidió practicar un reconocimiento minucioso, pero al día siguiente dos paisanos, vecinos del lugar de la

acción, aseguraron haber visto en el campo ocupado por las partidas insurrectas más de *cincuenta* cadáveres, y, después, por noticias que las mismas partidas llevaron á los poblados, se aseguró que sus bajas habían sido unas *ciento cincuenta* entre muertos y heridos, los cuales habían retirado en la obscuridad de la noche.

Terminada la brillante acción, los oficiales, clases y soldados de la columna de auxilio y los que tan heroicamente se habían defendido del ataque de los enemigos de España, confundieron en estrecho y fraternal abrazo, felicitándose mutuamente del glorioso fin de la jornada, y lamentando la muerte de los que tan bizarramente habían defendido su puesto y su bandera, para honra y gloria del ejército y de la Madre patria.

.
Un detalle que revela la serenidad y aplomo de nuestros valientes soldados.

El teniente Ravenet notaba que uno de sus soldados, Pedro Moraño, no hacía fuego siempre que él daba la voz de mando al grupo ó sección á que aquel correspondía.

No pudiendo explicarse la extraña conducta del soldado, acercóse á él y le preguntó:

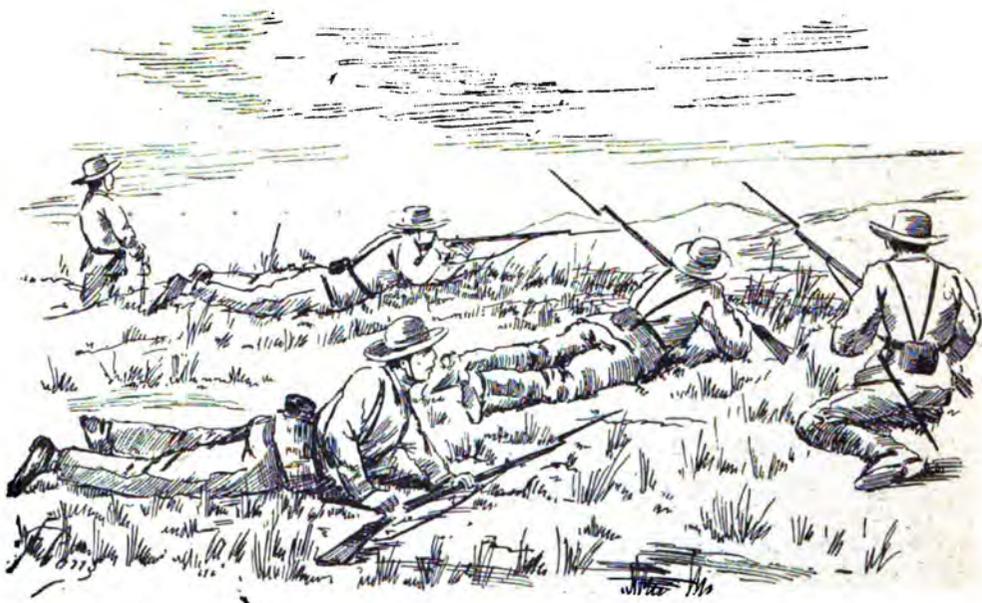
—¿Por qué no tira usted?

—Ya tiraré, mi teniente—contestó Moraño, es que quiero tomar bien la puntería para no desperdiciar ni un cartucho.

Y, en efecto, poco después observó el oficial que cada vez que Moraño disparaba su fusil, caía muerto ó herido un insurrecto.

* * *

Tanto el vecindario del poblado de Tí Arriba (Santiago de Cuba), como el pequeño destacamento que guarnecía su fuerte, vivían desde hacía tiempo convencidos de que un día ú otro serían atacados por los rebeldes que desde el día 22 de Julio venían amagando un ataque, enviando emisarios al jefe de la guarnición para que se rindiera y profiriendo toda clase de amenazas si no se entregaban; amagos, intima-



TIRADORES MAUSSER

ciones y amenazas que el valeroso teniente señor Valdivia, comandante del destacamento, despreció siempre.

Llegó, por fin, el día 24 de Julio en que los insurrectos, en número de *seiscientos*, se decidieron al ataque formal del fuerte, confiados en la aparente indiferencia de sus defensores, que interpretaron por pusilanimidad ó miedo.



PAILEBOT NORTE-AMERICANO PERSEGUIDO POR UN CAÑONERO ESPAÑOL

Comenzaron por incendiar algunos *ranchos* de guano, situados á bastante distancia del fuerte, suponiendo que el destacamento saldría en auxilio de sus habitantes; pero sus propósitos viéronse frustrados por el buen criterio del señor Valdivia, que desde luego comprendió sus intentos y adivinó sus planes.

Entonces se fraccionaron en distintos grupos, cercando el fuerte y tomando posiciones á su alrededor, y rompieron el fuego contra el fortín.

El destacamento, compuesto de cuarenta hombres al mando del bravo teniente señor Valdivia y del valiente sargento don Antonio Gila Garzón, no contestó al fuego de los rebeldes y se limitó á tomar las convenientes disposiciones, para que su defensa fuera heroica, como en efecto lo fué.

Los insurrectos, vacilantes ante aquella actitud de las tropas, avanzaron en el ataque por tres distintos puntos, y cuando llegaron á distancia conveniente del fortín, el señor Valdivia ordenó á sus soldados que rompieran el fuego, pero con calma, apuntando y aprovechando bien las municiones.

Obedeciendo la orden de su jefe, el destacamento rompió un fuego graneado tan certero y mortífero para el enemigo, que se vieron caer hombres y caballos á docenas y en pocos minutos dejar el campo sembrado de muertos y heridos.

Ante tan imprevista como elocuente respuesta á su agresión, los *mambises* vacilaron en su avance, y en completo *barullo* iniciaron la retirada, recogiendo y llevándose sus muertos y heridos lejos de la *eficaz* acción de los Maüser españoles.

Repuestos de la inesperada cuanto elocuente vitalidad de los que ellos creyeran dominados por la pusilanimidad y el miedo, volvieron los insurrectos con mayor coraje y ahullando de rabia á un segundo ataque al fuerte; pero rabia y coraje estrelláronse de nuevo contra la serenidad y aplomo de nuestros valientes soldados y los certeros disparos de sus Maüsser, que obligáronles nuevamente á retirarse con nuevas y numerosas bajas.

Dos horas próximamente duró el ataque al fuerte de de Tí Arriba, durante las cuales sucedieronse unos á otros los avances del enemigo, obligado siempre á retirarse y siendo siempre rechazado con pérdidas de hombres y caballos, sin que lograran apoderarse, á pesar de su fuerza numérica y su arrojo y empeño, de aquel pequeño fortín, que la serenidad y valor de nuestros invictos soldados hizo inexpugnable.

Convencidos, al fin, los *mambises*, de que sus *seiscientos* hombres no eran suficientes para hacerse dueños del fuerte, y viendo que el convoy de muertos y heridos aumentaba por minutos y que habían gastado, sin resultado ninguno, gran cantidad de municiones, que no tenían medio de reponer, decidieron desistir de su tenaz empeño, que tan caro les costara, é iniciaron la retirada definitiva, en la cual, según refirió un presentado que conocía bien los hechos, sufrieron aún muchas bajas, mientras no lograron internarse en el monte.

Entre los tiradores paisanos que se refugiaron en el fuerte figuraban el alcalde, el factor y otro vecino del pueblo, que haciendo uso de los Maüsser de los soldados enfermos contribuyeron noble y valerosamente á rechazar y dar una lección á los enemigos de España.

La brillante y heroica defensa de Tí Arriba merece ser anotada entre los hechos gloriosos llevados á cabo por nuestros heroicos soldados en la presente campaña, escribiendo á su frente los nombres de sus valientes defensores, mandados por el bravo teniente señor Valdivia y el valeroso sargento don Antonio Gila Garzón, para eterna memoria

de sus compatriotas y perdurable recuerdo de tan gloriosa jornada para las armas españolas.

* * *

En la Presidencia del Consejo de ministros se facilitó el día primero de Agosto á la prensa, el siguiente despacho del general Arderius, que confirmaba las noticias que nos había anticipado ya nuestro activo corresponsal en la Habana.

«Habana 31 de Julio.—Fuerzas considerables de insurrectos atacaron el día 30 al destacamento de veinte hombres que hay en el ingenio «Isabel» (Guantánamo), al mando del sargento Martinez, que los rechazó bizarramente, haciéndoles muchas bajas.

En Colonia Venidia, (Sagua) fué batida la partida del cabecilla Rodriguez por fuerzas de la guardia civil, al mando del capitán Garrido, matando al jefe.

El general en jefe debe estar hoy en Manzanillo.—*Arderius.*»

Nos comunicó nuestro corresponsal en la capital antillana, en telegrama del día 2, que el general Martinez Campos había dictado un decreto sobre imprenta, cuya parte dispositiva prohibía en absoluto la publicación de noticias referentes á operaciones militares que no reconocieran origen oficial.

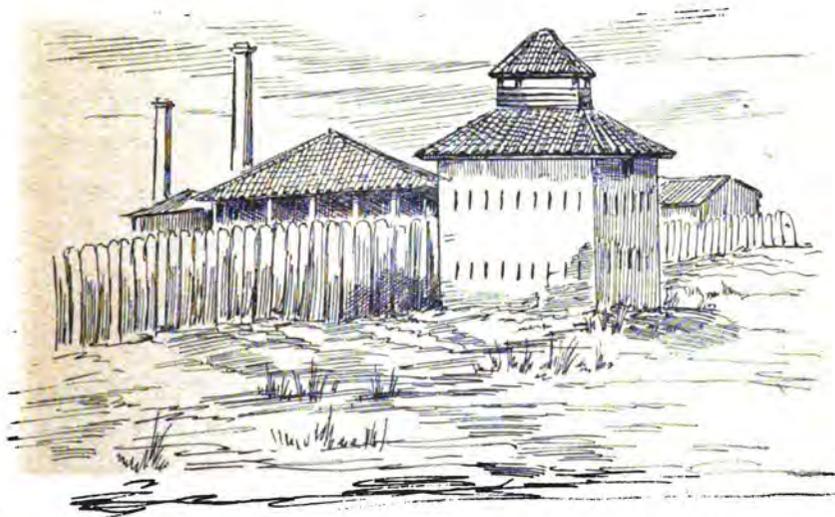
Las oficinas del Estado mayor de aquella Capitanía general facilitarían á la prensa los datos y noticias cuya publicación no ofreciese inconveniente.

En el mismo telegrama nos dió noticia nuestro citado corresponsal de un encuentro habido entre fuerzas del regimiento de María Cristina, al mando del capitán Guardo, y la partida del cabecilla Reyes, compuesta de 250 hombres.

El encuentro tuvo lugar en los terrenos del ingenio «Guerrero», en Macagua, jurisdicción de Matanzas.

Nuestras tropas batieron á la partida insurrecta, poniéndola en dispersión y causándola un muerto y varios heridos.

El general en jefe del ejército de Cuba había llegado á Santiago de Cuba, á bordo del vapor *Villaverde*.



INGENIO «QUESADA» EN LA TROCHA MILITAR DE JÚCARO A MORÓN

Los laborantes de Nueva York, incansables en sus anuncios de sucesos desfavorables á España, tal vez por fundar en ellos esperanzas de auxilios metálicos, cada vez más problemáticos, anunciaban en su editorial del día 1.º, que el comandante Romanu con cuatro buques filibusteros había logrado desembarcar en las costas de Cuba buen número de hombres y gran cantidad de municiones y pertrechos de guerra, con destino á los insurrectos.

* * *

La disposición adoptada por el general Martínez Campos prohibiendo en absoluto la publicación de noticias relacionadas con las operaciones militares en la isla, en tanto no procedieran de origen oficial, sí bien no fué discutida por la prensa, fué, empero, muy comentada en cuanto á su eficacia y resultados.

Desde el momento que el general en jefe del ejército de Cuba había juzgado necesario dictarla, para llevar de ese modo un elemento más á la obra de la pácificación, evidente era que solo este propósito pudo inspirar la publicación del decreto.

La intención por lo tanto era inmejorable; el derecho de la primera autoridad de la isla á adoptar semejante medida en aquellas circunstancias, indiscutible de todo punto.

Lo único de que nos lamentamos todos, era de que la autoridad del general Martínez Campos no alcanzase más allá del territorio de su jurisdicción, en cuyas costas había de encontrar el decreto sus naturales límites, para los efectos apetecidos.

¡Ah! ¡Cuánto más eficaz hubiera sido si hubiese podido alcanzar á Cayo Hueso, Tampa, La Florida, Nueva York, y demás centros del laborantismo, donde se proveía á toda la prensa de Europa y de América de noticias adversas para nuestras armas y para la causa de España, y favorables para la insurrección.

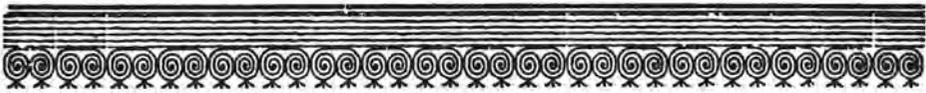
Por todo ello, sin discutir y menos censurar la medida adoptada por el ilustre general en jefe del ejército de Cuba, nos permitimos, empero, dudar de su eficacia y resultados, pues nunca creimos, ni creemos, que por noticias de la prensa se haya malogrado jamás en el mundo ninguna operación militar, ni mucho menos ningún plan de campaña.

Esas creencias ó suposiciones son novelas que inventaron los escritores franceses en la época de su desventurada contienda con Alemania.

Además, que hasta entónces, ni hasta ahora, no había salido de allí por el cable ninguna noticia á que el Gobierno general de la isla no hubiese dado su *exequatur*.

Bien estuvo la medida adoptada, puesto que se consideró necesaria; pero el Gobierno debiera haberla tenido muy en cuenta para que no se diese el lamentable caso, como se dió, de que lo que pasaba en Cuba se supiera en todas partes antes que en España, ya que el laborantismo, lo sabíamos y sabemos todos por triste experiencia, usaba y abusaba de la publicidad, para ayudar á sus propósitos y lograr sus fines.





CAPITULO VIII

Búrgos al general Santocildes.—Honras fúnebres.—Mensaje de pésame.—La prensa inglesa.—Infundios filibusteros.—La prensa extranjera.—Consejo de ministros en Washington.—Comentarios y acuerdos.—Conducta y apatía del Gobierno de los Estados Unidos.—Manejos de los laborantes.—Nueva expedición filibustera á Cuba.—La goleta americana *Carrie A. Laney* un cañonero español.—El *Times* y el *Morning Journal*.—Propósitos de la Junta revolucionaria en Nueva York.—Apatía de nuestros gobernantes.—Nuestro ministro en Washington.—Decreto del gobernador general de Cuba.—Sus funestas consecuencias.—Las *Agencias* telegráficas y los periódicos extranjeros.—Lo que hubiera habido de evitado.—A la publicidad con la publicidad.—Observaciones del autor.



RENDIENDO justísimo y patriótico tributo á la perdurable y gloriosa memoria del inolvidable é ilustre burgalés y malogrado general señor Santocildes y demás compañeros de armas, muertos heroicamente por defender la integridad de la patria en los campos de Cuba, celebráronse con gran solemnidad en la ciudad de Búrgos, el día 1.º de Agosto, suntuosos funerales para eterno descanso de sus almas.

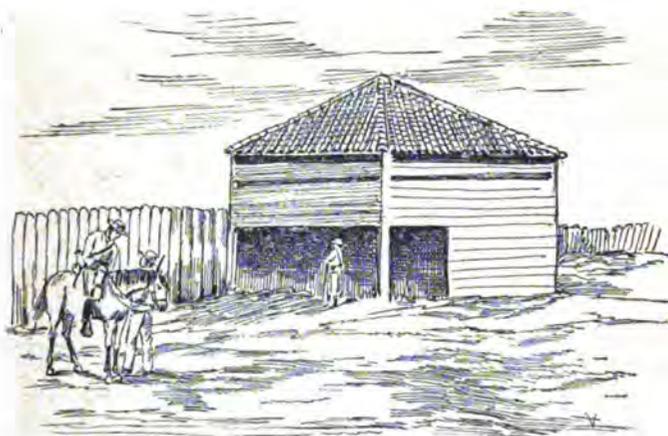
En el centro de la espaciosa nave central de aquella santa Basílica levantóse severo y elegante túmulo, sobre el cual se veía la bandera del regimiento provincial de Búrgos.

Asistieron al solemne acto el Ayuntamiento en pleno bajo mazas y precedido de los timbales y guardia municipal, la Diputación, el Go-

bernador civil, comisiones de todos los centros oficiales y numerosas de los distintos cuerpos de la guarnición.

Inmensa concurrencia llenaba las amplias naves del templo, congregada para rendir justo, aunque triste y penosísimo tributo de admiración y duelo á los mártires de la patria.

Durante todo el día ondeó á media asta el pabellón nacional en lo alto del edificio de la casa Ayuntamiento.



FUERTE «CARRIL» EN LA TROCHA DE JUCARO A MORON

El municipio de la histórica ciudad dirigió á la desconsolada viuda del ilustre y valiente general Santocildes, el siguiente mensaje de pésame.

«Excma. Sra. D.^a Dolores Millares, viuda de Santocildes.

Proclama la historia con la elocuente voz de los hechos, en admirables ejemplos de todas sus edades, que entre todas las grandezas á que puede aspirar el hombre, ninguna aventaja al incomparable honor de morir por la patria, sublime sentimiento que, sobreponiéndose y

avasallando á todos los demás deberes sociales, enseña á los pueblos, en epopeya escrita con sangre generosa, que la idea y el sentimiento de la patria lo resume todo, y ante su interés supremo nada son, ni la familia, ni el individuo, ni sus más caros afectos ó personales intereses.

El que fué vuestro ilustre marido, general de brigada, Excelentísimo Sr. D. Fidel Alonso de Santocildes, con el sacrificio de su preciosa vida en la sangrienta jornada de Sabana de Peralejo, nos ha dado á los españoles todos el alto y consolador ejemplo de que alienta aún en esta Nación la raza de héroes que fundaron la Patria, y que para conservarla se necesita la ardiente fé que á él animara en la religión del honor.

Sirva, señora, de lenitivo á vuestro dolor y horfandad y á la de vuestros queridos hijos, el recuerdo de que el general Alonso de Santocildes llevó el cumplimiento de su deber hasta el heroísmo; que la patria ha de ver representados en sus hijos las virtudes cívicas que han enaltecido á tan ilustre capitán; y que la ciudad de Búrgos, cabeza de la tierra natal de ese héroe ha de conservar la grata é imperecedera memoria de aquel que tan preocupado vivía por sus antiguas glorias, como si hubiese recibido la misión de agregar un blasón más á los cuarteles de su escudo.

El Ayuntamiento de Búrgos se apresura á significar á los atribulados viuda é hijos del Excmo. señor general Alonso de Santocildes, los sentimientos de que se halla poseído por tan inmensa desgracia, y que le han inclinado á tomar por aclamación, en la sesión celebrada el 24 del corriente mes, acuerdos por los que se dispone, que conste en el acta de ese día, el sentimiento de la ciudad por la muerte del preclaro general; que se celebren solemnes honras fúnebres por el alma del ilustre finado y de sus compañeros muertos en campaña; que se envíe á su desdichada viuda este respetuoso mensaje, expresivo del dolor de la corporación municipal, y otro mensaje análogo á la Sociedad benéfica

burgalesa de la Habana, de la que fué el general dignísimo presidente, y, por último, que el nombre del general Santocildes le lleve en lo sucesivo una de las calles de nuestra ciudad.

Dígnese V. E., en su bondad, aceptar con benevolencia esta prueba de dolor y de entusiasmo, que la muerte gloriosa de vuestro preclaro marido ha inspirado al Ayuntamiento de Búrgos, amante como el que más de todo aquello que hondamente interesa á la integridad de la patria.—Siguen las firmas.—*Búrgos y Julio de 1895.*»

* * *

Algunos periódicos ingleses, influidos por la prensa de los Estados Unidos, y, sobre todo, por los manejos de los laborantes cubanos y de ciertos especuladores, continuaron publicando noticias pesimistas sobre la cuestión de Cuba, suponiendo que la insurrección se extendía cada día más, y que eran inútiles los esfuerzos que hacíamos para localizarla.

Añadieron, además, que ya no era sólo la isla de Cuba la que corría peligro, sino también el archipiélago filipino.

Esta campaña emprendida por los filibusteros llamó en extremo la atención, pues se advirtió que ya no se valían solamente de algunos periódicos exaltados de París, sino también de otros muchos de Inglaterra, Austria y Alemania.

Esos periódicos ya no se contentaron con publicar artículos con apreciaciones exageradamente pesimistas, sino que dieron en publicar despachos, al parecer procedentes de los Estados Unidos, con noticias falsas y hasta de todo punto inverosímiles.

El número de *Las Novedades*, de Nueva York, llegado á la Península el día 2, publicó los siguientes detalles respecto al Consejo de mi-

nistros celebrado en Washington el 19 de Julio, en ausencia de Mr. Cleveland, que como es sabido, es quien los convoca y preside:

«Todos los periódicos hacen conjeturas acerca de lo que se trató ayer en el Consejo ó Conferencia que celebraron en Washington los secretarios de Estado, Marina, Hacienda y Justicia, al llegar á dicha capital inopinadamente el primero de dichos altos funcionarios, que se hallaba de temporada en las inmediaciones de Boston.

El regreso simultáneo del ministro de España á la capital dió lugar á que se supusiera relación entre ambos viajes y la conferencia de gabinete, bien que el señor Dupuy haya declarado, con su reserva característica, que esta coincidencia era puramente accidental.



SARGENTO A. GILA GARZÓN

Sea de ello lo que fuere, los corresponsales están contestes en declarar que la conversación de mister Olney y sus colegas versó sobre asuntos cubanos; que ha habido quejas motivadas contra la manera más que equívoca que tienen los separatistas aquí residentes de observar las amonestaciones de la proclama del presidente; que este se siente enojado de veras por ello, y que está dispuesto á hacer que sus órde-

nes se respeten, cumpliéndose en la letra y en el espíritu lo que exigen las leyes de neutralidad.

A este fin obedecen las instrucciones enviadas á los comandantes de los buques del resguardo, los cuales, según se anuncia, serán de nuevo cumplimentadas con otras dirigidas á los fiscales y alguaciles federales, para que redoblen su vigilancia, á fin de que se impida sea este país base de operaciones contra España.

Es más, algún corresponsal, que pretende estar bien enterado, anuncia la posibilidad de una nueva proclama presidencial como resultado de quejas contra la conducta de los separatistas cubanos aquí residentes, y se asegura que opina alguno de los secretarios de la República, que la forma dada por esos mismos separatistas á ciertas manifestaciones recientes—reuniones, colectas, etc.—constituye una violación de las leyes de neutralidad.»

El *New York Herald* anunció como probable que se iba á dar orden para que por buques de la escuadra norteamericana se vigilaran los puertos de la costa Norte de los Estados Unidos. En los del Sur la vigilancia era tan efectiva, según el citado periódico, que se creía muy difícil, si no imposible, pudiera salir de allí expedición alguna.

*
*
*

Y, en efecto, el gobierno de Washington expidió órdenes para que pasasen al Norte los cruceros *Raleigh* y *Atlanta*, los únicos buques hábiles para apresar cualquiera expedición que saliese de algún punto del Sur.

La orden del gobierno norteamericano era tanto más incomprensible, cuanto que hacía dos semanas que se estaba preparando una expedición de filibusteros. Nuestro ministro, que en honor de la verdad no

descansaba un momento, se apresuró á llamar la atención del departamento de Estado sobre tan extraña resolución.

Celebraron los Ministros el Consejo aludido, y aquel mismo día se dió contraórden por telégrafo al comandante del *Atlanta*. Este crucero quedóse, en consecuencia, en aguas del Sur.

Al día siguiente, los ministros se volvieron á sus residencias respectivas; excepción hecha del de Estado, que se trasladó á Buzzards Bay, donde veraneaba el presidente Cleveland.

Se dijo que á consecuencia también de las reclamaciones de nuestro ministro, el remolcador *Childs*, que era propiedad de los insurrectos y el cual se encontraba en Cayo Hueso de regreso de la expedición filibustera que medio fracasó, fué detenido el día 22 por el vapor del resguardo *Me Lane*, en el momento de hacerse á la mar *despachado* para Nueva York.

Parece que el verdadero destino del remolcador era uno de los numerosos cayos de la costa de la Florida, donde los insurrectos habían ido depositando armas y municiones. La denuncia fué hecha por uno de los marineros del *Childs* al cónsul español de Cayo Hueso. El capitán del buque, fué multado por violar las leyes de neutralidad.

La conducta y apatía del gobierno de los Estados Unidos, no tenía explicación, y más parecía una grosera burla, que una satisfacción á las reclamaciones de nuestro celoso representante en Washington.

Cuando estalló la revolución en Chile contra el gobierno de Balmaseda, los congresistas levantados en armas compraron secretamente armas en los Estados Unidos y las embarcaron en el vapor mercante *Itato*, que las recibió á bordo á algunas millas del puerto de San Francisco.

Advertido de ello el gobierno norteamericano, expidió orden al comandante del crucero *Charleston*, y este buque siguió la pista al otro hasta el puerto mismo de Chile, donde se incautó de las armas.

El viaje duró varios días, y el carbón consumido por el crucero, importó más de *dos mil duros*.

El caso con Cuba era el mismo, y sin embargo, los filibusteros se despacharon á su gusto en los Estados Unidos.

La expedición filibustera que en aquellos días estaba para hacerse á la mar,—según noticias que comunicaron á nuestra prensa sus corresponsales en Nueva-York—sino había salido ya, era la más formidable de cuantas se habían organizado hasta entonces, y sin embargo, para darle caza no tenía el gobierno de los Estados Unidos más buque que el *Atlanta* que tenía los fondos sucios y en su último viaje de Santo Domingo á Cayo Hueso, no anduvo más de siete millas y media.

Dióse como probable que la expedición se hiciera á la mar en un número de buques pequeños que saldrían á la vez de diferentes puertos de los Estados Unidos, é irían á encontrarse en algún punto con un vapor de trescientas toneladas que se dijo á última hora habían fletado los laborantes. El día 22 salió del puerto de Nueva York un yate de vapor enarbolando la bandera de los Estados Unidos de Colombia; era buque de mucho andar y se dijo había cargado sin número de cajas de largas dimensiones, que se suponían eran armas.

*
* *

A las 7 y 30 minutos de la mañana del 14 de Julio, la goleta americana *Carrie A. Lane*, patrón Quick, procedente de Cienfuegos, al dar la vuelta al cabo San Antonio y á distancia de una milla y media de la costa, fué detenida por un cañonero español después de haberla disparado dos cañonazos con bala.

Reconocidos los documentos del buque mercante por el coman-

dante del cañonero y encontrándolos conformes, se avisó al patrón que podía proseguir su viaje.

La goleta llegó al Delaware Breakwater el 24; al día siguiente la prensa norteamericana, que continuaba hostilizándonos, á pesar de los buenos propósitos de Mr. Cleveland, echando mano á toda clase de

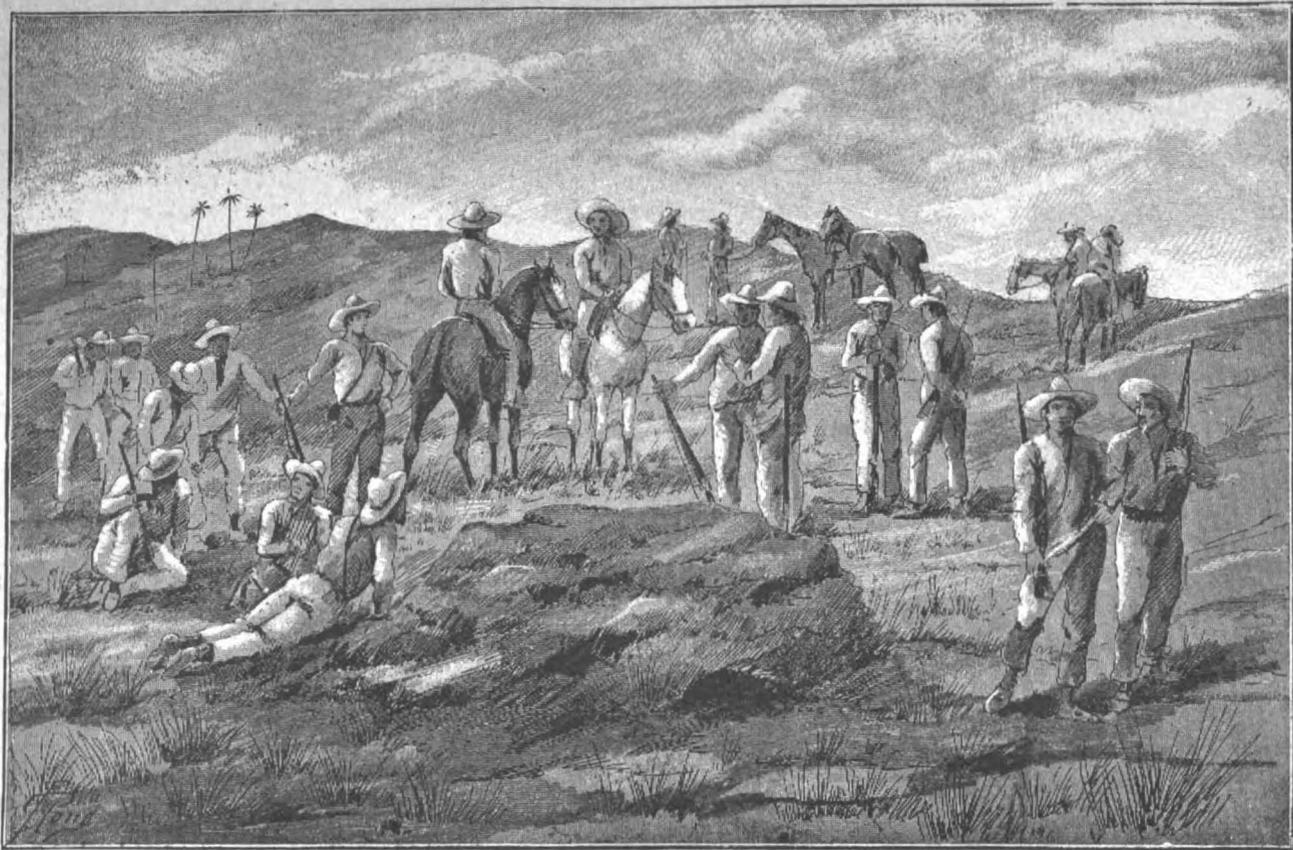


UNA CONFIDENCIA IMPREVISTA

invenciones, exageraba la noticia á su manera é increpaba al gobierno, por «tolerar que los españoles siguieran insultando al pabellón nacional.»

El World, de Nueva York, periódico de mayor circulación de los Estados Unidos, encabezaba la noticia así:

«*Dos disparos á nuestra bandera.*—La goleta americana *Carrie A. Lane*, cañoneada por una cañonera española.—Se encontraba á 120 millas de Cuba.—Un buque costero con una misión pacífica, cargado de azúcar, atacado sin previo aviso por los españoles.



LA PARTIDA DE ROLOFF ACAMPANDO EN LAS CERCANIAS DE SANCTI-SPIRITUS.

El patrón Quick, en su declaración, dijo claramente que el barco se encontraba á *una milla y media de tierra*, y añadió que el oficial español se portó de la manera *más cortés*; pero como de haber reproducido estas palabras los periódicos hubiesen tenido que reconocer que el comandante del cañonero español estaba en su perfecto derecho al practicar un registro dentro de las aguas jurisdiccionales de Cuba, y hubiera, por consiguiente, faltado pié para insultar á España, de aquí la invención de las CIENTO VEINTE MILLAS y de los rencorosos é indignos artículos de fondo de la prensa *yankee*.

Los periódicos del 26 rectificaron la noticia de las millas, pero en lugar de excusarse, la emprendieron contra el patrón de la goleta, incitándole á que presentara reclamación al departamento de Estado, como lo hizo el capitán del *Alliance*.

El *Times* dijo que el buque español extremó su derecho disparando con bala y que precisaba que el Gobierno norteamericano investigase el hecho, sin demora.

El *Morning Journal* excitó al Gobierno á que *pusiera un correctivo* á nuestros desmanes, y concluía su retahíla de blasfemias y vituperios, diciendo:

«*Ya es hora de que á España se le la eche de aquí. España debe marcharse.*»

* * *

Toda esa furia enemiga de los *yankees* contrastaba evidentemente con una segunda declaración del patrón de la goleta, en la que reconoció el derecho indisputable del comandante español para detenerlo, añadiendo que el incidente no valía la pena de mencionarse y menos para ocuparse en él: declaración idéntica hicieron los consignarios del

buque; pero esto no fué óbice para que el *Sun* se ensañara contra nosotros, imprimiendo *palabrotas* que no se soltarían en una taberna.

Si bien se mira y examina, teníamos en gran parte, los españoles, la culpa de juicios tan injustos como escribía aquella prensa, así como de que la opinión pública no nos fuese favorable, por que á la propaganda insidiosa de los laborantes no opusimos la propaganda de la verdad.

Los americanos interpretaban nuestro silencio, hijo de nuestra educación é hidalguía de sentimientos, como aquiescencia á las acusaciones de nuestros enemigos. Estos, no satisfechos con haber formado una opinión falsa, se proponían publicar—según nos comunicó nuestro bien informado corresponsal en Nueva York—un periódico en inglés, que debía circular profusamente por todos los Estados Unidos, abogando por la beligerancia de los *patriotas*.

La llamada Junta revolucionaria se había instalado en espaciosas oficinas en Broadway, en las que presidiría sus sesiones Tomás Estrada Palma, el *delegado civil*. El principal trabajo del periódico iría dirigido á preparar al Congreso de los Estados Unidos, en favor de la tan señalada independencia de Cuba.

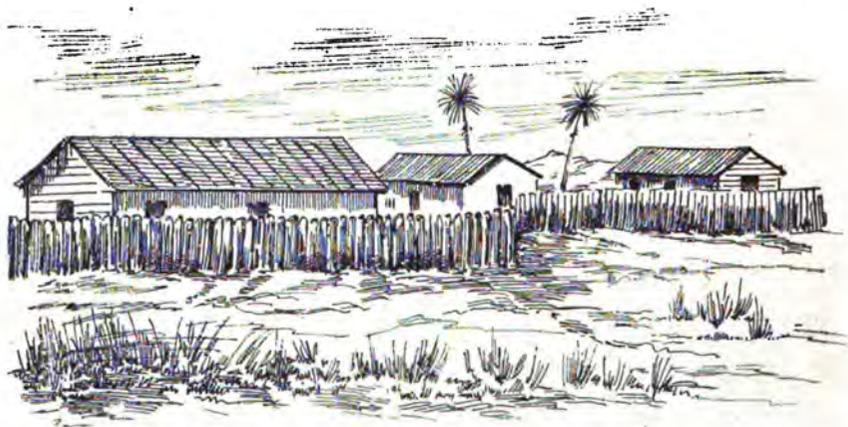
Precisaba pues, que nuestro Gobierno organizase allí un centro de noticias, por el que se desmintiera, con datos irrecusables, todas las especies falsas que hacían circular los enemigos de España.

¿Lo hizo así nuestro Gobierno? Ya sabemos y conocen nuestros lectores, el decreto ó disposición del general en jefe del ejército de Cuba, aprobado por aquél.

Nuestro ministro y representante en Washington hacía cuanto podía, pero por la delicada misión que le competía no era el llamado á ponerse en contacto con los *reporters* ni menos á entablar controversias con los directores de periódicos.

*
*
*

Al conocerse en la Península la medida adoptada por el general Martínez Campos prohibiendo la transmisión por el cable y la publicación en los diarios de Cuba de las noticias relacionadas con los incidentes de la insurrección, en tanto no procedieran de las oficinas de la Ca-



FUERTE «CENTRAL» EN LA TROCHA DE JUCARO A MORON

pitania general de la Habana, toda la prensa de la Metrópoli señaló el temor de que aquella disposición determinara efectos contraproducentes.

Los hechos vinieron á confirmar, aún más pronto de lo que se supuso, aquellos recelos de los órganos de la opinión. En tanto que aquí, esta se revolvía desasosegada con las noticias incompletas que el Gobierno facilitaba al público tardíamente, el laborantismo se despachaba á su gusto esparciendo por Europa toda suerte de rumores y noticias

contrarias á la causa de España; rumores y noticias que, por desgracia, encontraban crédito fuera de nuestro país, según atestiguaban los mismos despachos que aquí nos remitían las *Agencias*.

Y en prueba de ello, hé aquí los telegramas que en aquella fecha comunicaron desde Londres y París á los diarios de Madrid, las agencias telegráficas:

Londres 6 Agosto.—El periódico *The Times*, publica hoy noticias que, aunque parecen de su corresponsal en la Habana, son, sin duda alguna, de origen filibustero, diciendo que el cabecilla Rabí cuyo hermano fué muerto hace algunas semanas, se ha apoderado del poblado de Baire entregándolo después á las llamas.

Añade que la guarnición, que se componía de sesenta hombres, se vió obligada á capitular.

Dice también que José Maceo dirigió una carta al consul de Inglaterra en Santiago de Cuba, que es dueño de una finca rústica, amenazándole con destruir esta si no entregaba en breve plazo armas y municiones ó 1.000 pesos fuertes.

El supuesto corresponsal del *The Times*, pretende también que la fiebre amarilla está haciendo bastantes estragos, y se hace eco del rumor de que las autoridades militares de la Habana van á extremar las medidas de represión contra los insurrectos y sus auxiliares.

Llama la atención que un periódico de la importancia del *The Times* dé acogida á noticias falsas ó exageradas, que los enemigos de España propalan per Europa desde los Estados Unidos.—*Fabra*.

.....
 «*París 6.*—En la Bolsa de hoy ha seguido bajando el *exterior* español.

En la clausura de ayer se cotizó á 64,75, y hoy abrió á 64,50, bajando luego á 64,06.

El italiano ha perdido también 20 céntimos por efecto de la floje-

dad general del mercado; pero el gran descenso del *exterior* se atribuye principalmente á las noticias alarmantes de Cuba, que á diario propagan muchos periódicos extranjeros, incluso algunos ingleses de gran circulación, que suponen tener corresponsales en la Habana.»

* * *

De tal género de despachos vinieron aquellos días plagados los periódicos extranjeros.

Es claro que nosotros consideramos falsas las noticias que contenían; es claro que la prensa diaria y periódica de toda la Península pregonó que no tenían fundamento y que eran obra de la invención de los filibusteros; es claro que todos los españoles confiamos sinceramente en que no se confirmaría—como no se confirmó—ninguno de los hechos que suponía ocurridos el telégrama de Londres.

Todo eso es cierto; pero no lo es menos, por desgracia, que á esas noticias falsas se dió crédito en el extranjero. Bien lo probó de manera indudable el despacho de París, en que se consignaba que el gran descenso del *exterior* español se atribuía principalmente á las noticias alarmantes de Cuba.

Ahora bien: ¿por qué se dió crédito á tales noticias?

Aparte del interés que la especulación tuviera en propalar tan estupendos rumores, hay que convenir en que el filibusterísimo encontraba el terreno abonado para ello.

Era harto evidente que el Gobierno español no podía impedir la publicación de tales noticias, pero debía haber comprendido que no existía más que un arma adecuada para luchar contra la publicidad, que con tanta habilidad esgrimian los enemigos de España; y el arma que había que oponer á aquella publicidad era la publicidad misma. No

para inventar todos los días derrotas del enemigo y violencias de nuestros soldados, sí para decir la verdad entera y decirla pronto, sin que el enemigo, ni en lo adverso ni en lo favorable se nos adelantara en ninguna ocasión.

De ese modo hubieran tenido todo el crédito que nosotros deseábamos tuvieran en el extranjero nuestras noticias oficiales, y dijeran lo que quisieren los laborantes, á aquellas se hubiera atendido todo el mundo, dentro y fuera de España, no á las que facilitasen los que con la insurrección simpatizaban.

Cuando no había medios de comprobar la verdad en un plazo relativamente corto, cuando los órganos de publicidad eran escasos y no traspasaban casi nunca los límites de su provincia y en ningún caso las fronteras de una nación; cuando el telégrafo y el teléfono no existían, los gobiernos, parodiando á aquel ciego vendedor de la *Hoja oficial* en tiem-



GENERAL MONROY

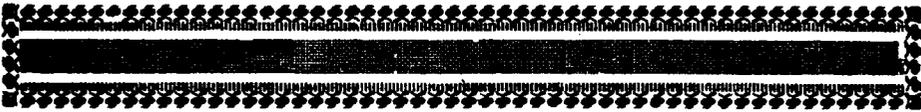
pos de la guerra de la Independencia que solo pregonaba las bajas que habían sufrido los franceses, podían decir si se les preguntaba por las nuestras, que «de eso darían cuenta los ciegos de París;» pero en los tiempos del vapor y de la electricidad, en pleno fin de siglo, como la voz de los ciegos de Tampa, Cayo Hueso y Nueva York,

podían repercutir inmediatamente, con la celeridad del rayo, en todas partes, quien pretendiera ocultar la verdad, decirla á medias ó pregonarla tardíamente, llevaba de antemano perdida la partida en cuestiones de crédito, porque luchaba con evidente desventaja.

No queremos aducir ejemplos de hechos posteriores y recientes para dar mayor fuerza á nuestras observaciones, porque no es el espíritu de crítica el que nos anima.

Consignamos únicamente un hecho consumado, á fin de que el Gobierno, mirando como mira por los intereses del país, no vuelva á caer en la misma lamentable equivocación y contribuya en adelante con los medios de que dispone á contrarrestar de la mejor manera posible el desastroso efecto que en aquella ocasión produjeron las alarmantes é infundadas noticias que propaló la prensa extranjera.





CAPITULO IX

El decreto sobre ascensos de los sargentos.—Real decreto concediendo pensiones á las familias de los reservistas del 91.—Circular del Ministerio de la Guerra.—Cuadro de embarque de tropas.—Buen rasgo.—Noticias particulares de la guerra.—Nuevas victorias.—Telegramas oficiales.—Triste impresión.—El resguardo de las costas de Cuba.—Análisis de la situación de los dos bandos.—La España colonizadora.—El pueblo español.—Cuba española.



E acuerdo con sus compañeros de gabinete y aprobado en Consejo de ministros, el general Azcárraga redactó y mandó, el día 3, para la firma de la Regente, el decreto concediendo el ascenso á segundos tenientes de la reserva, con la obligación de servir en Cuba, á los sargentos de los dos primeros períodos de reenganche que reunieren, además de las otras circunstancias de los del tercer período, doce años de servicio, y seis por lo menos de efectividad en el empleo.

En la *Gaceta* del día 6 se publicó el Real decreto, cuya parte dispositiva decía así:

«REAL DECRETO.—A propuesta del ministro de la Guerra y de acuerdo con mi Consejo de ministros, en nombre de mi Augusto hijo el rey D. Alfonso XIII, y como Reina Regente del reino,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo primero. Se concederá el empleo de segundos tenientes de la escala de reserva retribuida del arma ó cuerpo respectivo, á medida que lo aconsejen las necesidades del servicio, considerándolos comprendidos en el artículo veinte y cuatro de la ley de presupuestos de treinta de Junio último, á los sargentos del ejército que, contando doce años de servicio activo y seis de ellos de ejercicio en su empleo, soliciten ser destinados á Ultramar y reunan las condiciones y aptitudes precisas para desempeñarlo.

Artículo segundo. El ministro de la Guerra queda encargado de la ejecución de este decreto.»

En el mismo número de la *Gaceta* se publicó el decreto referente á socorros á las familias de los reservistas del reemplazo de 1891, llamados á filas, de cuya historia ya tienen noticia nuestros lectores.

La parte dispositiva de dicho decreto, decía así:

«REAL DECRETO.—A propuesta del presidente del Consejo de ministros y de acuerdo con el referido Consejo:

En nombre de mi Augusto hijo el Rey D. Alfonso XIII y como Reina Regente del reino,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo primero. Se conceden pensiones de cincuenta céntimos de peseta diarios desde el día 10 del presente mes á las esposas é hijos huérfanos de madre de los reservistas del reemplazo de 1891, llamados á filas por mi decreto de 27 de Julio próximo pasado, interín permanezcan en ellas, siempre que no cuenten con recursos para su subsistencia.

Artículo segundo. A los individuos comprendidos en el propio llamamiento á quienes hubiera sobrevenido alguna de las excepciones comprendidas en los párrafos primero al noveno, ambos inclusive, y última parte del párrafo décimo del artículo 69 de la vigente ley de

reclutamiento y reemplazó del ejército, se les concede igual beneficio que el expresado en el artículo anterior, por lo que respecta á la persona que, según la ley, motivase la excepción. Los expedientes para acreditar ésta, se instruirán por el ramo de Guerra.

Artículo tercero. Estas pensiones se satisfarán por la Caja general de Ultramar en la forma que oportunamente se determine y con cargo al crédito extraordinario concedido para la campaña de Cuba.

Artículo cuarto. Por el ministerio de la Gobernación se excitará el celo de las Diputaciones provinciales, Ayuntamiento y demás Corporaciones populares, á fin de que arbitrando recursos según consideren más conveniente, aumenten al menos en cincuenta céntimos de peseta diarios el socorro concedido por este decreto á las familias de los reservistas, otorgando también pensiones á las de aquellos que no estando comprendidos en los artículos anteriores, sean dignos de ser atendidos.

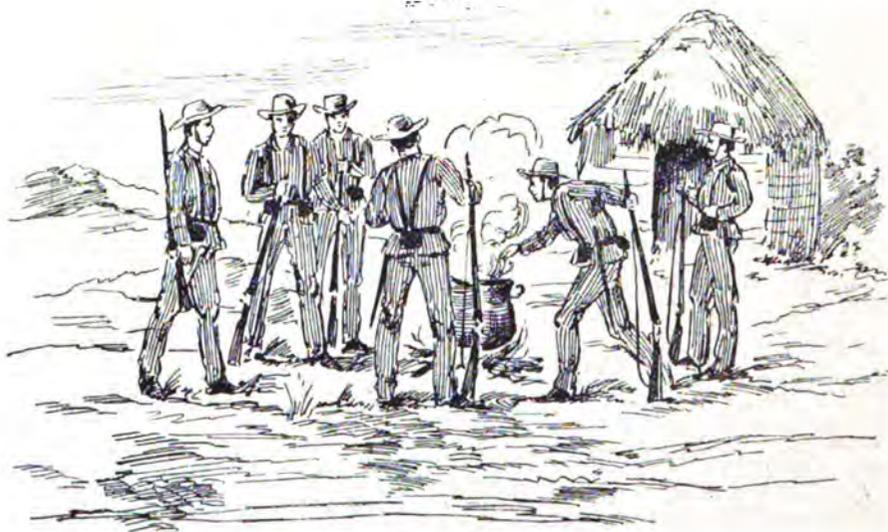
Artículo quinto. Por los ministerios de la Guerra y Gobernación, se dictarán las instrucciones convenientes para el cumplimiento de este decreto.

Dado en San Sebastián á cuatro de Agosto de mil ochocientos noventa y cinco.—*María Cristina.*—El presidente del Consejo de ministros.—Antonio Cánovas del Castillo.»

Respondiendo á la excitación del Gobierno, algunas Diputaciones y Ayuntamientos, aumentaron en cincuenta céntimos de peseta y en una peseta diaria el socorro concedido á las familias de los referidos reservistas.

El *Diario oficial del Ministerio de la Guerra*. publicó el día 6 la circular siguiente:

SÉPTIMA SECCIÓN.—*Circular*.—Excmo. Sr.: En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 42 de la Real Orden de 29 de Julio último (*Diario Oficial*, número 165), el Rey (q. D. g.), y en su nombre la Reina Regente del reino, ha tenido á bien disponer que el embarco



EN ESPERA DEL RANCHO

para la isla de Cuba de los veinte batallones de infantería, ocho escuadrones de caballería, el batallón de artillería de plaza, las dos baterías de montaña y las cuatro compañías de ingenieros que se destinan á dicha isla, tenga lugar en la forma que expresa el siguiente estado.— De Real Orden lo digo á V. E. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid, 5 de Agosto de 1895.—*Azcárraga*.—Señor.....

CUADRO DE EMBARQUE

VAPORES	PUERTOS DE EMBARQUE Y FECHAS DE SALIDA	CUERPOS	REGIÓN Á QUE PERTENECEN
Cataluña	Barcelona, 13 Agosto..	Escuadrón de Treviño, núm. 26.....	1. ^a , 2. ^a , 3. ^a , 4. ^a , 5. ^a , 6. ^a , y 7. ^a
	Valencia, 14 Agosto..	Batería del 1.º regimiento de montaña. Escuadrón de Sagunto, núm. 8.....	
	Cádiz, 16 Agosto.....	Idem de Montesa, n úm. 10.....	
		Idem de la Princesa núm. 19.....	
San Ignacio. .	Barcelona, 15 Agosto.	Idem de María Cristina núm. 27.....	
		Idem de Santiago núm. 9.....	
	Idem del Rey, núm. 1.....		
Luzón.....	Barcelona, 15 Agosto.	Idem de Arlabán, núm. 24.....	
	Cádiz, 18 Agosto.....	Batería del 2.º regimiento de montaña.. Batallón de Artillería de Plaza núm. 11..	
Buenos Aires..	Cádiz, 23 Agosto.....	Id. expedicionario de Granada, núm. 34	
		Cuatro compañías de Ingenieros.....	
Colón.....	Cádiz, 25 Agosto.....	Batallón expedicionario de Soria núm. 9.	
		Idem íd. de Alava, núm. 56.....	
San Fernando.	Cádiz, 30 Agosto... .	Idem íd. del Rey, núm. 1.....	
		Idem íd. de León, núm. 88.....	
Antonio López	Cádiz, 30 Agosto.....	Idem íd. de Canarias, núm. 42.....	
		Idem íd. de Asturias, núm. 31.....	
Rabat ú otro...	Valencia, 28 Agosto..	Idem íd. de Tetuán, núm. 45.....	
		2 compañías de íd. de Vizcaya, núm. 51. P. M. y cuatro compañías de íd. íd....	
San Agustín...	Valencia, 28 Agosto..	Batallón expedicionario de Mallorca. núm. 13.....	
		Idem íd. de Asia núm. 55.....	
Montevideo....	Barcelona, 22 Agosto.	Idem íd. de Luchana, núm. 28.....	
		Idem íd. de Galicia núm. 19.....	
Alfonso XII...	Coruña, 11 Agosto....	Cazadores de Barcelona núm. 3... ..	
		Batallón expedicionario de Isabel II núm. 32.....	
María Cristina	Santander 20 Agosto.	P. M. y cuatro compañías del ídem de Búrgos núm. 36.....	
	Coruña, 21 Agosto....	Cazadores de las Navas núm. 10.....	
León XIII.....	Santander 23 Agosto..	Dos compañías del batallón expedicio- nario de Búrgos núm. 36.....	
		Batallón expedicionario de San Mar- cial núm. 44.....	
Alfonso XIII..	Coruña, 31 Agosto...	Idem íd. de la Constitución núm. 29... Cazadores de Reus núm. 16.....	

Madrid 5 de Agosto de 1895.—*Ascdrraga.*

Los jefes y oficiales del escuadrón de caballería de Sagunto, no quisieron separarse de las tropas que mandaban, y todos pidieron ir á compartir con ellos las penalidades y las glorias de la campaña, pres-

cindiendo de sorteo y de toda otra designación de jefes y oficiales que se hubiese hecho.

Así lo comunicó el día 1.º de Agosto por telégrafo, desde Valencia, el comandante general del cuarto cuerpo de ejército al ministro de la Guerra, y éste accedió en el acto á lo solicitado, enviando un expresivo telegrama de felicitación á los mencionados jefes y oficiales.

* * *

Según comunicó en despacho oficial el general Arderius al ministro de la Guerra, el día 3 se hallaba el general en jefe en Santiago de Cuba para trasladarse el siguiente á Baracoa, no acusando novedad alguna los partes recibidos.

En los centros oficiales no facilitaron el día 4 noticias de la isla; pero en círculos siempre muy bien informados, refiriéronse por la noche varios hechos de armas, asegurándose que los había comunicado al Gobierno el general Arderius en telegrama fechado el día anterior.

En el monte de Santo Domingo, provincia de Matanzas, una partida procedente de las Villas, había sido batida por fuerzas de la guerrilla local.

En las cercanías de Mayarí, (Santiago de Cuba), fuerzas de Talavera batieron á la partida de Matías Vigo, causándole dos muertos.

La guerrilla de Guaso tuvo otro encuentro con otra partida, á la que causó muchas bajas.

El combate fué muy reñido, teniendo nosotros que lamentar la muerte del capitán señor Miet y de un soldado. Otros dos guercilleros resultaron heridos.

El general Arderius dijose que hablaba también de otro encuentro mucho más importante.

La columna del bizarro coronel señor Segura, que el día 2 había llegado á Guantánamo, había batido á la partida numerosa de José Ma- ceo, luchando con ella en Caro Jobo, Guinea y Loma de la Galleta.

El campamento del jefe rebelde quedó totalmente destruido, y nuestras tropas le hicieron diez muertos, muchos heridos y cinco prisioneros.

Nosotros tuvimos un soldado muerto, y heridos el capitán Vivar, el teniente Calvet y diez soldados.

Una columna que escoltaba un convoy de víveres desde San Miguel á Guaimaro, tuvo un encuentro con una fuerte partida de insurrectos, que se opuso á su marcha.

El resultado del combate fué la muerte de 14 insurrectos y 40 heridos. Entre los primeros se encontraba un ingeniero llamado Menocal.

Los insurrectos se dispersaron y el convoy continuó su marcha, llegando al punto de su destino, sin otra novedad.

* * *

Confirmando esos telegramas particulares, publicáronse el día 6 los siguientes despachos oficiales:

«*Habana*, 4.—El general Luque confirma las noticias recibidas del desembarco efectuado en la provincia de Santa Clara, y dice que hacia Salina desembarcaron 50 hombres mandados por Serafín Sánchez, Roloff y Brasil.

De Sancti Spiritus desaparece gente en bastante número, que se supone se una á los insurrectos.

El general Prats dice que Matagás con 200 hombres se llevó del ingenio «Indio,» (Cienfuegos) varios caballos y municiones, y añade

que la guerrilla local batió en el monte Santo Domingo, á la partida que, procedente de las Villas, había penetrado en Matanzas.

En Cuba, el 24, fuerzas del batallón de Talavera, batieron cerca de Mayarí partida Matías Vigo, causándola dos muertos. Guerrilla Guaso, en encuentro con otra partida, causóla muchas bajas. Nosotros, capitán Miguel Miet y un guerrillero muertos y dos heridos.

El 2 llegó á Guan-tánamo la columna Segura, después de haber batido á José Maceo en Caro Jobo, Guinea y Loma de la Galleta, destruyéndole campamento, haciéndole diez muertos, muchos heridos y cinco prisioneros.

Nosotros tuvimos un soldado muerto y heridos el capitán Vivar, teniente Calvé y diez soldados.—*Ardarius.*



TENIENTE DON JUAN LISBONNE (herido en Coja Larga)

«Habana, 5 Agosto.—General segundo cabo á ministro Guerra.—Columna teniente coronel Molina con 40 guerrilleros María Cristina, reforzada con 40 infantes mismo cuerpo batió el día 3 en Habana Torres (Matanzas), la partida de Matagás, haciéndole cinco muertos, entre ellos el titulado capitán José Reyes Cabrera, muchos heridos y diez caballos muertos, cogiéndole cuatro con monturas y acémila cargada de víveres.



ENTREVISTA DEL GENERAL MARTINEZ CAMPOS CON LOS PROHOMBRES DEL PARTIDO AUTONOMISTA CUBANO

Por nuestra parte, heridos graves Eleuterio García y guerrillero Francisco Moreno; un caballo muerto y dos heridos.

El teniente Ruiz, escuadrón movilizado, batió Seborucal (Remedios) partida bandoleros Boranos, haciéndole tres muertos, muchos heridos y cogiéndoles armas.—*Arderius*.

* * *

Las desagradables noticias del nuevo desembarco de filibusteros y del aumento y propagación de la insurrección comunicadas por el general gobernador de la Habana en el primero de los preinsertos telegramas oficiales, causaron triste y malísima impresión en la Península.

El Gobierno no quería reconocer que cada expedición de hombres y pertrechos que desembarcaba en Cuba, nos alejaba mucho de nuestro único objetivo, *vencer y desarmar*; pues siempre hemos creído y seguimos aún creyendo menos importante la guerra de la manigua que el resguardo de las costas.

Si todos nuestros esfuerzos, desde los comienzos de la insurrección, se hubieran dirigido y encaminado á cerrar la entrada en la Isla al menor auxilio para los rebeldes, hubiéramos podido reirnos, y, sin duda, nos habríamos reído de todos los esfuerzos y simpatías exteriores.

De acuerdo con la unánime opinión del país, que no se cansaba de repetirlo una y cien veces por medio de sus órganos en la prensa, hemos de convenir y convenimos con ella, y hechos tristes como los anunciados en los telegramas que dejamos transcritos lo demostraron, que *el término de la guerra de Cuba solo dependía, y depende, de la vigilancia de sus costas*.

La misma nación que invirtió cuatro meses en transportar á Me-

halla *veinte mil* soldados, invirtió más tarde menos de la mitad del tiempo en enviar á Cuba más de un doble número de combatientes.

¡Muy bien por el ilustre organizador general Azcárraga!

Para el inmediato Octubre habíamos de tener en aquella isla:

Un ejército de *ochenta mil* hombres, armados en su gran mayoría con fusiles Maüsser.

Una flota de *cuarenta y cuatro* buques; casi todos recién construídos y *ad hoc* para la vigilancia de las costas.

Un general ilustre y cien veces victorioso, incansable y conocedor del país.

Frente á estos elementos españoles se hallaban, dispuestos á entablar la lucha:

Una hueste de *veinte mil* insurrectos, armados de fusiles de muy diversos sistemas, que maniobraban hasta aquella fecha en la cuarta parte del territorio de la isla, pero sin que poseyeran en él ni un villorrio, ni un poblado, ni una *sitiera*.

Una masa popular muy numerosa, que esperaba inactiva el resultado de los sucesos.

Y un gran núcleo de *laborantes* que desde extrangeros países recaudaba fondos para el mantenimiento de la rebelión, insertaba noticias y organizaba expediciones de hombres y armamentos.

* * *

Analícemos ahora la situación de los dos bandos.

La hueste insurrecta era brava y tenaz; algunos de sus *caudillos* inteligentes; *sabláanse de memoria* la manigua y tenían el apoyo moral de algunas gentes poco ilustradas del país.

Pero cualquiera que fuese el valor de estas dos últimas circunstan-

cias, había que convenir en que un número doble de soldados nuestros, también bravos y tenaces, aunque inexpertos y aislados, habían de bastar para *vencer y desarmar* á aquellos enemigos.

Y no decimos *destruirlos*, porque los que conocen su táctica y su campo de acción se burlarían de nosotros.

Una persecución y lucha continuada hubiera terminado por agotarnos absolutamente todas las municiones, si se hubiese evitado que recibiesen refuerzos, reduciéndolos á batirse con armas blancas en frente de los Matüser.

Y esto era precisamente lo que demandaba unánime la opinión del país: privarles de todo auxilio externo, incomunicarles en la isla, cerrando el paso á todo refuerzo de fuera por medio de la vigilancia incesante de sus costas.

Y esto era también lo que procuraban evitar los laborantes, con igual ó mayor empeño que en la anterior guerra separatista, para lo que aprovechaban las simpatías casi generales de que gozaban en los Estados Unidos.

Pero nuestros gobernantes no quisieron ó no supieron, al menos, atender la demanda de la opinión, y dejaron abierta y libre la entrada de la isla, y sin impedimento alguno el fácil acceso á sus costas.

De ahí, forzoso es confesarlo, y doloroso y penible reconocerlo, la principal causa de la duración de la actual guerra. Con gobernantes más previsores y menos políticos, más atentos á los intereses generales y sagrados de la Nación que á los intereses particulares de partido ó de personas, la rebelión separatista de la Gran Antilla, nos atrevemos á afirmar, hubiera sido sofocada en sus comienzos, ó reprimida y terminada á los seis meses de haber estallado.

Mas, sea como quiera, y por más que la manigua vomite contra España *mambises* ingratos ó engañados, y los laborantes calumnias infames y depresivas para nuestra histórica y proverbial hidalguía, como

la ciénaga la peste, el pueblo que supo barrer de su suelo á Abde-rrahmanes y sacudir el yugo de Napoleón el Grande, no puede retroceder, no retrocederá en Cuba, ante un puñado de negros y mulatos rebeldes contra sus libertadores, y otro puñado de aventureros sin patria ni hogar, y de blancos traidores á su patria y á su sangre.

* * *

Fuimos el pueblo de los grandes impulsos, de las colosales empresas, de las odiseas gigantescas; raza de titanes que subyugamos la tierra, ya que no es para hombres escalar el cielo.

Y como completamos el globo, soñamos completar también la especie humana, quisimos infundir nuestra alma ardiente en las razas descubiertas, irradiar la luz de nuestra cultura en las soledades sombrías del bosque virgen, sumar la humanidad de las selvas á la humanidad de la historia, llevar en fin la luz del progreso y la civilización cristianas al lóbrego cerebro de los ignaros habitantes del Nuevo mundo por nosotros descubierto y conquistado.

«Porque el fin principal que nos mueve á hacer descubrimientos, dicen nuestras venerables leyendas Indias, es la predicación y dilatación de nuestra Santa fé católica, y que los indios sean enseñados y vivan en paz y en justicia.»

Así, mientras infatigables misioneros penetraron en las selvas y el agua bautismal corrió á ríos sobre rudas abatidas frentes, al lado de la catedral surgió por dó quiera la Universidad; al lado de la parroquia, la ciencia primaria, y el mismo Encomendero, ese precursor de los ejércitos de la emigración, fué, por mandato de la ley, «instructor benévolo del indígena.»

No bastaba esto todavía, y en ese estrecho abrazo con que la ma-

dre España recibla á la humanidad nueva, hasta de nuestras instituciones políticas hicimos partícipes á los pueblos descubiertos.

«*Siendo de una Corona los reinos de Castilla y de las Indias, (Recopilación) las leyes y orden del gobierno de los unos y de los otros deben ser lo más semejante y conformes que se pueda... Los de nuestro Consejo... procuren reducir la forma y manera del gobierno de ellos*



INSURRECTOS EN ACECHO

al estilo y orden con que son regidos los reinos de Castilla y de León, en cuanto hubiere lugar y permitiere la diversidad de tierras y naciones.»

Dímos, pues, desde el primer día á las nuevas gentes cuánto teníamos; nuestra alma y nuestra sangre, nuestras ciencias, nuestra cultura y nuestras instituciones, todo cuanto formaba el lote de nuestra labor histórica, todo cuanto arrancaba de nuestras entrañas, todo cuanto constituía nuestra existencia nacional.

* * *

Jamás pueblo alguno ha llevado á extremo tal su magnanimidad; jamás pueblo alguno ha ostentado en sus empresas coloniales ideal tan noble, tan humanitario y tan cristiano.

No: nosotros no llevamos á nuestras empresas de expansión esos propósitos de lucro, esos sistemas de explotación fría y calculada; en parte alguna hicimos de pueblos sometidos esos inmensos rebaños humanos que, aun hoy, mira el viajero en el Indostán y la Insulindia; como en parte alguna, tampoco, despojamos de sus tierras á tribus enteras para lanzarlas, hambrientas y desesperadas, al árido desierto.

Ni de nuestras colonias ultramarinas se han visto venir á Europa esos Nababs indostánicos, esos archimillonarios de otras tierras; como tampoco nuestra pobre y hambrienta burocracia ultramarina goza, como la inglesa, sueldos, emolumentos y jubilaciones de príncipe.

No es menos injusta la acusación, que se ha difundido de crueldad, contra nuestros capitanes y conquistadores. Si en determinados momentos de la conquista, la rudeza de los tiempos y de los lugares impuso violencias pasajeras, jamás España convirtió en sistema la ruina de las poblaciones aborígenes; jamás en su conducta entró para nada la teoría del germano Blunschli: «Un *despotismo bienhechor* sobre los pueblos incultos, y si no quieren civilizarse, ellos solos serán responsables de su propio exterminio.»

Hoy mismo, al par que en la Oceanía tenemos régimen tal, que eminentes extranjeros visitantes califican de *paternal* y *mimoso*; al par que en colonias *desiguales*, seguimos la tradición secular de nuestros empeños educadores, á colonias *iguales* como las de América, nuestro régimen propio concedemos y con él nuestras modernas libertades.

Así, cuando aquí alboreó la democracia novísima, rompimos las cadenas del esclavo é hicimos á nuestros hermanos ciudadanos, y hoy mismo como complemento á tantos progresos y concesiones, un progreso más se acababa de acordar, á raíz de la revolución separatista, en el régimen interno de la gran Antilla.

Pues bien, ese pueblo de los grandes impulsos y de las odiseas gigantescas; ese pueblo que quiso y supo infundir su alma ardiente en las razas descubiertas; ese pueblo que supo llevar y llevó la luz de su cultura, de su progreso y de su civilización cristiana al lóbrego cerebro de los ignaros habitantes del Nuevo mundo por él descubierto y conquistado; ese pueblo que sumó la humanidad de las selvas á la humanidad de la historia, completando el globo y la especie humana; ese pueblo, en fin, que rompió las cadenas del esclavo, convirtiendo á los que eran considerados como *cosas* en *séres*, y haciendo á los que la religión del Crucificado y Redentor nos mandaba mirar como hermanos, ciudadanos é hijos de una madre común, no puede, porque no es posible que suceda, dejar nunca de ser español; y España no debe consentir jamás, cueste lo que cueste, en perder en él su dominio y su soberanía. Cuba, por tanto, ha de seguir y seguirá siendo siempre, pese á quien pese, por derecho propio, natural, é indiscutible, española.





CAPITULO X

Infundios filibusteros.—La Agencia *Fabra*.—*The Times*.—Modificación de un decreto.—Censura especial.—Noticias oficiales de Cuba.—Optimismos del jefe del Gobierno.—Visita de la Junta central del partido autonomista cubano al general Martínez Campos.—Declaraciones y promesas del gobernador general de la isla.—Los españoles de la Argentina.—El contralmirante señor Delgado Parejo.—Justos elogios.—Concentración de reservistas.—Rasgo de cariño paternal.—Los reservistas de Leganés.—Patriótico deseo de la Regente.



COMO había previsto sábiamente la opinión, continuaba dando sus naturales frutos y produciendo sus funestos y previstos resultados el decreto del gobernador y capitán general de la grande Antilla prohibiendo la publicación de noticias de la guerra, á que dejamos hecha referencia en capítulo anterior.

Según un despacho de Nueva York, comunicado el día 5 á la prensa de Londres, y transmitido por la Agencia *Fabra* á la de Madrid por la vía cable Bilbao el mismo día, los centros filibusteros de Tampa y Cayo Hueso, que tenían organizado un servicio telegráfico para la prensa, sumamente rápido, á fin de adelantarse á las noticias oficiales españolas, y referir á su manera cuántos hechos de armas ocurrieran en la isla de Cuba, lanzaron en dicho día la noticia de haber ocurrido una gran batalla en las cercanías de Baracoa.

Como era consiguiente, y no habrán dejado de adivinar nuestros lectores, dada la procedencia de los telegramas, adjudicaban estos la ventaja y la victoria á los insurrectos cubanos.

Suponían que el general Sandoval se encontraba herido.

Y agregaban que la ciudad de Baracoa y otra, cuyo nombre no era bien comprensible en el despacho, habían sido incendiadas.

Inútil es manifestar que no se dió crédito alguno á esas noticias y rumores propalados en los Estados Unidos y en Europa por los laborantes cubanos, y que por lo contrario todos creyeron muy posible que lo que ellos suponían una derrota para nosotros, fuese una verdadera y nueva victoria alcanzada por nuestras tropas.

Sin embargo, sería de desear—consignaba en su despacho la agencia transmisora—que los telegramas oficiales del Gobierno español se recibiesen aquí con más precisión y rapidez, para contrarrestar las noticias falsas que *comunican todos los días* por telégrafo los activos agentes de los separatistas de Cuba.

En otro despacho de la misma agencia se dijo que «la otra población de la isla de Cuba que, según los despachos de origen filibustero, había sido incendiada por los rebeldes, era Jiguaní, situada cerca de Bayamo y á Oriente de esta ciudad.»



DON MIGUEL DE MARTINEZ CAMPOS

«Esta noticia—añadía el despacho—ha de ponerse en cuarentena, pues debe ser una de tantas invenciones como propalan los emisarios de la insurrección.»

The Times continuaba publicando noticias pesimistas de la grande Antilla.

En un despacho publicado en su editorial del día 8, aseguraba con referencia á informes que según decía le habían transmitido de Santiago de Cuba, que el número de rebeldes en aquella provincia ascendía ya á 20.000.

«Las referencias del *Times*—comunicaron las Agencias telegráficas—son, evidentemente, de origen filibustero.

»Esta Agencia cree de su deber llamar la atención sobre el particular, para poner de manifiesto el procedimiento que emplean los enemigos de España, propalando falsas noticias y exagerando los hechos».

Según nos comunicó nuestro corresponsal en la Habana, en telegrama del día 9, el gobernador general de la isla, en vista de los efectos contraproducentes de su decreto, y atendiendo al clamoreo general de la prensa antillana y peninsular, modificó su disposición estableciendo una censura especial para que los periodistas y corresponsales consultasen en ella todas las noticias de la guerra.

* * *

La única noticia de Cuba que el gobierno tuvo el día 6, fué un telegrama del general Martínez Campos, fechado en la Habana, y en el que decía: «He llegado.»

Comentando la opinión ese constante viajar del capitán general de la isla y general en jefe del ejército de operaciones, lo explicaron algunos que debían estar bien enterados, diciendo que el ilustre cau-

dillo había querido conocer y apreciar de modo directo, sobre el terreno, todo cuanto afectaba á la provincia de Santiago de Cuba, que era la que había estado recorriendo durante bastantes días.

Y conociendo ya cuanto le importaba conocer, había regresado á la Habana, para completar el plan de operaciones.

Pero algo más que su llegada á la capital de la grande Antilla debía comunicar al Gobierno el capitán general de la isla en su referido telegrama, toda vez que el jefe del gabinete, señor Cánovas del Castillo—según nos informó nuestro corresponsal en Madrid—hablando con sus íntimos amigos de la marcha de la campaña en Cuba, les dijo lo siguiente:

«—Martinez Campos ha regresado á la Habana muy satisfecho de los resultados de su expedición, y, sobre todo, muy seguro del éxito de sus planes, cuyas consecuencias afirma que habrán de tocarse en plazo relativamente corto.

Cree Martinez Campos que por ahora no necesita más fuerzas que las que se están preparando para embarcar, y el Gobierno se atiene á esa opinión.

Pero eso no impide que el Gobierno esté preparado y resuelto á poner en Cuba, á la primera indicación de necesidad por parte del general en jefe de aquel ejército, hasta el completo de cien mil hombres, y luego, sobre la marcha, todos, absolutamente todos los que sean precisos, sin reparar en sacrificios de ninguna clase.

Todo lo debe la patria á la integridad de su territorio, y para conservarlo, no habrá esfuerzo que omitamos.

Y los actos del Gobierno, que me honro en presidir, han de ser presididos siempre por esta idea de honor.

La insurrección debe sentir dentro del corriente año el golpe decisivo.»

Así se expresaba en la noche del día 7 de Agosto de 1895 el ilus-

tre presidente del Consejo de ministros, mostrando gran confianza en que el propósito fuese una realidad.

* * *

Una numerosa comisión de la Junta central del partido autonomista cubano con su ilustre presidente el señor don José María Gálvez á la cabeza, y de la cual formaban parte el vicepresidente de la misma señor Saladrigas, los diputados á Córtes señores Montoro, Giberga y Cuetto, los vocales señores Zayas, Bruzón, Montalvo, Mesa y Domínguez, Aróstegui y el director de *El País*, de la Habana, visitó el día 9 en su residencia oficial—Palacio de la Capitanía—al general Martínez Campos.

El objeto de los visitantes fué ofrecer al ilustre caudillo sus plácemes por el éxito admirable del combate en que resultaron con tanto brillo las dotes militares del insigne jefe.

El señor Gálvez, en breve y expresiva alocución, felicitó al general, en nombre de la Junta, por su feliz regreso á la capital y por la gloriosa acción de Peralejo, en que tan altas y memorables muestras de valor heroico, serenidad y pericia había dado, conduciendo á la victoria, en circunstancias difícilísimas, la pequeña columna de cuyo inmediato mando hubo de encargarse al caer víctima de su arrojo, el malogrado general Santocildes.

El jefe de los autonomistas agregó que la Junta se creía solidaria é intérprete de los generales deseos del país, al hacer votos porque las necesidades de la guerra que sólo á su insigne caudillo tocaba apreciar, exigieran lo menos posible la exposición de su vida, tan necesaria y valiosa para la Nación, para sus más altos intereses y para el bien de la isla.

El señor Gálvez manifestó también al general la satisfacción con

que la Junta le veía de nuevo en la capital asiento del Gobierno, donde reclamaban su decisión asuntos importantes, que acertadamente resueltos habían de contribuir eficazmente al más pronto y cumplido término de la campaña, reiterando una vez más, no porque lo estimara necesario, sino porque lo demandaba la firmeza de las convicciones del partido, que éste condenaba resueltamente, como antes, la revolución que perturbaba al país, y sin perjuicio de mantener sus principios y conocidas aspiraciones, ratificaba la oferta de su más decidido concurso al general, para la grande obra de la pacificación del territorio.

El general Martínez Campos declinó con la modestia que le caracteriza los elogios de que había sido objeto, mostrándose muy reconocido á ellos, por la discreta forma en que los había expuesto el señor Gálvez, y haciéndolos recaer sobre las valientes y sufridas tropas, cuyas virtudes puso de manifiesto en sentida relación.

Pretendió aminorar el interés de la acción de Peralejo, atribuyéndolo únicamente á las circunstancias que en ella concurren, y explicó con gran sobriedad y tino la situación de la provincia de Santiago de Cuba, donde las causas latentes que minaba la revolución, coadyuvando al esfuerzo de las tropas, habían de hacerse sentir en un lejano plazo.

El gobernador general agregó que no se le ocultaban las razones que existían para entender y afirmar, como sin duda lo harían algunos, que por su elevada graduación y por el cargo que desempeñaba, no debía exponerse, sino en casos excepcionales, á los azares de un combate, pero que sin perder de vista en absoluto esta consideración, entendía que al soldado que tan noble y heroicamente sufría y pelea-

ba, satisfaciale ver de tiempo en tiempo á su jefe, luchando y sopor-
tando, como él, las fatigas y penalidades de la campaña.

Expuso que se complacía en atender, de acuerdo con las indicacio-
nes del señor Gálvez, desde la capital, á las árduas cuestiones de go-
bierno y de administración que le estaban encomendadas; y anunció
que pensaba ocuparse desde luego en lo concerniente á la publicación
y cumplimiento de la ley sobre rectificación extraordinaria de las lis-
tas para elecciones de concejales, diputados provinciales y consejeros;
asegurando y garantizando la más completa imparcialidad, para cuyo
efecto ofrecía desde luego que personal y activamente atendería to-
das las justas quejas del partido autonomista, como de los demás,
hasta verlas inmediatamente satisfechas.

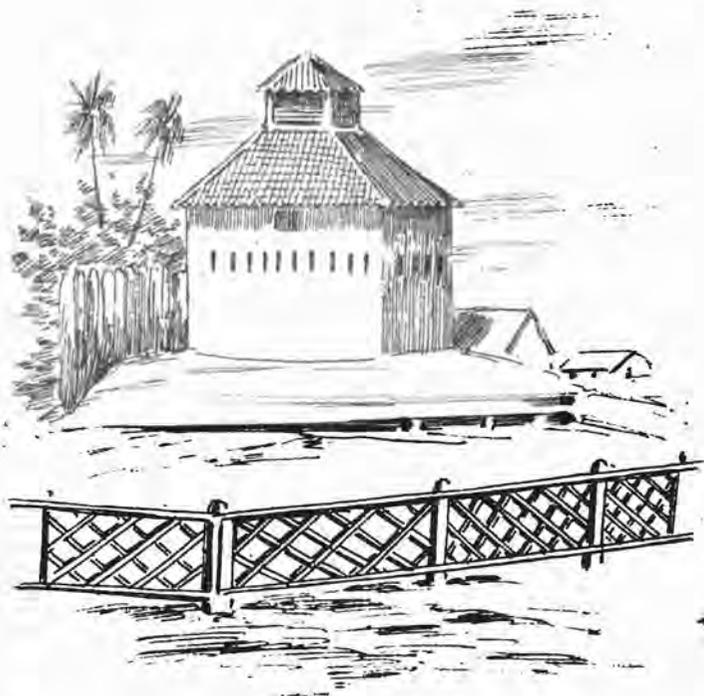
* * *

El general mostróse muy agradecido á las patrióticas declaraciones
del jefe del partido autonomista, manifestando que si bien conocía y
apreciaba la actitud de éste, no podía menos de escuchar con satisfac-
ción las levantadas frases en que había sido reiterada; ratificando, por
su parte, en términos de notable elevación y elocuencia, la considera-
ción que le mereció y su firme propósito de conservarlo y mantenerlo,
no sólo por lo que á la sazón era y significaba, sino para que cuando
hubiesen pasado las críticas circunstancias en que se hallaba la isla,
concurriera otra vez con su representación y con los elementos que
estaba llamado á dirigir patrióticamente, á la obra común de la pros-
peridad del país, del afianzamiento de su progreso y libertades.

Terminó dedicando calurosos elogios á la bravura y disciplina de
los valientes soldados, y sentidas y laudatorias frases al heroísmo y
abnegación del bizarro y malogrado general Alonso de Santocildes y

demás mártires de la patria que sucumbieron en aquella luctuosa cuanto memorable jornada defendiendo el honor de la gloriosa enseña de la patria.

Las declaraciones y promesas de la primera autoridad de la isla, causaron muy grata impresión en los individuos de la Junta central



FUERTE DEL PARQUE (TROCHA DE JUCARO Á MORON)

del partido autonomista y fueron muy aplaudidas por la opinión.

Los visitantes se retiraron muy complacidos de la buena acogida que les dispensó el ilustre general, así que de sus buenos propósitos de rectitud é imparcialidad para la próxima lucha electoral.



RANCHOS DE UN POTRERO

Seiscientos españoles residentes en la República Argentina, dando una prueba de inquebrantable amor á la Madre pátria, en virtud de la guerra que asolaba los campos de la hermosa isla descubierta por el inmortal Colón y que amenazaba la integridad del territorio patrio y la soberanía de España, se alistaron en el consulado español de Buenos Aires para ir á combatir en Cuba á los eternos enemigos de España.

Este suceso fué objeto de grandes y calurosos elogios, particularmente por parte de la numerosa colonia española establecida en la capital de la República del Plata.

Todos los periódicos de la Habana tributaron en aquellos días grandes elogios al contralmirante señor Delgado Parejo, por su celo y actividad en organizar rápidamente y bien todos los servicios que de su departamento dependían.

El celoso comandante general del apostadero de la Habana, solícito por cuanto se relacionara con los sucesos de la guerra, dió órdenes para que en la brevedad mayor posible empezasen á desempeñar el servicio de correos directos entre Cienfuegos y Manzanillo, y viceversa, en combinación con los viajes bisemanales de la empresa del Sur, los cañoneros *Cuba Española, é Indio*.

Las salidas de Cienfuegos se señalaron para los martes y los sábados, á las nueve de la noche, y las de Manzanillo para los jueves y domingos al amanecer.

También dió órdenes á los comandantes de dichos cañoneros para que nombrasen funcionarios de los mismos que recibieran y entregasen en las oficinas de correos la correspondencia pública de oficio que

se expidiese por las autoridades militares de los puntos de partida, como así mismo para que no demorasen la hora de salida.

*
*
*

Según las noticias oficiales, la concentración de reservistas se estaba verificando sin novedad alguna importante en toda la Península.

Un hermoso ejemplo de cariño paterno, fué el que se dió en un pueblo de Andalucía.

Al jefe de la zona á que correspondía el pueblo, se presentó un hombre de cuarenta y dos años de edad, diciéndole:

«—Soy padre de un reservista; no quiero que el hijo de mi alma, principal apoyo y sostén de la familia, vaya á Cuba, pero como tampoco quiero ni pretendo privar á la pátria de un defensor de su integridad y de su honra, vengo á presentarme como sustituto suyo. Conozco las penalidades de la campaña en Cuba, porque hice, como soldado, la guerra anterior. Si la pátria necesita otro soldado, aquí me tiene en sustitución de mi hijo.»

La pretensión de ese padre fué comunicada por el jefe de la zona, al comandante general del segundo cuerpo de ejército.

El general Chinchilla dirigió una consulta al ministro de la Guerra, y el señor Azcárraga la resolvió admitiendo la sustitución, si el padre estaba apto para el servicio militar.

Hermoso espectáculo, digno de aplauso y de orgullo nacional, fué el que ofrecieron en Madrid los reservistas de Leganés que, no queriendo ser considerados como desertores, ni incurrir en las penas que determina el Código de justicia militar,—según la circular de Guerra del 29 de Julio anterior,—tomaron el camino de Leganés, en la mañana

del día 9, para concentrarse en el depósito de reserva á que correspondían.

Muy de mañana, en el primer tranvía que parte de la Puerta del Sol para Leganés, se encajonaron todos los que vieron dos dedos de asiento, y otros muchos se colocaron de pié en los estribos de la jardinera, pensando que era menos incómodo hacer así un viaje de dos horas que el de quince días á bordo, que habían de hacer después.

Pero cuando el tranvía resultó incapaz para contener la avalancha de viajeros que se le vino encima, fué á las siete de la mañana. El coche que á esta hora sale de la Puerta del Sol para Leganés, se vió asaltado de tal manera por los reservistas, que muchos de ellos no encontrando asiento ni lugar en las plataformas ni en los estribos, resolvieron sentar sus reales en la cubierta del vehículo, y allí se encaramó un numeroso grupo haciendo crujir las maderas del carruaje, que á duras penas conseguía mover el tiro.

Lo que no logró la fuerza de orden público, lo consiguió la guardia civil, y la cubierta de la jardinera fué desalojada.

Así y todo, las disposiciones municipales quedaron arrolladas, por que en aquel tranvía hicieron la *travesía* de Madrid á Leganés, nada menos que *ochenta y cuatro* viajeros.

Y poco menos atestados fueron los demás carruajes de la compañía hasta la una ó las dos de la tarde.

* * *

En Leganés fué extraordinaria, naturalmente, la concurrencia, desde las primeras horas de la mañana.

Las calles del pueblo ofrecían un aspecto animadísimo.

Muchos reservistas, y gran número de parientes suyos, hallábanse

en las inmediaciones del cuartel; las mujeres lloraban la marcha de un hijo ó un hermano, los reservistas cantaban ó reían dedicando frases y coplas á los *mambises*, y en las tabernas esperaban turno los visitantes para acercarse al mostrador.

Fué un buen día para la industria de Leganés.

Comenzaron las operaciones de la presentación en el cuartel en las primeras horas de la mañana, realizándose con una admirable regularidad.



UN PRACTICO

Merecedores se hicieron de que dediquemos en estas páginas unas líneas y un recuerdo, y tributemos un aplauso obligado y sincero á esos patriotas reservistas de Leganés, á aquellos buenos ciudadanos que hacía unos cuantos meses se habían retirado alegremente de las filas, marchando al seno de sus familias después de haber servido á la patria, y volvían presurosos al servicio; por ella reclamados, con la satisfacción del que cumple un deber y dispuestos á sacrificar sus vidas por la patria misma.

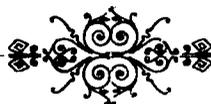
Los reservistas guardaron dentro y fuera del cuartel el orden más completo, y no fueron ciertamente morosos para la presentación.

De los 357 hombres que debían concentrarse en Leganés, se presentaron el día 9 por la mañana cerca de 100, y hasta las seis de la tarde más de 200, siendo el primer día de presentación.

Habiendo manifestado S. M. la Reina Regente del reino, á la sazón en su residencia veraniega de San Sebastián, al ministro de jornada señor duque de Tetuán, el deseo de revistar y despedir á parte de las fuerzas—ya que no era posible á todas—que habían de embarcar

para la campaña de Cuba, y transmitida la régia indicación al Presidente del Consejo, el señor Cánovas habló con algunos ministros de cómo podría accederse á los deseos de la Regente, y, después de varias consultas hechas por telégrafo, el día 7, á las dos de la tarde, recibió el jefe del Gobierno un despacho del ministro manifestando la conformidad de la reina con revistar en Vitoria á las fuerzas de las tres armas de infantería, caballería y artillería, pertenecientes al sexto cuerpo de ejército, destinadas á la campaña de Cuba.

Con el fin de dar tiempo á que estuviese hecha la concentración de los reservistas, se señaló el día 15 para la visita de la Regente á la capital de Alava, acompañada de sus hijos y de los ministros de Estado y Gracia y Justicia.





CAPITULO XI

Ataque y heroica defensa del poblado de Sabana.—¡77 españoles contra 1,086 insurrectos!—
El sitio.—Sin agua.—Incendio.—Abandono de la casa cuartel.—¡Viva España!—Defensa desesperada.—Cien casas quemadas.—El poblado en ruinas.—No se rinden.—La contestación de un espartano.—Muerte en perspectiva.—A romper el cerco.—El socorro deseado.—¡Salvados!—Honores al teniente Sosa.—Los paisanos.—Un héroe de 12 años. Marcha triunfal de una columna.—200,000 pesos de pérdidas.—Cuadros de miseria y horror.—¡Honor á los héroes!



los hechos gloriosos de nuestro invicto ejército durante la actual campaña en los campos de Cuba, que dejamos narrados, hay que añadir la defensa heroica que el bravo teniente del segundo batallón de Simancas, don Alfredo Sosa, hizo del poblado de Sabana, de la jurisdicción de Baracoa, (Santiago de Cuba), sitiado por fuerzas insurrectas que ascendían á *mil ochenta y seis* rebeldes, desde el 17 al 24 de Julio, día en que llegó en su auxilio la columna al mando del teniente coronel don Francisco Zamora, comandante militar de Baracoa.

El día 17 de Julio notó el bravo teniente Sosa, comandante de armas y jefe de la fuerza que guarnecía el poblado de Sabana, movimientos desusados en el pueblo, y sospechosos por los contornos.

En su consecuencia tomó las medidas oportunas y las necesarias

precauciones, á fin de estar prevenido contra cualquier agresión del enemigo, é impedir una sorpresa.

El día 18 tuvo ya el convencimiento de que se trataba de un sitio en forma, por la presencia de las fuerzas rebeldes reunidas de la jurisdicción al mando del cabecilla Félix Rouen, que rodeaban y tenían cercado el poblado.

El jefe insurrecto con sus fuerzas detenía á todos los que intentaban entrar ó salir en el poblado, con objeto de impedir que sus habitantes se comunicaran con los del exterior y llegasen noticias de su situación á Baracoa. Por más que el comandante del destacamento trató por todos los medios que su imaginación le sugiriera de dar cuenta al comandante militar de Baracoa de la difícil situación que se le creaba, no pudo lograrlo, porque eran detenidos cuantos intentaban llevar á cabo su difícil y peligrosa misión.

Los días 20 y 21, el teniente Sosa hizo acopio de víveres y agua para toda la fuerza, para tres ó cuatro días, por si el sitio se prolongaba, como era de suponer, sin que el destacamento dejase de hacer el servicio de patrullas con las consiguientes precauciones.

La fuerza compuesta de *setenta y siete* individuos del batallón segundo de Simancas, se hallaba distribuida en cuatro fortines, dos de estos de mampostería y los otros dos de tablas, y el resto, en número de treinta y siete, tenían por alojamiento una casa de tabla y tejas situada en la plaza.

Los fortines aunque estaban bien construidos y ofrecían alguna seguridad, sólo podían contener diez hombres.

El valeroso teniente Sosa, que iba estudiando la situación con calma, serenidad y valor dignos de encomio, tuvo noticias confidenciales de que los vecinos importantes del poblado habían recibido cartas del titulado jefe insurrecto ordenándoles privasen de agua á las tropas con objeto, sin duda, de rendirlos por la falta de tan importante é indispensable elemento de vida.



...detenía á todos los que intentaban entrar ó salir en el poblado... (pág. 156)

Para conocer la importancia de esa determinación, hay que advertir que el poblado carece de río, pues el más próximo está á legua y media de distancia, dificultad que se obvia con grandes tanques de hierro y algibes que poseen casi todas las casas de Sabana.

En esta situación, el valiente comandante de armas reunió en Jun-

ta á las autoridades del pueblo,—juez municipal, teniente de alcalde y alcalde de barrio— y vecinos de mayor representación, entre éstos á los dueños de algibes, á quienes hizoles saber que el pueblo estaba sitiado por fuerza enemiga con objeto de rendir el destacamento, y que debiendo tomar precauciones para garantir á unos y á otros, estaba dispuesto á castigar con todo el rigor de la ley al que contraviniera cualquiera de las disposiciones que dictase, ordenando desde luego que nadie sacase ni remitiera para el exterior víveres ni agua, y que diesen aviso de cualquier movimiento ó novedad que llegase á su conocimiento.

Acordaron también, en vista de que circulaban versiones insistentes de que los insurrectos pegarían fuego al poblado, destechar dos casas de guano próximas á los dos establecimientos de víveres más importantes.

* * *

En este estado las cosas, el teniente señor Sosa dió las órdenes convenientes á los comandantes de los fortines para la defensa.

A las siete y media de la noche, dispuestas las fuerzas convenientemente, todos los centinelas dieron aviso que simultáneamente estaban ardiendo seis casas próximas á la casa-cuartel. Las tropas de esta se situaron en las trincheras, cerráronse los cuatro fortines del exterior y se esperaron los acontecimientos.

No se hicieron esperar mucho estos; al poco tiempo la casa-cuartel ardía por el lado derecho, y el enemigo en número considerable hacía nutridísimas descargas al destacamento y á los fortines.

El bravo teniente, viendo la imposibilidad de resistir sin que murieran todos abrasados por las llamas, con heroica resolución y dis-

puesto á sucumbir con sus valientes subordinados antes que ceder á humillante rendición, dispuso á la fuerza en cuadro, mandola armar bayoneta, y al toque de paso de ataque por la corneta, y á los gritos de ¡viva España! emprendió la salida á la carrera, haciendo descargas por intervalos al enemigo, que había tomado todas las avenidas á doscientos metros del cuartel y fortines, recibiendo en su salida gran número de descargas cerradas de los rebeldes y dos de uno de los fortines que los tomaron por fuerza enemiga.

Llegados á uno de los fortines de mampostería, sin haber tenido que lamentar ni una sóla baja, penetraron en él por una puerta sumamente estrecha.

El enemigo, sorprendido sin duda ante tal arrojó y creyendo inútil el ataque á este fuerte, lo dirigió á los tres restantes, que consideró más fácil rendir.

El bizarro teniente Sosa, que en medio de tan apurada situación no perdió un momento la serenidad, ordenó al de su clase don Patricio Rivas, que con ocho individuos fuese á reforzar uno de los fortines, y al sargento Juan Rodríguez Sevilla, y al cabo Jaime Rivas Costa, con seis individuos cada uno, los otros dos fortines; operación arriesgadísima que llevaron á cabo aquellos valientes bajo el nutrido fuego de los insurrectos.

* * *

A las tres de la madrugada el importante poblado de Sabana era un montón de ruinas.

Este poblado tenía más de cien casas y unos ochocientos habitantes, y como unos veinte establecimientos; estaba situado en la zona de cultivo más importante de la jurisdicción de Baracoa, y se dijo que

sólo fueron respetados por el voraz elemento unos catorce edificios.

Amaneció el día 23, y el teniente dispuso la salida de una pequeña fuerza, que con gran valor recorrió el poblado, animando á los desventurados vecinos que en un momento habíanse visto sumidos en la ruina y la miseria.

La mayoría de ellos buscó refugio en los montes inmediatos, y de una tienda que quedó en pié, se condujeron víveres, de que ya escaseaban, á los fuertes.

A la una de la tarde del mismo día recibió el jefe del destacamento, de manos del secretario del Juzgado municipal, don Tomás Muñoz, prisionero de los rebeldes, que tenían en rehenes á su esposa, madre y tres hijos, una orden de rendición, firmada por el cabecilla Rouen, que decía así:

«*Campo de Baracoa.*—Al señor jefe del destacamento de Sabana.

Muy señor mío: Deseoso de evitar el derramamiento de sangre, tengo á bien dirigirme á usted para manifestarle, que las medidas que he tomado de destruir por el incendio el poblado que con tanto valor y honra viene usted defendiendo, son consecuencia lógica de la guerra que contra el gobierno de España hemos declarado, por exigirlo así nuestro plan de operaciones.

Estoy, pues, dispuesto á sostener el sitio á vuestros fuertes hasta lograr mi intento; mas, como quiera que una sola gota de sangre mal derramada me llena de pena, y aquella debe derramarse dadas las condiciones en que usted se encuentra, vuestra dignidad de soldado nada ha de sufrir con la rendición del destacamento, puesto que para su defensa ha hecho usted lo que pocos oficiales hubieran hecho en su lugar.

Tengo fuerzas suficientes para mantener el sitio. No es posible que usted reciba refuerzos ni auxilio de Baracoa, porque en primer lu-

gar no los hay, y en segundo, porque tengo fuerza bastante para combatirlo, dado el caso que lo intentaran.

Es por lo que me dirijo á usted para que se sirva darme contestación dentro de cinco horas, si está dispuesto á rendirse, en la seguridad de que la vida de usted y sus valientes será respetada.

Mientras tanto se ofrece á usted afectísimo s. s. q. b. s. m.—El coronel jefe.—*Félix Rouen.*»



TENIENTE DON ALFREDO SOBA

A esta carta dió el bravo é hidalgo oficial español la respuesta siguiente:

«*Señor don Félix Rouen.*—Muy señor mío: contestando á su atenta carta, de 22 del actual, en la que en galanas frases, exagerando mi valor personal y el de mi tropa, me indica, exponiendo razones para usted de lógica, que debo rendirme,

y me ofrece que de rendirme me da las garantías de vida para mí y mi fuerza, cumpliendo un deber de cortesía tengo el gusto de contestarle para manifestarle que yo, desde los más tempranos años de mi vida, terminé los estudios de mi carrera militar con verdadera vocación, sin otro objeto que el de verme al fin recompensado, como á mi juicio cabe se debe recompensar al que con sus deberes cumple.

Yo, que por convicciones de caracter propio, creo que el hombre que ante el temor de una muerte probable ó segura se rinde al enemigo, no cumple con sus deberes, y esto para los que como yo piensan les preocupa más que el morir, supondrá usted con razón, dadas estas explicaciones, que lo que usted me propone no puede ser. Esto no obsta para que le dé las gracias por el buen juicio que como oficial del ejército español de mí ha formado.

No extrañe usted que el señor teniente Rivas no conteste á su atenta carta de hoy, pues la disciplina es mi norma, y como el señor teniente Rivas es incapaz de faltar á ella, me deja á mi el cuidado de contestar á usted en la misma forma que yo lo hago.

Mi placer, señor Rouen, será el proponer á tan buen oficial como á mis soldados para una gracia, si empleando los recursos que mi criterio y mi estrategia me dicten, logro levantar el sitio que usted me ha puesto.

Mientras, se ofrece de usted atento y S. S.—*Alfredo Sosa.*»

* * *

A consecuencia del envío de la carta intimando la rendición al destacamento, el enemigo suspendió las hostilidades hasta el término de las cinco horas que fijaba en aquella, transcurridas las cuales reanudó con más vigor el ataque.

La situación en los fortines era muy difícil, por cuanto solo podían contener para la defensa diez hombres, y hubo que reforzarlos con los treinta y siete del cuartel.

En esta ya desesperante y angustiosa situación, incomunicados con Baracoa, y por consiguiente sin esperanza de socorro ni auxilio de

ninguna clase, permanecieron aquellos valientes y decididos defensores de la Madre patria y del honor militar todo el día 23.

Los víveres y agua que tenían de repuesto en la casa-cuartel habían sido inutilizados por el incendio, y á los fortines comenzaban á escasear los dos elementos de vida.

A las once de la noche un nuevo incendio volvió á iluminar aquellas ruinas.

Era que los sitiadores habían prendido fuego á un grupo de casas, entre las cuales se encontraba el único establecimiento que había respetado el anterior incendio y que había surtido de víveres á la fuerza.

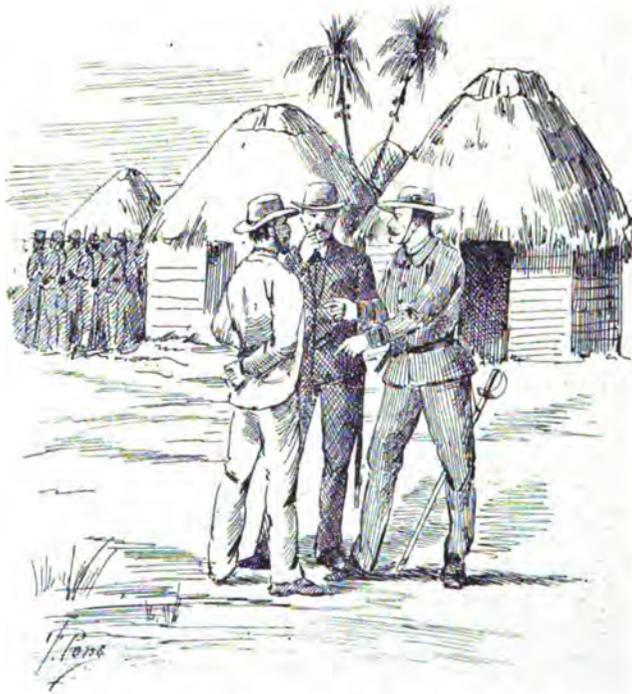
En ese nuevo ataque hubo que lamentar la muerte del soldado Juan Torres Canales, herido por una bala enemiga que penetró por una aspillera.

Llegó el día 24, y como la situación habíase hecho más desesperante, á causa de que los víveres y el agua estaban á punto de agotarse, dispúsose el bravo Sosa, y con él todos aquellos valientes, á morir antes que rendirse.

Al efecto, á fin de romper el cerco enemigo, al tener que abandonar los fuertes, salió de su fortín acompañado del cabo y un soldado á dar las instrucciones que creyó convenientes á los jefes de los otros fuertes, para el caso que llegara aquel fatal extremo, el cual anunciaría por un toque especial de corneta, recibiendo durante este recorrido, un vivo y nutrido fuego de los sitiadores, ocultos en las ruinas de los derruidos y próximos edificios.

El objeto del teniente Sosa al hacer abandono de los fuertes, era el de tomar el camino de Mauri y refugiarse en aquella torre, para desde allí poder mandar aviso de su situación á Baracoa.

Afortunadamente tuvo á tiempo noticia el comandante militar de aquella plaza de la desesperada situación del destacamento, y como á las cuatro de la tarde del 20 llegó á Sabaña con una columna de trescientos sesenta hombres, que había reunido y organizado para acudir en auxilio de sus valientes compañeros, poniendo á los insurrectos en precipitada fuga. ¡El destacamento se había salvado!



...reunió en junta á las autoridades del pueblo... (pág. 158)

Los *mambises* tuvieron seis bajas vistas, producidas por el fuego de los fortines.

Todo cuánto pudiéramos decir en honor del bravo teniente Sosa y de aquel puñado de valientes, dispuestos á sacrificar sus vidas antes que rendirse, resultaría pálido ante la grandiosidad del suceso.



RIO ALMENDARES (Habana)

En efecto; ¿qué decir de la numantina conducta del heróico teniente Sosa?

Al regreso de la columna auxiliadora á la plaza de Baracoa, el teniente coronel señor Zamora que la mandaba, mandó á la fuerza hacer alto en el centro de la calle Real, y allí presentó al pueblo con elocuentes y sentidas frases, al héroe de Sabana.

Un entusiasta y atronador grito de ¡viva España! lanzado por una numerosa multitud que invadía la calle y aclamaba á la tropa acogió las palabras del señor Zamora, y un nutrido y estruendoso aplauso acompañado de otro grito de ¡Vivan los valientes! saludó al presentado héroe.

Todo el mundo se disputaba el honor de conocer y estrechar la mano á tan valiente soldado de nuestro ejército.

El teniente don Alfonso Sosa es hijo de Matanzas, (Cuba), de carácter y continente modestísimo y sin pretensiones; como todo héroe.

Hiciéronse dignos de especial mención, por su heróico comportamiento en aquella memorable y gloriosa odisea, para que sus nombres sean leídos con respeto y queden gravados en la mente de todos sus coterráneos, el bravo sargento Juan Rodríguez Sevilla y los valientes soldados que al mando del cabo Demetrio Martín Carrero se hallaban en uno de los fortines, los cuales al ver invadido y presa de las devoradoras llamas del incendio el fuerte que defendían, taparon las aspilleras, para no morir afixiados por el negro y espeso humo, con los morrales y los sombreros, que se hicieron pavesas, y seguramente hubieran sucumbido todos antes que entregarse.

Dignos también de ser aquí mencionados se hicieron los paisanos don David Blanco, juez municipal, don Ricardo Perez y don Ventura Mora, que desde los primeros momentos se unieron á la fuerza que estaba en la casa cuartel, y todos corrieron la misma suerte de los soldados en los fuertes, habiéndose hecho digno de recompensa el señor

Mora por su valiente comportamiento ofreciéndose á sustituir al soldado muerto.

Hubo, además, un pequeño héroe, á quien no hemos de olvidar ni pasar por alto: el niño de doce años José Díaz, natural de Galicia, que bajo el fuego del enemigo estuvo conduciendo agua y víveres á los fortines sin arredrarle el inminente peligro á que se exponía, ni amedrentarle en lo más mínimo el plomo de los *mambises*.

¡Si sería español, y español de buena cepa, el valiente muchacho.

* * *

La columna de auxilio que al mando del comandante militar de Baracoa, teniente coronel don Francisco Zamora, salió de aquella plaza á socorrer al amenazado destacamento de Sabana, realizó una marcha verdaderamente triunfal, pues posesionados los insurrectos en número de más de dos mil hombres del poblado y sus inmediaciones, que forma una meseta elevada, logró llegar á aquel término con solo un ligero tiroteo sostenido con los rebeldes al pasar en balsa el río Yumuri, desalojando al enemigo de las ventajosisimas posiciones que había tomado en distintos puntos estratégicos y casi inexpugnables de la cuesta llamada de *Borúga*, que subió la columna á paso de marcha, dispersando á los insurrectos, que á los primeros disparos emprendieron precipitada fuga.

Al regreso de la columna á Baracoa, fueron con ella algunas familias del poblado, y, aprovechando los vapores noruegos que exportan los guineos para los Estados Unidos, se embarcaron en ellos más de seiscientas personas huyendo del triste y horrible cuadro que ofrecía después del incendio, el que horas antes era el más rico de los poblados de la jurisdicción.

Las pérdidas materiales ocasionadas por el incendio, se hicieron ascender á más de *doscientos mil pesos*.

Horrorosos y penibles en extremo fueron los cuadros que se ofrecieron á los ojos de los habitantes de Baracoa al regreso de la columna: familias acomodadas sumidas en la ruina y en la miseria en un período de tiempo de horas, y á quienes no les quedó más que la ropa puesta.

Una pobre y desventurada mujer hubo, que entró en la ciudad envuelta en una sábana y acompañada de su esposo y siete niños medio en cueros.

En Baracoa se les dió alojamiento y recursos para su alimentación.



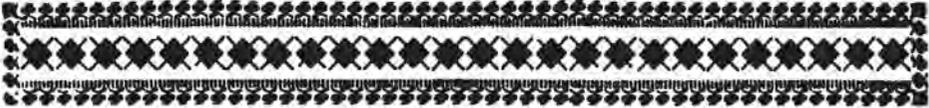
GENERAL ALDECOA

La heroica defensa del poblado de Sabana por un puñado de valientes españoles al mando del bizarrísimo teniente don Alfredo Sosa, que combatió durante ocho días mortales á fuerzas insurrectas catorce veces mayores en número, quedará consignada en la historia de la actual campaña de Cuba como uno de los hechos más culminantes, heroicos y gloriosos.

El relato interesantísimo de ese glorioso hecho de armas que dejamos transcrito y que es conforme en un todo con los datos é informes suministrados en su día por uno de nuestros activos y celosos corresponsales en el teatro de la guerra, es la manera mejor y más eficaz, á

nuestro juicio, de honrar á nuestros héroes, y ningún ejemplo más digno de imitación para los soldados en espectación de embarque en la Península, que narrar con la extensión que merecen hechos como el de Sabana, pues, ellos acreditan que la bandera de España ha de triunfar de los filibusteros, y que los combates heroicos de nuestros soldados de hoy rivalizan con las grandes y épicas hazafias de los conquistadores y pobladores de América.





CAPITULO XII

Noticias de Nueva York.—Falsedades é infundios filibusteros.—Un comunicado de A. Maceo.—*The Herald* de Nueva York.—Los laborantes de los Estados Unidos.—El general Arderius.—Situación crítica del Camagüey.—Carta de Máximo Gomez.—El desembarco de la expedición Roloff-Sanchez, según los laborantes.—*The Morning Journal*.—En Las Villas.—Orden circular de la comandancia militar de Sanotí Spiritu.—Comentarios.—Disposiciones equivocadas.—Maximo Gomez enfermo.

NA no cabía la menor duda—según nos informaba en 30 de Julio nuestro corresponsal en Nueva York—de que otra expedición de filibusteros estaba en camino para Cuba. Durante dos semanas se había teleografiado de media docena de puntos diferentes á la prensa de los Estados Unidos, que de allí ó de la otra parte salían los expedicionarios; todo con objeto de desorientar á nuestro ministro y al gobierno de Washington.

El viaje precipitado de Cayo Hueso á la Habana del crucero norteamericano *Atlanta*, y su regreso inmediato al puerto de salida, había resultado infructuoso. Nada se vió y nada se supo, sino que la expedición estaba navegando en un vapor que tenía un andar de 17 millas, bien artillado para batirse con nuestros buques, caso de que los filibusteros no lograsen burlar su vigilancia.

Forzoso es confesar que cada día que transcurría sin hacer experimentar un serio revés á los rebeldes, la situación de la hermosa isla se complicaba, dentro y fuera; dentro porque los simpatizadores de la rebelión, que eran muchos, cobraban ánimo, fuera porque en los Estados Unidos se preparaban acontecimientos que no debían cogerlos desprevenidos.

Había allí dos periódicos importantes, abogando á diario por que se reconociese la beligerancia á los rebeldes cubanos, apoyándose en que *estos habían derrotado á nuestras tropas en todos los encuentros*. Y todo porque los laborantes monopolizaban las columnas de la prensa, sin ser desmentidos ni contradichos en sus infundios y falsedades, para hacer propaganda como la muestra:

«En mi campaña á la costa del Norte no he tenido acción ninguna de importancia. Las columnas enemigas *no se atreven á atacarnos* después de la batalla de Jovito. Marcho con *cinco mil* hombres bien armados. He recibido varias expediciones, pequeñas sí, pero buenas; tengo dos cañones de montaña, bastantes provisiones, y pronto emprenderé operaciones en gran escala.—A. Maceo.»

Este comunicado lo insertó el periódico de Nueva York *The Herald* del 7 de Julio. En el número del 29 publicó el mismo periódico una carta de su corresponsal de Santiago de Cuba, en la que decía:

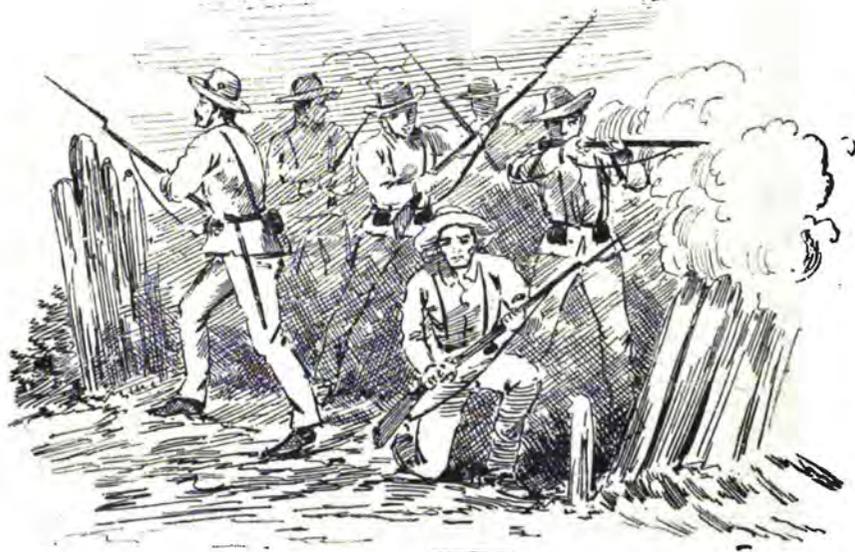
«Se me informa que en Guantánamo los españoles han empezado á obrar como *bárbaros*; todas las noches de diez á quince hombres son sacados de sus casas y sin previo aviso ó explicación alguna fusilados.»

*
*
*

Estas infames falsedades pasaban sin correctivo y formaban la opinión pública en los Estados de la Unión, contribuyendo poderosa-

mente á que el próximo Congreso americano tomase alguna resolución desfavorable á España—como se intentó tomar—si no se daba cuanto antes, según demandaba la opinión y los intereses nacionales, un rudo golpe á la insurrección, ó por lo menos se procuraba poner cortapisa á la infame propaganda filibustera, llamando sobre ella la atención al gobierno de Washington.

Apenas se conoció en Nueva York la noticia del combate de Ba-



DEFENSA DE SABANA BARACOA

yamo ó Peralejo, cuando los laborantes hicieron correr la falsedad de que el general Martínez Campos había sido completamente derrotado y aniquilada la columna que mandaba, y que había caído prisionero y estaba herido; que la ciudad de Bayamo estaba sitiada, y por último, que la *brigada sanitaria* de Maceo había enterrado *setecientos* soldados españoles después de la batalla.

El general Arderius, muy oportunamente, cursó desde la Habana un comunicado al *Herald* restableciendo la verdad de los hechos. Este periódico y el *Evening Post*, de la tarde, eran los únicos que guardaban una actitud completamente imparcial en las cosas de Cuba. El *World*, que abogaba á diario porque se reconocieran derechos de guerra á los rebeldes, llamó un día *salvaje* al general Martínez Campos.

Los laborantes de Nueva York desplegaban en aquella fecha más actividad que nunca. En uno de los últimos días del mes de Julio tuvieron una numerosa reunión en uno de los salones de la capital de la gran República, y un *reporter* del *World* dió la noticia de que un gran número de cubanos estaban todas las noches ejercitándose en el uso de las armas, en un edificio de la parte alta de la ciudad.

Tomás Estrada Palma, rodeado de un personal insurrecto, se había instalado en un piso de Broadway, y con su instalación de «Delegado civil» coincidió la publicación en inglés del primer número de *Cuba libre*, periódico de propaganda filibustera y órgano oficial de la insurrección en los Estados Unidos.

* * *

Al Camagüey le tocaba á la sazón la peor parte en la contienda que los profetas anunciaban terminaría en el próximo otoño.

Mientras llegaba ese momento tan deseado, ni los hacendados camagüeyanos podían visitar sus ingenios, ni los ganaderos se atrevían á llevar un mal novillo á la ciudad, obedeciendo á las rigurosas órdenes que en sus proclamas dictaba el *generalísimo*. Aunque esas órdenes prohibitivas eran dictadas para toda la isla, en ninguna parte se exigía su cumplimiento con el rigor que en el Camagüey.

«Recogiendo impresiones por todas partes—nos informaba en

aquella fecha nuestro corresponsal en Puerto Príncipe—sin pedir el origen, porque sería indiscreto é inútil, se dice que este rigor obedece á que Máximo Gómez entiende que el Camagüey no ha aportado á la revolución todo el contingente que era de esperar, y que si en otras comarcas se ha llegado al mayor número de fuerzas, no es justo sufran de los revolucionarios las medidas que él adopta, con el único fin de que sin trabajos, sin recursos, espoleados por la necesidad y por el medio en que se agitan las clases humildes, éstas se lancen á la lucha, lo cual estima que no sucedería por completo, si se permitiera el ejercicio de los principales trabajos que en esta comarca han constituido siempre la vida del jornalero.

»A ese efecto tienen constantemente aislado el Camagüey, siendo trabajo de locos la reparación de las líneas férreas, pues si hoy la componen, al día siguiente, cuando no á las pocas horas, ya están otra vez los rieles fuera de su sitio ó quemada alguna alcantarilla.

»Vayan dos casos, escogidos entre muchos, que demuestran, uno, el empeño y tenacidad en que no entre una cabeza de ganado en la ciudad, y el otro, la inflexibilidad en el cumplimiento de la orden.

* * *

«Logróse reunir por la empresa del ferrocarril un ganado para su transporte á Nuevitas, operación que hacen de noche. A la madrugada, una mano desconocida, con corta hierro y cuchillo, cortó el candado y cadena de un carro-cuadra donde habían reses, y arrancó el candado de otro donde habían ya veinticuatro, y todo el ganado quedó en libertad.

»Un ganadero tropezó, en ocasión de conducir reses para la ciudad, con una partida insurrecta mandada por el cabecilla Joaquín Leiva.

El ganadero entró en tratos con el jefe rebelde, y previo el pago de un tanto por cabeza de ganado, las reses entraron en la ciudad. Máximo Gomez lo supo, hizo conducir al infractor á su presencia y, previo Consejo de guerra, el Joaquín Leiva fué pasado por las armas.

»La exportación de ganado es la principal fuente de riqueza de esta jurisdicción. La guerra que á esa industria se hace dá á comprender cuál será su situación y el porvenir que le espera.

Para concluir de exponer el estado de la guerra en esta porción tan importante de la isla, quedame por decir algo referente á la parte que con la guerra propiamente dicha se relaciona.

«¿Qué piensa Máximo Gómez? Nadie lo sabe.

»A pesar de su actividad, hasta ahora no se ha lanzado á combatir con ninguna columna. Las guerrillas de Simancas y las de Cuba han venido de Santa Cruz á esta capital, sin novedad. Las fuerzas de caballería al mando del coronel don Calixto Ruiz también salieron sin infantería y se hallan en la línea férrea, sin haber tenido encuentro alguno. El general de brigada señor Serrano Altamira ha ido á Casco-ro á llevar un convoy y ha vuelto, con solo trescientos hombres de caballería. El teniente coronel Argomany también ha hecho varias salidas con pequeñas-fuerzas. El teniente coronel Vasallo lo mismo, y tampoco han batido el cobre.

* * *

»Cuando en tantas oportunidades no ha habido combate alguno, surge una pregunta:

»¿Acaso toda la lucha se reduce por parte de los rebeldes, á impedir el tránsito de los trenes entre Nuevitas y la capital?

»Sospéchase que Máximo Gómez no quiere empeñar combates,

porque no cuenta con jefes bastante prácticos y experimentados, que sepan ejecutar á la voz de mando ó toque de corneta, los movimientos necesarios y naturales de un combate, y se añade que espera, entre otros, al conocido Rafael Rodríguez, jefe de la guerra del 68, para comenzar las operaciones.

»Además, hasta ahora no se había visto en la revolución del Camagüey más que caballería, y para cualquier acción medianamente seria, es imprescindible el arma de infantería. ¿La estará organizando? No lo sé, como es natural que no lo sepa.

»Los jefes rebeldes del Camagüey, constituidos en junta, han dado el mando de esta región á Antonio Maceo, que traerá aquí fuerzas de Oriente.

»Máximo Gomez, se dice, pasará á Las Villas, con el fin de organizar la revolución.

»Por fin la anunciada expedición filibustera al mando de Roloff y Serafín Sanchez ha desembarcado. Verificó el desembarco en Tabayacoa, cerca de Tunas de Zaza. Dicen que trae doscientos hombres, además de armas, municiones y dinamita; esta última para destrucción de las fábricas de los ingenios y para la piroctenia que piensa establecer.»



COMANDANTE TEJERIZO

* * *

Hé aquí, ahora, lo que pensaba Máximo Gomez, según carta que dirigió á un su amigo doctor, en Puerto Príncipe, y de la cual nos remitió copia nuestro celoso corresponsal en aquella ciudad, con posterioridad á sus anteriores informes.

«*Cuartel general del ejército libertador de Cuba, Julio de 1895.*

Mi querido amigo doctor.... A las personas que desde la ciudad—y las cuales por circunstancias especiales me merecen respeto y admiración,—nos dan sus dictámenes respecto á las impresiones favorables ó desfavorables que en la opinión pública puedan causar ciertas disposiciones desde los campos de la lucha, decidles que se les agradecen bastante sus avisos; pero que la *presidencia* tiene su programa, ya definido hace más de cincuenta años, y en armonía con este (que bien entiendo yo, *general en jefe del ejército y director de la campaña*), dicto esas disposiciones.

»La guerra por la independencia de Cuba—y que lo entiendan bien —tiene que pasar por encima de toda consideración personal y sus leyes fatales tienen que cumplirse. Cuando se lanza un pueblo á la guerra; cuando se le precipita á la revolución, la responsabilidad recae de leno sobre el Gobierno ó el partido que con sus injusticias y ultrajes indujo al espíritu popular á un espíritu de violencia y composición nueva.

»No hay efecto sin causa: con este principio, bien definido y bien aplicable á toda acción, claro está que la guerra que hoy devasta y ensangrienta los campos de Cuba y *reducirá á cenizas* todas sus ciudades y pueblos, no es la causa, sino el efecto.

»En cuanto á mí, como encargado de dirigir los asuntos de la gue-

rra, entiendo muy bien que lo primero que hay que hacer es quitar todo estorbo, por pequeño que parezca, á la marcha de la revolución, sin cuidarme mucho ni poco del juicio que forman de tales procedimientos los que viviendo con descanso y reposo á la sombra del Gobierno que combatimos, no se explica que puedan ser nuestros administradores sinceros, y tampoco por el estado de su espíritu puedan ser competentes para juzgar nuestros actos.

»No dejar entrar víveres á Camagüey, aunque las personas y familias (pobres ó ricas) sufran, pues esto no es culpa de los revolucionarios, culpa es de España *que no cede lo suyo á su dueño*. Con menos derecho los prusianos en quince minutos arrojaron mil bombas sobre París sin cuidarse de mujeres y niños, y París cedió.

»Creo firmemente que España no dejará á Cuba mientras le produzca lo suficiente para pagar á su ejército y á los *parásitos*; y preciso es, pues, cegarles las fuentes para que desaparezca su esperanza de dominio.

»Eso hacen los pueblos cuando se lanzan á la lucha armada para conquistar la independencia y erigirse en nación. Es de hombres de espíritu estrecho, pequeño ó enfermizo dejarse dominar de temores pueriles. No cabe eso; no puede caber en la mente de los hombres que hemos empuñado las armas para conquistar libertades para todos y hacer de una tierra de colonos, un país de hombres libres.

No pueden preocuparse los que en la comarca camagüeyana desafián la muerte con entereza de sí en la ciudad hacen falta la leche y el carbón. Las órdenes están dadas, y lo que yo firmo con la pluma procuraré hacerlo efectivo y valedero con la espada.

Diga esto y mucho más, doctor, á sus amigos, que deben serlo de. — *M. Gomez*».

Aunque era sabido de todo el mundo que los laborantes nunca decían la verdad, porque obrando así servían sus propósitos, vamos á extractar la parte más principal de una comunicación que enviaron á la prensa, relativa al desembarco en las costas de Cuba de la expedición capitaneada por Carlos Roloff y Serafín Sanchez, de que nos dió cuenta nuestro corresponsal en una de sus correspondencias.

Habían fletado dos goletas para llevar los hombres y material de guerra. Por algún tiempo estos dos barcos estuvieron anclados en los dos Cayos de las islas Bahamas, recibiendo día y noche cargamento y hombres que salían, aprovechando toda oportunidad, de varios puntos de la Florida, en vaporcitos y lanchas pescadoras.

Mientras esto ocurría, las dos goletas enarbolaban la bandera inglesa. Una goleta cargó 500 rifles de los mejores, 550 machetes, 600 revolvers, y 500 libras de dinamita, para volar puentes, ferrocarriles y fuertes, y medio millón de cartuchos. En este buque embarcaron Roloff y Sanchez, y 288 hombres, muchos de los cuales habían figurado en la guerra del 68.

En la otra goleta iba de jefe José María Rodríguez y 75 hombres, consistiendo el cargamento en 175 rifles, 150 machetes, 250.000 cartuchos y dos cañones de montaña, que se dijo podían dispararse cargados en el lomo de las mulas.

Carlos Roloff iba acompañado de la siguiente plana mayor: coronel Rogelio Castillo, teniente coronel Ricardo Garcia, comandante Higinio Esquerra, íd. Enrique Loyma del Castillo, íd. Rafael Vivanco, capitán Aurelio Noy, cirujano general, con grado de coronel, Fermín Valdés Dominguez, Francisco Regueyra, Casimiro Regueyra, Manuel Ardetete y Blas Garcia. En la expedición iban también varios americanos y entre ellos dos polvoristas.

Las dos goletas, aprovechándose de un viento fuerte favorable se hicieron á la mar, encontrándose en el camino á dos cañoneras espa-

ñolas de poco andar, *que no las molestaron*; y así llegaron felizmente cerca de Trinidad, en la costa Sur, donde desembarcaron sin estorbo durante la noche hombres y pertrechos de guerra, protegidos desde tic-



DESASTRES DE SABANA BARACOA

rra por una partida de insurrectos montados, que había destacado al efecto el cabecilla Zayas.

Sobre el desembarco de la expedición Roloff ó tomando pretexto del mismo, dijo el *Morning Journal*, periódico de mucha circulación



EL GENERAL MELLA Y SU ESCOLTA

en Nueva York, lo siguiente: «Los lectores del *Journal* pueden felicitarse por el hecho de que su periódico favorito haya sido el primero de entre los metropolitanos en ocuparse en sus artículos de fondo de los extremos en que ha de basarse el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos levantados en armas.

A seguida de establecerse la República en Cuba, no les ha de costar trabajo á esos hombres el formar alianzas ofensivas y defensivas con los gobiernos latino-americanos, pues no ha de faltar entusiasta atrevido que aproveche esta oportunidad para demostrar que entre ellos no existe amor alguno á España...»

El artículo del *Journal* terminaba con una fuerte excitación á los hombres de gobierno americanos, para que reconocieran la beligerancia de los insurrectos.

Esta propaganda insidiosa se hacía todos los días. Los periódicos neoyorquinos se negaban á aceptar para su publicación todo comunicado de procedencia española, al paso que publicaban, sin reparo, los mayores insultos y las más incalificables sandeces de los laborantes.

En el Camagüey seguían las vías de comunicación interrumpidas: Mirabal y los suyos habían quemado nuevamente los puentes de la vía férrea; el Gobierno reparó las averías y ellos volvieron á causarlas.

La partida de Castillo incendió el ingenio «Eugenia», de la propiedad de don Vicente Rodríguez, alcalde municipal de Nuevitas y consignatario de los vapores de los señores sobrinos de Herrera.

Otra banda de rebeldes desjarretó 150 reses de los señores Varona y compañía.

*
* *
*

En Las Villas, donde cada día era mayor el incremento de la revolución, el objeto principal de la atención del país era Sancti-Spiritus, donde una imprudencia, una torpeza ó error, lanzó muchos hombres á la guerra.

Narremos los hechos con referencia á los informes que nos comunicó nuestro corresponsal especial en aquella provincia (Santa Clara).

No se hablaba aquellos días en toda la ciudad sino de lo afortunados que habían sido los expedicionarios de Roloff y Serafin Sanchez, los que, sin que nadie se lo impidiera, lograron situarse en las lomas de *Cangalito*, á unas cuatro leguas de la población.

Allí establecieron su cuartel general, de donde dominaban perfectamente á Sancti Spiritus. Contaron, que habían llevado cañones y bombas de dinamita, muchos rifles, muchas cápsulas, una máquina de hacer cartuchos y muy inteligentes ingenieros americanos, y también una imprenta, de donde salían millares de proclamas que circulaban á montones por todas partes, encontrándose á puñados hasta por los caminos; las firmaban Roloff, Serafin Sanchez y Rogelio Castillo.

El comandante militar de aquella plaza hizo circular una orden, que casi era un llamamiento obligatorio al servicio.

Hé aquí el documento de referencia:

«*Comandancia militar de Sancti Spiritus*.—En atención á las circunstancias extraordinarias por que atraviesa esta jurisdicción y teniendo presente el principio escrito en los Códigos de todas las naciones, en cuanto se refiere á que todo ciudadano está obligado á defender su patria cuando sucesos extraordinarios como al presente sucede lo exijan, y con objeto de defender los intereses colectivos, he determinado hacer un llamamiento, por este medio, á todos los vecinos de esta localidad aptos para cooperar al sosiego y tranquilidad públicos y de las familias de esta población.

»En tal virtud, y reconociendo en *usted* aptitudes suficientes para

los fines expresados, vería con gusto su filiación en el batallón de voluntarios de esta ciudad, con lo cual daría *usted* una prueba de amor al orden y á la patria, bien en el concepto de voluntario para prestar el servicio personal, ó pecuniario para abonar á otro los servicios que como tal pudieren corresponderle, mientras duren las actuales circunstancias.

»Al final de la presente, que se pasará á recoger el día 10 del presente mes, se servirá *usted* manifestar su conformidad, expresando si desea hacer el servicio personal ó pecuniario.

»*Sancti Spiritus* 1.º de Agosto de 1895.»

* * *

La transcripta circular, para conocimiento de nuestros lectores, del comandante militar de Sancti Spiritus, dió allí y en toda la provincia, durante muchos días, el juego que era natural.

Algunos días después de su publicación nos informó nuestro corresponsal, que su autor había manifestado que ella no obligaba á nadie, y se reducía á una simple invitación ó estímulo. De todos modos y á pesar de tal ingénuo manifestación, el hecho fué muy comentado.

La partida de Roloff y Seratín Sanchez detuvo un correo, en los primeros días de Agosto, el cual contó que aquella se componía de unos *trescientos* hombres, entre infantería y caballería, todos perfectamente armados, municionados y montados. Los vió en correcta formación y dispuestos á marchar hacia Santa Cruz del Sur ó acaso á Punta Caney, á apoyar el desembarco de *Mayia* Rodriguez, cabecilla importante de la pasada guerra del 68, ó á unirse á él, si había verificado ya su entrada.

Comentando el *cómo* desembarco de Roloff, atribuyóse á disposiciones equivocadas, pues los cañoneros *Indio* y *Cuba Española* que

hacían la vigilancia en aquellas costas, fueron mandados por el general en jefe hacia las de la jurisdicción de Pinar del Río, por estar anunciado que allí había de desembarcar Collazo, *coronel* del 68, encargado del levantamiento de Vuelta Abajo.

Así lo dió á entender la contestación que cuentan dió el comandante general de Marina al general Martínez Campos, al comunicarle éste el mencionado hecho, y que aseguraron fué poco ó menos la siguiente:

«Al saber por V. E. el desgraciado suceso del desembarco de una expedición por las costas de Tunas de Zaza, debo manifestarle que los cañoneros *Indio* y *Cuba Española*, encargados de la vigilancia de aquellas costas, no se encontraban allí, por haber sido trasladados á otras por órdenes superiores.»

El resto de Las Villas seguía algo movido.

En Oriente nada de gran importancia ocurrió en aquellos días. En la jurisdicción de Matanzas seguían aumentando las partidas, hasta entonces de bandoleros, que capitaneaba el bandido Matagás; algunas otras pequeñas se habían organizado y comenzaban á dar señales de vida, anunciándose la pronta aparición de alguna persona de viso y notoriedad que tomando el mando de aquellas, había de hacer el levantamiento formal de aquella provincia.

Seguían los profetas vaticinando que la guerra concluiría en el próximo otoño; pero los pesimistas, que todo lo veían por el lado malo, se atrevían á sostener que duraría algo más.

En el Camagüey corrió muy insistente el rumor de que Máximo Gomez, el *generalísimo* de las huestes separatistas, había muerto por enfermedad. Aunque la versión partió en los primeros momentos de fuentes que, con motivo, podían ser tomadas como bien informadas, pronto se aseguró que era inexacta.

Lo que sí se aseguró fué que la salud del *general* dominicano de-

jaba mucho que desear. Padecía de una úlcera en una pierna que le molestaba bastante y no le permitía montar á caballo, y, además, tenía en un muslo una herida de bala que recibió en el combate de Dos Ríos, la cual requería que se le hiciesen tres curas al día.

En cuanto á movimiento de guerra en aquella importante jurisdicción, omitiendo pequeñas escaramuzas sin importancia ni resultado alguno digno de mención, vamos á narrar, con todos sus pormenores y detalles, en capítulo aparte, las operaciones llevadas á cabo durante un espacio de tiempo, que abarca del 26 de Julio al 1.º de Agosto, por la columna á las inmediatas órdenes del comandante general del cuarto distrito militar de la isla, general señor Mella.





CAPITULO XIII

La columna del general Mella.—En busca de Máximo Gomez.—Ligero tiroteo.—Sorpresa de una avanzada enemiga.—Cinco prisioneros rebeldes, dos muertos y varios heridos.—Siguiendo el rastro del enemigo.—En el potrero «Oriente».—El campamento de Máximo Gomez, sorprendido.—Se pierde el rastro.—El enemigo desmoralizado y fatigado.—Regreso de la columna.—Puerto Príncipe.—Carta de un oficial.—Ataque y defensa del ingenio «Santa Isabel».—El enemigo se retira.—El sargento Martinez Suarez.—El parte oficial.



ALIÓ la columna del bravo general señor Mella de la plaza de Puerto Príncipe, el día 26, para Nuevitas, en ferrocarril, dirigiéndose parte á San Miguel de Bagá, donde el día 27 á las once y media de la mañana se encontró toda reunida, pernoctando en dicho punto.

A las cuatro y media de la madrugada del siguiente día 28 emprendió la marcha, guardando la siguiente formación:

Vanguardia. Estaba formada por 20 caballos de la guerrilla local (Puerto Príncipe); 50 id. de la guerrilla de Cádiz y la primera compañía del batallón de Cádiz, ó sean 150 hombres de infantería, á las órdenes del teniente coronel del citado batallón, don Cruz Gonzalez.

Cuartel general. Compuesto del bizarro general señor Mella, sus ayudantes señores Caballero y Betancourt y el capitán de Estado mayor

señor Manzano; 60 caballos del escuadrón de Pizarro y una compañía del batallón de Gerona, ó sean 100 hombres.

Centro. Formado por 102 hombres del escuadrón de España; 87 del de Tetuán; la primera compañía (100 hombres) del batallón de Gerona y la escolta de acémilas, á las órdenes del coronel de caballería don Calixto Ruiz.

Retaguardia. A las órdenes del coronel de infantería señor Alon-



TORRE SAN JUAN, EN BAYAMO

so. Una compañía de Gerona (100 hombres) y 60 de la guerrilla de Tarragona.

Total de fuerzas: 379 caballos y 450 infantes; en junto 829 hombres.

Durante la marcha se constituyó el flanqueo dentro de cada grupo.

A dos leguas de San Miguel se encontró el cadáver, macheteado, del práctico que había conducido desde San Miguel al teniente coronel señor Balbas hasta reunirse con la columna del teniente coronel señor

Argomany. Dicho práctico, por su propia voluntad, intentó volver solo al mencionado lugar.

Continuó la columna su marcha, cruzando el río Jiquí y dejando á un lado la casa de Juan Perez, cuya cantina estaba reducida á cenizas, tomó á la derecha el camino que cruza en este punto á San Joaquín y Arroyo Piedra, donde acampó á la una de la tarde.

El 29 emprendió la marcha en igual forma que el día anterior, á las cinco de la mañana. Siguió el camino de Sibanicú, entre montes, dejando á la izquierda la loma de San Jacinto, á pasar por el sitio de Maguaraya.

A las ocho de la mañana fué hostilizada la vanguardia, generalizándose el fuego en ella durante cinco minutos, resultando herido un soldado del batallón de Cádiz y dos caballos de la guerrilla, causando una baja vista al enemigo, hacia cuyo campo se escaparon dos caballos de oficiales con monturas y equipos.

Siguió la tropa, sin novedad, por el arroyo de la *Retenida* y el potrero de *Consuegra*, cruzando el arroyo de *Sibanicú* en dirección del potrero *Oriente*.

Al entrar en él y en una casa que dista un cuarto de legua de la de vivienda en la finca, fué sorprendida por la vanguardia de la columna una avanzada del enemigo, compuesta de 25 á 30 hombres, iniciándose el fuego por parte de la tropa, que se generalizó en las guerrillas de dicha vanguardia, retirándose el enemigo en precipitada fuga, después de haberle causado dos muertos vistos, algunos heridos, y héchosele cinco prisioneros. Además se le cogieron diez caballos

con monturas, algunas ensangrentadas, otro caballo herido, un rifle y una escopeta. La columna solo tuvo un caballo herido.

Seguido el rastro del enemigo, en dirección del batey, la vanguardia volvió á hacer fuego por el flanco izquierdo hasta llegar á la casa, donde se encontraba un grupo de rebeldes que, al hacérseles dos descargas, se retiraron internándose en el monte.

Posesionada la tropa de la casa, ordenó el general Mella el acampe de la fuerza en el batey del potrero *Oriente*, siendo las dos de la tarde.

* * *

El día 30, levantado el campamento, se emprendió la marcha á las cinco de la mañana, pasando por las *estancias* de San José, siguiendo el rastro enemigo en dirección del potrero «México», donde llegó la columna á la una de la tarde, desplegándose con las debidas precauciones para reconocer el sitio, y siendo hostilizada por el enemigo la extrema vanguardia desde lejos.

Iniciando enseguida el movimiento de avance sin contestar al fuego enemigo, se llegó al alto y estancia donde se encontró abandonado, con evidentes señales de haberlo sido precipitadamente, el campamento enemigo de Máximo Gomez, con 800 ó 1.000 caballos, de los cuales se dejaron abandonados 50 cansados y 7 útiles, además de carne dispuesta y fuego encendido para hacer el rancho. Se ocuparon también algunos documentos, entre los que figuraban dos relaciones de partidas.

La columna acampó allí, á las tres y media de la tarde, sin novedad.

Se emprendió de nuevo la marcha el día 31, pasando por las *estancias* de la Sierra, donde se esparcía el rastro enemigo en distintas direcciones. El enemigo según dijeron personas pacíficas, iba desmoralizado y fatigado.

Acampó la columna en San Antonio, á las dos y media, sin novedad, y el 1.º de Agosto emprendió la marcha de regreso á Puerto Príncipe, donde entró á las siete de la noche.

Por los informes que en su excursión militar recogió la columna del bravo general Mella, se supo de una manera cierta que en uno de los ataques al convoy que de Nuevitas á Guáimaro condujo el teniente coronel Argomany, resultó muerto el titulado comandante insurrecto Isaías Tejada, de la raza negra, y que entre los heridos se hallaba el joven y conocido pintor Armando Meuveal, secretario particular de Máximo Gomez. La herida era de bala, en un costado, pero leve.

Los insurrectos seguían en su obra de destruir las vías férreas, y en una extensión de kilómetro y medio cortaron treinta postes de la línea telegráfica, picoteando los alambres.

* * *

Ampliando detalles de la operación ó excursión militar llevada á cabo por el bizarro general Mella en busca de Máximo Gomez nos dijo uno de los oficiales excursionistas, en carta fechada en Puerto Príncipe el 4 de Agosto, lo siguiente:

«A las nueve de la mañana del 26 emprendimos nuestro viaje á Nuevitas con un calor insoportable, llegando sin más novedad que haber oído algún tiro suelto, y una vez hecho el desembarco, que duró muy poco tiempo, á pesar de la calma chicha de los empleados, se dió dinero á la tropa, y agua y pienso al ganado.

»Allí recibimos la orden de que el escuadrón se quedaba en Nuevitas á pasar la noche, con objeto de acompañar, al día siguiente, al general, desde Bagá á San Miguel de Nuevitas, donde esperaba toda la columna, compuesta de cerca de mil hombres.

A las cuatro de la mañana se tocó diana con el *pílo*, y después de tomar el indispensable café, empezamos el embarque de hombres y caballos.

A las diez estábamos en Bagá, y acto seguido montamos á caballo y seguimos al general. A las dos de la tarde llegamos á San Miguel, donde nos aguardaba la columna. Hicimos noche en un potrero, y sin más novedad que una tormenta horrorosa, salimos á las cuatro de la mañana con un escuadrón de exploración y flaqueo, pues estábamos en terreno enemigo, y después de ocho horas de marcha llegamos á un ingenio, en el camino de Guáimaro, donde pasamos la noche á la intemperie y con tormenta.



DON RICARDO BOCIO

Comandante del batallón de cazadores de Mérida

»El día 28 salimos para el ingenio de Oriente, donde según noticias estaba Máximo Gomez con 1.500 hombres. A las seis de la mañana salimos del terreno despejado y entramos en la verde manigua.

Apenas llevábamos una hora por ella cuando á nuestra derecha sonó una enorme descarga; instintivamente todos nos agachamos sobre el cuello de nuestros caballos, pues las hojas de los árboles cortadas por las balas caían sobre nosotros cual si manos de titanes las apaleasen.

Duró poco el fuego y seguimos adelante, no sin que dejase de causarnos impresión la proximidad del enemigo, dada la índole de la

marcha, pues íbamos de á dos por una senda sumamente estrecha, en donde solo podíamos dar frente al punto de donde precisamente partían las balas. De este tiroteo resultó herido en una rodilla un soldado del batallón de Cádiz.

Una hora después volvieron á tirotearnos al pasar un río, sin consecuencias, afortunadamente, y momentos después rompió el fuego la vanguardia.

Eran las guerrillas nuestras que habían sorprendido en un bobío á *calor*ce insurrectos, que no esperándonos se disponían tranquilamente á tomar café. De esta sorpresa resultó un herido y un caballo muerto, de los nuestros, y de ellos un hombre herido y tres muertos, á más de seis prisioneros que pasaron á retaguardia atados codo con codo, quitándoles también diez caballos con todo su equipo y armamento.

Ya llegábamos al ingenio, cuando la vanguardia se encontró con la retaguardia de Máximo Gomez, que se había hecho fuerte en una casa de mampostería. Apenas aparecieron nuestros exploradores, rompieron los rebeldes un nutridísimo fuego desde las ventanas.

Seguimos avanzando, y la infantería tomó posiciones en el potrero de enfrente, rompiendo un tan certero fuego con los *Maisers*, que los cobardes *mambises* salieron á todo correr á guarecerse en la manigua. Nosotros, entónces, avanzamos al galope; mas, á nuestra llegada, habían escapado ya, sin darnos tiempo siquiera á poderlos saludar. Llegó la noche, y acampamos, sin novedad.

A la mañana siguiente, apenas emprendida la marcha, nos encontramos con sus avanzadas: rompieron los nuestros el fuego, y lo sostuvieron con admirable orden hasta que fué llegando toda la columna. A nuestra llegada nos saludaron con dos *hermosísimas* descargas por uno de los flancos, y entónces la infantería con muy buen acierto, hizo un cambio de frente, y se dispuso á atacar.

Al ver esto aquellos cobardes se corrieron, protegidos por la ma-

nigua. También lo hizo nuestra infantería, á la vez que nosotros apretando nuestros sables y empuñando fuertemente las lanzas nos dispusimos para una carga, pero, desgraciadamente, no pudo esta tener lugar, pues á pesar de su superioridad numérica abandonaron cobardemente el campo, huyendo hácia lo más intrincado de la selva.

Entonces, nos posesionamos de su campamento, en donde nos encontramos la *mesa puesta*, armas, municiones, y otros efectos.

Puedo asegurar, y confieso ingénuamente, que cuando llegó el momento de cargar, en que sólo se oía el golpear de los corazones en las estrechas cárceles de los pechos, y las pisadas lentas y magestuosas de la infantería que se acercaba á las lindes, confiada en que si la atacaban al machete, estábamos allí nosotros, apercebidos á volar en su socorro y dispuestos á morir por salvarles, puedo, repito, asegurar fué un verdadero momento de ansiedad, á la par que de mudo entusiasmo.

Un detalle.—El coronel Ruiz, que mandaba los escuadrones, dirigiéndose en aquel momento solemne á sus soldados les dijo, entre otras frases: «*Ya sabéis que el mejor golpe del sable es la estocada al pecho, bien dirigida, y el de la lanza la suspensión de un hombre á pulso.*»

Yo no sé lo que los demás hicieron; los míos, al oírle, se escupieron la mano derecha y empuñaron con coraje las lanzas.»

* * *

Heróico á la par que glorioso, como todos, para nuestros invictos soldados, fué el combate sostenido el día 30 de Julio por el destacamento que custodiaba el ingenio *Santa Isabel*, cerca de Guantánamo, (Santiago de Cuba).

El destacamento se componía de *veinte* hombres del regimiento de Simancas, á las órdenes del sargento don Manuel Martínez Suarez.

A las nueve menos cuarto de la mañana del 30 de Julio, numerosas fuerzas rebeldes, tres partidas reunidas, á los gritos de ¡viva Cuba libre! ¡muera los patones! penetraron en el ingenio *Santa Isabel* y atacaron el pequeño destacamento, después de quemar un fuerte de poca importancia donde habitaba el sereno de la finca.

Las fuerzas insurrectas, fraccionadas en tres partidas ó grupos, aparecieron por el camino de la Güira y se desplegaron por la parte del Mediodía tocando diana por un buen trompeta, contestando otro por el camino de «Casisey» con un pito, y la tercera por la loma del «Sigual» con un cuerno, reuniéndose enseguida las tres fracciones ó partidas y rompiendo el fuego contra la casa-vivienda del ingenio, donde se alojaba el destacamento.

Pronto se generalizó entre ambos bandos el fuego, que sostuvieron con tesón los de la parte de «Casimba» y unos 200 de la Güira.

De pronto oyóse el toque de botasillas y retaguardia, y entónces observose que se corrían por las dos alas, con el fin de cercar el *fuerte* y tomar la casa-calderas, lo que no pudieron conseguir por el vivo fuego de nuestros valientes soldados.

De nuevo oyose tocar al trompeta tres puntos, que fueron repetidos por el pito y el cuerno, observándose que los de la Güira emprendieron la retirada, á todo el correr de sus caballos, hácia las lomas del «Sigual», sin dejar de hacer fuego y siguiendo los gritos, ó mejor dicho, insultos á nuestros soldados, con que comenzaron el ataque.

Al poco rato, y como una avalancha, bajaron de las lomas é intentaron nuevamente tomar la casa-calderas; mas la serenidad de la tropa y sus tiros certeros les obligó á retirarse, después de dos horas de incesante fuego y de varios ataques infructuosos.



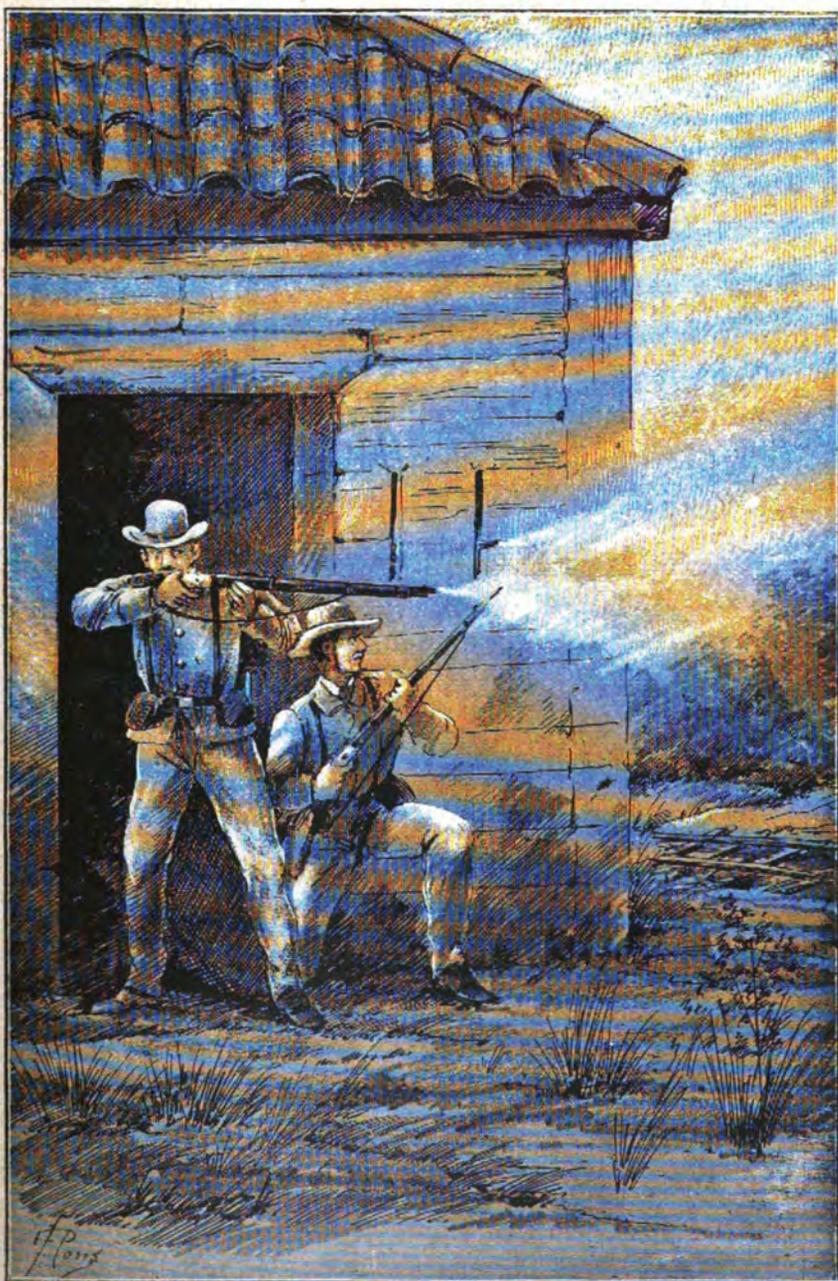
En la retirada, al menos á los de la Güira, se les causaron muchas bajas, por estar al descubierto y ser el principal blanco de los fusiles



CONSTRUCCION DE FORTINES POR NUESTRAS TROPAS

de nuestros soldados, que les hacian un fuego mortífero.

«A pesar de tener que acudir y estar en todas partes—decía en el parte oficial el bravo sargento Martínez Suarez—tuve el gusto de verlos de cerca y tirarles cuarenta tiros, acompañándome ocho soldados que se encontraban en dicha línea de fuego, apuntándoles con calma, ya que tan pocas veces puede uno verles el pelo, con el fin de aprovechar las municiones, viendo consumidas 1.015, quedando enseguida



HERÓICA DEFENSA DEL «RAMBLAZO»

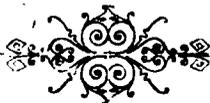
TOMO II—13

los soldados repuestos de ellas, con las tres cajas que había en depósito, viendo pasar cuatro caballos con las monturas ensangrentadas y sin ginetes por dicho paso.

»Los jefes ó tocadores de pito y cuerno han hecho fuego con revólvers, y el último que pasó, ginete en su caballo blanco y con bandolera, cayó del caballo, renovándose los gritos y toques de pito, no volviendo á oirse más la trompeta.

»He tenido que revestirme de prudencia, tacto y calma para atacar al enemigo y evitar desgracias, pues esto no es ingenio, si no una ciudad, donde habitan mil mujeres y niños, hasta debajo del *conductor*, y temía que, sin querer, hubiera muerto alguno de esos seres desgraciados; pero, afortunadamente, no ha habido desgracia alguna que lamentar, por nuestra parte, ni por la del vecindario, de lo cual me alegro en el alma.

»Debo significar á V. E. que es digna de elogio la conducta observada por el mayordomo de esta finca y el dueño de la cantina de la misma, don Gaspar Betancort y don Gastón Bordelois.....»





CAPITULO XIV

Incendio y destrucción.—Construcción de fortines.—El fortín del *Ramblazo*.—Su situación topográfica.—Ataque y heroica defensa de *Ramblazo*.—El bravo sargento Domínguez Garrido.—Situación desesperada.—El soldado Gonzalo Estrada.—Tres héroes.—¡Al asalto!—Disponiéndose á morir.—El tren de socorro.—¡Viva España!—Cuadro de horror.—Alegría y estupor.—Cómo llegó el socorro.—El capitán Patiño.—Traslación de los heridos y conducción de los muertos á la estación del «Lugareño.»—Escena conmovedora.—El coronel Robertí y el sargento Domínguez.—El general Mella.—El parte oficial.—Los muertos y heridos.—Recibimiento á los héroes.—Nuestras bajas.—Honores y gloria.—Once héroes laureados.—Alegría y pesadumbre del soldado Juan José Ladrá.—Plausible rasgo del general Azcárraga.

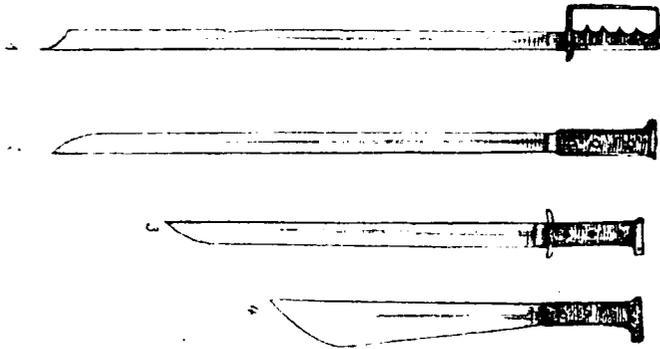
QONTINUABAN los filibusteros del Camagüey en su tenaz persistencia de tener cortada la comunicación de los trenes de Puerto Príncipe al puerto de Nuevitas; seguían uno y otro día cortando y quemando puentes de aquella vía férrea, sin que en absoluto pudieran impedirlo las fuerzas que el comandante general de aquel distrito militar señor Mella había destacado con ese fin, porque una extensión de *setenta y tres* kilómetros, en los que había casi otros tantos puentes y alcantarillas, en su mayoría de madera, requería un número crecidísimo de tropa, que hacía falta para las otras atenciones de la guerra.

Para reducir al menor número esa fuerza y mantener la vía férrea en comunicación, el teniente coronel señor Vasallo, auxiliado por la empresa del ferrocarril, empezó á primeros de Agosto la construcción

de pequeños fortines de madera, con el carácter de provisionales, pero con la resistencia y condiciones necesarias al objeto á que se dedicaban.

Uno de esos fortines se estaba construyendo donde estuvo la estación de *Ramblazo* ó «Redención,» quemada por los insurrectos en el mes anterior, y lugar estratégico por ser un crucero y haber un puente de madera.

Ese fortín comenzó á construirse por fuerzas del batallón de Tarragona, el día 6. Su construcción era cuadrada, con las paredes de polines de la vía férrea, de *jiqui* (madera indígena tan dura como el hic-



MACHETES: 1 y 2, llamados de cinta.—3, ídem de navajón.—4, ídem de calabozo

tro), con espacio para seis ú ocho hombres, techo de zinc y puerta de hierro, teniendo formado á su alrededor un terraplén por dos de sus lados, sin que el día en que fué atacado por los insurrectos (día 8), tuviese aún colocada la puerta, dejando por lo tanto un flanco abierto al enemigo.

Su situación topográfica era la siguiente: hallábase emplazado á unos cincuenta pasos de la vía férrea, al Norte, en un llano despejado, teniendo á la vista y al alcance de sus fuegos dos arboledas, y más al

Norte hacia la vía y por el lado del «Lugareño,» que distaba dos kilómetros, una ceja de manigua espesa, por la que cruzaban las paralelas del ferrocarril.

En la estación del «Lugareño» tenía su cabecera la fuerza que mandaba el teniente coronel señor Vasallo, encargado de la vigilancia de la línea desde las Minas hasta Nuevitas.

Como en un solo día no había posibilidad de construir un fuerte, las obras quedaban siempre custodiadas por pequeños destacamentos, á fin de que el enemigo, al encontrarlas abandonadas, no las destruyera.

*
* *
*

El citado día 8 de Agosto, en un tren de que disponía el jefe señor Vasallo para la construcción de los fortines, regresaron por la tarde al «Lugareño» las fuerzas que durante el día habían estado ocupadas en la construcción del de *Ramblazo*, quedando al cuidado de las obras ocho guerrilleros al mando de un sargento, pertenecientes todos á la guerrilla del segundo batallón de Tarragona.

Llegada la noche, los soldados ataron sus caballos en los postes de la empalizada que rodeaba el fortín, colocaron sus monturas en el interior del fuerte y todos se situaron convenientemente para ejercer la debida vigilancia.

La noche transcurrió tranquilamente y sin novedad; ni una voz, ni el más leve ruido que indicase la presencia ó proximidad del enemigo.

Al alborar el día 9, llegó al fuerte un refuerzo de nueve guerrilleros y un cabo, que en previsión de lo que pudiera acontecer enviaba el capitán señor Patiño, jefe accidental por ausencia del señor Vasallo, obedeciendo las órdenes de sus jefes.

El destacamento había notado ya, al amanecer, algún movimiento de fuerzas rebeldes por las arboledas.

Apenas llegados los refuerzos, observó el sargento que las fuerzas de las arboledas se extendían formando un semicírculo, y se disponían á un ataque.

El refuerzo solo tuvo tiempo de echar pié á tierra y entrar en el fortín, todos menos uno, dejando los caballos fuera, porque en aquel momento un grupo de ochenta rebeldes lanzó á escape sus caballos y rompió el fuego contra el fortín.

—¡Fuego!—ordenó el sargento á sus soldados.

Y del pequeño fuerte en construcción partió una descarga cerrada, que hizo besar el suelo y morder el polvo á algunos de los ginetes *mambises*: los demás reprimieron su ardor bélico y contuvieron el ímpetu y la fogosidad de sus caballos.

—¡Fuego!—continuó gritando el decidido sargento.

Y á cada descarga de aquel grupo de valientes, veíase retroceder por aquella parte al enemigo.

Pero, mientras este retrocedía, por los otros lados avanzaban otros pelotones de insurrectos, envolviendo al pequeño destacamento en una lluvia de balas, perdigones y postas que penetraban en el fortín por el hueco de la puerta, y por las rendijas de los polines que formaban sus paredes.

A la primera descarga de los revolucionarios quedaron fuera de combate y yacían sobre el pavimento del fuerte tressoldados muertos y algunos heridos; pero los supervivientes al primer ataque, continuaron casi sin poderse mover en aquel pequeño espacio, disparando contra el enemigo.

La situación, empero, de aquel puñado de valientes, era ya extrema; los heridos iban siendo muchos; el aire se enrarecía dentro de tan pequeño espacio; las municiones se agotaban, y el enemigo era veinte veces mayor en número.

El sargento dispuso, entónces, que uno de los guerrilleros escapase y fuera á dar parte al «Lugareño» de la situación angustiosa del destacamento.

El soldado de infantería del regimiento de Tarragona Gonzalo Estrada Garcia, fué el designado por el comandante del fortín para desempeñar comisión tan difícilísima.

El combate continuaba; de los diez y siete hombres que había en el fuerte no quedaban más que tres haciendo fuego, y aún de esos tres, uno de ellos, el cabo Venancio Mena, herido. Los demás habían muerto ó estaban heridos.

A cada uno de aquellos tres valientes no le quedaba más que un sólo cartucho: todos se habían agotado.

De esa crítica situación se había percatado, sin duda, el enemigo, por que un grupo de insurrectos echó pié á tierra y machete en mano, arrastrándose por el suelo, aproximábase al fuerte con ánimo indudable de asaltarlo.

—¡Alto!—gritó el sargento á sus dos únicos compañeros, que se disponían ya á disparar sus fusiles. ¡Aprovechemos bien el último cartucho!

Un silencio de muerte siguió á la orden del bravo sargento. El enemigo hizo alto el fuego, seguramente por no herir á los que marchaban al asalto.

Dos *mambises*, uno blanco y otro mulato, se hallaban ya á pocos pacos pasos del fuerte, cuando el sargento gritó:

—¡Fuego!

Y ambos, blanco y pardo, cayeron á tierra para no levantarse más.

El enemigo se lanzó hacia el fuerte para retirar los cadáveres de sus compañeros y apoderarse de los guerrilleros supervivientes.

El sargento, el cabo Mena y el otro guerrillero se aperciben á la



FUERTE «JARAYABO»

defensa con los machetes y se preparan á morir, como mueren los valientes, como saben morir los soldados españoles.

Pero en aquel momento un agudo silbido rasga los aires y una locomotora aparece, saliendo de la ceja del monte, arrastrando un carro blindado.

En aquel vagón acudían fuerzas al mando del bizarro capitán señor Patiño, en socorro del destacamento.

La tropa hace una descarga al enemigo, que este contesta, retirándose á seguida y abandonando en el campo los dos cadáveres.

El bravo sargento, encerrado en el fortín, gritó con la alegría natural al verse salvado, y en señal de triunfo:

— ¡Viva España! ¡Viva la guerrilla de Tarragona!

Los soldados, arrojarse del vagón y vuelan en socorro de sus compañeros del fuerte, lanzando al aire entusiastas gritos de ¡Viva España! ¡Viva Cuba española! ¡Vivan los valientes!

Pero ¡ay!, bien pronto los gritos de entusiasmo trocáronse en gritos de horror y espanto, en ayes de dolor, al contemplar el horrible y luctuoso cuadro que ofrecía el interior del fuerte.

Los tres únicos héroes que habían salido milagrosamente ilesos de de la sangrienta jornada, arrojáronse en brazos de sus compañeros y camaradas y durante algunos segundos quedaron confundidos en estrecho abrazo salvadores y salvados, sin que la emoción que á unos y á otros embargaba en aquel instante les permitiese pronunciar una sola palabra.

Pasado aquel emocional momento de alegría y estupor, dedicáronse todos á la triste faena de curar á los heridos y consolar á los que por la patria sufrían los tristes resultados de la fratricida guerra que en mal hora les arrancara del hogar y del seno de sus familias.

* * *

Hé aquí ahora, como llegó el socorro al fortín del «Ramblazo».

Siguiendo la diaria costumbre establecida, á eso de las cinco y media de la madrugada del día 9, se encendieron en el «Lugareño» los

fuegos de la locomotora, y á las seis, hora en que diariamente se salía á emprender los trabajos, partió el tren con una cuadrilla de trabajadores y una escolta de cuarenta hombres al mando del capitán Mercado y del teniente señor Flores, mientras á caballo seguían al tren el capitán Patiño y el teniente Neira con veinte guerrilleros.

El tren y la fuerza salieron del «Lugareño» sin tener noticias del fuego que en aquel momento sostenía con el enemigo el pequeño destacamento que custodiaba el fortín del *Ramblazo*.

Pero á un kilómetro del punto de salida comenzaron á oír disparos, y momentos después, las avanzadas insurrectas destacadas en la ceja del monte hacían fuego sobre el tren por el lado derecho.

El capitán Patiño mandó á escape una pareja de guerrilleros al «Lugareño», para que inmediatamente saliera el teniente Patiño, hermano suyo, con el resto de la guerrilla á socorrer el fuerte, por sospecharse ya lo que allí pasaba.

Apenas los de la locomotora divisaron el fuerte, vieron los caballos del destacamento sobre la vía y rodeado el fuerte de enemigos, por cuyo motivo el maquinista dió vapor al mónstruo de hierro y aceleró la marcha del tren, llegando frente al *Ramblazo* en el preciso instante de poder salvar de una muerte cierta á los que con vida quedaban del destacamento, así que sus armamentos y el fuerte.

Una vez húbose retirado el enemigo y restablecióse la tranquilidad en los ánimos de salvadores y salvados, los heridos y cadáveres fueron trasladados á la estación del «Lugareño».

Allí, en un ángulo del almacén de carga, veíanse agrupados, tintos en roja sangre, pero rebosando esa suprema satisfacción que al hombre produce el deber cumplido, doce guerrilleros heridos, rodeados de sus compañeros que se desvivían por prodigarles todo género de atenciones, lamentando no contarse en aquel grupo de valientes, víctimas de su amor á la Madre patria.

*
*
*

El bravo sargento don Manuel Domínguez y Garrido—que así se llamaba el héroe del *Ramblazo*—tendido en una hamaca, situada en otro ángulo del almacén, ensordecido á causa del estruendoso ruido de las descargas y aletargado como si acabase de salir de una horrenda pesadilla en la que veía, de un lado, á sus piés, un pelotón de compañeros heridos y ensangrentados, y de otro, el pabellón rojo y gualdo, enseña de la patria, bizarramente defendido, enhiesto y ondeando magestuoso á los cuatro vientos, permanecía silencioso y mudo, absorto en sus pensamientos, rendido por la ruda lucha sostenida y la gloriosa victoria alcanzada.

Mas, cuando resultó verdaderamente conmovedor el patético cuadro que ofrecía el almacén de la estación del «Lugareño,» fué en el momento de presentarse el coronel señor Robertí y comparecer ante él, el bravo sargento Domínguez.

—Sargento,—díjole el coronel—eres un valiente; tu coronel se enorgullece en decirlo muy alto, y en estrecharte entre sus brazos.

Y al abrir y tender sus brazos á aquel valiente soldado español, de los ojos del bizarro jefe saltaron lágrimas de emoción, su lengua enmudeció, sus labios resistieron á balbuciar palabra alguna. su voz ahogóse en la garganta; tanta fué la emoción que su alma sintió al estrechar entre sus brazos al intrépido y valeroso sargento, héroe del *Ramblazo*.

No fué menor la emoción experimentada por el sargento Domínguez al verse objeto de distinción tan honrosa por parte de su coronel. Cuadrado militarmente, terciada su arma, baja la vista, é inclinada modestamente la frente, para ocultar las lágrimas que á despecho suyo

brotaban de sus ojos, él que no había llorado ante la muerte que tan de cerca había visto en el fortín, escuchó en silencio y con el rostro enrojecido las frases de encomio que le dirigió su coronel.

Frente al almacén donde se desarrollaba tan conmovedora y patética escena, y en una casilla, sobre el pavimento, yacían cinco cadáveres: tres guerrilleros, y los dos insurrectos recogidos en el campo del combate.

Los cadáveres de los tres valientes guerrilleros fueron trasladados á Minas, donde el día 10 se les dió cristiana sepultura en el cementerio á presencia de las fuerzas de la guerrilla al mando de su coronel señor Robertí.

Los heridos fueron conducidos al hospital de Puerto Príncipe y los cadáveres de los insurrectos quedaron expuestos en el hospital de San Juan de

Dios para su identificación, resultando ser: el del pardo Benjamín Pérez Buelga, y el del blanco José Horta Plana, soldado desertor del batallón provisional de Puerto Rico, n.º 2, destacado en Minas.

Estos dos cadáveres fueron enterrados en el cementerio de Puerto Príncipe.

En el paradero del ferrocarril esperaron á los heridos el general señor Mella, el jefe de Estado mayor, teniente coronel señor Larrea,



SARGENTO DON MANUEL DOMINGUEZ

el comandante señor Casariego y capitán señor Manzano, el fiscal de la Audiencia señor don Joaquín Torralba, el jefe de comunicaciones señor Sobral, el teniente coronel señor Vasallo, muchos oficiales y un numeroso público.

El general tuvo frases de cariño y de encomio y entusiasmo para el sargento Domínguez y para los guerrilleros heridos.

* * *

El parte oficial que del ataque y heroica defensa del *Ramblazo* dió el jefe accidental de «Lugareño,» capitán señor Patiño, al comandante militar de su distrito, decía así:

«General 4.^a división.—El jefe accidental de la fuerza en «Lugareño.»

En el fortín en construcción del *Ramblazo* se tenían por disposición del teniente coronel señor Vasallo, ocho guerrilleros con un sargento para custodiar el fuerte.

Hoy, á las cuatro de la mañana, se reforzó con un cabo y ocho guerrilleros extremando vigilancia, según telegrama del jefe de la línea.

Dispuse se encendiera una máquina para hacer reconocimiento en línea y continuar trabajos fortín con 40 hombres al mando capitán Mercado y teniente Flores, y 20 guerrilleros al mando del teniente Neira me acompañaron.

A un kilómetro de ésta empezamos á oír disparos, y poco después vimos caballos en línea, unos con monturas y otros sin ellas; comprendiendo desde luego, que el fuego sería contra el destacamento, apreté el paso, convenciéndome al reconocer los caballos como de mi guerrilla.

Entonces dispuse que dos guerrilleros recogieran caballos y fuesen á dar conocimiento á «Lugareño,» para que el teniente Patiño fuera con el resto de la guerrilla á proteger y reforzar fuerte.

A un kilómetro de *Ramblazo* empezaron á tirotearnos avanzadas que por la derecha línea tenía establecidas enemigo, retirándose éste, después de ligero tiroteo. Durante este último kilómetro fuimos constantemente molestados. Al divisar el fuerte se le vió rodeado por completo, sosteniendo el fuego con los últimos cartuchos los tres únicos guerrilleros que quedaban.

Las pérdidas del enemigo, vistas, son dos muertos recogidos, dos caballos muertos, un Maüser, un Remington, una montura, un machete y municiones, aunque pocas.

Por nuestra parte, tres muertos, doce heridos y un cabo, que por sordo pasa al hospital, como consecuencia de algún fagonazo, un caballo muerto y cinco extraviados con sus monturas. En el armamento, una carabina perdida sin cerrojo, y tres inutilizadas.

El guerrillero, que en mi telegrama dije extraviado, se presentó despues.

Según manifestó el sargento Domínguez, comandante del puesto, no hubo sorpresa. Su conducta es digna del mayor elogio, por brillante defensa hecha dentro de las peores condiciones y ante enemigo veinte veces mayor, consumiendo todas sus municiones y no abandonando fuerte, á pesar de quedar de los 17 hombres, solo tres.

Cumplo también en manifestar á V. E. conducta cabo Venancio Mena, que á pesar de haber sido herido desde el principio en la cabeza, ha secundado al sargento con verdadero heroismo, sosteniendo fuego por más de dos horas.

Estación del «Lugareño,» 9 de Agosto de 1895.»

Las bajas que tuvo el destacamento en aquella memorable y gloriosa jornada fueron las siguientes:

Heridos: Cabo Venancio Mena Ortiz, y soldados Juan Llodrá Durán, Alonso Fernández Mondelo, Guillermo Fernández Vallejo, José Puig Fábregas, Isidro Vázquez Márquez, Claudio Peña López, Jaime García Boneda, Faustino Martín Sánchez de Pino, Isidro Sanvicens Bonet, Jerónimo Manrique y Manrique, Joaquín Gerónimo Villena; y el cabo Julián Domínguez García, sordo.

Muertos: Soldados Francisco Lapiera y Martín, Antonio González Ojeda y Angelo Tellito Moni.

A los heridos se les extrajeron de sus heridas pedacitos de alambre machacado, disparados seguramente con escopeta por el enemigo.

* * *

En esa campaña de Cuba, guerra sangrienta y de emboscada, cada acción es una epopeya, cada combatiente un héroe. Cada uno de nuestros valientes soldados merecería, por lo tanto, el relato de sus combates y el elogio de sus hazañas. No siendo posible esa tarea, vamos a dedicar en estas páginas un recuerdo de admiración entusiasta a quienes, llegando a merecer y alcanzar la distinción suprema en el ejército, reservada a los héroes para premiar sus supremos actos de valor, la cruz laureada de San Fernando, soldados, oficiales ó jefes, parece como que asumen y ostentan la representación de todos cuantos heroicos y admirables, combaten en la manigua defendiendo a la patria.

El nombre del *Ramblazo*, es hasta la fecha el recuerdo del hecho de armas, si no más importante, más heroico que merece registrarse en los Anales de la actual guerra de Cuba.

La lucha épica sostenida con increíble temeridad y con tenacidad

imponderable por los defensores del fortín del *Ramblazo* parece cosa de leyenda; parece cosa de otros hombres y otros siglos; parece algo de los tiempos en que la guerra era el natural ambiente, y el valor, el desprecio salvaje de la vida, el hecho acostumbrado á diario.

El fortín del *Ramblazo*, emplazado como saben ya nuestros lectores en la línea férrea de Nuevitas, no estaba construido, casi no tenía sino los muros, faltábale aún la puerta, y por defensas exteriores

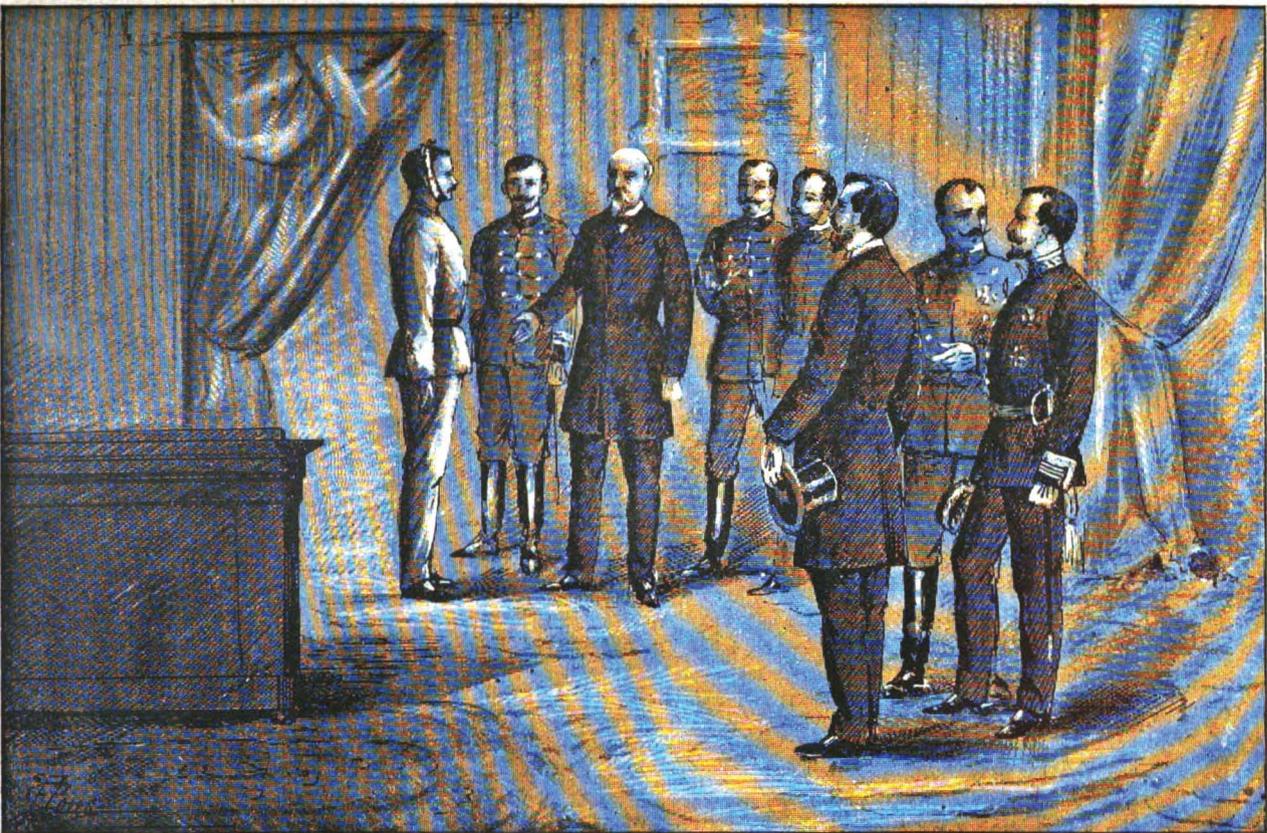


Sargento—dijo al coronel—eres un valiente... (pág 207)

contaba sólo una trinchera, quedando todavía tres fuertes sin cubrir.

Para sostener ésta posición *inmejorable*, estaba el bravo sargento—hoy segundo teniente—del regimiento de infantería de Tarragona, número 67, don Manuel Domínguez Garrido, y diez y siete hombres.

El 9 de Agosto de 1895, fecha de perdurable y gloriosa recordación para España, vió la guarnición del fuerte que se aproximaba una partida de separatistas, en número de *trescientos á cuatrocientos* hombres. Sin medios de defensa el pequeño destacamento que custodiaba el fuer-



EL SOLDADO JUAN J. LLODRA EN EL DESPACHO DEL MINISTRO DE LA GUERRA

te, se dispuso á lo único que parecía posible: á batirse como fieras, y á morir como españoles.

Mandó el sargento que se amontonaran en la puerta que no era puerta todavía, sino boquete del fortín, los materiales, las cajas vacías, todo lo que pudiera utilizarse para hacer algo como una barricada. Luego, desesperando de que ningún aviso llegara con oportunidad para traer algún auxilio á tiempo, ordenó al soldado Gonzalo Estrada García que fuese á la inmediata estación del «Lugareño,» á dar parte de lo que ocurría á la fuerza destacada en aquel punto.

Enseguida comenzó el ataque. Los insurrectos atacaron con descargas nutridísimas por los tres frentes en que no estaba construida la trinchera. En el primer momento resultaron dos muertos y seis heridos en la pequeña guarnición. Sin embargo de esto, el enemigo, que había avanzado en gran número hasta unos treinta metros del fuerte, fué rechazado. Poco después se repitió el ataque, causando á los valientes defensores del fortín, otro muerto y siete heridos más.

* * *

Para combatir á ¡cuatrocientos! insurrectos quedaron tres hombres en la brecha, tres héroes que en aquella gloriosa jornada supieron inmortalizar sus nombres, mereciendo bien de la Patria y conquistando la admiración del mundo; el sargento DOMÍNGUEZ, el cabo Venancio Mena, herido; y un guerrillero.

Solo en el hueco de la puerta ó boquerón del fuerte, el bravo sargento hacía un fuego incesante y mortífero sobre la masa de insurrectos. Viendo que el destacamento no se rendía y calculando que el número de que constaba debía ser ya muy corto á juzgar por la disminución de los disparos, la partida destacó unos veinte y cinco hombres

para que, machete en mano, asaltaran el fortín y se apoderaran de sus defensores.

Viéndolos aproximarse, el intrépido sargento hacía bien la puntería, disparaba sin cesar é impávido ante la lluvia de mortífero plomo que á su alrededor caía, y de cada tiro derribaba un hombre. Mató así cinco ó seis rebeldes; pero el resto se le venía encima, y la muerte del heroico militar, del bravo sargento, aún en pié é ileso, por verdadero milagro, era irremisible, segura. Sólo podía salvar su vida el intrépido Domínguez haciendo caso á los insurrectos que le gritaban: ¡ríndete!

No hizo caso el sargento y continuó disparando. Los insurrectos estaban ya muy próximos y el bravo militar iba á caer en manos de ellos, cuando en aquel supremo instante, como si la Providencia velara por él y quisiera procurar que el héroe y sus compañeros heridos se salvaran, oyóse un silbido y se vió aparecer un tren que llegaba con refuerzos, y la partida huyó á la desbandada.

El sargento D. MANUEL DOMÍNGUEZ GARRIDO, alcanzó aquel día el empleo inmediato y la cruz laureada de San Fernando, con la pensión de seiscientas pesetas anuales más bien ganadas que se hayan podido dar jamás.

* * *

El soldado de infantería del Regimiento de Tarragona, GONZALO ESTRADA GARCÍA, natural de Málaga, fué uno de los principales héroes del *Ramblazo*. El fué quien, obedeciendo á una orden del comandante del fortín, marchó en comisión difícilísima á buscar refuerzos y auxilio á la estación del «Lugareño.»

La marcha emprendida por el valiente soldado fué una verdadera carrera de obstáculos, llena de asechanzas, sembrada de peligros.

Los insurrectos tenían rodeado y envuelto el fortín por todos lados, atacándolo á la vez por los tres frentes; no era posible salir del fortín, sin caer, seguramente, en manos de ellos.

Cómo, á pesar de esto, el valeroso soldado consiguió llegar sano y salvo hasta el «Lugareño», no se sabe, y quizá el mismo héroe no sepa dar la explicación. Salió Estrada García á rastras, hiriéndose en



GOLETA DE CABOTAJE

las piedras, arañándose en las zarzas, llenándose de sangre, exponiéndose cada segundo á perecer para llegar al cabo de su caminata, llena de peligros, de haber recibido una infinidad de disparos, sin que, por fortuna, le alcanzara ninguno, al término de su marcha.

Al fin de esa marcha, verdaderamente épica, el bravo soldado Estrada García llegó al «Lugareño» sano, ileso, para llevar los refuerzos á sus compañeros en peligro, y para ganar su cruz laureada de San Fernando con cien pesetas anuales de pensión.

* * *

ALONSO FERNÁNDEZ MONDELO, soldado del regimiento de Tarragona, valiente hijo de Orense, fué otro de los heroicos defensores del *Ramblazo*.

Cuando los rebeldes se acercaron al fortín, Fernandez Mondelo fué uno de los que en primera línea defendieron la entrada de la débil posición. Como se colocara en primer término para rechazar al enemigo, fué de los primeros también en caer al suelo herido de un balazo.

Considerándose inútil para la lucha, fué arrastrándose como pudo hasta un rincón del fuerte, y allí, sin poder hacer nada y sin poder recibir auxilio de nadie, estuvo desangrándose un rato, hasta que todos sus compañeros, excepto el bizarro sargento Garrido, fueron también cayendo.

Entónces el soldado Mondelo, arrastrando y desangrándose como se retirara del sitio del peligro, fuese de nuevo á él. Cogió un fusil y disparó una vez, pero cayóse el arma de sus manos y no pudo seguir haciendo fuego.

Quiso servir de todas suertes para algo, y caído y sin fuerzas, al pié de su jefe, fué facilitándole cartuchos para que el sargento no tuviera que perder un momento.

Cuando llegaron los refuerzos, hallaron al soldado Mondelo casi sin vida. Un minuto más de tardanza en la llegada de las tropas, y el heroico soldado hubiera perecido.

Por esto fué posteriormente premiado, con justicia, el bravo soldado Alonso Fernández Mondelo con la cruz laureada de San Fernando, pensionada con cien pesetas anuales.

* * *

GUILLERMO FERNANDEZ VALLEJO, natural de Ubrique (Cádiz), es hijo de unos honrados labradores de aquel pueblo. Ayudaba á sus padres en las faenas del campo y contribuía á su subsistencia cuando le tocó la suerte de soldado é ingresó en el ejército.

Formaba parte del regimiento de infantería de Tarragona cuando esta fuerza fué destinada á Cuba.

Fernandez Vallejo entró en fuego, apenas llegado, y se portó como un valiente en las diversas acciones en que tomó parte, escuchando en repetidas ocasiones el elogio caluroso de sus jefes y obteniendo menciones muy honrosas en su hoja de servicios.

Su último combate, donde alcanzó la cruz laureada de San Fernando con cien pesetas de pensión anual, fué la defensa del *Ramblazo*.

Allí estaba el bravo muchacho al lado del sargento Dominguez, desde los primeros momentos de la lucha. Peleó como un héroe á pesar de ser herido, y sólo abandonó el fusil al recibir un segundo balazo, que le hirió gravemente y le hizo caer en tierra.

..... ,

JOSÉ PUIG FABREGAT, hijo de unos obreros de Tarragona, fué á servir al ejército antes del tiempo reglamentario y por su gusto. Por gusto vistió el traje de rayadillo, por gusto y afán de guerrear fué á la manigua, y por su gusto vino á hallarse en la acción reñidísima y heroica del *Ramblazo*.

Fué allí, en el fortín sin condiciones de defensa, uno de los más valerosos y de los más desdichados. Cuando principió el ataque y medio se organizó la defensa, José Puig fué herido en una pierna, y continuó disparando; fué herido otra vez en la misma pierna, y prosiguió

haciendo fuego; recibió un tercer balazo y no por eso abandonó el fusil; sólo cuando la cuarta y grave herida le dejó impotente y sin aliento, soltó el arma y cayó al suelo sin poder continuar la lucha.

En los partes de aquella acción inolvidable se cita con especial elogio á este heroico hijo de Tarragona, asi como luego en las páginas del expediente en virtud del cual se concedió á Jose Puig Fabregat la cruz laureada de San Fernando con cien pesetas de pensión anual.

La acción famosa del *Ramblazo* parece que estaba destinada á ser el punto de donde salieran un puñado de héroes. Todos lo fueron en aquella lucha heroica.

Valiente y denodado y como todos dispuesto al sacrificio de su vida, estuvo en aquel memorable día, ISIDRO VAZQUEZ MÁRQUEZ, soldado bien digno del ejército español, que vence donde otros se defienden y se defiende y se sostiene donde sucumben otros.

Los honrados labriegos de Huelva, padres de este valiente, pueden estar orgullosos de su hijo. ¡Bien ganada fué la cruz laureada de San Fernando por el valiente Vazquez!

De los primeros en la brecha del fortín, no cesó Vazquez Marquez de hacer fuego contra los insurrectos. Fué herido también, como todos los defensores del *Ramblazo*, y fué herido dos veces sin que su voluntad cesara en el combate, hasta que cayó herido por el desfallecimiento.

.

El soldado del regimiento de infantería de Tarragona, CLAUDIO PEÑA LOPEZ, hijo del Tiemblo (Avila), fué otro de los condecorados por

la acción del *Ramblazo* con la cruz laureada de San Fernando, con cien pesetas anuales de pensión.

Claudio Peña Lopez, recibió en el *Ramblazo* una herida gloriosa, que puso en peligro su vida. Fué, como todos sus compañeros de armas, en aquel día inolvidable para nuestro ejército, un héroe lleno de abnegación, arrojado hasta lo increíble, despreciador constante de la muerte que le amenazaba.

*
* *
*

JAIME GARCÍA BONEDA, soldado del regimiento de infantería de Tarragona, es uno de los valientes que más pruebas de su ardimiento y de su brío ha dado durante la campaña actual de Cuba.

Batiéndose en ella desde los comienzos de la actual guerra, estuvo en muchas de las más importantes operaciones, mereciendo en todas elogios muy honrosos de sus jefes.

Hacíase notar en todos los encuentros por su entusiasmo por la lucha y su ardimiento para ir al sitio de mayor peligro.

El día del combate del *Ramblazo*, García Boneda estuvo hecho un héroe hasta el instante último de aquella titánica lucha, en que herido, quedó ya fuera de combate.

Formósele luego de la acción expediente para el juicio contradictorio, otorgándosele á consecuencia de él la cruz laureada con cien pesetas anuales de pensión.



DON LEONARDO GONZALEZ

Teniente coronel del batallón de cazadores de Mérida

Jaime García Boneda es natural de Ollercá (Valencia) é hijo de unos honrados obreros valencianos.

FAUSTINO MARTÍN SÁNCHEZ DE PINO, hijo de Badajóz, es otro de los valientes guerrilleros del regimiento de infantería de Tarragona.

No tiene historia; pero ¿acaso le hace falta?

No le hace falta historia al bravo soldado Martín Sanchez, como no se la hace á los hijos heróicos de la patria que, para ser acreedores á la eternal gratitud de ésta, sólo necesitan ocasión y un instante en que probar su valor y patriotismo.

Faustino Martín Sánchez fué uno de esos hijos heróicos de España.

El día 9 de Agosto de 1895 vióse con un fusil en la mano, que la patria le confiara para defender la integridad de su territorio en la perla de sus Antillas, hallóse frente al enemigo, y esto fué bastante para que se olvidara del interés y de la conservación de su vida. Pudo rendirse honrosamente, y prefirió caer en aquel fuerte del *Ramblazo*, lleno de heridas y cubierto de gloria, gritando ¡viva España! y teniendo por bastante recompensa la honrosa gloria del deber cumplido, y la cruz de San Fernando que le concedió la patria, en premio á su heroísmo y abnegación.

En la lista, muy numerosa, de los héroes del *Ramblazo* fué uno de los que con mayor justicia puede considerarse benemérito de la patria, el soldado ISIDRO SANVICENS BONET, valiente hijo de Lérida.

El bravo guerrillero de Tarragona recibió cinco heridas en la memorable acción del *Ramblazo*. Fué de los primeros que salieron á la entrada del fuerte, cuando se aproximaba el enemigo. Necesitó estar herido tres veces y encontrarse caído, sin fuerzas y sin aliento, para dejar de disparar su fusil contra los enemigos de España.

Entónces, arrastrándose de un lado á otro, apoyándose en su brazo

sano, haciendo prodigios de abnegación y de bravura á costa de la sangre que vertía de sus cinco heridas y del aliento que se le escapaba, fué ayudando á los que quedaban en pié y seguían batiéndose, proveyéndoles de municiones.

Cuando los refuerzos llegaron, todos creyeron muerto al valiente soldado Sanvicens, que tardó mucho en recobrar el conocimiento, á causa de la gran pérdida de sangre que había tenido.

Mas tarde, tuvo el héroe, con las alegrías de la convalecencia, la grande cuánto honrosa satisfacción de ver premiadas sus hazañas con la cruz laureada de San Fernando, pensionada con... ¡cien pesetas al año!

* * *

Entre el puñado de héroes del *Ramblazo*, fué héroe sobresaliente JUAN JOSÉ LLODRÁ DURÁN, guerrillero del regimiento de infantería de Tarragona.

El bravo soldado Llodrá había ya recibido en aquel inolvidable combate dos heridas gravísimas de bala, una en la mandíbula derecha y otra en el muslo del mismo lado, y, á pesar de esas dos gravísimas heridas continuó batiéndose, cual león herido, y haciendo todavía que con sus disparos certeros cayeran seis *mambises*.

Fueron tan graves sus heridas, que el proyectil, incrustado en la mandíbula derecha, no pudo extraerse hasta los once meses de la acción.

El valiente guerrillero, que había ingresado como voluntario en el regimiento y como voluntario había ido á Cuba á defender la integridad del territorio patrio, volvió á España á curarse de sus heridas é ingresó en Madrid en el sanatorio de la Cruz roja.

Allí se enteró Llodrá de que por su comportamiento heroico en la

defensa épica del *Ramblazo* se le había concedido la cruz laureada de San Fernando con cien pesetas anuales de pensión.

El valiente soldado se alegró al recibir la noticia pero se entristeció luego al pensar que no tenía dinero para comprar la cruz. Esto llegó á conocimiento del señor ministro de la Guerra.

Cuando el digno general Azcárraga supo que uno de los héroes de Cuba no podía comprar la cruz ganada á costa de sus heridas y de su sangre en el campo de batalla por carecer de dinero, dispuso que llevaran al soldado á su presencia; y el día 27 de Agosto del corriente año, por la mañana, en el palacio de Buenavista (Ministerio de la Guerra), ante una porción de generales que estrechaban la mano del valiente, y muchos oficiales que le contemplaban conmovidos y admirados, dió el bravo guerrillero motivo para un acto de esos que no necesitan ponderación ni encomio, y que demuestran por encima de toda frialdad y todo excepticismo, la superioridad y la fuerza del sentimiento de la patria.

El relato de acto tan hermoso, merece capítulo aparte.





CAPITULO XV

Honrosa distinción á uno de los héroes del *Ramblazo*.—En el despacho del ministro de la Guerra.—El general Azcárraga y el soldado Juan Llodrá.—Honores tributados por la ciudad de Palma al heroico soldado Llodrá.—La ciudad engalanada.—En el muelle.—Las autoridades.—En el cuartel de caballería.—En el Centro militar.—*Lunch* en obsequio del héroe y de sus padres.—Entusiastas y patrióticos biddis.—En el cuartel del Carmen.—Ovaciones y discursos patrióticos.—Obsequio de la Comisión de auxilios á los heridos.—En la redacción del *Heraldo*.—El pueblo de Manacor á su heroico hijo.—*Te Deum*.—Festejos públicos.—Banquete en el salón de acta de la sociedad *La Torre* en honor al héroe.—Brindis y lectura de poesías.—Telegrama de agradecimiento á los generales Azcárraga y Weyler.—El soldado español.



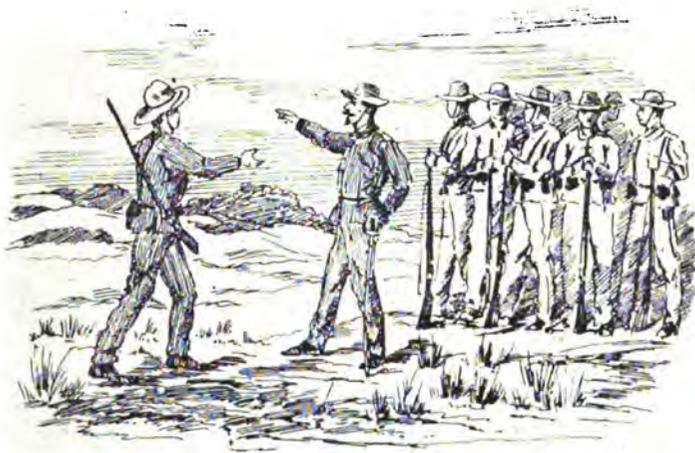
STABAN en el despacho del ministro con el general Azcárraga, el precitado día 27 de Agosto, los generales jefes de sección del Ministerio señores Bascarán, Arana, Cortés, Orozco y Medicuti, y muchos jefes y oficiales. Hallábanse también, convocados especialmente por el ministro para presenciar el acto, los generales Gamarra y Castillo y varios militares más.

El ministro de la Guerra dió orden de que entrara el soldado Llodrá. Presentóse éste acompañado de un cabo de la Cruz roja. Iba emocionado, conmovido, tembloroso, con un temblor que no sintió, seguramente, cuando en el fortín cubano disparaba, herido y todo, las balas de su Maüsser.

El guerrillero llevaba todavía la cara vendada. Adelantó hacia el ministro, se cuadró y saludó militarmente.

El general Azcárraga, de pie, en medio de sus colegas y oficiales, adelantóse á recibir al soldado, estrechó la mano y con cariñoso acento y benévola sonrisa le preguntó:

—¿Cómo está usted de sus heridas?



El bravo soldado Estrada García llegó al «Lugareño»... (pág. 216)

—Curado, mi general; pero por precaución y cumpliendo la orden del médico llevo aún vendada la herida.

—Me alegro mucho de su curación, que deseo sea pronto completa y absoluta. Ahora cuente usted algunos detalles de la acción en que le hirieron.

Juan José Llodrá lo refirió sencillamente.

—Llovían las balas; cercados y envueltos por numerosos enemigos, se acercaban á cada instante formando más estrecho cerco los *mambises*; nos defendíamos haciendo cuanto fuego podíamos en el for-

tín, sin puertas, ni trincheras; yo hice también fuego mientras mis heridas me dejaron fuerzas para sostener el fusil; cuando quedaron agotadas todas mis fuerzas, caí al suelo y ya nada más vi; luego me llevaron con los otros, y por ellos supe que el enemigo había sido rechazado sin lograr apoderarse del fuerte en cuya defensa hicimos todos cuanto pudimos »

Oyendo el relato, que con la sencillez y la rudeza del narrador hacía parecer aún más grande el recuerdo de la lucha, conmoviéronse todos los que le escuchaban y que atendían en silencio.

El general Azcárraga, dijo, al terminar aquél:

—¿Sabe usted que ha sido recompensado su heroísmo con la Cruz de San Fernando de primera clase? La Real Orden se ha publicado ya en el «*Diario Oficial*.»

—Lo he leído; sí, señor.

—Le entregarán á usted un número de ese diario para que lo conserve como recuerdo de su heroico comportamiento. ¿Tiene usted padres?

—Sí, señor; en Mallorca.

—Le recibirán á usted con gran entusiasmo, porque vuelve usted de defender la patria y verter por ella su sangre cubierto de gloria.

Y sacando de un estuche que cogió de la mesa, una cruz de San Fernando de primera clase, añadió el ministro:

—Esta Cruz servirá de estímulo á sus paisanos para seguir el bravo ejemplo de usted, defendiendo hasta morir la integridad del territorio y la dignidad de la patria.

El general Azcárraga colocó la Cruz en el pecho del soldado. Este, conmovidísimo, ni aun acertó á pronunciar una palabra.

El ministro añadió al regalo de la Cruz otro en metálico, que entregó á Llodrá.

Todos los presentes saludaron y felicitaron al héroe, y éste se re-

tiró contentísimo y lleno de alegría, acompañado del cabo de la Cruz Roja.

* *

El día 11 de Septiembre del corriente año dispúsose la ciudad de Palma á dispensar un entusiasta recibimiento al soldado Juan J. Llodrá que, curado de sus gloriosas heridas, regresaba á su país y debía llegar aquel día en el correo de Valencia.

Todos los buques surtos en el puerto estaban empavesados. El cuartel de caballería, donde sirvió Llodrá, estaba adornado con banderas y gallardetes: en la fachada del centro militar se leía la siguiente inscripción:

«AL HÉROE DEL RAMBLAZO

D. JUAN LLODRÁ DURÁN.»

A las doce de la mañana fondeó el vapor correo *Unión*, que conducía á su bordo, de regreso á su país nativo, al laureado guerrillero de Cuba.

La población, que había acudido en masa al muelle á recibir á su heróico paisano, tributóle una ovación calurosa, prorrumpiendo al verle sobre el puente del buque en vivas entusiastas á España y al héroe del *Ramblazo*.

El gobernador civil, presidiendo una comisión de autoridades y acompañando á los padres de Llodrá, fué hasta el mismo vapor á recibir al soldado. Entran en el buque, y se confunde el hijo con sus padres en estrechísimo abrazo, produciéndose una escena en extremo conmovedora. El gobernador dirigió á Llodrá algunas frases en elogio de su valor y patriotismo, extendiéndose en consideraciones para enaltecer la manera como lucha el soldado español, figura grandiosa de la epepe-

ya cubana, y terminó abrazando al soldado en medio de una explosión de entusiasmo de todo el público, añadiendo que el recibimiento hecho por Palma, probaba que no todos los héroes anónimos vivían desconocidos, ni morían sin historia.

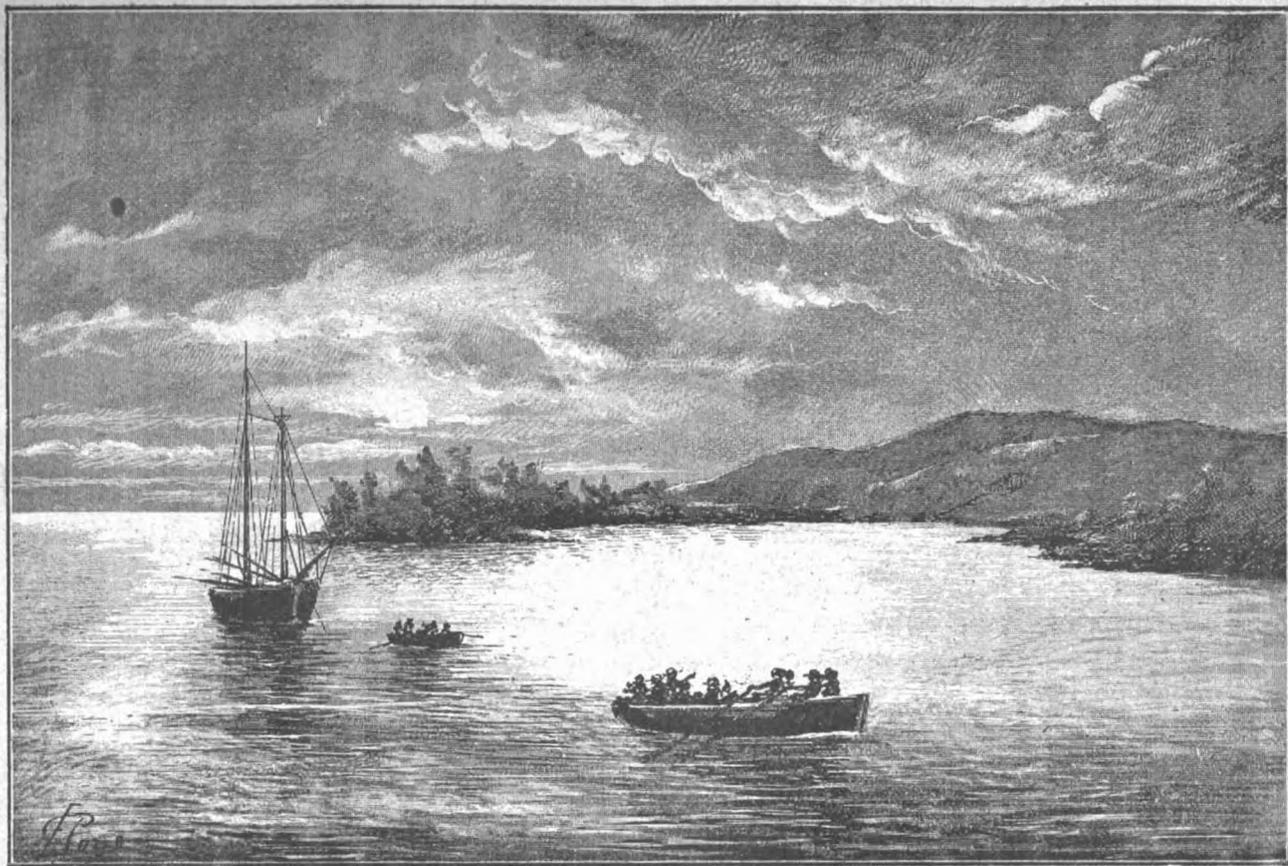
El presidente accidental del Municipio abrazó también á Llodrá en nombre del vecindario.



y se confunde el hijo con sus padres en estrechísimo abrazo,... (pág. 227)

El representante de la Diputación saludó y felicitó á Llodrá en nombre de la provincia, y después de enaltecer su heroico comportamiento le entregó *ciento cincuenta* pesetas, como donativo de la Corporación provincial.

Asistieron, además, comisiones del clero, de la guarnición y de la prensa, que unieron sus felicitaciones á las de las autoridades.



DESEMBARCO DEL CABECILLA ROLOFF EN LAS COSTAS DE SANCTI SPIRITUS

Al desembarcar Llodrá, la ovación fué delirante; la multitud se agolpó á su derredor y todos quieren abrazarle. Difícil abrirse paso hácia el héroe. Este, acompañado de sus padres, ocupa un *landeau*, desde el cual contesta emocionado á las exclamaciones de entusiasmo de la multitud que rodea el carruaje, con vivas á España y al general Weyler, que son contestados por aquella de una manera delirante.

Del muelle se dirigió Llodrá al cuartel de caballería, donde sirvió como quinto, en cuyo patio estaban formadas secciones de los distintos cuerpos de la guarnición, esperando su llegada para saludarle.

El capitán general interino ocupaba el centro del patio, rodeado de su Estado Mayor.

Llodrá se sitúa á la derecha del general, el cual en párrafos elocuentes, presenta al heróico soldado como ejemplo patriótico del valor español digno de ser imitado, y que debe servir de estímulo á los que luchan en Cuba y Filipinas por la integridad de la patria.

Después de varios vivas á España, al rey y al ejército, la representación de los distintos cuerpos desfilaron ante el general y el héroe.

El general, los jefes y oficiales, felicitaron á los padres del valiente soldado.

* * *

Desde el cuartel de caballería se dirigió Llodrá acompañado del coronel señor Hernández al Centro militar, que ostentaba como los cuarteles, colgaduras en sus fachadas, y del que á la sazón, era aquél, presidente, por ausencia del Conde de Montenegro.

Al entrar Llodrá en el Centro, acompañado de la Junta directiva, los socios le hicieron una nueva ovación.

En uno de los salones, se sirvió un *lunch* en obsequio del soldado y de sus padres.

El señor Batle, coronel del Regional y vicepresidente de la Asociación de socorros á los heridos de Cuba, pronunció un elocuente brindis enalteciendo el legendario valor de los infantes españoles.

En este momento entraron en el salón los coroneles de infantería y los oficiales de Estado mayor, seguidos de los jefes de la guarnición y de numeroso público, que aplaude al orador y vitorea al héroe.

La música del batallón regional ejecutó la marcha de *Cádiz* y el entusiasmo se hizo delirante.

Del Centro militar se dirigió Llodrá, acompañado de los jefes y oficiales de infantería, al cuartel del Carmen, donde el regional se alojaba.

Durante el camino, una compacta multitud siguió al soldado, sin cesar un sólo instante de ovacionarle.

En el cuartel fué objeto Llodrá de iguales agasajos y de idénticas manifestaciones de entusiasmo, repitiéndose las ovaciones y los discursos patrióticos.

Llodrá, acompañado de sus padres, comió en el mejor hotel de la capital, costeadado por la comisión de auxilios á los heridos.

Por la tarde se sirvió un rancho extraordinario á la fuerza de caballería, antiguo cuerpo en que sirvió Llodrá, el cual comió con los sargentos.

Después visitó la redacción del *Heraldo*, donde fué obsequiado con una caja de habanos, y por la noche se le dió una serenata costeadada por *La Última Hora*.

Al día siguiente, en el tren de la tarde, salió con sus padres para Manacor, su pueblo natal.

El pueblo de Manacor hizole un recibimiento delirante, cantándose en la iglesia un *Te Deum* por su feliz regreso y completa curación.

En todas las estaciones del tránsito fué objeto el laureado soldado de entusiastas ovaciones: coronas, ramos de flores, palomas y cuántas manifestaciones de entusiasmo pueden tributarse, las obtuvo el héroe del *Ramblazo*.

Por la noche celebráronse festejos públicos, y al siguiente día fué obsequiado con un banquete, que resultó un acto hermoso.

Llodrá ocupó la presidencia de la mesa, teniendo á la izquierda al alcalde y al presidente de la Sociedad, y á su derecha al Registrador de la propiedad y al capitán de la guardia civil.

A los postres hubo entusiastas y patrióticos brindis y lectura de poesías alusivas al héroe y su hazaña, y á propuesta de uno de los concurrentes se telegrafió á los generales Azcárraga y Veyler, agradeciéndoles lo hecho por el soldado J. Llodrá.

* * *

La ovación que la ciudad de Palma tributó al bravo soldado balear Juan J. Llodrá, como la que el pueblo aragonés hizo á su valeroso paisano el soldado Barranco, (de la que en su día daremos cuenta á nuestros lectores); los elogios con que la prensa saludó la patriótica resolución del soldado Verdú, (de lo cual así mismo nos ocuparemos en ocasión oportuna); y las muestras de sincera estimación dispensadas por el pueblo español y hasta por los elementos oficiales á otros bravos de la clase de tropa, son el hecho más elocuente de cuantos han sido motivados por la actual guerra de Cuba.

Nada tan hermoso, en efecto; nada tan conmovedor y grandioso, como esas espontáneas explosiones del entusiasmo popular hácia los héroes anónimos de la campaña de Cuba.

Se puede asegurar, sin exageración alguna, que jamás el soldado,

el héroe anónimo, despertó tantas simpatías, se conquistó tanto cariño, ni produjo tanta admiración.

Por eso, cuando del montón anónimo se destaca uno de los que lo forman, á esa representación viva del soldado español se le otorgan las grandes manifestaciones de entusiasmo, que, seguramente, no se han concedido en esta campaña á ningún general de cuantos de allá han vuelto á la Península.

El contraste no ha sido intencionado; pero no por eso es menos significativo.

El sentimiento popular es en tales casos tan certero en su inconsciencia, que inspira los fallos más completos y más justos. Ningún historiador de la presente campaña cubana dirá más en las páginas de su libro que lo que dice el pueblo y la sociedad española al expresar al soldado su admiración.

Mejor que nuestros relatos, cantan las proezas y admirables virtudes de ese soldado las cartas particulares que de allá vienen y los testigos presenciales que del teatro de la guerra regresan. De sus ánimos al marchar y de su amor patrio al volver herido por las balas ó por la enfermedad, dá testimonio todo el mundo. De su abnegación, de su paciencia, de su valor inagotables, de su heroísmo, no son suficiente medida todos los elogios más entusiásticos ni todas las ovaciones más sinceras.

El siente, como no siente nadie tan hondamente, la patria por la cual expone cien veces su vida; derrama su sangre generosamente y sufre todo género de penalidades con la paciencia y abnegación de los antiguos mártires cristianos, á pesar de que él es quien menos debe á la patria y menos de ella espera. Su corazón le dice en lenguaje misterioso que esa patria vive por él, y la grandeza de ese objeto presentado le coloca, no obstante su humilde condición, en el nivel más alto.

Ajeno á los intereses que se ventilan en los campos de Cuba, salvo

el interés supremo de España, ni la lejanía del hogar, ni la pesadez de una campaña sin brillo, ni la lucha oscura con un enemigo artero, ni lo ingrato del terreno donde pelea, ni lo pernicioso del clima, ni las enfermedades, ni siquiera la inacción le debilitan ni le quebrantan.

*
*
*

El que hoy se embarca, ni más ni menos que el que allá desembarcó hace muchos meses, está animado por el mismo espíritu de desinterés y de sacrificio.

Las pérdidas sugestivas de los enemigos de la nación le han hallado inmovible. Esto es lo que en el fondo provoca hoy la admiración de Europa. Porque campaña militar de menos éxito que la de Cuba se hallará difícilmente hojeando la historia; pero disposición más heroica que la de este pueblo para dar cuantos hijos se le pidan, y ánimo más entero que el de esos valerosos soldados, no los ha habido nunca.



GENERAL DON FRANCISCO BERNAL

Por eso todas las manifestaciones de cariño y de estimación que se hacen á los representantes genuinos de esos héroes anónimos nos

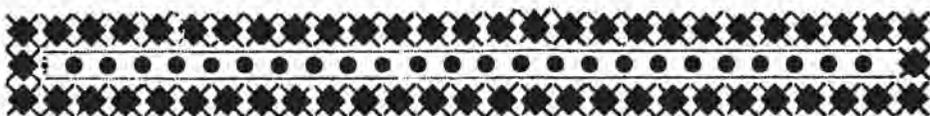
parecerán pocas, pues con nada se honran tanto los pueblos cultos, como honrando á sus hijos heróicos, á los pobres soldados que á ellos vuelven heridos ó enfermos, inútiles ó achacosos, y demostrando su amor á los que marchan á la lucha en defensá de la común Madre.

Por eso también cuando el pesimismo nos invada bastará volver la vista al ejemplo que esos soldados nos dan, para convencerse de que no puede caer la Nación que cuenta con un pueblo como éste de donde salen tales soldados. Su sangre generosa nos redime del abandono, de las torpezas é iniquidades que, al cabo, nos originan conflictos sobre conflictos.

Mas, si confiados en esa virtud redentora hubierámos de volver á los mismos pecados, nadie puede estar seguro de que sobre las clases, sobre los individuos que los consintieran no caería, al fin, la justicia de Dios; del Dios de Sodoma y Gomorra.

Y si la grandeza moral, que el espíritu de desinterés y sacrificio del pobre soldado encierra, nada nos enseñase en el cumplimiento del deber y en el amor á la patria, se podrá temer fundadamente que no esté muy lejana la hora de esa Justicia.





CAPITULO XVI

Reservistas indisciplinados.—En Tafalla.—En Haro y Mataró.—El general Weyler.—Al castillo de Monjuich.—El Gobierno.—Castigo á los rebeldes.—El servicio militar obligatorio.—Ingenieros á Cuba.—Salida de Madrid.—Del cuartel á la estación.—Despedida.—Los escuadrones de caballería.—En los cuarteles.—Banquetes en el Parque de Rusia.—De Madrid á Cádiz.—Embarque de tropas en Barcelona.—El vapor *Cataluña*.—Escenas dramáticas.—La revista militar de Vitoria.—Embarque de tropas en Cádiz.—Cuadro de tristeza.—Despedida del general Azcárraga.—A las Antillas.



La concentración de los reservistas del 91, que debían embarcar para Cuba, dió lugar á más de un incidente importante y sensible, dadas las circunstancias especiales y críticas en que se hallaba la nación.

Elementos extraños, sin duda, á la milicia, intervinieron en aquellos tristes incidentes, excitando los ánimos de los reservistas y creando entre ellos cierto espíritu levantisco y de indisciplina, para que protestaran de su marcha á Cuba.

Las protestas de los reservistas tenían por base la pretensión de que ellos debían quedar sirviendo en la Península y marchar á Cuba los soldados que servían en filas.

La cordura y sensatez de las autoridades y el espíritu patrio inmanente en el soldado español, evitó un día de luto y de vergüenza á la patria, y un conflicto de orden público al Gobierno.

Habíanse reunido en Tafalla el día 11 de Agosto, trescientos re-

servistas de la provincia de Navarra que debían embarcar en el tren que había de conducirles á sus respectivos destinos.

Todos se presentaron á cumplir con su deber patrio y militar, tanto que hubo sobrantes de cupo, á los cuales se les mandó á sus casas.

Hasta unas horas antes de tomar el tren, no ocurrió nada de particular.

Cuando se aproximó la hora de la marcha empezaron á notarse síntomas de resistencia á embarcar.

Comunicada la actitud de los reservistas al Ministro de la Guerra, y sabiendo éste que en Tafalla no existían fuerzas para dominar un motín, si hubiera estallado, dispuso que de Pamplona salieran para aquel pueblo dos escuadrones del regimiento de dragones de Numancia.

Además, aconsejó al gobernador militar de Tafalla, que obrara con energía y rapidez para no retrasar la concentración.

La presencia de los dragones no intimidó á los reservistas, que continuaron negándose á embarcar.

A la persistente resistencia pasiva de los indisciplinados reservistas, el gobernador militar quiso responder en lo crítico de las circunstancias y obedeciendo órdenes superiores con una resolución grave, y de acuerdo con las autoridades civiles hizo que resignara el mando el alcalde de la población y publicó un bando declarando el estado de guerra y recordando las penas en que incurren los militares con el delito de insubordinación.

El bando produjo saludables efectos, y la extrema medida bastó para que los reservistas reunidos en Tafalla se pusieran á disposición de las autoridades y consintieran en salir para los puntos á donde habían sido destinados.

A última hora de la tarde todos los reservistas estaban en la Plaza de Toros custodiados por los dragones de Numancia, y á la mañana siguiente embarcaron en el tren que los condujo á Pamplona.

*
*
*

Los reservistas de la región, en número de 188, se habían reunido en Logroño, el citado día 11 de Agosto, para marchar á Santander, Vitoria y otros puntos de incorporación.

Al llegar el tren que los conducía á Miranda de Ebro, á la estación de Haro, se negaron á continuar el viaje, arrojándose de los coches y emprendiendo la huida, siendo inútiles los esfuerzos que para contener la deserción, hizo el capitán que los conducía hasta Miranda.

Muchos de los reservistas eran de Haro, y los restantes de pueblos inmediatos.

El tren tuvo que marchar sin los revoltosos.

Hubo la consiguiente alarma, y la guardia civil prestó su inmediato concurso á la autoridad, consiguiendo, después de grande empeño, hacer desistir de su actitud rebelde á 143 de los revoltosos, que condujo á Miranda, en cuya estación fueron embarcados en otro tren.

Los restantes se negaron de una manera rotunda á obedecer á la guardia civil y se dirigieron á los respectivos pueblos de su naturaleza, donde fueron más tarde capturados por la benemérita.

Los reservistas de Gerona, que procedentes de esta ciudad se dirigian en tren á Barcelona, el precitado día 11 de Agosto, para incorporarse á sus respectivos destinos, al llegar á la estación de Mataró se negaron á continuar el viaje.

El capitán encargado de conducirlos llamóles la atención respecto á su actitud rebelde, que no era otra cosa que un acto de insubordinación castigado con severas penas por el Código de justicia militar, in-

vitándolos á la obediencia, pero sin que se cometiera ningún acto grave de indisciplina, la mayor parte de ellos siguió presentando resistencia pasiva á continuar el viaje á Barcelona.

El tren hubo de marchar, quedando los revoltosos en las inmediaciones de la estación, en actitud nada pacífica.

El alcalde de Mataró dispuso que se cerraran todos los establecimientos de comidas y bebidas de aquellos alrededores, mientras la fuerza pública acudía á restablecer el orden.

Después, mandó anunciar que en un determinado establecimiento se facilitaría comida gratis á los reservistas, y allí acudieron los que se habían negado á proseguir el viaje, faltando solamente cuatro.

Una vez hubieron comido, oyendo los sanos consejos y patrióticas reflexiones de la autoridad popular se prestaron á marchar en otro tren, llegando al fin sin más incidentes á Barcelona.

Con ellos fueron también á disposición del general Weyler, para ser sometidos á sumaria, varios de los que habían sido cabeza de motín, y que provocaron con sus actos hechos de fuerza, aunque no de gravedad.

El general Weyler, al informarse de lo ocurrido, dispuso que los que aparecieran como cabezas de motín fuesen conducidos desde la estación al castillo de Montjuich en calidad de presos, y que se nombrara un fiscal para la instrucción inmediata de la correspondiente sumaria.

El Gobierno, teniendo en cuenta razones de disciplina, mantuvo el criterio de que á los instigadores de aquellos tristes sucesos, presos como consecuencia de ellos, se les juzgase con todo rigor, sin que por eso dejasen de ir á Cuba con recargo de tiempo.

En el resto de España no ocurrieron incidentes de importancia, y la concentración de los reservistas quedó hecha el día 12 en toda la Península.

Ultimados los procesos militares contra los cabezas de motín en

la insubordinación de los reservistas de Tafalla, Haro y Gerona, fueron condenados á servir en Cuba el tiempo reglamentario y dos años más de recargo.



De uno á otro extremo de la Península se oyeron ayes de dolor, por las hondas desdichas, por las penas amargas que significó el llamamiento á las armas de gente que para siempre creía alejada la perspectiva de la guerra, la separación de sus familias, el abandono de sus hogares, de sus mujeres y de sus hijos; la vuelta á las filas.

Gritaban ¡viva España! y se disponían en su inmensa mayoría á dar su sangre generosa en tributo á la patria; pero aun contando con tal obediencia y patriotismo, el contraste de ciertas desigualdades clamaba y clama por la resolución de un problema nacional hace largo tiempo planteado.



SEÑOR DUPUY DE LOME
Ministro de España en Washington

El problema es este: extender, universalizar la carga del servicio militar á todas las clases sociales, á todos los ciudadanos, para que no se pueda producir nunca la injusticia notoria de que se redima el rico y de que lleve el fusil y sufra las penalidades del servicio militar quien

carezca de todo recurso, como si el servicio honroso de las armas no fuese sino un castigo á la pobreza.

De la propia suerte que se han universalizado los derechos de los ciudadanos, preciada y honrosa conquista de la democracia, deben universalizarse los deberes, pues es inexplicable contrasentido que goce del voto todo el mundo, y que no sean todos los que satisfagan la contribución de la sangre.

No habría, no, en tal caso, ni motivo ni pretesto para discutir el sagrado deber de la defensa del territorio del Estado y de la unidad nacional. Extendida la carga del servicio militar, el sacrificio parecería menos duro y gravoso, y llevado el duelo á todos los hogares se trocaría en una sinceridad pública de salud suprema de la patria, ante la cual quedarían acalladas las individuales desdichas. Sería entonces la nación entera la que se virilizaría ante el infortunio común y haría de este como un don del destino, al que no es posible escapar, ni de él puede nadie sustraerse.

El servicio militar, universal y obligatorio, crearía en tiempos de paz las costumbres de la guerra, y cuando ésta, como ahora, llegara, no se miraría como una desgracia acudir á los llamamientos de la patria.

Por el servicio militar obligatorio es la Francia de hoy, como un pueblo de otra raza y de otros tiempos, avezado al sacrificio y al dolor. Por no tenerlo en España, parece más grave y horrible lo que es en el estado actual de las naciones hecho natural de fatalísimo cumplimiento.

Establecido el servicio militar universal y obligatorio, el ejército sería la Nación y en él se confundirían las clases todas de la sociedad, comunicándose unos á otros sus virtudes, sus méritos; consumándose la mútua transfusión de sangre.

Confiemos en que estos tristes ejemplos, ahora en mayor evidencia, por efecto de las cruentas guerras coloniales que sostiene España,

enseñarán á todos los gobiernos la necesidad de concluir con las injusticias y las desigualdades, estableciendo el servicio militar obligatorio por el que se confundan altos y bajos, poderosos y miserables, en el fuego y en el entusiasmo del amor á la patria, considerando, no como pena, sino como deber honroso, como sacrificio necesario y glorioso, el de dar su sangre para perpetuar la bandera y el dominio de España en sus colonias, y hacerse respetar de las demás naciones.

* * *

Con la salida del nuevo contingente de fuerzas del ejército que iban á pelear á Cuba, dió el pueblo de Madrid, el día 12 de Agosto, una muestra más de su cariño á la tropa, y ésta otra prueba de su patriotismo.

A las tres de la tarde se verificó la salida de las fuerzas, compuestas por cuatro compañías de ingenieros, que con las dos organizadas en Sevilla, formaban el batallón que había de embarcar en Cádiz en el vapor *San Ignacio*.

Desde el cuartel de la Montaña del Príncipe, donde se hallaban alojados, se dirigieron los soldados—muchos de ellos reservistas y vistiendo aún el traje de paisano—á la estación de Atocha.

Por el camino, mucha gente del pueblo que acompañaba á la tropa, daba sin cesar vivas á España y al ejército, que los soldados contestaban con otros á Cuba española y al pueblo de Madrid.

La música del regimiento de zapadores minadores estuvo tocando aires nacionales en el andén de la estación hasta la hora de salir el tren.

Aún sin conocerse, los soldados y la gente del pueblo se abrazaban. En el momento de partir el convoy, las seis de la tarde, redoblaron las aclamaciones y los vítores, y ya en marcha el tren, seguían

dándose en la estación, vivas á España y al ejército, que, asomados á las ventanillas de los coches contestaban con entusiasmo los expedicionarios.

Los tres escuadrones de Montesa, húsares de la Princesa y María Cristina, de guarnición en Madrid y destinados á Cuba, salieron de la coronada villa para Cádiz, la noche del 14 de Agosto.

El día anterior por la tarde revistó dichas fuerzas en sus cuarteles el ministro de la Guerra, general Azcárraga, acompañado del comandante general del primer cuerpo de ejército señor Primo de Rivera.

Por la noche, la oficialidad del escuadrón de Montesa obsequió con un espléndido banquete, en el Parque de Rusia, á sus compañeros de armas destinados á Cuba.

Durante la comida reinó la más franca alegría entre los comensales, brindándose al final por las victorias que seguramente conquistaría en la manigua el brillante escuadrón de Montesa.

Algunos representantes de la prensa madrileña, invitados amablemente por el dueño del Parque, comieron en una terraza contigua á la en que se verificaba el banquete militar. Los periodistas enviaron un cariñoso saludo á los oficiales de Montesa, y éstos les invitaron para que pasaran á su comedor á tomar juntos una copa de Champagne y una taza de café.

A la una próximamente terminó la fiesta, y militares y paisanos regresaron juntos á Madrid.

Presidieron el banquete militar el bizarro coronel del escuadrón de Montesa señor González Marchueta y el jefe de la tropa expedicionaria, comandante señor Lafuente.

Por orden del capitán general, las tropas que debían salir de Madrid en la noche del 14, media hora antes de la señalada para la salida del tren, se reunieron y formaron en el paseo del Botánico, Puerta de Atocha y Pacífico, con objeto de que las familias de los individuos que

marchaban á defender la patria allende los mares pudieran despedirse de ellos, evitando con esto la aglomeración de gente en los andenes de la estación y el peligro que pudiera existir con ese gentío en el momento de partir el tren.

En la estación no se permitió la entrada más que á las autoridades.

El Ayuntamiento presidido por el alcalde, bajó á la estación del Mediodía á despedir á los expedicionarios.

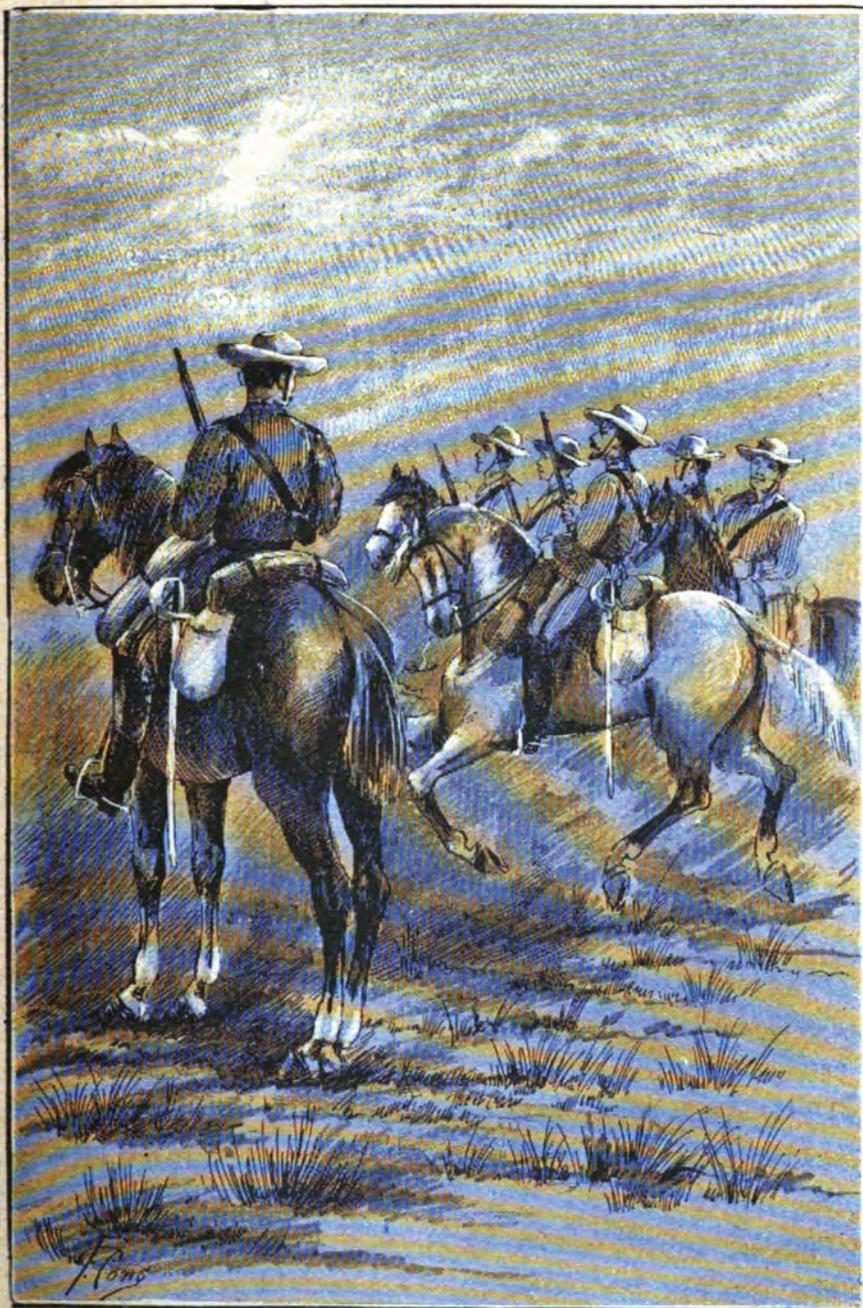


IGLESIA DE BATABANÓ

En nombre del Municipio, el señor conde de Peñalver repartió una peseta á los cabos y soldados, dos pesetas á los sargentos y cajas de cigarros á los jefes y oficiales.

Al partir el tren (nueve de la noche), diéronse varios vivas á España y al ejército, que fueron contestados por la multitud que había quedado estacionada en las inmediaciones esperando la salida del tren militar.





UNA VANGUARDIA DE CABALLERIA

TOMO II—16

Las nueve de la mañana del 13, era la hora y día señalados para el embarque en el puerto de Barcelona de las fuerzas de artillería y cazadores de Treviño que marchaban á Cuba á bordo del vapor *Cataluña*.

Las fuerzas que embarcaron fueron las siguientes:

Artillería de plaza procedente de la isla de Mallorca, 96 hombres.

Del primero de montaña de guarnición en Barcelona, 188.

Del primero de artillería de plaza, 120.

De cazadores de Treviño, 159, y del depósito 26. Total 589 hombres.

Los artilleros de montaña fueron los únicos que llevaron armamento de carabinas Maüsser. Los cazadores de Treviño llevaron una muda en un pañuelo mochilero con los colores nacionales.

En el cuartel de artillería de montaña, se desarrolló una escena conmovedora. Después de servirse á los expedicionarios un abundante almuerzo, los jefes y oficiales les abrazaron y estrecharon las manos, dándoles saludables consejos y comunicándoles el santo amor á la patria por la que iban á luchar y vencer. Todos se despidieron dando entusiastas vivas á España y al ejército.

Las tropas expedicionarias oyeron misa con mucho recogimiento en la iglesia de Santa María del Mar.

El padre Ballesteros les dirigió una plática tan sencilla y elocuente que, á no impedirlo la santidad del lugar, seguramente hubiera sido aplaudida.

Desde el templo se dirigieron las tropas al muelle de la Barceloneta, seguidas de numeroso gentío é individuos de su familia que vertían copioso llanto.

Entre estos últimos veíanse muchas señoras elegantemente ataviadas que demostraban ocupar regular posición.

En el muelle se hallaban ya esperando á los expedicionarios para

presenciar su embarque todos los jefes y oficiales de la guarnición francos de servicio, el general Weyler, los gobernadores civil y militar, el alcalde presidiendo una numerosa comisión del Municipio, un representante del Obispo y varios diputados á Cortes.

A las nueve en punto empezó el embarque en la forma acostumbrada. Varias músicas militares amenizaron el acto.

Terminado el embarque las autoridades se dirigieron á bordo del *Cataluña*. Entró el último de todos en el trasatlántico el general Weyler. Las bandas tocaron la marcha real, millares de manos aplaudieron, y los soldados prorumpieron en atronadores gritos de ¡viva España!

El *Cataluña* estaba rodeado de infinidad de botes, que ocupaban las familias y amigos de los expedicionarios. Estos agitaban los pañuelos despidiéndose de sus padres y hermanos, de sus deudos y amigos.

El general Weyler dirigió familiarmente la palabra á las tropas, que le escucharon respetuosamente y le aclamaron al terminar.

A las once abandonó el buque el capitán general, seguido de su Estado mayor y demás autoridades, tocando otra vez las músicas la marcha real y repitiéndose los aplausos y los vivas á España.

Los soldados, sentados á popa, cantaban y charlaban alegremente; otros reían chistes y aplaudían agudezas de un *narrador*, y otros saludaban á sus familias que habían quedado en el muelle.

Al verles tan contentos y alegres nadie dijera que marchaban á desafiar peligros terribles, en los que muchos de ellos habían de sucumbir.

Varias fueron las escenas desgarradoras de que fueron teatro los muelles de la Barceloneta.

Un venerable anciano, padre de un gallardo joven oficial, abrazó á su hijo, derramando abundante llanto, y con voz entrecortada por los sollozos le dijo:

«—Hijo mío, sé valiente y pundonoroso, y si es preciso morir,

muere por nuestra querida España. Yo pediré á Dios por tí, y si vuelves con vida iré á pié á Montserrat para darle las gracias á la Virgen.»

Es de advertir que el pobre anciano apenas podía caminar.

Un matrimonio, dueño de una casa de huéspedes, negóse rotundamente á cobrar el precio del hospedaje á los soldados expedicionarios que en su casa habíanse alojado; y á un oficial que pidió la cuenta de su pupilaje, le contestaron:

—«Todo, vale un abrazo muy fuerte.»

Y se abrazaron con efusión.

A las dos de la tarde zarpó el *Cataluña* con rumbo á Valencia, entre cariñosos saludos de despedida y entusiastas vivas á España y al ejército de la muchedumbre que presenciaba su salida desde los muelles.

*
*
*



CABECILLA REGO

Cumpliendo los deseos manifestados por S. M. la Reina Regente de dar una prueba de su estimación á las tropas que marcharon á Cuba, verificóse el día 15, en Vitoria, la revista á las fuerzas expedicionarias del sexto cuerpo de ejército destinadas á la grande Antilla.

El acto tuvo muchísima importancia por verificarse precisamente en las provincias vascas, foco del carlismo.

El noble pueblo vitoriano dispensó á la Regente un recibimiento carifiosísimo.

A la una de la tarde llegó á Vitoria el tren real conduciendo á la Augusta dama y á S. M. el Rey y A. A. R. R. las Infantas, acompañadas de los señores ministros de Ultramar y nuncio apostólico de Su Santidad.

En la estación esperaban á la familia real, el presidente del Consejo de ministros, con su distinguida esposa, el comandante general del sexto cuerpo de ejército, y todas las autoridades civiles y militares de la provincia.

El recibimiento fué tan respetuoso como entusiasta.

Desde la estación marchó la regia comitiva al campo de la revista donde estaban ya formadas las fuerzas expedicionarias, que saludaron á los reyes con entusiásticos vivas y con los acordes de la marcha real.

Verificada la revista, que la real familia presenció desde el lujoso *laudau* que ocupaba, el nuncio dirigió la palabra á las tropas, en nombre y por encargo especialísimo del Papa, elogiando al ejército de la patria y ensalzando las virtudes y la prudencia de S. M. la Reina Regente. Terminada su elocuente y patriótica alocución bendijo á las tropas expedicionarias, que desfilaron ante los reyes aclamándoles con entusiasmo á su paso.

Después de la revista hubo recepción en el salón de sesiones del Ayuntamiento, donde recibió la Regente y su augusta familia las muestras de respeto y adhesión de autoridades, corporaciones, cabildo y multitud de personas de la ciudad que á ella concurrieron.

El acto terminado, la real familia regresó en el mismo tren que la había conducido á San Sebastián.

Durante toda la noche del 15 y la madrugada del 16 estuvieron animadísimos los muelles de Cadiz, llenos de curiosos y de familias de los soldados del escuadrón de Santiago, que habían de embarcar en aquel puerto para Cuba.

El escuadrón de Santiago hallábase de guarnición en Granada y estaba compuesto por hijos de Cadiz, San Fernando y Puerto de Santa María.

El tren militar que los conducía era esperado en Cadiz la madrugada del 16, con los escuadrones que habían salido de Madrid la noche del 14.

A las cinco de la mañana llegaron á la estación el general gobernador militar y Comisiones de los cuerpos de la guarnición, con la música del regimiento de Pavía.

Con objeto de facilitar el desembarco y formación de las fuerzas, se dispuso que ésta se efectuara fuera de los andenes.

Las familias de los soldados de Santiago invadieron los alrededores de la vía férrea, haciéndose imposible desalojarla.

A las siete de la mañana llegó el tren, batiendo diana las músicas á su llegada.

Antes de parar el tren, las familias de los expedicionarios, ávidas de abrazar á sus parientes, asaltaron los vagones.

Los soldados del escuadrón de Santiago arrojábanse á tierra, con el tren en marcha, oyéndose solo en aquellos momentos los gritos de los padres llamando á sus hijos y los de los hermanos llamando á sus hermanos.

Las conmovedoras escenas que entonces se desarrollaron entre los que les esperaban, son imposibles de describir.

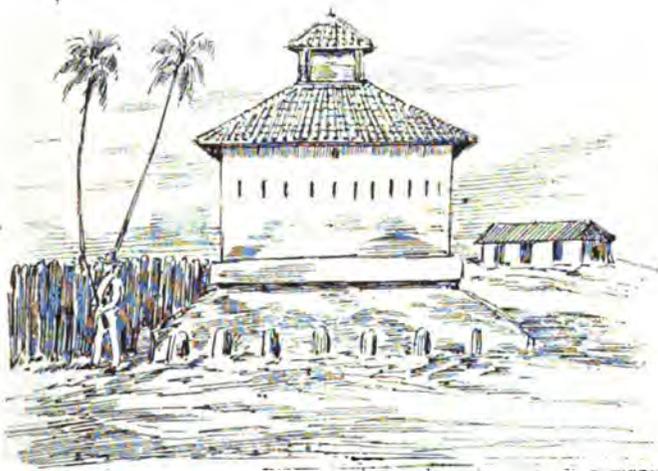
Difícilmente pudo formar el escuadrón de Santiago para que lo revistara el general Rodas.

Los escuadrones de Montesa, María Cristina y húsares de la Prin-

cesa, formaron y rompieron marcha hacia los muelles. El de Santiago iba rodeado y envuelto por una compacta muchedumbre, que abrazaba á los soldados.

El embarque se hizo rápidamente, dirigido por el segundo comandante de marina.

Embarcó primero el escuadrón de Santiago, costando trabajo in-



FUERTE DEL CEMENTERIO (camino de Júcaro á Morón.)

menso separar á las madres de los brazos de sus hijos.

Las mujeres gritaban y maldecían la hora fatal en que dieran á luz á sus hijos; los hombres lloraban silenciosamente, retorciéndose las manos y golpeábanse el pecho presos de gran desesperación. Los soldados lloraban, y multitud de curiosos presenciaban afectadísimos aquellas tristes escenas.

No se había presenciado en Cadiz una despedida más terrible.

Los expedicionarios fueron conducidos en balandras remolcadas

por vaporcitos, á bordo del vapor *Cataluña*, que había llegado una hora antes al puerto llevando fuerzas de Treviño, Sagunto, artillería de plaza y una batería de montaña, embarcadas en Barcelona y Valencia.

En el momento de separarse del muelle las balandras, el general Rodas gritó: «¡Soldados, viva España! ¡Viva Cuba española!»

Los repetidos y entusiastas vivas reanimaron á los soldados, devolviéndoles la perdida alegría.

En los muelles sólo se oían ayes é imprecaciones de dolor.

El general Rodas hizo circular entre los soldados expedicionarios una hoja impresa con la despedida que les dirigió el general Azcárraga. A los jefes les leyó un telegrama del comandante general del distrito, con entusiasta despedida.

Fueron á Cádiz á despedir á los expedicionarios los coroneles de los regimientos de donde aquellos procedían.

El *Cataluña* zarpó para las Antillas á última hora de la noche, á causa de haber invertido todo el día en cargar material de guerra y víveres para el ejército de operaciones en la isla.





CAPITULO XVII

España á los valientes defensores de su integridad territorial.—Elogios al general Azoárraga.—El espíritu público y el sentimiento patrio.—Ejemplo sin precedente en la moderna historia de las naciones.—La España de hoy es la España de siempre.—Sin política.—Tregua nacional.—El pueblo español se apercibe á despedir dignamente á los soldados.—Logroño á las fuerzas expedicionarias de artillería y caballería de Arlabán.—En Zaragoza.—El pueblo zaragozano al escuadrón del Rey.—En Lérida.—Llegada á Barcelona del tren militar.—Embarque y despedida á las fuerzas expedicionarias.—Fiesta militar al aire libre.—Varios banquetes.—Cádiz al batallón expedicionario de artillería.—Embarque y trasbordo de tropas.—A Cuba.



ERMOSO y consolador en extremo fué el espectáculo que ofreció España á la faz del mundo con ocasión del nuevo envío de refuerzos á Cuba y embarque del segundo cuerpo de ejército expedicionario.

No habían de ser todo tristezas en España: no había de ser todo censuras y juicios acerbos. Rasgos consoladores nos había de ofrecer la misma situación por todos sentida y deplorada, que hicieran pensar con orgullo y confianza en que España vencería y sabría salir airosa y triunfante de tantas desventuras como llovían sobre ella y la apartaban de un destino próspero.

Los elogios que la opinión de España, y con ella la de toda Europa, tributó á la rápida y feliz concentración de los reservistas llamados á filas, fué motivo para que el pueblo español se sintiera orgulloso de sí mismo y se aprestara á demostrar al mundo que la raza de los ven-

cedores en Pavía y Tetuán, de los héroes del 2 de Mayo y del Bruch, no se había extinguido aún.

Muchos fueron los telegramas que el ilustre general Azcárraga recibió felicitándole por su gran talento organizador, por su previsión y por su pericia en todos los aprestos y refuerzos que para la campaña de Cuba reunía y organizaba con serenidad y acierto pocas veces igualadas en nuestra patria y fuera de ella.

La rápida movilización de las fuerzas con que se formaron el primero y segundo cuerpo del ejército expedicionario de Cuba fueron realmente una gallardísima muestra de los grandes talentos militares del entonces y hoy ministro de la Guerra.

No fué, pues, de extrañar que de Alemania, país donde, como se sabe, todo lo referente al ejército es objeto de cuidado y atención especial, recibiera el ilustre general Azcárraga telegramas de felicitación por el éxito de las movilizaciones y embarques de tropas destinadas á Cuba, y en cuyos telegramas se hacían comparaciones con la movilización de fuerzas en otros países, que resultaban muy satisfactorias para nuestro digno ministro é ilustre general, y para el ejército español.

Una vez más se equivocaron los pesimistas y escépticos. Los que no creían en España y nada esperaban del noble pueblo español pudieron convencerse y vieron de una manera palmaria y evidente, con la evidencia y la lógica irrefutable de los hechos, que el espíritu público y el sentimiento patrio es aquí vigoroso cuando es grande la causa que le mueve.

De más de *doce mil* hombres llamados á las filas sólo dejaron de acudir *ochocientos*, y de esta cifra aun hay que descontar los fallecidos, los enfermos, los emigrados y los procesados. De modo que apenas llegaron á *cincuenta* los prófugos.

Los hombres entendidos en materias militares no encuentran en la moderna historia de las naciones un ejemplo semejante.

Y para darle España no fueron precisos medios violentos ni excitaciones de ningún género. Bastó el aviso publicado en los periódicos oficiales y transmitido por los alcaldes á los reservistas. Como á son de tambor congregaban nuestros guerrilleros de la Independencia á los mozos de las aldeas y de los lugares, y éstos dejaban presurosos la azada ó el martillo para empuñar el fusil, así los reservistas del 91 fueron á incorporarse á las filas del ejército nacional.

Hay que recordar que en Francia, para la incorporación en las maniobras militares de Otoño, que en suma no son sino una fiesta militar sin riesgo alguno, un simple simulacro de guerra, tienen que andar de cabeza alcaldes y gendarmería detrás de los reclutas para quienes es duro sacrificio el cambiar la comodidad de su vida ordinaria por las marchas forzadas y las noches de campamento.

Y esos reservistas españoles fueron á Cuba, es decir en busca de mil peligros, de los cuales el menor es la bala filibustera. Ellos como los reclutas salen de sus pueblos cantando, cantando embarcan y cantando llegan al puerto de desembarco, para salir enseguida con la sonrisa en los labios y el pensamiento en su querida España hacia el lugar del combate.

Con pueblo semejante, no hay que dudar, toda empresa es fácil. Lo que viene sucediendo desde los comienzos de la guerra debiera modificar al pesimismo que inspira nuestra política y que nos hace estériles para la prosperidad nacional.

No es menos admirable el orden con que se operan los embarques. Salen los batallones de los cuarteles en el día fijado; se dirigen con marcial continente y correcta formación, entre doble fila de compacta muchedumbre del pueblo que les aclama y vitorea, á la estación férrea; ocupan los vagones sin el menor retraso, sin atropellos y con el

mayor orden; llegan á los puertos de embarque y encuentran sus alojamientos dispuestos, sus ranchos á punto, sus armas y sus municiones en el sitio debido. Los grandes buques de la Compañía Transatlántica llegan á su vez á los puertos con regularidad cronométrica, sin que una avería ó un error de fecha demore ni un día, ni una hora, el habil plan de la expedición. Los embarques se hacen con facilidad y felicidad, sin contratiempos ni incidentes, ora cuando la mar está en calma ya la agiten vientos tempestuosos, como ha sucedido más de una vez en Cádiz. Los barcos levantan anclas y pónense en franquía á la hora anunciada, y todo se hace como después de largo ensayo, cuando realmente es cosa improvisada rapidísimamente.



GENERAL LINARES

Sin mirar la estela de lágrimas y de duelos que esos barcos dejan al zarpar de los puertos, podría pensarse que los españoles que van á su bordo emprendían un viaje de recreo y de placer.

Sin ver los enormes y cuantiosos gastos que la campaña supone, podría creerse que España acometía estas expediciones por impulso de su afán colonizador y aventurero.

Mas, cuando de tal modo hace España lo que hace, aún costándole

lágrimas y ruínas, imaginar pueden nuestros enemigos qué no haría y á donde llegaría esta raza indomable, si las desventuras la llevasen al paroxismo y á la desesperación.

* * *

Si, por otra parte, fijamos la mirada en otro orden de cosas, observamos con indecible sorpresa la presencia de un fenómeno sin precedente en la Nación española.

Tiempo há que en España no hay política.

Para explicar ese fenómeno, sería una vulgarísima explicación la de los satisfechos, al creer que no existe cosa alguna que realizar en el orden político, en la esfera administrativa, en la vida económica y social del país. Sería, al contrario, mucho más justo y acertado el decir que son tantas y tan graves y tan hondas las cosas que hay que hacer, que la oposición tendría larga tarea para combatir al Gobierno, de quien no se sabe más sino que vive á gusto y para servicio de sus partidarios.

La tregua, porque tregua existe; el paréntesis, porque paréntesis se ha abierto, depende de otras causas. Es la Nación quien impuso silencio á la política. Sin pacto expreso y por obra tácita del patriotismo, se suspendieron entre los partidos las hostilidades.

Y no hay en la Península una sola voz, de las que tienen derecho á ser oídas, que se ocupe de cerca ni de lejos en las menudencias de la lucha diaria.

La gran masa de la opinión casi ha llegado á olvidar qué partido nos gobierna y rige los destinos del país, y cómo se llaman los ministros, donde están y qué hacen. Y es que la tregua política es una tregua nacional. Es tanto lo que á España importa la guerra de Cuba, que todos los partidos,—con ligeras excepciones, que más confirman la regla

que la destruyen, por la reprobación universal que las condena—unen en una sola alma, en un solo anhelo, en una sola voluntad; la de acabar la insurrección y acabarla pronto.

Y no hay vida más que para los noticias de Cuba, ni otro tema para la prensa que el de los combates entre nuestros soldados y los filibusteros, ni otro asunto para conversación, allí donde se reúnen dos españoles, que el de las hazañas y penalidades de nuestras tropas. Toda la vida de España se agolpa al corazón, porque allí está clavada la aguda espina de la rebeldía criminal. Quisiéramos todos, y á ello ayudamos con los heroicos esfuerzos realizados en pocos meses, que renaciera aquí en nuestra querida patria aquel espíritu que en los comienzos de siglo consumó la epopeya de rechazar la invasión extranjera...

Por eso las ciudades, los pueblos y aldeas, España entera se apercibe á tributar cariñosa despedida á sus hijos, á esos héroes anónimos de nuestro valiente é invicto ejército, á esos bizarros soldados á quienes la patria confía la defensa de la integridad de su territorio en la ingrata Cuba, y la honra nacional de su bandera, y los cuales tienen derecho á verse rodeados hasta el instante postrero de su estancia en el suelo peninsular, por aquellos en cuyo nombre y por cuyos intereses van á luchar y, quizás, á morir en lejano continente.

El noble pueblo español, á impulsos de su patrio sentimiento acude en masa á las estaciones férreas y á los puertos á dar el cariñoso adiós de despedida á los que animados á su vez de un mismo espontáneo impulso, el de dar sus vidas por España, parten contentos y serenos, con la serenidad del que cumple con un deber santo y sagrado, de defender la Madre patria, á pelear con los eternos enemigos de España, á vencer á los ingratos hijos de Cuba, á los adversarios del nombre español.

Ante ejemplos tales de patriotismo y abnegación, debemos todos sentirnos orgullosos de ser españoles, y mucho podemos fiar en el por-

venir, seguros de poder afrontar impávidos todas las negruras y contrariedades que nos tenga aún reservadas el destino.

* * *

A las dos y media de la madrugada del 17 de Agosto pasaron por Logroño en un tren militar, procedente de Vitoria, la batería del segundo de montaña y un escuadrón del regimiento de Arlabán.

Salieron á saludarles á la estación, no obstante lo intempestivo de la hora, todos los jefes, oficiales y sargentos de caballería de Albuera, muchos oficiales de infantería, varios de ingenieros y bastantes paisanos.

La oficialidad de Albuera obsequió á los oficiales expedicionarios con pastas, licores y habanos, con chorizos y vino abundante á la tropa, y dieron ocho reales á los sargentos, seis á los cabos y cuatro á los soldados.

Los sargentos de Albuera obsequiaron también con licores á sus compañeros expedicionarios, reinando la más franca alegría y grande entusiasmo durante la media hora que se detuvo el tren.

La despedida fué cariñosísima. Confundidos en abrazo fraternal, cruzáronse entusiastas vivas á España, á Cuba española, al ejército, á los cuerpos de artillería é infantería y á los regimientos de Arlabán y Albuera.

En uno de los últimos vagones del tren veíase un letrero que decia: «Arlabán á Cuba, por la patria: Viva la caballería española.»

A las once de la mañana llegó el tren militar á Zaragoza, en cuya estación le esperaban el capitán general y comisiones de los cuerpos de artillería y caballería.

Los soldados fueron obsequiados con pan y carne y vino en abun-

dancia, los sargentos con un almuerzo, y los oficiales con un banquete en la fonda de la estación.

Las tropas iban muy contentas, y la mayoría quedóse en la estación donde tocaban tres bandas militares á cuyos sones bailaban y comían alegremente.

El tren se detuvo hasta las dos de la tarde, hora en que debía embarcar el escuadrón del Rey.

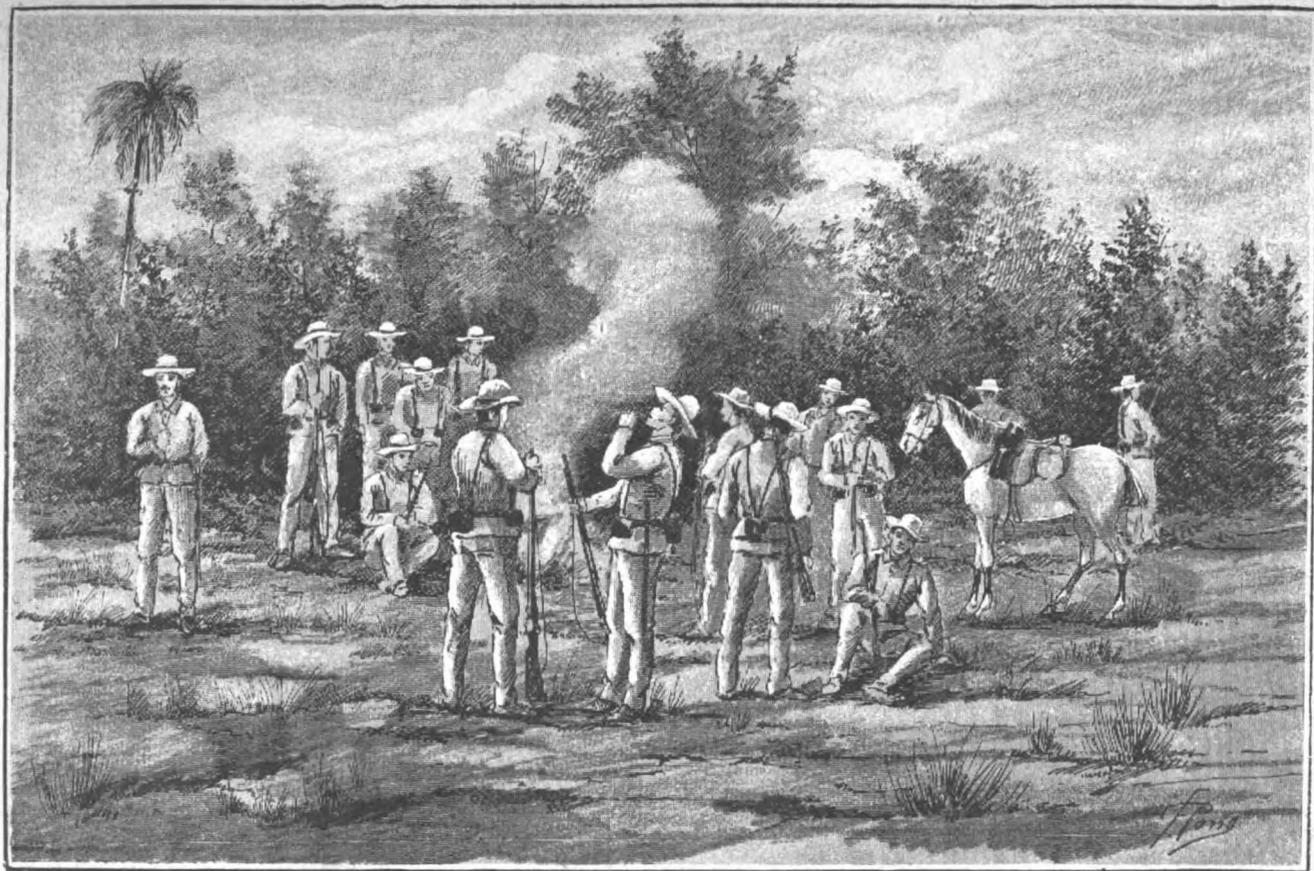
En el banquete dado á los oficiales hubo brindis entusiastas.



CASA DEL GUARDA DEL INGENIO «DOS AMIGOS», DESTRUIDA POR LOS INSURRECTOS

El escuadrón del Rey oyó misa en el templo de la Virgen del Pilar y á su regreso al cuartel donde se alojaba, fué visitado por una comisión del Ayuntamiento que obsequió á los jefes y oficiales expedicionarios con cigarros habanos, y con seis reales y una peseta respectivamente á los sargentos y soldados.

A la una salió el escuadrón del cuartel y dirigióse á la estación precedido de la música de cazadores de Barbastro y del coronel, jefes y oficiales del regimiento.



ALTO DE UNA COLUMNA EN LA MANIGUA

Los balcones del trayecto que las fuerzas expedicionarias habían de recorrer estaban engalanados, y las calles llenas de gente, que vitoreó con entusiasmo á los soldados.

Al llegar á la estación, cambiaron entusiastas saludos con las fuerzas de Vitoria y repitieron por la multitud que invadía los andenes los vivas á España y al ejército.

En los andenes se hallaban el comandante general y todos los demás generales de la plaza, comisiones numerosas de todos los cuerpos de la guarnición, el gobernador civil, el alcalde, presidentes de la Audiencia y de la Diputación, el Ayuntamiento y un gentío inmenso.

Las tropas embarcaron dando vivas y gritos de entusiasmo. Al partir el tren para Barcelona, á las dos y cuarto de la tarde, todas las músicas tocaron la marcha de Cádiz, que fué acogida por todos con una estruendosa salva de aplausos. A sus acordes y patrióticas notas el entusiasmo fué delirante, el vocerío ensordecedor.

Habíase perdido ya en las lejanías de la campiña la negra silueta del tren en marcha, y todavía resonaban en el espacio los entusiásticos gritos de ¡Viva España!

*
* *

A las ocho y media de la noche del 17 pasó el tren militar por la estación de Lérida, á cuyos andenes acudieron á saludar á las fuerzas expedicionarias el general Maldonado, el alcalde, y los jefes y oficiales de la guarnición y gran número de leridanos.

Los expedicionarios manifestaron su contento y satisfacción por el cariñoso recibimiento que se les había hecho en todas las estaciones del tránsito.

A las cuatro y media de la mañana llegó á Barcelona el convoy

militar, que era esperado en la estación del Norte por el general de brigada don Luis Mackena, el capitán de Estado Mayor don Juan Ramos y los jefes y oficiales libres de servicio, pertenecientes á las armas de artillería y caballería de la guarnición, quienes acompañaron á los expedicionarios á los cuarteles de San Agustín y de la Barceloneta, en donde se tenía preparado un rancho extraordinario para la tropa y un *lunch* para los oficiales, con los que fueron aquellos obsequiados por sus compañeros de armas, reinando durante la comida gran animación y pronunciándose á los postres entusiastas y patrióticos brindis.

Al escuadrón del Rey se le obsequió además con grandes tazas de café, licores y cigarros.

El embarque se efectuó en la misma forma que el verificado el día 13, habiendo acudido á los muelles de la Riba (Barceloneta) á despedir á los expedicionarios las autoridades civiles y militares, las tropas de la guarnición y todos los jefes y oficiales francos de servicio, las músicas de los regimientos y bandas de cazadores y la del Municipio. El Ayuntamiento repartió dinero y tabaco á los soldados y oficiales.

A las nueve en punto quedó terminado el embarque de las fuerzas expedicionarias en el *Montevideo*, entre los acordes y bélicos sones de las músicas y las aclamaciones y vítores del numeroso público que lo presencié, y que había acudido á despedir á las tropas, cuyo espíritu era excelente, y dos horas después zarpaba el trasatlántico con rumbo á Cádiz.

*
* *
*

Al aire libre y en la gran esplanada que hay detrás de los cuarteles de Sicilia, celebróse en la mañana del día 19 el banquete con que los

jefes y oficiales de la guarnición de Barcelona obsequiaron á los soldados que el día 22 debían embarcar para Cuba.

Asistieron á la fiesta militar el capitán general con sus ayudantes y Estado Mayor, y otros varios generales y jefes de alta graduación.

El número de raciones que se sirvieron fué el de 3,600.

Los comensales colocáronse en la siguiente forma:

El regimiento de Luchanø, en el campo de maniobras, el de Asia, en un terraplén contiguo; y los batallones de cazadores de Barcelona y Alfonso XII en otro terraplén inmediato.

Con el utensilio de la tropa probó diferentes platos el general Weyler, encontrándolos excelentes.

Las músicas militares de todos los cuerpos de la guarnición amenizaron el acto.

Indiscriptible fué el entusiasmo que reinó entre los comensales, y animadísimo el cuadro que presentaba el campamento.

Al final hubo entusiastas vivas á España y al general Weyler.

En el castillo de Montjuich celebróse el mismo día otro banquete en obsequio á los reservistas que esperaban el embarque.

Terminado el banquete, los obsequiados salieron de paseo, promoviendo gran algazara en las calles céntricas de la Condal ciudad dando vivas á España y á Cataluña, tirando las gorras al aire, tomando por asalto los tranvías y requebrando á cuantas mujeres encontraban al paso.

El día 19 de Agosto de 1895 fué de entusiasmo y de gran consuelo para cuantos amamos la integridad de la patria.

El siguiente día obsequiaron los jefes y oficiales con otro banquete en el restaurant Martín, á los sargentos y asimilados de los batallones de infantería expedicionarios.

El banquete fué presidido por los capitanes-ayudantes de los respectivos cuerpos, y estuvo animadísimo.

A medida que iban llegando los sargentos eran saludados con aplausos estruendosos y abrazados cariñosamente por los organizadores de la fiesta.

El general Weyler envió, por conducto de sus ayudantes, varias cajas de ricos habanos.

Terminó el banquete en medio del más ardiente entusiasmo, prometiendo los obsequiados luchar con denuedo en los campos de Cuba por la integridad de la patria y el honor de la bandera roja y gualda.

Tres días antes, el 17 por la tarde, los jefes y oficiales de los cuerpos de infantería de esta guarnición, á quienes no había correspondido marchar á Cuba, habían obsequiado también con un espléndido banquete en el restaurant «Miramar» á sus compañeros expedicionarios de Luchana, Asia y Barcelona.

Presidieron la mesa los generales Soler y Payueta, reinando durante la comida franca y cordial expansión y demostrando hallarse poseídos todos los comensales del más ferviente patriotismo.

Al final pronunciáronse elocuentes y patrióticos brindis y se hicieron entusiastas votos por que los valientes infantes que marchaban á pelear por su patria y su bandera, regresaran en breve á la madre patria con el lábaro de la victoria y cubiertos de laureles.

* * *

A las ocho de la mañana del día 20 de Agosto llegó á Cádiz procedente de Sevilla, el gobernador militar, general Fernández de Rodas, acompañado del subinspector de artillería de aquella región, con objeto

de revistar las fuerzas de artillería que debían embarcar al siguiente día en el vapor *Antonio López*.

Revistó las tropas frente al cuartel donde se hallaba alojado el batallón expedicionario, cuyo estado era brillantísimo. Constaba de ocho-



DESTRUCCIÓN DE UNA LINEA FERROCARRILERA Y TELEGRAFICA

cientas plazas y sólo le faltaban veinte y tres números, algunos de los cuales se hallaban enfermos.

Terminada la revista, el general se despidió de los oficiales en el cuarto de banderas, felicitándoles por la rapidez en la organización de las fuerzas y brillante estado del batallón.

Por la tarde celebróse el banquete con que los jefes y oficiales de

artillería de aquella guarnición obsequiaron á sus compañeros expedicionarios.

Una comisión de oficiales fué á bordo del *Montevideo*, que había entrado en bahía aquella mañana, para invitar á los jefes de la batería al banquete que se celebró en el almacén de los juegos de armas del Parque de artillería, adornado con multitud de trofeos de guerra, cañones, armas y plantas.

El aspecto que ofrecía el salon era brillantísimo. Presidieron la mesa el general Rodas y subinspector de artillería, señor Sevilla, reinando gran cordialidad y mucha animación, y pronunciándose á los postres brindis entusiastas.

Las tropas que conducía el *Montevideo* para trasbordar al *Antonio López* no saltaron á tierra, y solamente los jefes y algunos oficiales bajaron á recorrer la población.

La guardia civil custodió el buque, prohibiendo la entrada.

A las diez de la mañana del siguiente día, y á presencia de un número gentío que le vitoreó y aclamó, fué embarcado el batallón de artillería en el *Antonio López*.

A las doce comenzó el trasbordo de las fuerzas del *Montevideo* al *Antonio López*, por los escuadrones de Arlabán y del Rey. La fuerte marejada dificultaba la operación que dirigieron con gran pericia el segundo comandante del puerto señor Ibarra, el ayudante señor Posadillo y demás subalternos de aquella comandancia de marina.

Los soldados fueron embarcados casi en brazos, siendo muchos los que por efecto de la fortísima marejada se marearon.

Las embarcaciones que llevaban á aquellos golpeaban fuertemente los costados del vapor *Antonio López*, no ocurriendo desgracias, merced á las acertadas medidas del señor Ibarra.

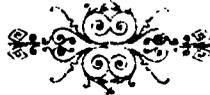
Un vaporcito y varias balandras hicieron el trasbordo de las fuerzas del *Montevideo* al *Antonio López*.

En el momento del embarque era imposible transitar por el muelle, en el que bullía el entusiasmo de la muchedumbre, á la que la brillantez y arrogancia de los soldados arrancaba elogios y vivas á España y al ejército.

La Diputación obsequió con mil cigarros á los jefes y oficiales, y dos pesetas á los sargentos, seis reales á los cabos y una peseta á los soldados.

A las tres de la tarde terminó felizmente el trasbordo de las tropas que conducía el *Montevideo*.

El *Antonio López* zarpó de la bahía de Cádiz á última hora de la noche del 21, llevando á Cuba un total de 1392 hombres.



CAPITULO XVIII

El pueblo coruñés á los soldados de su región.—Suscripción popular.—Preparativos y detalles.—Banquetes.—El embarque.—Al zarpar el *Alfonso XII*.—Llegada del batallón expedicionario de Isabel II.—Al cuartel.—Agasajos á las tropas.—El general Sanchez Bregua.—Revista y arenga de despedida.—Al Campo grande.—El embarque.—Lunch en el *Santiago*.—Brindis.—En franquía.—Entrada en la Coruña del batallón de Burgos.—A paseo.—Despedida y embarque.—Barcelona á las fuerzas expedicionarias de la guarnición.—En los muelles.—El embarque.—A bordo del *San Fernando*.—Rumbo á las Antillas.—Los cazadores de *Barcelona*.—En el cuartel del Buensuceso.—A Santa María del Mar.—Al muelle.—El embarque.—Llegada del batallón de Galicia.—A embarcar.—En el *Monterideo*.—Los muelles y el puerto.—El postrer adiós.

PIGNA es de ser relatada con todos sus detalles é incidentes la entusiasta y cariñosa despedida que el pueblo coruñés hizo á las fuerzas expedicionarias de aquella región.

Apercibiéndose ya á la despedida cariñosa que la población había acordado tributar al batallón de Reus, de guarnición en aquella plaza, inicióse el día 17 una suscripción popular para abastecer de buen aguardiente, vino y tabaco á los soldados del batallón expedicionario.

El Ayuntamiento acordó acudir en corporación á despedir al batallón de Reus y obsequiar con una peseta á cada soldado expedicionario, dos á los cabos, cinco á los sargentos y clases asimiladas y con cajas de habanos á los jefes y oficiales.

La Sociedad «Reunión de artesanos» acordó despedir digna y solemnemente al batallón y regalar una magnífica espada á su bizarro jefe.

La Sociedad sportiva «El Club» acordó también regalar cuatrocientas botellas de Jerez y mil cajetillas de cigarros y puros.

En la noche del 17 llegaron á la Coruña un oficial, un sargento, un cabo y dos soldados por compañía de cada uno de los batallones de Isabel II y Burgos, que debían embarcar en aquel puerto, con objeto de preparar alojamiento á sus compañeros.

El batallón de Isabel II acordóse se alojara en un ala del cuartel que ocupaba el regimiento de Zamora, y el de Burgos que se repartiera; tres compañías en el ala que ocupaba el de Reus, dos en el cuartel de Santo Domingo y la restante en Macanaz.

Al salir de oír misa en la iglesia de San Jorge, el día 18, el batallón de Reus, el párroco y cuatro sacerdotes repartieron escapularios á la tropa.

La escena resultó conmovedora en extremo, y las familias de los oficiales y las mujeres del pueblo, que presenciaron el acto, lloraron.

El entusiasmo se difundía y crecía de punto á medida que se acercaba la hora de la partida, y el pueblo se identificaba y unía en la común aspiración de todas las clases sociales de hacer á las tropas una despedida memorable.



LUCIO GUTIERREZ

Muchos oficiales y soldados destinados á Cuba eran hijos de la Co-ruña.

El general Sánchez Bregua dirigió al jefe del batallón de Reus una cariñosa carta de despedida, saturada de espíritu militar y amor patrio.

* * *

En justa correspondencia al banquete con que el batallón de Reus había obsequiado al expedicionario de Zamora, el segundo batallón de este cuerpo obsequió la noche del 20 al de Reus con otro banquete que se verificó en el cuartel que ocupaba el regimiento de Zamora.

El salón estaba adornado con profusión de panoplias y flores, artísticamente combinadas, y espléndidamente iluminado.

Concurrieron al acto el general Moltó, el general de Estado mayor, señor Llul, otras autoridades militares, la oficialidad de ambos cuerpos y comisiones de artillería y caballería.

Brindó el general Moltó por los reyes y por el batallón de Reus, cuyas condiciones elogió, como así mismo al jefe, que anteriormente se había ya ofrecido á ir voluntario á campaña y rechazaba á la sazón todas las solicitudes de permuta.

Terminó el general congratulándose de la cordialidad que reinaba entre los oficiales de ambos cuerpos.

El elocuente y patriótico brindis del general Moltó fué aplaudidísimo.

El jefe del batallón de Reus, señor Roldán, brindó para dar las gracias al general por sus atenciones, y por la pronta y segura victoria de las tropas en Cuba.

Después brindaron el general Llul y otros varios jefes, que fueron muy aplaudidos.

Durante la fiesta reinó la más franca alegría.

La música de Zamora amenizó el acto, que resultó brillantísimo.

Por la mañana los sargentos de Zamora obsequiaron con otro banquete á sus compañeros de Reus, reinando durante la comida gran espíritu de compañerismo, mucha animación y mucho entusiasmo.

Los médicos militares obsequiaron el día 21 con otro banquete á sus compañeros del batallón expedicionario, al cual asistió el general Moltó.

* * *

Llegó, por fin, el día del embarque, y desde las primeras horas de la mañana todo Coruña se echó á la calle é invadió el trayecto que habían de recorrer las tropas. El tránsito de éstas se hizo por la calle de Juana Vega, siguiendo el paseo del Rellenó y la calle Real. El público hizo una ovación inmensa á los cazadores, acompañándoles hasta el muelle sin cesar de vitorearles é invadiendo éste y el Malecón para presenciar el embarque.

Al desatracarse las gabarras resuenan entusiastas hurras salidos de miles de gargantas; los soldados contestan con entusiastas vivas á España y á la Coruña. Están animadísimos y cantan y tocan las guitarras y acordeones. La música de Reus toca la gallegada.

Las tropas ocupan ocho gabarras: la bandera del batallón, gloriosa y santa enseña de la patria, se embarca en la falúa de carabineros, con los generales y el comandante de marina, señor Elisa, que dirige el embarque. La última gabarra ocúpala la guardia de prevención y las cajas de caudales.

Al llegar las embarcaciones al costado del vapor *Alfonso XII*,

fueron saludadas por los vítores y aplausos de algunos voluntarios que se hallaban á bordo y habían sido recogidos en Santander.

La música toca la marcha de Cadiz y el entusiasmo crece y hácese delirante.

Acuden á bordo entre los aplausos y vítores de la multitud las autoridades y comisiones y el Ayuntamiento en corporación.

El alcalde pronuncia un patriótico discurso de despedida: el general Moltó contesta agradeciendo las lisongeras frases dedicadas al ejército por el orador, y ofrece á éste una copa de espumoso *Champagne*.

Se generalizan los brindis, á cual más patrióticos, y apláudese mucho el del bizarro jefe del batallón expedicionario, señor Roldán, que jura volver victorioso ó no volver.

El general cierra y resume los brindis dirigiendo cortés saludo á las lindas pasajeras que ocupaban la galería alta del comedor del buque, y brindando por la Compañía Trasatlántica que tan importantes servicios prestaba á la patria con el rápido transporte de las tropas al teatro de la guerra.

Con el producto de la suscripción popular se regalaron á los soldados dos mil cajetillas y una caja de puros á cada uno.

Como detalle digno de mención, hemos de consignar, que hubo oficial que llevó 34 escapularios.

La sociedad de recreo «La Confianza» envió á las tropas á última hora, doscientos habanos.

Momentos antes de zarpar el buque, la cubierta presentaba un cuadro animadísimo é interesante. Al rededor del trasatlántico movíanse en hormigueo continuo multitud de embarcaciones cuyos tripulantes no cesaban de llamar á los soldados y de agitar en el aire gorras y sombreros los hombres, pañuelos las mujeres, en señal de despedida.

Los soldados vitoreaban al general Moltó, á España y á Coruña. El público contestaba con vivas al ejército y á los cazadores de Reus.

Las murallas y la costa estaban coronadas de gente que aplaudía y aclamaba á los expedicionarios.

A las cinco de la tarde zarpó el trasatlántico entre los vítores y aclamaciones de la multitud que presenciaba su salida.

En bahía la falúa que retornaba á las autoridades, el general Moltó dió gracias á toda la población y á las Sociedades por la carifosa despedida dispensada á las tropas.

Las sentidas palabras del general fueron acogidas con aplausos y contestadas con vivas al ejército y á la patria.

* * *

Desde las tres de la tarde estaban ocupadas, el siguiente día 22, por inmenso gentío las inmediaciones de la estación, esperando la llegada del tren especial que conducía á las fuerzas de Isabel II destinadas á Cuba.

El tren llegó á las cuatro, siendo saludada su aparición por un nutrido aplauso y un clamoreo extraordinario de la multitud.

Componíase el convoy de veinte y dos vagones y dos furgones.

El recibimiento que el pueblo coruñés hizo á los expedicionarios fué entusiasta. No se oían más que vítores y aplausos.

En el andén esperaban á las tropas comisiones de los cuerpos y centros militares, la escuadra de gastadores, la banda de música y la de cornetas del regimiento de Zamora, y los generales Moltó, Pin y Llul.

El batallón se componía de tres jefes, treinta y dos oficiales y novecientos veinte y siete individuos.

Formada por secciones la fuerza salió á la esplanada de la estación, y allí fué revistada por los generales.

Terminada la revista, púsose en marcha la columna escoltada por

la muchedumbre que la vitoreaba entusiasmada. Al pasar el batallón por frente al consulado inglés, izóse en este la bandera, que fué saludada con un aplauso general de la multitud.

En la plaza de Orense la tropa formó de á cuatro, dividiéndose en dos partes; una con una sección de gastadores y la música de Zamora al frente, otra con otra sección de gastadores y la banda de cornetas del cuerpo.

Colocáronse á la cabeza los generales y las comisiones militares, y púsose en marcha la columna dirigiéndose por las calles principales al cuartel que había ocupado el batallón del Rey.

La música toca la popular marcha de *Cádiz*, que es coreada por la muchedumbre, y las casas lucen colgaduras.

Poco después de la llegada al cuartel se sirvió el rancho, marchando luego los soldados á paseo. Estos referían y hacíanse lenguas de la cariñosa despedida que les habían hecho en Valladolid. Todos llevaban escapularios que les había regalado el arzobispo. La gran mayoría de ellos pertenecía á la zona de la Coruña, y todos mostrábanse animadísimo y dicharacheros, recorriendo las calles cantando y bailando al son de guitarras.

Al pasar un grupo de soldados por delante del Casino Republicano, un socio dió vivas á España y al ejército y á la *independencia* de Cuba.

Llamado por el general el *atrevido filibustero*, resultó ser un capitán retirado que ofuscado por el ardiente entusiasmo que de su pecho rebosaba cometió el *lapsus lingua* de decir *independencia* en vez de integridad.

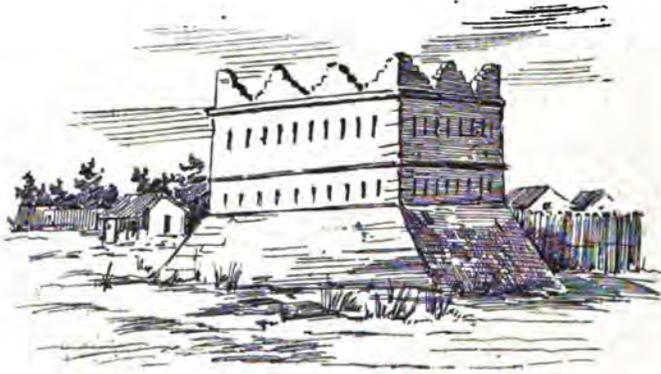
El general aceptó la explicación y se dió por satisfecho, y el incidente que casi había pasado desapercibido, no revistió importancia.

El regimiento de Zamora obsequió el día 23 al batallón expedicionario de Isabel II con ranchos extraordinarios.

Se repartieron á los soldados cigarros puros y 6.000 cajetillas, regalo de la Compañía arrendataria de tabacos.

Los soldados regocijadísimos cruzaban la población requebrando á las muchachas y entonando coplas patrióticas.

A la salida de las cigarrerías de la fábrica de tabacos, los soldados



FUERTE DE JIGOTEA

las requebraban, cruzándose entre unos y otras chistes ingeniosísimos.

—Princesas—decía uno—cuando volvamos de Cuba traeremos picadura de orejas de *mambises* para que hagáis pitillos.

El jefe del batallón expedicionario, señor Arce, y la plana mayor visitaron á los generales Moltó, Pin, Valderrama, Llul, Caballero y Sánchez Bregua.

En casa de este último permanecieron largo tiempo, significándoles el veterano general el afecto que le inspiraban los jefes y oficiales de nuestro valiente ejército.



ENTREVISTA Y CONFERENCIA DE DOS CABECILLAS INSURRECTOS, EN TERRENOS DE UN POTRERO

Cambiáronse con este motivo frases de cariñoso entusiasmo. Sánchez Bregua, igual que á los expedicionarios anteriores, había dirigido á los de Isabel II una entusiasta y cariñosa carta de despedida, que recibió el jefe del batallón.

Recordaba el veterano general en su carta párrafos de la alocución del general inglés Wellington á su ejército, después de la batalla de San Marcial, y copiaba el texto siguiente:

«Los militares gallegos distinguidos sean hasta el fin de los siglos, por haber llegado en denuedo hasta donde nunca llegó nadie.»

A las doce de la mañana del día 25, que era el señalado para el embarque de las fuerzas expedicionarias, acudió al cuartel el general Moltó, acompañado de generales y comisiones militares.

En el patio del cuartel hallábase ya formado el batallón, al que revistó y dirigió una alocución inspirada, recordando á todos, jefes, oficiales y soldados, que llevaban la bendición del Papa y el adiós de la reina, las aclamaciones y los agasajos del pueblo, y la confianza de la opinión.

«—Por ello—dijo—espero que os hareis dignos de la misión que España os confía, derramando hasta la última gota de sangre en defensa de la patria. Cuba no dejará de ser española mientras queden españoles para defenderla de sus eternos é ingratos enemigos.»

Al terminar su patriótica arenga dió vivas á España, á Cuba española, al ejército, á los reyes y al regimiento de Isabel II, entre las delirantes aclamaciones de los soldados.

El batallón salió del cuartel, precedido por la música de Zamora, que tocaba la marcha de Cádiz, y dirigióse al Campo grande, ocupado por un numeroso gentío.

A su paso por las calles, en las que reinaba gran animación y cuyas casas ostentaban vistosas colgaduras, hubo muchos vítores y también escenas tristísimas.

Al pasar por frente á los edificios que ocupan las sociedades la «Reunión de Artesanos», el «Sporting» y «La Tertulia», se le hizo una entusiasta ovación.

Era tanta la aglomeración de gente que se apiñaba al rededor del batallón, que éste viose obligado á hacer alto en la Marina y en la carretera, cerca de los almacenes de las obras del puerto.

Allí se repitieron las escenas tristes y conmovedoras entre los que marchaban y sus desoladas familias.

*
*
*

A las doce y media comenzó el embarque en el muelle de hierro, abarrotado de inmenso gentío.

Los soldados ocuparon ocho gabarras y el transporte se hizo con regularidad y rapidez.

Un sinnúmero de embarcaciones surcaban la bahía dando inusitada animación al movido cuadro.

Al llegar al costado del vapor *Santiago* las gabarras, fueron recibidas con aclamaciones de júbilo por los soldados del batallón de San Marcial, que ya llevaba á bordo, y que fraternizaron al saltar al buque con sus compañeros de expedición.

Las banderas de cada uno de los cuerpos fueron colocadas en el puente alto con centinelas, y el batallón de Isabel II ocupó la popa.

El capitán del *Santiago* ofreció á los generales y á su acompañamiento un *lunch*, servido con la esplendidez proverbial en la Compañía trasatlántica.

A él asistió también el contralmirante señor Martínez Espinosa.

El general Moltó pronunció un patriótico brindis, en el que dedicó

frases de elogio y plácemes á la Compañía trasatlántica por su rapidez en los transportes de tropas.

El contralmirante Espinosa, en nombre de la Marina, brindó por los jefes de los batallones expedicionarios y por el ejército, expresando su sentimiento por no poder acompañarles con la escuadra que mandó en Kiel, á defender la integridad de la patria en los mares y costas de Cuba.

El general Morales brindó por los reyes y por el ejército, y por la actividad y el talento del general Azcárraga en la movilización y organización de las fuerzas expedicionarias.

Y por último, el capitán del trasatlántico, señor Alemany, brindó por los reyes, por el ejército, y por la marina de guerra.

Poco después se presentó en la cubierta del buque el Ayuntamiento en corporación y el gobernador civil.

El general Moltó hizo la presentación oficial de los jefes y oficiales de los cuerpos expedicionarios, y se cambiaron discursos y saludos.

Presentóse al general Moltó una prueba de la alimentación que se daba á los soldados, la cual encontró aquél excelente y dió á probar al gobernador y al alcalde, que igualmente la celebraron.

El general reunió después separadamente á la oficialidad de los



CAPITAN DON MAXIMO REQUEJO

batallones expedicionarios, y les dirigió una cariñosa despedida con paternales consejos. Cambiáronse los últimos saludos de despedida, y los soldados aclamaron á las autoridades y á la patria.

Eran las cinco de la tarde cuando levaba anclas y poníase en franquía el vapor *Santiago*, entre los vítores y aclamaciones de la multitud que desde los muelles y pequeñas embarcaciones presenciaba su salida.

* * *

A la misma hora en que el *Santiago* zarpaba del puerto de la Coruña con rumbo á la gran Antilla, hacía su entrada en la ciudad el batallón de Burgos, al cual se le hizo objeto de iguales muestras de simpatía que al de Isabel II.

Alojóse en el mismo cuartel que había ocupado el batallón de Reus, y al poco rato dióse el toque de corneta para la salida á paseo de las tropas.

Los soldados contentísimos y muy animados recorrieron las calles de la población cantando y bailando.

Al día siguiente, lo mismo que en los anteriores embarques, los generales y las comisiones militares revistaron al batallón en el cuartel, acompañándolo luego hasta el barco.

La Coruña despidió al batallón de Burgos con iguales demostraciones de simpatía y entusiasmo que había despedido los días anteriores á los batallones de Reus y Isabel II. Las casas se engalanaron; las calles fueron inundadas por el pueblo, y por todas partes se dejaron oír vivas y aclamaciones al ejército y á la patria, y se reprodujeron trisísimas escenas de despedida.

En el momento del embarque, que se efectuó en la misma forma que los anteriores, el muelle y el embarcadero viéronse ocupados por

numeroso gentío, que no cesó de aclamar y vitorear á los expedicionarios.

El batallón de Burgos constaba de 931 plazas y unos 40 oficiales. Su jefe, el teniente coronel señor Delgado, era un tipo muy militar, de arrogante figura y marcial continente. Vestía el uniforme de rayadillo, y cubría su cabeza ancho sombrero de paja.

El *Alfonso XII* llevaba ya á bordo al batallón de cazadores de las Navas procedente de Santander.

A las cuatro de la tarde zarpó el trasatlántico del puerto de la Coruña con rumbo á la mayor de nuestras Antillas.

* * *

Barcelona, la seria y culta ciudad de los condes, siguiendo el ejemplo de sus ciudades hermanas, apercibióse la víspera del día del embarque de las fuerzas de su guarnición destinadas á Cuba, á dispensarles cariñosa y entusiasta despedida.

A las cuatro de la madrugada del día 22 tocóse diana en los cuarteles de Jaime I, y se pasó lista á las fuerzas expedicionarias. A las seis los batallones de Luchana y Asia oyeron misa en el patio del cuartel.

Poco después del toque de diana salían del castillo de Montjuich los reservistas del Rosellón, que habían de formar parte de la expedición militar. Llegaron al muelle de Barcelona á las cinco. Allí les esperaba un piquete de ingenieros y un general que presenció su inmediato embarque y transporte al *San Fernando*.

Nueve de los reservistas sumariados por los sucesos de Mataró iban custodiados por doce números, algunos cabos y sargentos de la guarnición de Montjuich.

Desde las primeras horas de la mañana que los alrededores del

cuartel de Jaime I estaban ocupados por numeroso gentío del pueblo y muchas familias de los expedicionarios.

Terminada la misa, los batallones de Luchana y Asia salieron del cuartel y se dirigieron al embarcadero del muelle viejo de la Barceloneta, acompañados de sus familias y amigos y escoltados por numerosa representación del pueblo.

A su llegada á los muelles, algunos dependientes del Municipio repartieron en nombre del Ayuntamiento tabacos habanos, y dieron dos pesetas á los sargentos, seis reales á los cabos y una peseta á los soldados.

Frente al embarcadero se hallaban fya los piquetes de los cuerpos de la guarnición con sus músicas, llevando el de Luchana la bandera del regimiento.

El general segundo cabo, señor Ahumada, el gobernador civil señor Sánchez de Toledo, el alcalde señor Rius y Badía, el comandante de Marina señor Warleta y algunos generales y jefes y oficiales de la guarnición, recibieron al general Weyler, cuya llegada en la falúa de la Capitania fué saludada por las músicas y bandas con la marcha real.

A las siete en punto el comandante general del cuarto cuerpo de ejército dió la orden de embarque. Empezó éste por el batallón de Luchana, siguiendo luego el de Asia.

Algo más de una hora invirtieron los vapores golondrinas en transportar á bordo del *San Fernando* los dos mil soldados que componían los dos batallones expedicionarios. Cuando llegaban al trasatlántico los últimos soldados, el general Weyler y las demás autoridades penetraban en el *San Fernando*, donde examinaron detenidamente todas las dependencias.

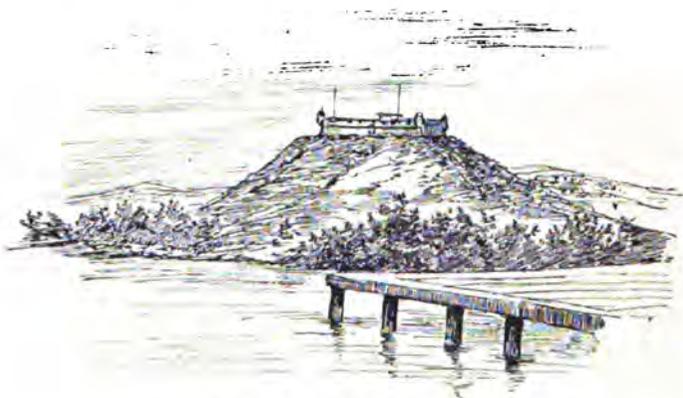
El batallón de Luchana se colocó en la proa y el de Asia en la popa.

Los soldados vestían traje de mecánica, llevando en el morral el traje de rayadillo y un par de chanclos *guajiros*.

* * *

El general Weyler, que no había podido despedirse de los jefes y oficiales de los batallones expedicionarios, los reunió en el puente de babor y dirigióles un breve y elocuente discurso de despedida.

Díjoles el general que les deseaba un viaje feliz y una gloriosa



CASTILLO DE ALFARES (Habana)

campaña, no dudando que en Cuba sabrían demostrar lo que ha demostrado siempre el soldado español, que por su heroico comportamiento es admirado por los extranjeros.

Añadió que la guerra de Cuba era una guerra de emboscadas, y que por tal motivo debían estar siempre prevenidos de las asechanzas del enemigo, siendo siempre pocas cuantas precauciones contra ellos tomasen.

—«El oficial—dijo—al hallarse en campaña, debe prestar atención á su derecha, á su izquierda y á todos lados, pues cuando menos se

piensa suena una descarga que no se sabe de donde ha venido.

»En la guerra de Santo Domingo y en la de Cuba donde serví como sabéis, antes de ascender á brigadier, siguiendo al pié de la letra las indicaciones que os doy, no tuve que lamentar jamás percance alguno. Debéis procurar, sobre todo, que el soldado esté convenientemente atendido, dándole abundante alimentación y resguardándole cuánto sea posible de las inclemencias del tiempo, evitando así el desarrollo de las enfermedades propias de aquel clima.

»Confío en que podréis y sabréis salir airosos de vuestra empresa, pues estaréis á las órdenes del ilustre general Martinez Campos, tan conocedor de aquel país y de la clase de guerra que en aquellos campos hacen los enemigos de España.»

Terminó el general Weyler su arenga diciendo que sentía honda pena al separarse de los [que hasta entonces habían sido sus subordinados, á todos los que deseaba buen viaje y buena suerte.

Las palabras del digno Capitán general de Cataluña, fueron acogidas con aplausos entusiastas.

A las nueve se retiraron las autoridades, presentando en aquel momento la cubierta del trasatlántico un golpe de vista pintoresco y un cuadro animadísimo.

Los soldados formaban unos, animados corros donde se cantaba y bailaba al son de la clásica guitarra; otros, reunidos en pequeños grupos, comían y bebían, charlaban y vitoreaban á España y á Cataluña. Todo era allí movimiento y alegría.

Mientras se verificó el embarque, las músicas lanzaron al viento sus harmónicas notas, interpretando algunos aires nacionales que eran acogidos por el público con aplausos. La popular marcha de *Cádiz* fué recibida con grandes aclamaciones y vivas á España.

Los muelles estaban atestados de un gentío inmenso, perteneciente á todas las clases de la sociedad, que seguía con interés todos los

detalles del embarque y comentaba con calor y entusiasmo el patriotismo de nuestros soldados.

No faltaron, sin embargo, algunos aislados cuadros de tristeza y desolación; algunas escenas de duelo y de lágrimas. Formadas en apretado haz, en medio de aquella bulliciosa multitud, veíanse algunos grupos de mujeres anegadas en llanto y presas de la mayor desolación, á las que otras procuraban en vano consolar. ¡Eran las pobres madres de los que marchaban á la guerra... de aquellos que veían partir con el alma hecha pedazos, y quizás no volverían á ver jamás!...

A las dos de la tarde salía del puerto el *San Fernando*, haciendo rumbo hacia las Antillas.

* * *

El día 25 á las seis de la mañana todo era movimiento y vida en el centro de la industrial Barcelona. Era que el pueblo barcelonés se aprestaba á despedir dignamente á los cazadores de Barcelona, á quienes hacía tiempo albergaba en uno de sus cuarteles formando parte de su guarnición.

A dicha hora formó el batallón en el patio del cuartel del Buensuceso, donde se alojaba. Después de pasar la lista reglamentaria sirvióse á la tropa el desayuno y se le repartió el donativo del Ayuntamiento, consistente en dinero y tabacos, y las *dos mil quinientas* pesetas que había donado el opulento fabricante y propietario del diario *La Vanguardia*, don Carlos Godó.

En la plaza y calle del Buensuceso y en todas las Ramblas hasta el muelle, un gentío inmenso esperaba estacionado la salida del batallón, para darle el adios de despedida.

A las siete de la mañana salió del cuartel el batallón, y correcta-

mente formado y al compás de airoso paso doble que lanzaba al viento su charanga, dirigióse por las Ramblas de Estudios, San José y Centro, calles de Fernando, Jaime I y Platería á la iglesia de Santa María del Mar, donde oyó misa.

A las puertas del cuartel y á medida que avanzaba en el trayecto que había de recorrer iban uniéndose al batallón grupos de parientes y amigos de los oficiales y soldados, que les acompañaron hasta la iglesia.

En los cuarteles de Jaime I se tenía preparado un almuerzo para obsequiar á los del batallón de Galicia que formaban parte de la expedición, y que procedentes de Zaragoza eran esperados para embarcar con los de Barcelona; pero teniéndose noticia que el tren especial que los conducía llevaba considerable retraso y no llegaría hasta las once y media, no siendo posible hacerles el agasajo, ordenóse que los del batallón de Barcelona se dirigieran á dichos cuarteles, al salir de Santa María, y tomaran el almuerzo destinado á sus compañeros de armas y de expedición.

Poco después de las diez, y terminado el almuerzo, salió del cuartel de Jaime I el batallón de cazadores y dirigióse al muelle viejo de la Barceloneta.

Allí se encontraba ya el general Weyler, acompañado de las demás autoridades civiles y militares, de los generales Ahumada (don Joaquín), duque de Ahumada, Fuentes, Buega, Soler, Payueta, Mackena, Castellón y numerosas comisiones de todos los cuerpos de la guarnición.

El general Weyler dió la orden de embarque, y los vapores golondrinas comenzaron el transporte de las tropas al trasatlántico.

A la media hora quedaban instaladas á bordo del *Montevideo* las fuerzas del batallón cazadores de Barcelona.

A la misma hora en que empezaba el embarque de las fuerzas de Barcelona, llegaba á la estacion de Francia el tren militar compuesto de veinticinco vagones de tercera, uno de segunda y otro de primera, que procedente de Zaragoza conducía al batallón de Galicia. Fueron recibidos por el capitán de Estado Mayor, señor Despujol, y una comisión de los diferentes cuerpos de la guarnición. La mayor parte de los soldados eran catalanes. El tren llegó con tres horas de retraso, á consecuencia de haber sufrido á su salida de Zaragoza un fuerte temporal de aguas.

En el andén de la estacion pasóse lista á las fuerzas, y después de haber repartido á los soldados el donativo del Ayuntamiento y otro de 1.500 pesetas de don Carlos Godó, que fué

entregado al coronel del batallón, dirigieronse al muelle.

Eran las once y media cuando el batallón de Galicia llegó al embarcadero, y media hora después estaba ya instalado á bordo del *Montevideo*.

Cuando embarcaban en el vaporcito golondrina los últimos soldados de Galicia, el general Weyler, acompañado de las autoridades civiles y algunos generales y jefes y varios concejales se dirigieron al



FRANCISCO CANTE

(Ayudante del cabecilla Serafín Sanchez)

trasatlántico, cuyas dependencias recorrieron y examinaron, dirigiendo después el general una patriótica arenga á los jefes y oficiales de los batallones expedicionarios, y abandonando luego el *Montevideo*, que comenzó á levar anclas.

El aspecto del puerto y muelles mientras se verificó el embarque es indescriptible.

Millares de personas de todas las clases sociales llenaban por completo el muelle, los andenes del puerto y la explanada.

En los árboles, en las grúas, en los faroles del alumbrado público, en los balcones, en las azoteas, en todas partes, veíase gente que seguía con interés todos los detalles del cuadro que se desarrollaba ante su vista y que agitaba al aire sus pañuelos y vitoreaba á los soldados.

Formados en la explanada alta del muelle había piquetes de todos los cuerpos de la guarnición y las músicas que tocaban aires alegres y nacionales rodeados de una multitud compacta que bullía por todas partes.

Y en el puerto innumerables embarcaciones atestadas de gente que rodeaban el trasatlántico y cruzaban de un lado á otro agitando gorras y sombreros y contestaban á los vivas patrióticos, que desde la cubierta del *Montevideo* lanzaban al viento los soldados, daban al cuadro una indescriptible animación. Por todas partes oíanse entusiastas é incesantes vivas á España y al ejército.

Las fuerzas que embarcaron en el *Montevideo* fueron; 1.011 plazas del batallón cazadores de Barcelona, 1.000 y pico del de Galicia, 37 soldados del depósito de Ultramar rezagados de anteriores expediciones y cinco cabos sumariados por los sucesos de Mataró, que ingresaron en el batallón de Galicia.

El vapor llevó también á Cuba doce cañones de montaña sistema Plasencia, seis cureñas para cañones de ocho centímetros, trescientas cajas de cartuchos Maüser, setenta y dos cajas de fusiles del mismo sis-

tema, conteniendo veinte y cinco cada una, y otros pertrechos de guerra.

A las tres de la tarde zarpó el *Montevideo*, siendo escoltado hasta la boca del puerto por la multitud de lanchas y botes que durante la mañana le habían custodiado.

La salida del puerto del trasatlántico la presenció desde los muelles y las escolleras un público numeroso que agitaba gorras y pañuelos en señal de despedida.

Al perderse en las lejanías del horizonte la nube de negro humo que lanzaba al espacio la chimenea del vapor, aún quedaban de pie en el muelle las familias de los expedicionarios haciendo votos al cielo por su salud y por su pronto y feliz retorno á los patrios lares.





CAPITULO XIX

La ciudad del Turia á los batallones expedicionarios de Mallorca, Vizcaya y Tetuán.—El cardenal Sancha.—Los trasatlánticos *San Agustín*, *Santo Domingo* y *Gran Antilla*.—Accidente desgraciado.—Prueba de cariño fraternal.—Obsequios á las tropas.—El pueblo de Madrid á sus soldados.—El batallón de Asturias.—Su brillante historia.—Escenas tristísimas.—El batallón de Canarias.—Sus tradiciones guerreras.—Hecho curioso.—El campo no admite puertas.—¡Viva España...a...a!—El batallón de León.—Su historia militar.



ARIASE monótono, y fuera interminable, el extenso relato de todas y cada una de las despedidas que el pueblo español hizo á las tropas que formaron el segundo cuerpo de ejército expedicionario de Cuba.

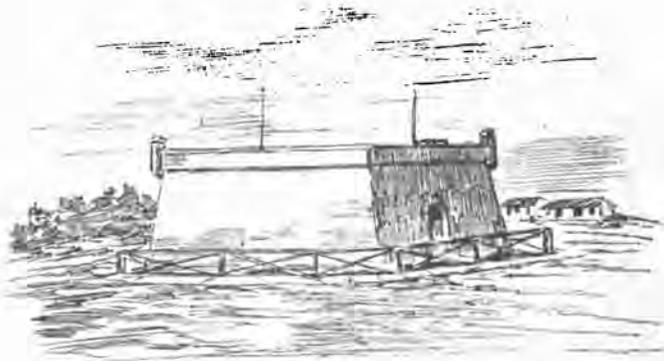
Nos habíamos propuesto dar cuenta á nuestros lectores de todas ellas, pero el temor de que su relato resulte prolijo y pesado, nos decide á resumir y poner fin á tan extensa reseña, describiendo como síntesis de la explosión de patriotismo que conmovió á toda la Península y tóvola en agitación constante y en continua efervescencia durante toda la segunda quincena del mes de Agosto, las que dispensó el noble pueblo de Madrid y la hermosa ciudad del Turia á las fuerzas de su guarnición destinadas á formar parte de la segunda expedición al teatro de la guerra.

A las cuatro de la mañana del día 27 se tocó diana en el cuartel

del Pilar, de Valencia, donde se alojaba el regimiento de Mallorca, que debía embarcar aquel día para Cuba.

Sirvióse á los soldados el desayuno, y precedido por la escuadra de gastadores y la música del regimiento dirigióse el batallón expedicionario al puerto, entre miles de personas que á su paso le saludaban con aclamaciones cariñosas y los despedían con abrazos efusivos y lágrimas de sentimiento.

En el muelle esperaban ya á los expedicionarios piquetes de la

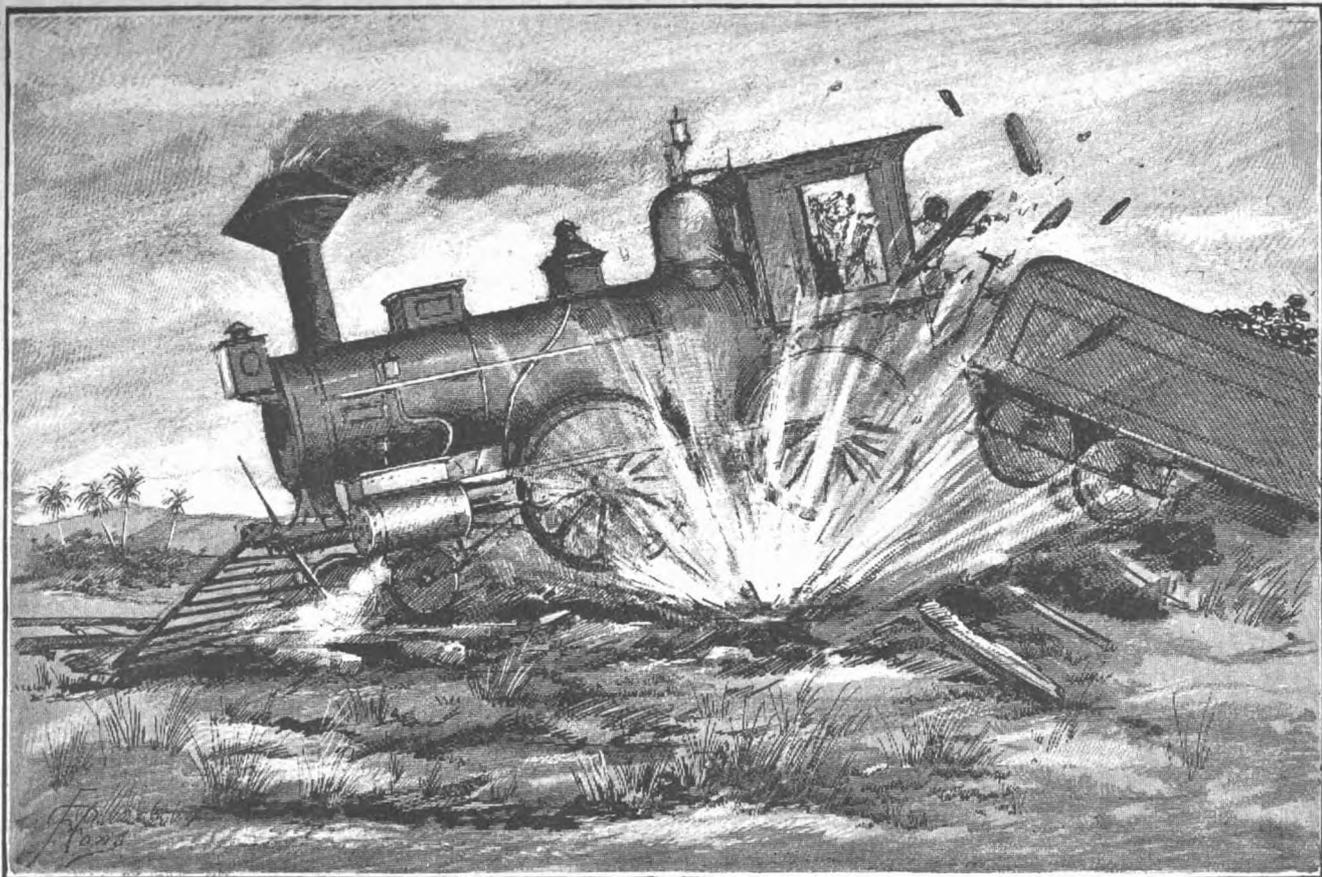


FUERTE «PELAYO»

guarnición con sus músicas, y un gentío inmenso que los recibió con aplausos y vítores.

Durante el embarque las músicas tocaron aires populares, y la multitud no cesó un instante de vitorear á España y al ejército y al batallón de Mallorca.

A despedir á los expedicionarios fueron á bordo del *San Agustín* el comandante general de aquel cuerpo de ejército, general Lasso, todas las autoridades y numerosas comisiones del Ayuntamiento y la Dipu-



EXPLOSION DE UNA BOMBA DE DINAMITA AL PASO DE UN TREN

tación, que repartieron cajas de habanos á los jefes y oficiales, y á las clases y tropa cigarros peninsulares y cigarrillos.

El cardenal Sancha, arzobispo de la diócesis, estuvo también á bordo del trasatlántico á despedir al batallón de Mallorca, dando su bendición á las tropas y dirigiéndoles sentidísima plática.

«Siempre he sido—dijo el sábio prelado—admirador entusiasta y cariñoso amigo del ejército, porque perteneciendo yo á un organismo como el clero, donde la disciplina más rigurosa y estrecha auna á todos sus miembros hasta el punto de constituir su ley fundamental, no podía menos de admirar á esa fuerza constituida para ser la salvaguardia de los intereses y del honor de la patria, el ejército español, que rinde culto ferviente y subordina todos sus actos á lo que la disciplina militar ordena y exige.

»De aquí que no pueda permanecer indiferente, ni pueda mirar impasible la marcha del batallón de Mallorca á la perla de nuestras Antillas para defender el pedazo de tierra que intentan arrebatár á la Madre patria los cobardes, traidores é ingratos insurrectos cubanos. Como español, como amigo y como prelado, debía yo venir á despedir á estos valientes soldados, á alentarles en su nobilísima empresa, á decirles que deseo, y no solo deseo, sino que tengo la esperanza firmísima de que estos hijos de España, que hoy dejan sus hogares, sus familias, sus amantísimos hijos, tal vez, han de volver á esta España, tan probada por los infortunios y las desgracias, cargados de laureles obtenidos en los campos de batalla.

»Sí, esta esperanza tengo; sois españoles, teneis fé, confiais en el Dios de los ejércitos, y por eso es indudable que vuestro paso por Cuba ha de ser, se ha de señalar por una série no interrumpida de memorables victorias.

»No está vinculado el triunfo al número de soldados. Recordad los heroismos de algunos jefes militares de la antigua Grecia, que, con un

puñado de soldados, vencieron el poder incontrastable de los persas; la batalla de las Navas en nuestra patria y aquella serie de triunfos que inmortalizaron al ejército de España, al ser ésta invadida por el poder extranjero, representado por el llamado capitán del siglo XIX.

»¿Cómo temereis vosotros á los que han sido dos veces ingratos, cobardes y traidores?

»¿Cómo podrán resistir á vuestro ímpetu, ni amortiguar ese entusiasmo que llevais impreso en vuestra alma, porque es el amor á la patria el que os anima para ir á la hermosa isla de Cuba?

»Vuestro enemigo será el clima ardiente de aquella tierra, pero si seguís los consejos de vuestros jefes, ese enemigo podrá muy poco contra vosotros.

»Id, pues, á defender la integridad de la patria. Os bendice para ello León XIII; os admira nuestra Reina; la patria entera os saluda con entusiasmo.

»Los que no tenemos el honor de acompañaros quedaremos aquí para rogar por el éxito de vuestras gloriosas empresas, para cuidar de que no falte el pan á las familias privadas desde ahora del fruto de vuestro trabajo.

»Id allá y que Dios os bendiga.

»¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Viva el ejército español! ¡Viva la religión!»

Los jefes, oficiales y soldados acogieron las palabras del prelado valentino con entusiastas aplausos y aclamaciones.

A las cuatro zarpó el *San Agustín*.

Durante el embarque y en la despedida se produjeron escenas conmovedoras.

El día 28 á las cuatro de la mañana tocóse diana en el cuartel donde se alojaba el batallón expedicionario de Vizcaya.

A las cinco se presentó en el cuartel, acompañado de sus familiares, el cardenal Sancha, quien después de oír la misa que en sencillo altar que se había levantado en el patio celebró el capellán del regimiento, dirigió á las tropas un hermoso y patriótico discurso y les bendijo al terminar.

A las seis salió del cuartel el batallón dirigiéndose al muelle acompañado de numeroso público.

A despedirle acudieron fuerzas de la guarnición y todas las autoridades militares y civiles.

A las siete empezó el embarque á presencia de numeroso público, que aclamó con entusiasmo á los expedicionarios.

Comisiones del Ayuntamiento y la Diputación obsequiaron á los jefes y oficiales con habanos, y con cigarros peninsulares, cajetillas y metálico á las clases y soldados.

A las diez zarpó el vapor *Santo Domingo*, escoltado por una flotilla de lanchas, desde las que las familias de los expedicionarios enviaban á éstos el adiós de despedida.

El 29 de madrugada salió en tren especial del campamento de Paterna donde estaba alojado, el batallón expedicionario de Tetuán.

A las seis llegó al puerto, no pudiendo embarcar porque no había llegado aún el vapor *Gran Antilla* que debía transportarlo á Cuba.

La fuerza y las autoridades que habían acudido al muelle á despedirle, hubieron de regresar á la ciudad, alojándose aquella, interin llegaba el vapor, en los cuarteles de San Juan de la Ribera, donde fué obsequiada con una suculenta *paella*.

A las diez de la mañana llegó á puerto el *Gran Antilla*, cuyo retraso fué debido á que salió de Barcelona con un andar calculado de

once millas por hora, resultando luego con una marcha de nueve, á consecuencia de haber sufrido la máquina una pequeña avería.

A las cuatro de la tarde salió del cuartel el batallón de Tetuán, precedido de la escuadra de gastadores y de la música del regimiento y escoltado por numeroso gentío que vitoreaba y abrazaba á los soldados.

El embarque se verificó sin otro accidente que el sufrido por el bizarro teniente coronel don Antonio Cesternes, á quien al llegar al muelle se le espantó el fogoso caballo que montaba, cayendo ambos al suelo y siendo aquel extraído de debajo del caballo con la tibia derecha completamente fracturada.

El bizarro militar, que iba á Cuba voluntario, obstinose en embarcar, diciendo que ya curaría por el camino.

Los médicos que le reconocieron y sus jefes se lo impidieron, siendo llevado á la casa del Secretario del Juzgado municipal del Grao, por impedir su estado la traslación inmediata á Valencia.

Asistieron al acto del embarque todas las autoridades civiles y militares, fuerzas de la guarnición y numeroso público, que vitoreó al ejército y á España.

Terminado el embarque, el cardenal Sancha que había ido á bordo del *Gran Antilla* á despedir á los expedicionarios, dirigióles la palabra



CORONEL HERNANDEZ

desde el puente del barco, siendo aclamado por las tropas.

Más de cien embarcaciones menores pululaban al rededor del trasatlántico, al que escoltaron hasta fuera del puerto.

Momentos antes de zarpar el *Gran Antilla*, encontróse escondido en el hueco de un rollo de cuerda ó cable que había sobre cubierta, á un muchacho de 16 años, que trataba de acompañar á Cuba á uno de los soldados, hermano suyo. A viva fuerza hubo que sacarle del buque entre lágrimas y súplicas para que le dejaran ir.

Los soldados fueron obsequiados por la Diputación con cigarros y mil pesetas, y por la Compañía arrendataria de tabacos con ocho mil cajetillas.

Serían próximamente las seis de la tarde, cuando el *Gran Antilla* cobró amarras y se puso en franquía, abandonando el puerto del Grao entre las entusiastas aclamaciones del numeroso público que desde los malecones del muelle presenciaba su salida.

Otra vez tocóles en suerte á las fuerzas que guarneían la villa y corte, salir de Madrid para ir á combatir en la manigua á los enemigos de la patria.

Y de nuevo el pueblo madrileño abandonó sus casas y sus faenas para ir á despedir á sus soldados; á aquellos valientes que iban á exponer la vida en defensa de la integridad de la nación; á aquellos bravos que marchaban alegres á ponerse frente á las balas enemigas, con la alegría y el entusiasmo que proporciona el cumplimiento del deber y el amor á la patria; á aquellos soldados pundonorosos que, como canta la copla,

¡sabe Dios si volverán!...

El primero de los batallones que el día 27 salieron de Madrid para ir á embarcar en el puerto de Cádiz, fué el de Asturias, número 31, procedente de Alcalá.

Este cuerpo, de brillante historia, conquistó con justicia el sobrenombre de *El cangrejo*, porque jamás en sus retiradas volvió la espalda al enemigo.

Ha luchado con heroísmo el regimiento de Asturias desde la guerra de Sucesión, hace cerca de dos siglos, hasta la segunda guerra civil, hace cuatro lustros.

Desde el asalto de Egea de los Caballeros en 1704, ha ido por doquiera ondeando el pabellón nacional.

En 1707, según recuerda elocuentemente el capitán Gil Alvaro, atraviesa el río Aragón, con agua á la rodilla, hace huir al enemigo, le causa bastantes bajas y le coge prisioneros, armas y banderas.

Con 400 soldados sostiene en 1732 su famosa retirada en el barranco de la Sangre; reconquista la plaza asaltada por el enemigo, y repele después valerosamente el terrible empuje de los árabes.

En el sitio de Tortosa rechaza valerosamente al enemigo, que había tomado el arrabal de Remolinos por sorpresa, y en la toma de Barcelona, en 1814, asalta intrépidamente la muralla de Puerta Nueva y se precipita en el interior del recinto, acuchillando á cuantos se oponen á su paso triunfal.

Lucha con arrojo en las guerras de Italia, y asalta denodado los parapetos en el ataque de la línea atrincherada de Villafranca, siendo el primer cuerpo que enarbola sus gloriosas banderas en las baterías enemigas.

Y así va de triunfo en triunfo el regimiento de Asturias, que en las guerras de Africa defiende con heroísmo el honor de la patria, aún muriendo el coronel y otros jefes.

Y en la guerra con Francia lucha con denuedo en la campaña de

Rosellón, y en Sara y Castel-Piñón, y en el Collado de Izpegui, que reconquista, y en Hendaya, en las alturas de Gorramendi, Tolosa, Muscurucho y Collado de O. Larregui.

Y en la guerra con Inglaterra obligan á volver á sus buques á los británicos desembarcos en la ensenada de Dánimos.

Y en la de la Independencia sostienen los bravos de Asturias el combate de la línea de Orbigo, y se cubren de gloria luchando en el Puerto de Pajares y en el Puente de los Fierros, y más tarde en Vitoria y en las alturas de Soroa, y descuellan por brillantísimas cargas á la bayoneta en Mendiele, Viriatu, Calvario y Santa Bárbara, y humillan á las águilas francesas en la célebre batalla de Tolosa.

Y combate y destroza y vence muchas veces este valiente cuerpo á los mexicanos en la guerra en América, en la que obtuvo por sus brillantísimos méritos dos escudos honoríficos y la cruz de Borgoña.

Y demuestra su extraordinario valor en la guerra Constitucional, luchando en Málaga y en Lérida.

Y en la guerra de Africa rechaza muchas veces á los moros con indescrptible intrepidez, y se corona de gloria en Wad Rás.

Y se bate con arrojo en la Revolución.

Y más tarde en la guerra civil, conquista lauros inmarcesibles para su corona, asistiendo á las acciones de Montejurra, Zaragoza, Laguardia, Montañó, San Pedro Abanto, Monte Arenillas, Monte Llano, Alturas de Saldama, Monte Abil, Monte Muro, San Márcos, Choritoquieta, Peña Cerrada, Salvatierra, Elgueta y Mofiazarras, y asiste, en fin, á la gloriosa batalla de Treviño, siendo el primer cuerpo que consigue entrar en el pueblo.

Ese cuerpo, ese brillantísimo regimiento de Asturias, que puso siempre en los hechos de armas en que tomó parte á tan inmensa altura su nombre, y popularizó su sobrenombre de *El Cangrejo*, fué el primero que envió uno de sus batallones á embarcar en Cádiz, con rumbo á Cuba.

¡Pluguiera al cielo que esta vez, como tantas otras, volviera del teatro de la guerra el heroico batallón de Asturias y vinieran todas nuestras tropas cubiertas de gloria, sometido y aniquilado el enemigo de la patria!

* * *

* Procedente de Alcalá llegó á Madrid el batallón á las seis y media de la mañana, y verificado el embarque de material sanitario y de guerra, partió nuevamente á las siete y media.

A su llegada hallábanse en la estación el gobernador militar, general Sánchez Gómez, y el general Ortega, el alcalde accidental, don Joaquín de la Concha Alcalde, y varios concejales y comisiones de los cuerpos de la guarnición.

El tren había llegado, y partió, antes de la hora que se había anunciado. Por esto muchas familias y gran número de personas no llegaron á tiempo de despedir á los expedicionarios. Sin embargo hubo bastantes de aquellas que provocaron tristes escenas.

La que más impresionó entre todas fué la despedida de una pobre madre que se separaba de su hijo con desesperación.

Los gritos de la desventurada hicieron que se acercara á prodigarle frases de consuelo el jefe del batallón, teniente coronel señor Moragas, ante quien se arrodilló hecha un mar de lágrimas la infeliz mujer pidiendo que le cuidara el hijo de sus entrañas.

—El cielo querrá devolvérselo á sus brazos, señora,—dijo visiblemente emocionado ante aquella escena el bizarro militar.

—¡Y yo pediré al cielo por él y por usted!—repuso la acongojada madre, que abrazó y besó al jefe de su hijo, y se echó después en los brazos de éste, derramando amargo llanto...

Pero llegó la hora, se oyó la señal, y el convoy militar partió, sin que le fuera posible alcanzarle á un oficial que por asirse á uno de los vagones del tren en marcha, fué derribado á tierra, saliendo milagrosamente ileso.

Al partir el tren se oyeron aclamaciones á la patria y al ejército, y



FUERTE HURIACH, DESTRUIDO POR LOS INSURRECTOS

se vió desplomarse á tres ó cuatro mujeres y á un hombre que no pudieron resistir la emoción de separarse de sus seres queridos.

Entre tanto, oyóse sollozar amargamente á aquella pobre madre; y entre gritos y suspiros se la oyó balbuciar una oración, y pronunciar los nombres de su hijo y de su jefe...

La infeliz parecía una loca.

* * *

Eran las tres de la tarde cuando en la explanada del cuartel de San Francisco, donde se alojaba, se formó el batallón expedicionario de Canarias, el cual, revistado por su coronel y rodeado por inmensa multitud, se dirigió á la estación del Mediodía.

No son numerosas las tradiciones guerreras del regimiento de Canarias, número 42, que es de creación moderna.

El primer batallón, siendo cuerpo de reserva independiente, concurrió á la segunda guerra civil.

Cuenta el regimiento de Canarias, entre sus hechos más bizarros, la acción de Bortedo, Celadilla y Antuñano, en la cual, según refiere el citado capitán Gil Alvaro, después de una penosísima marcha de noche, tomó denodadamente al amanecer las posiciones enemigas.

Las acciones de Ramales, Quincoces y Verberana, aumentaron su crédito de valor y disciplina, y en la de Peña Complacera sorprende y admira, pues con la intrepidez de las más aguerridas tropas, lánzase sobre las trincheras carlistas y las toma en brillantísimas cargas á la bayoneta.

En las acciones de Medianas, Carrasquero y Bóveda, da alto testimonio de su denuedo.

En la de Celadilla y Antuñano ataca y toma con coraje y brío las posiciones del adversario, distinguiéndose por su intrepidez el teniente don Manuel Jimeno Jimeno y soldados Antonio Castro y Andrés Santos, que adelantándose á más de cien pasos á las guerrillas, entraron los primeros en las trincheras. En la toma de Valmaseda demuestra otra vez su bizarría, y en la del fuerte de Sodupe y Mendaro (1876), rivaliza en arrojo con los más antiguos y distinguidos cuerpos.

*
*
*

En marcha el batallón por las calles del tránsito, fué saludado desde puertas y ventanas y balcones, y desde las aceras, donde en dos interminables filas se hallaba formada una compacta muchedumbre:

Muchas aclamaciones se oyeron á la patria, al ejército, á la infantería española y al batallón de Canarias.

Pero hemos de consignar y hacer mención de un hecho verdaderamente curioso.

Al pasar el batallón por delante de un hotel de la calle Mayor, hallábanse en los balcones de este dos hombres *de color*.

Verlos las tropas, verlos la muchedumbre, y prorrumpir todos en una aclamacion, fué obra de un instante.

No hubo entónces vivas al ejército, ni á la infantería, ni al batallón, ni á nadie; ni tampoco mueras.

Hubo, si, un solo viva espontáneo, entusiasta, prolongado; un viva patriótico, arrancado por la presencia de los dos morenos; un grito de ¡Viva España!

Y este viva se oyó largo rato, repercutió en todo Madrid, hasta perderse á lo lejos...

Y las tropas siguieron alegres la calle, cruzando la Puerta del Sol, la Carrera de San Jerónimo, la plaza de las Cortes, y el Salón del Prado, siempre saludadas, siempre aclamadas y vitoreadas.

Muchas mujeres regalaron sus abanicos á los soldados, que con el peso de las mochilas iban sudando, á pesar de sus trajes de rayadillo.

Entre aquella multitud había muchas madres de los soldados que se abrazaban á ellos, acompañándolos hasta la estacion de Atocha.

Allí se despidieron, antes de entrar en ella las tropas, porque es-

taba prohibido el paso á quien no llevara el traje de rayadillo y la mochila.

Entre una compacta masa humana pasan las tropas desde la Puerta de Atocha hasta las puertas de la estación, y penetran en los andenes.

La confusión entonces fué horrible.

De poco sirvió la prohibición de la entrada, porque ¡vaya usted á poner puertas al campo y diques á un torrente!

La multitud entró violentamente en la estación y se posesionó de los andenes y de la vía, y las madres volvieron á abrazar á sus hijos, las hermanas á sus hermanos, y se reprodujeron las escenas conmovedoras, las escenas tiernísimas desarrolladas minutos antes en la Puerta de Atocha.

Y hubo lágrimas, y hubo síncope, y despedidas alegres, y risas, y promesas, y aclamaciones.



El embarque fué presenciado por el ministro de la Guerra, general Azcárraga, el capitán general, señor marqués de Estella, los generales Molins, Rivero, Campos y otros; el Obispo de Sión, como vicario general castrense, el gobernador civil, el alcalde interino, los secretarios del Gobierno civil y Ayuntamiento, el coronel de Canarias, señor Palacios, y varios concejales y muchos jefes y oficiales de todas las armas.

La banda del regimiento expedicionario tocó durante el embarque del mismo la marcha de *El tambor de granaderos* y la zarzuela *Campanero y sacristán*, y otras varias.

El general Primo de Rivera ordenó á las seis menos cuarto el to-

que de marcha, y entre los acordes del paso doble de *Cádiz* y las aclamaciones de la multitud, partió el tren prorrumpiendo el batallón de Canarias y el pueblo de Madrid, al arrancar el mónstruo de hierro, en un viva patriótico, entusiasta, prolongado...; como si aun estuvieran viendo á la gente *de color*:

—¡Viva Españaaa!

Al siguiente día, salieron también de Madrid fuerzas de infantería para el ejército de Cuba, y como el día anterior, hubo gran animación en las calles que recorrieron las tropas, y hubo escenas entusiastas y escenas dolorosas, en la estación del Mediodía.

Fué el primero de los batallones expedicionarios, que el día 28 salió de Madrid, el regimiento de León.

Tiene conquistada su fama de valiente este cuerpo principalmente por la impetuosidad de sus cargas á la bayoneta, demostradas por modo «inverosímil» en la batalla del Cerrillo, en la que «deshizo y desbarató la caballería americana, cargando sobre ella impetuosamente á la bayoneta,» se distinguió juntamente con Granada, en la ocupación de Cartagena, conquista de la isla Margarita, defensa de Montevideo en 1812, acciones de Antioquía, Sierra Alta y sorpresa de Turbaco en 1821, en la que por su arrojo denodado obtuvo el «escudo honorífico,» que fué sustituido más tarde por la moderna corbata de San Fernando.

Este regimiento mereció el sobrenombre de *El Arcabuceado*, porque no dejó nunca de entrar á pelear en lo más recio de los combates.

Salió de Madrid el batallón de León á las siete y media de la mañana, siendo despedido en la estación del Mediodía por buen número de personas, siquiera lo desusado de la hora restase mucho público.

En los andenes y en sus alrededores se dieron muchos y muy entusiastas vivas á España y al ejército.

Las tropas iban mandadas por el bizarro teniente coronel del regimiento, don Cándido Macías.

Despidieron á los expedicionarios el ministro de la Guerra, el capitán general de Madrid, el gobernador civil, señor conde de Peña Ramiro; presidente accidental del Ayuntamiento, señor Concha Alcalde; de la Diputación, señor España; varios concejales, secretario del Ayuntamiento, señor Ruano, y gran número de generales y oficiales de todas las armas.

Se situaron y formaron las tropas en el lugar llamado *La Campanilla*, y allí se dió la orden de embarque.

A la hora anunciada se oyó el toque de marcha, y el tren militar partió entre calurosas aclamaciones á España y á sus valientes soldados.

* * *

El embarque del batallón del Rey se verificó por la tarde, como se había efectuado por la mañana el de León, en *La Campanilla*, y la concurrencia que allí acudió á despedirle fué inmensa.

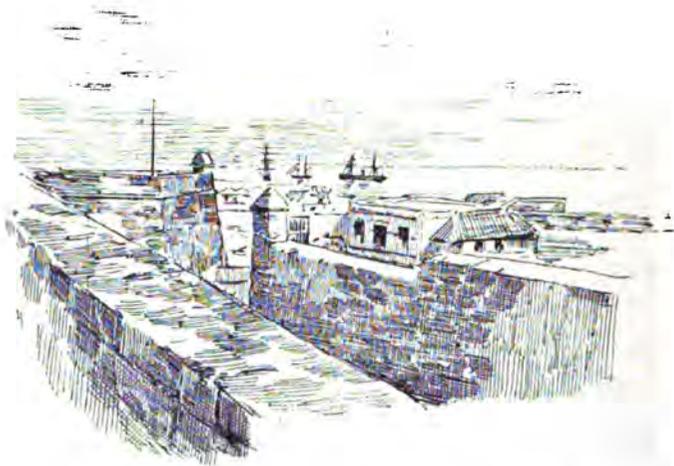
La historia del regimiento del Rey, el cual goza el privilegio de ostentar con la bandera nacional el pabellón morado de Castilla, es de las más gloriosas de nuestro arrojado ejército.

En los doscientos años que lleva de existencia, ha tremolado su pabellón en más de cien combates, y delante de sus bayonetas han huído muchas veces los enemigos de España.

En Francia, en Inglaterra, en Italia, en Portugal y Africa, los soldados del *Inmemorial* del Rey se cubrieron de gloria, tomando ciudades y haciendo que al toque de sus cornetas no quedaran adversarios que combatir en el campo de batalla.

El regimiento del Rey arrojó á los franceses de Pamplona y de Osuna; en la guerra civil venció en Villanueva, Balbarin, Bemón, Castrojera, Montejurra, Baracaldo, Ariaga, Azúa, Ojalla, Arciniega, Sodupe y Morella, y acompañó al general Espartero en el bombardeo de Esperanza y Torreblanca.

Formó parte del ejército español que fué á Italia en 1849 para asegurar el trono pontificio, y el Papa Pío IX bendijo las banderas, ro-



CASTILLO DE SAN SEVERINO (Matanzas)

gando á Dios por la prosperidad del ejército de nuestra patria.

Han mandado el regimiento ilustres próceres como el conde-duque de Olivares, don Luis Méndez de Haro, el marqués de Mondara, el conde de Humanes, el duque de Veragua, el marqués del Carpio, el conde de Puñonrostro, el marqués de Charny, el conde de Aranda, el duque de Fernan Núñez, el conde de Negrí, don Joaquín Cos Gayón, don Santos Arbert Laguna y don Enrique Orozco, actualmente su coronel.



UNA SECCION DE CABALLERÍA ATRAVESANDO UN RIO

En este regimiento sentó plaza como voluntario el rey don Alfonso XII.

En el acto del embarque del batallón del Rey se reprodujeron las escenas tiernísimas de los anteriores; los hijos fueron despedidos por sus madres entre lloros y lágrimas; los vendedores repartieron gratis agua y aguardiente entre los soldados; las mujeres del pueblo les entregaban sus pañuelos y sus abanicos... y el tren partió al fin, entre los acordes de la marcha de *Cádiz*, y entre los aplausos y aclamaciones del pueblo de Madrid, que gritaba con entusiasmo:

—¡Viva España! ¡Viva el ejército!

Mientras, una mujer del pueblo, una valiente madrileña, con el cabello blanco y arrugas en la cara, madre de uno de los soldados del Rey, que partía á luchar contra los enemigos de la patria, gritaba con desesperación, como si le sobraran alientos para arremeter contra todos, como si su amor de madre la moviera á arrostrar todos los peligros para defender á su hijo:

—¡Cobardes, cobardes; que vengan aquí!

Y miró al tren entre velos de lágrimas, hasta perderle de vista, y al verle alejarse arrastrado por la poderosa fuerza motriz del mónstruo de hierro pensó en volver á abrazar á su hijo, en los años que á ella le quedaran de vida, en los que morirán en Cuba, en los que volverán de la guerra...

*
* *
*

El batallón de Asturias llegó á Cádiz el 28 á las nueve de la noche.

Le esperaban en la estación el elemento militar con músicas y un numeroso gentío que lo recibió con vivas al ejército y gran entusiasmo.

En los muelles el gentío rodeó al batallón aclamándolo en el tránsito hasta los cuarteles.

La ovación que el pueblo gaditano hizo al batallón de Asturias fué extraordinaria.

A las cinco de la mañana del día siguiente embarcó en el *León XIII* ante un numeroso público que le despidió con entusiastas demostraciones de cariño.

Durante toda la noche del 28 reinó gran animación en la ciudad.

La gente se preparaba á recibir al batallón de Canarias, formado por gaditanos.

Las tiendas de bebidas y cafés estaban llenos de gente, y por las calles discurrían numerosos grupos de hombres y mujeres, formados por las familias de los expedicionarios que se dirigían á los muelles de la estación.

A las cuatro de la mañana llegó el tren militar que conducía al batallón de Canarias.

Las tropas fueron recibidas con músicas y vivas entusiastas.

Las mujeres asaltaban el tren y caían acometidas por síncope, siendo milagroso que no ocurrieran desgracias. Entre los expedicionarios y sus familias se desarrollaron escenas conmovedoras.

El batallón acampó fuera de los andenes, rodeado por las familias de los soldados, formando un cuadro imposible de describir.

Sentados todos en el suelo, confundidos militares y paisanos, las madres abrazaban á sus hijos, exhalando ayes desgarradores.

Los soldados, más serenos, procuraban consolarlas.

Hasta las ocho de la mañana permaneció el batallón acampado en las inmediaciones de la estación férrea.

A esa hora se tocó á formar, haciéndolo juntos los soldados y sus familias.

El batallón ofrecía un aspecto especial, un conjunto pintoresco, un

cuadro abigarrado de hombres, mujeres y ^{chiquillos}, todos abrazados al cuello y á las piernas de los soldados.

Así se dirigieron á los muelles.

A las nueve de la mañana comenzó el embarque, produciéndose escenas tristísimas y desgarradoras.

Las madres en el paroxismo del dolor al ser separadas de sus hijos, pretendían embarcar y marchar á Cuba con ellos, no permitiéndoles partir y prorrumpiendo en gritos desgarradores cuando se les arrancaban de sus brazos.

Los soldados, profundamente emocionados y derramando alguna lágrima al separarse de sus madres, se embarcaban apresuradamente.

El embarque duró más de una hora. El momento de zarpar las balandras fué terrible. La multitud prorrumpió en alaridos, ayes, é imprecaciones.

Fué aquel un verdadero día de luto para Cádiz.

A las cinco y media de la tarde zarpó el *León XIII*.

En el momento de ponerse en franquía el trasatlántico los muelles y las murallas estaban atestados de gentes que contemplaban con los



MR. GRESHAM

ojos arrasados de lágrimas la salida del vapor y enviaban el último saludo de despedida á los expedicionarios.

* * *

A las siete de la tarde del 29 llegó á Cádiz el batallón de León.

La locomotora y los vagones iban adornados con banderas formadas con los pañuelos de los soldados. Esperaban á éstos el elemento militar, las músicas y muchos curiosos, que los recibieron con entusiasmas vivas al ejército y á España.

Las tropas se alojaron en los cuarteles, donde pasaron la noche, y al día siguiente, á las siete de la mañana, dirigieron al muelle para embarcar en el vapor *Colón*, encontrándose al paso á las cigarrerías que se dirigían á la fábrica. Las obreras vitorearon á los soldados, regalándoles lo que constituía su almuerzo; fruta y pan.

A las tres de la madrugada del 30 llegó á la estación el tren especial que conducía al batallón del Rey. Como no se le esperaba hasta el amanecer no se encontraba en la estación el elemento militar.

El batallón acampó fuera de andenes para esperar que amaneciera.

Al amanecer llegaron á la estación los generales y los jefes y oficiales de la guarnición y una banda de música.

Inmediatamente se dirigió la tropa al muelle para embarcar en el *Colón*.

Hasta las nueve de la mañana no comenzó el embarque, á causa del estado del mar. Durante la espera los soldados, acampados en el muelle y formados en grupos y sentados en el suelo, almorzaron con servas, embutidos y frutas.

En otros grupos los soldados cantaban al sonido de guitarras, pandequetas y castañuelas.

A esa hora aumentó el público formado en su gran mayoría por las familias de los expedicionarios, que habían ido desde Huelva para despedir á sus hijos ó esposos.

Durante el embarque ocurrieron innumerables escenas conmovedoras; como que la mayoría de los expedicionarios eran reservistas y estaban casados.

La multitud lanzaba atronadores vivas á España y al ejército cada vez que salía un vaporcito trasportando tropas al trasatlántico.

A bordo del *Colón* iban en junto 2.634 hombres.

El buque zarpó á las ocho de la noche con rumbo á la Gran Antilla.

¡Plegue al cielo veamos retornar en breve, sanos y salvos y con el lábaro de la victoria, al seno de sus abandonadas familias, á todos los soldados que constituyeron el segundo cuerpo de ejército expedicionario de Cuba!





CAPITULO XX

Voto de calidad.—Juicio y efecto que produjo en la isla y en el extranjero la acción de Valenzuela ó combate de Peralejo.—Juicio sobre el estado de la insurrección.—Atinadas observaciones acerca de la solución del problema cubano.—Un artículo del *Diario de los familias*, de la Habana.—Saqueo del poblado de Rojas.—El cabecilla Bolaños.—Salvajadas de los filitusteros.—La partida del bandolero Matagás.—La insurrección en la provincia de Matanzas.—Encuentro en Sabana Torres.—Los insurrectos de Santa Clara.—Incendio y destrucción.—Noticias oficiales de la campaña.—Aumento de la insurrección.—Telegramas oficiales.

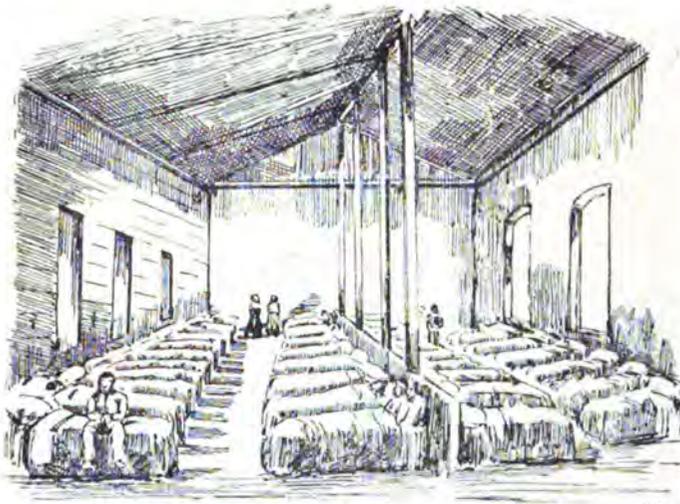


E una carta de la Habana que á mediados del mes de Agosto recibimos por vía extranjera, suscrita por una de las más ilustres figuras de la política y del foro en Cuba, á quien nos dirigimos en demanda de que nos aclarara algunos puntos oscuros de la marcha del general en jefe á Bayamo y otros dudosos acerca del verdadero resultado del combate de Peralejo, entresacamos los siguientes párrafos:

«No porque deploramos y no estemos conformes con la política que sigue el ilustre general Martínez Campos, como gobernador general de la isla, ha de desconocerse el mérito extraordinario por el mismo contraído, como general en jefe de este ejército en operaciones, al arriesgar su persona, como hubiese podido hacerlo el más joven y ambicioso de los jefes que aspiran á ganarse una faja, y dirigir el largo y sangriento combate con admirable sangre fría, fortaleza y pericia superiores á todo encomio.

Las pasiones políticas y no políticas querrán desconocerlo; pero después de haberme informado por personas de mi confianza de los hechos, me resisto á participar de tamaña injusticia, muy refractaria á mis hábitos y á mi manera de ser. Crea usted que el general ha hecho una verdadera proeza.

Lo que no se sabe bien es el móvil que le guiaba. Mas no pudo ser otro que el de desbaratar á todo trance y aun con riesgo de su vida,



HOSPITAL MILITAR DE SANCTI SPIRITUS

la concentración que de atrás se sabía pensaban efectuar los jefes insurrectos con ánimo de simular la constitución de un Gobierno y suggestionar la opinión pública en los Estados Unidos, sorprendiendo á Bayamo y á Manzanillo, procurando sostenerse en alguna de estas poblaciones algún tiempo y entregándolas á las llamas cuando hubieran de evacuarlas.

El general logró su propósito, y esto sólo constituye ya su indiscutible victoria.

Si el general hubiese podido disponer durante la acción de mayor número de fuerzas, acaso habría deshecho el núcleo principal de la insurrección.

* * *

Respecto á la marcha de los sucesos en la Gran Antilla hízonos el ilustre informante observaciones tan importantes é indicaciones tan atinadas para el mejor éxito de la campaña, que no podemos resistir á la tentación de reproducir sus más interesantes párrafos:

«El efecto de la acción de Valenzuela ó Peralejo, como ahora se la designa, tiene de todo. El concepto del general está más alto que nunca, si es que podían caberle á nadie dudas sobre su valor y pericia táctica, pues ha hecho prodigios de serenidad, heroísmo y fortuna, que van dando á conocer los testigos presenciales.

El *Washington Post*, importante periódico de la capital de los Estados Unidos, pone al frente de su relato de la acción este primer epígrafe ó *heading*, como se dice en el periodismo americano, que cultiva como usted sabe, el *epígrafe*, poniendo cuatro ó cinco á cual más llamativos, á cada artículo «De Campos is a hero,» es decir: «De Campos es un héroe.» Y este juicio, aceptado unánimemente por la opinión, con vista del suceso, será sin duda consagrado por la historia.

Pero es evidente que la trascendencia y extraordinaria resonancia que por esto mismo ha tenido el encuentro, resultan muy aprovechables para el laborantismo, que presenta el hecho como una prueba de la vitalidad y fuerza de la insurrección, lo cual anima á los desafectos y sirve al propósito de los conspiradores del exterior. En este sentido, ojalá hubiese podido el general Campos esquivar la aventura que pudo costarle la vida. Yo no creo, sin embargo, que se lanzase á ella por capricho, como propalan los que se muestran descontentos porque no

ha querido aún abandonar el sistema de humanidad y atracción que viene siguiendo, sin acentuar la inclinación hacia la derecha, que empezaba á tomar la política.

No: yo no creo que el general se lanzase á capricho en tamaña aventura. Había un peligro serio que conjurar. Los insurrectos habían operado una gran concentración. Trataban de constituir gobierno en la manigua, atacando luego de improviso á Bayamo, Tunas ó Manzanillo, y desde alguno de estos lugares sorprender á la ya predispuesta opinión norteamericana. El golpe era de efecto, y había que contrarrestarlo.»

«Mas prescindiendo del interés dramático y posible transcendencia de este encuentro, por haberse hallado en él con tan grave riesgo el general en jefe, nada pasa, ni aun en Oriente, que deba causar extraordinaria inquietud; aunque lo que sucede es, sin duda, muy bastante para que todo el mundo se preocupe y para que no omita el Gobierno las medidas de guerra ni las sanas providencias políticas, que deben y pueden impedir la agravación del peligro.

* * *

Fuera de Oriente,—dígase lo que se quiera,—la insurrección, rechazada por la gente de arraigo, no prospera. En la provincia de Santiago de Cuba tampoco cuenta con las simpatías de las personas verdaderamente serias del país. Cuenta, sí, con una importante masa de hombres de color, para quienes el clima no tiene desventajas y peligros. Exceptuando á Massó—anciano achacoso, cuyos disgustos con Maceo son ya notorios, pues no quiere autorizar la devastación de los campos de Manzanillo,—y de Miró Argenter, catalán y antiguo cabecilla carlista, no conozco en Oriente jefes de prestigio que no sean de color.

Para dominar el levantamiento oriental y dominarlo pronto, nece-

sítanse muchas tropas, habilísima dirección militar y una acertada política que aproveche los gérmenes de honda disensión étnica y social que ya trabajan á la hueste rebelde, como la trabajaron y enervaron hace veinte años, dando á los elementos liberales adictos á la causa del orden y de la nacionalidad toda la fuerza moral que necesitan. Porque el peligro está en que ese fuerte núcleo de Oriente ejerce sobre las imaginaciones un influjo temible y constituye para los conspiradores que no descansan en los Estados Unidos, Haiti, Jamáica y otros puntos, una base de operaciones cuya importancia sería pueril desconocer.»

«Creo, pues, firmemente que si se quiere llegar á una solución verdaderamente pacífica, que asegure el porvenir, es indispensable concertar y completar la acción de las armas con la de la buena política, en sentido de progreso y libertad, para desarmar de una vez el pesimismo que ha dado á la revolución la relativa fuerza que tiene. Hace falta, en otros términos, acumular todos los medios necesarios para que la campaña de invierno sea decisiva, para guardar eficazmente las costas (esto es capitalísimo), sin poner demasiada confianza en las ofertas del gobierno de los Estados Unidos, pues su sistema ú organización no le permite ser muy eficaz, y para que la administración militar sea lo que debe ser; pero al mismo tiempo es indispensable mantener un sentimiento muy liberal, muy justiciero y consecuente, probando con hechos que las reformas votadas por las Cortes no están á merced de los rebeldes, y oponiendo fuerte dique á la reacción, que clama por temerarios retrocesos y sanguinarios rigores, que solo servirían para exacerbar aquí los ánimos, para reforzar las filas insurrectas y para dar pretextos y ocasiones á los amigos y simpatizadores que tiene en la vecina República el movimiento. No creo que á un hombre de la superioridad mental y moral de Cánovas, pueda ocultársele la intensa complejidad de nuestros problemas actuales.»

El *Diario de las Familias* de la Habana, en un artículo que aquellos días publicó con el título de *El espíritu público se anima*, decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«El país solo anhela la paz y se halla dispuesto para conseguir tan supremo bien, á llevar á cabo todo género de sacrificios.

En estos días se han repetido elocuentes ejemplos de semejante tendencia en tan levantado espíritu patriótico, con el donativo de más de seis mil pesos hecho por el señor conde de la Mortera para la adquisición en los vecinos Estados Unidos de una lancha cañonera para auxiliar á nuestra Marina de

guerra en la guarda de las costas de Cuba. Una modesta institución, «La Lonja de Víveres,» dirigida hoy día por el alcalde de la Habana, señor don Antonio Quesada, ha donado igualmente á nuestro celoso y activo general de Marina más de veinte mil pesos para la adquisición de otras cuatro lanchas; y, por último, la casa naviera de «Sobrinos de Herrera,» ha prestado gratuitamente mientras dure la

guerra uno de sus mejores remolcadores. Y volviendo á la «Lonja de Víveres,» no puede pasarse en silencio el gran servicio que, además del expresado donativo para la Marina, está realizando por medio de una suscripción entre todos los gremios y clases del comercio con destino



TEN.^{te} CORONEL FRANCISCO SAN MARTIN

á la creación de dos numerosos escuadrones de caballería que ofrecen al Gobierno, destinándolos á la campaña. Uno de estos escuadrones se encuentra ya completamente listo y equipado, y no tardará en organizarse el segundo, por los constantes esfuerzos de la dirección y Comisiones respectivas de la «Lonja.»

Tales hechos son una prueba evidente de la largueza del comercio de la Habana, por estrechas que sean las circunstancias que atravesase, cuando se trata de los altos intereses de la patria. Nuestros comerciantes é industriales, grandes y pequeños, responden siempre á los estímulos del patriotismo y nunca rehusan su concurso á todo lo que afecta al bien público. Elogio es este que se les debe en estricta justicia.»

El domingo 28 de Julio, á las primeras horas de la mañana, empezó á circular en San Juan de los Remedios el rumor de la proximidad á la ciudad de varias partidas insurrectas.

En dicho día, en efecto, el poblado de Rojas, de aquella jurisdicción, desprovisto en absoluto de fuerzas, fué invadido por treinta ó cuarenta hombres, al mando de un tal Bolaños, los cuales saquearon la tienda y desbalijaron por completo los anaquelas del establecimiento del señor Alvarez, y se entretuvieron después en destruir el aparato telegráfico de la estación del ferrocarril de vía estrecha.

El jefe de aquella banda de foragidos era un criminal de pésimos antecedentes, á quien se seguía causa por homicidio perpetrado en Caibarién en los últimos meses del año anterior.

Sus instintos, al decir de los que lo conocían, eran salvajes.

Al día siguiente, á las cuatro de la tarde próximamente, al pasar el tren descendente de pasajeros, de vía estrecha, desde Placetas á Cai-

barián, por la segunda ó tercera curva de las trece continuadas que existen en el Seborucal, distante un kilómetro de Rojas, interpusieron - se por los insurrectos varias piedras en la vía, que pudo librar el maquinista don Juan Mainé, imprimiendo mayor velocidad á la locomotora.

Mas al ver los autores de la salvajada que no habían conseguido su criminal intento de descarrilar el tren, le dispararon una descarga, introduciendo varias balas en el alijo y en los carros, saliendo contuso un pasajero por efecto de un proyectil que, perforando las maderas del coche de tercera, fué á dar en la pierna derecha del paciente, que era un joven barbero apellidado Gallardo, vecino de Remedios.

En el tren iban ancianos, niños, mujeres y hombres indefensos.

El hecho se atribuyó también á Bolaños y su gente.

* * *

Por aquellos días, otra partida de bandidos detuvo en la estación de Venero, provincia de Santa Clara, el tren de carga número 22 de la empresa de Matanzas, obligándole á retroceder á Cumanayagua.

De la estación telegráfica de Venero se llevaron el aparato telegráfico, y de la tienda de un tal Victorio efectos y dinero.

El Venero es la última estación de la prolongación del ferrocarril de Sabanilla, en dirección á Cienfuegos.

No existía allí más que la estación montada en un carro y el establecimiento del citado Victorio.

Dicha partida se supuso fuera la del bandido Matagás, que pocos días antes estuvo con doscientos hombres en Aguada de Pasajeros, robando caballos, efectos, monturas y dinero.

El gobernador militar de la provincia de Matanzas, tomó las medidas oportunas para la persecución activa de dicha partida.

A propósito de estos sucesos, escribieron á nuestro corresponsal en la Habana desde Aguada de Pasajeros.

«Las partidas que de golpe y porrazo se han presentado en varias haciendas de esta jurisdicción, se hacen ascender, en conjunto, á más de cuatrocientos hombres. Las capitanean Matagás, Basilio, Arencibia y un tal Lobato, estos dos últimos vecinos que han sido hasta ahora del Jeguí, lugar situado en la ensenada de Cochinos.

Varios vecinos detenidos por esas partidas, han sido puestos en libertad, dada su inutilidad para la guerra; éstos aseguran que hace tres días foguearon los caballos para prepararlos á la pelea.

El capitán don Luis Pereira, con alguna fuerza, ha salido á operaciones, haciéndolo también con posterioridad la guerrilla de Alfonso XIII.

Se teme que de un momento á otro se vea este barrio atacado por los insurgentes.

La partida capitaneada por Matagás asaltó la tienda del señor Tobaré, en Palma Larga, apoderándose de varios efectos, que abonaron con un pagaré á la orden de la «República cubana.»

* * *

Como resultado de las medidas tomadas por el gobernador militar de la provincia de Matanzas, y de la activa persecución de las tropas que salieron á operaciones en aquel distrito, el día 5 de Agosto un destacamento de cuarenta soldados de caballería al mando del coronel Molina, encontró en Sabana Torres, cerca de Rosario Viejo, á la partida insurrecta que mandaba el bandolero Matagás, fuerte de doscientos hombres.

Los rebeldes intentaron rodear á la pequeña columna para coparla,

pero la caballería dió una carga é impidió realizaran su propósito.

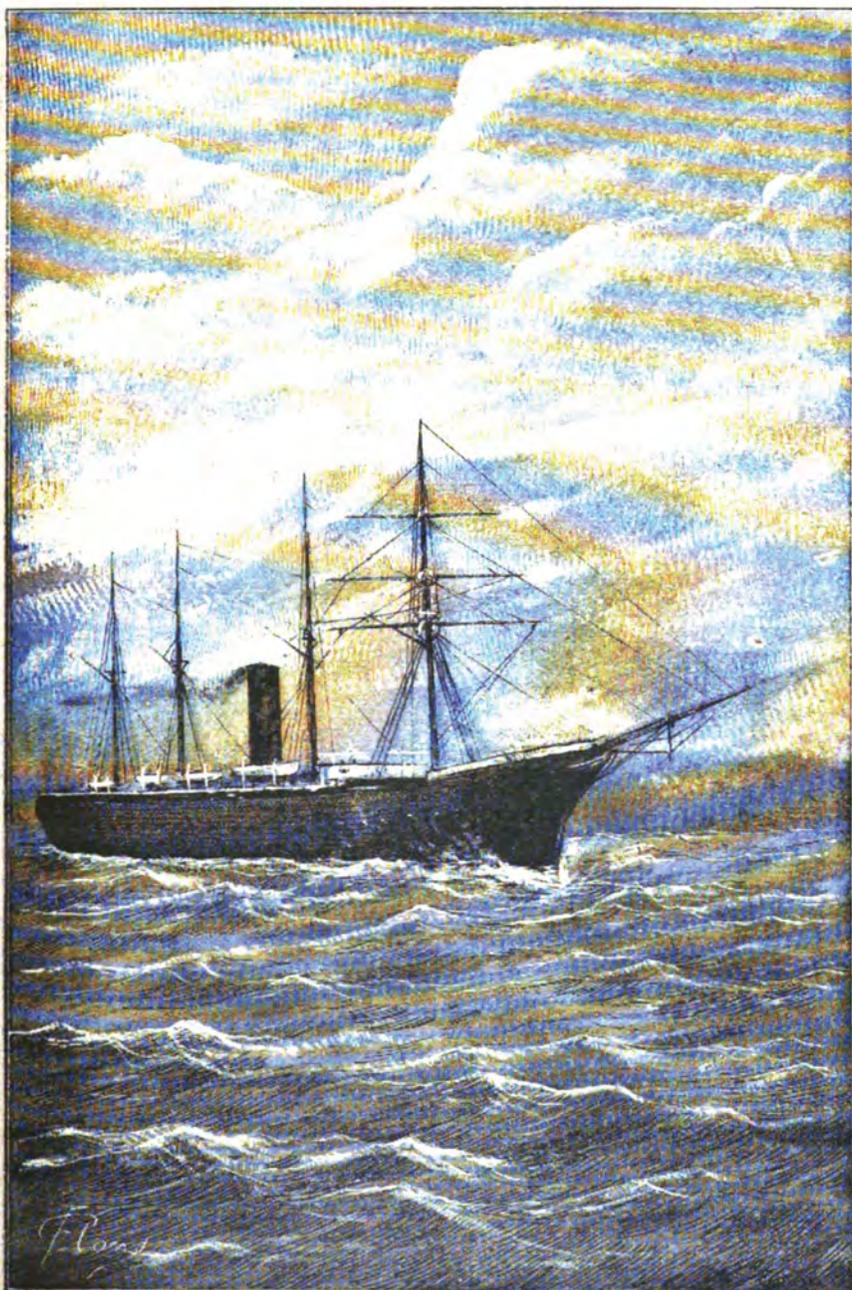
Siguióse una empeñada lucha que duró dos horas, al cabo de las cuales llegó otro destacamento compuesto de cuarenta hombres de infantería, y uniéndose las fuerzas, dispersaron á los rebeldes, que abandonaron en el campo de la lucha cinco muertos, entre ellos el titulado



..al pié de su jefe fué facilitándole cartuchos... (pág. 217)

capitán José Reyes, y diez caballos con monturas y víveres, y además otros veinte muertos.

También en la provincia de Santa Clara, según comunicó el general Luque, fué batida y dispersada por nuestras tropas una pequeña partida insurrecta en las inmediaciones de Guaracabulla, haciéndole



VAPOR TRASATLANTICO «REINA CRISTINA»

TOMO II-21

seis heridos. Las tropas persiguieron los restos dispersos de la partida, aprehendiendo á varios insurgentes.

Entre las fuerzas del teniente Puig y las del bandido Bolaños ocurrió un reñido encuentro, en el cual tuvieron los insurrectos tres muertos y varios heridos.

El *generalísimo* Máximo Gomez incendió el ingenio «La Eugenia», situado cerca de Nuevitas.

La estación de Morón, en la línea de San Luis, fué incendiada por pequeños grupos de insurrectos.

El día 10 fué atacado por una partida insurrecta el ingenio «Romelia», en Guantánamo. El pequeño destacamento que lo custodiaba rechazó el ataque, obligando á los rebeldes á retirarse con numerosas pérdidas.

El ministro de la guerra recibió el día 10, del general en jefe del ejército de Cuba, el siguiente despacho oficial:

Habana 10 Agosto.—En combinación generales Linares y Navarro por Majaguabo, Florida Blanca, Sabana la Purra, no encontrado partida enemiga de consideración, y sólo pequeños grupos que tirotearon columnas.

General Navarro sostuvo fuego importante Majaguabo, haciendo dos muertos, cogiendo caballos, armamentos, teniendo siete heridos, alcanzando y dispersando enemigo en Manajonado haciéndole cuatro heridos.

En Cruces levantada partida de treinta hombres, perseguida por voluntarios y guardia civil.—*Campos.*»

Estas noticias causaron malísima impresión en la Península por revelar un aumento inopinado en la insurrección separatista.

A esas poco satisfactorias noticias de la marcha de la guerra fratricida que asolaba los hermosos campos de la perla de nuestras Antillas, siguió un silencio oficial de algunos días, que llevó la inquietud y la intranquilidad á todos los ánimos.

Sin noticias oficiales ni particulares de la isla, el pesimismo se apoderó de todos los espíritus, y la mala impresión que en el ánimo de todos los españoles causara el aumento de la insurrección convirtiéndose pronto en cruel ansiedad y en un general desasosiego público.

Por personas llegadas en el último correo de aquella isla se tuvieron impresiones el día 14 relativas á la insurrección.

Calculábase allí que los insurrectos tenían en armas unos *quince mil* hombres, la inmensa mayoría de color, y se aseguraba que entre los jefes de la rebelión Máximo Gómez, Maceo y Massó existían grandes disensiones y rivalidades.

Por fin, el día 12 por la mañana recibió el jefe del Gobierno un extenso y expresivo telegrama del general Martínez Campos, en el que daba cuenta el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba de la salida de la Habana de 1500 voluntarios destinados á la vigilancia y defensa de los ingenios y de las estaciones del ferrocarril, para evitar los incendios que figuraban entre las criminales fechorías de los separatistas.

El general Campos pintaba con vivos colores el entusiasmo de los voluntarios que habían salido á prestar aquel servicio, que la patria necesitaba de ellos, y hablaba de la buenísima impresión que ese entusiasmo había producido en el espíritu público.

—«Renace aquí la mayor confianza—decía en su despacho el capitán general de la isla,—y la opinión se reacciona de tal modo que presencié un espectáculo que no había visto desde que llegué.

—Estoy satisfechísimo.»

Así contaron que se expresaba el general Martínez Campos, y el

tono general del telegrama, que se refería á otros incidentes de la campaña, era de lo más confiado y optimista.

El día 14 recibióse en el Ministerio de la Guerra el siguiente despacho oficial del general Martínez Campos.

«*Habana* 14.—Salgo para Villa-Clara (Santa Clara). Agradezco el rápido envío de fuerzas, que son en mayor número de las que necesito. —*Campos.*»

En otro telegrama comunicado por el general Arderius al Gobierno, el día 15, se decía que el general Martínez Campos había firmado la aprobación de la sentencia pronunciada por el Consejo de guerra celebrado con motivo del descubrimiento de la venta de armas de contrabando á los insurrectos.

En virtud de dicha sentencia fueron condenados:

A veinte años de reclusión los compradores de las armas Coloma y Juan Gualberto Gómez y los vendedores Anitúa y Lasaga.

Y á doce años de igual pena el otro vendedor Larranaga.

El fallo del tribunal militar produjo muy buen efecto en la opinión pública.





CAPITULO XXI

Ansiedad en la opinión.—Llegada á la Península y desembarco en la Coruña del general Salcedo.—Sus impresiones acerca del estado de la insurrección.—Su entrevista con el ministro de la Guerra.—Sus declaraciones.—Cómo ha de terminar la guerra y cómo se ha de empezar la paz.—La acción ejecutiva.—En tierra y en las costas.—Las reservas.—Un cuento.—La muerte de Martí.—El prestigio del general en jefe.—Intranquilidad moral.—Las guerras civiles.



ANSIOSA la opinión por conocer el verdadero estado de la insurrección é intrigada la prensa por satisfacer los deseos de la opinión, en cuanto desembarcó en la Coruña el general Salcedo fué interrogado por los periodistas.

En la mañana del 19 fondó sin novedad en aquel puerto el vapor correo *Alfonso XIII*, que traía á bordo al general.

En la conferencia que con él celebró uno de nuestros colaboradores mostróse el general muy explícito, aunque reservándose, como es natural, la misión privada que traía cerca de la reina regente y del Gobierno.

Dijo en primer lugar, que dados el carácter y las circunstancias de la guerra, en aquella fecha, sus conclusiones serían pesimistas, si no tuviese la seguridad de que el Gobierno, secundando eficazmente el espíritu nacional, haría el esfuerzo necesario para terminar en breve la guerra y consolidar la paz.

El factor principal de la guerra era la gente de color y su nervio Maceo.

El filibusterismo militante había adquirido predominio por el desgarnecimiento de las costas y del interior, y la debilitación del espíritu patrio.

Acerca de esto último mostróse muy enérgico, censurando duramente las divisiones políticas que había en Cuba y que habían quebrantado el espíritu nacional.

Desde la llegada del general Martínez Campos á la isla se había rehabilitado algo el espíritu patrio, pero no lo suficiente para que reapareciera la hermosa unidad que fué el elemento esencial para combatir el separatismo en la guerra pasada.

Citando algunos ejemplos á este propósito, dijo que en Guantánamo tuvo que recurrir á extremas medidas de rigor, para obligar á los españoles á prestar servicio como voluntarios.

Insistió en la necesidad de reconstituir con fortaleza y vigor el espíritu nacional, cercenando las desordenadas aspiraciones de la gente de color, que quería predominar sobre el elemento blanco, no contentándose con los mismos derechos.



CORONEL SEGURA

Y era de opinión que no procedía rehabilitar la moral blanca enfrente de la moral negra.

*
*
*

«En cuanto á la cuestión militar—dijo—tengo facultades del general Martínez Campos para asegurar que la guerra se terminará de Noviembre á Marzo, y gran parte de las fuerzas regresarán á la Península en el mes de Abril, siempre que se realice el plan concertado por el general en jefe y su Estado mayor general.»

Conceptuó indispensable el ilustre informante arrojar en Cuba torrentes de prestigios españoles llevados por bayonetas, y que en primeros de Noviembre desembarcasen tropas expedicionarias suficientes para proceder á la ocupación militar de las provincias de Santiago, Puerto Príncipe y Las Villas, dividiéndose el ejército en parte preventiva y ejecutiva. La primera, para garantir los intereses y vidas de los ciudadanos, protegiendo los ingenios, cafetales, vegas, vías férreas, etc., levantando de este modo el espíritu público, aislando á los filibusteros y quitándoles fuerza moral, y la segunda ó sea la ejecutiva, para la acción militar, según el plan del general en jefe de aquel ejército de operaciones.

Remarcó la necesidad de vigilar las costas y evitar la audacia con que hacían desembarcos los filibusteros.

«El atrevimiento de los insurgentes—dijo—llega al extremo de que se habla como de la cosa más corriente del probable desembarco del cabecilla Collazo, en Pinar del Río, donde nunca hubo insurrectos.

»Como la flotilla de cañoneros no puede improvisarse, se habla de la creación de guerrillas marítimas, utilizando balandras de poco porte,

las cuales llevarán una ametralladora, yendo la tripulación armada de Maüssers.»

Creía el general que era necesario aumentar el número de jefes, subalternos y médicos de cada unidad técnica.

Con tales elementos morales y generales, podía establecerse desde primeros de Noviembre una acción enérgica y rápida haciendo se levantase el prestigio español en Cuba y en el extranjero, y confortase y sostuviera los ánimos en la Península, toda vez que no había Gobierno que pudiera pensar en arriar el pabellón español en Cuba.

«Todo lo que no sea esto,—terminó diciendo el general Salcedo,—puede considerarse como paliativos sin eficacia que harían la guerra larga y costosísima.»

Añadió que estaba completamente identificado con el general Martínez Campos, y concluyó manifestando que su viaje era motivado por el mal estado de su salud.

* * *

A las diez y media de la mañana del 22, se presentó en el Ministerio de la Guerra el general Salcedo, quien en el acto fué recibido por el ministro, general Azcárraga, con el que celebró una conferencia de unos cinco cuartos de hora, pues terminó antes de las doce.

La entrevista fué cordial y toda la conversación la mantuvieron los dos generales en términos francos y expansivos.

Como introducción, entregó el general Salcedo al ministro de la Guerra una carta del general Martínez Campos, en la que decía éste que el primero le enteraría de detalles é incidentes de la guerra de Cuba, que servían de ampliación á las noticias que le tenía comunicadas.

Durante la entrevista hizo multitud de preguntas el señor Azcárraga, y á todas ellas contestó el general Salcedo demostrando un gran conocimiento de la campaña.

Claro está que no conocemos en detalle la conversación que mantuvieron los señores Azcárraga y Salcedo.

Gracias que por impresiones recogidas por nuestro corresponsal en la corte, y que en su día nos transmitió por correo, y por lo que vagamente se dijo por la noche en algunos círculos políticos, conocamos las líneas generales, las notas más sobresalientes de lo tratado en la conferencia.

Y teniendo por exactas las referencias, nos atrevemos á decir que el señor Salcedo, optimista en cuanto al final de la campaña, porque tenía fé completa en los esfuerzos de la nación española y porque fiaba en las disposiciones del Gobierno y en la pericia del general Martínez Campos, no se mostró tan optimista en cuanto á juzgar del estado de la insurrección á su salida de la isla, y de los sacrificios que habría de imponerse la madre patria para dominarla.

Creía el general Salcedo que el ejército expedicionario que se acababa de movilizar, sería preciso ampliarlo hasta 50.000 hombres.

Se fijó mucho en la urgencia de vigilar las costas, para lo cual debía organizarse un servicio de balandras que auxiliase á la escuadrilla que á la sazón se construía en Inglaterra; pues mientras esa vigilancia no fuese constante y eficaz, no podría impedirse que el enemigo estuviera recibiendo constantemente armas y municiones.

El proyecto de artillar buques mercantes para esa vigilancia lo consideraba fracasado.

Y por último, estimó que el mayor cuidado de la guerra debía ponerse en la provincia de Santiago, donde Maceo ejercía una verdadera tirantez y donde la insurrección contaba su mayor fuerza.

En el resto de la isla, entendía que la victoria era mucho más fácil.

En cuanto á la salud de las tropas y á los recursos sanitarios que eran precisos, también expuso datos importantísimos el general Salcedo.

El ministro de la Guerra contóse que lo escuchó atentamente y que tomó algunas notas del relato que el señor Salcedo le hizo respecto al estado y marcha de la campaña en Cuba.

* * *

El ex jefe del tercer distrito militar de la provincia de Santiago de Cuba, al desembarcar en la Coruña y ser visitado y preguntado por sus amigos dijo lo imprescindible necesario para explicar su regreso á la Península, su juicio sobre la campaña, sus pronósticos acerca de la marcha y terminación de la guerra.

Hombre de honor y soldado celosísimo de sus deberes militares, no podía el general Salcedo revelar cuanto pasaba al primero que le interrogase.

Pero después comunicó sus impresiones, sus juicios, sus puntos de vista, al ministro de la Guerra, al ministro de Estado, al presidente del Consejo de ministros, á la Regente. Y es de creer que en su deso-vivísimo de servir á la verdad y á la patria, y de poner por encima de todos los intereses el alto interés de España, informaría á tales representaciones del Estado de cuanto importaba saber, tocante á la insurrección.

De aquí que cuanto pensara y dijera el general Salcedo, á raíz de su regreso á la Península, tuviera importancia extraordinaria para la opinión, aumentada muy luego por los actos del Gobierno, posteriores á las conferencias del general, cual plena confirmación de sus ideas.

No necesitamos aludir al envío á Cuba de mayores refuerzos.

El general Salcedo á su llegada á Madrid, y después de sus conferencias con las representaciones del Estado, que dejamos citadas, hizo á los representantes de la prensa que le visitaron y fueron á saludarle las siguientes declaraciones:

«Tengo el convencimiento hondo, arraigadísimo,—declaró el general,—de que la actual guerra no se parece á la pasada insurrección. Aquello fué un alzamiento del espíritu de la isla en busca de aventu-



GUERRILLA DE GUANTANAMO

ras, y también una esperanza de mejoras políticas y económicas. La juventud tomaba las armas; en lucha de hermanos combatían blancos contra blancos; la gente de color era un muy secundario auxiliar de la campaña.

»Ahora no; ahora es la rebeldía de una raza que busca de un modo insensato el desquite del látigo del amo que pesó sobre el esclavo. Y encontrándose éste libre, con una ingratitude más negra que su piel, pretende, no ya gozar los beneficios de la emancipación, sino alzarse á ser el igual, y aun el superior, de quien lo libertó.

»Por eso es la presente insurrección una gran *mancha negra* con algún punto blanco. Por eso es el jefe de la rebeldía Maceo, ídolo de los negros, á quienes se les aparece como la promesa de una República de color. Por eso, si fuera posible imaginarlo siquiera, no habría mayor tormento y castigo para la isla, arrancando todo lo mucho que allí hay de español, que entregar el resto á la feroz dominación de los negros convertidos en señores. Espanta el pensarlo, y ante lo que podría suceder, quedan como débiles recuerdos y como pálidos cuadros las luchas de raza en Haití y en Santo Domingo.

* * *

»Lo he dicho y lo repito. En comunicaciones oficiales he visto escrito en diferentes ocasiones el nombre de negros anteponiéndoles el *don*. ¡Y para que el contraste fuera mayor y más doloroso, seguía la designación del nombre de soldados, de soldados de la patria, sin *don* alguno!...

»He llegado al frente de mi Estado Mayor, y llevando el uniforme y los entorchados de general español, á la plaza mayor de una ciudad y al desfilar ante numerosos grupos de negros, éstos, enseñándome los dientes blancos, —única cosa blanca de su cuerpo, —se han cruzado de brazos, sin descubrirse, sin inclinarse, en actitud de reto y provocación. Y he sentido ira y rubor, no por la descortesía á mí inferida, sino por el desacato á la dignidad de mi España y de mi raza.

»Yo lo evoco como un recuerdo y como una enseñanza. En mi viaje por la India, he visto las huellas de la política colonial de Inglaterra, —tantas veces citada como ejemplo, —en la extirpación de la raza indígena. En la lectura de un libro reciente sobre la Argelia y Marruecos, he visto referido lo que ya sabía: el prestigio de un gendarme que

duerme, y ante el cual, inerte y desarmado, hacen un círculo los árabes para no despertarle, como emblema de Francia vencedora y colonizadora. Yo no puedo olvidar las matanzas de Jamaica, que sofocaron una rebelión de raza. Yo no aparto de mi pensamiento lo que ocurre en la República liberalísima de los Estados Unidos, donde no consienten ni el contacto social de la gente de color.

»Yo no sé, yo no quiero saber qué imprudentes inexperiencias nos han traído á este estado. Yo no censuro ni me ocupo de las reformas; ¿porque qué tienen que ver éstas con la sublevación de una raza? Yo no especifico lo que se ha de hacer, que eso será obra de los políticos. Yo no pregunto siquiera si hay que *retrotraer* á un estado anterior las costumbres y los derechos.

»Lo único que afirmo es que no me preocupa tanto *cómo ha de terminar la guerra, como el modo y forma de comenzar la paz.*»

* * *

»Que la guerra ha de terminar con la victoria de las armas españolas, eso no puede ni dudarse ni discutirse. Venceremos. Pero es preciso que la acción sea sumamente ejecutiva y enérgica para lograr una paz honrosísima; una paz definitiva, una paz duradera; una paz que no consienta nuevos levantamientos, por el recuerdo del cruento escarmiento; una paz en que no haya capitulados, sino vencidos; una paz que levante nuestro prestigio ante Europa y América á la altura de nuestra vitalidad, de nuestra fuerza, de nuestros inmensos sacrificios; una paz que por sus resultados sea lenitivo al dolor de tantas madres que se quedaron sin hijos, de tantas mujeres que se quedaron sin sus esposos...

»La acción ejecutiva de España en esta guerra, tiene que obedecer

á cumplir un doble objetivo; combatir en la manigua á los insurrectos; vigilar las costas para impedir desembarcos de hombres y armamento.

»Y este segundo objetivo tiene tal vez tanta ó más importancia que el primero. Porque no bastarían todos los grandes ejércitos de Europa reunidos, si continuamente hubieran de recibir refuerzos los filibusteros, alimento del combustible de la insurrección.

»Para impedirlo sería preciso organizar una vigilancia de las costas por buques de guerra de gran porte, y después una al modo de contraguerrilla, compuesta de balandras que impiesen el desembarco en la escondida ensenada, en el casi ignorado arrecife.

»Y no sería inútil que nuestra escuadra, que va á Tánger para saldar una cuenta pendiente, fuera á uno de los puertos de los Estados Unidos, y allí hiciera una manifestación naval que probara nuestro poder y nuestra superioridad sobre la pobre flota norteamericana.»

* * *

«Es indudable que la guerra es obra principalmente de previsión, y en lo que voy á decir no debe verse ni sombra de censura para nadie, porque no está en mi deseo, ni en mi propósito.

»La insurrección comenzó en el Departamento Oriental, y de allí se comunicó á Puerto Príncipe y á las Villas. Acaso hubiera sido mejor, cuando todavía la insurrección no prendía en estos dos últimos departamentos, haber colocado allí cuerpos de ejército de ocupación, que seguramente hubieran evitado el contagio. Pero para eso era preciso contar con grandes reservas de tropas que, sin pelear, hubieran prestado eminentísimos servicios.

»Como anillo al dedo, para justificar esta necesidad de las reservas, viene la reproducción de un cuento. Y es, que un mi amigo, hijo

de familia, al verse apretado por las deudas, solía pedir confesión á su padre; pero no siendo ésta total, producía el disgusto, sin lograr su completo desempeño. Hasta que ya mayor de edad y con experiencia, al recurrir en semejantes apuros á su padre, pedíale el doble de lo que realmente debía, con lo cual se encontraba por mucho tiempo en grande desahogo... ¿No es verdad que semejante sistema debe aplicarse á los refuerzos que se envíen á Cuba?»

Preguntado acerca de cómo había ocurrido la muerte del agitador Martí, contestó:

«A esa pregunta sobre los supuestos misterios que rodearon la muerte de Martí, he de contestar con el relato sencillo de lo que acaeció, y fué de esta manera: Fracasado el golpe del Cristo y vencidos los filibusteros en Jovito, determinó Maceo,—verdadero jefe y alma de la insurrección—que marcharan Martí y Máximo Gómez á unirsele en el Camagüey.

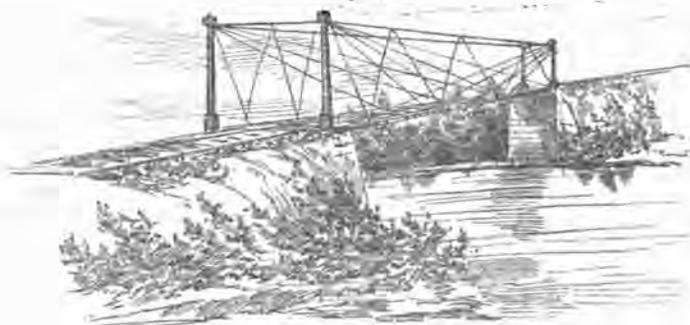
»Martí y Máximo Gómez, desde la jurisdicción de Guantánamo, del cual no se pudieron apoderar, á pesar de sus esfuerzos, empezaron el movimiento de avance no directo, sino simulando ir á una parte y á otra, diseminando con esto sus partidas. Quedaron casi solos Martí y Máximo Gómez, con una escolta de unos cuantos caballos.

»Por aquellos mismos días tenía yo que racionar á las fuerzas de mi mando destacadas en Ventas de Casanova. Y allá envié un convoy custodiado por la columna de 800 hombres que mandaba el coronel Sandoval. Llegó el convoy á las Ventas, racionó á las tropas, y emprendió el viaje de regreso.

»Mientras tanto, Martí, no sospechando que por allí fuese ninguna columna, hizo una correría con su escolta y se detuvo á tomar leche en un bohío. El lechero, un anciano, fué obligado (aunque se resistió mucho), por mandato de Martí, á ir al poblado más próximo y comprarle tabaco y ropa.

»El guajiro encontró por el camino á la columna de Sandoval. Este le interrogó. Cantó de plano el lechero. Y pusiéronle inmediatamente de guía en busca de Martí y su escolta.

»Los soldados de Sandoval hicieron un alto para comer el rancho, y apenas se habían detenido cuando las avanzadas cruzaron sus fuegos con el enemigo. ¿Qué había sucedido? Que Martí, creyendo se trataba de una columna de 70 ú 80 hombres les atacó. A la escolta del llamado



PUENTE DEL FERROCARRIL DE LA HABANA, CERCA DE SANTO DOMINGO,
DESTRUIDO POR LOS INSUBRECTOS

Presidente de la Cámara se le había unido Gómez con los suyos.

»Martí, que apenas sabía montar, arrastrado por su caballo, entró por las avanzadas de los nuestros. Y allí cayó... sin gloria, sin que los soldados supieran á quien habían matado.

«Y de esos hechos tan sencillos y tan frecuentes en la guerra, se han levantado no sé que género de patrañas... ¡Bah! Atestiguo con la propuesta del general Martínez Campos para el empleo inmediato. He aquí un recuerdo de la muerte de Martí—y Salcedo me mostraba una



UNA SECCION DE CABALLERIA EN PERSECUCION DEL ENEMIGO

libra esterlina que dió el supuesto presidente, como pago de la leche, al anciano confidente...»

. . .

«El prestigio del general Martínez Campos está muy alto. Lo consagraron recientemente, Francia recibéndole como al más elevado personaje de España, Alemania sentándole á la mesa del emperador. En él tiene la patria todas sus esperanzas y las tiene legítimamente.

»Europa, el mundo entero, han levantado un empréstito de prestigio, de crédito, de suerte, de gloria, á favor del general Martínez Campos. Su vencimiento fatal está en la campaña que se inaugurará y terminará *con la época de la seca*. Pero á los sacrificios de España habrá que responder y responderá seguramente con partes efectivos de gran resonancia de la guerra. Si no, cada día que pasara tendría en tal colosal empréstito *un descuento del cinco por ciento*.

»No puede haber diferencias de partido, no las habrá, para unirse España en un mismo voto de confianza al general Martínez Campos. No necesito siquiera defenderme de los calumniosos conceptos de supuestos disentimientos con el general en jefe. El lo sabe, al Gobierno le consta; á un soldado como yo, no se le pregunta sobre tales deberes. Los cumple.

»A quien, con derecho á interrogarme, me ha interrogado sobre la necesidad de enviar á Cuba un teniente general, como alusión de que ese podría ser yo, por confirmarse la propuesta de ascenso, he contestado que sobre tal extremo ni debía ni podía tener opinión... A la universal opinión del país y á la resolución del Gobierno me confío.

»Y España tiene derecho á todos nuestros sacrificios por los grandes, extraordinarios, sublimes esfuerzos que sabe hacer con entusiasmo

y sin pena. Es tanta nuestra fé, que á veces pensamos que si todos los soldados que allí enviamos perecieran en la guerra ó del vómito, aún los sustituiría la fecundidad de las madres españolas, que darían hijos gemelos para salvar á Cuba, para pelear por la patria...»

* * *

Las declaraciones del general Salcedo calmaron la ansiedad, pero no la inquietud de la opinión, que vió en alguna de aquellas la gravedad que entrañaba el problema de Cuba, y en los actos y silencio del Gobierno su plena y dolorosa confirmación.

La opinión necesitó en aquellos días de toda su serenidad y entereza de ánimo para acallar la inquietud y zozobra que sentía y no dar oídos á los absurdos rumores que corrieron, ni á las alarmas ni zozobras que de todas partes surgían.

Y tanto más necesitaba esa serenidad y entereza de ánimo, cuanto que la intranquilidad moral era en las circunstancias críticas y decisivas que la guerra de Cuba había creado, el más funesto estado para la vida de la nación, porque á su nombre pretendían medrar los enemigos de España; era prestarse á servir de instrumento á la explotación ruin de los laborantes de América y de Europa.

La intranquilidad moral, dolencia es que debilita á las naciones, y necesitabamos de una salud robusta y de una gran energía para que se respetara en el mundo el nombre de España.

La impresionabilidad de nuestro carácter meridional no nos permite muchas veces analizar los incidentes de las guerras civiles con el aplomo y serenidad de ánimo que requiere lo complejo y variable de estas grandes luchas.

Nos impresionamos viva, y si se quiere perturbadamente cuando

recibimos alguna noticia desfavorable. En la guerra de los siete años carecíamos de recursos, y nuestros ejércitos sufrían las tristes consecuencias de la penuria en que nos hallábamos, sin que por esto se quebrantase en poco ni en mucho la disciplina y el espíritu militar. Aquella guerra terminó, después de tanta sangre derramada, con la gloriosa paz de Vergara.

Entonces había hombres del temple de alma y del valor heroico de los Zumalacarregui y Cabrera que tenían gran autoridad en el campo rebelde. El primero movía sus fuerzas con arte y ciencia militar; como que había servido en el ejército y se fué al campo faccioso por resentimientos personales, acaso justificados. El segundo, sin haber tenido estudios militares de ninguna especie, impulsado tan solo por fanatismo y por la exaltación de su espíritu, con motivo del fusilamiento de su madre, alcanzó también gran celebridad.



SARGENTO PALASECA

Nuestros generales, de esforzado ánimo y de inteligencia militar constantemente probada, hicieron frente á las fuerzas del pretendiente y nunca se dudó, ni aun en los momentos en que más empeñada estaba la lucha, del triunfo de la causa liberal.

Estalló la segunda guerra civil, y á pesar de contar el Gobierno con más elementos, duró cuatro años; y para terminarla hubo que hacer un esfuerzo supremo, organizando batallones de provinciales con hombres de diferentes edades, hasta la de treinta y cinco años inclusive, en número de 110.000. Con ellos, con 14.000 voluntarios retribuidos, infantería de marina, carabineros, 12.000 guardias civiles y el ejército permanente, llegamos á reunir en armas 284.000 hombres.

La guerra separatista de los diez años, terminada felizmente con la paz del Zanjón, y con ventajas mayores para nosotros que las ofrecidas antes por medio del general Lersundi, exigió sacrificios en hombres y dinero que ningún Gobierno escatimó, aunque no en tan grande escala como los que ahora se han enviado á Cuba para terminar la presente lucha, siendo de notar que estamos haciendo en la actualidad esfuerzos como tan solo podrían hacerlos, á tanta distancia, las naciones más poderosas de Europa, puesto que tenemos en la Gran Antilla 200.000 hombres de fuerzas regulares, y aunque ignoramos el número de voluntarios, que al fin constituyen un elemento bueno y entusiasta, pasará seguramente de 250.000 el número de combatientes dispuestos para batir y aniquilar la insurrección.

Por lo demás, ¿quién duda que con los refuerzos enviados y que estamos enviando, provistos de toda clase de elementos de guerra podríamos sostener ésta contra fuerzas regulares mandadas por caudillos tan entendidos y valerosos como los nuestros?

Nuestro ejército, de fama universal por lo sufrido y valeroso, es el que, á costa de su sangre, garantiza la integridad de la patria, y bueno será que se tenga esto presente en lo sucesivo, para que se reconozca que sobre todas las necesidades de la nación está la de conservar rigurosamente organizadas las fuerzas militares.

Los juicios emitidos, y los puntos de vista expresados por el general Salcedo en sus declaraciones, entrañaban verdades que, no por co-

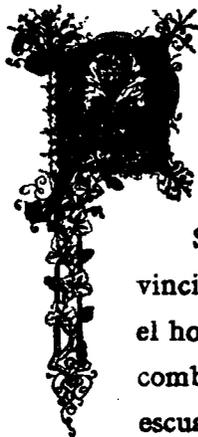
nocidas, dejaron de causar efecto en la opinión. El general Salcedo es un militar de reconocida pericia é inteligencia, y aunque alguna opinión de las emitidas por él pueda ser algún tanto exagerada, ello es que sus juicios críticos sobre la situación de Cuba fueron dignos de atención y estudio.





CAPITULO XXII

El combate del «Armonía.»—El teniente coronel Palanca.—Sorpresa y ocupación del campamento rebelde de «Pedro Alfonso.»—¡Viva España!—Ataque al poblado de Baire.—Su situación.—Importancia del combate de Peralejo.—Cómo murió el bravo general Santocildes.—El Casino Español.—Manifestación de duelo.—Emisarios insurrectos.—Despachos oficiales.—Derrota del polaco Roloff y Serafín Sanchez.—Brillante acción de «Santa Clara.»—Sin noticias de la campaña.—Suspensión de operaciones.—Declaraciones del ex-ministro de Ultramar, señor Becerra.



ÚBLICAMENTE se decía en Santa Clara, en los últimos días del mes de Julio, que la partida del cabecilla Rodríguez se encontraba acampada en las lomas del monte «Armonía,» donde había establecido su hospital de sangre.

Sabedor de ello el gobernador militar de aquella provincia, general Luque, se propuso sorprenderla y ocuparles el hospital, y, al efecto, organizó tres pequeñas columnas en combinación, con fuerzas del batallón de Extremadura y del escuadrón de Pizarro, tomó las medidas necesarias y marchó acto continuo á realizar su propósito.

La jornada de las columnas fué penosísima desde los primeros momentos. Los insurrectos, prevenidos ya, las esperaron convenientemente parapetados y emboscados, y al divisarla en las primeras horas de la tarde del día 29, rompieron el fuego contra ella por vanguardia,

ambos flancos y retaguardia, manteniéndolo vivo y tenaz desde las tres de la tarde hasta las ocho de la noche.

El general Luque, que en aquella operación demostró su serenidad y condiciones para el combate al frente de sus valientes soldados, animándolos y estimulándolos con el ejemplo, y manteniendo la disciplina y decisión en los momentos de mayor peligro, se encontró escaso de fuerzas para proseguir en su marcha y llevar á cabo sus propósitos.

Tres jornadas fueron necesarias para que el bizarro y valeroso general viera coronado por el éxito su combinado plan; pero, al fin, el éxito le sonrió, llegando á realizar su propósito el teniente coronel señor Teruel al frente de su valiente columna: el hospital de sangre fué ocupado y los insurrectos batidos y puestos en fuga y dispersión, cayendo en poder de las tropas no pocos que allí se encontraban atacados de fiebres palúdicas, tan comunes en aquellos terrenos pantanosos.

En aquella jornada, gloriosa como siempre para nuestras armas, fué digno de notarse, á juzgar por lo que se afirmó, la mala suerte de los prácticos, toda vez que todos ellos perecieron.

La tropa recogió el sombrero ensangrentado del cabecilla Rodríguez, lo que hizo creer que éste salió gravemente herido de la refriega.



D. TOMAS CASTELLANO Y VILLABROYA
(Ministro de Ultramar)

* * *

Hallándose en operaciones el bizarro teniente coronel Palanca con la pequeña columna á sus órdenes, supo que en el campamento de Pedro Alfonso estaban reunidos los *mambises* en número de seiscientos.

Sin pararse á contar el número de hombres de que se componía su pequeña columna, resolvió atacar el campamento enemigo, y valiéndose de un prisionero para que le sirviera de práctico, dirigióse al sitio indicado colocando á sus fuerzas en un cerro distante 500 metros del campamento mencionado.

Desde allí, y después de situar la fuerza formando semicírculo para que el fuego resultase convergente, mandó romper éste contra el enemigo, que se vió sorprendido por una lluvia de proyectiles Maüsser.

Los insurrectos se defendieron por espacio de una hora.

Impaciente el valeroso Palanca ante la resistencia del enemigo, organizó el asalto, y al grito de ¡viva España! nuestros valientes soldados ocupaban minutos después el campamento.

Este se halla emplazado en la meseta de una loma y ocupaba las tres cuartas partes de ésta, teniendo construidos á la explanada más de treinta bohíos con muebles y víveres.

Allí, según manifestación del prisionero, tenían los insurrectos el depósito de reclutas, donde se iban á armar y se les destinaba á la partida en que debían operar.

Nuestras tropas ocuparon 17 caballos, 50 monturas, mesas, taburetes, enseres de cocina, medicinas, carteras con cartuchos para Remington y Maüsser, un saco con municiones y un sombrero de jipijapa mu

usado, con un rótulo que decía: «Viva Cuba libre», atravesado por un balazo y todo ensangrentado.

Se observaron, además, grandes rastros de sangre en todo el campamento, lo cual demostraba que las bajas que sufrieron los rebeldes debieron ser considerables.

Los efectos de los proyectiles Maüsser fueron sorprendentes, pues casi todos los árboles y trincheras de palmas estaban atravesados de parte á parte.

El suelo del campamento veíase cubierto de proyectiles.

Un detalle curioso, que revela el carácter y vigor de nuestros valientes soldados: entre los objetos encontrados y recogidos en el campamento *mambi* hallóse un acordeón. Un soldado lo tomó y púsose á tocarlo, reuniendo enseguida á su alrededor un grupo de compañeros que á los acordes del instrumento pusiéronse á bailar en medio del mayor entusiasmo, olvidando las fatigas de la ruda jornada y dando atronadores vivas á España y á sus jefes.

*
* *
*

Con fecha 31 de Julio nos comunicó nuestro activo corresponsal en Santiago de Cuba los siguientes detalles del ataque al poblado de Baire, llevado á cabo por fuerzas insurrectas al mando del cabecilla Jesús Rabi, á raíz de los sucesos de Bayamo ó heróico combate de Peralejo.

Según referencia de un individuo que tuvieron prisionero los insurrectos, Antonio Maceo, después de los sucesos de Bayamo, donde tanta gloria conquistaron el ilustre general Martínez Campos y las tropas á sus órdenes, creyendo, como era natural, que de Santiago habían de salir fuerzas para auxiliar al general, ordenó al cabecilla Rabi que

con dos mil insurrectos cayera sobre el cercano poblado de Baire.

Obedeciendo el mandato del *general* mulato, los insurrectos atacaron el pueblo, cuya escasa guarnición se defendió heroicamente durante tres días, casi sin poder comer, sin tregua ni descanso, haciéndose fuerte en la iglesia. Los rebeldes, parapetados dentro de las casas, hacían continuas descargas contra el improvisado fuerte.

Al tercer día, ya la guarnición no tenía municiones, y como ninguna fuerza iba en su auxilio ni les era posible pedirla ni esperarla, y, además, los rebeldes prendieron fuego á la iglesia, vióse precisada á rendirse.

Los asaltantes se apoderaron de las armas y víveres, dejando en libertad á los soldados, á los que escoltaron hasta Jiguani.

Baire es un pueblo importante del término municipal de Jiguani, situado sobre el camino de San Luís á Bayamo, á veintidós leguas del primer lugar y á doce del segundo.

Su campiña es de las más fértiles de la región Oriental, pues está bañada por los ríos Cauto, Contramaestre y Mogote.

Su agricultura consiste en numerosas vegas de tabaco y unos cuantos cafetales.

Su industria, en las grandes crianzas de ganado, que se ceba en sus extensos potreros.

Su comercio se hallaba también á buena altura, pues contaba, y aun cuenta, con algunos establecimientos de importancia, de esos que son necesarios en los sitios donde, como en Baire, no existen vías de comunicación, y el veguerío que circunvala el pueblo los exige para su abastecimiento.

Baire tiene dos escuelas de instrucción pública, y su población en tiempos normales es de 2,500 habitantes; hoy, por la guerra, á penas llegarán á 400.

En medio de una plaza, bastante amplia, y que, como en casi todas

las poblaciones de la isla, se halla situada en el centro del poblado, estaba construida la iglesia, que era un elegante edificio de mampostería. Algunas de sus casas son también de mampostería y tejas; muchas de tablas, con techo de zinc, y no pocas de las situadas en los arrabales, de rústico guano. Entre todas se contarán unas doscientas.

Baire pertenecía militarmente en aquella fecha á la división del general Lachambre, brigada del general Ordoñez, y es por su posición, un lugar verdaderamente estratégico.

Había allí de guarnición 67 soldados al mando de un oficial, pertenecientes al batallón de Baeza, sexto Peninsular, cuya fuerza tenía siempre por cuartel el edificio de la iglesia.



TENIENTE CORONEL CANO

* * *

De una carta de Bayamo, remitida por el último correo antillano del mes de Julio, en la que se nos comunicaron algunos detalles de la importante acción de Valenzuela, entresacamos los siguientes párrafos:

»Las gentes del país aseguran que nunca, ni en la otra guerra, ni en

la actual, se ha librado aquí combate de tanta importancia como el de Peralejo.

»No me extrañará que sea cierto: la táctica de los separatistas en una y otra campaña consiste en invadir y recorrer los campos por pequeñas partidas, que rara vez se juntan hasta formar un núcleo de más de mil hombres, y que en Peralejo pasaban de *seis mil mambises* las fuerzas rebeldes, está ya fuera de toda duda, á juzgar por el número de bajas de una y otra parte: nuestro valiente ejército tuvo veintitantos muertos y ochenta y dos heridos; y según noticias del mismo campo rebelde, de no dudosa procedencia, por tanto, las bajas de los insurrectos pasaron de cuatrocientas, la mayor parte de los negros de Guantánamo que siguen fanáticamente á Maceo.

»Detalles se cuentan de esa acción que constituyen verdaderos rasgos heroicos; pero son tantos, que para narrarlos todos serían pocas las páginas de un tomo.

»Como *sín tesis* de todos ellos, puede afirmarse y baste consignar, que el general en jefe y capitán general de la isla demostró una vez más en aquella gloriosa jornada su valor sereno, su golpe de vista certero, su perfecto conocimiento del arte de la guerra, su táctica asombrosa, su cariño al soldado, y cuantas dotes, en fin, pueden exigirse á un gran capitán para que sus tropas tengan la intuición de la victoria.

—Mi general, ¡que nos faltan municiones!—exclamaban los soldados de una compañía al pasar por su lado en lo más rudo del combate.

—No apurarse, muchachos—les replicó el general imperturbable— ¡aún nos quedan las bayonetas!

»Que sus nobles hijos, el marqués del Baztán y don Miguel Martínez Campos, estuvieron tan animosos como valientes, lo prueba el que se pusieron al frente de las compañías que perdieron sus jefes y con ellas cargaron á la bayoneta contra el enemigo al mágico grito de ¡viva España!, que era contestado por los bravos soldados con los de ¡viva

Cuba española! ¡viva el general Martínez Campos!

»Que todo el cuartel general arrojó con valor el peligro y coadyuvó á la obra del general en jefe, lo mismo el teniente coronel de Estado mayor, señor Ramos, que los ayudantes señores Moreno y Primo de Ribera, quien se puso también al frente de una compañía, y que el doctor Semprún, al que le mataron dos caballos, está fuera de duda.

Y, por último, que tanto jefes como oficiales, clases y soldados que tomaron parte en tan épico combate, rivalizaron en arrojo y valor heroico, lo han reconocido hasta los mismos contrarios.

* * *

»Ya he dicho que el bizarro general Santocildes fué muerto en el momento crítico de la acción, cuando cercada la columna por todas partes caía una lluvia de balas sobre nuestros soldados; pero debo añadir que en aquel instante supremo permaneció á caballo en el sitio de mayor peligro, á pesar de las carifiosas advertencias de algunos de sus subordinados que le indicaron su temeridad al ofrecer seguro blanco á sus enemigos.

»—No se ha hecho aún la bala que ha de matarme—contestó sonriéndose á uno de ellos.

»¡Y un instante después, como si la fiera y terrible Parca hubiese querido desmentir sus palabras, caía atravesado por tres balazos!..

»El Casino Español de Bayamo se apresuró á ofrecer su local al general en jefe, para que en él fuesen velados por los socios los cadáveres del malogrado Santocildes y de sus compañeros de honrosa muerte, y sus fondos, para costear el entierro. Al igual que todos los centros de su mismo nombre en Cuba, recabó para sí el honor de expresar los generosos y nobles sentimientos de nuestra amada patria, y

aceptado el ofrecimiento por el general Martínez Campos, convirtiéndose el salón del Casino en cámara ardiente, y allí estuvieron depositados los restos de los héroes de Peralejo, disputándose los socios el triste honor de velar los cadáveres.

»El entierro se verificó á las cinco de la tarde del inmediato domingo, siendo presidido en persona por el general Martínez Campos. El cadáver de Santocildes, lo mismo que el de su ayudante, señor Sotomayor, fué conducido en hombros de los soldados del regimiento de Isabel la Católica, llevando las cintas del féretro que encerraba los restos del primero, un ayudante del general en jefe, el juez de primera instancia de Bayamo, señor Lacalle, un ayudante del general Santocildes, el alcalde, el presidente del Casino, y uno de los jefes del regimiento de Isabel la Católica. Las del bravo ayudante, señor Sotomayor, fueron llevadas por oficiales del mismo regimiento.

»Los féretros de los soldados fueron también en hombros de sus compañeros. Hicieron los honores de ordenanza todas las tropas de la columna victoriosa.

»Componían el acompañamiento cuantas personas hay en Bayamo de algún valer y significación, y agolpóse en las calles del tránsito una apiñada multitud que presenció con recogimiento y dolor el tristísimo y fúnebre espectáculo de un entierro de tantas víctimas de esta guerra fratricida y cruel, encendida por el odio de hijos ingratos á su generosa Madre patria, y alimentada por los eternos enemigos de España.

»Allí mismo, al entierro del malogrado general Santocildes y heroicos compañeros, hicieron llegar los que pretenden *redimir* á Cuba para esclavizarla con su tiranía, emisarios de sus bandas, para que conocieran personalmente al general Martínez Campos y pudiesen luego apuntarle desde sus madrigueras cuando volviese á Manzanillo.»

En confirmación de las noticias particulares de la campaña que por el cable nos comunicaron nuestros activos corresponsales en el teatro de la guerra, y que dejamos consignadas en anteriores párrafos, recibió el Gobierno el día 20, los siguientes despachos oficiales:

«*Habana* 19 de Agosto (recibido el 20).—General jefe, desde Santa Clara, dice ha aprobado sentencia de muerte impuesta por Consejo de



UNA AVANZADA INSURRECTA

guerra ordinario á cabecilla Mugica, prisionero en Matanzas.—*Arderius.*»

«*Habana* 2d.—Teniente coronel Palanca tuvo un encuentro al norte de Sancti Spiritus, con partidas Roloff y Serafin Sánchez, batiéndolas y causándoles más de sesenta bajas y persiguiéndolas hasta que entraron en la provincia de Puerto Príncipe.

Coronel Oliver dice que en combate de ayer, cerca de Rojas (Remedios); sufrió el enemigo muchas bajas.

Los operarios del ingenio «Ramona», del pueblo llamado «Que- mado de Güines, (Remedios), hicieron doce bajas al enemigo, teniendo ellos un muerto y cuatro heridos.



UNA CARGA DE CABALLERIA

Columnas del teniente coronel Santander y comandantes Palanca y Alonso, en encuentros que tuvieron con Serafin Sánchez del 12 al 15, le ocasionaron más de sesenta bajas y veinte caballos muertos, teniendo nuestras fuerzas dos muertos y ocho heridos.—*Arderius*.

En virtud de haber sido aprobada por el capitán general de la isla la sentencia de muerte impuesta al cabecilla Domingo Mugica, fué este fusilado la mañana del 20, en el castillo de San Severino de Matanzas, en presencia de mucha gente, y en cumplimiento del fallo dictado por el Consejo de guerra.

Hé aquí los detalles de la derrota del polaco Roloff y de Serafin Sánchez y sus hordas:

La columna del bizarro teniente coronel Palanca, que tuvo un encuentro el día 18 de Agosto en Calabazar con la partida de Máximo Gomez, el cual rehuyó el combate, prosiguió el mismo día su marcha hacia Neiva, (Santa Clara).

Hallábase formada la columna por 112 hombres del regimiento de Zamora, 25 de Extremadura y 78 caballos del nuevo escuadrón movilizado de Camajuaní.

La columna cruzó Neiva y fué á pernoctar en el potrero «Las Damas,» propiedad del alcalde de Sancti Spiritus, don Marcos García.

En este lugar intentaron pasar el río Zaza, sin poderlo conseguir por lo crecido de su caudal.

En «Las Damas» se incorporó á las fuerzas de la columna del teniente coronel señor Palanca, la que mandaba el señor Santander, de igual graduación, pernoctando ambas en el potrero y pasando en él todo el día siguiente.

Puestas en marcha el 20, lograron pasar, al fin, el río Zaza, por San Ambrosio, emprendiendo entonces ambas columnas una operación, marchando en combinación los dos jefes.

La columna de Palanca encontró en el potrero «Santa Elena» un

campamento, el cual había sido abandonado recientemente por los insurrectos, sin duda al saber que las tropas se acercaban.

* * *

Al llegar la columna á Paso Azul, empezaron á cruzarse los primeros tiros entre las fuerzas de la vanguardia, compuesta del escuadrón de Camajuaní, y los insurrectos mandados por el titulado capitán de Estado mayor, Indalecio Moles, ayudante de Serafin Sánchez, que resultó muerto en el combate.

El teniente coronel Santander, como más antiguo, se encargó del mando de las fuerzas.

Los rebeldes atacaron á nuestros soldados por el frente, flanco izquierdo y retaguardia.

La acción comenzó á las nueve y media de la mañana del día 20, terminando á la una y media de la tarde del propio día con la total dispersión de las partidas rebeldes.

Los insurrectos se encontraban reunidos en número de 1,400 hombres, casi todos de caballería, con muy poca infantería, y armados la mayor parte con Remingtons y algunos con rifles.

Los mandaban los cabecillas Roloff, Serafin Sánchez, Castillo y Legón.

A los pocos momentos de romper el fuego el enemigo, una bala mató el caballo que montaba el teniente coronel señor Palanca. Las fuerzas del regimiento de Zamora, compuestas de naturales de Galicia, entraron en combate cantando la *muñeira*.

Las del escuadrón de Camajuaní observaron un comportamiento heroico, digno de toda clase de elogios. Estaba compuesto de 150 hombres, mandados por el capitán don Lino Fernández.

Los rebeldes tuvieron 60 bajas y 40 caballos muertos.

Durante el combate no se vió por parte alguna al titulado *general* Serafin Sánchez.

Las bajas de la columna fueron las siguientes:

Las fuerzas del teniente coronel Santander, un herido grave.

El escuadrón de Camajuaní tuvo tres soldados heridos gravemente, que fueron trasportados al hospital de Sancti Spiritus y ocho caballos muertos por heridas de bala.

Las fuerzas de Zamora tuvieron un soldado contuso.

Esta brillante acción tuvo lugar en terrenos de la finca «Santa Clara.»

Los rebeldes, completamente desordenados y desanimados por el descalabro sufrido, emprendieron la fuga hacia el potrero «La Campana,» situado en los límites de la provincia de Puerto Príncipe.

Las columnas, después de practicar un escrupuloso reconocimiento en el sitio del combate y sus alrededores, emprendieron la marcha hacia Sancti Spiritus, pernoctando en el potrero «Blanco.»

* * *

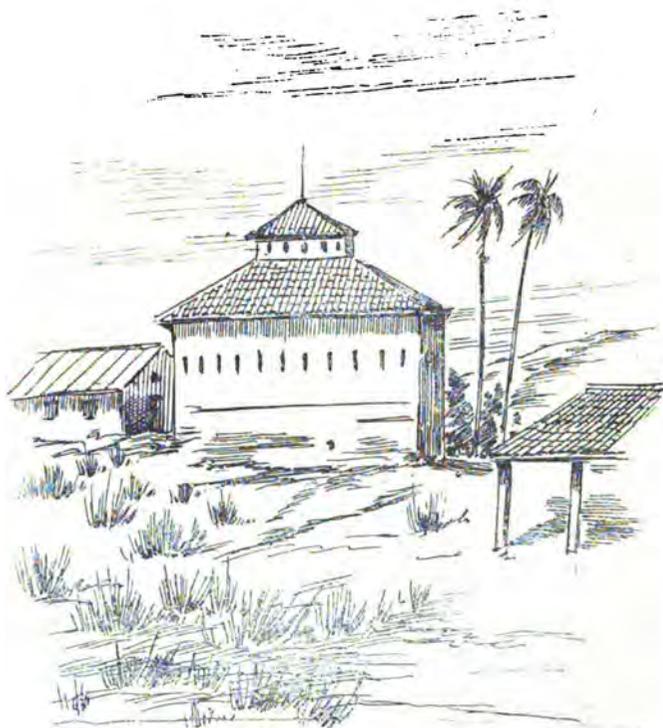
No se recibieron en Madrid, los días 21 y 22, noticias oficiales de Cuba referentes al curso de las operaciones de campaña en la isla.

El general en jefe, que continuaba en Santa Clara, dirigió á los ministros de la Guerra y Ultramar varios despachos de los llamados «de servicio,» y por consecuencia sin interés alguno desde el punto de vista de las operaciones de nuestro ejército contra los insurrectos.

En los centros oficiales seguía creyéndose que independientemente de los pequeños encuentros á que necesariamente daban origen el movimiento de las columnas, el relevo de destacamentos y en alguna

ocasión la osadía de los separatistas, no se registrarían hechos de armas de verdadera importancia durante una temporada relativamente larga.

En cambio, el Gobierno se prometía que desde el mes de Octubre



FUERTE «ANFAREDES» (Trocha del Júcaro á Morón)

no se diera reposo al cable telegráfico para transmitir el relato de los acontecimientos que se habían de desarrollar en el teatro de la guerra.

Ni para enaltecer — añadimos *in mente* y deseamos nosotros — el resultado de las operaciones y la bizarría y heroísmo de nuestros soldados.

A falta de noticias oficiales y particulares del curso de la campaña, fueron en aquella fecha la *nota del día* las declaraciones previsoras é importantísimas que el día 21 hizo el exministro del gabinete liberal don Manuel Becerra en una conferencia celebrada en Segovia con el corresponsal de un diario madrileño.

Cuando todo el mundo, incluso el general Martínez Campos, creía que ya había en Cuba bastantes fuerzas del ejército para combatir y vencer la rebelión separatista,—dijo el señor Becerra.

«Y no sólo es preciso vencer, sino vencer de la manera más rápida posible.

Por esto, en mi sentir, *se necesita reunir en Cuba cien mil hombres*. Las guerras cortas son más baratas y más humanitarias, y semejante aspecto, más humano sin duda alguna, han de revestir las guerras que el porvenir prepara.

.....

«Lo primero es *vencer por la fuerza*, sin otras contemplaciones que las dictadas por la humanidad y la moral y la civilización moderna. Después, y cuando no haya quedado lugar á dudas, hay que ocuparse con gran libertad de espíritu, con profunda y enérgica reflexión, sin aquellos prejuicios que con frecuencia dicta la rutina y los intereses creados, en las soluciones más convenientes para aquellas provincias y para la Metrópoli.»

.....

«Voy á concluir. Me pregunta usted mi opinión acerca de la presencia del general Martínez Campos al frente del ejército de operaciones en la isla de Cuba. Amigo mío, y muy querido, es el general, y nadie mejor que yo admira sus cualidades de caudillo y de soldado; pero ya le manifesté claramente mi opinión de que no debía ser nombrado para el Gobierno general de Cuba, porque cuando una nación tiene la fortuna de encontrar en una sola persona tantos prestigios, no es cosa de

exponerlos en todos los momentos y ocasiones, y se necesita reservarlos para las grandes necesidades de la patria...»

Estas opiniones que algunos encontraron pesimistas y exageradas, fueron después completamente justificadas por la realidad de los hechos.

Mejor dicho, vióse que, en cuanto á las fuerzas que á juicio del ilustre político *se necesitaban* para vencer la rebelión, aún se quedó corto el señor Becerra.





CAPÍTULO XXIII

Los telegramas del *Times*.—Despacho oficial.—Sin noticias.—Rumores acerca de la necesidad de enviar nuevos refuerzos á la isla.—Propósito de separación de mandos y del envío de un teniente general.—Preparativos de organización de un tercer cuerpo de ejército expedicionario á Cuba.—Problemáticos ascensos á tenientes generales.—Suspensión de hostilidades.—El periódico *The Times*.—Llegada á Puerto Rico del vapor *Cataluña*.—Datos estadísticos sobre el ingreso en filas de los reservistas de 1891.—El general Martínez Campos en la Habana.—Rumores de disidencias entre los jefes insurrectos Gómez y Maceo.—Encuentro y combate en las minas de Motembo.—El teniente coronel señor García Rojo.—Sin noticias oficiales.—El Ministro de la Guerra.—Prófugos y voluntarios.—Ataque á un convoy.

PL número del *Times* llegado el día 23 á la Península publicó un telegrama de su corresponsal en la Habana, exageradamente pesimista, como todos los que dicho diario insertaba, pero en el cual había algunas noticias nuevas y de interés, que creemos oportuno dar á conocer á nuestros lectores.

Decía así lo más substancial de dicho telegrama:

«*Habana*, Agosto 17.—El general Martínez Campos se encuentra en Santa Clara organizando los medios conducentes á impedir que la revolución continúe desarrollándose.

Establecerá su cuartel general en Placetas.

Se dice que el número de rebeldes aumenta en la provincia de Santa Clara.

En el gobierno se han recibido noticias de varios encuentros de

escasa importancia ocurridos en los últimos días en las provincias de Santiago, Santa Clara y Matanzas.

En una carta de un corresponsal de Santiago leo que los insurrectos han dado muerte recientemente á dos inocentes españoles que trabajaban en el ferro carril, como también á un pescador del pueblo de Mayasí, diciendo que estos actos los han perpetrado en venganza de los duros tratos que las tropas del Gobierno han dado á los rebeldes.

El corresponsal añade que corre el rumor de que el cabecilla Maceo ha ordenado á los suyos que en adelante no den cuartel, contestando de esta manera al ataque de que fué objeto un hospital del campo insurrecto, en donde muchos rebeldes fueron muertos.

Informes de Puerto Principe aseguran que la mayoría de los habitantes están disgustados con la manera de conducir la campaña que observa el *generalísimo* Gómez alegando contra él, el haber destruido innecesariamente la propiedad, y las severas medidas adoptadas contra los que han desobedecido sus órdenes.

En la provincia de Matanzas, la revolución continua tomando incremento. Los grupos de rebeldes se encaminan hacia el Oeste, en dirección de la capital.»

Nuestro corresponsal en la capital del Reino Unido nos comunicó el día 23, un nuevo telegrama publicado por el propio periódico el mismo día, que decía así:

«Londres 23.—El periódico *The Times* publica un despacho de su corresponsal en la Habana, inspirado como otros muchos de esta índole, en las corrientes generalmente favorables al elemento filibustero.

En dicho despacho, prestando á la rebelión actual mucha mayor importancia de la que tiene, se dice que España habrá de hacer grandes concesiones á los autonomistas, si quiere conservar fieles á la patria á todos los demás elementos cubanos, añadiendo que después de la victo-

ria de las armas de España, será necesario conservar en Cuba durante diez años por lo menos un ejército de 50,000 hombres.»

* * *

El propio día 23 recibíose en Madrid el siguiente telegrama oficial.

«Habana 23.—(11'3 [n.])—General Moreno, en telegrama de ayer, me dice día 7 capitán Amador con 220 hombres, batió 600 enemigos mandados por el cabecilla Cartagena, en Tahama, haciéndoles siete muertos. La columna tuvo un muerto y siete heridos.

Día 9, el teniente Ricardos, con 25 hombres, conducía un convoy, y fué atacado en Guafenal por el mismo Cartagena que mandaba 200 insurrectos.

Ricardos disputó con bravura y ganó la posición de Carretas.

El sargento Baldobin, que mandaba el fuerte de Bazán, próximo al lugar del encuentro, auxilió con cinco hombres y municiones. Aumentada la escolta con resto guerrillas de Sagua, continuó su marcha el convoy.

El enemigo tuvo siete muertos vistos, y doce heridos, entre ellos el cabecilla Pombo. Nosotros un sargento herido.



TENIENTE CORONEL SEÑOR MARQUÉS
DE MENDIGORRIA

Día 22, Maceo con 350 hombres, quedándose á retaguardia, mandó resto partida atacar ingenio «Unión» guarnecido por 59 hombres, siendo rechazado. El fuego duró tres horas, dejando enemigo un muerto, titulado oficial Vega, y un prisionero, titulado capitán Ramirez, que dijo que Maceo estaba próximo al poblado. Nosotros sin novedad, cogiendo al enemigo seis armas de fuego y seis machetes.—*Arderius.*»

.....

Sin noticias oficiales ni particulares referentes al curso de las operaciones en Cuba, más que la de que el general en jefe continuaba en Santa Clara, punto de residencia elegido por el señor Martinez Campos—según decía el Gobierno—por la rapidez y facilidad de sus comunicaciones con la Habana, de una parte, y de otra por su proximidad á los lugares en que tenía mayor importancia la insurrección, hablóse en los centros políticos de la exactitud ó inexactitud del rumor referente á que el general Martinez Campos había pedido un nuevo ejército para proseguir con rápidos y seguros resultados la campaña de Cuba.

En los centros oficiales negóse toda veracidad á la noticia, pero nuestros particulares informes nos permiten afirmar que el Gobierno teniendo previsto el caso de que fuesen necesarios en Cuba mayores refuerzos, habíase fijado en completar hasta cien mil el número de hombres que operasen en la isla, para dar la batalla decisiva á la insurrección.

Más de cien mil soldados había en Cuba cuando la paz del Zanjón, y no era tan grande como en aquella fecha el número de insurrectos.

Esto se dijo para pensar en otro ejército expedicionario, aún cuando no fuera su envió un acuerdo cerrado.

Con este motivo volvió á hablarse del nombramiento de un teniente general para Cuba, afirmándose que existía el propósito de se-

parar el mando del ejército de operaciones del mando superior de la isla, conservando aquel el general Martínez Campos, y confiándose el de gobernador general de la gran Antilla, al teniente general que fuera nombrado.

Posible y aún probable es que esto lo pretendiera alguien, pero no es menos cierto que nadie creyó en que tal cosa ocurriera mientras el general Martínez Campos estuviese al frente del gobierno general de la isla.

En cuanto al nombramiento de un teniente general que operase á las órdenes del ilustre Martínez Campos, muchos fueron los que lo consideraron conveniente, pero el Gobierno no se atrevió á tomar en ello la iniciativa, y esperó á que el general en jefe lo pidiese.

*
* *

Varios y muy interesantes telegramas se cambiaron en los días 25 y 26,—según nos informó nuestro celoso corresponsal en Madrid,—entre el ministerio de la Guerra y Santa Agueda, residencia accidental del jefe del gobierno, y entre el propio palacio de Buenavista y Santa Clara (Cuba), que continuaba siendo en aquella fecha la residencia del general en jefe del ejército de Cuba.

De los despachos de la autoridad superior de la isla, lo único que pudo traslucirse fué que, contestando á consultas sobre el traje de las fuerzas expedicionarias, manifestaba que tenía preparado el vestuario necesario de tela rayada.

De lo demás de la campaña aseguróse que nada decía en sus telegramas el general Martínez Campos.

Acerca de los preparativos de organización del tercer cuerpo de ejército expedicionario, se supo que en el ministerio de la Guerra se

habían hecho los trabajos necesarios para tener preparado equipaje y vestuario, habiéndose vencido no pocas dificultades para contar desde luego con el necesario correaaje.

En cuanto á la fecha de embarque de los nuevos refuerzos hallábase en estudio una importante variación.

En los cálculos del Gobierno entraba el que en la segunda quincena de Octubre se embarcasen diez ó doce mil hombres de los cuerpos que estaban en turno, dejando para Noviembre el embarque de otros diez ó doce mil de los mozos pertenecientes al cupo de aquel reemplazo.

Se habló no poco en los círculos políticos de si serían ascendidos á tenientes generales dos de los generales de división (mariscales de campo) que servían á la sazón en Cuba, y se señalaron como candidatos á los señores Arderius, Mella y Suarez Valdés.

Dándose por ciertos y resueltos esos ascensos, se hicieron combinaciones sobre división de mandos en Cuba, y sobre jefatura de uno de los dos cuerpos de ejército, cuya formación se suponía necesaria para responder á las exigencias de la campaña en la grande Antilla.

«En cuanto á los ascensos—nos decía en su carta nuestro bien informado corresponsal—puedo afirmar que no hay propuesta ni indicación alguna; respecto á la divisón de mandos ya les tengo comunicado que no hay que pensar en ello mientras el general Martínez Campos esté en Cuba, y referentemente á otros mandos en el ejército de operaciones, yendo á las órdenes del general Martínez Campos uno ó dos tenientes generales, ya les tengo dicho también que quizás sean esos los deseos del Gobierno, y acaso para un acuerdo definitivo es lo más probable que se esté esperando la última palabra del gobernador general de la isla.

Parecía indudable que, bien por los rigores de la estación, bien por otras causas que se desconocían, tanto nuestras tropas como las partidas insurrectas hubiesen suspendido momentáneamente las hostilidades: sólo así podía explicarse la falta absoluta de noticias que durante algunos días se observó respecto al curso de las operaciones de guerra en Cuba.

Tampoco el día 27 hubo de las autoridades de la isla despachos oficiales destinados á calmar la ansiedad pública, sabiéndose únicamente que no ocurría nada extraordinario y que el general Martínez Campos continuaba en Santa Clara.

Un telegrama de origen filibustero afirmó que el general en jefe del ejército de Cuba, había establecido su cuartel general en Santa Clara.

El periódico *The Times*, en despacho de la Habana del 28, dijo que el general Martínez Campos había decidido establecer en Santa Clara su cuartel general como punto estratégico para responder á las necesidades de la campaña; que continuaba organizando la defensa con el establecimiento de fortines y numerosas columnas, á la vez que trazaba el plan ofensivo para así que terminase la estación de las lluvias.

La insurrección, según el corresponsal del mencionado periódico, se extendía en la referida provincia de Santa Clara; pero no debía perderse de vista para juzgar de la inexactitud de estas noticias la tendencia poco benévola á España del periódico en que se publicaban.

El día 29 llegó á Puerto Rico, en cuyo puerto hizo escala, el vapor *Cataluña*, que conducía seis escuadrones de caballería y una batería de montaña, primera expedición del segundo cuerpo de ejército destinado á Cuba.

La travesía hasta la pequeña Antilla la hizo el *Cataluña* sin la menor novedad, y fué de notar la feliz circunstancia de que en pocos me-

ses se hubiesen embarcado para Cuba *sesenta mil* hombres sin que hubiesen sufrido contratiempo alguno en la travesía.

En el Ministerio de la Guerra se reunieron datos interesantes del ingreso en filas de los reservistas de 1891.

El total de ellos, de infantería y zapadores minadores, ascendía á 12.935, y se incorporaron 12.052.

Dejaron de presentarse, por tanto, solo 883, incluyendo los enfermos ó ausentes, ó sea un 6'82 por ciento.

A esa reserva correspondían 94 sargentos, los cuales se presentaron todos, sin una sola exepción.

El resultado de esos datos vino á confirmar lo que dejamos dicho en anterior capítulo acerca del espíritu patriótico de nuestros bravos soldados.

* * *

En telegramas que recibieron el día 28 los ministros de la Guerra y de Ultramar, participó al Gobierno el general Arderius, que el día anterior había llegado á la Habana el general Martínez Campos, quien marchaba el mismo día para Puerto Príncipe.

Nos comunicaron nuestros corresponsales en la isla, con referencia á persona de gran crédito, que con gran insistencia circulaba en la Habana, Puerto Príncipe y Santiago, el rumor de que existían bondas disidencias entre los jefes insurrectos, acentuándose la hostilidad entre la gente blanca y la de color, y muy particularmente entre Máximo Gómez y Maceo.

Por esta tirantez de relaciones entre los directores de la rebelión, el *generalísimo* y el *mayor general* de los filibusteros, explicaban las mencionadas cartas la pasividad del primero de dichos jefes, que con

unos mil hombres permanecía en la provincia de Puerto Príncipe sin demostrar con acto alguno su intervención activa en la guerra.

No se recibió tampoco el día 29 en el Ministerio de la Guerra—según nos comunicó nuestro corresponsal en Madrid—noticia alguna de la campaña de Cuba.

«—Si en estos últimos días se ha verificado algún encuentro—dijo el señor Azcárraga á los que le preguntaron acerca del extraño mutismo del cable y la pasividad de nuestras tropas—ha debido ser tan in-



SAN ANTONIO DE BAÑOS

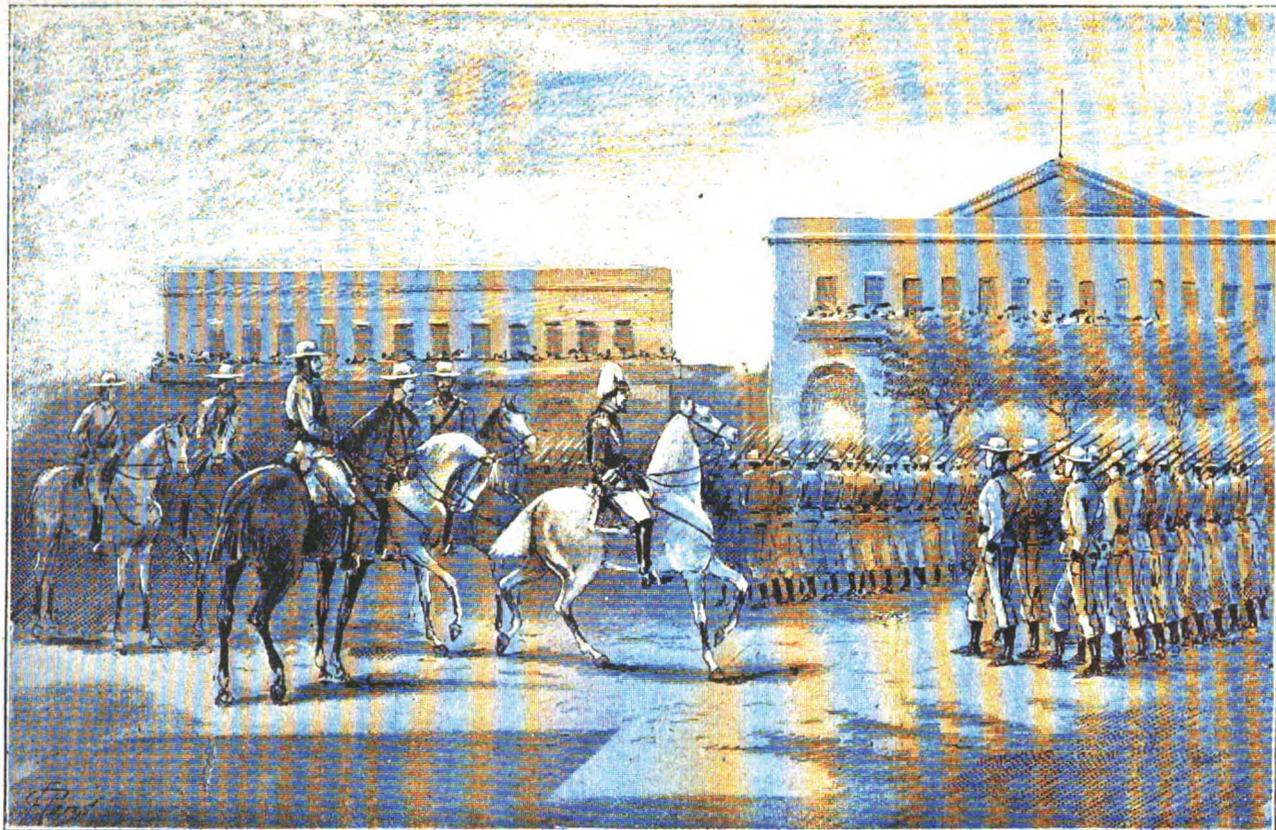
significante, que el capitán general ha creído que no debía dar noticia de él.

—En cuanto á Martínez Campos, supongo que habrá salido de Nuevitas con dirección á Puerto Príncipe.»

El cónsul español en Buenos Aires telegrafió el día 29 al ministro de la Guerra diciéndole que se habían reunido allí 888 prófugos sometidos á indulto y 382 voluntarios para servir en Cuba.

En Montevideo había 24 prófugos y 27 voluntarios.

Hacían un total de 1.321 hombres, que el 7 del próximo Septiem-



REVISTA DE TROPAS EN EL PARQUE DE LA INDIA. (Habana)

bre estarían embarcados todos en el vapor *San Francisco*, marchando á Cuba.

En Río Janeiro se habían reunido unos 600, entre prófugos y voluntarios, y el consul pedía un buque que les condujera á la gran Antilla.

* * *

El comandante Lomo, con sesenta voluntarios de Alvarez y cuarenta y dos caballos del escuadrón de Cárdenas, dió alcance el día 10 en Majabraga y Colón, á la partida de Bermúdez, compuesta de 250 hombres montados.

Empeñada la lucha, duró el fuego media hora, causándose al enemigo seis heridos y cogiéndole además municiones, ropas y armas.

La columna tuvo dos voluntarios y dos caballos heridos.

He aquí los detalles de la acción:

Noticioso el comandante de la guardia civil señor Lomo de que por las inmediaciones de las minas de Motembo se encontraba el cabecilla Bermúdez con una partida de 250 rebeldes, organizó una columna compuesta de 42 caballos del escuadrón movilizadado de cazadores de Cárdenas y 60 voluntarios de Alvarez, al mando del capitán de infantería don José González Bernard y el médico primero don Bernardo Moas y Minaya, para la asistencia sanitaria.

A las tres y media de la tarde del 10 de Agosto, cerca ya de las citadas minas de Motembo, encontró la columna á las fuerzas insurrectas. El comandante Lomo ordenó al capitán González y sus voluntarios el ataque, y dispuso que el médico estableciera en un bohío próximo el hospital de sangre.

Salió el doctor Moas con ocho hombres en dirección al bohío, y

encontrándolo ocupado por fuerzas enemigas, púsose al frente de los ocho soldados que le acompañaban, y empuñando revolver y machete gritóles con entusiasmo:

—Muchachos, á ellos; al machete, y ¡viva España!

Y él á la cabeza de aquel pelotón de bravos, lanzáronse aquellos nueve valientes sobre el enemigo, al que desalojaron del bohío y causaron varias bajas.

El enemigo ocupó, entonces, y se parapetó en otro bohío inmediato, y hacia él se dirigió el bravo doctor Moas y sus ocho valientes, batiéndolo y desalojándolo de su nuevo refugio y constituyendo allí el hospital de sangre.

Mientras esto sucedía, el no menos valeroso capitán González Bernard, se batía por otra parte, con sus bravos voluntarios, bajo las acertadas disposiciones del bizarro comandante Lomo.

Batido y puesto en fuga y dispersión el enemigo, el señor Lomo, delante de toda la fuerza, felicitó al doctor Moas por su heroico comportamiento, y al dar luego parte al comandante general, elogió el de toda la columna y con especial mención el de Bernard y Moas.

Se causaron al enemigo seis heridos y se le cogieron armas, municiones y ropas.

* * *

El teniente coronel de la guardia civil, señor García Rojo, después de una activa persecución, logró alcanzar la propia partida, que se había internado en Matanzas, batiéndola y causándole un muerto y varios heridos.

Seguida la persecución, cayeron prisioneros el cabecilla apellidado Valdivia y seis individuos más, diseminándose el resto de la partida.

La columna que salió de San Miguel de Nuevitas custodiando un convoy de treinta carretas, llegó á Guaimaro, á pesar del obstinado ataque del enemigo, al mando del *generalísimo* Gómez, para apoderarse de dicho convoy.

La partida de Mirabal que fué la que con mayor empeño y osadía



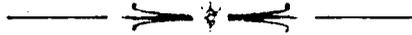
...púsose al frente de los ocho bravos soldados que le acompañaban... (pág. 375)

inaudita atacó uno de los flancos de la columna, después de no conseguir su empeño, tuvo que retirarse con más de cincuenta bajas.

Los soldados pelearon con porfiada bravura y tenacidad inusitadas consiguiendo un triunfo más para las armas españolas y un nuevo desengaño para el enemigo.

El marqués de Santa Lucía, que dirigió el ataque, alentaba á los suyos con estas palabras: «¡Arriba, ciudadanos, que son pocos!»

Pero pocos ó muchos, demostraron una vez más nuestros bravos soldados á sus contrarios, que el número no hace al caso para coronarse con los laureles *de la victoria*.





CAPITULO XXIV

Noticias de Santiago y Puerto Príncipe.—El periódico *La Lucha*.—Confirmación de las disensiones entre los jefes de la insurrección. — Esperanzas lisonjeras.—Voluntarios de la Habana á operaciones.—Revista en el Parque de la India.—Arenga de Martínez Campos. —El general aclamado y vitoreado por los voluntarios y el pueblo.—Derrota del cabecilla Romeu.—Varios encuentros.—Tres guerrilleros macheteados.—Detalles del ataque á Casorro por fuerzas del *generalísimo* — La intimación de Máximo Gomez.—Bajas de destacamento. — Rumores de dimisión del general Martínez Campos. — Un suelto de la *Discusión*.—El arzobispo de la Habana.—Gastos de la guerra.—Presentación y arrepentimiento del cabecilla Caballero.—Su manifiesto á los cubanos.—Aprehensión en la Florida de armas y municiones. — Detención de filibusteros en Wilmisphon. — Prisión de filibusteros en Filadelfia y embargo de un remolcador con cargamento de armas.



UERON escasas las noticias que de las provincias de Santiago y Puerto Príncipe nos comunicaron nuestros activos corresponsales por el vapor correo llegado á la Península á últimos de Agosto.

De la última de dicha provincia se sabía que los insurrectos continuaban imponiendo contribuciones, habiendo exigido en una ocasión *cuarenta mil pesos* y en otra *veinte mil*.

Con referencia á Santiago, seguía el rumor de que continuaban las desavenencias entre los jefes de los rebeldes. Algunos de éstos criticaban la dirección que se daba á la campaña y se oponían á todo lo que significase destrucción de la propiedad. Había también celos entre los jefes blancos y los de color.

Los insurrectos habían recibido órdenes del Comité revolucionario de Nueva York, prohibiendo en absoluto el trabajo en las plantaciones, y previniendo que en el caso de que los propietarios desobedecieran esta orden, se les destruyera su propiedad y se les quemase la caña.

El periódico *La Lucha* publicó un artículo escrito en Cienfuegos, en el que se decía que las clases trabajadoras estaban sumidas en la más horrible miseria, realmente muriéndose de hambre, á consecuencia de la suspensión de todo trabajo de plantaciones.

Personas llegadas de Cuba en el último vapor-correo del mes de Agosto estuvieron conformes en declarar, que existían y se acentuaban los disgustos entre los cabecillas Máximo Gomez y Antonio Maceo, el cual pretendía ser allí el jefe supremo, diciendo que sólo á él se debía la organización de la insurrección en Cuba.

La incompatibilidad entre los dos jefes principales de la insurrección se hacía cada día más patente, y nada de particular tendría que sobreviniera un rompimiento.

A propósito de esas disidencias y de la excitación que reinaba entre los secuaces de cada uno de los indicados cabecillas, se habló también de los disgustos que tuvo Maceo con Martí, y de que éste, cuando ocurrió la sorpresa de Dos Ríos, que le costó la vida, estaba dispuesto á embarcarse para los Estados Unidos, abandonando el campo de la insurrección con el propósito de trabajar por la desautorización de Maceo.

De estas divisiones informó también al Gobierno el general Martínez Campos, pues ya existían y muy profundas, en tiempo de Martí, quién por ellas iba á abandonar la isla, internándose en Santo Domingo, cuando le sorprendieron nuestras tropas.

Estas noticias, de origen autorizado, que demostraban el poco arraigo que tenían en Cuba y la armonía en que vivían los jefes de la insurrección, hicieron concebir aquí en la Península la lisonjera esperanza de que en breve tiempo conseguiría España pacificar la isla.

El general Martínez Campos convocó el día 8 de Agosto á los coroneles de voluntarios de la Habana, manifestándoles sus deseos de que cada uno de los beneméritos cuerpos que mandaban, pusiese á su disposición 100 voluntarios y 25 entre oficiales y clases, con el fin de prestar durante un mes, hasta la llegada de los refuerzos de la Península, el servicio de destacamentos en campaña, que entonces llenaban tropas de línea, las cuales iban á salir inmediatamente á operaciones en el campo contra el enemigo.

Los coroneles acogieron con el mayor entusiasmo patriótico el deseo del ilustre general Martínez Campos, reiterándole su más absoluta adhesión, en nombre propio y en el de sus subordinados, siempre dispuestos á consagrar su vida á la defensa de la integridad nacional.

El contingente que debían aportar los batallones de voluntarios de



GENERAL GODOY

la Habana ascendía próximamente á mil trescientos hombres. Los soldados y cabos disfrutarían el haber de treinta pesos; los sargentos el de treinta y cinco y los señores oficiales el mismo de que gozaban los del ejército.

Con gran actividad y entusiasmo se procedió en la Habana, en los primeros días del mes de Agosto, á la formación de los cien hombres por cada batallón de voluntarios de la Habana, con sus correspondientes capitán y oficiales, que debían salir á campaña.

En todos los batallones hubo exceso de voluntarios, así de la clase de tropa como de la de oficiales, por lo que no fué preciso el sorteo para constituir esas nuevas unidades, que de un momento á otro habían de salir á operaciones.

El día 11, desde las primeras horas de la mañana, comenzó á llenarse el Parque de la India de gente que acudía á presenciar la revista de los 3.100 voluntarios de la Habana que iban á campaña.

La ciudad estaba engalanada y había miles de señoras en las calles, balcones y azoteas que daban vista á la carrera.

A los ocho llegó al Parque el general Martínez Campos, precedido de sus guías y acompañado de su Estado mayor, el general segundo cabo, señor Arderius, y el secretario del gobierno general, señor Calvo Muñoz.

Era la primera vez que el general se presentaba en público, después del combate de Peralejo ó Valenzuela.

Recibióle los coroneles y otros oficiales de todos los batallones de voluntarios, en tanto que quince bandas de música ejecutaban unidas una gran marcha.

La policía no pudo impedir que la multitud invadiese la línea, aclamando al general Martínez Campos y dando vivas á España y al vencedor de los filibusteros en Peralejo. El entusiasmo fué indescribible.

Después de pasar revista á los voluntarios, el general, en frases sentidas, pronunció una arenga de tonos patrióticos, en la cual, dijo que los voluntarios iban á proteger las haciendas y las propiedades que estaban amenazadas de destrucción por hordas cuyo único lema era la devastación y la ruina.

—«Los verdaderos cubanos—agregó—deben ser los primeros en defender la propiedad y no destruirla.»

Terminada la revista entre los aplausos y aclamaciones de la multitud que la presenció, los voluntarios salieron inmediatamente para Las Villas.

* * *

Dos acciones empeñadas se riñeron en los días 5 y 6 de Agosto en las márgenes del río Duava, (Baracoa).

El comandante señor Gonzalez con su columna de 250 hombres batió y derrotó á la partida insurrecta del cabecilla Romeu, que mandaba 600 hombres, haciéndole cuatro muertos.

El mismo día la propia columna, yendo en persecución de dicha partida, atacóla de nuevo obligándola á desalojar las posiciones que ocupaba, tras tres horas de rudo combate.

Las bajas españolas fueron un muerto y un herido. Las de los insurrectos siete muertos y doce heridos.

Al dirigirse el sargento Cabañas con diez y seis hombres al Seboquito, encontró cerca de Mayarí (Santiago) una partida de cien insurrectos, á los que hizo dos muertos y varios heridos. La pequeña fuerza tuvo sólo tres heridos, y ocupó una cantidad de municiones.

En la provincia de Santa Clara una partida de doscientos rebeldes,

á las órdenes del cabecilla Rego, fué atacada por una columna de nuestras tropas en Gavilancito, jurisdicción de Trinidad.

Los insurrectos significaron su propósito de rendirse; pero era una estratagema para atraer á una emboscada á las tropas.

El ardid fracasó por completo y los insurrectos fueron derrotados huyendo en dirección de Hoyo Padilla, después de habersesles hecho cinco muertos y diez heridos, entre aquellos el segundo de la partida.

* * *

Posteriormente se nos comunicó el siguiente relato del ataque á Gavilancito, que rectifica en un todo el primer informe cablegráfico.

He aquí, según fidedigna información, lo ocurrido en el poblado de Gavilancito:

El 10 de Agosto, á las dos de la tarde, se presentó á la puerta de la casa cuartel de la Guardia civil de Gavilancito (Santa Clara) un paisano á caballo, vecino de aquel poblado, portador de un papel escrito y firmado por el titulado coronel Adolfo Rego, jefe de la fuerza insurrecta de aquellos contornos, en el que se decía:

«Al valiente jefe de la fuerza del puesto de la Guardia civil: Entregue el destacamento y armas y no le pasará nada. Tengo todas las precauciones tomadas; además 200 hombres á mi mando; no quiero ver correr sangre de hermanos. Conteste pronto por el dador, que estoy á la salida del pueblo.—*Adolfo Rego.*»

El sargento comandante del puesto contestó enseguida:

—«Tengo siete guardias, un cabo, dos paisanos y yo, total once; municiones para un año, agua para un mes y comida para quince días. No acepto su súplica; estoy dispuesto á batirme hasta morir ó perder la última gota de sangre.—*El sargento.*—*Mariano Espejo Montero.*»

Contestación del jefe insurrecto.—«Al jefe del puesto: Enterado de su escrito, deseo tener conferencia reservada con usted.—*Rego.*»

Contestación del sargento.—«Al jefe insurrecto: Mi deber es defenderme como buen soldado hasta morir, y no acepto conferencia.—*El sargento.*—*M. Espejo.*»

Entregada esta respuesta, se cerraron las puertas del cuartel, y cada cual ocupó su sitio para la defensa en los designados. Esto fué obra de



...sin respetar su estado inerme los machetearon cobarde y alevosamente... (pág. 385)

un momento. Inmediatamente después apareció el enemigo en número de 200, y empezaron á bloquear el puesto y á hostilizar el destacamento, que contestando con un fuego mortífero obligó á los insurrectos á retirarse, después de dejar muertos en el campo al capitán, al ayudante del cabecilla, un sargento y tres negros, llevándose diez heridos. Duró este ataque desde las dos de la tarde al día siguiente, que al hacer la descubierta se dispersaron; pero durante la noche, viendo que no conseguían sus propósitos, se vengaron quemando todo el poblado, que se componía de unas ochenta casas, la mayoría de guano, y arrasándolo

todo, dejando á sus habitantes en la mayor miseria, pues todos sus bienes, ropas y ganados cayeron en su poder, y se vieron en la necesidad de recurrir al destacamento de la Guardia civil, que compartió con ellos los alimentos hasta que llegaron refuerzos, los cuales, habiendo salido de Cienfuegos al tener noticia del suceso, se encontraron con la partida, que iba huyendo, y se trabó un nuevo combate, que ocasionó algunas bajas de ambas partes.

Al marcharse los insurrectos, gritaron en alta voz:

«¡Patones, volveremos otra vez para vengar las bajas que nos habeis hecho!»

* * *

Con objeto de custodiar la vía férrea, salieron de Puerto Príncipe fuerzas de la guerrilla local, que por parejas fueron distribuyéndose á lo largo de la línea.

En el kilómetro 6 quedaron al cuidado de una alcantarilla dos soldados y un cabo de la guerrilla del primer batallón de Simancas, que mandaba el capitán señor Casamayor.

Por la tarde, según parece, se quedaron dormidos á la sombra de la alcantarilla, los dos soldados y el cabo.

Una fuerza insurrecta, que se supuso la mandaba el cabecilla Aurelio Batista, al cruzar por debajo de la citada alcantarilla halló á los soldados entregados al sueño, y sin respetar su estado inerme los machetearon cobarde y alevosamente, quitándoles las armas, municiones y dos caballos.

El resto de la guerrilla, que mandaba el sargento Carlos Vilches, oyó unos tiros provenientes de otras parejas de guerrilleros con las cuales se había encontrado esa misma fuerza insurrecta, y replegando al-

gunas de sus fuerzas, corrió al lugar del suceso y entabló combate con los rebeldes.

El sargento afirmó que sus guerrilleros causaron varias bajas á los insurrectos, obligándoles á retirarse hacia el monte.

Al reconocer la línea se encontraron con los tres cadáveres de sus compañeros horriblemente macheteados.

Aquellos tres infelices, víctimas de su imprevisión, ó de las fatigas y cansancio, tal vez, y de la felonía de las hordas filibusteras, eran el cabo Emilio Martínez Torrecilla y los soldados Manuel Sagudo y Francisco Montes.

*
*
*

El bizarro y pundonoroso oficial del batallón de María Cristina que con su destacamento de cien soldados tan heroicamente se defendió en Cascorro de los ataques de los insurrectos, y de cuyo hecho dimos cuenta en el capítulo IV del presente tomo, llamábase don Félix Molina y fué recomendado por el general Mella para una recompensa.

Ese valeroso oficial, cuyo nombre nos complacemos y honramos en consignar en estas páginas, al dar cuenta del ataque del enemigo, en términos tan modestos que enaltecen aún más su valor y heroísmo, remitió copia literal de la orden de intimación que le dirigió Máximo Gomez, la cual decía así:

«Ejército libertador de Cuba.—Al pundonoroso jefe de Cascorro.»

«La guerra, humana lo más posible que queremos hacer, me impele, inspirado desde luego en estos sentimientos para evitar el incendio y derramamiento de sangre inútil, á intimar á usted la rendición con los honores que en tales casos se conceden.

Dos mil hombres que conmigo llevo, de caballería é infantería,

obligarán al fin á resolver por la fuerza lo que se puede hacer por la razón.

Los oficiales rendidos en idénticas condiciones del Mulato y San Jerónimo han sido perdonados, y he procedido con ellos como me lo indica el decoro militar.

El general Campos, que es bastante sensato, les ha absuelto de toda responsabilidad. Por tanto, doy á usted dos horas de término para su rendición con todas las garantías que necesita para usted y para sus valientes. De lo contrario, todas las desgracias que ocurran á ese pueblo recaerán sobre usted.—S. S., *Máximo Gomez*.—Conforme, *Salvador Cisneros y B.*»

Como resultado de la heroica defensa hecha por el valeroso destacamento á las órdenes del bravo oficial señor Molina, tuvo aquel las siguientes bajas:

Heridos: los soldados Vicente Masguer Domenech, Pablo Abelló Juanpera, y Pascual Cabedo y Balaguer.

Contusos: los soldados Joaquín Flores Llopis, y Jesús López Rodríguez.

El jefe del destacamento señor Molina citaba en su parte como distinguidos á los soldados Manuel Agra Castrujo y Leocadio Galdarias y Gamboa.

Añadía el citado oficial que los insurrectos se llevaron un muerto y seis heridos.

* * *

A consecuencia de haber circulado con alguna insistencia en la Habana, el rumor de que el general Martinez Campos había hecho propósitos de dimitir los cargos de gobernador general y general en

jefe del ejército de Cuba, publicó el periódico *La Discusión* con el epígrafe «No debe dimitir», el siguiente suelto:

«Anoche corrió el rumor de que el gobernador general había hecho dimisión.

»Se decía que el señor general Martínez Campos había propuesto al Gobierno un plan de medidas políticas, en sentido liberal y refor-



El teniente coronel señor García Rojo logró alcanzar la propia partida... (pág. 375)

mista, y que ese plan había sido desechado por el señor Cánovas.

»Pronto se sabrá lo que haya de cierto en esta versión. Nosotros opinamos que el general Martínez Campos es, ahora, irremplazable en Cuba.

»Celebramos que proponga medidas reformistas; pero aunque no las proponga, su presencia aquí es garantía para grandes y respetables intereses.



CASTILLO «JAGUA» Y ENTRADA DEL PUERTO DE CIENFUEGOS

»No hay en el mundo muchos hombres de guerra como este recio y admirable castellano que, al declinar de la vida y cuando le sobra derecho al descanso, pelea con el vigor y entusiasmo de la gente nueva, y es, además, humano y moderado y generoso.

Nadie, en lo que vá de siglo, ha podido en España tanto como él, por las obras de la fuerza, y ninguno ha dejado sentir menos su poder.

El general Martínez Campos no debe dimitir sin acabar la guerra de Cuba, porque *él es el único capaz de acabarla sin malas consecuencias.*»

Por otra parte hablóse también de que el arzobispo de la Habana había dirigido una carta al obispo de Madrid, en la cual aquel prelado manifestaba que era necesaria una gran energía en el Gobierno para sofocar la insurrección, añadiendo, que de lo contrario Cuba sería el cementerio y la ruina de España.

Se gastaban mensualmente en Cuba en aquella fecha (30 de Agosto de 1895) cerca de *treinta millones* de reales en el mantenimiento del ejército y las operaciones que se estaban realizando.

Hasta entónces esa cifra no había sido superada, pero cuando comenzaran las operaciones de otoño con las tropas que estaban en camino de la isla, habían de calcularse los gastos en otros *treinta millones* de reales.

La movilización del segundo ejército expedicionario había costado al país *seis millones* de reales, lo cual se consideró aún muy poco por personas conocedoras de estos asuntos.

En gastos de la flota, armamento Maüsser y municiones se emplearon otros *cuatro millones y medio de pesetas*.

Parece que solamente la quinina que consumían en Cuba nuestros soldados costaba cerca de *un millón* de reales al mes, calculándose un consumo de tres pesetas mensuales por individuo.

*
* *

Nos comunicó nuestro corresponsal en la Habana que el cabecilla Caballero habíase presentado y acogídose á indulto.

Al separarse de la revolución el jefe insurrecto don Gabriel Caballero y Loimar, había dado un manifiesto diciendo entre otras cosas, lo siguiente:

«Yo entiendo y conmigo entenderán también todos los cubanos amantes de este país, que Máximo Gomez, más que el *Dios de la guerra*, como algunos ilusos han dado en llamarle, es el devastador de la patria, ya que traiciona con su criminal conducta el pensamiento cubano, que no puede ser el de destrucción y ruina de su hermoso suelo, sino el de libertad y progreso.

»Cubanos patriotas y honorables, decidme, pues, si al separarme de esta revolución, merece mi conducta vuestra censura ó vuestra alabanza.

Lanzado al campo separatista por un ideal, cuya realización consideraba y considero compatible con el progreso y la felicidad de este país, al descubrir y conocer los criminales y destructores procedimientos por la revolución empleados, decidme, repito, si mi deber de cubano honrado no me imponía la deposición de las armas, que había empuñado en defensa de las libertades y progresos soñados, y la obligación de hacer ante mis hermanos esta confesión sincera que realizo.

»A vosotros os toca juzgar. Mi conciencia, para estar tranquila, sólo necesita el veredicto de mis queridos hermanos.

Véanse ahora los incendios realizados de orden del general dominicano.

Incendio de las propiedades del señor Castellanos.

Id. de las de don Camilo Campos.

Id. de las de don Justino García.

Id. de las de don Ladislao Guardia.

Id. de las de don Luis Carbonell.

Id. de los poblados de Altagracia, San Jerónimo, Rojas, Guamo, Habanero, Guamito, etc., etc...»



DESEMBARQUE DEL CABECILLA COLLAZO

.....

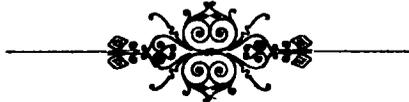
El ministro de España en Washington, en telegrama dirigido al duque de Tetuán, comunicó que el día 29 de Julio fueron aprehendidos en la Florida 180 carabinas y 200.000 cartuchos, con destino á los filibusteros.

Decía también el referido despacho que el día 30 habían sido detenidos en Wilmisphon veinte hombres y decomisadas veintisiete cajas de municiones, destinadas también á la insurrección cubana.

Este servicio lo prestaron nuestros celosos cónsules, ayudados por las autoridades norteamericanas.

Otro despacho de Filadelfia, fecha del 31, dió cuenta de haber sido detenidos y encarcelados en dicha capital veinte filibusteros cubanos.

Las autoridades locales embargaron igualmente un remolcador con cargamento de azúcar y municiones destinadas á los insurrectos de Cuba.





CAPITULO XXV

Noticias de Santa Clara y Matanzas.—Desembarco de la expedición Collazo.—*Congreso* de filibusteros en Najasa.—Proclamación del Gobierno republicano de Cuba.—Nombramientos.—El periódico *The Standart*.—Las reformas del señor Maura.—Otra vez el conflicto del *Alliance*.—Importante revelación de *El Siglo Futuro*.—Declaraciones del exministro de España de Washington señor Muruaga.—Complacencias dañosas.—Declaraciones del señor Cánovas.—Basta ya de humillaciones.

CONTINUABAN las tropas recorriendo la provincia de Santa Clara—según nos comunicaba nuestro corresponsal en la Habana, con fecha 18 de Agosto—sin conseguir ningún encuentro serio con los rebeldes, y sin que la acción de aquellas lograra disminuir el número de insurrectos. Por haber sido acusado de complicidad con los rebeldes había sido declarado cesante en el importante cargo judicial que desempeñaba en Puerto Rico, don Joaquín Torralba. Este señor era cubano de nacimiento y aparentaba ayudar eficazmente á España, á cuyo gobierno debía su nombramiento, pero en realidad, desde hacía tres meses, estaba secretamente al servicio de los insurrectos.

Los rebeldes habían hecho saber á los plantadores de las provincias de Santa Clara y Matanzas, que no permitirían la fabricación de azúcar en la próxima estación, y que la desobediencia á esta orden

sería castigada con la destrucción de la maquinaria y el incendio de la caña.

Era opinión corriente en la isla que si el general Martínez Campos no lograba limpiar de insurrectos esas dos provincias antes del mes de Noviembre, que era la época de comenzar la molienda de la caña, la situación económica se complicaría seriamente, porque la mayor parte de los propietarios y plantadores no estaban en disposición de poder soportar la pérdida de la cosecha.

A esto había que agregarse que si no se trabajaba en las plantaciones, millares de trabajadores irían á engrosar las filas de los insurrectos.

Decíase que el separatista Collazo, cabecilla en la guerra anterior, había desembarcado el día 22 cerca de Cárdenas, con una partida de cincuenta hombres y considerable cantidad de armas y municiones. La expedición fué transportada por el vapor *Elliot*, de la matrícula de la isla del Príncipe Eduardo (Canadá), y preparada y equipada en Nueva York.

Los peninsulares residentes en la Habana habían acordado formar una guardia urbana voluntaria para prestar el servicio de la plaza en caso de necesidad. Todos los que se inscribieran habían de contribuir á su sostenimiento con cinco pesos, y se costearían, además, el uniforme.

El general en jefe llegó á la capital el día 27, y se creía que permanecería en ella hasta que arribasen los refuerzos que de un día á otro se esperaban. Interin estos llegasen se ocupaba en disponer lo necesario para la inmediata organización y distribución de las nuevas fuerzas.

Con motivo del desembarco de la expedición Collazo, salieron el día 27 de la Habana para Sagua la Grande doscientos hombres, con objeto de reforzar la guarnición de este punto.



En una reunión que varios delegados de los insurrectos de las provincias de la Habana, Santiago y Santa Clara, celebraron uno de los días de la penúltima semana del mes de Agosto en Najasa (Puerto Príncipe), se proclamó el Gobierno republicano de Cuba y se hicieron varios nombramientos.

Parece que en el *Congreso de redentores* de Cuba fueron nombrados: Presidente de su soñada *República cubana*, el marqués de Santa Lucía; comandante general de Santiago de Cuba, Antonio Maceo; de Puerto Príncipe, Máximo Gomez; y de Santa Clara, el polaco Roloff. Asimismo se acordó que el Gobierno de la *República cubana* pidiera á España una autonomía análoga á la del Canadá.

En la Habana no se dió importancia alguna á la noticia ni al acto.

Comentando el hecho el periódico *The Standart*, de Londres, dijo que los revolucionarios de Cuba carecían de elementos para llegar á constituir un gobierno estable y que la autonomía de la isla inauguraría una era de revoluciones interminables. En cuanto á la supuesta anexión de la isla á los Estados Unidos—añadía—ni estos ni aquella la desean.

En la noche del 27 celebró en la Habana un *meeting* el partido autonomista cubano, en el cual predominó la opinión de que era más necesario que nunca abogar por las reformas liberales en Cuba.

Esta noticia coincidió con la que dieron algunos corresponsales de San Sebastián á la prensa madrileña, atribuyendo al general Salcedo, con motivo de la visita á la Regente y al señor Cánovas, la idea tantas veces repetida por la prensa conservadora, de que las reformas del señor Maura eran la causa de la actual guerra separatista en Cuba.

Nada, por cierto, más injusto que tamaña observación. Si se dijera, por ejemplo, que el general Calleja, tan buen soldado como excelente caballero, no tuvo la perspicacia necesaria para conocer los manejos de los separatistas y el plan de los revolucionarios é informarse de los preparativos que venían indudablemente haciendo, se diría una cosa á que los hechos han dado algún relieve.

Si se afirmara que el no haber previsto que la división del partido español podía ser grave, también se consignaría una afirmación que no es baladí, ni infundada.

Pero es una evidente arma de partido el atribuir al proyecto de reformas antillanas la actual insurrección, cuando los mismos conservadores las aceptaron como necesarias, y cuando el mismo señor Cánovas al discutirse el proyecto en el Congreso estimó que su aprobación *sería la señal de una era de paz*, en lo cual, por cierto, se equivocó lastimosamente el jefe del partido conservador.

Con otro método de gobierno posible es que hubiesen sido innecesarias las reformas del señor Maura; mas, tal como se han desarrollado los sucesos, esas reformas significarán siempre una prenda de paz y de confianza y un sistema adecuado á la satisfacción de aspiraciones muy generales en la isla de Cuba.

Este sistema, unido á la política de moderación que representó el general Martinez Campos durante su permanencia en el gobierno general de la grande Antilla, nos inspiró siempre á nosotros más confianza que el peligroso *statu quo* y la política de exterminio que algunos mal inspirados aconsejaron, y que el Gobierno se decidió á llevar á la isla impelido por aquellos; lo cual no contradice en modo alguno aquella firmeza que ha de desplegarse en todo caso en pro de los intereses generales de la patria.

Importante fué la revelación que *El Siglo Futuro* hizo en su editorial de la noche del 29 de Agosto.

Dijo el sensato diario, órgano del partido carlista, que según noticias autorizadas había celebrado el día anterior el conde P. Hóbkirk, de origen polaco, y cuya familia residía en París, una conferencia con el ministro de Marina, señor Beránger.

Dicho señor iba de pasajero á bordo del *Alliance* cuando éste fué cañoneado por el crucero *Conde de Venadito* en la costa de Cuba.

Declaró el referido conde que el reconocimiento se hizo á una y media milla escasa de la costa y que el buque norteamericano estaba cargado de armas y material de guerra para la insurrección antillana.

Esta declaración, que fué la que prestó en Nueva York cuando desembarcó allí, constábale al Gobierno de Washington, lo mismo que la de varios de los marineros y otros pasajeros que iban en el referido barco.

Comprobada así la razón con que procedió el comandante del *Conde de Venadito* al cañonear al buque norteamericano, resultaba injustísima la medida que se tomó con aquel pundonoroso marino, y causaba sonrojo que hubiésemos dado explicciones al gobierno del



DON JOSE AIZPURUA (General de brigada)

Washington por un hecho en que él debió dirselas á España.

A pesar de todo, se dió satisfacción á los *yankees*, relevando al digno comandante del crucero *Conde de Venadito*.

El señor Muruaga, ministro que era de España en los Estados Unidos cuando se suscitó el conflicto del *Alliance*, publicó el día 3 de Septiembre una carta en el *Herald*, confirmando lo dicho por el conde polaco.

La declaración del exrepresentante de España en Washington fué una prueba más del género de política observado por la República norteamericana, para la cual era letra muerta las prescripciones, más claras y más absolutamente respetadas por todos los países, del derecho de gentes universal.

..

Uno de nuestros apreciables colaboradores visitó al teniente de navío de primera clase, señor Ibarra y Autrán, comandante que era del *Conde de Venadito* al ocurrir el incidente con el *Alliance*, para conocer su opinión sobre la carta del señor Muruaga.

El señor Ibarra explicó en los siguientes términos lo ocurrido con el buque americano.

«El *Venadito* cruzaba vigilando. Estaba en *nuestras aguas jurisdiccionales*. Apareció un buque á la vista, arbolando bandera norteamericana. Se dirigía visiblemente á la costa. Entró en *nuestras aguas* y se le intimó se detuviera siendo preciso repetir el cañonazo de aviso con pólvora sola y dispararle otros dos con bala. Huyó y nos pusimos á darle caza; pero forzó la máquina y á toda marcha se puso fuera de tiro.

En testimonio de cómo pasaron las cosas existe una declaración firmada por la dotación del *Venadito*; pues todos mis subordinados

quisieron poner los sucesos en su lugar *por lo que ocurrir pudiera.*»

Preguntado acerca de la manifestación hecha por el conde Hobkirk, contestó:

«En cuanto se relaciona con el proceder de mi buque, exacta en un todo. A ese señor conde yo no le conocía. Le ví hace tres ó cuatro días en el ministerio.»

Referente á sus impresiones sobre el asunto, negóse á «apreciar los actos de los demás, y los de mis superiores,—dijo—menos.»

Sin duda alguna que en lo dicho por el respetable diplomático, con su indiscutible autoridad, no hubo nada nuevo para el Gobierno, al que en primer término y con la debida oportunidad debió comunicar el señor Muruga cuanto sabía y cuanto importaba saber sobre tan desdichado asunto.

Del propio modo que jamás ignoró el Gobierno la falta de razón y de justicia con que los Estados Unidos pedían la indemnización Mora, que los propios conservadores fueron los primeros en combatir cuando eran oposición, y á la que accedieron más tarde con la conciencia cabal de que consentían una expoliación y un despojo.

* * *

Mas ya que no pudieron servir las declaraciones del señor Muruga para retrotraer el conflicto del *Alliance* al estado que tenía cuando se promovió, como tampoco pudo servir la ruda campaña de la prensa y de las oposiciones parlamentarias para detener al Gobierno en el pago ilegítimo del millón y medio de duros que había de hacerse para humillación de nuestro país, el día 15 del propio citado mes, necesitaba saber la nación si á la dignidad de España convenía seguir doblegándose á las inconcebibles imposiciones del gobierno de los Estados

Unidos, que crecerían en la misma medida de nuestras complacencias y de nuestras debilidades.

Enseñanzas muy amargas se deducían de los hechos revelados por las afirmaciones de nuestro exrepresentante en la República norteamericana, no sólo ya para los conflictos pasados, sino para las posibles cuestiones que se columbraban en lo porvenir.

Porque ¿de qué servía que España enviase hombres y dinero á Cuba, de qué servían los esfuerzos y fatigas de nuestros bravos y sufridos soldados, de qué servían los servicios de la marina, ni que se enviasen á Cuba los cañoneros que se estaban construyendo, si luego había de resultar que para los Estados Unidos no había aguas jurisdiccionales, que era estéril la vigilancia de nuestros barcos, y que los asuntos de carácter internacional se resolvían al modo que indicó el señor Muruaga?

¿Y de qué servía que se pagase á la República norteamericana lo que notoriamente y según la confesión de todo el mundo no se le debía, si luego había de resultar que con semejante abdicación de nuestros derechos no se adquiriría siquiera la seguridad de que sería observada la *neutralidad*, que era no tan sólo de derecho escrito, sino hasta de derecho nacional, anterior á todos los Códigos internacionales?

Nos hubiéramos explicado que el Gobierno español hubiese hecho todo género de esfuerzos y toda clase de sacrificios—aunque cierto linaje de estos siempre son incompatibles con la justicia y con el decoro nacional, á los que no se puede sacrificar cosa alguna—si con ellos y á tan alto precio hubiésemos de lograr algún resultado eficaz para la pronta terminación de la guerra de Cuba. Política hubiera sido esa, al cabo, que por dura que fuese para la altivez de nuestro carácter, podía habernos traído algunas compensaciones favorables y ahorrarnos en el teatro de la guerra hombres y dinero....

Pero la debilidad, lo peor que tiene es que es inútil, absolutamente

estéril. El *Tío Sam* se ha creado para su uso exclusivo un Derecho de gentes que no puede encontrar analogías sino en la brutal razón del más fuerte y en las doctrinas de la lucha animal por la vida.

* * *

Si, entónces, el Gobierno que regía los destinos de esta desventurada nación hubiese hecho comprender cómo no se pueden violar impunemente *las prescripciones más claras y más absolutamente respetadas* del derecho universal de gentes, sin que España deje oír su voz en el mundo, sin que resista con todas sus energías á dar su consentimiento á tan flagrante violación de lo que constituyen los fundamentos más primordiales de la comunidad internacional que forman las naciones civilizadas, quizás á estas horas el problema cubano se hallase resuelto y extinguida la rebelión, ó por lo menos firmada una paz honrosa que hubiese salvado de la destrucción y de la ruina á la perla de nuestras Antillas, y de la bancarrota y de la miseria á la paciente y desventurada nación española.

Pero ¿qué extraño que tal sucediera cuando á la necesidad que manifestó el país de saber si á la dignidad de España convenía seguir doblegándose á las inconcebibles imposiciones del gobierno de los Estados Unidos, contestó el jefe del gabinete español, el presidente del Consejo de ministros responsables, con las siguientes declaraciones, hechas en San Sebastián, respecto al derecho de visita en los barcos, con motivo de lo del *Alliance*.

Dijo así, el insigne estadista español señor Cánovas del Castillo.

«No estando reconocida la beligerancia, no consintiendo España la declaración de guerra, no se puede, moviéndose dentro del derecho internacional, hacer visitas ni practicar registros en los barcos, que

son la prolongación de las fronteras y del territorio de las naciones, *ni dentro ni fuera de aguas jurisdiccionales*, incluso en el caso de que lleven armas, por que no se puede, sin romper el derecho que liga unos con otros á los pueblos, interrumpir el libre ejercicio del legítimo comercio.

Para lo único que hay derecho es para pedirles el rol é impedir que fondeen en puertos no habilitados.»

*
* *

Estas particularísimas opiniones, esta peregrina interpretación del Derecho internacional de gentes, inútil es decir cuán comentadas fueron por nuestros legistas y tratadistas.

La extensión que han de tener las aguas jurisdiccionales de un país, cierto es, que no ha sido nunca objeto de concierto ó tratado entre las potencias, sobre todo, después de los modernos adelantos en las armas de fuego, de tan gran alcance ahora; pero es un principio universalmente reconocido, antes y después de haber tomado cuerpo el Derecho internacional, que todo país ha de ejercer jurisdicción, hasta un cierto límite, en sus aguas.

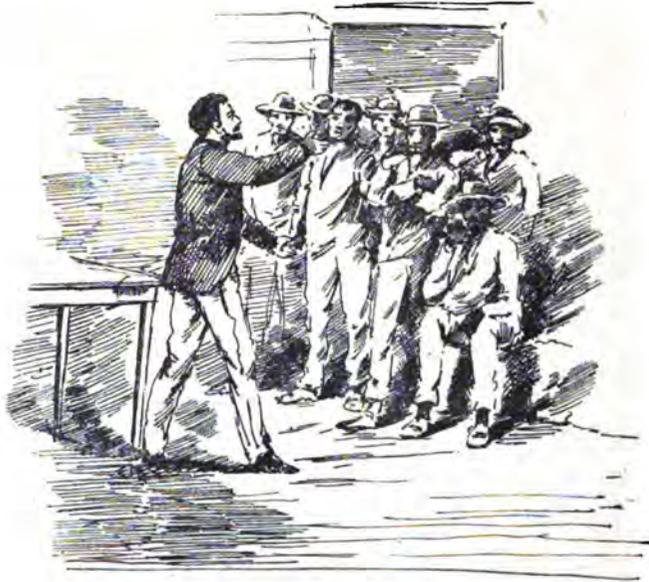
El alcance de esta jurisdicción y la extensión de estos límites es lo que fué siempre discutido durante siglos pasados, hasta que el célebre tratadista Bejukorsboek resolvió el problema, con la apreciación, por todos aceptada, de que el dominio de una tierra en el mar debe terminar allí donde el alcance de las armas de fuego.

Y, siendo éste en aquel tiempo de tres millas, en tres millas fijóse el límite de la jurisdicción.

Aquel principio quedó en pié, hasta el punto de que varios Estados, *España entre ellos*, han aplicado recientemente la extensión de seis millas al ejercicio de la soberanía en el mar, puesto que los caño-

nes modernos creemos tienen ese alcance, y todo cuanto se halla en esa trayectoria debe quedar bajo el dominio de la nación.

No hay más limitaciones para esto que la de ser inaplicable este principio á los puntos aislados en tierra, que con el título de fortalezas ó depósitos puedan ocupar potencias extranjeras.



CONGRESO FILIBUSTERO EN NAJASA

En las relaciones de los Estados ocurre, después de todo, lo que en las relaciones individuales: que nadie goza otras consideraciones, respetos, prestigios y dignidades, que aquellos que impone á los demás con la defensa de sus derechos ó que tolera en su descrédito con el abandono de los mismos. Prodióse ese abandono y esa debilidad y ese desmayo en nuestro Gobierno, y se le exigieron cosas aún más ilegítimas y humillantes que la indemnización Mora y la satisfacción por lo del *Alliance*.



GLORIOSO COMBATE DEL ZANJÓN

En suma: que no debemos aventurarnos á desafiar ni á provocar á nadie; pero tampoco debe ser tanta la decadencia de nuestro carácter que consintiendo dócilmente todos los atropellos presentes, después de haber consentido pacientemente todos los pasados, alentemos, pregonando su impunidad, todos los atropellos futuros....

De aquellas nuestras primeras complacencias y debilidades, nacen nuestras presentes desventuras; y, ¡plegue al cielo que no tengamos que llorarlas aún mayores en el curso de los sucesos por venir!



CAPITULO XXVI

Ataque al poblado de San Andrés.—El enemigo rechazado.—Detalles del ataque á un convoy, en Vista Hermosa.—En la loma del Zaujón.—El teniente coronel D. Cruz González.—¡Viva España!—El enemigo puesto en fuga.—El general Ibañez de Aldecoa.—Recuerdo histórico.—Combates de Ceja de Veracruz y Palmarito del Castillo.—Brillante acción de «Las Delicias».—La caballería carga contra el enemigo.—Fuga y dispersión de los *mambises*.—El regreso de los escuadrones.—El general García Aldave.—Acción de «La Breñosa».—El general Echagüe.—La columna del coronel Oliver.—En la loma Manaquita.—En la finca «Monteagudo».—En el ingenio «Adela».—Destrucción de un campamento enemigo.



NUMEROSAS fuerzas insurrectas reunidas en el camino de Holguín (Santiago) se dirigieron la noche del 1.º de Agosto hacia el poblado de San Andrés, con ánimo de atacarle.

A las dos de la madrugada del 13 emprendían el movimiento de avance por dicho camino é iniciaban el ataque al poblado, haciendo nutridas descargas contra los fortines, la casa-fuerte, factorías y casa del coronel de voluntarios, en las cuales se encontraba distribuida y apercebida la guarnición, que contestó vigorosamente al fuego de los rebeldes.

Un momento hubo durante la lucha entablada entre ambos bandos en que pareció que el enemigo desistía de su empeño y se decidía á retirarse; pero pronto se vió que un grupo que no bajaría de cien hombres avanzaba cautelosamente por la espalda de la casa del comerciante don Francisco Alea, y rompiendo la cerca y puerta que daban paso al interior del establecimiento, penetraban en él, saqueándole to-

talmente, rompiendo los libros y papeles que encontraron en el escritorio y destrozando la estantería, mostrador y cuantos efectos hallaron á mano, pudiendo escapar el dueño y sus dependientes por una de las puertas delanteras.

Terminada esta fechoría, que pudieron llevar á cabo por no hallarse al alcance de los fuegos de los fuertes la casa del señor Alea, intentaron un nuevo ataque al poblado, con el mismo negativo resultado que el primero.

Por tercera vez intentan penetrar en la población, avanzando con mayor resolución que en los anteriores ataques; pero de nuevo vense obligados á retroceder una vez más ante la energía y tenáz defensa del destacamento que la guarnecía y que lo constituían poco más de un centenar de hom-

bres de infantería de Marina, en su mayoría enfermos, y un escaso número de voluntarios, al mando del bizarro capitán del cuerpo señor Ballester.

El combate duró hasta el amanecer, hora en que el enemigo se convenció de que no tan fácilmente lograría su intento, á pesar de su superioridad numérica, y se retiró precipitadamente y en desorden atronando el espacio con descomunal gritería.



DON MARCOS GARCIA (Alcalde de Sancti Spiritus)

Condecorado con la cruz de tercera clase del Mérito Militar, por los importantes servicios que ha prestado en la presente campaña

* * *

Sobre el ataque que numerosas fuerzas insurrectas dieron en Vista Hermosa á la columna que custodiaba un convoy que se dirigía á Guantánamo, se nos comunicaron los siguientes interesantísimos detalles:

Custodiaban el convoy fuerzas de infantería y caballería en número de 1,100 soldados, mandados por el coronel de caballería don Joaquín Ibañez de Aldecoa.

Llegó la columna sin novedad hasta Vista Hermosa, pero á poco de haber salido de este punto, no obstante su relativa proximidad á Puerto Príncipe, comenzó á ser hostilizada con ligero aunque no interrumpido tiroteo, hasta que dió vista al lugar que había ocupado el puente de Imies, destruído el día anterior, para entorpecer la marcha del convoy, á razón por la cual, la columna se vió precisada á vadear el río con agua á la cintura, sufriendo entonces con mayor fuerza el ya vivo fuego de los insurrectos.

Vencida esa dificultad se internó el convoy por la loma del Zanjón, no lejos del lugar donde se celebró el histórico pacto que puso término á la pasada guerra de los diez años, y al pasar por el sitio llamado *El Clueco*, lugar angostísimo, fangoso y rodeado de monte, vióse acometido por el grueso de las fuerzas insurrectas, en número de 400 á 500 rebeldes mandados por los cabecillas Castillo, Adán y Alvaro Rodríguez.

En la misma cúspide de la colina hay una trinchera natural que los insurrectos, así en la pasada como en la presente guerra, han utilizado, perfeccionándola.

En esa magnífica fortaleza, que tal nombre puede dársele, aguar-

daban los *mambises* á nuestras tropas, á las que hicieron una terrible descarga así que divisaron á la guerrilla del Camagüey, que iba de avanzada explorando el terreno.

A esa descarga siguió un fuego graneado muy nutrido.

El jefe de la columna había adoptado la precaución de que la segunda compañía del batallón de Cádiz, que iba de vanguardia á las órdenes del teniente coronel don Cruz González y al mando del capitán Aguirre y de los tenientes Andrade y Armiñán (don Alvaro) flanqueasen el monte, mientras el enemigo con la seguridad que le daba su posición atacaba el grueso del convoy.

* * *

Entre tanto las fuerzas enemigas atacaban sobre seguro el centro de la columna, la vanguardia había logrado trasponer sigilosamente la parte posterior de la loma, describiendo al efecto un arco de círculo por el lado derecho de aquélla. De momento óyose un sonoro grito de ¡viva España! lanzado por el teniente coronel González y contestado unánimemente por los soldados de la segunda de Cádiz, grito que fué seguido de una formidable descarga cerrada.

Fué aquel el momento supremo y decisivo de la acción. Los insurgentes, al verse sorprendidos por la espalda y cogidos entre dos fuegos, abandonaron precipitadamente su posición y se dieron á la fuga con tal rapidez y pasmo, que se vió á más de uno caer despeñado desde lo alto de la colina.

En aquella primera descarga se le hicieron al enemigo doce muertos vistos y veintitres heridos. Se conoce el número de éstos por el relato de las gentes de las inmediaciones y por los prisioneros que hizo la columna.

Comprendiendo el bravo teniente coronel la sorpresa que al enemigo causara su inesperada acometida, sin darle tiempo á que de ella se repusiera, ordenó á sus valientes soldados el ataque á la bayoneta, que concluyó de poner á los aterrorizados *mambises* en completa dispersión, dejando en poder de la segunda de Cádiz la trinchera.

Desarrollóse con tal rapidez el movimiento envolvente de la vanguardia, que el grueso de la columna no tuvo tiempo de tomar parte en el combate; ¡tan precipitada y vergonzosa fué la fuga de aquellos *cuatrocientos ó quinientos valientes* protegidos por una magnífica y casi inexpugnable trinchera, contra los *cien* soldados que los atacaron á pecho descubierto!

* * *

La *Gaceta de Madrid* publicó el día 24 de Septiembre un real decreto promoviendo al empleo de general de brigada al coronel de caballería don Rafael Ibáñez de Aldecoa, en premio á sus relevantes servicios en la campaña de Cuba, y muy especialmente al mérito que contrajo en la conducción de un convoy desde Puerto Príncipe á Guaimaro, desde el día 12 al 26 de Agosto.

El Sr. Ibáñez Aldecoa, encontrándose ocupando el número 5 en el escalafón de coroneles de caballería, y teniendo por lo tanto, asegurado su próximo ascenso sin abandonar su hogar y su familia, prefirió marchar á Cuba voluntariamente para ganar su nuevo empleo, como había ganado los anteriores, por méritos de guerra.

El Sr. Ibáñez Aldecoa nació el 28 de Enero de 1849, é ingresó en el servicio el 27 de Marzo de 1863, habiendo tomado parte en las campañas carlista y de Cuba, en las que se distinguió notablemente, ganando sobre el campo de batalla grados y empleos, alcanzando muy

joven aún el de coronel, en el que contaba antigüedad de 12 de Diciembre de 1877 y la efectividad de 19 de Septiembre de 1886.

Cuando pidió y obtuvo marchar á Cuba con el general Martínez Campos, á cuyas órdenes sirvió mucho tiempo en la anterior campaña, mandaba el regimiento de húsares de la Princesa.

Desde su llegada á Cuba había permanecido en operaciones al frente de una columna, prestando grandes servicios, que fueron justamente recompensados al concederle su empleo de general.



POBLADO DE SAN ANDRES

En la pasada guerra ocurrió en el mismo sitio un hecho análogo, pero no tan afortunado para nuestras armas. El general Pueyo con una gruesa columna conducía un convoy desde Guaimaro, y al llegar á la citada loma del Zanjón vióse también atacado por los insurrectos, que les esperaban parapetados en la famosa trinchera. Acometióles por el frente y haciendo descargas escalonadas, por secciones; pero el fuego insurrecto de los dos lados y del vértice del ángulo que forma la cúspide de la colina, era tan intenso y mortífero, que tuvo que retroceder

varias veces, y por fin vióse obligado á volverse á Guaimaro, después de haber sufrido numerosas y muy sensibles bajas.

En la presente campaña una sola compañía de cien hombres en unos minutos tomó la famosa trinchera, desalojando de ella y poniendo en precipitada fuga y vergonzosa dispersión á más de cuatrocientos *mambises*.

Esto prueba de una manera evidente que en la guerra no es el valor la única condición esencial para hacerla con fruto y conquistar los laureles de la victoria.

* * *

Habiendo tenido noticia confidencial el bravo teniente coronel Salamanca de que el enemigo se concentraba en gran número en Sabanitas y suponiendo, aunque no se conocían sus propósitos, que proyectaba apoderarse del fuerte de San Miguel, que ya sirvió en la guerra pasada y se estaba reconstruyendo, ó que trataba de proteger algún desembarco, organizó una columna de 525 hombres, compuesta de dos compañías del batallón de Tarragona, una de Alfonso XIII y cien caballos de los escuadrones de Lusitania y Talavera, y poniéndose al frente de ella salió el día 10 en dirección de aquel punto.

El día 11 en Ceja de Veracruz, y el 12 en Palmarito del Castillo tuvo la columna dos encuentros con el enemigo, que en número muy superior y mandado por los cabecillas Simón Reyes, Nicasio Mirabal y Tranquilino Cervantes, con fuerzas de la provincia del Príncipe y otros cabecillas desconocidos del Camagüey esperábala en ventajosísimas posiciones.

Entablóse la lucha, y no obstante ocupar los rebeldes ventajosas posiciones, y á pesar de que las tropas se hallaban metidas en un ca-

mino muy estrecho flanqueado á uno y otro lado de monte con espesa manigua, que impedía ver á los *mambises* que en ella emboscados les hacían nutrido fuego, y sufriendo los soldados una sed horrible á causa del calor más horrible aun que padecían, fueron aquéllos desalojados de sus posiciones, batidos y puestos en fuga.

El primer día tuvo la columna un herido grave y varios contusos, sin importancia; y el segundo, otro herido de gravedad, que murió al día siguiente, y varios contusos.

A los rebeldes se les hicieron 5 muertos y 18 heridos, en la primera acción, y 13 muertos y numerosos heridos en la segunda.

* * *

Una de las más brillantes acciones, con haberse dado muchas en la presente guerra, fué sin duda la sostenida por la columna del bizarro coronel García Aldave en Las Delicias.

Componían la columna una sección de voluntarios de Camajuaní, la segunda y tercera compañía del primer batallón de Tarragona, la primera y segunda de Alfonso XIII, y tres secciones de caballería de los escuadrones de Lusitania, Talavera y Pizarro.

A las cinco y media de la mañana del día 27 de Agosto salió la columna del poblado de Jobosí, cuyo fuerte había aprovisionado después de haber llevado á cabo el difícil y peligroso paso del río Jatibonico del Norte, muy crecido á la sazón, á causa de las lluvias.

A la salida del poblado fué tiroteada la vanguardia de la columna por numerosas fuerzas insurrectas, en situación tal, que lo espeso del follaje y lo frondoso de la vegetación cubría por completo el frente y flancos del camino.

La columna hubo de hacer alto un momento para contestar al fue-

go y ordenar el ataque, y puesto que su principal objetivo era encontrar al enemigo y éste se le presentaba sin necesidad de ir á buscarle, fuese hácia él y entabló el combate avanzando por aquél túnel que formaban las cercas y las copas de los árboles y rompiendo nutrido fuego.

La energía del bravo coronel empujaba á los soldados hacia el punto donde el enemigo trataba de cortar el paso á la vanguardia, y por lo tanto, detener la marcha de la columna.

Dos flanqueos se establecieron para tener mayor frente: los voluntarios de Camajuani cayeron sobre el cordón que formaban las fuerzas insurrectas; una compañía de Alfonso XIII rebasó el flanco izquierdo; otra compañía de Tarragona apoyó la salida de la caballería, y, cubriendo la retaguardia, tomaron posiciones las dos compañías restantes.

En esta disposición, con admirable disciplina, rompieron las tropas el fuego por descargas cerradas sobre la numerosa fuerza enemiga que coronaba las alturas de «Las Delicias»

Los insurrectos trataron de correrse sobre su derecha para caer como avalancha en dirección del río con objeto de cortar la retirada á la columna.

La aparición de las compañías de Alfonso y Tarragona, que variaron de frente al observar el movimiento del enemigo, desconcertó á éste su plan, y entonces trató de ocupar sus segundas posiciones.

Pero ya el bravo coronel había dispuesto la concentración de la infantería, y era llegado ese momento crítico en que la carga de la caballería es de un efecto seguro, prodigioso.

*
* * *

Tócase á degüello, y como movidos por un resorte parten los escuadrones con sus oficiales á la cabeza, adaptándose á la variabilidad

del terreno como elástica masa que lleva en sí toda la energía de nuestros legendarios escuadrones. El enemigo huye en desorden y se refugia en la manigua, dispersándose entre los árboles que se elevan en las márgenes del río.

La imprevista fuga y completa dispersión de los cobardes mambises detiene de momento á la caballería, impidiéndola conseguir uno



El regreso de los bravos escuadrones fué saludado... (pág. 416)

de los más brillantes triunfos que registrádose hubiera en la historia guerrera del arma.

Entónces, dividióse en grupos, y penetrando en la manigua emprendió la persecución del enemigo, pero ya éste había huido é internándose en la frondosidad del bosque.

El regreso de los bravos escuadrones fué saludado con vítores y aclamaciones por los soldados de infantería; vivas y bravos que se hicieron extensivos al coronel jefe de la columna que, imperturbable y dando pruebas de una pericia digna de los mayores elogios y de un

valor á toda prueba, dirigió la acción colocándose en los sitios de mayor peligro.

Una hora después la columna continuaba su marcha hacia Bellamata tranquila y satisfecha, sin experimentar fatiga alguna.

Las fuerzas enemigas, mandadas por los cabecillas Castillo y Basilio, se componían de 400 infantes y 150 ginetes, y aunque pelearon con tenacidad pocas veces vista por parte de sus huestes en la presente guerra, fueron batidos y puestos en vergonzosa y precipitada fuga, dejando en el campo veinte muertos y más de cincuenta heridos.

Esta acción, una de las más brillantes en resultados para la causa de España y para las glorias de nuestras armas, mereció detenido estudio por haber sido de gran enseñanza respecto al empleo y gran utilidad que podía tener la caballería en esta guerra la más irregular entre las irregulares.

* * *

El día 3 de Octubre publicó la *Gaceta* un decreto en el que, en consideración á las circunstancias que concurrían en el coronel de ejército, teniente coronel del cuerpo de Estado Mayor, don José García Aldave, á sus servicios en la campaña de Cuba, y muy especialmente al mérito que contrajo dirigiendo las tropas de su mando en la acción de las «Delicias» el día 27 de Agosto último, se le promovió á propuesta del general en jefe del ejército de aquella isla, al empleo de general de brigada.

Don José García Aldave nació en Caracas, república de Venezuela, el día 1.º de Agosto de 1845; ingresó en la academia de ingenieros en 9 de Agosto de 1861, y pasó á la de Estado Mayor en Septiembre de 1866, siendo promovido á teniente de este último cuerpo en Julio de 1870.

Después de hacer las prácticas reglamentarias y de prestar el servicio de su clase, en 1873 pasó al ejército de Cuba, donde tomó parte muy activa en las operaciones de campaña hasta el año 1881, obteniendo varias condecoraciones, grados y empleos, hasta el de teniente coronel, con el que, en Junio del último año citado, regresó á la Península, donde permaneció hasta 1884, que volvió nuevamente á Cuba.

Nombrado jefe del detall de la Escuela Superior de Guerra, al marchar á la gran Antilla el general Martínez Campos, el coronel García Aldave fué destinado á dicha isla, donde se le confió el mando de una columna, en la cual ha prestado grandes servicios, que le hicieron acreedor á la recompensa que se le otorgó.

* * *

Ni los telegramas oficiales ni los periódicos de la Habana dieron cuenta de la acción librada en la Breñosa por la columna que mandaba el general Echagüe, con un numeroso grupo de insurrectos.

Y, son tan interesantes los detalles que de esa acción leímos en una carta de uno de los oficiales que en ella tomaron parte, que nos creemos en el deber de darlos á conocer á nuestros lectores.

El martes 13 de Agosto marchaba de operaciones la columna del general Echagüe.

Una guajira *afecta* á la causa de España porque su novio era un soldado del regimiento de San Fernando, que formaba parte de la columna, se presentó al general manifestándole que muchos insurrectos iban delante de las tropas dispuestos á ocultarse en el sitio más á propósito, con ánimo de arrojar sobre la columna á su paso por aquel sitio.

El general Echagüe, contestó, riendo.

—Pues vamos allá, y veremos si se atreven.

—Mal día, mi general; martes y 13—advirtió en tono de chanza un comandante.

—¿Acaso para ellos es domingo de Pascua?—replicó el general.

Y la tropa prosiguió su marcha, más animada que antes y aperci- biéndose para la sorpresa preparada por los *mambises*.

No tardaron en realizarse las predicciones de la guajira, y en *La Breñosa*, lugar accidentado, cubierto de malezas, se echaron sobre la columna, al machete, trescientos insurrectos próximamente.

El combate fué terrible. Las tropas se replegaron á uno de los lados del camino y allí se hicieron fuertes, rompiendo un fuego horro-roso contra el enemigo. Este contestaba también sin retroceder.

A la media hora se acortaron las distancias y la lucha se entabló cuerpo á cuerpo.

El general Echagüe, en los sitios de más peligro, dirigió el combate con imperturbable serenidad.

Los cazadores se portaron valientemente sin ceder una pulgada de terreno al enemigo.

Un valiente cazador que con la bayoneta había tendido á tres *mambises*, cayó en tierra muerto de tan terrible machetazo en el hombro, que la hoja le penetró hasta cerca de la cintura.

Al cabo de dos horas de encarnizada lucha huyeron los insurrectos, dejando en el campo diez y nueve muertos y catorce heridos. A otros muchos heridos lograron retirarlos á rastras y ocultarlos en los breñales.

La columna solo tuvo cinco soldados muertos y quince heridos, entre estos el bravo coronel señor Nario, con un balazo en la mano izquierda.

El bizarro capitán señor Giménez Pajarero, que peleó junto al general Echagüe, hizo verdaderos prodigios de valor, dirigiendo en primer término el combate á arma blanca y luchando cuerpo á cuerpo con varios insurrectos.

El general en jefe, en cuanto tuvo conocimiento de la acción de *La Breñosa*, felicitó al general Echagüe delante de otros oficiales generales, é hizo varias propuestas de recompensas, entre estas, para una cruz al coronel Nario, y para el empleo de comandante al capitán Giménez Pajarero.

En premio al valor y pericia demostrados por el bizarro general Echagüe, dispuso el general en jefe su traslado á la comandancia gene-



JEFE DE CABALLERIA CON SU AYUDANTE

ral de Holguín, que la desempeñaba antes Suárez Valdés, trasladado á su vez con igual cargo á Las Villas.

La columna del coronel Oliver, compuesta de una sección del re-



INCENDIO DEL POBLADO «QUEMADO DE GUINES» (Sagua)

gimiento movilizado de Camajuaní, cien hombres del batallón de Borbón y varios guardias civiles, salió á las cinco de la tarde del día 15 de Agosto en dirección al poblado de Rojas.

Más tarde se encaminaban al mismo punto, con objeto de incorporarse á dicha columna, un destacamento de 25 hombres del batallón de Borbón y 35 bomberos de la Habana, los cuales se hallaban de guarnición en Caibarién.

Esta fuerza, poco antes de llegar á Rojas, sostuvo fuego con una partida de insurgentes, habiéndose oído las descargas de fusilería desde aquel poblado.

A la mañana siguiente salieron las columnas del teniente coronel señor Ferreiro y comandante señor Añino, con objeto de reunirse también en Rojas con la fuerza del comandante militar señor Oliver; pero antes de llegar al punto de su destino tuvieron asimismo que sostener fuego con los rebeldes entre Rojas y Río Largo.

Una vez estuvieron ya reunidas todas las fuerzas, el coronel jefe de la columna dispuso el ataque contra una numerosa partida insurrecta, que capitaneada por los cabecillas Quintín Bravo y Fernando Fernández, había tomado posiciones y se hallaba parapetada en la loma Manaquita, á corta distancia del poblado de Rojas.

La fuerza de infantería de Borbón y los bomberos, que fueron los primeros en atacar al enemigo, sostuvieron un nutrido fuego con los rebeldes por espacio de media hora; pero al ver el coronel Oliver que éstos no abandonaban las posiciones que ocupaban, á pesar del vivo fuego que se les hacía, dispuso que las secciones de caballería del regimiento de Camajuaní al mando del teniente señor Ruiz, dieron un pequeño rodeo á la loma en que se hallaban parapetados los *mambises*, á fin de atacarlos por derecha é izquierda, guardando la retaguardia la caballería de Pizarro y guardia civil, compuesta de más de 30 individuos al mando de los tenientes don Rafael Pérez y don Manuel Pulgarón.

Los insurrectos, al ver el movimiento que ejecutaba la fuerza de caballería de Camajuaní, abandonaron sus ventajosas posiciones; pero al ver que la otra fuerza les cortaba la retirada, se produjo una gran confusión en sus filas y empezaron á dispersarse.

Entonces la infantería rompió nuevamente un nutrido fuego contra ellos y la caballería atacólos á la par al machete, poniéndolos en fuga y causándoles algunas bajas.

* * *

Al poco rato de haber cesado el fuego por ambas partes, á causa de haberse internado los insurrectos en los montes del Seborucal, para lo cual tuvieron que pasar el río Manaquitas con agua hasta el pecho, volvió el coronel Oliver á reunir sus fuerzas, con el fin de que la columna mandada por el bizarro teniente coronel de la Guardia civil señor Ferreiro avanzase por la senda de Manaquitas y cayendo sobre el enemigo, que se había refugiado en otro campamento, lo empujara hácia la finca «Monteagudo» donde le esperaba él con la infantería.

El teniente coronel Ferreiro se dirigió con valor y decisión al sitio donde estaban los insurrectos, los cuales, al ver á nuestros soldados, empezaron á huir hácia Monteagudo, como había previsto el señor Oliver, que les cortó la retirada haciéndoles descargas cerradas.

Los insurgentes, al verse cogidos entre dos fuegos, empeñaron un reñido combate. En esta situación cargó la caballería mandada por el señor Ferreiro, haciendo uso del machete y causando al enemigo diez y seis muertos.

Ante la decisión y arrojo de nuestros valientes soldados, los *mambises* se declararon en precipitada fuga, siendo perseguidos y alcanzados nuevamente en los sitios conocidos por Rompegarrafonés y

Manzantini, donde fueron otra vez batidos y totalmente dispersados.

También la columna del comandante Añino batiólos á su vez en terrenos del ingenio «Adela», mientras el capitán Peláez ocupaba su campamento, en el que tenían construídos unos treinta bohíos, y les cogía los víveres y municiones que habían abandonado.





CAPÍTULO XXVII

Ataque y valerosa defensa del ingenio «Ramona».—Intimación á sus defensores.—El ataque. Incendio de algunos edificios de la finca.—Situación crítica de los sitiados.—Impotencia y capitulación.—Alevoso asesinato.—Socorro tardío é infructuosa persecución de los rebeldes.—Destrucción del puente de Manacas.—Ataque y heroica defensa del fuerte de Taguasco.—Incendio del fuerte.—Las bajas del enemigo.—Las del destacamento.—El combate de Altagracia.—Heroismo del teniente Cabanilles y sus cincuenta soldados.—Fuga imprevista de los *mambises*.—Ataque á un tren.—Valerosa defensa de los siete hombres que lo custodiaban.—Escena conmovedora.—El terror de un fogonero.—Relación de los cabecillas muertos hasta el 21 de Agosto.



IGNA de se ser narrada con todos sus detalles fué la heroica defensa del ingenio «Ramona», llevada á cabo por un puñado de valientes hijos de España, dependientes ó empleados en aquella finca azucarera, situada á unas tres leguas del poblado de Quemado de Güines, de la jurisdicción de Sagua, en la provincia de Santa Clara (Las Villas), y propiedad de don Francisco Arechavaleta, y que fué quemado por una partida insurrecta, después de cuatro horas de sitio.

Los insurrectos, en número primero de sesenta, se presentaron delante del ingenio como á las doce del día del sábado 27 de Agosto, por un guayabal que existía detrás de la casa-vivienda del maquinista, engrosándose poco después el grupo hasta el número de cuatrocientos.

Al advertir los empleados de la finca la presencia del enemigo, se armaron y reunieron en número de unos veinticinco hombres y distribuyéndose y parapetándose en los diferentes edificios del ingenio, se aprestaron á defenderse á todo trance del ataque de los *mambises*.



...la vanguardia había logrado trasponer sigilosamente la parte posterior de la loma... (pág. 410)

Los cabecillas, que se dijo eran Mendoza y Albertí, intimaron á los del ingenio la rendición y entrega de las armas.

Pero aquel puñado de valientes negóse á obedecer la intimación de los insurrectos, y rompiendo un nutrido fuego de fusilería, resistió he-

roicamente el ataque y la invasión de los *mambises* durante tres horas.

Viendo los insurgentes la tenacidad de los valientes defensores del ingenio, apelaron á la tea incendiaria para conseguir su objeto, y empezaron á pegar fuego á los edificios de la finca por el taller de carpintería, prosiguiendo después su obra destructora en la cantina, almacén y escritorio, casa de purga y *ranchos*.

Los valerosos empleados, á pesar de verse rodeados por las llamas del voráz elemento y de comprender que de un momento á otro tendrían que morir achicharrados, no desmayaron ni se arredraron y se mantuvieron firmes en la decisión de no rendirse, disparando sus fusiles contra las salvajes hordas de incendiarios. Mas pronto vieron agotadas sus municiones, y que algunas armas se habían inutilizado, y sólo entonces, ante la imposibilidad de proseguir defendiéndose del ataque, viéronse obligados á capitular.

Los jefes de la partida, apreciando el acto heroico realizado por aquel puñado de valientes, se opusieron á que su gente les hiciesen daño alguno, contentandose con quitarles las armas.

Cuatro de los empleados del ingenio tuvieron la desgracia de ser heridos por las balas de los *mambises*. Estos tuvieron á su vez ocho heridos.

Los empleados del *Ramona* heridos de gravedad fueron don Manuel Oyarbide, en el pecho, y don Gabriel Cabezas, en una pierna. Los otros dos lo fueron levemente.

Cuando los insurrectos invadieron la finca lo primero que hicieron fué asesinar alevosamente al sereno don Manuel Franco.

Al retirarse pusieron en libertad á los capitulados, llevándose los efectos de la cantina, que fué saqueada, y las armas recogidas á los heroicos defensores del ingenio «*Ramona*.»

En Sagua la Grande se tuvo conocimiento de los sucesos ocurridos en el ingenio *Ramona* por el dueño y un dependiente de la canti-

na, que aprovechando en un principio un descuido de los asaltantes, escaparon hacia la costa y embarcándose en un bote se dirigieron á la Isabela.

Las autoridades militares al enterarse del ataque de los rebeldes al ingenio enviaron tropas al teatro de los sucesos; pero cuando éstas llegaron, era ya tarde; los vándalos habían huído con su botín, dejando tras sí sangre y ruina.

La columna salió en su persecución, pero infructuosamente; las fieras se habían refugiado en sus madrigueras.

* * *

A mediados de Agosto fué destruído é incendiado por una partida de rebeldes el puente de Yabú, situado en el ramal de la empresa de Sagua, que de Sietecito se dirige á Santo Domingo, y en la noche del 19; prosiguiendo los *libertadores* de Cuba en su obra destructora hicieron volar con dinamita los estribos del puente de hierro de la línea de Caibarién, enclavado en el kilómetro 23 sobre el río Manacas.

Entre diez y once de dicho día, según informes de nuestro corresponsal en Santa Clara, se presentaron en el puente Manacas un grupo como de doce individuos blancos y de color, los que por largo espacio de tiempo estuvieron reconociendo y dando golpes en dicho puente, hasta eso de las doce y media que se dejó sentir una gran detonación, que causó no poca alarma entre los sitieros de las inmediaciones y poblados de Taguayabón y Vega de Palmas (Remedios.)

Un poco más tarde, tras un intervalo de quince minutos, oyóse otra detonación aún más fuerte que la primera.

Refirió el campesino Domingo Díaz, que residía á unos cien metros del puente, que momentos antes de las explosiones, cuando ya él y

sus familiares estaban acostados, se presentaron en su vivienda tres individuos armados, quienes tomando las avenidas del bohío y colocando centinelas en las puertas le hicieron abandonar el lecho y le obligaron á que se sentara en un taburete y no se moviera de aquel sitio.

Al poco rato llegaba al bohío el jefe de la partida, que era el pardo Alfredo Valdés, quien al ver á Díaz le dijo que sacara de casa á toda su familia y la llevara á alguna distancia del puente, pues «no quería que pagaran justos por pecadores.»

Díaz llevó á su mujer y sus tres hijos á un platanar cercano, donde pasaron un gran susto, pues al dejarse oír la detonación sintieron trepidar la tierra y pasar por encima de ellos varios ladrillos que cayeron á poca distancia.

El grupo de vándalos que se ocupó en volar el puente se supuso era la avanzada de una gran partida insurrecta, que se dijo se encontraba á corta distancia del lugar del suceso, y la cual procedía de Sancti-Spíritus.

Según Díaz, el cabecilla Valdés le dijo al marcharse que allí quedaban los tres centinelas hasta la llegada del día, hora en que podía ir á dar parte de lo sucedido á donde quisiera.»

Lo manifestado por el jefe pardo se cumplió al pié de la letra, pues los centinelas que quedaron custodiando á Díaz no se movieron de enfrente hasta ser de día.

La noticia de la voladura del puente fué llevada por el propio Díaz, así que se vió libre de la vigilancia de sus custodios, á la estación de Vega de Palmas, cuyo jefe, sin pérdida de tiempo lo puso en conocimiento del señor Pavón, administrador de la empresa, el cual acompañado del ingeniero señor Molina y del jefe de los talleres señor Tórrrens, se trasladó inmediatamente al puente Manacas para el reconocimiento del daño causado por la dinamita.



Taguasco es el nombre del lugar en que se hallaba situado el fuerte de la guardia civil, al Este de Sancti Spíritus, á cuya jurisdicción pertenece.

Componían la fuerza del destacamento que guarnecía el fuerte, un teniente y veinte guardias, cuya conducta heroica mereció las más unánimes alabanzas.

Cuatrocientos insurrectos fueron los que atacaron dicho fuerte, contando con una reserva de seiscientos más, cuya fuerza en conjunto era mandada por Serafín Sánchez.

Tres días duró el ataque incesante, con tiroteo á intervalos por parte de los atacados, á fin de no malgastar las municiones.

Aquel puñado de valientes no perdió su serenidad un solo instante, á pesar del inmenso número de los sitiadores, cuyas bajas demostraron la firmeza del pulso y la mirada certeza de aquéllos cuya muerte parecía inevitable.

En vista de la firmeza y valentía, mejor dicho, de la temeridad de los sitiados, que no se rendían al cansancio que debía producirles defensa tan prolongada como heroica, pareciendo más bien máquinas automáticas que hombres, pues no se doblegaban ni al sueño, ni á la excitación nerviosa, tan natural é imprescindible en toda clase de lucha, y considerando por otra parte las bajas producidas á los sitiadores, determinó su jefe que se incendiara el fuerte.

La escasa fuerza que lo defendía vióse ya, entonces, obligada á abandonarlo, considerando imposible toda lucha é impotente cualquier alarde.

Las bajas del enemigo consistieron en siete muertos y quince he-

ridos, uno de éstos grave, por haberle dejado ciego el paso de una bala, siendo de notar que los muertos fueron todos de los expedicionarios llegados á la isla con Roloff y Serafín Sánchez, contándose entre ellos un tal Moles, segundo de Sánchez.

El destacamento tuvo que lamentar la muerte de un guardia, y la herida leve de otro, lo cual no es de extrañar, no obstante los tres días que duró el ataque, por no haber hecho ninguna salida del fuerte los sitiados; cosa impracticable ante la diferencia enormísima entre una y otra fuerza, ó séase *de veinte y uno á mill*

* * *

El coronel señor Rubertí, á cuyo cargo se hallaba la defensa del ferrocarril de Puerto Príncipe á Nuevitas, tenía dispuesto que fuerza de los destacamentos situados á lo largo de la vía recorrieran ésta á diario, en un trayecto dado, antes de pasar el tren, regresando á sus puestos una vez efectuado el paso de la máquina.

De ese modo, dos veces al día, inspeccionaban las tropas la línea.

El día 23 de Agosto había salido de Altagracia para Minas, con ese objeto, una sección de treinta y cinco soldados de infantería y quince de caballería al mando del teniente don Manuel Cabanilles.

Aquel día había terminado la construcción del fuerte número 7 de la línea, y el jefe de la zona, señor Rubertí, iba en el tren.

Después de salir la máquina de la estación de Minas y poco antes de llegar á Altagracia, el coronel Rubertí observó á lo lejos fuerza de caballería y tuvo la intuición, no sólo de que se trataba de una partida insurrecta, sino que ésta tenía el propósito de atacar á la sección del teniente Cabanilles.

En Altagracia se detuvo, en vez de proseguir hácia el Príncipe co-

mo había sido su propósito al salir de Minas, y ordenó al comandante de caballería, señor Socasau, que con la fuerza disponible que sumaba unos ciento cincuenta hombres, saliera inmediatamente en busca de la la sección Cabanilles.

Cuando el comandante Socasau llegó con sus fuerzas á la sabana de San Serapio, halló al destacamento del prenombrado teniente acampado en una cuneta del ferro-carril, y supo que acababa de librar un combate contra unos trescientos ginetes insurrectos, los cuales habían huído repentinamente, antes de que aquellos hubiesen notado la aproximación del refuerzo.

He aquí la explicación de fuga tan incomprensible para el teniente Cabanilles y sus valientes.

Como había previsto el coronel Rubertí, el enemigo bajó á la vía férrea con el propósito indudable de copar y machetear á los cincuenta soldados que mandaba el teniente Cabanilles. Este al ver que fuerzas insurrectas se dirigían hácia él en actitud agresiva, dió orden á sus soldados que se apearan de sus caballos y se colocaran á lo largo de la cuneta de la vía tendidos en el suelo.

Durante esta operación ya el enemigo había roto el fuego causando al destacamento dos muertos. Entonces el bravo teniente mandó



DON ANTONIO PRIETO

formar el cuadro, colocando los caballos en el centro, de los cuales habían ya matado uno, y á su vez rompió el fuego por descargas cerradas, rechazando tres veces al enemigo, que intentaba acometer á la voz de ¡al machete!, pero sin atreverse á realizarlo, pues jamás logró acercarse á más de cuarenta metros, á cuya distancia lo contenía las nutridas descargas del cuadro, hechas con gran serenidad por aquel grupo de valientes obedeciendo con gran precisión las voces de mando de su bizarro jefe.

Nuestros soldados veían, cada vez que hacían una descarga, caer jinetes enemigos, los cuales eran recogidos en el acto é internados en el monte, hasta que con gran sorpresa suya y cuando ya empezaban á creer, que aunque vendiendo caras sus vidas, habrían de sucumbir, al fin, á la superioridad numérica del enemigo, vieron que éste desistía de su ataque y huía á la desbandada, á pesar de que ningún suceso parecía justificar tan inesperada fuga. No habían vuelto aún de su sorpresa aquellos valientes, cuando vieron aparecer por un recodo de la vía la fuerza del comandante señor Socasau, que á galope tendido llegaba en su socorro.

La imprevista fuga de los *mambises* obedeció, sin duda, á que al llegar á Altagracia el coronel señor Ruberti y ordenar al comandante Socasau que saliese inmediatamente en busca de la fuerza que mandaba el teniente Cabanilles, observóse que presurosamente intentaban salir del paradero de Altagracia algunos *guajiros* que allí se encontraban cuando el señor Robertí dió la orden de salida al comandante.

Dispuso entónces el coronel que no se permitiese á nadie la salida del paradero; pero, bien antes de dictar esa orden el señor Ruberti, ó bien después (dada la imposibilidad de guardar de pronto un terreno abierto), alguno de los *pacificos* que habían escuchado la primera orden del coronel logró escabullirse y fué á dar aviso de ella á los insurrectos.

Sólo así se explica que éstos hubieran abandonado una presa que,

aunque costosa por el esfuerzo que habían de hacer para conseguirla, consideraban ya segura antes de divisar la columna del comandante Socasau.

*
* * *

Interesantes son los detalles que nuestro celoso corresponsal en Las Villas nos comunicó referentes á la valerosa defensa hecha por siete hombres que custodiaban el tren de pasajeros que salió el día 17 de Agosto de Placetas á Caibarién.

Cerca de la estación de Taguayabón, había levantado los rails una partida insurrecta, que apostada en las inmediaciones de la vía esperaba el paso del tren, y en cuanto descarriló la máquina comenzó el ataque.

En el tren no iba más fuerza que el capitán de la guerrilla del segundo batallón de Alfonso XIII, señor Ceballos, y tres guerrilleros y una pareja de la guardia civil, los cuales se portaron con un valor á toda prueba y digno de encomio, defendiendo al pasaje de la brutal agresión de los *mambises*, que varias veces intentaron penetrar en los carros machete en mano, sin que á ello se atrevieran por estar guardadas las puertas por el capitán y los cinco individuos del ejército, éstos con la bayoneta calada en sus fusiles.

Todos los pasajeros, entre ellos dos señoras, tuvieron que acostarse en los pisos de los coches, para librarse en lo posible de las balas de los insurgentes.

Después de diez minutos de tiroteo y de una gritería infernal, en que se les oía dar voces de ¡al machete! ¡mueran los *patones*! ¡viva Cuba libre!, se retiraron los insurrectos.

Durante las cinco horas mortales que estuvo detenido el pasaje en

la vía férrea, rodeado de montes por ambos lados y expuesto á ser nuevamente atacado por los filibusteros, ocurrieron algunas escenas verdaderamente dramáticas.

La señora viuda de Aztuzarra viajaba con su hijo Angel, niño de ocho años, el cual, cuando oyó los primeros tiros y los gritos de los asaltantes, se abalanzó al cuello de su madre y la estrechó fuertemente entre sus brazos, queriéndola cubrir con su cuerpo.

La aterrorizada madre, entre sollozos, le decía:

—¡Hijito, échate al suelo!

Pero el niño se resistía, diciéndola:

—No, mamita, quiero estar delante de tí para que si viene una bala no te alcance.

La pobre madre, al ver la valerosa conducta de su pequeño hijo, le cubrió de besos y abrazada á él se echó en el piso del carro para librarle del plomo mambí.

Un proyectil penetraba á los pocos instantes en el carro y después de rebotar contra una de las paredes, fué á dar en el pecho de aquella angustiada madre, causándola una fuerte contusión.

En medio del tiroteo, el fogonero Celestino Escobar, que se había escondido dentro del carro de alijo, al oír que los rebeldes gritaban ¡al machete,! cogió tal terror, que para librarse del filo de la terrible arma mambí se arrojó de cabeza dentro del algibe del carro, no pereciendo ahogado por milagro de la Providencia.

*
* *
*

A la relación, que en precedente capítulo dejamos consignada, de los cabecillas muertos en la presente campaña hasta mediados del mes de Julio, hay que agregar los siguientes:

El titulado capitán Aramburu, muerto por fuerzas de la columna del capitán señor Ramonét, en el ingenio Palmarito.

José Clará, titulado capitán.

Victoriano Garzón, muerto á consecuencia de las heridas recibidas el 6 de Junio en Arroyo Degorbe por la columna al mando del general Navarro. Se titulaba coronel.

Alfonso Goulet, titulado coronel, muerto por la columna mandada por el general en jefe, en Peralejo, el 13 de Julio.



INSURRECTOS RETIRANDO LOS CADÁVERES

El titulado comandante Narciso Moncaja, (hermano de Guiller-
món) muerto el 13 de Julio en Peralejo.

Patricio Corona, titulado teniente coronel, muerto por la columna al mando del teniente coronel señor Fernández.

El titulado coronel Humbert; murió á consecuencia de las heridas que recibió en el combate de Jovito.

El titulado comandante Rodríguez, muerto en la Colonia Venidia (Sagua), por fuerzas al mando del capitán de la guardia civil señor Garrido.



GUARDARAYA DE LA QUINTA DEL OBISPO (calzada Cerro Habana)

Tomo II—28

Cabecilla Domingo Mugica, capturado en Jovellanos y fusilado en Matanzas el día 20 de Agosto.

Cabecilla Reyes Cabrera, muerto en «El Rosario» por la columna al mando del coronel señor Molina.

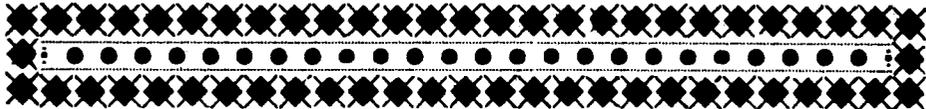
Cabecilla Regino Navarro, muerto por la columna del teniente coronel señor Silluesa en Melones de Holguín.

Titulado teniente Juan Vega: murió en el ataque del ingenio «Unión,» el 21 de Agosto.

Marcos Ramirez, titulado capitán, y el mejor práctico de Antonio Maceo; fué muerto en el propio ataque.

Eduardo Dubois (a) *Lulú*, titulado ayudante de Maceo fué muerto de tres balazos al atacar los insurrectos el citado ingenio «Unión.»





CAPITULO XXVIII

Orden del general en jefe sobre división militar en Las Villas.—Organización de las fuerzas de este distrito.—Instrucciones para las fuerzas que habían de operar en Las Villas.—Zonas jurisdiccionales.—Geografía de la isla de Cuba.—Situación de la isla.—Descripción de las seis provincias en que está dividida.—*Santiago de Cuba*.—Su superficie y población.—Triste privilegio del departamento Oriental.—Sus poblaciones más importantes.—Ríos que la bañan.—La Sierra Maestra.—La trocha de las Tunas.—*Puerto Principe*.—Su población y superficie.—Poblaciones más importantes de la provincia.—La trocha militar de Júcaro á Morón.—Sus ríos y sus costas.—*Santa Clara*.—Su extensión superficial y su población.—Las cinco villas y sus poblaciones más importantes.—Líneas férreas que surcan la provincia.—Ríos más importantes y sierras que la atraviesan.—*Matanzas*.—Sus confines.—La gran Ciénaga de *Zapata*.—Su territorio y población.—Sus más importantes poblaciones.—Red de ferrocarriles que la cruza en todos sentidos.—Ríos que la bañan.—*Habana*.—Su superficie y sus habitantes.—El puerto.—Poblaciones y ríos más importantes de la provincia.—Líneas férreas que la atraviesan.—*Pinar del Rto*.—Su extensión y población.—La cordillera de los Organos.—Sus numerosos cursos de aguas.—*Vegas de Vuelta Abajo* y de *Vuelta Arriba*.—La trocha militar de Mariel á Artemisa.—*Isla de Pinos*.—Densidad de la población en cada provincia.



ON fecha 15 de Agosto, el general en jefe del ejército de operaciones en la isla dictó la siguiente importante orden sobre división militar:

«Siendo de imperiosa necesidad, no sólo evitar que la insurrección aumente en Las Villas, sino concluirla lo antes posible, he dispuesto que con el aumento de fuerzas que vienen de la Península y pueda destinar á dicho territorio, se forme el quinto distrito militar, poniendo al frente de él al general de división don Alvaro Suarez Valdés, continuando con los cargos de gobernador militar y civil don Agustín Luque, que actualmente los desempeña, así que de segundo jefe del distrito.

La organización que se dará á las fuerzas de este distrito es la siguiente:

Santa Clara.—Zona bajo el inmediato mando del general Luque, con los batallones de América, Soria y tercero de Alfonso XIII y escuadrones primeros del comercio y de Pizarro.

Remedios.—Jefe de zona, coronel don José Oliver, con los batallones de Borbón, Isabel II, Búrgos, dos escuadrones de Canarias y el de Pavía.

Sagua.—Jefe de zona, coronel don Cándido Hernández de Velasco, con los batallones de Extremadura, Navarra y Galicia, y escuadrones de Sagunto, y el movilizado de Santo Domingo.

Cienfuegos.—Jefe de zona, coronel don José Jul López, con los batallones segundo del primer regimiento de infantería de Marina, Barcelona, Canarias, guerrilla de Alfonso XIII y escuadrones de Montesa y Treviño.

Trinidad.—Jefe de zona, coronel don Manuel Reyes, con los batallones de Alava, Vizcaya y segundo escuadrón del Comercio.

Sancti Spiritus.—Jefe de zona, coronel de Zamora don José Izquierdo, con los batallones de Zamora, Chiclana, Granada, Tetuán y escuadrones de Numancia y Princesa y una compañía de Ingenieros.—*Arsenio Martínez de Campos.*



DON JOSÉ MARÍA ALVAREZ

* * *

A esa orden añadió con posterioridad el general en jefe las siguientes:

«Instrucciones para las fuerzas que han de operar en Las Villas

Las distintas condiciones en que se encuentran los diversos territorios que están invadidos por los insurrectos, el variado modo de guerrear de éstos y la consistencia y armamento de las partidas, aconsejan que no se siga un plan uniforme en todos los distritos.

La experiencia de la guerra pasada, la semejanza que tienen las partidas de ahora con las de aquella época, la necesidad de atender á la conservación de la propiedad y de los ferrocarriles, me han hecho dividir las fuerzas del quinto distrito en seis grandes zonas, destinando á cada una los batallones y escuadrones que se detallan en la orden general del día 15 de este mes; pero no bastaría esta división si no se diera á cada batallón una zona fija, dentro de cada jurisdicción, para que los jefes de cuerpo tengan una responsabilidad definida, á cuyo efecto y para conocimiento de todos se expresa á continuación:

Jurisdicción de Santa Clara

BATALLÓN DE AMERICA

Capital de la zona, Manicaragua.—Representación, Santa Clara

San Miguel, Quemado Grande, Río Blanco, Veguita, Sigüanea, Barajagua, Picazo, Potrerillo, Provincial, Arroyo Blanco, San Miguel.

TERCER BATALLON DE ALFONSO XIII

Capital de la zona, Santa Clara.—Representación, Santa Clara

San Miguel, Arroyo Blanco, Provincial, Caimaito, Potrerillo, Tie-

rra Nueva, Angelita, línea férrea por Ranchuelo, Esperanza, Azotea, Santa Clara, La Movida, Sabana Nueva, Manajanabo, límite de jurisdicción por la Escondida, Barrabás, orilla izquierda del Sagua la Chica, Taguasco, Palo Gordo, Baéz, San Miguel.

BATALLON DE SORIA

Capital de la zona, 1.º San Diego del Valle; 2.º Hatillo.—Representación, Santa Clara.

Manajanabo, Sabana Nueva, La Movida, (Santa Clara, Esperanza, Ranchuelo, Angelita), vía férrea, La O, Las Nuevas, San Marcos, Santa Susana, Puerto Escondido, Platanico, Yabucito, Sitio Nuevo, Trinidad, Mata, Dos Hermanos, orilla izquierda del Sagua la Chica, Manajanabo.

Jurisdicción de Cienfuegos

BATALLON DE INFANTERÍA DE MARINA

Capital de la zona, Arimao.—Representación, Cienfuegos

Desembocadura del San Juan, El Muerto y El Nicho, Sigüanea, Barajagua, Picazo, Potrerillo, Angelita (límite de jurisdicción), Cruces, Palmira, Cienfuegos (vía férrea), Costa.

BATALLÓN DE CANARIAS

Capital de la zona, Cartagena. — Representación, Cruces

Cienfuegos, Palmira, Cruces, Angelita, (vía férrea,) La O., Las Nuevas, San Márcos, Manacas, Mordazo, Cascajal, San Pedro, Mayabón, Tierras Nuevas, orilla izquierda del río Hanabana, límites de jurisdicción, San Felipe, Medidas, Rodas, Abreus, Caimanera, Cienfuegos, Punta la Vigía.

BATALLÓN DE BARCELONA

Capital de la zona, Yaguaramas. — Representación, Yaguaramas

Punta de la Vigía, Caimanera, Abreus, Rodas, Medidas, Tierra

Nueva, orilla izquierda del Hanabana, Bahía de Cochinos, Costa, Punta de la Vigía.

Jurisdicción de Sagua

BATALLÓN DE GALICIA

Capital de la zona, Quemado de Güines. — Representación, Sagua

Embarcadero de Mesina, San Roque, Motembo, San Ramón, Alba, límite de jurisdicción, Poblado Venecia, Quemado de Güines, Malpáez, Sitiecito, orilla izquierda del Sagua la Chica hasta el mar, Costa.

BATALLÓN DE LAS NAVAS

Capital de la zona, Santo Domingo. — Representación, Santo Domingo

Alvárez, Poblado de Venecia, Quemado de Güines, Malpáez, (Sitiecito, Sitio Grande, Cifuentes, Mata,) Vía férrea (Sitio Nuevo, Yabucito, Platanico, Puerto Escondido, San Márcos, Manacas, Mordazo, Alvarez,) límite de jurisdicción.

BATALLÓN DE EXTREMADURA

Capital de la zona, Sagua. — Representación, Sagua

Orilla derecha del Sagua la Chica (Sitiecito, Sitio Grande, Cifuentes, Mata, Encrucijada, Vega Alta, orilla izquierda del Sagua la Chica al mar, Costa), límite de jurisdicción.

Jurisdicción de Remedios

BATALLÓN DE ISABEL II

Capital de la zona, Remedios. — Representación, Remedios

(Orilla derecha del Sagua la Chica,) límite de jurisdicción (Vega Alta, Camajuaní, Salamanca, San Andrés), Vía férrea, Manacas, Remate, Mamey, Santa Rosa, Costa.

BATALLÓN DE BORBÓN

Capital de la zona, Yaguajay. — Representación, Yaguajay
 Santa Rosa, Mamey, (Remate, Cangrejo, Rancho Piñeiro, Jatibonico del Norte hasta la desembocadura, Costa,) límite de jurisdicción.

BATALLÓN DE BURGOS

Capital de la zona, Placetas. — Representación, Camajuani
 (Vega Alta, Camajuani, San Andrés,) Vía férrea, Manacas, (Re-



ENTRADA DEL PUERTO DE NUEVITAS

mate, Las Bocas, Neiva, Calabazas, Nazareno, San Miguel, Báez, Barrabás, Manajanabo, SantaFé, Verdugón, Cubano y Vega Alta), límite de jurisdicción, orilla derecha del Sagua la Chica desde Barrabás.

Jurisdicción de Sancti Spiritus

BATALLÓN DE GRANADA

Capital de la zona, Cabaiguán. — Representación, Sancti Spiritus
 (Piñeiro, Cangrejo, Remate, Las Bocas, Neiva, Calabazas, Las

Pozas,) límite de jurisdicción, Macaguabo, Cañizares, Sancti Spiritus, Tuinicú, Arroyo Grande, Manacas, Jobosí.

BATALLÓN DE CHICLANA

Capital de la zona, Taguasco. — Representación, Sancti Spiritus

Jobosí, Manacas, Arroyo Grande, Tuinicú, Sancti Spiritus, Marruquín, Bacuinos, Cayo Toro, El Jíbaro, (orilla derecha del Jatibonico del Norte por Pelayo, Iguará á Jobosí,) límite de jurisdicción.

.
 ARSENIO MARTÍNEZ DE CAMPOS. >

Santa Clara, 24 de Agosto de 1895.



No hay un sólo español para el cual sean indiferentes los acontecimientos que en la actualidad se desarrollan en la grande Antilla.

Todos tienen fijo en ella el pensamiento con ansia y sobresalto queriendo unos adivinar la suerte de los seres queridos que abandonaron el hogar para luchar por la integridad de la patria; deseando los otros seguir paso á paso el curso de la campaña con el interés propio del que tiene el honor y el buen nombre de España empeñado en el resultado de la contienda. Y unos y otros, y todos juntos, quisieran, á ser posible, conocer palmo á palmo el terreno en que á diario se libra combate tras combate; las poblaciones en que están los principales núcleos de nuestras fuerzas; los campos que atraviesan las columnas; los caminos que recorren los convoyes, y los puertos desde los cuales nuestros barcos salen á vigilar la costa y transportan á nuestros valientes soldados de un punto á otro de la isla.

Para satisfacer esta necesidad por todos sentida creemos oportuno

y conveniente consignar en esta nuestra RESEÑA, para conocimiento de nuestros lectores, algunos datos geográficos que puedan servir para consultar cualquier mapa, y que den, aun sin tal auxilio, una idea bastante completa de la situación é importancia de los principales centros de población.

No todos, saben, porque no todos han podido aprenderlo, ni tienen mapas para consultar determinadas dudas, si la provincia de Puerto Príncipe, por ejemplo, linda con la de Santa Clara ó con la de Matanzas, y con ser ésta una duda que hará sonreír á los que han habitado en la gran Antilla, bueno será tener en cuenta que no todos han gozado de igual privilegio, y que aquí mismo más de dos y más de cuatro se verían tan negros como un *mambi* si se les preguntara de pronto con qué provincias linda, pongamos por caso, la de Cáceres.

Nuestro trabajo será conciso, porque así lo exige la índole de nuestra obra, y será sencillo, porque no es un curso de geografía cubana lo que nos proponemos dar, sino unos cuantos datos que puedan servir á nuestros lectores para ahorrarles tiempo y para que les sea fácil seguir las peripecias de la campaña con algún conocimiento del terreno.

* * *

Situada la isla de Cuba entre la de América del Norte y la del Sur, bañada por el Atlántico y el mar de las Antillas, con el golfo de México al Oeste y el llamado Paso de los Vientos, que la separan de Haití, al Este, no es sólo la mejor Antilla que posee España, como dicen algunos tratados de Geografía, sino que es la mejor de todas las Antillas.

Al Norte, en el Océano, tiene como vecinas, (vecinas relativas, entiéndase bien,) las islas que constituyen el Archipiélago de las Luca-

yas, entre las cuales se encuentra la de San Salvador, que se llamó de Guanajaní, y que debiera llamarse del *Descubrimiento*, por ser la primera tierra de América que descubrió el gran Colón; al Este, como ya hemos dicho, entre Puerto Rico y la gran Antilla, hállase la isla de Haití ó Santo Domingo; al Sur la isla de Jamaica y la menos importante del Gran Caimán; al Oeste el Estado Mexicano de Yucatán, y al Norte, además de las Lucayas, pero más al Oeste que estas, el Estado de la Florida (América del Norte) que hemos dejado intencionalmente para lo último al indicar las islas ó territorios más próximos á Cuba, porque uno de los Cayos que se extienden al Sur de aquel Estado, fuera ya naturalmente de tierra firme, es el famoso Cayo Hueso, donde enlazan los cables de la Habana á los Estados Unidos, y donde *enlazan* también las expediciones filibusteras que de la América del Norte van á Cuba.

Ya al principio de nuestra RESEÑA consignamos la situación geográfica, superficie, población, clima y suelo y división territorial y militar de la isla. Réstanos, ahora, describir separadamente cada una de las seis provincias en que dijimos está dividida.

SANTIAGO DE CUBA.—Esta provincia, á la que se dá, como ya hemos dicho, el nombre de Departamento Oriental, es la mayor de la isla, aunque en el orden de población aparece en cuarto lugar.

Tiene de superficie 34.400 kilómetros cuadrados, y el número de sus habitantes asciende á 230.000.

Correspóndele el triste privilegio de ser el foco principal de la insurrección y el de contar entre sus poblados el de Yara, donde se inició el levantamiento de 1868, y el de Baire, donde dióse el primer grito de rebelión en el presente movimiento insurreccional.

Este departamento es el más lejano de la capital de la isla y en él

abunda más que en ningún otro la raza de color.

Las poblaciones más importantes son: al Norte, Gibara, (puerto), Mayarí y Sagua de Tánamo; al Este, Guantánamo, (puerto), Santiago de Cuba, capital, arzobispado y puerto, El Cobre, Caney y Dos Caminos, que comunican por ferrocarril con Santiago; al Sur, Manzanillo, y después, más al interior, Bayamo, Holguín, Las Tunas, y Alto Songo.

El río más importante es el Cauto, que desemboca en el mar por la Ciénaga del Buey, al Norte de Manzanillo, y que es navegable en más de veinte leguas. A él afluyen el Salado, el Bayamo, el Cautillo, el



ALQUIZAR

Contra maestre y una infinidad de arroyos. Merece citarse, además, los ríos de Sagua, de Tánamo, Toa, Yumurí, Jojó, Guantánamo, Vicana, Tana, Gua, Jicotea, Buey, el Salviar y el Jobabo, que separan esta provincia de la de Puerto Príncipe, con la cual confina.

La Sierra Maestra, que parte del Cabo Cruz y enlaza con la del Cobre, llega, por decirlo así, hasta las puertas de Santiago. Hay, además, otras alturas aisladas que tienen, no obstante, cierto enlace que las eslabona, pero sin llegar á formar cordilleras.

Santiago de Cuba comunica por el cable con Cienfuegos y la Habana.

La trocha que pone en comunicación esta provincia con la de Puerto Príncipe, vá por Las Tunas á Dolores, salva la divisoria de ambas provincias, y sigue por Guaimaro y Palo Quemado, hasta Puerto Príncipe.

Tal es, en sus líneas principales, el Departamento Oriental, donde tanta sangre española se vertió en la guerra pasada y donde tanta se ha vertido y se está vertiendo en la presente.

PUERTO PRÍNCIPE.—Es la provincia menos poblada de la isla, pues con ser la segunda en extensión superficial (30.950 kilómetros cuadrados), es decir, cuatro veces más que la de Barcelona y el doble que la de Toledo, es la última en cuanto á población, alcanzando sólo la cifra de 72.000 habitantes, apenas los precisos para dar á una ciudad categoría de población de segundo orden.

Y si además se tiene en cuenta que de esos 72.000 habitantes 45.000 residen en la capital, apenas se concibe que con los 27.000 restantes se pueda poblar medianamente la provincia.

Así se comprende que sean muy contados los centros de alguna importancia en el Camagüey. Su capital, Puerto Príncipe, que ha dado nombre á la provincia, ni es puerto, ni está cerca del mar; hállase situada, por el contrario, á igual distancia de la costa Norte que de la del Sur.

Las poblaciones más importantes, las únicas podemos decir, son: Nuevitas, Morón, Ciego de Avila, Júcaro y Santa Cruz. Una línea férrea pone en comunicación el puerto de Nuevitas con la capital, y otra que parte de Morón llega al puerto de Júcaro, pasando por Ciego de Avila, y recorre la trocha militar de Júcaro á Morón.

Esta provincia, que confina por el Este con la de Santiago de Cuba y por el Oeste con la de Santa Clara (Las Villas,) se extiende al Norte desde la desembocadura del río Jatibonico del Norte hasta Punta de Nuevas Grandes ó del Bayamo, y al Sur, desde Jatibonico del Sur hasta el río Jobabo.

Sus ríos principales son: el de los Perros, el Caunao, el Jiguoy, el Máximo, el de Saramaguacán y el Cascorro, que desaguan al Norte; y el de los Negros, el Malaracua, el Santa Clara, el Najasa, el Sevilla y el Canarios, que desaguan al Sur.

Sus costas, lo mismo la del Norte, que la del Sur, están cubiertas de cayos. El terreno es menos quebrado que el de las otras provincias.

Invasada en el mes de Mayo por Máximo Gomez y sus hordas, que se dedicaron á destruir las comunicaciones y á quemar poblados y haciendas, son incalculables los daños que en ella causó la insurrección.

SANTA CLARA.—Más comunmente conocida por *Las Villas*, es esta provincia la tercera en extensión superficial, (22.280 kilómetros cuadrados;) pero aventaja en población á las dos que ya hemos descripto, puesto que cuenta 360.000 habitantes.

Sus ciudades más importantes, además de su capital, Santa Clara, de la que también toma el nombre, son: Sagua la Grande, Remedios, Cienfuegos, Trinidad y Sancti Spiritus, que son las que constituyen las cinco villas, siguiéndoles en importancia las poblaciones de La Isabela, Quemado de Güines, Amaro, Calabazar, Santo Domingo, Ceja de Pablo, Rancho Veloz, Taguayabón, Camajuaní, Placetas, Yaguajay, Las Tunas, Esperanza, Ranchuelo, Cartagena, Las Cruces, Palmira, San Juan de las Yeras, Camarones y Los Abreus.

Entre las líneas férreas que surcan la provincia citaremos la que pone en comunicación el puerto de La Isabela con el de Cienfuegos,

pasando por Sagua, Santo Domingo, Las Cruces y Palmira; la de Santa Clara á Las Cruces y Cienfuegos; la de Caibarién, por Remedios, Taguayabón y Camajuaní á Placetas; la de Sancti Spiritus á las Tunas, y la de Santa Clara á Colón y Matanzas.

Los ríos más importantes son: el Damují, el Arimao, el Manatí, el Higuanojo, el Zaza, que desaguan el Sur; y el Sagua la grande y el Sagua la chica al Norte.

Atraviesan la provincia las sierras de San Juan, Escombray, Judas y otras, con los picos del Potrorillo y Mata hambre, y los cerros de Limones y Tuabaguey, que constituyen el desfiladero de Guanaja y extendiéndose desde Cienfuegos por Trinidad, al Oeste de Sancti Spiritus.

Sabido es que también fué invadida por los insurrectos esta provincia, á continuación de la de Puerto Príncipe. De la distribución que en ella dió á nuestras tropas el general Martínez Campos, hemos dado noticia extensa á nuestros lectores al comienzo de este capítulo.

MATANZAS.—Confina al Sur y al Este con la provincia de Santa Clara y al Oeste con la de la Habana.

La gran Ciénaga de *Zapata* cubre toda la parte Sur de la provincia, y la separan de la provincia del mismo nombre, situada en territorio de Santa Clara, el lago del Tesoro y el río Gonzálo ó Hatiguánico, que desemboca en la ensenada de la Broa, golfo de Matamanó.

Su extensión superficial de 8.250 kilómetros cuadrados, demuestra que la provincia de Matanzas es la más pequeña de las seis de la isla; mas, no obstante lo reducido de su territorio, figura en tercer lugar en el orden de población, siendo esta de 300.000 habitantes, de los cuales 60,000 corresponden á la capital.

A la ciudad de Matanzas, que es la segunda plaza mercantil de la isla, siguen en importancia las poblaciones de Cárdenas y Colón, y

vienen después Alfonso XII, Canasí, Sabanilla, Unión, Santa Ana, Cabezas, Bolondrón, Guamacaro, Lagunillas, Cimarrones, Guanajabayo, Jovellanos, Corral Falso, Guaimutas, Roque, Cuevitas, Perico y Palmillas.

La red de ferrocarriles que cruza en todos sentidos esta provincia, da también cabal idea de su importancia y de su riqueza. Tres vías la ponen en comunicación con su vecina la de la Habana. Otras dos líneas parten de Cárdenas; una de ellas, pasando por Colón, cruza de Norte á Sur la provincia hasta Amarillas, y la otra por Cimarrones,



LAS TUNAS DE SANCTI SPIRITUS

Jovellanos y Navajas, va á enlazar con la de Unión, la de Jaguey Grande, y la de Guavaras. También pasa por Colón el ferrocarril que pone á Matanzas en comunicación directa con Las Villas.

De los ríos, además del Hatiguanico, ya nombrado, solo merecen citarse por su importancia, el de la Palma, el de San Antón, el Tumbadero, el Negro y el de San Pedro de Mayabón.

Cuando recordamos que en provincia tan poblada como la de Matanzas, surcada de vías férreas en todos sentidos, se mantuvo tanto



CONDUCCION DE UN CONVOY POR EL RIO CAUTO

tiempo en épocas normales, campando por sus respetos y siendo el terror de la comarca, el célebre bandolero Manuel García, que se intitulaba *Rey de los campos*, hay que pensar en que el acierto de todos aquellos que en sus tiempos ejercieron autoridad en la isla, llegó pocas veces á estar á la altura de su buen deseo.

HABANA.—Tiene esta provincia 8.450 kilómetros cuadrados de superficie; si bien hay que advertir que de la cifra indicada corresponden tres mil kilómetros próximamente á la isla de Pinos.

El número total de los habitantes de la provincia es de 480.000, de los cuales, 250.000 corresponden á la capital, cuyo puerto pasa por ser, después del de Nueva York, el mejor de América.

Para dar idea de sus dimensiones, basta decir que desde la Habana hasta el lado opuesto donde se asienta Regla, tiene 1.300 metros de anchura; 2 570 metros hasta la ensenada de Guanabacoa; 1850 metros hasta Belot, y en su desembocadura, entre el castillo de la Punta y el del Morro, 400 metros.

Las poblaciones más importantes de la provincia son: Guanabacoa, Batabanó, Jaruco, Güines, San Antonio y Bejucal, siguiendo Jibacoa, Santa María del Rosario. Marianao, Alquizar, Guayabal, Santiago, Managua, Quivicán, Güira de la Melena, Melena del Sur, Nueva Paz, La Catalina, Bainoa, Aguacate, Madruga, Casigas, San José de las Lajas, Ceiba de Agua, y alguna otra.

Los ríos Jaruco, Almendares y Tarara desaguan al Norte, y el Mayabeque, que es el más caudaloso, desemboca al Sur.

Entre las líneas férreas que atraviesan la provincia citaremos la de la Habana á Jaruco y Aguacate, á Güines, á Batabanó, á Alquizar y á Guanajay, en Pinar del Río.

PINAR DEL RÍO —La provincia de este nombre que se extiende desde los límites de la de la Habana hasta el cabo de San Antonio, en el canal de Yucatán, denominado también estrecho de Córdoba, tiene 14.500 kilómetros cuadrados de superficie y una población de 220.000 habitantes.

Atraviésala en su mayor extensión, es decir, de Sudoeste á Nordeste la cordillera de Guaniguanico, denominada también de Los Organos por algunos geógrafos, la cual se extiende desde el puerto de Guadiana á la sierra del Anafe al Norte de Guanajay, dependiendo de la misma la sierra de los Portales, la de los Condenados, cerros de Cabras y del Infierno, el Pan de Azúcar, Pan de Guajaibun y la sierra del Mariel.

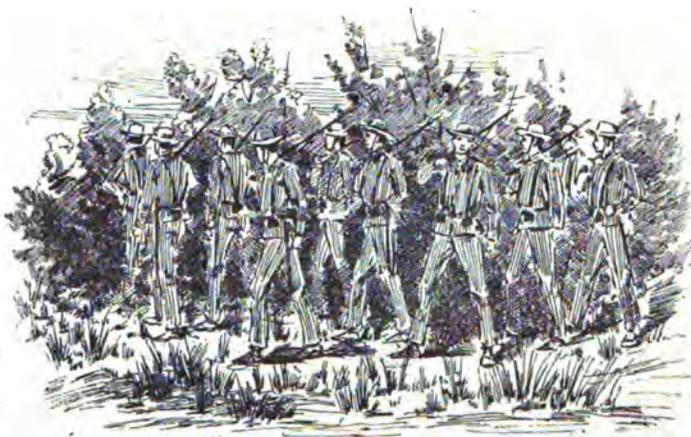
En terreno tan quebrado es natural que de ambas vertientes de la cordillera descendan al mar numerosos cursos de agua, entre los que citaremos el río Guadiana, el Salado, el Mántua, el Santa Lucía, el Malasaguar, Pan de Azúcar, Rosario, Blanco, Caimito y Moscas, que desaguan en el golfo de México, y el Bacunagua, Los Palacios, San Sebastián, Río Hondo, San Diego, Ojo del Agua, San Felipe y Cuyaguatete, que desembocan en el mar de las Antillas.

Las poblaciones más importantes, además de la capital, que cuenta 29.000 habitantes, son: Mariel, Bahía Honda y Cabañas, con muy buenos puertos, y en el interior, *Guanajay, San Cristóbal, Artemisa, Cayajabas, Mangas, Candelaria, San Diego de Núñez, Santa Cruz, Baños de San Diego, Los Palacios, Consolación, Paso Real, San Luís, San Juan, Alonso Rojas, Mántua, Viñales y Guanés.*

Los pueblos marcados con letra bastardilla son los que comprenden la vega conocida con el nombre de *Vuelta Abajo* donde se cultiva el mejor tabaco del mundo. Por contraposición se denomina *Vuelta Arriba* la vega que se extiende en la provincia inmediata al Este de la ciudad de la Habana.

Una vía férrea pone á Pinar del Río en comunicación con la capital de la isla.

Casi á los mismos límites de la provincia y costeándola de Norte á Sur, se ha construído en la presente guerra una trocha militar conocida por la trocha de Mariel á Artemisa ó Majana, de la cual nos ocuparemos y describiremos cuando los sucesos de la guerra nos lleven á esta provincia.



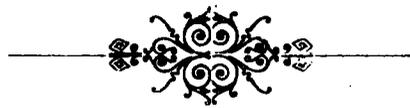
...protegido por la columna que iba por la orilla izquierda del río... (pág. 459)

De la *isla de Pinos* no vale la pena de hacer mención especial en estos apuntes. Recordaremos únicamente que durante la guerra anterior, y también en la actual, fué utilizada para internar en ella á los *pacíficos* que conspiraban en favor de la insurrección.

Densidad de la población.—No terminaremos este trabajo sin señalar el número de habitantes por kilómetro cuadrado que corresponde á cada provincia, á fin de que se vea mejor la enorme diferencia que en unas y otras existe.

PROVINCIAS	HABITANTES por kilómetro cuadrado
Santiago de Cuba.	6'68
Puerto Príncipe.	2'32
Santa Clara.	16'15
Mitanzas.	36'36
Habana.	56'8
Pinar del Río.	15 17

Y aquí terminamos nuestro pobre trabajo geográfico descriptivo de la isla, con el cual únicamente nos hemos propuesto dar á nuestros lectores una idea más concreta de la que quizás se habían formado, respecto de lo que es, significa y vale *la perla* de nuestras Antillas.





CAPÍTULO XXIX

Conducción de un convoy por el río Cauto. — El general Gasco. — Organización del convoy. — Distribución de las fuerzas que lo custodiaban. — La columna de protección del comandante Sánchez. — Ataque en el paso de *Agua verde*. — Situación crítica del convoy. — El enemigo se retira. — Rasgos de valor. — El capitán del *Pedro Pablo*. — Una heroína. — Recuerdo de gratitud. — Nuestras bajas y averías. — Llegada del convoy á Cauto Embarcadero. — Entierro de las víctimas. — Manifestación de duelo. — En el cementerio. — ¡Viva España! — Las fuerzas insurrectas. — El ingenio Macagua. — Intimación del cabecilla Masferrei al dueño del ingenio. — El bravo teniente señor Cobos. — En busca del enemigo. — ¡A la carga! — Heroísmo de nuestros soldados. — ¡22 macheteados!. — ¡Gloria y loor á los héroes de Macagua!

El día 25 de Agosto de 1895, á las doce de la noche, salía el general Gasco con una pequeña columna del puerto de Manzanillo para el Cauto, á bordo del vapor remolcador *Pedro Pablo*.

En la boca ó desembocadura del río Cauto, recogió el general y organizó el convoy, que á la madrugada emprendió la marcha río arriba, en la forma siguiente:

Vapor *Pedro Pablo*, remolcando las goletas *Angela*, *Engracia* y *Caridad*, mas el guairo *Zurbarán* y balandro *Francisca*; el vaporcito *Fernando*, llevando las lanchas *Diamante*, *Rafaelita* y *Aguila*, y por último, el vapor *Panchita*, con la barca *Manzanillo*: total tres vapores y nueve embarcaciones de vela remolcadas.

En el vapor *Pedro Pablo* se instalaron un alférez de navío y seis marineros y dos artilleros, todos de la dotación del crucero *Vicente Yañez Pinzón*, con una ametralladora que se había situado á proa. Repartidos en las demás embarcaciones se hallaban un capitán, cuatro subalternos y unos noventa hombres de los batallones de Colón, Andalucía, Alcántara y Baza, que iban á incorporarse á sus cuerpos. Además, un oficial y diez hombres del batallón de Colón constituían la escolta.

La navegación se hizo sin novedad durante el día 26, que al llegar al punto conocido por Guasimilla, se encontraron al comandante Sánchez, del batallón de Baza, con trescientos hombres del mismo y del de Alcántara, entre ellos dieciocho guerrilleros montados, que esperaban el convoy para escoltarlo por tierra.

El general dispuso que toda la fuerza que había salido de Manzanillo se incorporara á la columna y embarcaran los enfermos, que ascendían á unos setenta hombres, distribuyéndolos entre todas las embarcaciones, á excepción del *Panchita*, que por su poca cabida y por llevar algunos pasajeros no podía admitir enfermos.

El día 27, al amanecer, continuó la marcha el convoy, protegido por la columna, que iba por la orilla izquierda del río, como de costumbre. Así se continuó la marcha sin novedad, hasta las seis de la tarde, hora en que al empezar á pasar la ensenada del Muerto, donde el río tiene unas cuestas rapidísimas, apareció el enemigo rompiendo nutridísimo fuego, desde el lugar llamado *Aguas verdes*, y siguiendo al convoy por espacio de media hora.

A los primeros disparos de los insurrectos, y como por encanto, los enfermos, á la voz de sus jefes, rompieron el fuego contra el enemigo, y la ametralladora hábilmente manejada, comenzó á vomitar plomo por su boca de acero: gracias á sus certeros disparos, el vapor *Pedro Pablo* no sufrió detención ni avería alguna, pues el enemigo dirigió sus fuegos al resto del convoy.



En aquellos momentos críticos, una detención, la menor duda por parte de los timoneles de los barcos, hubiera seguramente determinado una catástrofe: era de todo punto necesario pasar aquel estrecho, y lo cierto es que si el convoy marchó siempre con gran regularidad, en aquellos momentos aún lo hizo más correctamente, lo cual prueba el buen espíritu de que todos iban poseídos. Cada barco era un infierno; á los gritos y alaridos de los *mambises*, nuestros soldados contestaban con vivas á España y con los disparos de sus fusiles.



SEÑORITA DOÑA ROSITA SUERO
(*La heroína del Cauto.*)

La situación era verdaderamente difícil; la rotura de un cable de los remolques, hubiera obligado á detenerse á todo el convoy y producido averías el inevitable choque de unos barcos contra otros, formando un montón á merced del fuego enemigo.

La columna de protección no podía prestar auxilio, por hallarse en la orilla opuesta, y recorriendo, en aquellos momentos, la cuerda del torno del río; sin embargo, al oír el fuego, acudió presurosa, llegando cuando ya el enemigo se había retirado, sin duda, á causa de las muchas bajas que había sufrido.

Muchos fueron los rasgos de valor ocurridos. El capitán del vapor *Pedro Pablo*, don José Riveras, no abandonó ni un momento la dirección del convoy en su parte náutica; los patrones estuvieron todos en sus puestos; de los soldados, unos hicieron un mortífero fuego parapetados tras los barriles y cajas, otros dispararon de pie y al descubierto, desafiando á los que tras de los árboles enviaban, no ya balas, sino hasta pedazos de lingote de hierro para ver de cortar los remolques, vociferando amenazas que ni podían ni supieron llevar á cabo.

Algunos de los nuestros para dar tregua al fuego y apagar al mismo tiempo la sed que los devoraba, se pegaban al caño improvisado por una bala en alguna pipa ó tercerola de zinc, á causa de ser en aquel lugar salobre el agua del río. El general, tranquilo y satisfecho de la valerosa conducta de todos, observaba de pie en la popa del *Pedro Pablo* las peripecias del combate.

Entre todos aquellos valientes sobresalió, sin embargo, una figura, que á pesar de su modestia, hemos de hacer resaltar. Esa noble y gentil figura fué la señorita doña Rosita Suero, muy joven y agraciada por cierto, que se traspordaba á Cauto al seno de su familia en el vapor *Panchita*.

Desde los primeros disparos mostró la intrépida y valerosa joven la mayor serenidad y aplomo; á su lado murieron dos hombres y cayó gravemente herido el capitán de voluntarios y conocido comerciante de Bayamo, don Juan García de la Vega, y ella, sin preocuparse del peligro que corría, con sus delicadas manos restañó la sangre que del pecho del herido brotaba, curándole con la misma serenidad que hubiera podido hacerlo un laureado médico militar, y con la misma solicitud y tranquilidad que lo hubiera hecho uno de esos ángeles de la caridad, á cuyo cuidado corre la cura de los heridos en las salas de un hospital.

Toda la triste noche del 27 al 28 la pasó atendiendo á los heridos y velando á los muertos, tintas sus manos y sus vestidos en sangre de

mártires de la patria. Al desembarcar en *Cauto*, no abandonó á sus heridos hasta que fueron convenientemente instalados, asistiendo luego al entierro de los cadáveres. Cuántos presenciaron tan heroico y cristiano proceder, hablaban de la joven Rosita con gran admiración y encomio.

Permítanos la valerosa señorita Suero, que al tener la honrosa satisfacción de consignar en las páginas de nuestro libro el heroico hecho que tanto la honra y enaltece á nuestros ojos, la dediquemos un recuerdo de eterna gratitud por su bondadoso y caritativo comportamiento con nuestros hermanos heridos y muertos, el inolvidable día 27 de Agosto de 1895, en defensa de nuestra común madre España.

* * *

Terminado el combate, pernoctó el convoy en Cayamas, donde el general distribuyó la poca fuerza de la columna entre las dos orillas del río, para lo cual hubo necesidad de trasportar á los soldados en los pequeños botes de que se disponía, á fin de continuar la marcha con ambas orillas protegidas, como así se verificó, continuando sin otra novedad el viaje, y llegando á *Cauto el Embarcadero*, el día 28, á las once de la mañana.

Las bajas sufridas por la columna fueron las siguientes:

Teniente de voluntarios de Bayamo, don Gabino Fernandez, y el comerciante del mismo punto don Cándido Prieto, muertos.

El capitán de voluntarios, don Juan García de la Vega, gravemente herido en el pecho.

Un soldado del batallón de Andalucía, herido por catorce postas y pedazos de alambre en la pierna izquierda y en el vientre.

Dos maquinistas del *Petro Pablo*, heridos.

Y algunos contusos, entre ellos el alferez de navío del crucero *Vicente Yañez Pinzón* que mandaba las fuerzas de la Armada encargadas de la ametralladora.

Todos los barcos tuvieron algunas averías en sus aparejos, y en los cascos algunos agujeros de bala; en el cargamento algunas pipas y tercerolas que se vaciaron. El vapor *Fernando* sufrió la rotura del tubo de alimentación y del *donkey* que recompusieron los maquinistas en la noche del 27.

El enemigo vió una vez más frustrados sus intentos, pues á pesar de sus posiciones y de lo difícil del paso, no consiguió detener por un solo momento la marcha del convoy. Este se componía de 90,000 raciones completas, con vino y aguardiente, café y azúcar, vestuario para la brigada de Bayamo, 120,000 cartuchos, más de 60,000 pesos en metálico y efectos de comercio en cantidad muy crecida.

* * *

A las seis de la tarde del día 28 se verificó el entierro del bravo teniente señor Fernandez y del desventurado don Cándido Prieto.

El general Gasco costeó los féretros, que fueron construídos por los ingenieros militares. Ambos cadáveres fueron depositados en la enfermería militar; de allí fueron llevados en hombros de los voluntarios, amigos particulares y soldados; trás los féretros marchaban todos los jefes y oficiales francos de servicio con el general á la cabeza y muchos paisanos, á pesar de lo intransitables que estaban las calles á consecuencia de un fuertísimo aguacero que momentos antes cayó; seguía al duelo un piquete del batallón tercero Peninsular con un oficial y 30 hombres.

Al llegar al cementerio, el general descubriéndose, pronunció bre-

ves y sentidas frases, que fueron acogidas por todos los que las escucharon con un ¡viva España!

A pesar de lo modesto de los féretros, que iban cubiertos con la bandera de la patria, el acto resultó magestuoso y solemne por lo lucido y numeroso del acompañamiento, contribuyendo á su grandeza los rostros curtidos de los oficiales y soldados, y el hecho de que las des-



ATAQUE DEL CONVOY EN EL RIO CAUTO

cargas que por ordenanza les correspondían y se hicieron por el piquete encargado de tributarles los últimos honores, fueron hechas con cartuchos de guerra.

Las fuerzas insurrectas que atacaron al convoy se componían de unos trescientos hombres de las partidas de Angel Quiterio. Quintín Tamayo y Mendieta.

A corta distancia de Calabazar de Sagua y bastante cerca de esta villa, se halla situado uno de los ingenios más pintorescos de la comarca y de los que mejor zafra hacen: es el ingenio Macagua, de la propiedad del señor don Juan Bethart.

En tiempo de paz, en todos los batanes de las principales fincas azucareras de la provincia de Santa Clara, hubo siempre un destacamento de tropas ó de guardias civiles para evitar los desmanes del bandolerismo: desde los comienzos de la guerra los destacamentos se multiplicaron, á fin de que los rebeldes no atacaran los ingenios y destruyeran las casas-calderas y maquinaria de las fábricas.

El ingenio Macagua, por su importancia tenía también en Agosto de 1895 su destacamento, formado por unos pocos hombres á las órdenes de un oficial.

Serían las doce del día 28 del citado mes, cuando un empleado de la finca entregó al dueño un pliego cerrado.

—¿Quién manda esto?—preguntó el señor Bethart.

—Señor,—respondióle el empleado—me lo ha dado para usted un hombre armado, allá fuera en una guardaraya, diciéndome que era urgente.

Rompió el hacendado el sobre, sacó el pliego que contenía, y leyó lo que sigue:

«REPÚBLICA DE CUBA

Ejército libertador

Sr. D. Juan Bethart.

Muy señor mío: Bajo palabra de caballero que si no se rinde ese destacamento entregándome las armas, quemaré toda la finca. Sepa también que quiero evitar derramamiento de sangre, y entregándome las armas lo evita todo.

Suyo affmo. S. S.

R. Masferrei.»

--Está bien—dijo el Sr. Bethart, luego que hubo enterado de la comunicación.

Y volviéndose al dependiente, agregó:

—Vé enseguida al paradero y avisa al jefe del destacamento que hay allí que venga sin perder tiempo: cuéntale lo que pasa.

Y el señor Bethart enteró á su dependiente de lo que decía el pliego.

El empleado partió al instante á cumplir la orden de su amo.

El paradero de Mata pertenece á la línea del ferrocarril de Sagua, y se halla situado en el kilómetro 32; es pequeño pero bonito.

Allí se hallaba destacada una fuerza de relativa importancia, y en cuanto se enteró el jefe teniente señor Cobos, de lo que le refiriera el dependiente del señor Bethart, telegrafió á Sagua la Grande, dando parte de lo que ocurría y pidiendo refuerzos: luego, con toda la fuerza de que podía disponer, se encaminó hacia el ingenio Macagua.

* * *

El bravo teniente señor Cobos, jefe del destacamento del paradero de Mata, no pudo reunir más que 16 soldados, que eran los que estaban francos de servicio, cuando recibió el aviso del señor Bethart, y con ellos se encaminó al ingenio Macagua, dispuesto á batir á los *mambises*.

Una vez en la finca, aumentó su fuerza con seis números más de los destacados en el batey, y al frente de los *veinte y dos* individuos, que en junto componían aquellos valientes, salió en persecución de los insurrectos, que á la llegada del destacamento se habían retirado.

De nada valieron las observaciones hechas al bizarro oficial para que desistiera de sus propósitos: inútiles fueron los ruegos del señor Bethart y demás empleados del ingenio.

—Un oficial español no debe quedarse parado, ni se queda tranquilo cuando sabe que el enemigo está cerca—respondió el valeroso teniente.

Y después, volviéndose á sus soldados, les gritó:

—¡Ea, muchachos! A la carga y á toda prisa, que hay que atacarles y batirlos.

La tropa se preparó, y con su bravo jefe á la cabeza, aquel puñado de valientes abandonó el batey y se internó en los maniguales, siguiendo el mismo camino que habían tomado los revolucionarios.

El cabecilla Masferrei se había levantado en armas en Cifuentes y mandaba una partida de más de 600 hombres, bastante bien armados.

Una legua habían andado, sobre poco más ó menos, el teniente Cobos y sus soldados, cuando dieron alcance á los rebeldes.

—¡A ellos!—gritó el bravo oficial.

La tropa avanzó en correcta formación, y con el denuedo y empuje no desmentidos jamás por los soldados españoles, á la voz de mando de su jefe, aquel pelotón de enardecidos leones rompió el fuego contra el enemigo, que lo contestó desde sus madrigueras donde había refugiado.

De pronto observaron los soldados que las municiones principiaban á escasear, por lo que se hizo el fuego más lento. Los insurrectos, que se hallaban escondidos entre la hierba ú ocultos detrás de los árboles, impuestos por el valor temerario de aquel grupo de valientes defensores de España, lo notaron y se fueron rehaciendo.

Comprendió, entónces, el teniente Cobos, el peligro en que se encontraba, y procuró retirarse hacia el ingenio, defendiéndose con descargas cerradas de los ataques del enemigo que, abandonando de pronto su madriguera, se lanzó contra el pequeño destacamento á los gritos de ¡al machete! ¡al machete! ¡mueran los patones! ¡viva Cuba libre!, envalentonado por la superioridad del número.

Pero las descargas certeras y mortíferas de aquel pelotón de bravos contenía sus ímpetus, y les obligaba á retroceder una, dos y cien veces, para enseguida volver á atacar.

—¡Rendíos!—vociferaban los insurrectos, mientras ejecutaban un movimiento envolvente para copar á la columna.

—¡El soldado español muere, pero no se rinde!—respondíales el valeroso Cobos, á la vez que se batía en retirada haciendo certero fuego contra la avalancha de enemigos que se le echaba encima.

De pronto oyóse fuego por retaguardia de la columna; el enemigo



INGENIO MACAGUA

habíale cortado la retirada. El círculo de hierro y fuego formado por los insurrectos se estrechaba rápidamente y por momentos; los *mambises* avanzaban machete en mano y vociferando insultos y denuestos con infernal gritería, y á los bravos soldados del heróico Cobos se les habían concluido ya los cartuchos... ¡veintidós contra doscientos no podían resistir mucho tiempo la lucha!

—¡A morir por nuestra patria, muchachos! ¡Viva Español!—gritó el heróico teniente, y él, primero que todos, con la espada en la diestra mano y el revolver en la siniestra, se arrojó encima de la turba de enemigos que les tenían ya cercados.



ALTO DE UNA PARTIDA INSURRECTA

Un *mambi*, el que más cerca de nuestro héroe estaba, levantó la terrible arma que empuñaba y le tiró á la cabeza tan terrible machetazo, que partiéndole el labio superior atravesóle el cuello y fué á hundirse la afilada hoja en el noble pecho del bravo y pundonoroso cuanto infortunado militar. Casi moribundo y en el mismo instante de sentirse herido, el valeroso teniente disparó su revólver, y el *mambi* que le había herido cayó exánime al suelo con el cráneo destrozado.

De los veintidós héroes que acompañaban al desventurado teniente, diez y seis quedaron tendidos en el campo de la lucha, uno cayó prisionero, y cinco, no obstante hallarse heridos, lograron romper las filas enemigas y tras duras penalidades regresaron al ingenio Macagua.

El bravo teniente Cobos, el pundonoroso oficial, jefe de aquel puñado de mártires de la patria, fué el primero en sacrificar su vida en aras del honor militar y de su bandera. Al morir dejó escrito su glorioso nombre con la sangre del sacrificio en el libro de oro de nuestros héroes y de nuestros mártires. ||GLORIA Y LOOR Á LOS HÉROES DE MACAGUA||

Los rebeldes tuvieron un muerto, dos heridos graves y varios otros leves.

* * *

El día 27 de Agosto salieron dos compañías del castillo de la Caña, de la Habana, al mando de su primer jefe el teniente coronel, hijo de la Coruña, D. Enrique Vázquez, y los oficiales siguientes: capitanes D. Francisco Lestón y D. Eustaquio Jaque, y primeros tenientes D. Ildefonso Romero, D. Damián Gabarrón y D. Luís Muñiz. En el camino de la Habana á Quemado de Güines, que era el sitio á donde se dirigía la fuerza, se les unieron los destacamentos de Jaruco y Aguaca

te, mandados, respectivamente, por el capitán D. Felipe Martínez y primer teniente D. José Armesto López.

El total de toda la columna era de doscientos hombres, y el sitio donde tenían que ir era, como ya decimos arriba, el poblado de Quemado de Güines; pero en el trayecto recibió orden el jefe de la fuerza de continuar el viaje hasta Placetas, donde se formó la columna al mando del veterano coronel de la guardia civil, señor Oliver.

Antes de llegar á Placetas detúvose la columna por haber tenido noticia en la estación de Mata de que en el ingenio «Macagua», distante de dicha estación un kilómetro, se encontraban dos numerosas partidas insurrectas, compuestas de 500 hombres, entre infantería y caballería, con objeto de atacar dicho ingenio.

Al llegar al referido punto la columna hizo un reconocimiento general y pernoctó en el expresado ingenio, habiéndose visto desde lejos huir precipitadamente y en diferentes direcciones al enemigo, cuando éste vió acercarse á nuestras tropas.

* * *

El reconocimiento practicado, que ordenó el teniente coronel señor Vázquez, dió por resultado el triste hallazgo de los cadáveres del joven primer teniente de Extremadura Sr. Cobos y quince soldados del mismo cuerpo, que antes de llegar el tren que conducía al batallón de San Quintín, habían acudido precipitadamente desde el paradero de Mata á proteger el ingenio «Macagua».

A pesar de ser tan pocos, se defendieron con bizarría aquellos desgraciados, durando como media hora el combate que sostuvieron con la partida enemiga, compuesta de quinientos hombres.

Los cadáveres de los valientes militares estaban horriblemente mutilados, y fueron recogidos inmediatamente, dándoles cristiana sepultura en terrenos del referido ingenio.

Noticioso el jefe de que el enemigo había huído en distintas direcciones y con rumbo desconocido, ordenó que continuase el viaje el tren militar que conducía al batallón de San Quintín hasta Placetas.

Una vez allí, y organizada la columna, como ya hemos dicho antes, al mando del coronel Oliver, salió en distintos días á operar por la jurisdicción de Remedios, recorriendo los poblados conocidos por Provincial, Guaracabuya, Rojas, Manacas y otros, y los montes del Seborucal, en cuyas espesas maniguas se ocultaba el enemigo, componiendo una partida, mandada por el cabecilla Bermúdez.

El campamento insurrecto fué tomado por San Quintín, cogiendo armas, municiones, caballos con monturas, etc., todo lo cual dejaron en completo abandono, al huir precipitadamente cuando la columna Oliver les atacó.

El enemigo tuvo diez muertos vistos y numerosos heridos. Por nuestra parte, hubo un cabo muerto y dos soldados heridos levemente.

El cadáver del cabo fué enterrado en el ingenio *Dolores*.



CAPITULO XXX

Incendio del caserío del Hatillo.—Alevoso asesinato de un ex guardia civil.—La columna del coronel Sandoval.—Conducción de un convoy á Remanganaguas.—Los insurrectos atacan al convoy.—Combate de Palo Picado.—El heroico teniente señor del Toro.—Reñida acción en Descanso del Muerto.—El teniente coronel Tejada.—Al asalto.—Muerte gloriosa del bizarro teniente don Tomás Castro.—Batida y dispersión del enemigo.—Alto en Juan Varón.—Llegada del convoy á Remanganaguas.—Nuestras bajas.—Las del enemigo.—Nuestros heridos en el hospital militar de la Habana.—Noticias de la insurrección.—Captura de la goleta *Pearl*.—Expedición filibustera fracasada.—Nuestro cónsul en Jamaica.—Aprehensión del contrabando de guerra.—Arresto del capitán del *Pearl*.

PECLINABA el día 29 de Agosto y tranquilos se hallaban en sus viviendas, ocupados en las faenas domésticas, los moradores del pintoresco caserío de Hatillo (Santiago de Cuba) cuando de pronto viéronse sorprendidos por una partida de insurrectos que invadió con infernal griterío la pequeña población, al mando del cabecilla Roberto Bermúdez, quien ordenó á los veinte hombres que consigo llevaba que pusieran fuego á nueve casas, además de la que había sido en un tiempo cuartel de la guardia civil, y que ya había sido incendiada por la misma partida en el pasado mes de Junio.

Obedeciendo la vandálica orden de su jefe, aquella pequeña horda de incendiarios pusieron acto continuo manos á la destructora obra, y pocos minutos después eran pasto de las llamas las casas por aquel *vándalo* condenadas á ser reducidas á cenizas.

El propietario de todas aquellas casas era (porque no puede ya decirse es), don Rufino Díaz, antiguo vecino del caserío, en donde con su laboriosidad y constancia había cimentado un modesto modo de vivir.

La tea incendiaria de los *regeneradores* de Cuba, redujo á escombros y cenizas, en la indicada tarde del 29 de Agosto, fecha de inolvidable y luctuosa recordación para el señor Díaz, el fruto de tantos años de trabajo ímprobo y de tantos afanes y desvelos empleados en la cimentación de su modesta fortuna, viéndose el honrado y desventurado don Rufino completamente arruinado.



GUIRA DE MELENA

Durante el incendio del caserío, una de las avanzadas de la partida apresó en sus inmediaciones y condujo ante su jefe al vecino don José López Bueno, recientemente licenciado del cuerpo de la guardia civil, que en aquellos momentos se dirigía á su morada, de regreso de Santa Clara.

Dijose que Bermúdez, al comparecer ante él el infeliz López, se echó la tercerola de que iba armado á la cara y le descerrajó un tiro á quemarropa, dejándolo muerto en el acto. Sobre el cadáver del desven-

turado Bueno, dejó su asesino un papel en el que escribió estas palabras:

«Por ser espía del Gobierno español.»

*
* *

A las cinco de la mañana del día 29 de Agosto, salió de San Luís. (Santiago de Cuba), la columna del coronel Sandoval compuesta de las siguientes fuerzas:

Cuatro compañías de las guerrillas del teniente coronel Tejeda; dos de Antequera; cuatro del batallón de San Fernando; una del de Baleares; una de La Unión y cuarenta hombres de la guerrilla montada de Antequera: en junto 1240 hombres.

La misión que llevaba la columna era conducir un convoy de cuarenta carretas y ciento ochenta acémilas al poblado de Remanganaguas.

La jornada fué penosísima, por hallarse los caminos hechos un pantano á consecuencia de las lluvias torrenciales de aquellos días.

La columna llegó sin contratiempo alguno á San Leandro, donde hizo un corto alto para proseguir á poco su marcha hacia el punto de su destino.

El convoy iba encajonado entre filas de seis compañías y por consiguiente estaba perfectamente defendido contra cualquier tentativa de los rebeldes.

Esas seis compañías iban mandadas por el bizarro coronel señor Sandoval.

Desde la salida del convoy de San Leandro comenzaron los insurrectos á molestar á la columna tiroteándola por el flanco izquierdo; pero sus disparos no la causaron daño alguno, llegando al ingenio

Hatillo, sin haber tenido que lamentar ninguna desgracia, á las ocho de la noche.

Allí pernoctó, prosiguiendo su marcha el día siguiente á Palma Soriano, donde llegó en perfecto orden y sin novedad alguna á la una de la tarde del mismo día.

De Palma Soriano salió á las primeras horas del siguiente día en dirección á Remanganaguas.

Apenas habrían recorrido cuatro leguas, cuando por la izquierda del *trapiche* de Palo Picado apareció la partida del cabecilla Rabi con cuatrocientos ginetes, con los cuales sostuvo un nutrido fuego por espacio de tres cuartos de hora.

Allí murió luchando heroicamente el bravo teniente señor Toro.

La muerte del valeroso oficial llenó de admiración y de inmenso dolor á cuantos la presenciaron. Con un valor que excede á toda ponderación, el intrépido teniente, herido ya en el brazo izquierdo, continuó avanzando sobre los rebeldes, cuando de improviso cortan éstos la columna, y al pasar por junto al bravo oficial le disparan un tiro á boca de jarro. El proyectil penetró en el muslo derecho, y no pudiéndose curar de momento, fué desangrándose y murió al poco rato sobre un montón de *bagazos*.

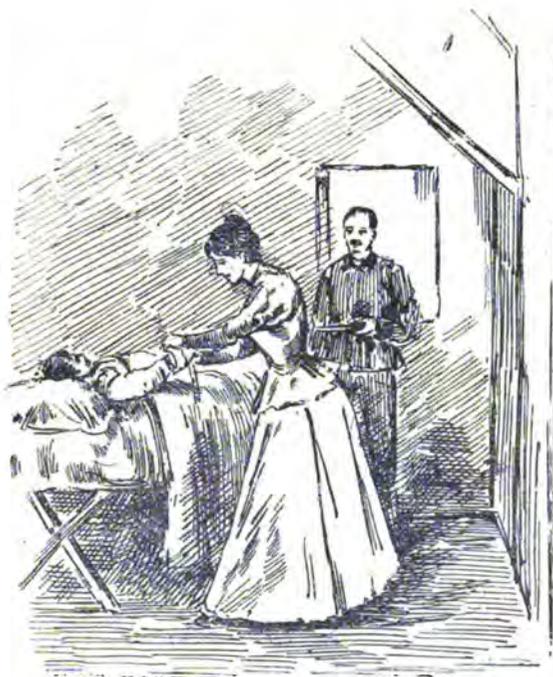


De Palo Picado á Descanso del Muerto los rebeldes recibieron un refuerzo de doscientos hombres más, y al llegar la columna á este último punto se encontró con numerosas fuerzas enemigas que le impedían y cortaban el paso.

Colocados los insurrectos en excelentes posiciones rompieron el fuego contra la columna, y mientras sus peones mantenían por el fren-

te un vivo y nutrido tiroteo con la infantería española, sus ginetes intentaban acometer por los flancos al convoy, siendo rechazados siempre por las nutridas y certeras descargas cerradas de los valientes que lo custodiaban.

El teniente coronel Tejeda, cuyo caballo al sentirse herido por el



LA SEÑORITA SUERO CURANDO AL CAPITAN GARCIA

plomo *mambi*, á las primeras descargas, derribó á su ginete, volvió á montarle, y animando de continuo á sus soldados, ordenó al capitán Castro de la segunda guerrilla, que atacase las posiciones enemigas, escalando la altura.

El bravo capitán obedeció la orden de su jefe, y al efectuar el ata-

que tuvo la inmensa pena de ver caer herido á su hermano, don Tomás, teniente de la guerrilla, al que penetró un proyectil por el costado derecho y le salió por el izquierdo, atravesándole, por tanto, de parte á parte.

El bizarro teniente don Tomás Castro, que era un arrojado mozo, murió más tarde en Remanganaguas.

Los rebeldes, no obstante haber opuesto una tenacísima resistencia, fueron desalojados de aquellas posiciones por el bravo capitán Castro y sus valientes soldados, algunos de los cuales, además de su desventurado hermano y del cabo explorador de la guerrilla, perecieron en la empresa.

El teniente coronel avanzó entonces con la 1.ª, 3.ª y 4.ª compañías de su guerrilla, empeñando reñido combate contra aquellas huestes ávidas de romper la línea que defendía el convoy, y apoderarse de éste.

El combate se sostuvo por ambos bandos reñidísimo; la lucha fué empeñada, terrible; las balas llovían sin cesar y á pequeños intervalos, y entre el fragor del combate y los gritos de los combatientes, escuchábase el rudo golpe del machete al chocar contra el cañón de los fusiles, detenido con arrojo sumo por el aplomo y serenidad de los bravos guerrilleros.

Al cabo de una hora de encarnizada lucha, los insurrectos comenzaron á aflojar en su ardimiento y coraje, é iniciaron la retirada; el fuego fué cesando poco á poco, y la columna, después de recoger los heridos y los cadáveres de los valientes que habían sucumbido en defensa de la patria, pudo continuar su marcha en dirección á «Juan Varón».

Allí pernoctó y se practicó la primera cura á los heridos, y, sin más novedad, prosiguió su marcha á la mañana siguiente hasta Remanganaguas.

«Las bajas que tuvo la columna—según el parte oficial dado por el coronel jefe de la columna señor Sandoval—fueron sensibles, sucumbiendo valerosamente los tenientes don Fermín del Toro y don Tomás E. Castro, de las guerrillas del señor Tejeda; un cabo explorador de la guerrilla, y tres de tropa, y un total de veintiocho heridos entre graves y leves.

Los insurrectos tuvieron cinco muertos que abandonaron en el campo del combate y dos más que en el camino encontró la columna. En cuanto á los heridos, es difícil poderlos precisar con exactitud, porque los retiraron y llevaron consigo; pero á juzgar por lo que luego informaron al teniente coronel señor Tejeda algunos habitantes de la finca llamada «San Francisco», no bajarían de sesenta los que las fuerzas de Rabí conducían al pasar poco después del combate por aquellos lugares.

Nuestros heridos fueron conducidos en un tren extraordinario á la Habana, en cuyo hospital militar ingresaron.

Entre ellos—según informes de nuestro corresponsal en la capital de la isla—se encontraban en estado grave, los siguientes de la primera compañía de las guerrillas del teniente coronel Tejeda:

Manuel Chaves, José Pausa, José M. Cobo, Carlos Díaz Infante, Francisco Gutiérrez, Manuel Moleiro, José Elros, Pedro Torres (hijo de Mayari), Antonio Rodríguez, José Grau, Julián Torrijos, Isidoro Sarabia, Ceferino Geneiro, Miguel Artigas, Federico Sánchez, José Miralles Querol, Antonio Franco, Juan Rodríguez y Domingo Perduomo, guerrilleros; y los cornetas Ricardo Cabré, Gaspar Pérez y Buendía, y Joaquín Llorente, herido leve.

Todos ellos, no obstante la triste situación y grave estado en que

se hallaban al ser instalados en el hospital, demostraron un estado de ánimo incapaz de ser dominado por los sufrimientos.

*
*
*

Según informes de nuestros corresponsales en la isla, el día 21 de Agosto una numerosa partida insurrecta atacó el poblado de Niquero (Santiago de Cuba), teniendo que retirarse después de haber tenido cincuenta bajas entre muertos y heridos.

El cabecilla Reitor resultó herido en ambos brazos.

En jurisdicción de Remedios (Santa Clara) y en el lugar denominado Sitio Bonito, fuerzas del ejército y voluntarios batieron á las partidas insurrectas de Perico Díaz, Fernando Fernández y Carrillo, haciéndoles dos muertos y varios heridos. La tropa tuvo dos heridos.

Una columna de 220 hombres mandada por el capitán don Francisco Amador, batió en el lugar denominado *Cuchillas*, jurisdicción de Sagua de Tánamo, provincia de Santiago de Cuba, á una partida de 400 insurrectos mandados por el titulado comandante Mejía. Las tropas ocuparon las posiciones de los rebeldes, quienes dejaron sobre el campo tres muertos y cuatro heridos, figurando entre estos el titulado capitán Sindo. La columna sólo tuvo dos heridos.

Una partida de doscientos insurgentes atacó un pequeño convoy escoltado por veinticinco guerrilleros en Guanajal (Sagua de Tánamo).

Los guerrilleros se defendieron heroicamente, y reforzados, después de sostener larga y empeñada lucha con el enemigo, por cincuenta hombres de infantería que atacaron por retaguardia, consiguieron dispersar á los rebeldes, haciéndoles siete muertos y doce heridos que quedaron en el campo.

Las bajas de las tropas fueron dos soldados muertos, y un sargento y tres soldados heridos.

El día 27 llegó á la Habana, procedente del campo de operaciones, el general en jefe señor Martínez Campos.

*
*
*

Ampliando detalles acerca de la reunión ó Congreso de los delegados de los insurrectos de las provincias de Santiago, Santa Clara y Puerto Príncipe en la villa de Najasa, nos comunicó nuestro corresponsal en la Habana, que los *congresistas* habían proclamado una Constitución para la república cubana bajo la base de cinco Estados federales; eligieron presidente al marqués de Santa Lucía y acordaron también otros varios nombramientos, entre los cuales se habían confirmado los de Maceo para comandante general de la provincia de Santiago, Máximo Gómez de Puerto Príncipe, y Roloff de Santa Clara.

La villa de Najasa fué declarada capital federal con carácter interino, y se acordó también autorizar á los hacendados para llevar sus productos á los pueblos y venderlos, previo el pago de una contribución del 25 por 100 *ad valorem*.

En esa reunión se intentó también nombrar á Maceo dictador de Cuba; pero la idea fué objeto de tan ruda oposición en los seis días que duró la discusión, que hubo de desecharse.

En Cienfuegos seguía en aumento la insurrección, gozando los rebeldes de absoluta inmunidad en sus ataques á la propiedad.

Según rumores, el cabecilla Roloff intentaba invadir la provincia de Matanzas con 1.500 hombres.

Una expedición de 72 hombres bien armados y equipados, proce-

dente de México, había desembarcado en Baracoa, (Santiago de Cuba).

El general Surez Valdés salió el 31 de la Habana para encargarse del mando de la provincia de Santa Clara.

Sabedor de las diferencias que habían surgido entre los rebeldes de Puerto Príncipe, el general Martínez Campos había marchado á esta provincia con intento de atraerse los que pudiera.

El día 31 llegó á la Habana el vapor *Cataluña* conduciendo 1.500 hombres de la segunda expedición de refuerzos á la isla.

*
* *

Fueron tan curiosos los pormenores que uno de nuestros corresponsales en la isla nos comunicó respecto á la captura de la goleta *Pearl* y fracaso de la expedición filibustera que conducía á la gran Antilla, que nos creemos en el deber de consignarlos en estas páginas para conocimiento de nuestros lectores.

Esta aprehensión, llevada á cabo por las autoridades de la Aduana de Morant Bay, gracias á la vigilancia y buen celo de nuestro digno cónsul en la Jamaica, acredita de modo evidente la habilidad, perseverancia y energía del señor Torroja, cónsul de España en Kingston.

Es Jamaica un refugio de todos los desterrados de Hayti, Cuba y la América central, y por ello no despierta apenas curiosidad ninguna la presencia de extranjeros. Sin embargo, la resonancia que en todas las Américas tiene la rebelión de Cuba y la llegada á Kingston á mediados de Agosto, de varios jefes filibusteros, hicieron fijar la atención pública en los separatistas cubanos.

Estos, contando con la indiferencia de los habitantes de Kingston, no se ocultaban lo más mínimo, conspiraban por las calles, y se reunían

para organizar sus expediciones en una conocidísima fábrica de tabacos, situada en el centro de la población.

Sin duda confiaban en que también el cónsul de España se haría el desentendido, temiendo malquistarse con la población, que no es enemiga de los separatistas cubanos; pero el señor Torroja, atento y vigilante día y noche, íbase enterando minuciosa y cautelosamente de los proyectos de los laborantes, pronto á intervenir así que advirtiera síntomas de que iban á pasar de las palabras á las obras.

Así se dió cuenta nuestro digno representante de que estaba preparándose una expedición filibustera á bordo de la goleta *Pearl*.

Este buque hacía el cabotaje entre Kingston y los puertos del Norte de la isla. Su patrón era originario de Nassau y se llamaba Ch. Love.

Estaba el *Pearl* anclado en el abra de Kingston cuando el cónsul de España se percató de idas y venidas misteriosas intercaladas con embarques de pequeñas cajas.

No había aún motivos para fundar una intervención, pero el señor Torroja no desesperó de encontrar la ocasión propicia.

* * *

El convencimiento pleno de que el *Pearl* iba á llevar una expedición filibustera á Cuba, lo adquirió el cónsul de España una mañana en que el buque cambió de sitio para amarrarse junto al muelle de embarque de la compañía *Anchor-Line* donde cargó unas cajas de grandes dimensiones.

Era viernes y todo hacía presumir que el *Pearl* zarparía al día siguiente, en que habían de salir los vapores correos y habría en el puerto y en la ciudad la animación extraordinaria propia de todos los sábados.

Distraídas las autoridades marítimas y la policía, podía largar amarras el *Pearl*, después de anochecido, sin que se percibiera nadie.

El sábado por la tarde, el *Pearl* abandonó el muelle *Anchor Line*, y volvió á su anterior fondeadero en el abra. Esta maniobra acrecentó en el ánimo de nuestro celoso cónsul los temores de que el buque zar-



--¡Ea, muchachos! A la carga y á toda prisa... (Pág. 467)

paría el mismo día. Cerró la noche, y el *Pearl* permaneció inmóvil, sin la menor señal á bordo de una próxima partida.

Aquella misma tarde, por uno de esos azares del destino, que parecen reservados exclusivamente á los novelistas por entregas, el cónsul de España tuvo noticia exacta de los planes de los laborantes.



COMBATE DE SAO DEL INDIO

He aquí cómo ocurrió el hecho:

Salió de paseo el señor Torroja, á caza de algún detalle ó señal que confirmara sus sospechas, y ya en los límites de la ciudad, en un sitio de mucho tránsito, llegó á sus oídos una frase, que bastó por si sola para desvanecer por completo todas sus dudas.

Fijóse casualmente en un grupo de tres hombres, dos de los cuales le parecieron cubanos, y su atención se acrecentó al reconocer precisamente en el tercero, por las señas que de él le habían dado, al patrón del *Pearl* mister Love.

Sostenían los tres vivo y animado diálogo, como tratando asunto de importancia suma.

Dirigióse el cónsul hacia el grupo de los tres supuestos conspiradores, que distraídos en su conversación no habían notado la presencia del diplomático, y al pasar junto á ellos en actitud indiferente, oyó estas palabras dichas en español por uno de los interlocutores:

—«Hay que acabar la cosa. Marchemos mañana á la tarde...»

* * *

Desde aquel momento, la expedición había fracasado.

A primera hora del siguiente día, domingo, la policía de Kingston estaba enterada de todo por el señor Torroja.

El caso era grave y no había tiempo que perder.

Los jefes de la policía, de acuerdo con el cónsul español decidieron acudir inmediatamente al buque de guerra *Tartar* anclado en el puerto, único que podía prestarles auxilio y facilitar fuerzas con que aprehender á la goleta filibustera.

A medio día del domingo, pocas horas antes de levar anclas el *Pearl*, el inspector general, coronel sir Fawcett mandó al sub-inspec-

tor mister Calder á Port Royal, á bordo del *Tartar* con un despacho suyo y otro del cónsul español, en los cuales se explicaba al comandante Stopford el servicio requerido por el representante de España.

Cumplió el sub inspector su misión y recibió al instante la respuesta del comandante del *Tartar*.

Lo que decían los pliegos no lo sabemos; pero de suponer es, por los sucesivos hechos ocurridos, que darían una contestación negativa al requerimiento fundada en no tener órdenes del comodoro, ó bien instrucciones escritas del gobernador y capitán general de la isla, sir Henry Blake.

La persona que á nuestro informante hizo el relato de los hechos censuró al comandante del *Tartar* por su evasiva ú oposición á prestar el auxilio que se le demandaba, cuando tenía instrucciones del ministro de Negocios Extranjeros de su Gobierno, de no descuidar la persecución del filibusterismo cubano.

La situación creada por la negativa de sir Stopford era difícil. El comodoro estaba en una casa de campo por unos días, el gobernador se hallaba también ausente de su residencia oficial instalada en el viejo edificio de los vireyes, en la «Ciudad Española» (Spanish-Town). Y como era domingo, y, domingo anglicano, no había comunicación posible con su Excelencia, ni por telégrafo ni por ferrocarril.

Seguramente que los laborantes cubanos habían contado ya con todas esas dificultades que habían de paralizar y entorpecer la acción de sus perseguidores.

No desmayó, sin embargo, nuestro digno representante señor Torroja en su labor y empeño para hacer fracasar la expedición filibustera, y al fin, logró convencer al coronel Fawcett de la necesidad de adquirir la nota escrita del gobernador general que exigía el comandante del *Tartar*.

Y, con efecto, entre seis y siete de la tarde del propio domingo,

salía el mismo inspector Calder para Spanih Town, haciendo el trayecto con rapidez inusitada.

*
*
*

Sir Henry Blake, se hizo cargo de la gravedad del suceso y de las circunstancias del caso, y á los pocos minutos volvía á salir el inspector del palacio del gobernador general con la orden reclamada por el comandante Stopford.

Al regresar á Kingston volaban los caballos que arrastraban el carruaje que conducía al portador de la deseada orden, hasta el extremo de haber recorrido el trayecto que media entre una y otra ciudad en cincuenta y cinco minutos, cuando comunmente se emplean dos horas. Sin perder minuto dirigióse de nuevo el inspector Calder á Port Royal, á bordo del *Tartar*.

Entre tanto se hacían los últimos preparativos en el *Pearl*.

Serían las siete de la tarde observóse en Rock Fort un grupo de quince á veinte cubanos que se dirigían hacia el mar; y apenas el astro del día llegó á su ocaso, recogió la *Pearl* sus amarras y avanzó hacia el canal de salida con rumbo á alta mar, en Port-Royal.

El comandante Stopford observaba desde el puente del *Tartar* la maniobra de la goleta filibustera, y como si á su vista recobrará de momento la conciencia de su deber, mandó á toda prisa armar y echar al agua dos botes, sin esperar órdenes de nadie, y los lanzó en persecución de la *Pearl*.

A las diez y media de la noche subía á bordo del buque de guerra el inspector Calder con la orden firmada por su Excelencia sir Henry Blake; pero aún le esperaba una nueva contrariedad. Era preciso espe-

rar el resultado de la misión encomendada al oficial que había salido en persecución del barco filibustero al frente de los dos botes.

Y esperaron hasta la una y media de la madrugada del lunes, hora en que regresaron los botes tripulados por la dotación del *Tartar*.

El oficial dió parte al comandante de haber alcanzado al *Pearl* en Bull-Bay (Bahía del Toro; que interrogado convenientemente el capitán Lone acerca del destino y cargamento de su buque había contestado que esperaba algunos pasajeros que debía embarcar para el Norte de la isla y que no llevaba á bordo municiones ni armas de ninguna clase. En la documentación, que el oficial revisó, nada halló sospechoso y todo estaba en regla, por lo cual había dejado marchar libremente al buque, convencido de que habían engañado al cónsul de España, con informaciones erróneas y faltas de fundamento.

Más, el inspector y el cónsul estaban convencidos de lo contrario, y no se les podía probar su error más que de una manera: abriendo las cajas que se habían embarcado á bordo del *Pearl*.

Y esto era, precisamente, lo que no había hecho el señor oficial, como era su deber.

* * *

El señor Torroja se apresuró á visitar á las primeras horas de la mañana al secretario de las Colonias, y enseguida recabó una orden para los empleados de aduanas de registro é inspección del *Pearl*.

Por la noche hallábanse los cubanos expedicionarios apostados en tierra, esperando ocasión de embarcar en el *Pearl*, cuando se percataron de la llegada de botes con gente armada. Esto bastó para que se creyeran descubiertos y procuraran escabullirse.

El capitán del *Pearl* se encontró á la madrugada en una situación

extraña y para él comprometida. Sus pasajeros no parecían por ningún lado, y á él no le era posible permanecer más tiempo en Bull-Bay sin despertar fundadas sospechas.

Al fin, se decidió trasladarse á Morant-Bay donde recibió la empresa filibustera el golpe de gracia.

Apenas llegado el *Pearl* á este último punto, que los empleados de aduanas subían á bordo con auto ó *warrant* que les autorizaba á practicar un registro.



INMEDIACIONES DE MANZANILLO (Bio Cauto)

A los pocos minutos se tenía la prueba fehaciente de la fracasada expedición filibustera.

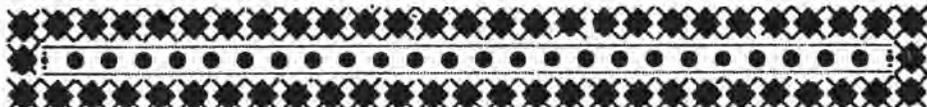
De treinta á cuarenta cajas y fardos de contrabando fueron hallados en las bodegas del barco. Entre las cajas había once llenas de carabinas y tres con machetes.

También llevaba el *Pearl* tres ó cuatro fardos de chaquetas de uniforme como el que usan las guerrillas cubanas.

El capitán Love fué inmediatamente arrestado, á pesar de su persistencia en negar que supiera la naturaleza de su cargamento, y éste aprehendido y desembarcado.

Compréndese, después de esta narración, y con gusto lo consignamos en estas páginas, que nuestro digno y celoso cónsul señor Torroja mereciera unánimes elogios por su celo, habilidad y energía desplegados en la persecución de los enemigos de España, á lo cual debióse exclusivamente el fracaso de la expedición *Pearl*.





CAPITULO XXXI

La columna del coronel Canella.—En busca del enemigo.—Encuentro en *Tánamo*.—Cuatro partidas reunidas.—Batida y dispersión de los rebeldes.—Nueva batida y varios encuentros.—En persecución del enemigo.—Derrota y disgregación de las fuerzas insurrectas.—La villa del Guaso.—Exacciones de José Maceo.—El bizarro coronel Canella y su columna.—En marcha á Ramón de las Yaguas.—A la Pimienta.—El enemigo.—Glorioso combate de Sao del Indio.—Ocho horas de lucha desesperada.—Destrucción del campamento enemigo.—Nuevo combate en «Filipina».—Regreso á Guantánamo.—Nuestras bajas.—Las del enemigo.—Los dos hermanos Maceo con 3700 rebeldes.—El parte oficial.—Entrada triunfal de la columna vencedora en la plaza de Guantánamo.—El primer batallón de Simancas.—Orden general del día 2 de Septiembre.—Felicitación al coronel Canella.—Su historia militar.



OR haber servido de base al glorioso hecho de armas ocurrido el día 31 de Agosto en las cercanías de Ramón Yaguas (Santiago de Cuba), vamos á dar á nuestros lectores algunos datos y noticias acerca de la operación llevada á cabo por la columna del bizarro coronel Canella, á principios del propio mes.

Organizada en Mayarí, el día 4, una pequeña columna compuesta de cien hombres del batallón de Talavera, cien del de Guadalajara y veinte individuos de la guerrilla local de Sagua, al mando del capitán de Talavera don Francisco Amador, con orden de llegar á Sagua de Tánamo y dejar en ella su pequeña guerrilla local y luego á su regreso batir al enemigo en el punto denominado «Los Plátanos», donde según confidencias que tuvo el citado coronel Canella, tenía aquel establecido su campamento, el resultado fué tan satisfac-

torio y mereció ser considerado como un nuevo timbre de gloria para nuestras armas, que no debe quedar ignorado de ninguno de los que siguen con interés el curso de la campaña sostenida en Cuba contra los enemigos de España por nuestros invictos soldados, ni menos de los que anhelamos ver restablecida en la perla de nuestras Antillas la paz en mal hora por aquellos perturbada.

Sabedor el enemigo del propósito decidido de la mencionada columna de atacarlo en su propio campamento, decidió abandonarlo antes de la llegada de nuestros valientes soldados, para elegir otra posición tan inexpugnable como aquella, pero cien veces más ventajosa para un ataque de emboscada y traición, única táctica empleada en la presente guerra por las huestes del separatismo cubano.

A dos leguas del río Berraco, en dirección á Barrederos y en el punto llamado *Tánamo*, hallábanse el citado día 4 emboscadas paralelamente al camino cuatro partidas de rebeldes, que sumaban en junto una fuerza de *cuatrocientos* hombres.

Dirigíase la columna hacia el sitio donde se le indicara tenían los rebeldes su campamento, cuando al llegar frente á *Tánamo* vióse sorprendida por una descarga cerrada de los emboscados *mambises*.

* * *

Nuestra pequeña columna rompió un nutridísimo fuego casi á quemarropa, tan luego como se halló ocupando en toda su longitud el frente del enemigo.

Y, desarrollóse un combate reñido y tenaz, intentando varias veces los insurrectos arrollar á los nuestros con cargas al machete, que á no haber sido por la serenidad y probado valor de nuestros bravos

soldados y sus fuegos por descargas cerradas cuando se aproximaban, hubieran llegado á las manos para batirse cuerpo á cuerpo.

La valerosa columna, sin retroceder ni un pié, sin considerar ni la superioridad numérica del enemigo, ni la ventajosa posición que ocupaba, ni el espesísimo bosque que como obstáculo se interponía á su paso y como barrera resguardaba á aquel de sus ataques, avanzó con admirable arrojo, y arrollando el obstáculo y franqueando la barrera que habían pretendido oponer á su paso los cobardes *mambises*, sin pensar ¡oh ilusos! que para los bravos soldados españoles no hay barreras ni obstáculos posibles á contener su bravura y empuje, como no hay diques que contener puedan un desbordado torrente, obligó al enemigo, no sólo á retirarse sino á huir á la desbandada, abandonando en el campo siete muertos, que luego fueron enterrados por la columna.



COMANDANTE SEÑOR SOCASAU

La acción duró hora y media.

Las partidas que se reunieron para atacar á la columna fueron las de los titulados brigadieres Cartagena y Matías Vega, la del coronel Bartolo y la del capitán Cornelio Rojas.

Las bajas sufridas por la columna fueron: un cabo y cuatro soldados heridos, entre graves y leves, y tres contusos.

Tan luego regresó esta fuerza á Mayarí, y después de un descanso de seis horas, salió de nuevo con su bravo coronel señor Canella, al frente, y marchando en dirección al nacimiento del río Mayarí, tuvo un nuevo encuentro con las mismas partidas que en su retirada hácia aquel punto y á su paso por los poblados y *sitierias* imponían y exigían fuertes contribuciones á los cosecheros que tenían que retirar el tabaco, producto principalísimo de aquella rica rivera, obligando al propio tiempo á internarse en las sierras á los vecinos que no se habían incorporado y se negaban á incorporarse á las filas insurrectas.

De nuevo allí fué batido y disperso el enemigo por los valientes de la columna Canella.

* * *

Con tal precisión llegó esta fuerza á dar con el enemigo, que le ocupó ocho yuntas de bueyes que se llevaba de vecinos fieles á la causa de España y doce caballos cargados con treinta y dos cuñas de tabaco, con lo cual habían organizado ya un convoy, que abandonaron durante el fuego, dejando además dos muertos identificados, varios heridos, entre los que se hallaban el titulado capitán Manuel Frómite, y varios documentos, entre ellos uno curioso aunque de ninguna importancia.

Al terminar la acción se presentó un insurrecto, el cual manifestó al coronel Canella que sus compañeros iban muy fatigados y se sentían muy desalentados ante la persistente y activa persecución de la columna.

Bastóle esta indicación al intrépido Canella para que con sus animosos soldados prosiguiera sin descansar minuto la persecución de los

rebeldes, á los cuales dió de nuevo alcance en la «Misericordia», donde segunda vez los batió y puso en fuga.

Continuando en su persecuimiento, alcanzólos más tarde en «Melones», «Río Arriba», «Palmarito» y «Vega Sabalos», obligándoles en en todas partes á abandonar el campo, y consiguiendo, al fin, en este último punto, la idea que se había propuesto con su tenaz persecución; esto es, la completa dispersión y total disgregación del núcleo de fuerzas rebeldes, formado por las cuatro partidas reunidas, á fin de poder á su vez dividir la columna en pequeños destacamentos y con ayuda de las guerrillas locales no cejar en su activa persecución hasta conseguir exterminarlos ó barrerlos por lo menos, de su jurisdicción.

Por parte de la columna, con verdadera satisfacción lo consignamos, no hubo ninguna baja sensible que lamentar, pues sólo hubo dos soldados de Talavera contusos, una acémila muerta y un caballo herido.

La operación fué llevada á cabo con gran acierto y pericia por el bizarro coronel Canella, que, como siempre, procuró evitar en lo posible la preciosa sangre del soldado consiguiendo derrotar al enemigo y dejarlo completamente desalentado.

Regresando victoriosa, después de los hechos de armas que quedan relatados, entró la columna en Mayarí, dispuesta á reanudar sus operaciones de campaña á las órdenes de su jefe el coronel Canella, idolastrado por sus soldados.

* * *

La villa del Guaso (Santiago de Cuba) es una población extensa y rica por su comercio y su agricultura.

En su fértil comarca existen magníficos *centrales*, tales como La Esperanza, La Isabel, San Miguel, Soledad, San Antonio, San Carlos,

Santa Cecilia, Santa María, Los Baños, Rosalía y Confluente, y hermosos cafetales.

Todas esas fincas se encontraban en la fecha á que se refiere nuestro relato completamente abandonadas.

Desde que José Maceo sentó sus reales por aquellos contornos sus exigencias á los dueños de fincas habían sido tan repetidas como exageradas.

Hacendado hubo á quien se le exigió nada menos que *cuarenta mil* pesos como contribución de guerra. Corresponder cumplidamente á esas demandas era cosa imposible para el hacendado, entre otras causas, por la muy importante de carecer de numerario. Pero Maceo insistió con constancia y asiduidad dignas de mejor empleo, y algo logró, no solo entre los propietarios españoles, sino lo que es más, entre los extranjeros, sin excluir los cónsules, y no satisfecho de *Periquito Pérez* como *cuentadante*, creyendo que sus muchas amistades en Guantánamo perjudicaban á sus intereses le retiró el mando de aquella jurisdicción, encargando de él al dominicano Dionisio Gil.

Conocida la situación de Guantánamo y su zona en la fecha de referencia, pasemos á ocuparnos de las operaciones de campaña llevadas á cabo en aquella región por la columna del bizarro coronel Canella que tan brillante resultado dieron para nuestras armas.

Por informes fidedignos supo el coronel Canella que los insurrectos, en número considerable, se encontraban bien atrincherados en las inmediaciones de Ramón de las Yaguas y que mostraban una actitud provocadora, creyendo inexpugnables sus posiciones.

* * *

El bravo coronel, en la seguridad de encontrarlos y batirlos, como siempre, una vez hubo racionado los destacamentos de la zona de Guantánamo, organizó una columna para salir en su busca, compuesta de las fuerzas siguientes:

Quinientos hombres del primer batallón del regimiento de Simancas, incluyendo cuarenta de la guerrilla montada del mismo, mandados por el teniente coronel don Enrique Segura Campay, el comandante señor Loperena, capitanes Hernandez y Alonso, y tenientes Casado, Fernández, Gallego, Lostáu, Alvarez, Aguirre, Conde Salas y Azañón.

Ciento cincuenta hombres de las escuadras de Santa Catalina del Guaso, mandados por el bravo y laureado comandante don Pedro Garrido Romero; capitanes don Gregorio Romero Pacheco, y don Francisco Herbe; tenientes don Francisco Ruiz Campos, don Luís Betot, don Santiago Rojo y D. José Rodríguez Ricardo y ayudante D. Joaquín Buezo.

Una pieza de artillería mandada por el capitán del arma D. José López Gonzalez.

Y ochocientos cincuenta hombres de las guerrillas locales de Guantánamo y Yateras, mandadas por el teniente coronel señor Robles.

Con estas fuerzas, llevando de jefe de Estado Mayor al capitán del cuerpo don Luís Irlés y Salas, y de ayudante de campo al capitán de infantería señor Miranda, emprendió la marcha la columna á las siete de la mañana del 29 de Agosto, desde la finca «San León», muy próxima á Guantánamo.

* * *

La columna se dirigió por Palma de San Juan á San Andrés, donde hizo alto para tomar el rancho.

A las tres de la tarde emprendió de nuevo la marcha en dirección al «Vínculo», y atravesado que hubo el río Guantánamo, no bien se encontró en el paso del *Arrebato*, dispuso el jefe que una compañía de las escuadras, dos de Simancas y fuerzas de las guerrillas locales, al mando del teniente coronel Segura, practicasen un flanqueo por la izquierda, mientras él con el grueso de la columna se encaminaba hacia el «Vínculo», á donde llegó á las cinco de la tarde, acampando sin novedad ni contratiempo alguno.

A las cinco y media de la mañana del siguiente día 30, prosiguió su jornada la columna con rumbo á la loma «Cabaña». Llegó á esta, cruzó el paso de la Higuera sobre el río Mata, é hizo alto nuevamente, por espacio de una hora, para tomar el rancho.

A las nueve y media siguió la columna por Macarriba, donde comenzó á ser molestada ligeramente por las avanzadas insurrectas. Hicieron estas algunos disparos y conforme á su táctica desaparecieron.

Siguió la columna su marcha, sin ninguna otra interrupción, hasta divisar los primeros *ranchos* del célebre poblado de Ramón de las Yaguas.

Al llegar allí presentóse al coronel Canella un vecino del lugar y le informó que en la «Pimienta» se encontraban acampados y ocupando muy buenas posiciones los hermanos Maceo con fuerzas considerables.

La columna marchó hacía el poblado, y al llegar á éste, á las cuatro y media de la tarde, observóse que por el camino de Cuba desembocaban en dirección á Ramón de las Yaguas, un grupo de jinetes insurrectos. Los guerrilleros de las avanzadas lo dispersaron con sus descargas apenas se hubo aproximado, y la columna pernoctó en el poblado hostilizada toda la noche por repetidos disparos de las avanzadas enemigas.

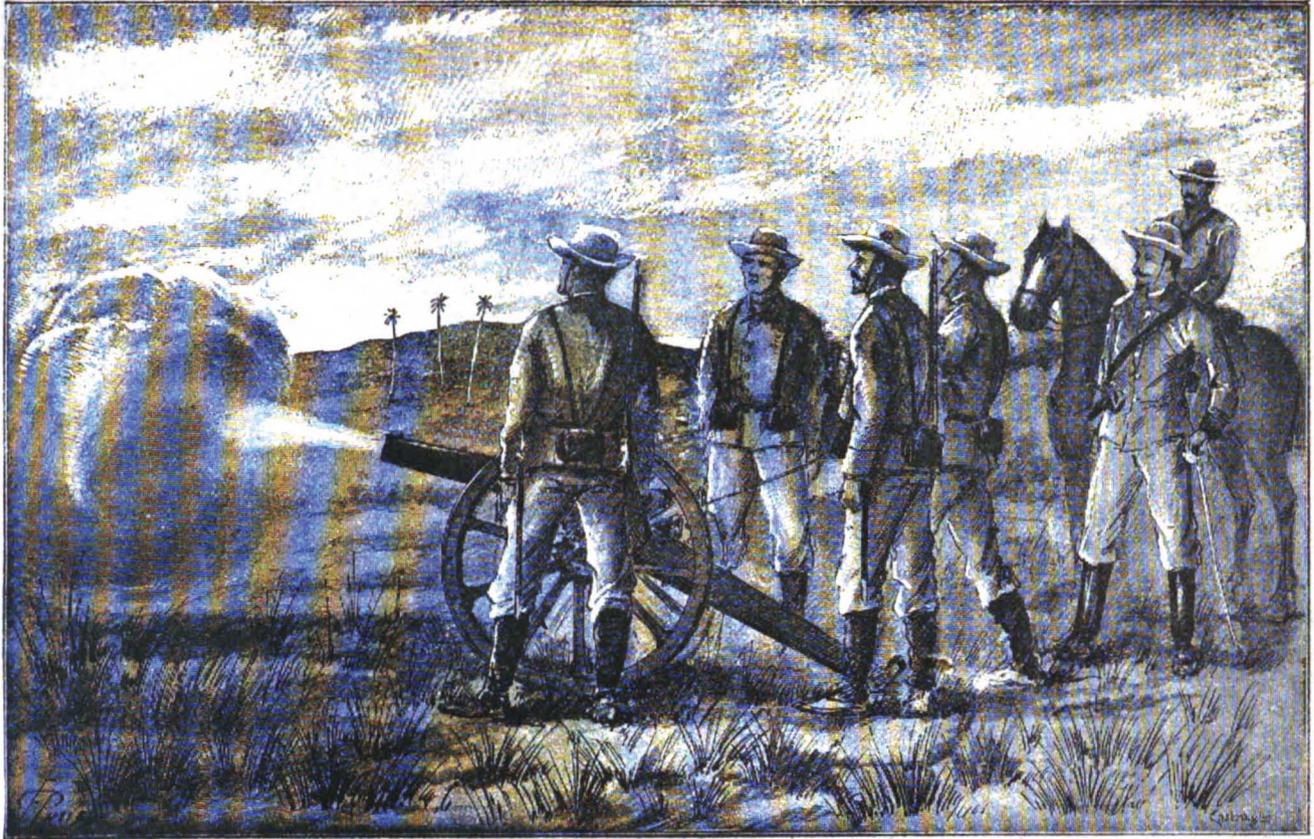


A las cinco de la mañana del día 31, la columna abandonó el poblado y se dirigió por las márgenes del Baconao hacia el campamento enemigo, que se decía existía en la «Pimienta».



DESPUES DEL COMBATE DE SAO DEL INDIO

Desde que la columna dejara el caserío empezó á ser tiroteada por los rebeldes, situados en las abruptas montañas inmediatas al poblado,



PROTEGIENDO EL PASO DEL RIO BACONAO, EN SAO DEL INDIO

y al atravesar por la confluencia del río Indio, una vez que llegado hubieron las tropas á Sao del Indio, el fuego se hizo ya tan vivo y tan nutrido, que el coronel Canella, dándose cuenta perfectamente de la situación, ordenó que al avance de la columna se emplazara la pieza de artillería disponible, para contestar con metralla á los disparos de fusilería que se le hacían desde las lomas. Tres certeros disparos de granadas con metralla bastaron á apagar el fuego del enemigo.

Continuada la marcha por el Sao, en el momento de atravesar la vanguardia el río Baconao para penetrar en el «Pimienta», se presentó el grueso de las partidas revolucionarias coronando las alturas que dominaban el paso del río y haciendo nutridas descargas contra aquella, formada por las escuadras y una compañía de Simancas.

Con tesón y arrojo, dignos del mayor encomio, contestaba la vanguardia á los disparos del enemigo, avanzando al mismo tiempo y ascediendo hasta ganar la loma.

Los revolucionarios continuaron defendiendo sus posiciones tenazmente. Trabóse, entonces, reñidísimo combate hasta que, al fin, los rebeldes desalojaron sus posiciones; pero, á poco de haber desaparecido, se les vió de nuevo ocupando una loma contigua, más elevada aún que la anterior, á la que dominaba por completo, y desde donde continuaron el fuego, reforzados por nuevas partidas.

La vanguardia contestaba á los disparos del enemigo y la contienda se reanudaba y sostenía con mayores bríos por ambos bandos, aumentando la hostilidad á medida que la vanguardia procuraba apoderarse del campamento situado á la falda de la primera loma.

Ordenado el paso del río Baconao y tomada la primera loma que lo domina, mantenían los rebeldes nutrido fuego sobre la retaguardia y flanco derecho de la columna.

La retaguardia, entre tanto, tenía que defenderse contra fuerzas superiores en número que se le aproximaban con extraordinario empuje, hasta llegar á poco menos de veinte metros de distancia.

En aquellos instantes cayó herido el capitán Hernandez Espinosa, que mandaba la compañía de retaguardia, y como quiera que ya lo había sido antes el teniente Gallego, de la misma compañía, se dispuso que se encargara de la retaguardia el teniente coronel Segura, al mismo tiempo que se ordenaba á los guerrilleros echasen pié á tierra para contener el empuje del enemigo, que atacaba con ímpetu arrollador por el flanco derecho.

Reforzadas las guerrillas con una sección de Simancas, al mando del capitán de Estado mayor señor Irlés, cumplieron con tanto acierto y tal bizarría las órdenes del teniente coronel, que en breve el enemigo cedió en su ataque por aquel flanco.

En esta situación y cubierto el paso del río, que interceptaban los revolucionarios desde los *farallones* que dominaban el lugar, dispuso el coronel Canella que la pieza de artillería rompiera el fuego contra las partidas que á la vanguardia tenazmente combatían, haciéndose veinte y cuatro disparos á mil metros, distancia á que se encontraba el enemigo.

* * *

Rechazados de este modo los rebeldes que hostilizaban el flanco derecho y la vanguardia, se ordenó al capitán Felez, que se había incorporado á la columna, pasase el río con dos parejas de caballería, avanzase á vanguardia, indicase al comandante Garrido dejara su gente

posesionada de la loma, aunque cesara por completo el fuego de los rebeldes, y acudiese él á donde se hallaba el jefe señor Canella á recibir instrucciones.

El bizarro capitán Felez llenó su cometido bajo una lluvia torrencial de balas, regresando con el comandante Garrido á donde se encontraba el jefe de la columna.

Continuaba la pieza de artillería vomitando más metralla sobre el núcleo de las fuerzas insurrectas, dirigida con admirable precisión y puntería por el bravo capitán don Juan Gómez, cuando de pronto cae



UNA CALLE DE SANCTI SPIRITUS

éste gravemente herido por una bala enemiga, y tiene que hacerse cargo el coronel Canella de la dirección de la pieza y fuerzas que la servían.

El comandante Garrido dá conocimiento al teniente coronel Segura que sus fuerzas se hallaban practicando un reconocimiento en el campamento enemigo, habiéndose suspendido el fuego, durante algunos instantes, en toda la línea.

Súbitamente se reanuda aquel con mayor tenacidad si cabe, simultáneo con el movimiento de avance de la columna al campamento enemigo, cuya destrucción se persigue.

Mas, no por ello se detienen en su avance nuestros bravos soldados, que, al fin, consiguen ocupar por completo el campamento y se apoderan de víveres y municiones y correspondencia de los rebeldes que, dispersos en distintos grupos habían abandonado ya el campo, suspendiendo las hostilidades.

Era la una de la tarde, y la lucha había durado por tanto, ocho horas consecutivas.

Posesionada la columna del campamento de la «Pimienta», que se había considerado inexpugnable por los separatistas, ordenó el coronel Canella la concentración de sus fuerzas en el Sao del Indio, para proceder á la curación de los heridos y al sepelio de los cadáveres de los que desgraciadamente habían sucumbido en el combate.

Una vez cumplido este humanitario y cristiano deber, en el que se empleó hora y media aproximadamente, dispúsose la columna á proseguir la marcha en dirección á la Casimba, reforzando la retaguardia con una compañía más de Simancas, al mando del teniente coronel Segura.

*
* * *

Apenas iniciaron el movimiento de avance las tropas, reanudaron los *mambises* las hostilidades, rompiendo nutrido fuego desde las lomas contra la columna.

Entablada de nuevo la lucha, fueron pronto desalojados de sus posiciones y obligados á retirarse los rebeldes.

Por fin, á las seis de la tarde llegó la columna al alto de «La Ca-

simba», acampano sin más novedad y completando la cura de los heridos y la confección de los ranchos.

Dedicóse la noche al descanso de las tropas y á la curación de los heridos, y teniendo en cuenta el coronel Canella el número de éstos y la gravedad de las heridas de algunos, dispuso el regreso á Guantánamo para la mañana siguiente.

A las seis de la mañana del día 1.º de Septiembre abandonaba la columna el alto de «La Casimba» y tomaba el camino de «Filipinas», dando por terminada su gloriosa expedición.

Encargóse del mando de la vanguardia el teniente coronel Segura, y apenas salió del campamento la fuerza que la formaba, vióse hostilizada de nuevo por los rebeldes, en número de cien hombres, que la siguieron é hicieron continuos disparos durante toda la marcha, hasta su destino, para continuar haciéndolo en mayor escala en los pasos del río Filipinas, por el camino que á Iguanábana conduce.

La columna vióse precisada á tomar idénticas precauciones á las adoptadas la víspera, á fin de evitar como el día anterior, que se le hiciesen mayores bajas, pues el camino que seguía hacia los pasos del río presentaba señales visibles de haberse cavado la tierra y colocado barrenos.

Poco antes de llegar á «Filipinas» los insurrectos que hostilizaban la retaguardia de la columna, consiguieron rebasar los flancos y caer sobre esta, validos de las espesas maniguas que rodeaban el camino, acompañando el ataque de estruendosos alaridos y extentóreos gritos de ¡viva Cuba libre!

Pero, una vez más fueron rechazados con vigor, merced á las precauciones adoptadas por el teniente coronel Segura, que protegió el desfile de la fuerza al mando del señor Canella por los pasos más difíciles, cuidando de que algunas de las compañías se ocupasen de impedir á los rebeldes su aproximación á los *farallones* y demás puntos dominantes del camino.

* * *

Sin otro accidente digno de mención, llegó la columna á las once, á Iguanábana, donde se repartió el primer rancho.

Durante la estancia de la fuerza en este campamento, hicieron algunos disparos contra ella los grupos insurrectos que por lo visto estaban encargados de seguir el rastro de la columna.

Esta siguió su marcha á las tres, hácia Limones, dirigiéndose el coronel Canella con sus ayudantes, los capitanes Irlés y Miranda, á Guantánamo, á fin de que se hiciesen los preparativos necesarios para recibir y atender convenientemente á los heridos.

La columna é impedimenta hicieron su entrada en Guantánamo á las nueve de la mañana del día 2, habiéndolo sido frenéticamente vitoreada por las fuerzas de voluntarios y numeroso público que acudió á presenciar el desfile.

Sensibles en extremo fueron las bajas que sufrió la valerosa columna del bravo coronel Canella en su gloriosa jornada y excursión al campamento enemigo de la «Pimienta».

Hé aquí los nombres de los valientes oficiales que fueron heridos en los heróicos combates sostenidos contra los enemigos de España:

Capitán de artillería don José Gómez González, de bala Maüßer, que penetrando por entre el cuarto y quinto espacio intercostal, atravesó el pulmón, saliendo por el lado de la columna vertebral sin causar lesión en dicha parte. Su estado fué calificado de suma gravedad.

El señor Gómez, distinguido joven, de esmerada educación y trato agradable, había sabido captarse las simpatías de toda la población de Guantánamo en el corto espacio de tiempo que en ella había permanecido.

cido, y por ello fué reclamado por el vecino don Enrique Lescaille, cuya familia le atendió con solícito cuidado, disputando á la muerte presa tan valiosa para España y su ejército.

El mismo día de su arribo á Guantánamo, llegó su hermano don José, médico de primera clase de sanidad militar, que había sido hecho prisionero, ¡rara coincidencia! á la misma hora del mismo día en que caía él herido, por los insurrectos, de cuya vigilancia logró escaparse.

Capitán de infantería agregado al regimiento de Simancas, don Francisco Hernández Espinosa, de bala penetrante [en la ingle, quedando en ella enclavado el proyectil. Diagnóstico grave.

Capitán de infantería don Florencio Herves; herido de gravedad.

Primeros tenientes de Simancas, don Francisco Casado, muy grave; herido en el muslo izquierdo con fractura del fémur, que [hizo necesaria la amputación; don Miguel Salas, atravesado por la región glútea; don José Conde Quevedo, herido en la muñeca y mano, y don Benito Gallego Palacio, en la muñeca izquierda, leve.

Con grave contusión el capitán de las escuadras, don Gregorio Romero Pacheco.

Y muerto por efecto de explosión de dinamita el teniente de las escuadras, que iba á la extrema vanguardia, don Francisco Ruíz Campos.

Además: once individuos de tropa muertos, y treinta y nueve heridos, cuyos nombres deploramos no poder consignar; y 18 caballos muertos, uno de ellos el que montaba el coronel Canella y otro el del capitán Herves, y 6 heridos, uno de los cuales había pertenecido al capitán de Estado mayor señor Irlés.

Las bajas de los rebeldes, según informes fidedignos, consistieron en 36 muertos y unos 80 heridos, entre los cuales figuraba Emilio Planché, sargento que había sido de bomberos en Guantánamo, y que fué hecho prisionero.

A este individuo se le ocupó un documento, según el cual, José Maceo estaba enterado de la marcha ú operación que la columna Canella se proponía realizar en 30 de Agosto con rumbo hacia Ramon Yaguas.



AVANZADA INSURRECTA

En el campo de la lucha fué recogido un sobre dirigido por José Maceo á su hermano Antonio, lo cual hizo presumir que ambos hermanos se encontraban presentes en la acción del 31. Además, el prisionero Planché declaró que el número de rebeldes reunidos en el campamento de la «Pimienta» ascendía á *tres mil quinientos*, despues de destacados en el camino que del Ramón conduce á Cuba unos *doscientos*, encargados de dificultar la marcha de la columna, que según los separatistas había de ir de Santiago al Ramón, en combinación con la del coronel Canella.

Las declaraciones del sargento prisionero que espiró á poco de terminar el combate, tan graves fueron las heridas que en él recibió, coincidían perfectamente con las de un *pacífico* de aquellos contornos que, amable y comunicativo, declaró que Antonio y José Maceo se encontraban en el campamento de la «Pimienta» el referido día 31 de Agosto.

Los muertos hechos á los rebeldes pertenecían en su mayor parte á la raza de color; y entre otros se recogió el cadáver de un mulato hercúleo, alto, bien parecido y elegantemente vestido, que se supuso fuese cabecilla ó jefe de alguna significación é importancia en el campo insurrecto.

Algunos de los jefes de la columna que conocían perfectamente á los cabecillas insurrectos, dijeron haber visto durante el fragor del combate, corriendo en todas direcciones, alentando á sus parciales, á José Maceo con un pañuelo atado á la frente y envuelto en un capote y á Agustín Cebreco, á quien distintas veces creyeron haber tenido al alcance de los disparos de la tropa.

Los gritos repetidos de los *mambises*, sus demostraciones de regocijo, su tenacidad en los ataques, todo obedecía á la creencia que por momentos tuvieron de tener copada á la columna y poco menos que á su disposición el cañón que ésta llevaba.

Pero las descargas nutridas y certeras de nuestros bravos soldados los mantuvieron á raya, á los veinte metros de distancia á que osaron colocarse, hasta casi confundirse con las escuadras.

* * *

No integramos el parte oficial, porque en el fondo está de acuerdo con nuestra narración; pero sí que nos creemos obligados á transcribir el último extremo, por ser él un elocuente resumen del glorioso

hecho de armas narrado, y porque en él se refleja la importancia del combate y el heroísmo de nuestros soldados.

Dice así el último extremo del referido parte:

«Réstame sólo, Exmo. Sr., para terminar este parte y no molestar más su superior atención, hacer un pequeño resumen de este glorioso hecho de armas, que quisiera describir con el colorido que merece, pero que mi insuficiencia no me lo permite.

El comandante Garrido en la vanguardia con trescientos hombres tomando al enemigo las posiciones escalonadas que tenazmente defendía, dió pruebas de un valor que rayó en heroicidad cumpliendo con exceso mis instrucciones y órdenes, que constantemente le eran comunicadas por el capitán de Estado Mayor don Luis Irlés, del cual todo cuánto yo pudiera decirle, tanto respecto á su peculiar servicio, como en el mando de armas, resultaría pálido ante su probada pericia y arrojo.

El teniente coronel Segura, jefe de las fuerzas de Simancas, tuvo que hacerse cargo, con doscientos cincuenta hombres, de la extrema retaguardia y del flanco izquierdo, que numerosas fuerzas enemigas alentadas únicamente por su número, llegaron á picar hasta veinte metros de distancia, con la pretensión de arrollarnos; pero la serenidad de este jefe, con un arrojo y un brío incomparables, detiene y derrota las fuerzas superiores del enemigo, mientras el que tiene la honra de suscribir este parte, ayudado por el capitán Miranda, del batallón de Talavera, y el teniente Conde, de Simancas, que fué herido, defiende el centro de la columna, que rodeada por todas partes de fuerzas superiores enemigas, se vé amenazada machete en mano por éstas, que tratan de apoderarse de toda la impedimenta.

En este crítico momento ordené reconcentrar y amarrar todas las acémilas, y con sus conductores y la poca fuerza que pude reunir dispuse un ataque á la bayoneta, que el cobarde enemigo no pudo resistir.

La pieza de artillería que mandaba el heroico capitán don José Gómez, disparaba en distintas direcciones certeros fuegos que contenían la tenaz pretensión del enemigo, y en este momento y cuando estaba ordenándole el cambio de situación de la pieza, es gravemente herido el bravo oficial, matándose el caballo que yo montaba y recibiendo una fuerte contusión de bala en el pié izquierdo, siendo igualmente herido el caballo del capitán Ir-lés.

En aquellos supremos instantes, ayudado por el sargento de artillería Joaquín Sánchez, continué el fuego de cañón hasta disparar veinticuatro granadas de metralla, consiguiendo que el enemigo, destrozado y dividido en grupos, huyera hácia el monte, abandonando las posiciones que él creyera inexpugnables.

Ocho horas de fuego, el valor indómito de mis soldados, el heroísmo de los pocos oficiales que me quedaban, coronó con el éxito este brillante hecho de armas, dispersándose el enemigo en cobarde y vergonzosa fuga.

Con jefes como el teniente coronel Segura y comandante Garrido;



DON EDUARDO YERO
(Miembro de la Delegación Revolucionaria).

con oficiales á mis órdenes como los capitanes Irlés y Miranda; con soldados como los del batallón de Simancas y los de las escuadras y guerrilleros locales, yo aseguro á V. E. que todo es fácil y hacedero.

Réstame sólo, Exmo. Sor., hacer especial mención del médico segundo del primer batallón de Simancas, don José Valderrama, que solo, atendió á todos los heridos, curándoles siempre en los puntos de mayor peligro y defendiéndose al propio tiempo como un soldado de las fuerzas enemigas, que trataron repetidas veces de apoderarse de nuestra impedimenta.

Reitero, Exmo. Sor., mi recomendación, para que sean premiados los jefes, oficiales y soldados á mis órdenes, que ¡tan bizarramente y á tan grande altura dejaron, como siempre, el honor de nuestras armas. Orgulloso de haber mandado esta acción, así como de los fuegos sostenidos el día 1.º, debo significarle que ningún mérito me corresponde á mí, y sí únicamente la gloria de dirigir á tantos héroes, que sólo obedecían á mi voz y á las órdenes que comunicaba á los dos jefes de que ya he hecho mención. V. E. debe sentirse también orgulloso, ya que la principal gloria de esta jornada se debe á las instrucciones y confianzas que V. E. me comunicó, y que yo no hice más que seguir y cumplimentar religiosamente lo que la superioridad de V. E. me ordenaba.—Dios guarde á V. E. muchos años.—*Guantánamo* 2 de Septiembre de 1895.—El Coronel jefe occidental de la brigada.—*Francisco Canela*.—Exmo. Sor. comandante general del primer distrito de operaciones.

* * *

La columna vencedora entró en la plaza de Guantánamo á las nueve de la mañana del día 2 de Septiembre. Los voluntarios y veteranos,

con la escuadra de gastadores y música de Simancas, fueron hasta el puente de Rafat á recibirla, siendo vitoreada y aclamada por la población en masa á su paso por las calles. A la tropa se la obsequió con vino, tabacos y cigarros, y por la tarde con un rancho extraordinario. Además, señoras y señoritas de Guantánamo repartieron socorros entre los soldados heridos.

Uno de los batallones que más había sufrido, hasta entonces, en la actual campaña, era el primer batallón de Simancas. Después de la gloriosa y memorable acción de Sio del Indio, puede decirse que quedó sin oficiales. En el combate de Jovito perdió al heroico teniente coronel Bosch y médico señor Ruiz. El capitán Castrillo murió á consecuencia de las heridas allí recibidas, y se hallaban convalecientes todavía de las que habían sufrido los tenientes Aguado, Batalón y Reina. En la loma de la *Galleta* quedó herido el capitán Vívar y contuso grave el teniente Calvet. En Sio del Indio fueron heridos los capitanes Hernández, Espinosa y Hervés y los tenientes Casado, Gallego, Conde y Salas, y se hallaban enfermos, á consecuencia de las operaciones el capitán Eguido y tenientes Muñoz y Marañón.

Al teniente señor Casado hubo de amputársele la pierna y el teniente Gallego y diez y seis soldados, que fueron los heridos menos graves, fueron embarcados el mismo día para Santiago. Formóse juicio de votación para el empleo inmediato al teniente coronel Segura, comandante Gurrido, capitanes Irlés y Miranda y tenientes don José Conde y don Ricardo Fernández.

* * *

Hé aquí la orden general del día dada por el coronel Canella á las tropas de su mando con motivo de la victoria alcanzada en las inmediaciones de Ramón de las Yaguas:

«Orden general de la tercera brigada del primer distrito en operaciones.

Soldados: La acción de Sao del Indio, llevada á cabo por vosotros contra cuádruple número de fuerzas enemigas, bien armadas y mandadas por los dos hermanos Maceo, es de las más brillantes y gloriosas para nuestras armas y considerada por mí como una de las de mayor importancia en la actual campaña.

La toma y destrucción de su permanente campamento, la derrota que sufrieron y la dispersión vergonzosa que les obligasteis á tomar, coronó vuestra victoria.

A vuestro valor, arrojo, serenidad, sacrificio y fe ciega en vuestros jefes, ya diezmados pocas horas después del fragor de aquel combate, debe la historia patria una laureada página más, tan gloriosa como las que registran sus Códices legendarios.

Sin perder un instante, no quise privar por más tiempo á vuestro invicto general en jefe y general de división, de la noticia oficial de este brillante hecho de armas, que tanto os eleva y que tan grato ha de ser á nuestro rey (q. D. g.) y á S. M. la reina regente, que velan por nuestro ejército; y al manifestar telegráficamente vuestro comportamiento, pediré para vosotros la mayor recompensa, á la vez que signifique lo satisfecho y orgulloso que se siente hoy en su ánimo, mandando tantos queridos héroes, el que no ha hecho más que dirigiros y procurar imitaros, y es vuestro coronel.—*Francisco de Borja Canella.*
—*Guantánamo 2 de Septiembre de 1895.*»

* * *

El Ayuntamiento de Córdoba, en la sesión que celebró el día 4 de Septiembre, acordó felicitar telegráficamente al bizarro coronel señor

Canella, por su comportamiento en el combate de Ramón Yaguas.

El señor Canella. está casado con una bella cordobesa, perteneciente á una distinguida familia de aquella capital, por cuya razón contaba con numerosos amigos en la ciudad de los kalifas.

Don Francisco de Borja Cañella y Secades, nació en Oviedo el año 1848, y contaba, por tanto, á la sazón, 47 años de edad; estudió la segunda enseñanza en su patria y en el Real seminario de Vergara.

Siguió la carrera militar en la Academia de infantería de Toledo,



INGENIO «FLOR», DESTRUIDO POR LOS INSURRECTOS

y siendo cadete, en prácticas, asistió á la batalla de Alcolea. Allí tuvo su bautismo de sangre, sirviendo en el ejército del general Novaliches, y fué de los primeros que intentaron pasar el histórico puente.

Algún tiempo peleó contra los carlistas en Cataluña.

En 1870 marchó á Cuba, de donde regresó en 1877, de comandante graduado de coronel. Por insignificante detalle no obtuvo la cruz laureada de San Fernando, como consta en el Consejo Supremo de Guerra y dictamen de sus fiscales á la Asamblea de la Orden.

Prefirió los azares y peligros de la guerra al tranquilo servicio de guarnición, y peleó en Cuba á las órdenes de los generales Caballero de Rodas y Jovellar (este le distinguió mucho), y mandó en aquel ejército de operaciones, durante la campaña de los diez años, varias guerrillas y el batallón del Orden, que fué terror de los insurrectos.

La expedición que con su columna hizo en esta campaña, poco tiempo antes de la gloriosa jornada á la Pimienta, fué muy elogiada por la prensa militar, pues reconoció sitios nunca visitados por nuestras tropas; cinco veces batió á los rebeldes, impidiéndoles organizarse, y destruyoles sus campamentos, hasta donde penetró, á pesar de considerarse en ellos seguros los insurrectos.

El general Martínez Campos le tenía ya propuesto para el ascenso hacia más de un mes, y era tanta la confianza que en sus dotes de mando y pericia militar tenía, que habíale encargado del mando de una brigada, no obstante ser nada más que coronel.



E. REVERTÉR DELMAS

CUARTA PARTE

EL RELEVO





PARTE CUARTA

El relevo

CAPÍTULO PRIMERO

La dinamita en la mauiqua.—Salvaje y brutal atentado contra un tren militar.—La guerra de Cuba quedó definida.—Caracter de la dañina y criminal insurrección.—Doble fase del problema cubano.—Protestas de la opinión contra la política del general Martínez Campos.—Matanzas amenazada.—El espíritu nacional se rebela contra Martínez Campos y pide su relevo.—Guerra de bandillaje é incendio.—A lo que *tiraba* el general mulato y sus sectarios.—Objeciones de sus *amigos* los *yankees*.—Cuestión de yantar.—Complacencias del gobierno de Washington.—Nuevos desembarcos filibusteros en la isla.—Despacho de la Florida.—Otro telegrama.—La revista *The Forum*.—El *Hasper's Weekly*.—La opinión en contra del primer pacificador de Cuba.—El poder de España.—17 barcos y 25.000 hombres á Cuba.

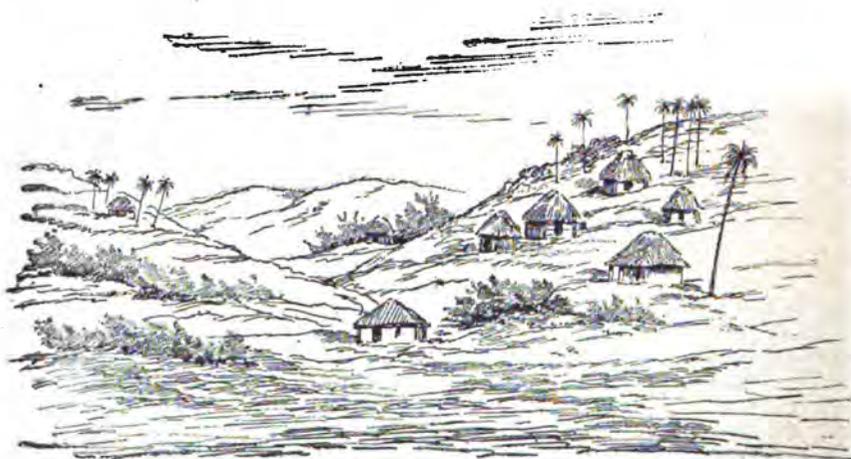


no cabía dudarlo: la guerra estaba completamente definida. No era guerra irregular, ni de sorpresas, ni de emboscadas. Lo irregular, por serlo, no deja de ser lícito, y puede ensalzarlo la epopeya. Irregular fué nuestro *Dos de Mayo*, é irregular é inconcebible en la estrategia, la heroica defensa de la inmortal Zaragoza.

Lo verdaderamente irregular es lo innoble; y cuando el defensor de cualquier causa, aún de la más legitima, trueca la

apostura del paladín por los modos del asesino, y oculta el cuerpo y resguarda el corazón y maneja el brazo, ó para herir sobre seguro ó para preparar á mansalva la catástrofe, entonces el vocabulario militar no tiene categorías en que incluir á esos soldados ni á esa guerra. El soldado que la hace es un delincuente, un criminal: la guerra es un *delito colectivo*.

Ya en los comienzos de la actual rebelión, cuando el separatismo aceptó la alianza de los bandoleros Manuel García, Matagás y otros de su ralea; ya más tarde, cuando el machete se cebó en indefensos pobla-



VALLE DE DOS BOCAS (Santiago de Cuba)

dores de los campos; ya después, cuando la tea incendiaria fué la única luz que proyectaron los pretendidos *redentores* de la isla, hubo razón para que, sin fijarse en otra cosa que en el texto del Código penal, se prescindiera de todo género de apelaciones á organizaciones y recursos militares, pareciendo casi ofensivo hablar de general en jefe, de ejército, de divisiones y brigadas; porque esa organización con ese nombre no cumple, cuando se combate con gentes que por sus procedimientos y su origen se colocan fuera de la ley.

Nuestros batallones en campaña en la isla, por decoro de la guerra, debieron llamarse *tercios*: nuestro ejército de operaciones en la gran Antilla, debió denominarse *Comandancia de la guardia civil de la isla de Cuba*.

A legitimar el calificativo vino el cobarde y miserable atentado del 10 de Septiembre.

He aquí el despacho de nuestro diligente corresponsal en la Habana, en el que nos dió cuenta del salvaje atentado cometido contra un tren militar por una banda de insurrectos, en las inmediaciones de la Caimanera (Santiago de Cuba), y que puso una vez más de manifiesto los procedimientos á que apelaban para combatir á nuestros soldados las hordas de criminales que pretendían labrar la felicidad de Cuba.

«*Habana* 11. (4'20 m.)—El tren de Caimanera á Guantánamo conducía ayer el batallón de infantería de Luchana, que iba al último punto citado.

El viaje empezó sin novedad. Al llegar al kilómetro 8 de la línea, los insurrectos tirotearon el tren. Los soldados, asomados á las ventanillas, se dispusieron á contestar á aquellos disparos; pero no vieron al enemigo.

Los insurrectos, apelando una vez más á los salvajes medios de destrucción que emplean en este período de la campaña, habían colocado una bomba de dinamita en la vía.

La bomba hizo explosión en el momento de pasar el tren, rompiendo el último carro.

El coche quedó destrozado.

La explosión produjo la muerte de dos soldados y dejó heridos á siete.

Este salvaje atentado ha producido en la Habana profunda indignación.—X »

*
* *
*

El que se escondía en la manigua ó daba la cara únicamente cuando la multitud lo fortalecía ó la poquedad numérica del contrario lo envalentonaba, tenía por fuerza que buscar un agente supletorio á su debilidad de corazón, á su cobardía y salvaje instinto, en las energías potenciales de un explosivo.

Y, aún así, la dinamita se degradó: los detalles que nos comunicó nuestro corresponsal lo evidenciaron. Tratábase, no de un hombre bastante persuadido, aunque erróneamente y por fanatismo, de la nobleza de su causa para sacrificarle su vida, que se arroja en medio de las tropas dispuesto á que los cascos del proyectil se claven en sus propias carnes, sino de un cobarde asesino ó de muchos asesinos, que avisados por sus espías, colocan á mansalva en una vía férrea, para que el tren la haga estallar, la bomba destructora, y se recogen luego de realizada su fechoría á su escondrijo para presenciar y gozarse en la catástrofe.

Este fué un detalle que añadir á los muchos que definido tenían ya el carácter de la dañina y criminal insurrección. En su preparación y en su desarrollo había exceso de énfasis y falta absoluta de grandeza. El apóstol tenía más de pedante que de iluminado; el general más de bandolero que de guerrillero, y no ciertamente de la majeza de José María, Francisco Esteban, Nebrón, Cárdenas y Caballero; y los soldados, ni de guerrilleros, ni de bandoleros, sino de salvajes, como lo denunciaban su color y sus obras.

Háse dicho que la actual insurrección es una *mancha negra*, y si se ha dicho porque predominan los descendientes de los esclavos de ayer, que eran descendientes inmediatos de los salvajes de ayer y aún de hoy, como lo demuestra el culto *ñáñigo*, que es la supervivencia de una religión y de unas costumbres africanas entre los pretendidos *civilizadores y redentores* de la isla, debe sólo entenderse por el predominio de una tonalidad moral que se traduce en negrura de procedimiento y negrura de intenciones, que hacen destacar en todos los actos de la guerra al asesino.

El héroe no ha aparecido ni una sola vez, y no aparecerá, porque la conducta de los *libertadores y regeneradores* de Cuba está demasiado teñida en el color de sus malas pasiones, que desde el principio la alimentan.

*
* *
*

Por esto mismo, el problema de la insurrección cubana tiene dos fases. No es un problema nacional exclusivamente que se limita á un atentado á la integridad del territorio; es un problema moral que consiste en el alzamiento de las clases más rebajadas é inmorales, contra las clases más laboriosas y más cultas. Es el salvajismo africano que quiere sobreponerse á la civilización peninsular; es como lucha de entidades de raza y de entidades morales: lo negro contra lo blanco.

Y en tal lucha no representamos únicamente intereses propios, no nos alienta el egoísmo del poseedor ó las obligaciones imperantes de una historia gloriosísima, que como herederos hemos venido, y estamos obligados, á continuar; representamos intereses universales, representamos un principio de humanidad desconocido y desacatado por los laborantes de la manigua, que no pueden invocar ninguna ley, por

que con sus acciones se han colocado dentro del Código común, que persigue y condena á los asesinos, á los ladrones y á los incendiarios.

Para responder á esta exigencia ineludible de una nación civilizada, el país había hecho y estaba dispuesto á hacer todo género de sacrificios en hombres y en dinero; pero la repetición de actos que ofendían la conciencia universal, y que por hacer víctimas á los hijos de nuestra



DESTRUCCIÓN DEL TREN DE CAIMANERA

patria, ofendían más sensiblemente la conciencia nacional, exigía que ésta gritara con las voces más vivas de su indignación, como protesta moral contra el salvajismo de los cobardes dinamiteros de la manigua, para que ni entónces ni nunca pudiera decirse de nosotros, que si dábamos mucho dinero y mucha sangre, poníamos desde aquí poco calor, poco entusiasmo, poca alma.

* * *

De ahí nacieron las protestas de la opinión contra la política de benevolencia, de atracción y complacencias empleada con los rebeldes asesinos, incendiarios y dinamiteros de la manigua, por el general en jefe del ejército de Cuba, cuya gestión como gobernador general de la grande Antilla consideró ya como fracasada con la invasión del Camagüey por Máximo Gómez y sus hordas, y como contraproducente y funesta á los intereses generales de la patria, con la propagación, más tarde, de la rebeldía á la rica provincia de Las Villas.

El brutal atentado de la Caimanera y las noticias de origen autorizadas que se recibieron en la Habana, el mismo día 11 de Septiembre, asegurando que el general Luque, gobernador militar de Las Villas, había dirigido un telegrama al general Prats—que desempeñaba igual cargo en Matanzas—previniéndole que procediera con urgencia á reconcentrar en dicha ciudad todas las fuerzas de que pudiese disponer, á consecuencia de haberse sabido que se había corrido hácia aquella provincia una numerosa partida de insurrectos, mandada por el cabecilla Lacret, con ánimo de intentar un ataque á aquella población, determinaron en el espíritu nacional la condenación de la política seguida por el general Martínez Campos en la isla, y el deseo de que fuese relevado por otro general menos benévolo y más enérgico, que desarrollase una política diametralmente opuesta á la empleada por él con las salvajes hordas del separatismo cubano.

* * *

Corría parejas con el empleo de la dinamita en la manigua el funcionamiento desesperado, por parte del *mayor general* Maceo, de la bomba aspirante para arrancar dinero á los hacendados.

Mencionóse el hecho, por aquella fecha, de haber secuestrado á tres personas de nacionalidad francesa, haciéndoles firmar giros por valor de *ciento treinta mil* pesos; de haber exigido *veintiseis mil* á otro francés, y se agregó que el incendio de la estación del ferrocarril de Morón obedecía al hecho de haberse negado la compañía á pagarle una cantidad.

Deducíase de estos hechos, de una manera clara y evidente, que la guerra de Cuba no era sino una guerra de bandidaje é incendio, de destrucción y pillaje, y á lo que iba *tirando* el *general* mulato y sus sectarios, era á asegurarse un porvenir de opulencia para el día inmediato en que la persecución activa de nuestras tropas le hiciera imposible continuar la vida de rapiña que llevaba, obligándole á rendirse, cosa que él procuraría evitar, ó á salir de la isla de la manera clandestina que en ella había entrado, cosa que procurarían evitar los españoles.

Para disculpar á Maceo, objetaban sus *amigos* los *yankees*, que la «Junta» insurgente de Nueva York le tenía completamente abandonado y no le enviaba fondos, á pesar de los urgentes *llamamientos* del cabecilla mulato.

Esto último no nos cuesta dificultad creerlo. Los prohombres de la laborancia en Nueva York no estaban realmente en situación de mostrarse rumbosos. La recaudación en las tabaquerías iba en descenso, la realizada fuera de las tabaquerías era casi nula, y lo que se recogía apenas bastaba para cubrir las necesidades de la nube de *libertadores* que se había concentrado en la capital de la gran República, y que practicaba *pro domo sua* el conocido refrán «el abad de lo que canta yanta».

Y la actual insurrección cubana, para la mayor parte de sus defensores y simpatizadores, era cuestión de yantar.

* * *

Al poco lisonjero estado de cosas en la isla, había que agregar la actitud en que se habían colocado los Estados Unidos y las *complacencias* del gobierno de Washington con los laborantes cubanos.

Los siguientes informes que nuestro ilustrado corresponsal en Nueva York nos comunicó en 30 de Agosto, son prueba elocuentísima de cómo los buenos deseos del gobierno norteamericano no eran tan fecundos en buenos resultados como dicho gobierno aseguraba á nuestro digno representante, y nosotros teníamos derecho á esperar.

Por dos vapores llegados recientemente de Cuba al puerto de Nueva York, se supo que del 17 al 20 del referido mes de Agosto desembarcaron dos expediciones filibusteras en la costa Oriental de la isla.

El desembarco se presenció desde á bordo de los vapores citados; los expedicionarios iban en dos goletas, que se habían aprovechado de una densa niebla para acercarse á la costa.

En el momento en que varios botes conducían á tierra expedicionarios y pertrechos, disipóse la niebla y un cañonero español que estaba en acecho dió caza á los filibusteros oyéndose por algún tiempo disparos de cañón.

Los laborantes de Nueva York dieron el día 30 á la prensa la noticia del desembarco de otra expedición, al mando del cabecilla Francisco Sánchez Echevarría, en las inmediaciones de Santiago de Cuba.

La expedición llevaba armas, municiones y dinamita, y salió de Filadelfia en el vapor *Cerra*. Las cajas de cartuchos se enviaron de la

fábrica de Nueva Inglaterra con la marca de «zapatos». El *Cerra* se despachó para Santo Domingo, pero se fué para Aguadores, en Santiago.

«La noticia—nos decía nuestro informante—como se vé, lleva todos los pelos y señales y procede de la «Junta»; pero todo hace suponer que la *expedición Quesada* va á Cuba en secciones. Echevarría que figuró ya en el levantamiento de 1868, ha trabajado muy ocultamente, siendo la primera vez que su nombre figura en los periódicos».

* * *

Véase ahora este despacho, que nos transmitió en la citada fecha el propio corresponsal:

«*Cedar Keys* (Florida), Agosto 29.

Agentes del Gobierno español, que durante algunos días habían practicado investigaciones en esta vecindad, han hecho decomisar una enorme cantidad de material de guerra destinado á los insurrectos cubanos. Durante varios días los agentes habían estado cruzando en esquifes los pequeños cayos de la costa, y ya consideraban su trabajo perdido, cuando recibieron una carta anónima informándoles que *lo que buscaban*, lo hallarían en el domicilio de un inglés, llamado P. Burns, que vive al lado Sud del pueblo.

Los agentes españoles, acompañados del administrador de la Aduana, señor Cottrell, se personaron en la casa de mister Burns, quien al verles se dió á la fuga.

Practicóse un registro en la casa y halláronse 50 cajas de fusiles Remington, 150 cajas de cartuchos, 25 cuñetes de pólvora, 50 libras de dinamita y un sinnúmero de machetes y pistolas. El administrador se incautó de las armas y dió parte á las autoridades de Washington.

Los agentes dicen que pueden probar que Burns representa á los insurrectos cubanos, y que ha venido embarcando armas en Cedar Keys desde que estalló la revuelta».

De manera que los españoles habíamos de estar vigilando el litoral y puertos de los Estados Unidos á costa de sumas cuantiosas de dinero, porque los que tenían el deber de vigilar, si no habían de ser letra muerta las instrucciones del Gobierno de Washington, tenían ojos y no veían.

Pudo el inglés Burns hacer las cosas muy en secreto; pero en Cedar Keys sabíase lo que hacía, como quedó demostrado por la carta anónima mencionada.

* * *

Otros hacían las cosas á la luz del día. En los primeros días del mes de Agosto un par de emprendedores ex-militares de la guerra civil, abrieron en la ciudad de Kamos una oficina para reclutar gente con destino á la insurrección de Cuba, y un número considerable de aventureros se alistaron al instante.

El hecho fué tan público, que las autoridades americanas no podían alegar ignorancia, y... véase este otro telegrama:

«*Kamos City Mo*, Agosto 27.

En telegrama de Washington, de caracter particular, se dice que el gabinete demuestra cierta ansiedad con motivo de la tentativa en esta ciudad para organizar y equipar un cuerpo de voluntarios filibusteros para Cuba.

El *marshal* federal, Mr. Shelby, está resuelto á que la *cosa* no vaya más allá, y en su consecuencia se ha cerrado la oficina de alistamientos. El *marshal* dice que impedirá el movimiento, aunque haya de

arrestar á su propio hijo, á quien de público se señala como el verdadero organizador aquí.

El ministro español, señor Dupuy de Lome, ha enviado emisarios para investigar el hecho de la organización de una fuerza armada aquí para ayudar á los insurrectos cubanos, y es posible que surjan complicaciones internacionales».

.



ARRABALES DE SANTIAGO DE CUBA

Siuviésemos que ir citando *casos y cosas*, sería el cuento de nunca acabar. La revista de Nueva-York *The Forum* publicó en su último número del mes de Agosto un largo artículo sobre la cuestión de Cuba, todo cuajado de inexactitudes y de comentarios injustos para España. Por supuesto, había que tener en cuenta que en Nueva York abundaban los escritores venales ó asalariados, y en aquellas circunstancias lo que era de sensación contra nosotros, producía pingües ganancias.



CASCADA DEL RIO MAXIMO (Camagüey)

Tomo II—34

El *Hasper's Weekly*, importante semanario de Nueva York, publicó también en aquellos días una muy discreta y sentida comunicación de nuestro ministro en los Estados Unidos sobre la parcialidad de la prensa norteamericana en la cuestión de Cuba, y su conducta opuesta siempre á los hechos verdaderos.

Todas estas noticias escitaron de tal manera los ánimos en la Península, que la opinión se pronunció en contra del primer pacificador de Cuba, cuyo inmediato relevo pidió al Gobierno por medio de algunos de sus órganos en la prensa de oposición.

Los partidarios de *la guerra con la guerra* acentuaron sus censuras á la gestión conciliadora y á la política de benevolencia y de atracción del general Martínez Campos, y desde aquella fecha inicióse en el ánimo del jefe del gabinete el propósito de sustituir al gobernador general y general en jefe del ejército de Cuba.

En aquella fecha hallábanse surcando los mares 17 grandes vapores de la Compañía trasatlántica que conducían tropas al teatro de la guerra.

El *Colón*, el *León XIII*, el *Alfonso XII* y *Alfonso XIII*, el *María Cristina*, el *San Agustín*, el *Ciudad de Santander*, el *Cataluña*, el *San Ignacio*, el *Isla de Luzón*, el *Buenos Aires*, el *San Fernando*, el *Antonio López*, el *Rabat*, el *Montevideo*, el *Santiago* y el *Santa Bárbara*, con sus cámaras y sollados llenos de soldados y pertrechos de guerra, llevaban por los mares la demostración del poderío de España, de la abnegación valerosa de sus hijos y de cómo se pueden organizar aquí fácilmente medios de defensa cuando se trata del honor pátrio y de la honra nacional.





CAPÍTULO II

Ataque á un convoy.—Llegada á la Habana del *Antonio López*.—Despacho oficial.—Planes y resoluciones del general en jefe.—Arribo á la isla de las fuerzas de la segunda expedición militar.—La columna de San Quintín.—Nuevos refuerzos á Cuba.—Información oficial.—Desastre de Campechuela.—Imprevisión y heroísmo.—Páginas sangrientas.—El bravo y malogrado capitán Sánchez.—Lucha horrorosa.—Columna de auxilio.—Las víctimas de la arteria *mambí*.—Aprehensión de una expedición filibustera.—Los expedicionarios.

POS comunicó nuestro activo corresponsal en Santiago, con fecha 3 de Septiembre, que el general Linares, encargado de llevar un convoy de Cuba á Venta de Casanova, operación que atraía siempre el apetito del enemigo por la dificultad que ofrecían los caminos, había sostenido en el paso peligroso del *Muerto* un afortunado y bien dirigido combate con las partidas de Rabí y otros cabecillas, durando el fuego más de una hora.

Los insurrectos atacaron con ímpetu por vanguardia y flancos para romper las filas de la columna y apoderarse del convoy: tres guerrillas Tejada los contuvieron y rechazaron, y reforzada con dos compañías de los batallones de Antequera y Unión, dispersaron al enemigo.

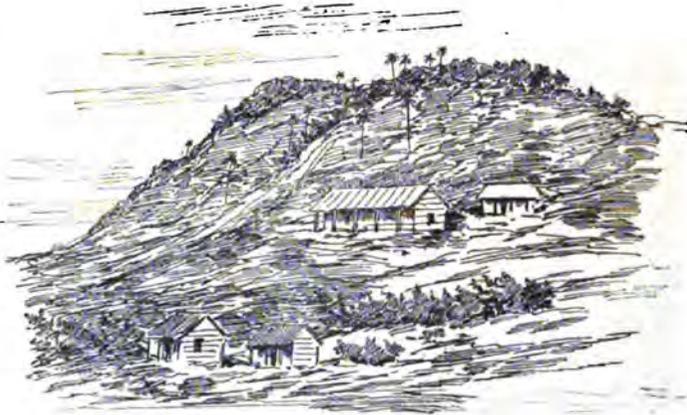
Los rebeldes dejaron en el campo de la lucha siete muertos, entre

ellos el titulado comandante Ríos y teniente Torre, y un prisionero. Retiraron muchos heridos.

La columna tuvo dos oficiales y cinco soldados muertos y veinte y un heridos.

El convoy llegó al otro día á su destino.

En cablegrama del propio día 3 nos comunicó nuestro diligente corresponsal en la Habana la llegada á aquel puerto del vapor *Antonio López*, del que acababan de desembarcar, sin novedad, en medio de



RUINAS DE DAIQUIRI

los vítores entusiastas de la población los escuadrones del Rey y Arlabán, 12.º batallón de artillería y batería de montaña.

El día 5 recibió el Gobierno el siguiente despacho oficial del general en jefe del ejército de Cuba:

«*Habana* 5.—El jefe de la zona de Trinidad (Santa Clara) comunica que teniente de la guardia civil con 50 infantes de Alfonso XIII y cuatro caballos que vigilaban costa, fué atacado en la mañana del 2, en el potrero «Guayana,» por las partidas de Remo y Luis Pérez, batién-

dose en retirada una legua hasta llegar á Vista Alegre, donde encontró columna voluntarios y 30 caballos Comercio, rechazando reunidos al enemigo, ocasionándole nueve muertos vistos, cogiéndoles seis caballos y tres armas.

Por nuestra parte cuatro soldados heridos y dos caballos apresados.— *Campos.*»

* * *

En telegrama del mismo día anunció al Gobierno el general Martínez Campos, que se disponía á salir de la Habana para continuar ocupándose sobre el terreno de sus planes de campaña.

No dijo el general— ó este detalle entendió el Gobierno que debía reservarlo— á qué punto se dirigiría cuando emprendiese el viaje que anunciaba.

Y añadía que las tropas que iban llegando á la Habana pertenecientes al segundo ejército expedicionario, eran distribuidas inmediatamente entre los distintos puntos de la isla donde la campaña las hacía más necesarias, siendo conducidas por los mismos buques de la Trasatlántica, en los cuales habían hecho la travesía desde la Península.

En virtud de esas necesidades habían sido destinados á Guantánamo los batallones de Asia, Luchana y Constitución, á Cayo Francés los de Búrgos y San Marcial, y á Cienfuegos el de Granada.

Telegrama oficial, recibido el día 7, anunció la llegada á Caimanera (Santiago de Cuba) de los trasatlánticos *Alfonso XIII* y *San Fernando* y á Cienfuegos del *Isla de Luzón*, en cuyos puntos desembarcaron sin novedad las tropas que conducían, y la salida de San Juan de Puerto Rico para la gran Antilla de los vapores de la misma compañía *Montevideo* y *Buenos Aires*.

La traslación á Cuba del segundo cuerpo de ejército expedicionario se estaba verificando, por consecuencia, con gran regularidad y extraordinaria rapidéz, pues diez de los diez y siete vapores que constituyeron la expedición y que en aquella fecha habían llegado ya, ó estaban á la vista de las costas de la gran Antilla, realizaron la travesía en menos tiempo del que generalmente invertían los buques correos.

* * *

La columna de San Quintín atacó el día 6 á los insurrectos de Seborucal (Remedios) batiéndolos y dispersándolos. En la retirada fueron cortados por fuerzas de Borbón, teniendo diez muertos y retirando muchos heridos.

Las tropas tuvieron un cabo muerto y dos soldados heridos.

En la mañana del día 7 fué fusilado en Santiago de Cuba el soldado Pedro Rovira Estevez, desertor del regimiento de la Habana y prisionero con armas en la acción de «Descanso del muerto», juzgado que había sido en Consejo de guerra y en juicio sumarísimo.

Según despacho oficial del general segundo cabo de la Habana al ministro de Ultramar, el general en jefe había salido de la capital para Cayo Francés el día 6 por la tarde.

Todavía no habían desembarcado en la isla todas las fuerzas expedicionarias que formaban el segundo cuerpo de ejército, hablábase ya del envío de nuevos refuerzos para el inmediato mes de Octubre, en número de 20 á 25.000 hombre.

De los informes oficiales adquiridos en el Ministerio de la Guerra por nuestro corresponsal en Madrid, resultó:

Que la organización de tropas en disponibilidad para ser transportadas á la gran Antilla, se llevaba á cabo en la previsión de que las

pidiera el general Martínez Campos ó de que sin pedir las, considerase el Gobierno conveniente enviarlas.

Que en cualquiera de estos casos no irían los refuerzos hasta Noviembre, pues el Gobierno sabía que hasta principios de dicho mes no emprendería el general en jefe las operaciones en gran escala.

Y, por último, que el criterio que se tenía para el caso de que se enviasen esos refuerzos, era el de que fuesen los veinte batallones á quienes por turno de sorteo les correspondiese marchar á Cuba con el efectivo de su fuerza en tiempo de paz, sin perjuicio de completarlos al pié de guerra con los reclutas del próximo reemplazo que fuesen indispensables, después que recibieran la necesaria instrucción para ingresar en filas.

* * *

A la amabilidad de uno de los valientes que tomaron parte en la defensa del poblado de Campechuela, debemos los siguientes detalles acerca del luctuoso desastre sufrido por nuestras tropas, por falta de previsión y exceso de valor de sus bizarros jefes.

Serían las siete y media de la mañana del día 31 de Agosto, cuando se presentó á la vista del pueblo un grupo de insurrectos y rompió fuego contra uno de los fuertes, que se hallaba guarnecido por reducido número de soldados al mando del comandante capitán don Desiderio Sánchez. Este, en vista de la escasa fuerza del enemigo, quiso castigar su osadía y ordenó una salida en su persecución.

Al efecto organizó una pequeña columna compuesta de veinte hombres del destacamento, á cuya fuerza se unió el comandante de armas, capitán de guerrillas, don Rafael Cerrifio, con cinco guerrilleros

montados, y al frente de ella salió del fuerte en persecución de los rebeldes.

El enemigo no aceptó combate y batióse en retirada, sosteniendo débilmente el fuego durante su persecución, con el plan premeditado, sin duda, de atraer al destacamento al lugar donde muy luego se desarrollaron las tristes escenas, que constituyeron una página sangrienta de la actual campaña, de luctuosa recordación.



RUINAS DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO (Bajamo)

Efectivamente, al llegar la pequeña columna, llevada por su ardimiento en la persecución del enemigo, á la cañada nombrada de *Santana*, lugar á propósito para el desarrollo de los arteros planes del enemigo, puesto que ya tenía en él apostada su caballería á ambos lados del camino en espeso cañaveral, el jefe del destacamento atendiendo tan sólo al grupo de insurrectos que tenía enfrente, oyó de pronto disparos por el flanco izquierdo.

Entonces dispuso que ocho hombres, al mando de un sargento, practicase un reconocimiento en el cañaveral; pero ya era tarde, pues sin darse cuenta de ello y sin tiempo para poder evitarlo, viéronse de improviso rodeados de numerosos enemigos que, como por arte de magia, brotaron de entre las cañas y envolvieron á la columna en un estrecho círculo.

* * *

El bravo capitán Sánchez tan pronto se dió cuenta de la crítica situación de sus fuerzas, al ver la avalancha de *mambises* que les tenían cercados, mandó á sus soldados echar rodilla á tierra y romper el fuego, tomando él mismo el fusil de un soldado, que pocos momentos antes había sido herido, y disparando contra el núcleo de fuerzas rebeldes, dando con esto ejemplo y ánimos á los que le secundaron con el mayor arrojo y bravura.

La lucha fué horrorosa: el heroico capitán sostuvo con gran energía, sin desmayar ni un momento su entereza y su valor, los repetidos ataques del enemigo, haciendo verdaderos prodigios de heroismo en medio de la carnicería que la mortífera arma *mambi* hacía en las filas de sus valientes soldados, hasta que una bala traidora hirióle en el pecho, atravesándole los pulmones y saliendo por la espalda.

El bravo capitán Sánchez, á pesar de hallarse con una pierna atravesada de un balazo y con dos heridas de machete una en la cabeza y otra en la espalda, no dejó un momento de alentar á sus soldados, hasta que cayó gravemente herido en el pecho por un tercer proyectil.

En aquel decisivo y supremo instante para el valeroso destacamento, acudió en su socorro el teniente de guerrillas don Gregorio Blanco, que, bien porque oyera el vivo fuego de fusilería, ya porque notara la

tardanza en el regreso del destacamento, salió del poblado con 29 hombres en busca y en auxilio de sus compañeros.

Guiado por el ruido de los disparos y la gritería de los *mambises*, hallóse muy pronto á retaguardia de estos, y, desplegando su fuerza en guerrilla, mandó hacer fuego contra el enemigo. Sorprendido éste con la aparición de fuerzas contrarias que, sin duda, no esperaba, intentó varias veces atacar al machete, pero en todas ellas fué rechazado con incomparable bravura por los que habíanse jurado salvar á sus camaradas.

A ellos debió la pequeña columna del heroico y malogrado capitán Sánchez librarse de una muerte cierta y de sucumbir todos á la superioridad numérica del enemigo bajo los terribles golpes de sus machetes, puesto que no pudiendo contener los rebeldes el empuje de aquellos 30 bravos, convertidos en leones, ni resistir la fiera de sus ataques, pronto se declararon en fuga y abandonaron la presa que habían creído segura.

Una vez dispersado el enemigo, el valeroso teniente Blanco y sus soldados se hicieron cargo de los muertos y heridos que hallaron sobre el campo del horroroso combate, á todos los que condujeron al poblado.

Resultaron muertos en el encarnizado combate de «Santana» el cabo Manuel Jiménez Haro y los soldados Mendez Marín, Palacio, Font Soler, Vicente Rodríguez y Salvador Pérez, el sargento de guerrillas Ulpiano Martínez y los guerrilleros Antonio Vázquez, Lázaro y Sobrado. Al primero de estos últimos se le encontró en el cañaveral con tres heridas de bala.

Y heridos de gravedad el comandante del destacamento, capitán don Desiderio Sánchez, el capitán de las guerrillas, don Rafael Cerrifio, el sargento José Navas y los soldados Guillermo Tejada Barrios, Antonio Rodríguez, Juan Palá Andreu, Francisco López Martínez y José Rubio.

El capitán señor Cerrifio falleció el inmediato día 2 de Septiembre, habiendo sido su entierro una solemne y justísima demostración de las simpatías que gozaba en Campechuela, cuya población asistió en masa á rendir el último tributo al que tantas veces habia dado evidentes pruebas de su valor y acendrado amor á la Madre patria.

Las bajas que sufriera el enemigo se ignoran; pero se calculó que, á causa de lo reñido del combate y de la desesperada defensa que hicieron las fuerzas del destacamento debieron ser muchas.

* * *

Merced á los incansables esfuerzos del cónsul español en Filadelfia, doctor Congosto, ayudado por el superintendente de la sección de policía secreta Mr. Pinkerton, cogióse en territorio de los Estados Unidos la primera expedición filibustera, casi en el momento en que iba á hacerse á la mar.

La expedición empezó á organizarse en Filadelfia, é iba á ser dirigida, según despacho de aquella ciudad, por Braulio Peña, socio de la casa Frau y Peña, fabricantes de tabaco de la misma y excabecilla de la insurrección de 1868.

Por no ofrecer Filadelfia bastante seguridad á los expedicionarios se trasladaron á la ciudad de Wilmington, en el Estado de Delaware, donde se reunían con frecuencia en el almacén de tabacos de Rafael de Soto, poniendo espías en las inmediaciones de la casa para no ser sorprendidos, aunque durante todo este tiempo eran vigilados por los agentes secretos de nuestro cónsul.

El día 29 de Agosto, el Rafael Soto, alquiló á Charles Warner and C.^o de la localidad, el remolcador *Jaurus* para hacer una excursión á la claridad de la luna. Entrada la noche llevaron al muelle de

la Compañía 27 cajas, las que fueron puestas á bordo del vapor por veinte cubanos que allí se habían reunido. A las tres de la madrugada del día siguiente 30, el *Jaurus* puso la proa en dirección del lado opuesto del río Delaware y poco tiempo después llegaba á Pennsgrove, en el Estado de Nueva-Jersey, y término de una línea férrea.

En ese punto hay un hermoso terreno sembrado de copudos árboles, que sirven para giras campestrés: allí fueron á acampar los veinte expedicionarios, provistos de lios y maletas.

* * *

Después de telegrafiar lo ocurrido al cónsul español de Filadelfia, el *detective* que había seguido la pista á los excursionistas filibusteros, nuestro representante lo puso en conocimiento del departamento de Estado.

Las gestiones y denuncia de nuestro cónsul dieron por resultado que á las dos de la tarde el *marshal* de los Estados Unidos, Mr. Launan, acompañado de sus agentes, un subdelegado de la Aduana y otro funcionario, embarcóse á bordo del remolcador *Meteor*, que hizo rumbo para Pennsgrove, á donde habían ido los expedicionarios.

Al saltar á tierra los agentes, doce de los filibusteros echaron á correr en dirección de la estación del ferrocarril; pero todos fueron acorralados á *punta de revolver* y conducidos al *Meteor*, cuyo buque, acom-



NEGRA DE LA SECTA ÑAÑIGA

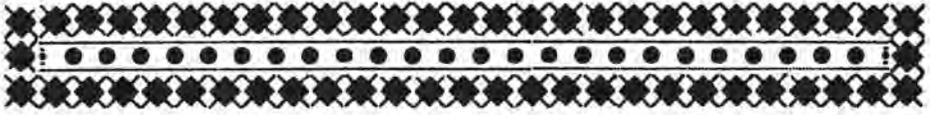
pañado del *Jaurus*, se trasladó nuevamente á Wilmington, quedando los filibusteros encerrados en el edificio del tribunal federal y vigilados durante toda la noche, como también las veinte y siete cajas de fusiles de repetición Winchester, municiones y otros pertrechos de guerra.

Entonces se supo que el presunto cabecilla de la expedición, titulado general Francisco Carrillo, se había escapado en Pennsgrove.

Durante la sustanciación del proceso fué llamado á declarar el capitán del remolcador *Jaurus*, quien dijo que las instrucciones que había recibido de Soto eran de que al pasar un vapor que daría tres pitazos, atracase á él, y amarrado saliese fuera del río, donde se habían de reunir á los expedicionarios veinte individuos más. Se dijo que el vapor que había de conducir la expedición á Cuba era el frutero *Laurada*, de la línea Hart, mandado por el capitán Hughes, cuyo buque estaba para salir de aquella ciudad, y, naturalmente, dirigiéndose río abajo, hubiese pasado por delante de Pennsgrove.

En los lios y maletas que llevaban los filibusteros se encontraron revólvers, cuchillos, cinturones y un paquete de cartas con el sobrescrito dirigido á Máximo Gómez. Dijose que entre aquéllos había dos individuos naturalizados en los Estados Unidos, algunos habían llegado de Cuba, y otros eran residentes en la gran República.





CAPITULO III

Ataque é incendio del poblado de Amaro.—Situación del pueblo.—Intimación.—Respuesta de un español.—¡Fuego!—Las pérdidas.—Horrible cuadro.—Desolación y miseria.—Las partidas.—El destacamento.—Noticias del teatro de la guerra.—Impresiones de una excursión por la provincia de Matanzas.—Voladura del fuerte de Managuitas y varios incendios.—Ataque de Raselles.—Ataque del Condado.—Heróica defensa del destacamento.—Situación crítica.—Columna en su socorro.—Alegría del pueblo.—Desolador espectáculo.—La columna del comandante Anbal.—Varios encuentros y combates.—Victoria y destrucción de dos campamentos enemigos.



ERIAN las diez horas de la tarde del 5 de Septiembre, cuando los habitantes del Poblado de Rodrigo vieron reflejarse en el cielo la intensa y rojiza claridad de un gran incendio en dirección de los Baños de San Juan de Amaro, y después de un momento oyeron claramente nutridas descargas de fusilería, interrumpidas á cortos intervalos.

Toda la noche la pasaron los tranquilos moradores de Poblado de Rodrigo en una ansiedad constante, hasta que, al fin, al romper el alba, se supo por algunos vecinos procedentes del lugar del incendio, que los insurrectos habían quemado San Juan de Amaro.

El poblado de San Juan de Amaro hallábase situado en la provincia de Santa Clara, á veinte kilómetros de Sagua la Grande, y era un

bonito lugar veraniego, famoso por sus aguas minerales, la pureza del ambiente y la sequedad del terreno.

Los enfermos del estómago y los minados por la implacable tisis, hallaban alivio seguro á sus males en aquel delicioso pueblecito.

En una sabana de bastante elevación sobre el nivel del mar y apoyado sobre las faldas de las montañas que completamente le rodean á corta distancia, estaba situado el caserío; para ser más gráficos, podemos decir que esa llanura es la extensa meseta de una alta loma.

Por cualquiera de los caminos que hacia Amaro se dirigiera el viandante, ora fuera por el de Cifuentes, ora por el de Sagua, ya por el de Rodrigo ó ya por el de Sitio Grande, como á una milla antes de llegar al pueblo hay que subir una empinada cuesta que conduce á un llano de dos ó tres millas de extensión desde el cual se dominan los ingenios de los alrededores y las poblaciones comarcanas.

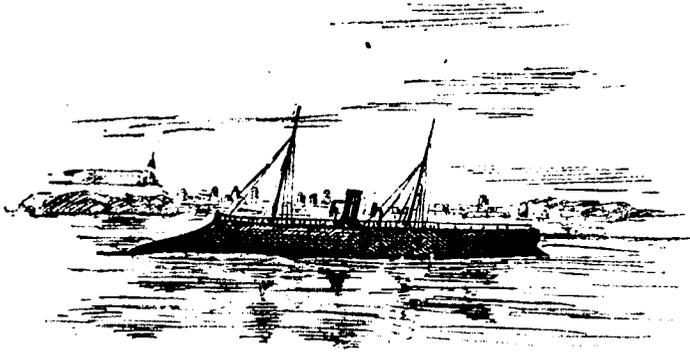
Amaro y sus alrededores ofrece á la vista del viajero uno de los paisajes más bonitos de Cuba, al que sólo puede compararse en belleza el que presenta el Valle del Yumurí, contemplado desde la Cumbre, al amanecer de una mañana de primavera.

La calle principal formábala el camino de Sagua y Cifuentes, que es el límite entre los términos de este último punto y Santo Domingo. Las casas de la izquierda perteneoían á Cifuentes, y á Santo Domingo las de la derecha. La mayoría de sus edificios eran de tabla y guano, muy pintaditos y limpios; solo una casa, la señalada con el número 25, era de tabla y tejas.

En el camino de Sitio Grande todas las casas eran chicas y se hallaban habitadas por familias pobres que residían allí habitualmente. A media cuadra de distancia de la entrada de este camino se halla el de Rodrigo, que forma una T con el de Cifuentes, como este con el de Santo Domingo.

*
*
*

El comandante del puesto de la guardia civil de Amaro, don Julián Pérez y Jiménez, recibió, á las nueve de la noche del 5 de Septiembre, un pliego que le fué entregado por el vecino don Andrés Arbelo, y que á la letra decía así:



TORPEDERO «HABANA»

«Señor comandante de la guardia civil de Amaro:

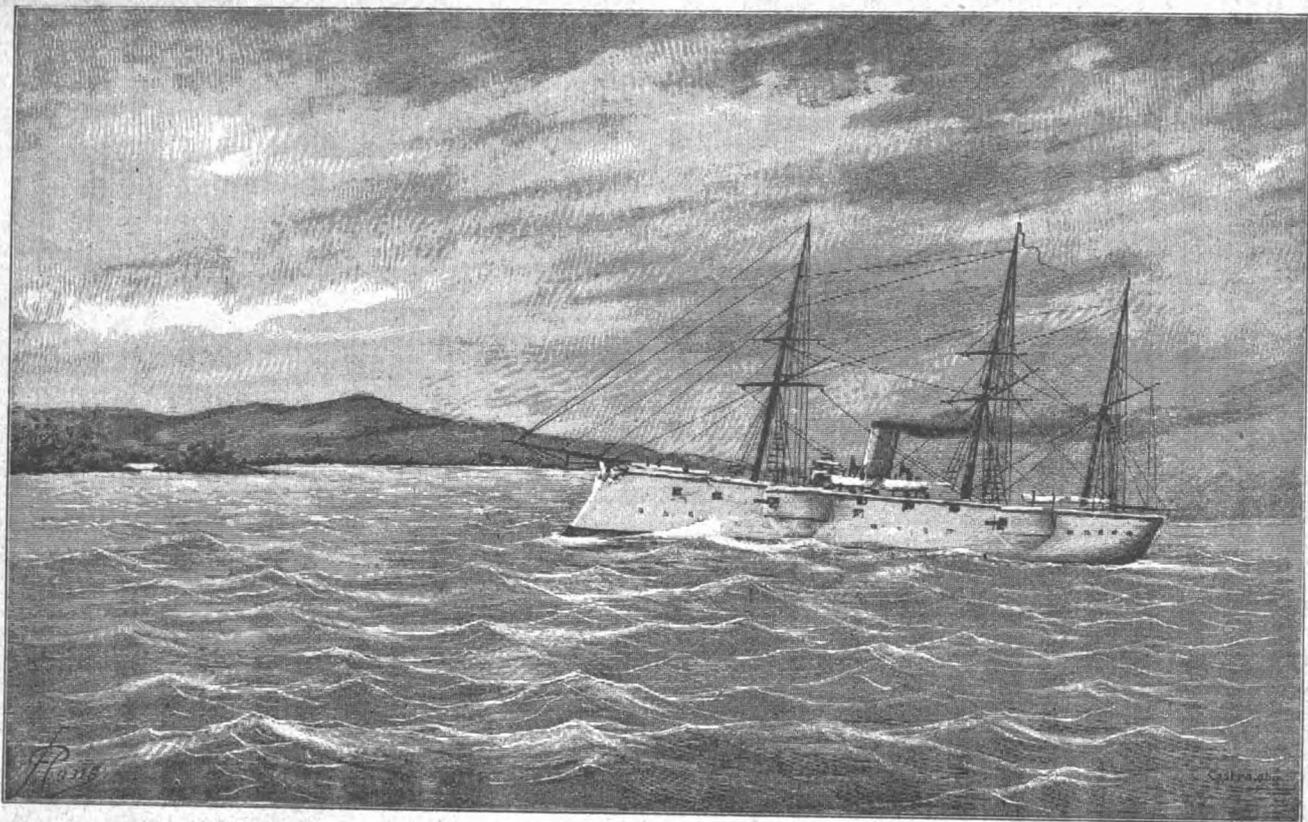
Si antes de media hora no entregan el puesto, serán fusilados.—

Lazo».

El pundonoroso cabo Pérez, jefe del destacamento, contestó á la intimación con otro pliego que decía:

«La guardia civil nunca se rinde y siempre está dispuesta á recibir á tiros á los enemigos de España».

En vista de respuesta tan digna y valerosa, no esperaron los rebeldes la media hora ofrecida; y, aun no habían transcurrido diez minutos



EL CRUCERO «CRISTOBAL COLON» RECONOCIENDO LA COSTA

desde la intimación, cuando una lluvia de balas cayó sobre la casa-cuartel.

Contestaron los valientes guardias al fuego de los separatistas con nutridas descargas, que no les dejaron aproximarse al edificio.

Vista por los insurgentes la imposibilidad de rendir á los heróicos civiles que de tan brava manera se defendían, determinaron incendiar el pueblo; y, al efecto, comenzaron por arrimar la tea ardiente al fondo de la casa de don Gerardo Bonan, situada en la calle de los Baños,— amplia vía de cuadra y media de longitud, al extremo de la calzada de Rodrigo—y que se hallaba rodeada de jardines y arboleda. Luego, uno tras otro, fueron pegando fuego á los demás edificios de Amaro.

A las nueve de la noche dieron principio á la destructora obra, y era la una de la madrugada y aún continuaban aquellos vándalos su incendiaria faena.

Cada vez que de alguna vivienda brotaba la claridad del devorador elemento, los guardias, desde la casa-cuartel, dirigían hacia allí sus continuados tiros, y certeros debieron ser, porque luego que se retiraron, ya llegado el día, vióse en una esquina un gran charco de sangre, y sobre una piedra varios fragmentos de masa encefálica, lo cual hizo suponer que los insurrectos, al retirarse, se habían llevado algunos muertos y heridos.

Reconocido el terreno, después que se marcharon los rebeldes, se encontró un machete, un revólver y sombreros que dejaron olvidados.

* * *

Las casas incendiadas fueron veintidós, y doce las que se libraron del incendio.

Las pérdidas pueden calcularse en un total de *cuarenta y tres mil trescientos pesos*.

La miseria que produjo en Amaro la criminosa obra de las hordas de *libertadores* y *regeneradores* de Cuba, fué grande, pues el pueblo era ya pobre de sí y fueron muchas las infelices gentes que perdieron cuanto poseían: los ahorros de toda la vida; pasando, en un momento, de la relativa comodidad á la indigencia absoluta. El espectro del hambre cernióse sobre Amaro y el lugar veraniego más hermoso de Las Villas quedó condenado á ser desde aquella fecha un testigo elocuente de los destrozos causados por la criminal revuelta del 95, como Bayamo lo era de la insurrección del 68.

Triste impresión producía en el ánimo más fuerte el cuadro horrible que ofreciera el sitio donde Amaro fué, á raíz del incendio: sobreco-gido por la emoción quedaba el espíritu y palpitante el pecho, al contemplar aquel panorama de desolación y de tristeza.

Ardían aquí los últimos horcones de una humilde vivienda; allí se balanceaban en el aire las desprendidas y carbonizadas tablas de una techumbre; más lejos, de un montón de escombros humeantes, salía retorciéndose la espesa y negruzca espiral de una humareda.

En donde pocas horas antes se elevara un hermoso edificio, morada del Alcalde de la población, don Ramón Conzález, no había ya sino ruinas calcinadas, y de entre ellas sosteniéndose á duras penas, se levantaban dos paredes ennegrecidas. A pocos pasos, la tienda de don Florentino Valero, tan visitada por los bañistas, habíase trocado en una loma de leña carbonizada, por debajo de la cual asomaban algunos efectos que se escaparon de las devoradoras llamas.

* * *

La calle de los Baños, que con su hilera de casitas limpias y alegres, ofreciera tan pintoresco aspecto, era de un extremo á otro una li-

nea de cuadros de ceniza; y al frente del otro lado del campo, en el camino de Sitio Grande, en vez de las bonitas viviendas blanqueadas con cal, y de techos relucientes, veíase como por todas partes, escombros y ruinas, y escuchábase el chisporroteo de algunos maderos encendidos aún.

Sentadas sobre maderos, en el suelo, ó sobre piedras veíase frente á las casitas de guano que existieran en el camino de Sitio Grande, á



CAMPESINOS REFUGIÁNDOSE EN LOS POBLADOS

varias familias pobres que habían perdido sus hogares y con ellos todo lo que á fuerza de privaciones y trabajo habían logrado reunir.

La tristeza y la desesperación se reflejaban en aquellos rostros oscurecidos por la perspectiva del hambre.

Cuando las salvajes hordas de incendiarios comenzaron su criminal obra de destrucción y ruina, todas las familias huyeron á pasar la noche entre los zarzales de las lomas vecinas.

Las partidas que incendiaron San Juan de Amaro fueron las de los cabecillas Lazo, Antonio Castro, Julián Duque y *Tata*, que se unie-

ron para el ataque al poblado y que sumaban en junto unos 500 hombres.

El valeroso destacamento de la guardia civil se componía de los cabos Julián Pérez Jimenez y Pedro Gandoy Páramo, y catorce guardias. Todos se portaron con la valentía acreditada por el benemérito cuerpo á que pertenecian y con notable serenidad, disparando desde las aspilleras y azotea de la casa cuartel, con un orden y precisión laudables, sin haber tenido que lamentar baja ninguna.

* * *

De uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra recibimos las siguientes informaciones acerca de la situación económica de la isla y estado de la insurrección, como resultado de sus investigaciones y reflejo de sus impresiones en una excursión practicada por la provincia de Matanzas, en los primeros días del mes de Septiembre.

Los propietarios se hallaban imposibilitados de obtener préstamos sobre la próxima cosecha, en razón de la incertidumbre que inspiraba el porvenir, y en su consecuencia no empleaban trabajadores para limpiar los campos de la caña y otras faenas necesarias, lo cual contribuía á engrosar las filas de la insurrección, especialmente con negros, que no pudiendo ganar el jornal indispensable para vivir, se marchaban al campo rebelde donde se les presentaba subsistencia asegurada.

En la provincia de Matanzas habíase circulado una orden mandando cerrar todos los almacenes de géneros y que se remitieran éstos á la capital ú otros pueblos cuyas guarniciones habían sido recientemente reforzadas, con objeto de evitar que los rebeldes se apoderaran de las provisiones.

El *generalísimo* Máximo Gómez que estaba operando un movi-

miento hacia el Oeste de la provincia de Santa Clara, se encontraba en aquella fecha á quince millas de la ciudad de Santa Cruz del Sur, con objeto, al parecer, de proteger el avance de Roloff hacia Matanzas.

En aquellos días los insurrectos habían destruído la obra de mampostería de algunos puentes y alcantarillas del ferrocarril en la provincia de Santa Clara, valiéndose de la dinamita.

La avanzada de la partida de Maceo, compuesta de cien hombres, había atacado La Unión, siendo rechazada por cincuenta soldados, al mando de un teniente, que les causaron varios muertos, entre ellos dos jefes.

El general en jefe se encontraba el día 14 en Santa Clara.

Los insurrectos seguían cometiendo muchos atentados contra las posiciones ocupadas por nuestras tropas, haciendo uso de la dinamita.

Aplicando este salvaje procedimiento volaron el día 13 el fuerte de Managüitas y la casilla de Aguada del Seborucal. Además, en días anteriores, incendiaron la casa y potrero denominado «California», un puente de madera cerca de Cifuentes, el del ingenio de Batey y el del Indio, en la provincia de Santa Clara.

Una partida de *vándalos* había atacado el propio día al poblado de Raselles, saqueando é incendiando varias casas.

El pequeño destacamento de tropas que defendía el pueblo, sostuvo valerosamente el ataque de los insurrectos, haciéndoles un horroroso fuego y obligándoles á retirarse con algunas bajas.

* * *

El día 6 la partida del cabecilla Nuñez, compuesta de 66 hombres, atacó el poblado llamado del Condado, cerca de Trinidad.

Había en el pueblo un destacamento compuesto de dieciocho guar-

días civiles al mando de un sargento. Este y los guardias á sus órdenes defendieron heroicamente durante dos horas la casa-cuartel.

Ante la tenaz resistencia del pequeño y valeroso destacamento, los rebeldes prendieron fuego al pueblo por dos costados.

Ya llegaba el voraz elemento á la casa-cuartel que ocupaban y defendían los guardias, cuya situación era apuradísima y hacíase por momentos insostenible, cuando llegó oportunamente en su socorro el destacamento de caballería que custodiaba el cercano ingenio de Magua, perteneciente al escuadrón del Comercio, al que se dió noticia del ataque.

Al principio resistióse el enemigo; pero ordenada una carga por el jefe de la sección, arrojáronse los setenta jinetes, que componían ésta, sobre los rebeldes, sembrando en sus filas el espanto y la muerte y obligándoles muy luego á declararse en vergonzosa fuga.

Perseguidos y acosados por los valientes voluntarios, dejaron sobre el campo doce muertos y un titulado comandante y varios individuos heridos, que fueron hechos prisioneros.

Indecible es la satisfacción y alegría con que fueron recibidos por los guardias civiles y la gente del pueblo, que tan gran peligro habían corrido; sus valientes defensores.

Mas, ¡qué espectáculo tan desolador ofrecióse á los ojos de los bravos voluntarios á su entrada en el pueblo! Las casas ardiendo, las gentes sobrecogidas de espanto corriendo azoradas por las [calles, y éstas sembradas de cadáveres de hombres y caballos.

El combate principió á las tres de la tarde y concluyó al anochecer.

El día 13 la columna del comandante Anibal, que operaba en la jurisdicción de Sagua, alcanzó cuatro veces á la partida del cabecilla Sánchez, compuesta de 400 hombres.

Aunque en los cuatro encuentros siempre hicieron fuerte resisten-

cia los rebeldes, apoyados y confiados en su superioridad numérica, fueron en todos ellos puestos en fuga por la valerosa columna del bizarro comandante Aníbal.

La victoria alcanzada por este bravo jefe y sus valientes soldados, fué tan grande é indiscutible, que las tropas se apoderaron y destruyeron dos campamentos de la partida, cogiéndoles además armas, caballos, municiones y víveres.

En la lucha quedaron abandonados en el campo varios muertos y heridos del enemigo.



CAPITULO IV

Dos fechas memorables.—Golpe terrible.—Complacencia de nuestro Gobierno.—Parquedad y comedimiento del *Ho Sam*.—Munificencia de nuestros ministros.—Acres censuras de la opinión.—Responsabilidades que exigir.—Funesto precedente.—A espaldas del Parlamento —¿Para qué existían las Cortes?—Historial del asunto.—Embargo de los bienes de la sociedad Mora-Hernández.—Como estaban los bienes de Mora antes de confiscarlos.—El movimiento de Yara.—Mora traidor á la patria.—Avalancha de acreedores.—La resolución del concurso.—Liquidación general de los bienes.—Lo que valian estos y lo que pagó España.—85.000 pesos fuertes por honorarios de un letrado.—Todas las fincas perdidas; todas las fincas rematadas.—Un encuentro.—La Comisión de arbitraje.—Por qué se desestimó la demanda.—La ciudadanía de Mora.—Pagó an:constitucional.—Nuestro silencio.—Reorganización del ejército de operaciones en Cuba.

15 ABRIL DE 1869 — 15 SEPTIEMBRE DE 1895



SOLPE terrible el que sufrió el erario español y la dignidad de la patria en la segunda de estas fechas.

La primera fué la en que el Gobierno superior de la isla de Cuba decretó el embargo de los bienes de Mora, súbdito español, por *traidor* á su patria. La segunda, para siempre memorable, la en que el Gobierno de España pagó á los Estados Unidos la suma de *un millón y medio de duros*, por supuestos daños y perjuicios al que, después de la traición, adquirió la ciudadanía americana.

Y fué, aún, casi una fortuna para España lo parco y comedido que anduvo en pedir el Gobierno de Washington, contentándose en aquellas fechas con millón y medio de duros para indemnizar á los herederos

de aquel célebre Mora, que, después de ver embargados sus bienes y de ser condenado á muerte por traidor, obtuvo la naturalización norteamericana.

Y una gran fortuna fué ese comedimiento del *tío Sam*, porque, complaciente como estuvo con él en aquella ocasión nuestro Gobierno, hubiera sido capaz de darle más, si más hubiérale pedido.

Porque en este terreno de las complacencias, hay que convenir en que el gabinete que presidía á la sazón el señor Cánovas no pudo hacer ya más.

—Qué les daremos hoy á los Estados Unidos?—preguntáronse los ministros responsables del Gobierno del señor Cánovas del Castillo al abandonar sus mullidos lechos en la mañana del día 13 de Agosto de 1895.—¿Aumentaremos la indemnización con el pago de intereses?



DON FRANCISCO CARRILLO

—No; esto no puede ser;—pensarían dándose respuesta á si mismos—el *ballon d'essai* que lanzamos hace algunos días para pulsar la opinión y saber cómo tomaban las gentes eso del pago de los intereses, nos ha indicado que no la admite nadie ni á tres tirones. Hay que pensar en otra cosa. Vamos á ver si podemos demostrar de alguna manera nuestro afán de dar todo lo que nos piden y si es posible aún algo más de lo que nos pidan.

Y, en efecto, los dadivosos y munificentes ministros reuniéronse en Consejo, y allí acordaron que en vez de pagar la indemnización Mora en tres plazos, como en anterior Consejo habíase convenido en principio, se pagara en uno solo; el 15 de Septiembre citado.

*
*
*

Y, efectivamente, en esa fecha se pagó á los Estados de la Unión la indemnización Mora, en un solo plazo y en oro.

El día 15 de Septiembre de 1895 se escribió la última página de un asunto, cuya historia de veinte y seis años era la historia de un tremendo despojo, de una debilidad humillante, de una desastrosa política.

El día 15 de Septiembre de 1895 se consumó sin remedio una gran afrenta á nuestro derecho, dejando tan sólo espacio para consignar una protesta nacional, cuyas resultancias legítimas debieran ser exigir ineludibles responsabilidades á los dilapidadores del erario nacional.

Véase por qué hemos dicho que fué casi una fortuna para España la parquedad y comedimiento del Gobierno de los Estados Unidos, y una gran fortuna que la gran República no nos reclamase la catedral de Burgos ó la de Toledo, las islas Canarias ó las Baleares.

De los primeros fuimos en censurar y protestar del pago indebido de una deuda falsa, absurda, fantástica. Cualquier gobierno hubiera tenido para esto de su lado la opinión entera del país, y los preceptos del Derecho natural y de gentes como fundamento.

El Gobierno conservador no lo hizo así, y por ello mereció y obtuvo las más acres censuras de la opinión. Prefirió esquivar los riesgos de una discusión en el Parlamento, á cuyas espaldas concedió y acordó el pago de la indemnización, y consideró mejor renunciar á las compensaciones de créditos para que le autorizaba el convenio acordado por el

gabinete liberal en 1886; estimó que las excepciones dilatorias que eran enteramente legítimas para una deuda indebida, no le aseguraban una neutralidad, entonces y después y siempre muy problemática y comprometida, y requirió y asumió para sí todas las responsabilidades. ¡El país se las exigirá, no lo dudamos, en tiempo oportuno!

*
* *

Todo ello demostró en definitiva, que por muy extensas que sean las atribuciones de los gobiernos llamados responsables, no puede admitirse que quepa ensancharlas y estirarlas tanto como las estiró y ensanchó el gabinete del señor Cánovas; y que si «por débil había merecido censuras un Gobierno que no gobernaba»,—como había dicho el ilustre jefe del partido conservador del gabinete liberal—puede ser todavía más censurable un Gobierno que pretenda gobernar demasiado, invadiendo y anulándolo todo, hasta los derechos más incuestionables de las Cortes, para erigirse en único y exclusivo poder sobre todos los demás.

Si la solución dada, sin la intervención de las Cortes y por la sola voluntad del Gobierno, al asunto de la indemnización Mora fuera legal, perfecta é indudablemente legal, habría que aceptarla como precedente indiscutible; y si como tal se estableciere y sirviera de norma en lo futuro, ¿para qué existían las Cortes? Habría que suprimirlas por inútiles; pues si no habían de poder entender en aquello que á ellas incumbe, por disposición expresa de la Constitución, no valía la pena de conservarlas.

Véase, por tanto, cómo al resolver el asunto Mora por su propia cuenta, el gobierno infringió al régimen constitucional, vigente á la sazón en España, un golpe de muerte.

La mejor protesta contra la expoliación consentida por el Gobierno presidido por el señor Cánovas será hacer, para recordarla en su día, una historia rápida y concisa del asunto.

Los hechos que á continuación vamos á exponer al claro y recto criterio de nuestros ilustrados lectores son la condenación más elocuente y terrible del pago de *¡millón y medio de duros!* que se hizo al Gobierno de los Estados Unidos el día 15 de Septiembre de 1895.

El 15 de Abril de 1869 se decretó por el gobierno superior de la isla el embargo, por causas políticas, de los bienes de propiedad de los súbditos españoles don Antonio Máximo Mora, don José María Mora y don José Hernandez Arribas, sitios en jurisdicción de las provincias de Santa Clara y Matanzas, de la isla de Cuba, y consistentes en varios ingenios y fincas urbanas.

Antes de los acontecimientos que motivaron esa resolución, los señores Mora estaban, con relación á sus acreedores, en una situación tan difícil como insostenible.

Tenían obligaciones contraídas por cantidades enormísimas y abrumadoras que ascendían á más del duplo del valor que tenía el capital responsable.

A pesar de tan precaria situación, continuaban al frente de aquel caudal por la tolerancia de los acreedores, que ante la enormidad de las deudas temían provocar la declaración de concurso, y esperaban que sin la intervención de los tribunales ordinarios pudieran, con mayores probabilidades, obtener el cobro de una parte de los créditos, salvando al mismo tiempo los peligros desconocidos que presagiaban,

si llegaban al extremo de la intervención judicial, con todas las erogaciones de sus procedimientos.

Por esas y otras consideraciones, derivadas de la anormal situación en que estaban los señores Mora antes de la revolución de Yara, se mantenían al frente del caudal; y, sin ser en rigor más que propietarios nominales, por la tolerancia pasiva de sus acreedores, continuaban con la administración de los bienes, que les proporciónaba la subsistencia, la posición social y el bienestar aparente de que estaban disfrutando.

A pesar de todo el convencionalismo que por una y otra parte se mantenía, las cosas iban tomando ya un aspecto que amenazaba traer resoluciones extremas, porque los acreedores, viendo pasar una y otra zafra sin obtener los resultados del cobro deseado, perdían la poca paciencia que conservaban y ya convenían todos en que era preciso correrlas aventuras del temido concurso, impuesto por la fuerza de las circunstancias.



TENIENTE CORONEL SEÑOR EIRAS

Así las cosas, estalló en Yara el movimiento separatista, y poco después los señores Mora tomaron plaza entre los revolucionarios, no para pelear en la manigua, sino para correr al extranjero á conspirar ostensiblemente contra España, y ayudando con todas sus fuerzas á fomentar y sostener la insurrección.

Dejaron tras sí los Moras unidos sus nombres al del capital que aparecían poseer en la isla, cuyo embargo se llevó al efecto por el mencionado decreto del gobierno superior de 15 de Abril del 69.

Desde el momento en que ese embargo se realizó, una verdadera avalancha de acreedores se desplomó sobre las oficinas que tenían á su cargo la administración de los bienes de infidentes, solicitando el pago de los créditos que representaban.

Fueron tantas las reclamaciones, que hicieron imposible, de toda imposibilidad, proceder á su exámen, clasificación y resolución; y por otra parte, no podían ofrecer esos trabajos ningún resultado útil, puesto que ni con la venta de todo el cuerpo de bienes responsables se lograría solventar la mitad del importe reclamado.

Los interesados, en vista del negativo resultado de las gestiones puestas en práctica para cobrar, resolvieron celebrar una reunión, y á ese efecto se constituyeron en uno de los teatros de la Habana, en el que se dió el espectáculo original y sin precedente en aquél país, de verse confundidos y animados por una sola aspiración, millares de individuos de todas las clases de la sociedad, con el propósito de cobrar varios millones de pesos procedentes de obligaciones contraídas directa y personalmente por los señores Mora, al amparo de un capital que, aprovechando hasta el último céntimo de su valor positivo, resultaba tan insuficiente como ya llevamos dicho.

En aquella famosa reunión se acordó solicitar de las autoridades competentes la declaración de concurso necesario, y hecha la petición en forma, el gobierno superior, previas las formalidades y requisitos legales, accedió de conformidad, designando á la antigua alcaldía mayor del distrito de Jesús María, para proceder en consecuencia, y aquel juzgado se hizo cargo del caudal en el mes de Marzo de 1871.

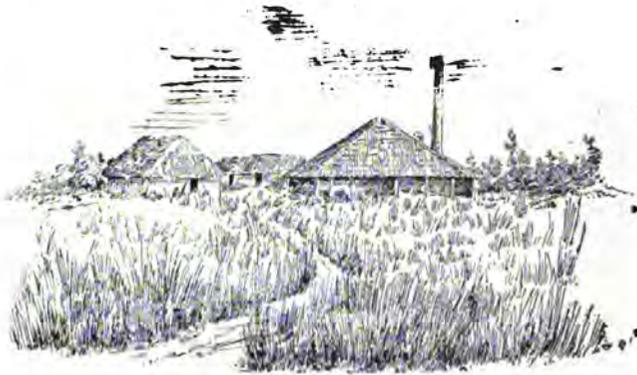
De suerte que, la gestión administrativa comenzada el 15 de Abril de 1869 con el decreto del embargo gubernativo, terminó en Marzo del 71, en que tuvo efecto la entrega del capital al juzgado que se designó para conocer del concurso.

Durante ese período, y según la liquidación general practicada por

las oficinas de Hacienda en el año de 1884, el producto líquido de todos los bienes de los Mora ascendió á pesos 84.480 con 71 céntimos oro, y pesos 37.032 en billetes de la emisión de guerra, que por disposición del tribunal competente se pagaron después, á virtud de procedimientos ejecutivos.

Basta con poner una al lado de otra estas dos cifras, que por sí solas son la prueba de la tremenda expoliación:

Valían los bienes de Mora, según liquidación oficial, pesos..	122,412
Se pagó á los Estados Unidos.	1.500,000



INGENIO «JICOTEITA» EN SAN NICOLAS (Habana)

¿Cómo acreció la primera suma hasta convertirse en la terrible cifra de la indemnización?

Sería imposible hacer la historia del concurso más ruidoso y enmarañado que registran los anales de la historia de la curia cubana. Nos limitaremos á decir someramente la suerte que cupo á los ingenios y demás propiedades obligadas.

Con todo, no podemos resistir á la tentación de dejar escrito que —según el importante periódico de la Habana de quien tomamos estos datos— un célebre abogado tuvo la fortuna de cobrar 85,000 pesos por



VISTA DE SANTIAGO DE CUBA

honorarios devengados en varios incidentes del concurso. ¡Cerca de dos millones de reales por unos cuantos escritos! ¿Se comprende ahora cómo fué aumentando, aumentando, la deuda Mora?

* * *

Y no fué el único caso. Durante el período de la administración judicial, además de no pagarse las deudas antiguas que motivaron la declaración de concurso, se fueron acumulando otras nuevas por refacción y gastos más ó menos justificados para el sostenimiento y explotación de las fincas. Ni siquiera se pagaban con los productos las contribuciones correspondientes al Estado; y sólo había dinero para ciertos privilegiados influyentes, ya como abogados, bien como caciques, que con los manejadores del cotarro compartían las utilidades, ó mejor dicho, el importe del valor de los frutos que las fincas producían.

Sucedió lo que tenía de suceder. Llegó el momento del general desbarajuste, de la imposibilidad de sostener los ingenios, porque como no se pagaba á los refaccionistas, y faltaba el dinero para comprar al contado, ya no era evitable el cataclismo creado por tantos abusos y continuados excesos.

Empezó el desfile por el ingenio «San Joaquín», rematado judicialmente con todos sus campos, fábricas, maquinaria, dotaciones y pertenencias.

Demolido ya el ingenio «América», sus terrenos se remataron por lotes y en la misma ó análoga forma todas sus demás pertenencias.

Llegó el turno al ingenio «Australia», rematado como el «San Joaquín», con todos sus campos, maquinaria, fábricas, dotaciones, etc.

Se remataron también las dos casas de Cárdenas, y los 3,390 pesos en acciones de empresas.

Los almacenes de Ganuza reconocían una hipoteca desproporcionada al valor de ellos, y con los intereses corridos y no pagados, solo sirvieron para arruinar en esa operación al hipotecario.

Quedaba olvidada la casita de Puentes Grandes; pero fué consumida por un incendio en el año de 1875.

Cuando se decretó el embargo gubernativo de estos bienes, ni don José María, ni don Antonio Máximo Mora tenían adquirida ciudadanía extranjera.

D. José María se hizo ciudadano de Honduras, y no consta que haya establecido reclamación de daños y perjuicios.

D. Antonio Máximo es el único que reclamó como ciudadano americano, carácter que adquirió con posterioridad al embargo.

D. José Hernández Arribas no fué nunca ciudadano extranjero, ni tomó parte en la insurrección, ni fué declarado infidente, ni contra él se dictó disposición gubernativa de embargo.

* * *

Sometida la reclamación de don Antonio Máximo á la Comisión de Arbitramento hispano-americana, que residía en Washington y fué creada exclusivamente para conocer de esa clase de reclamaciones, fué desestimada, fundándose la Comisión, entre otras razones abrumadoras, en que la ciudadanía de don Antonio no le daba derecho á la indemnización, porque cuando el Gobierno de España decretó el embargo, lo hizo contra un ciudadano español, *traidor á su patria nativa*, como conspirador contra la integridad nacional. Fracasó entonces la demanda, y cuando la Comisión dió por terminadas las tareas para que había sido creada y quedó, por lo tanto, disuelta, empezó la gestión diplomática, que también en sus primeros instantes resultó derrotada en Ma-

drid, junto con otras muchas reclamaciones de igual origen y procedencia, que en su mayoría quedaron definitivamente abandonadas.

Téngase siempre en cuenta que la base de la reclamación é indemnización de los pesos 1.500.000 consistía en todo el cuerpo de bienes embargados, y que como don Antonio tenía en él una participación menor que su hermano don José María, claro está que legalmente no podía percibir aquél más que la parte proporcional que á sus propiedades correspondiera.

D. José María, que no fué jamás ciudadano americano; que no reclamó ni podía reclamar como tal; que tampoco estableció demanda alguna ni como español ni como ciudadano de ninguna nación extranjera, y que por otra parte tenía mayor participación en el caudal, no podía tampoco percibir la proporción mayor que de los pesos 1.500.000, reconocidos y mandados pagar, le correspondiera: porque en aquella hipótesis, don Antonio no podía pedir á nombre de don José María, por carecer de autoridad y personalidad acreditada para representarlo en forma. El Gobierno de los Estados Unidos no podía tampoco reclamar á nombre de don José María, porque ni éste era ciudadano de esa nación, ni le confirió jamás la representación ni el encargo correspondientes.

Mucho menos podía el referido gobierno reclamar la parte de indemnización que correspondía á don José Hernández Arribas, como dueño de las dos novenas partes del ingenio «San Joaquín», porque el interesado era español y nada había reclamado en tiempo y forma de los Estados Unidos.

Luego es evidente y rigurosamente lógico, que el gobierno de los Estados Unidos no pudo exigir el pago de la indemnización, pues en la hipótesis de que se debieran los pesos 1.500.000 mencionados, debiera haberse eliminado las cuentas correspondientes á don José María Mora y á don José Hernández Arribas.

*
*
*

Rechazamos con toda energía la hipótesis mencionada. Cuando don Antonio M. Mora adquirió la ciudadanía americana, ya había contraído en Cuba responsabilidades civiles y criminales, que podían demandársele en territorio español. Su nueva nacionalidad no tenía efecto retroactivo, ni había de servirle como patente de corso para realizar actos ofensivos contra la soberanía de España, y para dejar burlados á sus numerosos acreedores. Por ambos estatutos, tanto por el personal como por el real, quedó sujeto á las leyes y jurisdicción de España y obligado á dar justa satisfacción á las responsabilidades en que incurrió, así con su delincuencia como con la necesidad de pagar las cantidades que adeudaba. Nada podía, por consiguiente, demandar, ni para sí mismo, ni para sus condueños en los bienes. Y si el gobierno de los Estados Unidos hizo diplomáticamente la reclamación que se había desestimado por la Comisión hispano-americana, podemos sospechar que esto se debió á una perniciosa influencia del *lobby* en Washington.

Doloroso es, pues, que el Gobierno del señor Cánovas defiriera al pago de la reclamación Mora, sin someter este asunto á la deliberación de las Cortes, como procedía según práctica inconcusa del sistema representativo, que no permite se haga pago alguno con fondos públicos, si no existe consignación adecuada en los presupuestos del Estado.

Deploremos que los contribuyentes de Cuba tuvieran que soportar esa nueva carga, no sólo injusta, sino hasta escandalosa, en los momentos en que el Tesoro se hallaba agobiado por múltiples obligacio-

nes, que se agravaban con los gastos de la guerra que habíamos de sostener á todo trance, costare lo que costare, en defensa de los derechos y del honor de España.

Hecha la historia-proceso del asunto Mora y de la concesión por nuestros ministros responsables de la indemnización reclamada por el gobierno de la gran República, nada más hemos de añadir.

La difícil situación en que se encuentra hoy España, de consuno con el patriotismo, nos impone el silencio.

Mas, día ha de llegar en que el pueblo español pida las responsabilidades que el honor nacional demanda.

En círculos militares, donde, como es natural, se seguía con marcado interés el curso de la campaña contra los separatistas cubanos y donde se estudiaba bajo todos sus aspectos la parte técnica de las operaciones, hablóse aquellos días de una muy probable y necesaria reorganización del ejército que en la grande Antilla defendía la integridad de la patria; reorganización aconsejada por las leyes de la guerra y por las enseñanzas de la campaña actual.

Los más entendidos en asuntos militares, que hablaban de esta organización, empezaban por fijarse en que un ejército de operaciones compuesto á la sazón de ochenta mil hombres, con fuerzas de artillería numerosas, y con una pirotecnia que debía trabajar incesantemente para el abastecimiento de cartuchos, un ejército en tales condiciones tenía sólo un coronel de artillería.

Formaban parte de ese ejército veinte y seis escuadrones de caballería, diez y ocho que habían ido de la Península y dos regimientos de á cuatro que había en la isla.

Pues bien; todas esas fuerzas no estaban mandadas más que por coroneles.



CABECILLA NUÑEZ

Lo propio ocurría en infantería. Los coroneles mandaban verdaderas brigadas, compuestas de cuatro y cinco batallones.

La Administración militar era harto deficiente, allí donde tantos millones se manejaban, y debía ser muy vigilada la contabilidad.

Pero no era eso lo más importante, con serlo mucho, de lo que decían los militares más expertos que hacía falta corregir.

Resultaba, como más importante, como punto capitalísimo, que un ejército de *ochenta mil* hombres, que muy pronto había de llegar á más de *ciento diez mil*, no tenía jefe de Estado Mayor ni generales que, mandando cuerpos de ejército secundasen eficazmente las órdenes del capitán general y general en jefe y mantuvieran la necesaria unidad de las operaciones.

Y un solo hombre, el capitán general, era el que hacía la guerra, organizaba las fuerzas para el ataque, ó mejor dicho para la defensa,

y tenía además á su cargo el mando político y administrativo de toda la isla de Cuba.

* * *

Tarea tan superior á las fuerzas de un sólo hombre, siquier éste reuniera las excepcionales dotes del general Martínez Campos, se consideraba carga tan pesada, que se tenía por imposible que las cosas pudiesen continuar como estaban.

Y según decían los militares á que nos referimos, el mismo general Martínez Campos, sin salir apenas del buque *Villaverde* y no cesando día en sus viajes de un lado á otro de la isla, demostraba lo impropio del trabajo que sobre él pesaba y la delicada situación que pudiera crear un sensible quebranto de su salud.

Por eso se insistió en que el ejército de operaciones en Cuba fuera reorganizado conforme á las exigencias de la guerra.

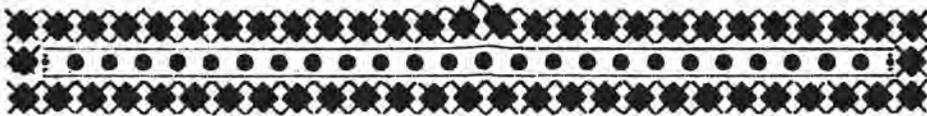
Tema principal de las conversaciones en todos los círculos, principalmente en los militares, fué aquellos días la idea de la necesaria reorganización del ejército de operaciones en Cuba.

El Gobierno, tomando siempre como punto de partida para todos sus actos que con la campaña se relacionasen, el hecho de tener puesta su confianza en el ilustre pacificador de la anterior guerra, no vió con desagrado la idea de mandar á Cuba dos ó más tenientes generales.

El recuerdo de la anterior campaña, cuando compartían el mando del ejército de operaciones los generales Jovellar y Martínez Campos, era un precedente para la reorganización por la opinión demandada. Y, de ahí, que aceptando el Gobierno la idea como buena y con-

veniente al mejor desarrollo de los planes de la campaña, conviniera en principio crear en la isla dos mandos territoriales confiado cada uno de ellos á un teniente general, con la condición precisa de que éstos fuesen elegidos por el general Martínez Campos, para que sirvieran á sus órdenes, totalmente identificados con su pensamiento.





CAPITULO V

Gravísimos sucesos.—Graves noticias de la isla.—Despachos oficiales.—Destrucción del campamento rebelde de la «Gran Piedra».—El campamento insurrecto de Arroyo Blanco destruído por la columna del teniente coronel Segura.—Muerte del cabecilla Gabino Vazquez.—Fuerza y política.—El general en jefe del ejército de Cuba.—El jefe del gabinete.—Demanda de la opinión.—Acción y pensamiento.—Declaraciones del presidente del Consejo de Ministros.—Hechos contradictorios.—Argumentación.—Problema á resolver.—La guerra es con los filibusteros, no con el país cubano.—Deducciones.—Hay que distinguir.—Con la guerra una política liberal y expansiva.



IENTRAS aquí en la Península era grande la expectación y mayor la impaciencia y la inquietud de los ánimos por conocer la verdadera situación de la perla de nuestras Antillas y el estado de la rebelión separatista, que el Gobierno ocultaba con su censurable silencio ó trataba de desfigurar con officiosos sueltos en los órganos de su comunión política, allá en el teatro de la guerra se desarrollaban sucesos gravísimos de los que tuvimos conocimiento por conducto de nuestro corresponsal en Londres, el cual nos trasmitió el despacho de la Habana que á continuación transcribimos:

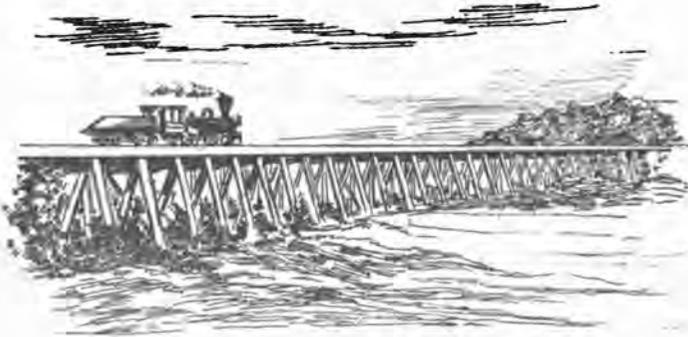
Londres 17.—El general Arderius ha manifestado el 13 del corriente que asciende á 25.000 el número de soldados concentrados en la jurisdicción de Santa Clara.

Asegúrase que ascienden á 12.000 los insurrectos levantados en armas en el mismo distrito.

De Sancti Spiritus y Cienfuegos han salido unos trescientos ó cuatrocientos cubanos, para unirse á los insurrectos.

Estos últimos, que continúan empleando la dinamita como medio de destrucción, han incendiado varias fincas y plantaciones al Sur de Sagua.

El cabecilla Máximo Gómez se encuentra al Sur de la provincia de



PUENTE DEL FERROCARRIL DE LAS MINAS DE DAIQUIRI

Puerto Príncipe, desprovisto de municiones y esperando el desembarco, que le han anunciado, en la embocadura del río Sevilla.

El general Mella, con una columna compuesta de tres mil hombres, noticioso de los planes y propósitos de Gómez, por despachos que sorprendió, en que se daban al jefe insurrecto instrucciones y pormenores relativos al desembarco de armas y municiones, vigila los movimientos de la partida para impedir que realice sus propósitos.

Una pequeña patrulla de caballería, formada por voluntarios de

Sancti Spiritus, se ha unido á los insurrectos que operan en aquella jurisdicción.

Entre los ciento ocho tripulantes que componen la dotación del crucero *Conde de Venadito*, van registrados algunos casos, no graves por fortuna, de fiebre amarilla.

Durante la última semana, han ocurrido varios encuentros entre las tropas y los rebeldes, pero todos ellos de escasa importancia.

El general Martínez Campos ha estado en Sagua haciendo la distribución de los 17,000 hombres últimamente desembarcados en la isla.—X.*»

* * *

La gravedad de la mayoría de las noticias que contiene el precedente telegrama coincidió con el anuncio casi oficial y no rectificado seriamente, de que el Gobierno tenía resuelto, si era preciso, el envío de *doscientos mil hombres* á la isla de Cuba, y con la publicación de los siguientes despachos oficiales:

«*Habana, 16.*—Ha sido atacada una sección de Burgos, procedente del ingenio «*Altamira*», en Las Villas, por numerosa partida de insurrectos, teniendo cinco muertos y tres heridos; pero protegida por fuerzas de Zamora y Camajuaní, fué derrotada la partida con bastantes bajas.

Fuerzas de artillería é infantería de Las Navas alcanzaron la extrema retaguardia de la partida de Albertí, batida ya por la columna de Fuenmayor.—*Arderius.*»

.....
«*Habana, 17.*—Cuatrocientos cincuenta hombres de Luchana y escuadras, al mando del teniente coronel Ruiz y comandante Garrido,

atacaron ayer el campamento de Piedra, entre Felicidad y Rioseco, ocupado por el cabecilla Gil, con ochocientos hombres, que huyeron dejando en el campo ocho muertos, armas, víveres y bombas explosivas.

Nosotros tres heridos de tropa.—*Arderius.*»

* * *

La Piedra, de todos los lugares estratégicos de la región de Guantánamo, es seguramente uno de los que más condiciones reúne para hacer su entrada inaccesible.

La escabrosidad del terreno y las trincheras naturales que le guardan, oponen formidable valladar á los empeños más esforzados y á los ardimientos más fogosos.

A mediados de Septiembre se cobijaban en un campamento levantado en *La Piedra* las partidas de los cabecillas insurrectos titulados mariscal Periquito Perez y brigadier Dionisio Gil, cuyas fuerzas ascendían próximamente á mil hombres.

El bravo coronel Canella, con ciento ochenta hombres de Simancas y veinte caballos de la guardia civil, se propuso atacarles en su guarida y tomarles el campamento.

Su pequeña columna, en combinación con fuerzas á las órdenes del teniente coronel Ruíz y comandante Garrido, realizó su propósito el día 16 de Septiembre, atacándoles y desalojándolos del campamento, sin grandes esfuerzos y después de un ligero tiroteo y oponer el enemigo muy débil resistencia.

El bravo teniente señor Aguirre con 30 hombres fué el primero que llegó al campamento; tras él llegaron el bizarro coronel Canella y el valiente capitán de la guerrilla de Simancas señor Lacalle.

El campamento fué totalmente destruído, cogiéndose el archivo y la correspondencia del cabecilla Gil.

También el teniente coronel Segura al frente de una columna de trescientos hombres de su batallón y guerrilla local de Río Seco, sorprendió uno de aquellos días y tras tres de penosas marchas, otro campamento insurrecto que los rebeldes tenían en Arroyo Blanco, obligándoles á abandonarlo á uña de caballo, y destruyéndoselo por completo.

La columna entró por Santa Cruz del Sur y cayó sobre La Piedra, habiendo sostenido durante toda su excursión tiroteos de vanguardia y flancos, y recogido dos muertos contrarios, armas, caballos y otros efectos.

Las tropas tan solo tuvieron un herido.

Uno de los muertos recogidos, resultó ser, luego de indentificado, el titulado comandante Gabino Vazquez.

* * *

España tenía clara, clarísima la noción de su deber de acudir en masa con todos sus hombres válidos y adultos, á defender la integridad del territorio, á salvar su honor y su bandera en Cuba. En el cumplimiento de esa obligación sagrada no vaciló un momento. Allá acudieron los soldados en activo y los soldados en reserva y los soldados excedentes de cuño: los que estaban llamados á rendir este tributo de su sangre á la patria por imposiciones de su deber y su situación y los que se consideraban libres ya para siempre de empuñar las armas. Y todos partieron lanzando á los aires el patriótico grito de ¡viva España!, que al llegar á sus labios había pasado antes por su corazón...

Pero por eso mismo, porque así era clara y exacta y entusiasta é imperiosa la noción de su deber, al que nunca han faltado ni jamás faltarán los hijos de España, se aparecía como de necesaria y eficaz aplicación la noción de su derecho, que requería una total averiguación de quien los llamaba y para qué los llamaba.

Y, hé ahí que en esas dos preguntas se encerraban los problemas gravísimos, no ya sólo de la campaña, sino de la política en Cuba.

Preciso es proceder por partes para ir dando forma concreta al ansia de saber que se apoderó legítimamente de la opinión. La nación ignoraba si esos millares y millares de soldados que embarcaban y partían para la gran Antilla á emprender una guerra contra los filibusteros y contra el vómito, y aún antes contra este que contra aquellos, eran realmente exigidos por las necesidades de la campaña y reclamados por el general en jefe del ejército de operaciones en la isla.

Por eso era muy de extrañar que no se le dijera al país explícitamente, categóricamente, cuántas fuerzas consideraba necesarias en Cuba el general Martínez Campos, y que las declaraciones de éste, diciendo, según los ministros pregonaban, que no le hacían falta más refuerzos, precedieran en días, y á veces hasta en horas, al envío apresurado de considerables cuerpos de ejército.

*
*
*

Dijo el general en jefe, cuando se preparaba el segundo cuerpo de ejército expedicionario, que le bastaban 14.000 hombres, y ya estaban en Cuba 25.000. y se preparaba otra nueva expedición.

Y comunicó más tarde, por correo, cuando habían llegado ya á las costas de Cuba parte de los refuerzos que constituían el segundo

cuerpo de ejército, sus noticias é impresiones, recogidas en los distintos puntos de la isla desde donde escribía, refiriendo con su habitual franqueza todo cuanto tenía de grave la insurrección.

En la última de sus cartas observábase una mayor tendencia al optimismo, porque ya entonces había llegado á la isla gran parte de la segunda expedición militar, y el capitán general de Cuba explicaba el excelente efecto que en la opinión habían causado aquellos refuerzos,



OFICIAL DE ESTADO MAYOR Y SU ORDENANZA

y entraba á exponer más concretamente su plan de operaciones, detallando la distribución de los 80.000 hombres en todos los distritos y el punto de partida para el ataque.

En cuanto al envío de más fuerzas, el general Martínez Campos se mantenía en aquella fecha en su actitud de antes.

No las pedía; pero no las rehusaba.

Lo cual significaba que las quería.



INMEDIACIONES DE MANZANILLO (*Costa Sur de la isla*)

Y el Gobierno se resolvió á mandarlas, sin limitación.

«—Irán á Cuba—dijo el jefe del gabinete—todas las tropas necesarias para que el movimiento separatista sea sofocado en breve.»

De lo cual siempre resultaba para lo porvenir la terrible duda de cuál había de ser el límite verdadero en el envío de tropas; la duda de si era el Gobierno ó si era el general Martínez Campos quien en cálculos de tan trascendental importancia para el país, se equivocaba.

* * *

Y no era aún eso solo. El límite, con ser indefinido y extraordinario, debía señalarlo la campaña, y si el límite se ignoraba era por que no se sabía á donde alcanzaban las positivas eficaces necesidades de la campaña. Solo el decirlo asustaba, porque ello suponía que no se quería, ó no se podía revelar al país lo que ocurría en Cuba. Así se entregaba al azar lo que en la guerra debía estar calculado y previsto.

Por ello la opinión demandaba hechos, y hechos claros, precisos eran los que hacían falta. Con ellos, y solo con ellos podíamos destruir la funesta campaña que hacía contra nosotros casi toda la prensa de América y aún de Europa. Hechos sí, que demostrasen de un modo incontrovertible todas las peripecias de la guerra; hechos que sumasen en cifras nuestras ventajas sobre los filibusteros; hechos, en fin, que confundiesen á los que se alimentaban con supercherías.

La confianza de los pueblos solo con la verdad y por la verdad se forma y arraiga y consolida.

Valía la pena de escribir historia y no consentir que se forjase á capricho, porque combatiendo allá en la mortífera manigua un ejército que bien pronto había de pasar de 100.000 hombres, existían aquí mi-

llares y cientos de miles de almas que por ellos suspiraban y de ellos se acordaban en sus votos y en sus oraciones.

Más cruel es la incertidumbre que la verdad, porque aquella lleva consigo la inquietud mortal de los espíritus, y por conocer esta y por amarga que pudiera ser, no se habían de debilitar nuestro entusiasmo y nuestro patriotismo.

Si; era cierto. El grito universal en España era este: «Consumiremos hasta el último hombre y agotaremos hasta el último céntimo, antes que consentir que Cuba, la perla de nuestras Antillas, deje de ser de España»



TIPO
DE UN GUERRILLERO

Pero es que no todo el mundo se limitaba á decir esto. Es que hubo quien dijo, como si no nos importasen nada mil vidas más ó menos, como si al país empobrecido no le interesase nada ahorrar unos cuantos millones: «Acabemos la guerra cueste lo que cueste, *que luego pensaremos lo que hay que hacer para que Cuba viva en paz.*»

Y esto no podía, no debía ser, porque ello equivalía á hacer la guerra y derramar la sangre y arruinar al país sin finalidad alguna.

No sabemos de guerra alguna en la humanidad, que haya carecido de objeto y de fin.

Por tanto, á la guerra de Cuba había que aplicar acción y fuerza, pero también pensamiento. Una acción militar muy enérgica, pero también una política muy liberal, una expansión muy moralizadora, muy justa.

A la victoria se llega por la fuerza de las armas; á la paz por una política de expansión y de moralidad.

Por una sabia política se consigue solamente que sea la victoria una paz perdurable, duradera.

*
*
*

Declaró el Presidente del Consejo de ministros en *interview* celebrada por el director de *La Epoca*.

«—En suma, el Gobierno quiere que de una vez y de un solo golpe, y aunque sea á costa de los mayores sacrificios, que el país se impone patrióticamente, quede aplastada la insurrección, pues cada día que pasa nos cuesta un tesoro de sangre y de oro, y *mejor es hacer un grande esfuerzo* que no muchos pequeños, cuando no conducen á un término definitivo.»

No podían caber ya dudas de ninguna especie. El Gobierno estimaba que debía realizarse *un grande esfuerzo* y lo fijó en el envío de nuevas tropas que elevaron la cifra con las ya enviadas á *doscientos mil hombres*. Las palabras del señor Cánovas no podían referirse á otra cosa, no podían aludir al ejército que se encontraba ya en Cuba, porque sino hubiera dicho el *gran esfuerzo que se ha hecho* y no el *grande estuerzo que se debe hacer*.

Pero del mismo modo tampoco podía haber lugar á dudas acerca de los propósitos del Gobierno, personificado en la individualidad de su presidente, en punto á la política que debía aplicarse en Cuba. Era esta:

«—Dominar y extirpar la rebelión y *dejar para tiempos normales* las modificaciones convenientes en los organismos políticos de la isla.»

Esos dos hechos contradictorios: el envío de nuevos refuerzos hasta completar un ejército de *doscientos mil hombres*; y la ausencia de toda

política que apaciguase la isla, nos sugirieron muy tristes y amargas reflexiones.

Y para la exposición de esas reflexiones, que un patriotismo acendrado nos dicta, y que sometemos á la ilustración y claro criterio de nuestros lectores, cuya disparidad de juicio y disconformidad de parecer lamentaremos, prometiéndonos su perdón en gracia á la rectitud de nuestra intención y á nuestra honrada y patriótica buena voluntad, vamos á poner como prólogo las propias palabras del presidente del Consejo de Ministros.

*
*
*

Dijo el señor Cánovas del Castillo, con la autoridad propia del que tiene en sus manos las riendas del poder y dirige la nave del Estado, y con el prestigio de las altísimas dotes de su inteligencia para percibir la realidad y apreciarla debidamente.

—*«Cada día que pasa nos cuesta la insurrección un tesoro de sangre y de oro.»*

Esas palabras, bien lo sabemos, no significan desmayo ni abandono: Muy al contrario; ellas son el fundamento de la necesidad de hacer de una vez un gran esfuerzo para evitar, sin duda, que siguiera por mucho tiempo costando al país la guerra de Cuba, ríos de preciosa sangre, tesoros de dinero...

¿Qué significaría sinó en un espíritu como el del señor Cánovas, una lamentación de un mal grave, si no se le acompañara del remedio? Pero el error, la equivocación estuvieron, en nuestro concepto, en considerar como únicos remedios los de la fuerza.

Si era un mal, y mal de gravedad suma, el que «cada día que pasara nos costase la insurrección un tesoro de sangre y de oro,» no po-

día ser, no era un remedio, prolongar tan inmenso sacrificio por un tiempo largo, indefinido, interminable, más allá de la guerra. Si la campaña había de ser exclusivamente de dominación y exterminio, la victoria no sería la paz, sería la ocupación armada, habría de ser tan sólo la cesación de las hostilidades. Y después de esa paz aparente y ficticia, los ejércitos continuarían haciendo falta, y la ocupación de la isla sería más necesaria que nunca, y el sostenimiento de los *doscientos mil hombres* en pie de guerra imprescindible garantía de su conservación y los tesoros de sangre y de oro continuarían pesando como carga abrumadora para el país...

¿Acaso no era ese un problema para el Gobierno, no era un problema á resolver para el señor Cánovas, después de confesar que era de absoluta urgencia concluir con tan insoportable gasto?

* * *

No hemos oído que nadie haya afirmado, ni siquiera aquellos que por su pesimismo parecen auxiliares gratuitos de los laborantes, que España esté empeñada en una guerra con la isla de Cuba. Nó: la guerra es con los filibusteros, pero no con el país cubano. En ello, no ya la opinión de España, la opinión del mundo entero está unánime.

De lo cual se deducen dos cosas igualmente importantes. Es la una, que en la guerra actual se libra un combate cuasi histórico entre negros y blancos, se sostiene una lucha entre la barbarie y la civilización, entre gentes sin patria y gentes que defienden á nuestra amada España, que es su madre. Es la otra, que en Cuba, la inmensa mayoría del país, todo lo que en él es luz, inteligencia, trabajo, cultura, moral, está totalmente al lado de nuestra bandera.

Ahora bien; si contra los primeros es justa y legítima y necesaria

la guerra, para los segundos es justa y legítima y necesaria una política expansiva y liberal, que arraigue más y más en ellos el culto ferviente á una patria que no abandonaron.

No hacer la debida distinción, tratarlos á todos como á enemigos, sería injusto. Y no decimos que á la vez de injusto sería peligroso, porque estamos firmemente persuadidos de que los cubanos jamás han de faltar á su amor y á su fé por España, por duras que sean las pruebas á que se someta su patriotismo.



RÍO BAYAMO

Pero no basta con que el patriotismo sea un sentimiento, necesita ser también una fuerza. Y una fuerza de tanta importancia, de empuje tal, que ella sola retenga á los dudosos y vacilantes, conforte á los que sufren los horrores y desastres de la guerra, aliente á los tibios, sacuda las perezas de intención y de actividad de los indiferentes, arranque de la tentación á los débiles y sea, en fin, sostén firmísimo de los adictos é incondicionales.

Y para que esa fuerza llegue á ser lo que ser debe, no bastará con todos los ejércitos de Europa, y bastará en cambio, á nuestro humilde

parecer y entender, con la revelación cierta de una política liberal y expansiva, que no se aplace para después de la guerra, sino que con ella sea simultánea y ayude á la acción implacable de las armas con la acción saludable y consoladora de las reformas.

Para vencer y destruir á los criminales insurrectos, todas las tropas que sean necesarias, todos los esfuerzos y sacrificios que las necesidades de la campaña exijan.

Para convencer y conservar el país cubano, que ama á España sobre todas las cosas, toda la libertad y toda la expansión que necesarias sean.





CAPITULO VI

Informes é impresiones acerca del espíritu y estado de la opinión en Cuba.—Las reformas y la insurrección.—Situación de las provincias invadidas por los insurrectos.—La zafra.—Planes del general en jefe.—Augurios favorables.—Condiciones de la paz.—La impunidad de los desembarcos.—Elogios á Martínez Campos.—Los rebeldes en Matanzas.—El partido de Unión Constitucional.—Combate y victoria.—Despachos oficiales.—Manifestaciones del general Martínez Campos al ministro de la Guerra.—Llegada de la segunda expedición militar á Cuba.—Nuestras fuerzas en la isla.—80.000 hombres de todas armas.



ROBUSTECIENDO nuestra opinión, expuesta con la claridad y franqueza que nos caracteriza y que inspira todos nuestros actos, á fuer de imparciales narradores y meros percutores de los ecos de la opinión peninsular, sobre el problema cubano, recibimos de la isla las siguientes informaciones acerca del espíritu antillano ante la grave situación que á aquellos buenos hijos de España, fieles á su amor por la Madre patria, les creara la rebelión separatista iniciada por unos cuantos negociantes ambiciosos, y secundada por otros cuantos aventureros asalariados, sin patria, ni hogar.

Comenzaba negando, nuestro informante, que la insurrección se debiera á las reformas del señor Maura, ni á las del señor Abarzuza. «Se dice esto, añadía, como un pretexto para dilatar el planteamiento

de dichas reformas, y hacer arma en su favor, de la informalidad é inconsecuencia del Gobierno de España.»

«La insurrección—decía—se debe en gran parte á la decepción, constante del país, en espera eterna de las reformas sin jamás verlas logradas. Esta, y no otra, es la principal causa de la rebelión separatista, de la que hicieron bandera los laborantes azucareros y tabaqueros, para su negocio y fines de interés particular.»

La situación de la provincia de Santiago de Cuba era la misma que á últimos del mes de Agosto. Continuaba en ella la inmovilidad de las tropas.

El titulado *generalísimo* de los insurrectos, Máximo Gómez, continuaba con sus fuerzas de unos dos mil hombres, acampado en Najasa, á veinte millas al Sur de Puerto Príncipe.

Sus operaciones se limitaban á impedir el aprovisionamiento de las guarniciones, obligando al envío de los convoyes acompañados de fuertes columnas, provocando escaramuzas que producían bajas, pero rehuendo combates formales.

Las tropas, ocupadas en el aprovisionamiento de los destacamentos, veíanse imposibilitadas de atacar, como desearían, el campamento insurrecto.

La provincia de Santa Clara se hallaba invadida por grupos pequeños de rebeldes, en número de cincuenta á doscientos, que la recorrían en todas direcciones, sembrando á su paso la devastación y la ruina en aquella rica comarca, valiéndose de procedimientos salvajes y propios tan sólo de bárbaros.

»De ese modo se comunican entre sí y hacen difícil su persecución, obligando á los tibios é indigentes á engrosar sus filas.»

El cabecilla que más fuerzas llevaba era el *general* polaco Roloff, que iba constantemente al frente de 2.500 hombres.



En Cienfuegos aumentaban las partidas armadas, á pesar de ser constantemente batidas por patrullas del ejército, que libraban con los filibusteros acciones de poca importancia, en las que nuestras tropas siempre quedaban victoriosas.



BENJAMIN GUERRA
(Tesorero de la Junta Revolucionaria)

En Matanzas el levantamiento insurreccional se encontraba estacionario. Se temía, sin embargo, que Roloff cruzase aquella jurisdicción con su numerosa partida.

Decíase que los cabecillas permitirían la zafra, siempre que los dueños de los ingenios les pagasen una fuerte contribución. Mas, esto, como es natural, no lo consentirían las autoridades de la isla.

La imposibilidad de hacer la zafra y la amenaza de destruir los ingenios, era causa de que los propietarios se encontrasen en una situación difícil y penosa.

La inmensa mayoría del país cubano era partidario decidido del general Martínez Campos; tenían fé en sus grandes dotes para organizar la campaña, y confiaban en el restablecimiento del orden en la provincia de Santa Clara para el inmediato Octubre ó Noviembre, pues

el general dispondría para entónces de fuerzas que ascenderían á 80.000 soldados, á los cuales sería imposible á los insurrectos el resistirlos, no obstante los inconvenientes de la inacción de entonces.

Este era, al parecer, el primer punto del programa de la campaña en la época de la seca: caer en grandes masas sobre Santa Clara y ahogar allí la insurrección, para hacer después lo mismo rápidamente en las otras regiones ó provincias.

Nos decía también nuestro informante, que el cabecilla Máximo Gomez parecía dispuesto á aceptar un arreglo, pacto ó capitulación de paz, si se planteaba en Cuba la autonomía inmediatamente, y si se reconocía el ejército isleño.

Pero ese convenio lo rechazaba con toda energía el *mayor general* mulato Antonio Maceo, quien no transigía con nada que no fuese la independencia de la isla de Cuba.

Daba cuenta después, nuestro informante, de la llegada á Cárdenas de una expedición de los Estados Unidos y del arribo á Baracoa de otra expedición filibustera procedente de México.

Estos hechos le sugerían al comunicante la reflexión y el comentario de la impunidad absoluta y escandalosa con que se verificaban los desembarcos en la isla.

Y terminaba el informe á que aludimos elogiando la honradez, la corrección y las brillantes dotes militares del ilustre general Martinez Campos.

* * *

De conformidad con el anuncio y los informes de nuestro comunicante corrió el rumor en la Habana, el día 14, de que 500 rebeldes cruzaron de la provincia de Santa Clara á la de Matanzas, y que Má -

ximo Gomez había ordenado á Roloff que activase el levantamiento de esta última provincia.

Los rebeldes de Las Villas seguían destruyendo las vías de comunicación y quemando los poblados.

El general Martínez Campos se movía sin excusar fatiga ni molestia y su actividad era digna de los mayores elogios.

Los periódicos del partido de Unión Constitucional, decían que urgía el abandono de la política que se venía siguiendo y desarrollando en la isla y que concedía perdón á los rebeldes sometidos. Reclamaban mayor severidad.

Ampliando detalles de la brillante acción realizada el día 13 por un pequeño destacamento compuesto de 25 hombres del regimiento de Burgos al mando del bravo teniente señor Gimenez, nos comunicó nuestro celoso corresponsal en la Habana los siguientes informes:

Dirigíase dicha fuerza á relevar el destacamento que custodiaba el ingenio «Guadalupe», sito en Alta Villa, cuando vióse de improviso atacado en el camino por una partida de 600 insurrectos, que al mando de los cabecillas Castillo, Carrillo y Cantero, se hallaban ocultos en la manigua con el intento de copar la columna.

Empeñóse una lucha encarnizada y terrible, en la que nuestros bravos soldados se portaron como siempre, con gran bizarría.

El cabecilla Castillo mandó á los suyos que atacaran al machete, pero la serenidad y aplomo de las tropas supo rechazarles cuantas veces lo intentaron.

Al fin, ante la desesperada y heroica resistencia del destacamento, en cuyo auxilio acudieron fuerzas de los batallones de Zamora y Camajuaní, emprendieron los rebeldes la huida, dejando sobre el campo 14 muertos y llevándose gran número de heridos.

La columna tuvo cinco muertos y trece heridos.

Entre los primeros figuraba el cabecilla de color, Cantero, que tomó

parte activa en la guerra pasada y gozaba de gran prestigio entre los suyos.

* * *

El día 19 recibióse en el Ministerio de la Guerra los siguientes despachos oficiales de Cuba:

«*Habana, 18.*—El general segundo cabo al ministro de la Guerra:

Batallón Tetuán desembarcó hoy sin novedad. Expléndido recibimiento, aclamado y obsequiado por inmenso pueblo que detenía su marcha. General en jefe, en Santiago de Cuba.—*Arderius.*

.....

«*Habana, 18.*—Queda terminado el desembarco expedición tropas, y cumpliendo orden general en jefe, transmito á V. E. el siguiente telegrama:

«Llegaron todos refuerzos. Merece bien de la patria Compañía trasatlántica por este importante servicio. Gracias á él y á la actividad y acertadas disposiciones del general Arderius, al trabajo y á la actividad del coronel jefe de Estado mayor señor Castañeda y oficiales á sus órdenes, se han verificado los trasbordos y desembarcos con rapidez y orden, encontrando los cuerpos en los puertos los auxilios todos que necesitaban, saliendo para sus destinos á las pocas horas.

Permítame V. E. le felicite con efusión: un esfuerzo como éste, tan ordenado, tan rápido, con sólo recursos propios tan numerosos, honra sobremanera al Gobierno que lo ha llevado á cabo y da una levantada idea del poder militar y marítimo de España.—*Campos.*»

En carta particular dirigida al general Azcárraga, hizo el general en jefe del ejército de Cuba, las siguientes manifestaciones:

Que abrigaba la convicción de que la guerra actual era más grave

que la anterior, y que sus consecuencias serían muy dolorosas, no tanto por lo que pudiera durar y los daños que produjera, sino por los grandes sacrificios que habría de imponer á España.

El general no se mostraba pesimista por la marcha y éxito de las operaciones; le preocupaba más el dinero y la sangre que á la patria costaría la lucha, y los peligros resultantes de disminuir el ejército peninsular por aumentar el de la isla, pues pudiera suceder que no fuese



CAÑONERO «NUÑEZ DE BALBOA»

posible hacer frente á cualquier eventualidad desagradable que aquí surgiera.

Dijo que el partido autonomista cubano trabajaba mucho para intentar un arreglo con los rebeldes y hacerles deponer las armas.

»No lo conseguirá—decía la carta,—y no estamos ahora para tratos ni arreglos. La guerra solo puede acabar por la victoria de nuestras armas, no por componendas con el enemigo.»

Hablando de la salud de las tropas, decía el ilustre caudillo:

«El vómito hace menos estragos que otras veces y no experimentamos aquellas bajas que antes inspiraban justificado terror. A fin de

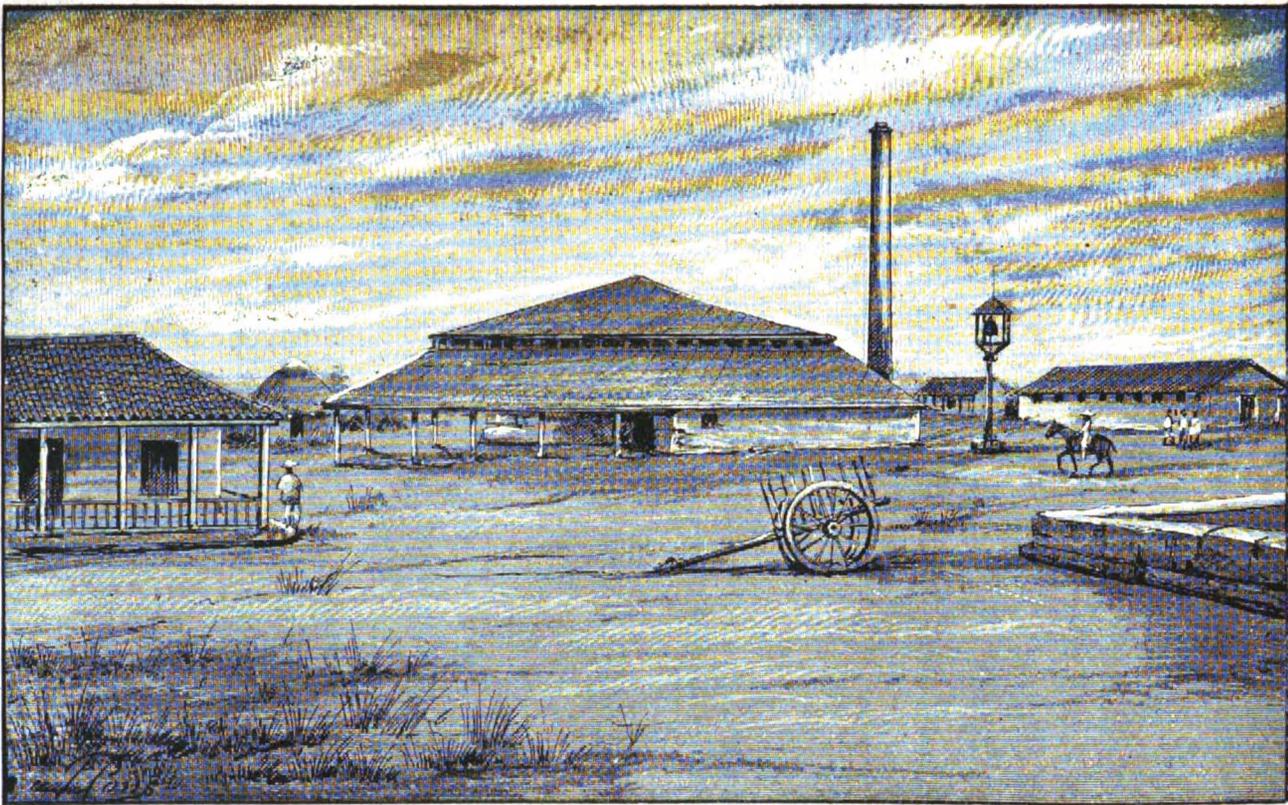
prevenir los efectos del clima en las tropas que llegan, procuro que los batallones, apenas desembarcan, estén en los puertos el menor número de horas posible, trasladándolos inmediatamente á puntos elevados.»

* * *

Efectuado el desembarco de la segunda expedición militar á Cuba, había ya en la isla las fuerzas siguientes:

43 batallones de infantería, á 900 plazas.	38,700	
20 id. id. id. á 1,050 id.	21,000	
Infantería de marina.	2,700	
Guerrillas.	1,100	
<i>Total de infantería.</i>		<u>63,500</u>
Caballería.	3,900	
Artillería.	2,200	
Ingenieros.	1,400	
<i>Total.</i>		<u>71,000</u>
Además:		
Guardia civil.	4,400	
Orden público.	1,000	
Milicias, escuadrones del Comercio, compañías disciplinarias por organizar, etc.	3,600	
<i>Total general.</i>		<u><u>80,000 hombres.</u></u>





BATEY Y CASA-CALDERAS DE UN INGENIO



CAPITULO VII

Duelo nacional.—Dolorosa y horrible catástrofe en la Habana.—El naufragio del crucero *Sánchez Barcáiztegui*.—La primera noticia del siniestro.—Acuerdo ministerial.—Terrible impresión en la Península.—Despachos oficiales.—Nuestros telegramas.—Indescriptible emoción.—Manifestación general de duelo.—Nuestra marina de guerra.—Duelo en la marina española.—Tristes remembranzas.—Eterna historia del progreso humano.

El telégrafo, convertido para nosotros con lamentable frecuencia en conductor de malas nuevas, nos trajo el día 19 de Septiembre la de una gran desdicha, más dolorosa por más inesperada, que llevó el duelo al espíritu de todos los españoles y lágrimas á los ojos y el luto al corazón de muchas madres, de muchos hijos, de muchos hermanos.

Los telegramas que á continuación transcribimos relatan con toda su inmensa pesadumbre la terrible desgracia. Uno de nuestros barcos de guerra, el crucero *Sánchez Barcáiztegui*, á cuyo bordo iba una tripulación brillante y animada, más dispuesta á la lucha con nuestros enemigos que preparada á uno de esos accidentes trágicos y alevosos

de la mar, se fué á pique en la bahía de la Habana, y en el naufragio perecieron buen número de sus valientes tripulantes.

Al circular en la Península la mala nueva, el dolor efectivo que España sintió y la pena honda y real que embargó todos los ánimos, no dejaron ni lugar siquiera para la palabra que animase y que consolase.

Las víctimas eran hermanos nuestros. Llenos de ardimiento y llenos de valor, habían ido á Cuba á luchar por la honra y por las necesidades de la patria, y hallaron una muerte sin lucha, sin gloria, sepultados bajo los elementos impasibles.

Las madres, los hermanos, las esposas, los hijos que los vieron partir guerreros, y que esperaban su vuelta como vencedores y con el ramo de oliva, símbolo de la paz deseada, ó su muerte gloriosa como bravos en la pelea, como mártires de su deber y amor patrio, los perdieron víctimas de inesperada y luctuosa catástrofe.

A ellos, por eso mismo, debieron ir en doble grado los lamentos y las lágrimas de todos; á ellos ha de ir el recuerdo que hoy les consagramos en estas páginas.

Con las familias que en aquellos momentos de luto nacional lloraron sin consuelo á los seres queridos, estuvieron los sentimientos de España entera, que sabe compartir siempre todos los duelos de la nación y prestar ayuda á todas las desdichas.

Si el duelo general de la nación no bastó ni había de bastar para secar las lágrimas de las desoladas familias de los malogrados náufragos del *Barcáiztegui*, pudo al menos servir para fortalecer sus corazones, ya que al perder sus hijos ó esposos, sus padres ó hermanos en el servicio de la patria, habían de encontrarles de nuevo entre los mártires, á quienes se consagra siempre con el sentimiento en el alma y con la página gloriosa en la historia.

*
*
*

Poco después de las cuatro de la tarde del día 19 de Septiembre, recibió el señor ministro de Ultramar un telegrama en que la primera autoridad de la Habana le daba cuenta del terrible accidente que había producido la pérdida del crucero *Sánchez Barcáiztegui*, y con él la de una parte considerable de su brillante tripulación.

Ese telegrama que leyó con dolorosa sorpresa el señor Castellano, fué el primero que transmitió á la Península la noticia de la catástrofe.

Acto continuo el ministro de Ultramar púsose al habla con el de Marina, general Beranger, el cual aún no tenía conocimiento del triste suceso, trasladándole á su vez el texto del despacho recibido en la primera de dichas secretarías.

Posteriormente, y con intervalos de reducido tiempo, fueron llegando telegramas dirigidos á los ministros de Marina y de Guerra, quienes se apresuraron á transmitirlos al presidente del Consejo, al



DON FRANCISCO IBAÑEZ VALERA
(Comandante del *Sánchez Barcáiztegui*)

ministro de Estado y á los demás individuos del gabinete, residentes en Madrid.

Los ministros de Ultramar, Marina y Guerra utilizando el teléfono para no perder tiempo inútilmente, discutieron con brevedad dos puntos, que resolvieron desde luego en sentido afirmativo: fueron las dos cuestiones que motivaron la consulta; la primera, si debería darse publicidad á la noticia inmediatamente, y la segunda, que, si dándosela, sería prudente publicar los nombres de los jefes y oficiales que yendo á á bordo del *Barcaiztegui*, habían perecido á consecuencia de la colisión entre dicho buque y el vapor mercante *Mortera*.

*
*
*

Los ministros no vacilaron: noticia de tan grande interés para la nación no era posible ni prudente ocultarla sino durante muy pocas horas, corriéndose el peligro, de haberse adoptado este criterio, de que transpirando al público y á la prensa, la fantasía popular atribuyera á otras causas el motivo de la catástrofe, ya de suyo bastante grave y dolorosa para permitir que se prestase á aventuradas interpretaciones.

En cuanto al segundo punto, los ministros pensaron, á nuestro entender con recto criterio, que la ocultación de los nombres de las víctimas de la catástrofe, sin evitar el dolor que pocas horas después habrían de experimentar sus respectivas familias, sumiría en la más desconsoladora de las incertidumbres á los que tenían personas queridas entre la dotación del buque zozobrado.

Para evitar en lo posible la terrible sorpresa que en algunos hogares produciría el conocimiento inopinado de la catástrofe, el general Beranger dispuso que sus ayudantes cumplieran el penoso deber de poner, en nombre suyo, en conocimiento de las personas interesadas

residentes en Madrid, la dolorosa noticia, dirigiendo despachos, además, á los departamentos marítimos para que se procediese de igual manera con las familias de las víctimas que no se hallaban domiciliadas en la villa y corte.

Inmediatamente después de ser puesto en práctica el laudable pensamiento del señor ministro de Marina, se decidió facilitar á los periódicos de la tarde los telegramas oficiales.

Los ministros, y muy especialmente los de Marina y Ultramar, vivamente impresionados por el breve cuanto aflictivo relato de la pérdida del *Sánchez Barcáiztegui*, se preocuparon con la investigación de las causas que hubiesen determinado la colisión, no explicada en los telegramas recibidos.

*
* *

El general Beranger, profundamente apenado por el deplorable suceso, en conjunto, y por la muerte de su querido amigo y compañero de armas, señor Delgado Parejo, en detalle y particularmente, y de los oficiales y tripulantes víctimas de la colisión, se apresuró á significar á las autoridades de la isla de Cuba y al jefe accidental del Apostadero de la Habana, el pesar que al Gobierno causará y que causaría al país entero, la noticia del triste acontecimiento, recomendándoles, además, que le comunicasen circunstanciadamente los pormenores del accidente, con expresión de las causas que lo produjeron y de las consecuencias que tuvo el vapor *Mortera*, causa determinante, siquier involuntaria, del naufragio del crucero.

También el señor ministro de Ultramar dirigió á las autoridades de la Habana telegramas en igual sentido, que á la una de la madrugada no habían tenido aún contestación.

El señor Castellano, hondamente afectado por el triste suceso, se dolió en primer término de la pérdida de los 32 defensores de la patria que habían sido víctimas de la catástrofe, lamentando, después, la de un barco de mil toneladas, que aún no reuniendo todas las condiciones de los buques modernos, representaba una fuerza utilizable y de gran importancia para el actual estado de cosas en la isla de Cuba.

Tributó también el señor ministro de Ultramar grandes y merecidos elogios del infortunado contralmirante señor Delgado Parejo, cuya muerte, siempre sensible, lo era mucho más para España en aquellos instantes, en que su actividad, su energía y el profundo conocimiento de las costas de Cuba y de los ardides filibusteros, eran una garantía segura de que al disponer de los elementos indispensables, habría logrado impedir todo desembarco que proyectaran los separatistas.



DON FAUSTINO MARTÍN DÍAZ
(Médico del Sánchez Barcáiztegui)

*
*
*

Hé aquí los telegramas oficiales recibidos en los ministerios de Ultramar, Marina y Guerra, dando cuenta de la espantosa catástrofe ocurrida en la bahía de la Habana.

«Habana 19.—Al ministro de Ultramar:

Anoche á las doce salió crucero *Barcáiztegui* con comandante general apostadero á girar visita canal.

Boca puerto fué embestido por vapor mercante *Mortera*, yéndose á pique crucero á la una.

Segundo jefe Apostadero me dió cuenta desgracia personándome capitania puerto.

Recogido cadáver contralmirante Delgado Parejo.

Desaparecido comandante crucero Ibañez, tres oficiales y 36 tripulantes. Salvado segundo comandante con cuatro oficiales y 110 tripulantes.—*Arderius.*»

«*Habana* 19.—Al ministro de Marina:

Comunico con profunda pena que media noche de hoy y boca de este puerto, fué embestido el crucero *Barcáiztegui*, que salía con comandante general del apostadero, por vapor mercante *Mortera*, yéndose á pique rápidamente el primero.

Recogido cadáver almirante Delgado Parejo. Desaparecidos comandante Ibañez, contador Pueyo, médico Martín Díaz, alférez navío Soto y 36 tripulantes; salvados, 116, segundo comandante, ayudantes personales Gastón y Aroca, y alféreces de navío Cantó y Junco. He tomado mando apostadero.—*José Gómez Imaç.*»

El telegrama dirigido al ministro de la Guerra coincidía en lo esencial con los que dejamos transcritos.

Sin embargo, dos detalles añadía de sumo interés; uno, que el *Sánchez Barcáiztegui* se dirigía á Cayo Hueso; otro, que el crucero español llevaba los faroles apagados.

Hé aquí, ahora, los telegramas de nuestro corresponsal en la capital de la grande Antilla:

«Habana 19. (8'20 m.)—El crucero *Sánchez Barcáiztegui*, que se hallaba anclado en este puerto, se hizo á la mar á media noche, con rumbo aquí desconocido, llevando á bordo al comandante general del apostadero, contralmirante don Manuel Delgado Parejo, circunstancia que no había dejado de llamar la atención del reducido número de personas enteradas de la salida del buque.

Media hora después de zarpar el buque y al doblar la punta del «Morro» chocó el *Barcáiztegui* con el vapor mercante *Mortera*, que se dirigía á la embocadura del puerto.

El choque fué tan terrible que el crucero fuese á pique casi inmediatamente, pereciendo el comandante general señor Delgado Parejo, y otros, cuyo número y categoría desconozco en este momento.

Con el contralmirante iban sus dos ayudantes personales señores Gastón y Aroca.

Los dos hanse salvado milagrosamente; iban sobre cubierta hablando con el general Parejo.

El señor Aroca ha sufrido una herida en la pierna izquierda, que creo no será de gravedad.

El señor Gastón ha resultado, afortunadamente, ileso.

El comandante del crucero señor Ibáñez ha desaparecido.

A estas horas se desconocen aún los detalles del triste suceso. —X.**

«Habana 19. (9'30 m.)—He conseguido conocer algunos pormenores de la catástrofe, en medio de la inmensa y natural confusión que en la capitania general y en los centros de marina ha producido la noticia del naufragio, comunicada á las autoridades por la capitania del puerto.

Sábese que aumentó las proporciones de la catástrofe la circuns-

tancia de haber hecho explosión las calderas de la máquina al sumergirse el barco.

Tan pronto se conoció en la capitania del puerto el triste suceso salieron en auxilio de los naufragos los tripulantes de la lancha de guerra *Intrépida*, hallando á las cinco y media de esta mañana el cadáver, sin cabeza ni brazos, del comandante del *Barcáiztegui*, capitán de fragata don Francisco Ibáñez.

Hasta ahora—nueve de la mañana—se ha notado la falta de treinta y seis de los tripulantes del crucero.

Dícese, aunque desconozco los fundamentos del rumor, que el *Barcáiztegui* se dirigía á Cayo Hueso para vigilar á un barco filibustero destinado á desembarcar en la isla armas y pertrechos de guerra, añadiendo que para evitar que fuesen vistos sus movimientos, el buque de guerra llevaba apagadas sus luces.—X.**

«Habana 19. (11 m.)—Según me han informado en los centros oficiales, del doloroso recuento hecho entre los tripulantes del *Barcáiztegui* resulta que han perecido, además del contralmirante señor Parejo y del comandante del crucero, señor Ibáñez, el médico señor Martín Díaz, el contador, señor Pueyo, el alférez de navío, señor Soto y 36 individuos de marinería y tropa. Total 41 víctimas.

Muchos de los que se han salvado débenlo á los esfuerzos hechos para lograrlo por los tripulantes del *Mortera*.

Buen número de los desdichados que no tuvieron igual suerte, han sido pasto de la ferocidad de los tiburones, tan numerosos en esta costa, y que tanto abundan en esta bahía.—X**

El terrible siniestro ocurrido al crucero *Sánchez Barcáiztegui* en la misma bahía de la Habana, produjo horrenda conmoción; emoción indescriptible.

Desgracia tan horrible dió ocasión para un desbordamiento total del cariño y del sentimiento de la Nación.

Aquí, en el ministerio de Marina, llovían telegramas de pésame enviados de las cuatro partes de la Península.



DON AQUILES SOLANO
Inspector del puerto de la Habana

Allá, la población entera de la Habana no sabía hablar sino de las desgraciadas víctimas, y no tenía atención más que para los supervivientes del naufragio.

El segundo comandante del crucero, señor López Aldarete; los ayudantes del desventurado comandante general del Apostadero, tenientes de navío señores Gastón y Aroca, y los alféreces de navío, señores Cantó y Junco, fueron visitados por innumerables personas de todas las clases sociales de la Habana, ansiosas de adquirir de sus labios detalles y pormenores de la horrenda catástrofe, y

ávidas de hacerles manifestación verbal del duelo y sentimiento que embargaba sus almas.

Todos ellos, á excepción del señor Aroca, al que le obligó á guardar cama la herida que recibiera, visitaban y custodiaban incesantemente los lugares en que se hallaban expuestos los cadáveres de sus jefes y compañeros, seguidos y acompañados siempre de inmensa multitud que con ellos compartía el dolor y la pesadumbre que apenaba

sus contristados espíritus ante las víctimas del horrible y deplorable siniestro.

* * *

Inacabable y tristísima racha de siniestras contrariedades hallábase sufriendo nuestra marina de guerra. A poco del naufragio y pérdida total del crucero *Reina Regente*, cuyo luctuoso recuerdo aún perduraba en la mente de la nación, vino el siniestro marítimo ocurrido en las costas del Cantábrico, en las que se hizo astillas el cañonero *Tajo* al chocar en el sitio llamado Sariguchi, á la entrada del puerto de Pasajes y á cincuenta metros de tierra; luego las averías sufridas por el torpedero *Filipinas*, que se dirigía á Cuba y hubo de arribar á Cabo Verde por no poder proseguir su viaje; aseguída la nueva entrada en dique del crucero *Isabel II* para reparar deficiencias que se le notaron; después las averías del *María Teresa* al salir del Ferrol para hacer pruebas de artillería y tocar en el fondo de la ría; más tarde el naufragio y pérdida del crucero *Colón* al encallar en los bajos de los Colorados, cerca del cayo Buenavista (Cuba); y por último, el del cañonero *Caridad* que se fué á pique junto á Cárdenas (Cuba); y á toda hora y en todo tiempo los mil y mil incidentes que impedían á nuestros buques de guerra navegar ó cumplir las comisiones á que se les destinaban.

Contratiempos semejantes bastarían para llevar el abatimiento á los espíritus, en otro país que el nuestro. Aquí, los deploramos, sufrimos sus tristes consecuencias, lloramos á los muertos, prodigamos consuelos á las víctimas... y seguimos adelante sin preocuparnos con ponerle remedio, y dándolos muy luego al olvido. Ni enmendamos las faltas que los suelen originar, ni remediamos las deficiencias á que obedecen en la mayoría de los casos

Y, forzoso es reconocerlo y penible haber de confesarlo: en todo cuanto se relaciona con la Armada, la imprevisión es nuestra musa, la casualidad nuestra Providencia; Providencia que muchas veces se encarga de imponernos el castigo que merece la criminal apatía de nuestros gobernantes.

*
*
*

En seis meses, inapreciable lapso de tiempo en la vida de las naciones, la marina militar española sufrió las más grandes amarguras. Un día, un gran barco acorazado que desaparece en las profundidades del Océano, arrastrando á más de cuatrocientos marinos; poco después, un cañonero que choca y zozobra en las costas cántabras; otro día un crucero que se vá á pique, y con él un general de nuestra Armada y jefes y oficiales y marineros y soldados, hasta el número de cuarenta y uno.

Esta última catástrofe, ocurrida de modo tan inesperado, en horas de angustia, en horas de tribulación para la patria, vino á sumir en dolor, solamente apreciable para aquellos que saben la medida de la grandeza de nuestro pueblo, á España entera.

Mas, á pesar de la terrible constancia con que la desgracia parecía perseguir á esta tierra de los grandes destinos, jefes y oficiales de la Armada, al expresar su dolor por la muerte de compañeros queridos, lo hicieron afirmando una vez más cómo estaban dispuestos á perder la vida por la patria cual, en cumplimiento de sus deberes, la habían perdido los tripulantes del *Sánchez Barcáiztegui*.

Así lo expresó el capitán general del departamento del Ferrol en telegrama dirigido al ministro de Marina; así también los jefes y oficiales de los distintos cuerpos de la Armada que prestaban sus servicios en el Ministerio del ramo, con el vicealmirante, vicepresidente del Cen-

tro consultivo de la Armada, y el jefe de Estado Mayor del citado Ministerio á la cabeza, lo hicieron presente al señor Beranger; así también cuantos generales de Marina había en Madrid y los que mandaban los departamentos se apresuraron á hacer constar, al propio tiempo que su dolor por la pérdida de los compañeros que allá en la gran Antilla habían perecido de modo tan inesperado, cómo estaban dispuestos á ocupar el sitio de honor en el peligro.

Pero si como militares y españoles nuestros marinos hallábanse como siempre dispuestos al sacrificio de sus vidas, de sus afectos, de sus amores, como hombres, al fin, y, siquiera momentáneamente, rindieron tributo al dolor inmenso que en aquellos momentos envolvía á la patria entera, llorando como lloran los hombres de honor á sus amigos, á sus compañeros de armas, á sus hermanos.

Así, el general Beranger, al recibir á sus subordinados que fueron á expresarle la honda pena que embargaba en aquellos instantes á la Marina española por la pérdida irreparable del contralmirante señor Delgado Parejo y de cuarenta marinos, habló con las lágrimas más que con los labios, como hombre de corazón más que como jefe superior de la Armada.

* * *

Hundióse el *Reina Regente* en las profundidades del Océano á la vista de Cádiz; desapareció para siempre en los abismos del mar el *Sánchez Barcáiztegui*, casi en la bahía de la Habana, á la boca del mismo puerto; ambos sin combatir, como la *Invencible*.

«En la desgracia se ha templado siempre el espíritu de España.»

No hubo, no pudo haber en el espíritu de la patria, á raíz del luctuoso siniestro, lugar para otra emoción que la de un agudo y hondísimo dolor por la horrible catástrofe del crucero *Sánchez Barcáiztegui*.

La muerte de un general de la Armada, militar pundonoroso, bravo é inteligente; la muerte del comandante del barco, marino distinguido por su historia y por su valor acreditados hasta los últimos instantes del espantoso siniestro; la muerte de cuarenta y un hombres, entre oficiales y marineros, que sucumbieron, no en combate glorioso con los enemigos de la patria, sino en la triste y estéril lucha con un hado funesto que iba convirtiendo los mares en vastísimo sepulcro de los valerosos hijos de España,... era materia harto grave para que sólo ella absorbiera todas las fuerzas de la opinión desconsolada.

Y llorando las gentes la desdicha inmensa sufrida por la patria, parecía que se resistían á creer en el hecho natural de un choque en el mar, como causante de la pérdida del crucero. Así, nacieron y se extendieron rumores absurdos, fantásticas explicaciones sobre aquello que fué una desgracia enteramente fortuita é inevitable. No hay previsión humana que impedir pueda hechos de esa naturaleza. Con ser el mar tan inmensa vía, suelen ocurrir en ella más choques que en todas las comunicaciones terrestres.

Pero si era absurdo pensar en algo que no fuera lo que los despachos oficiales y los telegramas particulares y de la prensa dijeron, no pudo impedirse que todo el mundo recordase la larga y luctuosa lista de siniestros marítimos ocurridos en muy pocos meses á los buques de nuestra Armada.

¿Para qué repetir esa lista, si la enumeración de tan larga cadena de desastres sólo había de servir para renovar la llaga del dolor nacional, constantemente enconado y sin lenitivo posible?



Además, el hecho de agrupar en série todos esos siniestros clasificaría bajo un mismo epígrafe todas las causas de los mismos, cuando ellos en sí son muy heterogéneas, y no sería lícito colocar al lado de lo que fué resultado de torpeza ó error, lo que es fruto de una desgracia, de un hecho fortuito.



POBLADO DE SONGO

Eleveemos nuestro espíritu á la regeneradora esperanza... No podemos creer que la causa de tantos infortunios sea un destino infausto que sobre España pesa, porque el aceptar un país como cierta esa idea, lleva inevitablemente á un estado de ánimo en que se admite lo fatal como castigo, como algo contra lo que no cabe luchar ni defenderse.

Y, ese estado de ánimo está muy cerca de la resignación sombría, del fatalismo de los musulmanes, origen primordial de su abandono, de la decadencia de su genio y de su raza.

Hay algo peor que la desgracia, y es, el recibirla como merecida.

Por ello, es preciso analizar siempre los hechos en que vá envuelto algún desastre terrible para una nación.

Por triste y acerba que sea la verdad de su explicación, más dolorosa es la conformidad sin defensa ni protesta contra lo adverso de los hechos naturales.

Hasta la misma Naturaleza, con su ciega é impasible producción de males, se vence y se doma.

Esa es la eterna historia del progreso humano.





CAPITULO VIII

Causas del siniestro.—Desgracia inevitable.—Tristes consideraciones.—La versión más exacta de la horrible catástrofe.—Salida del puerto de la Habana del *Barcáiztegui*.—Vapor á la vista.—Accidente en la máquina eléctrica.—En completa obscuridad.—El *Mortera*.—El choque.—El ayudante señor Gastón y el oficial señor Junco.—El comandante del crucero.—¡A pique!—El general Delgado y Parejo.—¡A fondo!—Supremo momento de confusión.—Detalle horrible.—El abordaje del *Mortera*.—Detalles horripilantes del siniestro.—El capitán del *Mortera*.—Opinión autorizada.—Explicaciones del comandante general del apostadero de la Habana acerca de la colisión entre los dos buques.—Noticia sensacional.



UNQUE fueron varias las versiones que se dieron para explicar las causas que determinaron el abordaje del *Mortera* y el *Sánchez Barcáiztegui*, hay que convenir en que ninguna de ellas logró llevar el convencimiento al ánimo del público.

El jefe del Gobierno quiso cerrar, apenas abierta, las discusiones que hubo de provocar fatalmente el triste suceso, y prescindiendo de si se hicieron ó se dejaron de hacer las señales debidas, y de si las luces del crucero iban ó no apagadas, explicó también la catástrofe de la manera más sencilla y natural del mundo, calificándola de «desgracia inevitable». Pero tampoco esta explicación satisfizo á nadie.

Probable es que nos habriamos contentado con ella, á falta de otra

mejor, si en lo que iba de año no hubiésemos perdido el *Reina Regente* y el *Tajo*, y casi perdido el *Filipinas* y el *María Teresa*, pero tantas desgracias seguidas parecieron demasiadas, sobre todo á título de *inevitables*.

Y como era natural, todo el mundo empezó á pensar y á decir que era preciso evitarlas, por que de otra manera, esas catástrofes parciales iban tomando por lo repetidas y frecuentes, el carácter de un Trafalgar por entregas.

Con mejor buen deseo que sentido práctico se pidió entónces, como tantas otras veces, que se abriera una información para depurar los hechos que pudieron motivar el choque entre el *Barcaiztegui* y el *Mortera*.

Nosotros mismos en varias ocasiones, y á falta de otro recurso, habíamos abogado desde las columnas de la prensa, por el expedienteo, tan dilatorio como estéril é ineficaz, según han demostrado repetidamente los hechos; pero hartos ya de desengaños no nos inspiró fé alguna lo de la información; no nos ofreció esperanza alguna el procedimiento. El mal nos pareció demasiado hondo, para curarlo con tan superficial remedio.

* * *

Lo mismo cuando se perdió el *Reina Regente* que cuando se perdió el *Tajo*, que cuando se inutilizó el *Filipinas* y cuando encalló el *María Teresa*; se abrieron expedientes. ¿Y qué resultó de todos ellos? Que nuestros barcos seguían perdiéndose.

El remedio por consiguiente, no estaba ahí: bien claro lo demostró el resultado negativo de la información practicada en averiguación

de las causas genésicas del naufragio del *Barcáiztegui*. A los doce días naufragaba el *Colón* y al mes se iba á pique el *Caridad*.

Era necesario, pues, buscarlo por otra parte y por otros procedimientos.

Cuando un país tiene que lamentar de tarde en tarde la pérdida de un buque, compréndese que la información sea conveniente, porque



PLAZA DE LA IGLESIA DE MANZANILLO

se trata en tal caso de un mal aislado por defecto de la nave ó por deficiencia del que la manda.

Mas, cuando los naufragios y las averías en los barcos se repiten con la aterradora frecuencia que en el éxodo presenciamos, hay que ahondar un poco más para desarraigar el mal; hay que revisar toda la organización.

Achacar exclusivamente á la desgracia las calamidades que sufrimos, equivale á declararse impotentes para luchar con la adversidad.

La pérdida del *Sánchez Barcáiztegui* pudo haber sido casual, no lo negamos. Pero ya que aquellas otras en que la fatalidad no intervino poco ni mucho, no sirvieron para hacernos previsores, procuren

nuestros gobernantes remediar indudables deficiencias, puestas de relieve tantas veces por los hechos, para evitar, al menos, que esas no se repitan.

* * *

La versión más exacta y que nos dió más cabal idea de lo que fué la horrible catástrofe del *Barcáiztegui*, es la que nos comunicó por correo nuestro ilustrado corresponsal en la Habana, recogida de labios de uno de los naufragos supervivientes al horrible siniestro.

«A las once de la noche del miércoles 19 de Septiembre salieron de la comandancia del Apostadero de la Habana, el desgraciado comandante general señor Delgado Parejo y sus dos ayudantes personales señores Gastón y Aroca para embarcar en el *Sánchez Barcáiztegui*, con objeto de hacer un viaje de inspección en las costas de la isla é impedir el desembarco de una numerosa é importante expedición filibustera, de cuya próxima llegada se tenía conocimiento.

A bordo ya del crucero el general y sus ayudantes, y listo ya y dispuesto el buque á hacerse á la mar, el comandante señor Ibañez dió orden á la tripulación para cobrar amarras y ponerse en franquía, y empezóse á maniobrar para salir del puerto; operación que se hizo larga y pesada, porque la marea tenía al *Barcáiztegui* en dirección contraria á la salida y porque como la noche era muy oscura y tormentosa, no se veían las boyas más que á la claridad de los fusilazos (relámpagos).

Como es natural, todos iban en sus puestos, y en el puente alto el comandante, el oficial de derrota y el práctico. El general iba sentado en una silla y sus dos ayudantes de pié á su lado.

Zarpó el buque y puso rumbo sin novedad á ganar la boca del puerto, y al estar precisamente entre las dos últimas boyas, vióse salir por el lado de la farola del Morro un vapor.

Uno de los ayudantes del general, el señor Aroca, dirigiéndose al comandante, dijo:

—«Don Paco, ¿ha visto usted ese vapor?»

Ibáñez contestó:

—«Sí; pero aquí no podemos hacer nada; él gobernará.»

Y el crucero siguió un poco hasta pasar las boyas.

Entonces, como iba hacia estribor, quiso aprovechar esa caída del barco, y gritó:

—«Todo á estribor y dar la señal al vapor,» — lo que se cumplió dando una pitada larga al vapor, que ya estaba más cerca.

En este mismo momento gritaron de cubierta que la máquina eléctrica había cogido la mano á un marinero y se había parado, por lo que quedó el buque completamente á oscuras, sin una luz á bordo, y por más que todos pedían luces de vela ó aceite, ya no llegaron á encenderse.

Oyóse entonces á la sirena del *Mortera* dar dos pitadas, lo que indicaba que él daba vuelta á babor, por lo que el comandante del crucero mandó echar atrás á toda fuerza y meter también á babor para que les pasase el *Mortera* por ese costado; pero ya no dió tiempo y acto continuo recibió aquél la trompada casi en la proa; Unos segundos más y el *Barcáiztegui* hubiera evitado el choque!

* * *

Al instante ordenó el señor Ibáñez:

—«Alistar los botes con orden.»

Y señaló á uno de los ayudantes del general, el señor Gastón, para que secundase sus órdenes, haciéndolas obedecer.

Al bajar éste, díjole el alférez de navío, señor Junco:

--«Permítame pasar delante para ir por mi machete y poder picar las trincas de los botes.»

Así se hizo á tientas, pues el buque seguía completamente á oscuras, sin verse unos á otros los tripulantes, ni conocer al que tenían á su lado.

En ese momento, y mientras el señor Gastón se ocupaba de que estuviesen listos dos botes de estribor, oyóse arriar un bote de babor y gritar con energía al comandante:

—«¿Quién ha mandado arriar ese bote? ¡izarlo hasta que se mande!»

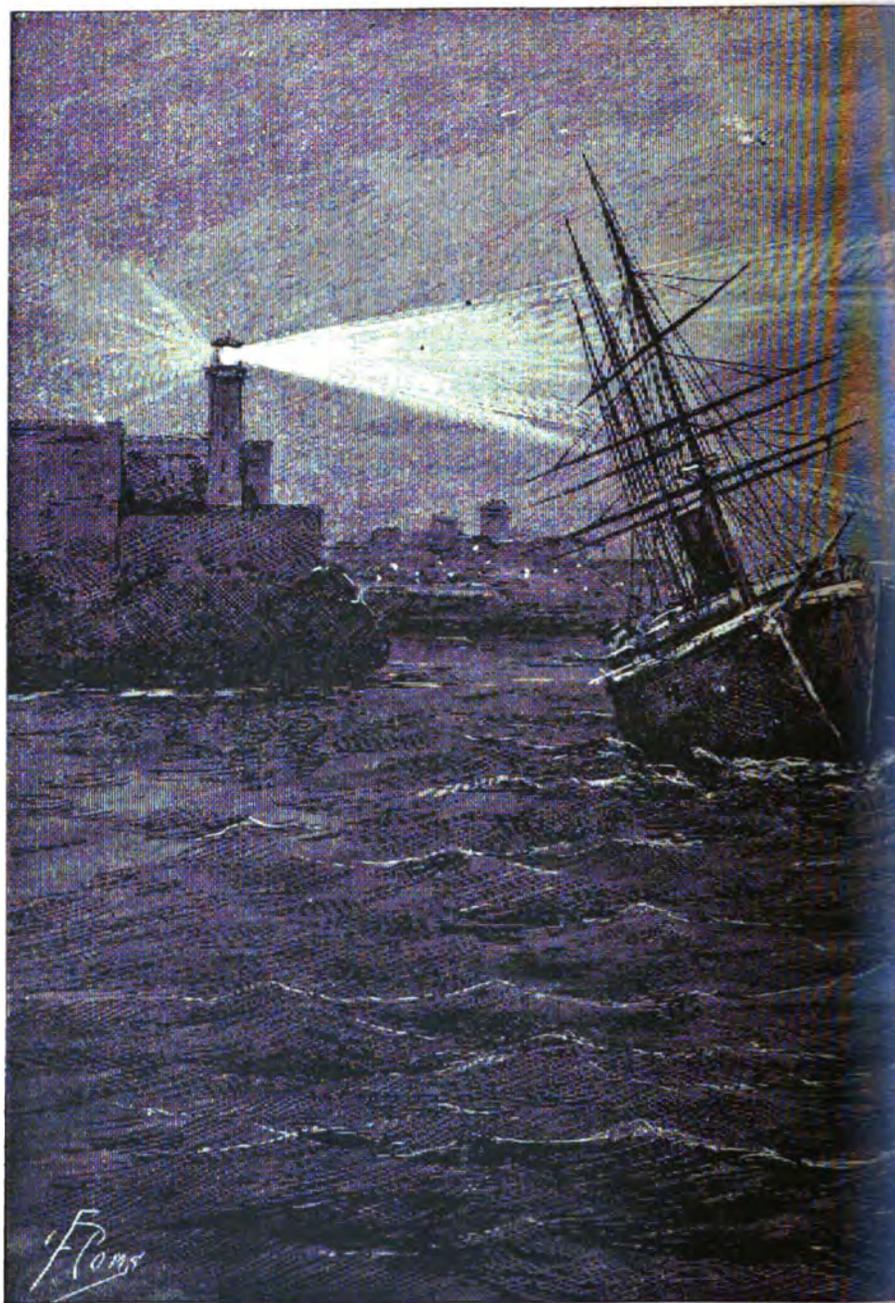
Y el mismo ayudante pasó á babor, y con la gente toda que había por allí, mandó izarle, sin producirse la menor protesta, pues el orden y la disciplina fueron admirables todo el tiempo, sin que nadie se tirara al agua ni hiciera el menor movimiento de terror ó de egoísmo para pasar delante de otro, y cumpliendo todos perfectamente su obligación y las órdenes que recibían.

El heroico comandante daba el ejemplo con la mayor serenidad, ordenando á la máquina que abriera las válvulas para desahogar el vapor y, disminuyendo la presión, evitar que al entrar el agua hiciesen explosión las calderas, lo cual hubiera sido terrible.

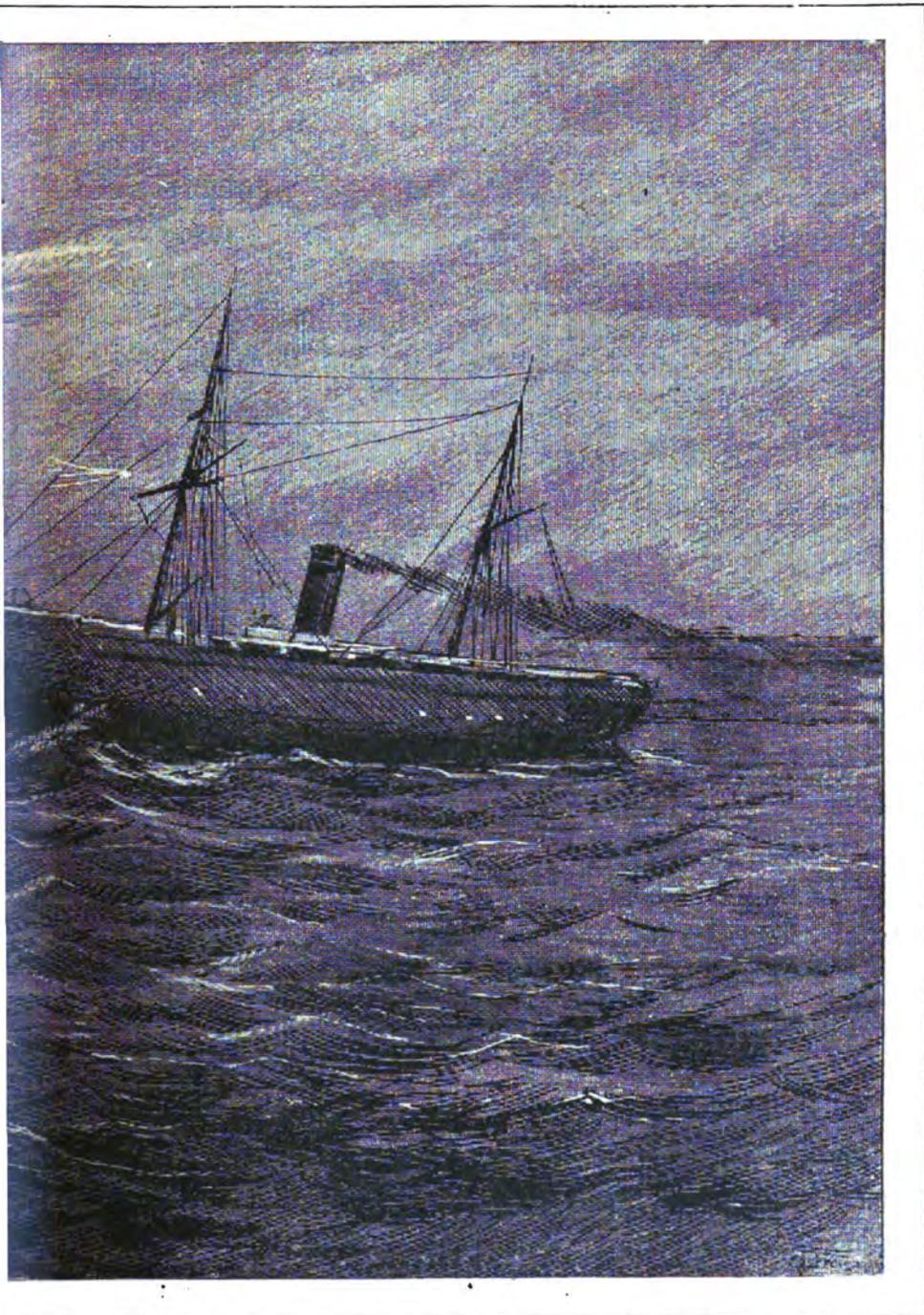
El oficial que fué á ver la importancia de la avería sufrida á consecuencia del choque, regresó enseguida, llamando al comandante (porque seguía sin ver,) y al pasar junto al señor Gastón, preguntóle éste lo que ocurría.

—«Que se embarque el general, porque nos vamos á pique»— contestó el oficial.

* * *



ABORDAJE DEL CRUCERO «SÁNCHEZ BARCA»



GUL» Y EL VAPOR «CONDE DE LA MORTERA»

Inmediatamente se ocuparon todos en procurar que el general se salvase, y el comandante avisó á los maquinistas y fogoneros para que subiesen todos á cubierta.

Embarcóse el general, que con toda tranquilidad decía.

—«No apurarse: no hay prisa: soy uno de tantos.»

Uno de sus ayudantes, el señor Aroca, bajó al bote para sujetarlo, pues tenía que hacerse por las cuerdas de colgarlo (aparejos), y el oficial señor Junco, que en todo se portó muy bien, oportuno siempre y sereno, pues él fué quién después de picar las trincas (cortar las amarras) de los botes, al dar parte al comandante de que todos los botes estaban listos para arriarlos, recibió el encargo de ir á reconocer la avería, (porque el primer oficial, señor Soto, que había ido, no volvió), suspendido de las cuerdas esperando al general para ayudarle á bajar, tan tranquilo y sereno, que hasta le daba el tratamiento, le dijo:

—«Móntese V. E. en mí, que yo puedo bajar.»

—«Aunque sea viejo, tengo aún fuerzas para bajar solo,»—contestóle sonriente el general.

Y, en efecto, sólo y sin ayuda de nadie bajó muy bien, después que entre dos ó tres le subieron á la batayola (parte más alta del costado donde van las camas de los marineros).

Su ayudante señor Aroca embarcó con él, y por orden suya iba á hacer lo mismo el señor Gastón; pero el comandante que estaba á su lado, dirigiéndose á la tripulación, dijo con voz serena:

—«Abandonar el buque con orden.»

El señor Gastón quiso dar ejemplo y evitar que entrasen demasiados en el bote del general, y al mismo tiempo que gritaba á su jefe que se fuesen, que él se quedaba en el barco con el comandante, ordenó á los marineros que á su lado tenía, que no embarcasen más.

La mayor parte de los marineros siguieron serenos en sus puestos; pero unos cuantos se lanzaron al bote y al caer le partieron una pierna al señor Aroca.

El general gritaba:

«—Hay tiempo; aún caben más»

Pero en ese momento la posición del barco era ya casi vertical y el señor Gastón subióse al pescante del bote que quedaba casi horizontal, diciendo á un cabo de mar que tenía á su lado:

—¿Sabes nadar?

—No, señor—le contestó el preguntado.»

Y en aquel instante hundióse el barco, llevándose con él al fondo á cuantos quedaban á bordo y arrastrando el bote con cuantos se hallaban en él, por el remolino que forma y la subción que hace todo buque al hundirse.



En el supremo momento de confusión indescriptible que el choque en medio de la obscuridad produjo en la tripulación del *Barcáiztegui*, los ayudantes del general señor Delgado Parejo y algunos oficiales, rodearon á su jefe, invitándole para que embarcara en uno de los botes y se salvara.

El almirante negóse en los primeros momentos, los suficientes para que en medio de la natural confusión que reinaba cualquier operación se dificultase y hasta se imposibilitase luego.

Venciendo, al fin, los sentimientos que impelían al desventurado general á no abandonar el buque, que se iba á fondo, y escuchando las razones poderosas de sus ayudantes señores Gastón y Aroca, el infortunado almirante dirigióse con éstos á una borda para penetrar en uno de los botes.

Mientras, el comandante del *Barcáiztegui*, señor Ibáñez, hallábase sobre el puente dictando órdenes y haciendo esfuerzos inauditos para

salvar á la tripulación, sin pensar que él corría con ésta el mismo inminente peligro y olvidándose de sí para pensar en los demás, moviase en todas direcciones hasta los momentos en que el agua saltaba ya por las bordas del buque.

Hubo quien aseguró que las mutilaciones sufridas por el desdichado cuanto bizarro marino, fueron obra de la ferocidad de lostiburones.

El abordaje del vapor *Mortera* se verificó por la banda de estribor, díjose que por una mala inteligencia respecto de las luces del *Barcaiztegui*; pero esto es improbable, porque sabido es que los buques de vapor llevan á ambos lados linternas, una roja y otra verde, que señalan con firmeza y exactitud los movimientos de cada buque.

El *Mortera*, que no había visto al crucero y que aún no había moderado su velocidad, se le vino encima sin dar tiempo á evitarlo, y el choque fué violento, tremendo, espantoso, produciendo á los tripulantes de uno y otro barco la impresión de que se habían hundido los dos en el mar.

* * *

De una carta de uno de los náufragos del crucero, dirigida á su familia, entresacamos los siguientes horripilantes detalles del horrible siniestro ocurrido en la bahía de la Habana.

«Al sumergirse el barco y llevarnos á todos con él al fondo del mar, yo tenía el pié derecho enredado en no sé qué; logré desasirme, no sin grandes trabajos, y subí á la superficie. Traté de nadar hácia el barco que nos había echado á pique y que estaba parado á pocas brazas del lugar donde se hundiera el crucero; pero la ropa de lana y las botas me estorbaban y pesaban mucho, por lo que, con una calma que ahora no me explico, me quité la guerrera y los pantalones.

y traté de quitarme las botas, pero como eran brodequines (que en mi vida volveré á usarlos), no lo pude hacer y me decidí á nadar con aquellas.

Pasaba el tiempo, sentíame débil, había tragado mucha agua y las botas me parecían de plomo. Me faltaban las fuerzas, y lo que es peor, sentí que me rozaban las piernas, y acordándome de que aquel era el sitio de más tiburones, pensé que era llegada mi última hora.

Me acordé del profeta Jonás y de vosotros, diciendo: «Dios los consuele y disponga pronto de mí», y volviéndome de espaldas para aguantarme sobrenadando en la superficie, esperé la muerte, elevando una mirada al cielo y tratando de rezar...

Dos veces me hundi sin hacer ya nada para evitarlo, porque ya nada podía; mis fuerzas se habían agotado ya...

En esta situación oí por encima de mi ruido de remos y voces. Entonces, haciendo un esfuerzo supremo logré salir de nuevo á la superficie y ví un bote y empecé á gritar pidiendo auxilio...

Me recojieron en el bote, me llevaron al vapor, me dieron varias friegas de aguardiente y me taparon...

Un rato después pude subir á cubierta, pero como el *Mortera* había de tardar en venir á estos muelles, por tener que ir antes á Regla á descargar ganado, bajé de nuevo á la litera, donde pude descansar un rato.

A las cinco y media de la mañana desembarqué y vine á la comandancia, donde me creían entre los muertos, y en la que supe la desgracia del general y que faltaban 41 hombres, entre ellos el comandante don Francisco Ibañez, que se encontró sin cabeza ni brazos...

Un tiburón pescado en la mañana del 21 tenía en el vientre dos piernas de hombre.

Se supuso que fueran de alguno de los infelices tripulantes del crucero.»

*
* *

El capitán del vapor mercante *Conde de la Mortera*, declaró que percibió las luces del crucero español *Sanchez Barcáiztegui* á dos millas del puerto de la Habana, y que inmediatamente ordenó que la sirena diese dos pitadas avisando su presencia.

En este momento se apagaron las luces del crucero y poco después se produjo el terrible choque.

Con toda precipitación se lanzaron al agua los aparatos de salvamento; pero se vió que ambos barcos estaban enclavados uno en el otro: tan violento y formidable había sido el choque.

El capitán del *Mortera* añadió, que entónces ordenó una maniobra de retroceso, consiguiendo la separación de ambos buques y procuró, aunque en vano, conducir al *Barcáiztegui* hacia la costa.

El crucero se fué á pique á los pocos momentos. El comandante, señor Ibañez, permaneció en su puesto hasta el último momento, en que se arrojó al agua y pudo ser recogido en un bote, pero éste fué bien pronto arrastrado por la corriente.

Terminó su triste relación el capitán del *Mortera* diciendo, que el haberse apagado las luces del *Barcáiztegui* fué á consecuencia de una parada de la máquina eléctrica para salvar á un tripulante cogido por un brazo entre un dinamo.

Según opinión y entender de algunos marinos á quienes consultamos, el abordaje debió ocasionarse al doblar el Morro el *Barcáiztegui* y en el momento de embocar en el puerto el *Conde de la Mortera*, yendo ámbos buques muy ceñidos á tierra y ocultándose el uno del otro por los accidentes de la costa, hasta pocos minutos antes de verificarse el

choque, y cuando este, por virtud del impulso de los dos barcos, era ya inevitable.

No creían nuestros informantes que el accidente de la luz eléctrica influyera para nada en la colisión, pues las luces en achote de babor y estribor y la farola izada en el tope del mayor, son las que indican los movimientos de los vapores.

* * *

«Procedente del Este—nos dijo uno de los viejos y espertos marinos consultados—y bordeando la costa el *Mortera*, que iba á tomar puerto, debía mostrar la luz blanca de tope y la roja de babor al *Barcáiztegui*, cuando éste al llegar frente al castillo del Morro enseñaba la luz blanca de tope y la verde de estribor.

La maniobra que en tan crítico momento procedía hacerse debió ser: seguir el *Mortera* su rumbo, según se indica en el grabado de la página 628, y meter á estribor al *Barcáiztegui*.

Este dió su luz roja, maniobra que avisó al dar la pitada, pero sin duda por la proximidad á la costa y la falta de espacio, el *Mortera* quiso, girando sobre babor, meterse á tierra para dejar libre el paso al *Barcáiztegui*, dando lugar con estas dos maniobras encontradas al inevitable choque de ambos barcos.

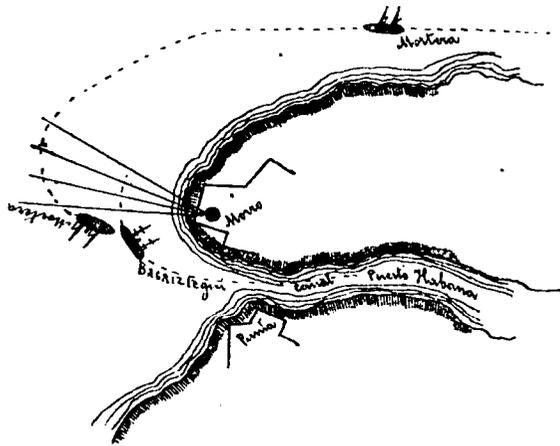
El Comandante general interino del apostadero explicó la colisión entre el *Barcáiztegui* y el *Mortera*, exactamente del mismo modo que nos lo relató nuestro corresponsal.

Los únicos datos nuevos que consignaba en su despacho, eran que que reinaba calma y que había mar llana.

Añadió la citada autoridad en su informe, que el *Conde de la Mor-*

tera entraba con gran velocidad en el puerto, siendo mucho menor la del *Barcáiztegui*, y que la violencia del choque fué tan tremenda, que el último de dichos barcos quedó sujeto durante largo rato por el primero.

También decía el telegrama de referencia que las luces del crucero se apagaron en el momento de verificarse el choque y no antes, como por algunos se había supuesto.



CROQUIS DEMOSTRATIVO DE CÓMO OCURRIÓ EL SINIESTRO

Hacia constar, además, el citado despacho oficial, que el *Mortera* prestó eficazísimo auxilio á los náufragos del *Barcáiztegui*, y que sin la inteligencia y arrojado apoyo de su capitán y tripulación hubiera habido que lamentar muchas más desgracias que las registradas.

Sin embargo, el Juez instructor de la causa incoada con motivo de la catástrofe del crucero, declaró procesado al capitán del *Mortera* por imprudencia, exigiéndole fianza carcelaria de quinientas mil pesetas y responsabilidad civil.



CONTRALMIRANTE DON MANUEL DELGADO Y PAREJO

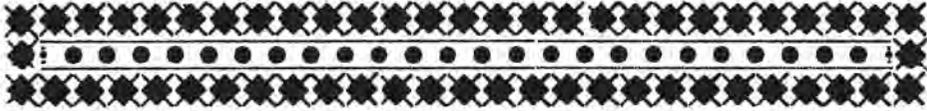
Comandante general del Apostadero de la Habana

Tomo II—40

El conde de la Mortera, dueño y armador del buque que llevaba su nombre, puso la fianza, y el capitán quedó en libertad provisional.

Esta noticia produjo gran sensación en la Habana y fué comentadísima en la Península.





CAPITULO IX

Las víctimas del naufragio.—Relación de fallecidos.—El pueblo de la Habana en peregrinación á la capilla ardiente.—El entierro.—Solemne manifestación de duelo.—El sepelio.—El contralmirante Delgado y Parejo.—Recuerdo.—El comandante del *Barcáiztegui*, señor Ibáñez Valera.—Hecho honroso.—Don Faustino Martín Díaz, médico del crucero naufragado.—El alférez de navío don Abelardo Soto.—El contador de fragata don Gabriel Puoyo.—Triste detalle.—El crucero «*Sánchez Barcáiztegui*».—El vapor mercante *Conde de la Mortera*.—¡Honor á la memoria de las desventuradas víctimas del siniestro!



En la lista oficial que la primera autoridad de Marina en la capital de la gran Antilla remitió, aparecía el dato, relativamente consolador, de que el número de víctimas fijado en cuarenta y uno en los primeros momentos por todos los despachos, lo mismo oficiales que particulares, había quedado reducido á treinta y uno.

El error tiene fácil explicación, teniendo en cuenta la natural y terrible confusión que debió reinar durante las primeras horas que siguieron al instante del siniestro y á la dispersión que en el *Conde de la Mortera*, en los botes del *Barcáiztegui*, y algunos á nado, sufrieron los tripulantes del barco naufragado.

Hé aquí la relación oficial á que nos referimos:

Contralmirante, Excelentísimo señor don Manuel Delgado y Parejo.

Capitán de fragata, comandante del *Barcáiztegui*, señor don Francisco Ibáñez y Valera.

Alférez de navío, don Abelardo Soto y Moreira.

Primer médico de la Armada, don Faustino Martín Díaz.

Contador de fragata, don Gabriel Pueyo y Fernández.

Tercer maquinista, don Enrique Olert Molins.

Segundo condestable, don Manuel Oneto Sáinz.

Sargento, don Andrés López Pereira.

Marineros de segunda; Cristóbal Torres Vila; Juan Mas Roselló; José Chapela Galdo; José Navarro González y José Montoro Corral.

Carpintero, Juan Dopico.

Fogoneros de primera; Isidro Bautista Campillo; José Baeza Cabanes; Francisco Carballo y José Fernández Rial.

Fogoneros de segunda; Juan Peña Coto; Francisco Gonzalez; José Fernandez Diaz y Bernardo Suárez.

Soldados de infantería de marina; Francisco Gómez; Santos Purón; Francisco Ruíz López; Pedro García López; Francisco Martín Campos; Constantino Moreira; José López Silveiro y José Grego Núñez.

* * *

Durante el memorable día 19 y su noche, la capilla ardiente donde estuvo expuesto el cadáver del infortunado general señor Delgado Parejo, fué el sitio de peregrinación para todo el pueblo de la Habana.

Gran parte de la dotación del *Barcáiztegui*, salvada, y muchos marineros, estuvieron haciendo guardia junto al magnífico túmulo levantado, sobre el cual descansaba el féretro que encerraba los restos del que había sido contralmirante de nuestra armada y comandante general del apostadero de la Habana.

Cuando llegó la hora del entierro, que se verificó el día 20 y fué una solemne manifestación de duelo, veíanse rodeando la capilla ardiente marinos, militares, todas las autoridades de la Habana, y numerosas representaciones de Sociedades y Círculos, y fuera una muchedumbre inmensa esperando la salida del fúnebre cortejo.

Al ponerse éste en marcha presencióse un espectáculo conmovedor y solemnísimó ante la multitud silenciosa y contristada que desfilaba y, en cuyo primer término, y aumentando la emoción que á todos embargaba, figuraba la dotación que había quedado del *Barcaiztegui*.

Por muchas partes veíanse colgadas negras y banderas á media asta.

En medio de la muchedumbre inmensa que seguía al féretro, el silencio era general, absoluto, solemne, siendo únicamente interrumpido por las detonaciones que salían del puerto, donde todos los buques surtos en bahía saludaban la marcha del convoy fúnebre con los disparos de ordenanza.

El cadáver del desventurado general Delgado Parejo recibió sepultura en el panteón de familia del conde de la Mortera, generosamente cedido por éste, y las demás víctimas del siniestro fueron enterradas en la bóveda del mismo panteón.



SR. RUIZ Y RUIZ

El infortunado comandante general del apostadero de la Habana, contralmirante don Manuel Delgado y Parejo, había nacido en Puente Genil, provincia de Córdoba, el 27 de Julio de 1828, y el 29 de Enero de 1844, antes de cumplir los 16 años, ingresó como guardia marina de segunda clase en el cuerpo general de la Armada.

Navegó en la fragata *Reina Doña María Luisa*, en el navío *Soberrano*, en los buques *Congreso*, *Bazán* y otros varios, hasta su ascenso al empleo de alférez de navío en 1850.

En 1859, ascendió á teniente; en Octubre del 68, á capitán de fragata; en Diciembre del 72, á capitán de navío de segunda clase; en 1884 á capitán de navío de primera, y en Marzo de 1891, á contralmirante.

Durante su dilatada carrera, desempeñó cargos importantes en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y en la Península los de vocal de la Junta codificadora de la Armada, subsecretario del Ministerio de Marina, y Consejero del Supremo de Guerra y Marina.

Recordando, sin duda, el general Beranger, ministro de Marina, los eminentes servicios que había prestado en la gran Antilla durante la pasada guerra mandando la fragata *Gerona*, y teniendo á la vez en cuenta sus excepcionales condiciones y su conocimiento de las costas de Cuba, le encomendó en Mayo anterior el cargo activo más importante y de mayor responsabilidad que hay en la actualidad; el de jefe del apostadero de la Habana, en el cual fué á sorprenderle la muerte de manera tan trágica é inopinada.

Perteneciente á una antigua y noble familia andaluza, era el general Delgado y Parejo hombre de posición acomodada, que á no haber sentido vocación tan decidida por la Marina, habría podido excusar hacía tiempo los peligros de la navegación.

Aceptó gustoso el mando que se le confiara, y aunque fiaba imposible en absoluto las expediciones filibusteras en cuanto tuviese á su disposición los nuevos cañoneros contratados en Inglaterra, se le vió

partir, dominado por grave preocupación, en la que tal vez influyera más que la responsabilidad del mando, responsabilidad que tantas veces había afrontado, algún vago pero tenaz presentimiento, que la catástrofe en que pereció vino, por desgracia, demasiado pronto á confirmar.

* * *

Sin embargo, refirió en sus columnas un periódico de Madrid que el desgraciado general Parejo recibió con el más vivo interés y entusiasmo el nombramiento que había solicitado pocos meses antes de jefe del apostadero de la Habana.

El bizarro marino desempeñaba en Madrid un puesto más tranquilo y de igual categoría. Renunciando á sus comodidades y aún á las ventajas que le ofrecía aquella situación con respecto á los futuros derechos pasivos, pidió á la reina y al señor Cánovas que se utilizasen sus servicios en la isla de Cuba.

«Tal fué el entusiasmo—añadía el colega—del contralmirante Parejo cuando supo que estaba acordado su nombramiento, que el señor Cánovas decía poco después al conde de Sallent, de cuyos labios hemos oído este recuerdo:

«—No se habría entusiasmado más un guardia marina á quién le hubiésemos dado el mando de un crucero.»

Su larga carrera y los servicios que durante ella prestó al país, pregonan lo que valía el marino; lo que valía el hombre, como padre amantísimo de su familia, queda demostrado diciendo, que ésta por no apenarlo, estaba ocultándole hacía días la enfermedad que padecía uno de sus hijos.

El contralmirante señor Delgado y Parejo estaba condecorado con

las grandes cruces de San Hermenegildo, Mérito Naval y Militar y San Silvestre de Roma, con las medallas de la Carraca, de Su Santidad Pío IX y de la guerra civil. Era benemérito de la patria y vestía el hábito de la orden militar de Alcántara.

*
*
*

El desgraciado comandante del crucero *Sánchez Barcáiztegui*, capitán de fragata don Francisco Ibáñez y Valera, nació el 18 de Abril



POBLADO DE CEIBA MOCHA

de 1849. Ingresó en la escuela naval el 1.º de Enero del 61, y tenía la antigüedad en el empleo que disfrutaba desde 28 de Agosto del 92. Mandaba el *Barcáiztegui* desde el 29 de Noviembre de 1894.

El padre del señor Ibáñez, pereció también en un naufragio ocurrido hacía algunos años en aguas de Filipinas.

Un hermano del comandante del *Barcáiztegui*, que mandaba je

crucero *Maria Cristina*, cuando se descubrió un contrabando en el barco, hacía de ello cinco meses, fué relevado del mando y murió á los pocos días, á consecuencia del disgusto que le produjo lo ocurrido; y otro hermano, que también pertenecía al cuerpo general de la Armada, perdió la razón hace algunos años.

El malogrado y pun honroso comandante del *Sánchez Barcáiztegui* era uno de los más distinguidos y valerosos oficiales de nuestra marina de guerra.

Entre mil, citaremos uno de los hechos de su vida que revela el temple de su alma. Durante la anterior campaña de Cuba encontrábase prestando servicio en un barco que se hallaba guardando la costa en los cayos próximos á Santa Cruz del Sur.

La fiebre amarilla se había cebado en la tripulación: de los 50 hombres que la componían, 40 estaban atacados del vómito. El buque se había convertido en hospital, y amenazaba parar en sarcófago.

Era preciso sacarle de aquella situación, que lo convertía en pontón inútil, incapaz de maniobrar por falta de tripulantes é imposibilitado por lo tanto de vigilar la costa y de impedir cualquier desembarco que por allí se intentase. Más bien parecía presa apropiada para caer en poder de los insurrectos.

El señor Ibáñez se propuso salvar el barco y la tripulación, y lo consiguió. Sin medir el riesgo á que se exponía, sin coatar los peligros que le esperaban, metióse en un bote, y solo, luchando con la mar bravía y con el temporal, llegó á Santiago á pedir auxilio para sus compañeros.

Quien dió en vida tales ejemplos de abnegación y de valor, no había de dejar de darlos al morir. Así la serenidad de sus últimos instantes llenó de admiración á todo el mundo.

Don Faustino Martín Díaz, médico de primera clase del crucero *Sanchez Barcáiztegui*, nació en Valladolid en 27 de Noviembre de 1857; ingresó en el cuerpo facultativo de la Armada en 19 de Febrero del 84, y tenía antigüedad desde 18 de Diciembre de 1885.

Había pertenecido hasta hacía tres meses á la dotación del *Magallanes*, en cuya fecha fué trasladado al *Barcáiztegui*, y tenía cumplido ya el tiempo reglamentario de sus servicios en el apostadero de la Habana, donde continuaba por solicitud propia, y donde según parece debía contraer en breve matrimonio con una bella señorita, hija de una distinguida familia cubana.

Al ocurrir la catástrofe tenía el señor Martín Díaz concedida una licencia, que no disfrutaba, porque los oficiales del *Barcáiztegui*, que le apreciaban mucho por sus excelentes condiciones de caracter y por su ciencia, le habían suplicado que no les abandonase y no hiciera uso de ella.

Era persona de excelentes cualidades sociales y conocimientos científicos, y por sus notables servicios prestados á bordo del crucero *Magallanes*, acababa de ser premiado con la cruz roja de primera clase del Mérito Naval.

Don Abelardo Soto y Moreira, alférez de navío, nació el 18 de Septiembre de 1871, ingresando en el cuerpo general de la Armada el 1.º de Julio del 88.

Este malogrado joven oficial de nuestra marina de guerra murió en actos del servicio, al cumplimentar una orden de su comandante, momentos después de ocurrido el choque entre el crucero *Sanchez Barcáiztegui*, á cuya dotación pertenecía, y el vapor *Conde de la Mortera*.

Don Gabriel Pueyo y Fernández, contador de fragata, y en servicio en el *Barcáiztegui* al ocurrir el horrible siniestro, tenía el número

50 en el escalafón de su cuerpo. Desempeñaba su cargo en el crucero *Magallanes* desde el año 1870, y había pasado á prestar sus servicios en el buque naufrago *el mismo día* de la espantosa catástrofe.

* * *

Era el *Sánchez Barcáiztegui* un crucero de tercera clase, construído en los astilleros de *Forges et Chantiers de la Méditerranée*, de la Seyne.

Tenía el casco de madera y se le puso la quilla el 23 de Noviembre de 1875.

Fué botado al agua el 23 de Marzo de 1876, el mismo día que el crucero *Jorge Juan*, construído por la misma casa.

Desplazaba 935 toneladas y media 62'00 de eslora en la flotación, 9'03 de manga y 5'55 de puntal, y su calado medio era de 3'75.

Su altura del tope sobre el nivel del mar, 29'55.

Tenía una hélice y una velocidad de 11.3 millas por hora.

La fuerza de su máquina era de 1.000 caballos, y llevaba 3 calderas y seis hornos.

Consumía diariamente 24.000 kilogramos de carbón y la capacidad de las carboneras era de 130.000 kilogramos.

Había costado 940.500 pesetas.

Montaba cinco cañones, tres Plasencia de 16 centímetros; dos Krupp de 7'5 y dos ametralladoras.

Componían la dotación 146 hombres y llevaba á bordo 9.600 raciones y 18.460 litros de aguada.

La guarnición de infantería de Marina que llevaba el *Barcáiztegui*. constaba de un sargento segundo, un cabo primero, dos idem segundos, un corneta y catorce soldados.

El crucero ostentaba el nombre del general Sanchez Barcáiztegui, que murió durante la guerra civil, víctima de una descarga que le hicieron los enemigos del orden en las costas de Motrico, cuando recorría aquellas aguas á bordo de un cañonero.

El vapor mercante *Conde de la Mortera* se llamó antes *Gibara*.

Fué construído en Liverpool en 1873 y desplaza 1172 toneladas.

Tiene fuerza de 750 caballos y pertenece á la matrícula de la Habana.

Mide 79'30 de eslora, 9'64 de manga y 4'17 de puntal.

Pertenece á la casa naviera «Sobrinos de Herrera,» (conde de Mortera), que hacía el servicio de correos interinsulares y de cabotaje.



LUIS IRLÉS Y SALA

* * *

En comisión del servicio naufragó el crucero *Sánchez Barcáiztegui*; en ejercicio de sus altos deberes murió el bizarro é ilustrado contralmirante Delgado y Parejo, quien por querer ser útil á la patria en las críticas circunstancias que atravesaba, trocó una vida tranquila y cómoda por otra más activa erizada de peligros y azares; en el cumplimiento de su deber murió el bravo comandante del *Barcáiztegui*, señor Ibáñez Valera, quien apenas vislumbrada la cercanía del peligro tremendo que al buque amagaba, ocupó su puesto en el puente, y allí, en aquel lugar predilecto de los marinos de corazón, sucumbió como

sucumben los héroes. En el puente de la *Numancia* estaba Méndez Núñez al ser herido en el Callao; en el puente del *Colón* fué destrozado por una granada carlista, arrojada desde la costa de Motrico, el valeroso don Victoriano Sánchez Barcáiztegui, jefe de la escuadrilla que bloqueaba durante la guerra civil el litoral Cantábrico, y cuyo nombre llevaba el crucero cuya pérdida deploramos; en el cumplimiento del deber patrio sorprendióles la muerte á los oficiales, clases y soldados de la dotación del buque náufrago.

¡Paz á los muertos! ¡Honor á su memoria!

No cayeron al mar heridos ni lanzados por las balas enemigas; pero se hundieron en los momentos en que iban á impedir que esas balas tuvieran franco é impune arribo á las playas de Cuba.

¿De quién fué la responsabilidad de la catástrofe? De nadie; del acaso, de la fatalidad, según las investigaciones oficiales.

Nos dolimos ya de la nueva prueba á que la fatalidad nos sometió, é hicimos nuestro el sufrimiento de las familias de los desventurados marinos víctimas del dolor y naufragio: hoy nos toca consagrarles un sentido recuerdo en las páginas de nuestra RESEÑA.

¡Dios habrá querido acoger en su piadoso seno las almas de los 31 náufragos del *Barcáiztegui*, muertos en ejercicio de los altos deberes que la Madre patria les confiara y en aras de la santa obligación que el patriotismo nos impone; en aras de su acendrado amor á esta España cuyos reveses y desgracias parece no tener fin, como no le tiene su inquebrantable decisión de combatir á sus eternos enemigos hasta someterlos, hasta exterminarlos.





CAPITULO X

El pueblo de la Habana á las tropas expedicionarias.—Aspecto de la capital á la llegada de las tropas.—La bahía de la Habana.—El desembarco.—Al cuartel.—En el tránsito.—Espectáculo conmovedor.—¡Viva España!—Martínez Campos en la Habana.—Banquete en el «Casino Español,» en honor de la oficialidad de los batallones expedicionarios.—Discurso del capitán general y general en jefe del ejército de Cuba.—Sus bridas.—Estado de la campaña.—Información de nuestros corresponsales en la isla.—Un artículo de *The Times*.—Declaraciones del señor Cánovas.—Nuevos y necesarios refuerzos á Cuba.—Estado de la cuestión cubana.



HERMOSAS y consoladoras en extremo para la Madre patria fueron las manifestaciones patrióticas que el pueblo de la Habana hizo á las tropas expedicionarias que constituyeron el segundo cuerpo de ejército enviado á la isla.

Las calles de la capital estaban materialmente vestidas de ricas colgaduras de los colores nacionales; magníficos arcos de triunfo se elevaban á la entrada de las principales vías; la amplia y hermosísima bahía estaba también adornada con banderas y gallardetes por todas partes, y todos los buques surtos en el puerto se hallaban vistosamente engalanados como en días de gran fiesta nacional.

Y cuando la fortaleza de la Cabaña disparaba dos cañonazos en señal de que entraba en el puerto algún vapor con tropas, toda la pobla-

ción acudía en masa á los muelles á saludar y vitorear á los soldados de la patria y á España; un sinnúmero de vaporcitos y lanchas salían á recibir al coloso trasatlántico que conducía tanto valiente, en medio del humo de la pólvora y del atronador ruido de los continuos disparos de cañonazos y cohetes.....

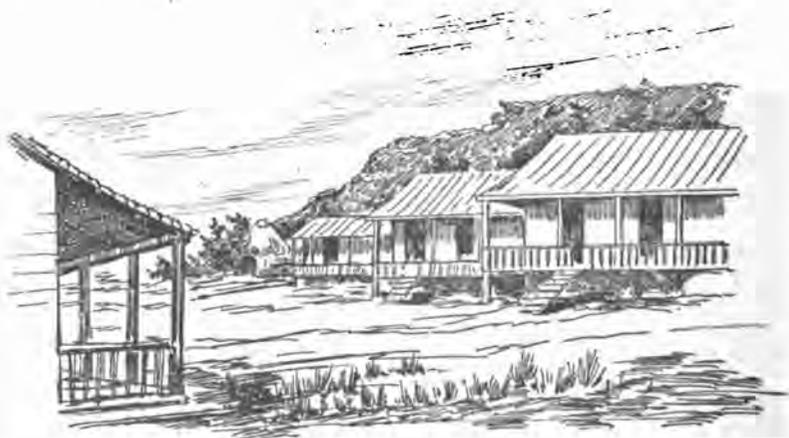
Desembarcaba luego la tropa, ansiosa ya de pisar tierra firme y estirar sus ya entumecidas piernas; formaba por batallones en los muelles, y con las músicas y bandas al frente se dirigía al cuartel que se le destinara, por las calles principales de la capital, invadidas por inmensa muchedumbre que las vitoreaba sin cesar, con un entusiasmo delirante, gritando ¡viva España! ¡viva el ejército español! y arrojándoles al pasar palomas y flores desde los balcones y azoteas.

Grandioso y en extremo lleno de patriotismo resultó el acto del desembarco y recepción de nuestros bravos soldados en los muelles de la Habana. Por todas partes veíase á España; por todos lados oíase el querido nombre de España, y ante tan sublime y conmovedor espectáculo no hubo pecho español del que no saliera espontáneo y entusiasta el mágico y patriótico grito de ¡¡Viva España!!

Verificado el total desembarco en la isla del segundo cuerpo de ejército expedicionario, regresó á la capital el general en jefe con objeto de organizar y distribuir convenientemente las fuerzas por las provincias más castigadas á la sazón por los rebeldes.

Con ocasión de su presencia en la Habana y para festejar la feliz llegada de los refuerzos enviados por la Madre patria en auxilio de sus buenos hijos de Cuba, el «Casino Español» dió un banquete en sus salones á la oficialidad de los batallones expedicionarios, al que invitó á la primera autoridad de la isla.

En dicho banquete, que fué una brillante fiesta patriótica, se pronunciaron por varios de los comensales muy elocuentes y muy patrióticos brindis, en los cuales reflejaron los oradores el espíritu del país cubano ante la fratricida guerra separatista. Resumiólos el general Martínez Campos con un brillante discurso, en el que evidenció una vez más su singular y excepcional modestia y su acendrado amor y cariño á la patria.



CASERÍO SEBONEY

Fueron tan importantes y atinadas las declaraciones que en su discurso hizo el ilustre caudillo, que no podemos menos de consignar y reproducir en estas páginas algunos de sus párrafos, en testimonio de la grata satisfacción que las palabras del general nos produjeron.

Dijo el general Martínez Campos:

«Me levanto, señores, cumpliendo un deber de cortesía, no á contestar el hermoso brindis del señor Santos Guzmán, para lo cual sería preciso su gran elocuencia, ni á pronunciar un discurso que no he preparado: sí, á decir solamente algunas palabras salidas del corazón,



PUERTO DE BARACOA (Santiago de Cuba)

seguro de que las acogereis con la benevolencia cariñosa que me teneis demostrada.

Ante todo quiero dar las gracias más expresivas al señor Santos Guzmán por los elogios extremados que personalmente me ha dirigido, y que yo con toda mi alma le agradezco, aunque crea no haberlos merecido; que así es la naturaleza humana: agradecemos cuanto nos halaga, aunque estemos seguros de no merecerlo.

Yo, señores, no tengo más méritos ni más virtudes excepcionales que mi amor sin límites á la patria española, y mi voluntad indomable para servirla lealmente. Y si algo pude hacer para su dicha, no á mi talento ni á mi valor se debe: débese á la Providencia que me lo ha inspirado y permitió que me fuera posible realizarlo: se debe á Dios.

Y ahora, en nombre del Ejército, de que soy representante, tengo que expresar la gratitud que merecen el pueblo de la Habana, el Casino Español y las demás Corporaciones y Sociedades de esta ciudad, por el recibimiento cariñoso y entusiasta que tributan á las tropas expedicionarias; porque si bien al recibirlas con afecto cumple un deber ineludible, los deberes cumplidos con la espontaneidad y el regocijo de que tantas pruebas viene dando este vecindario, engendra legítima gratitud imperecedera.

El señor presidente del Consejo de Ministros, cuando tuvo noticia del desembarco de Maceo, dijo que España sacrificaría su último hombre y su última peseta antes que consentir en la desmembración de su territorio. Y ya se vé cómo la nación española demuestra la exactitud de aquella afirmación, respondiendo unánime á los sacrificios que se le imponen. El Gobierno no me envía lo que le pido: me mandó, me manda y me mandará más de lo que sea preciso.

Y estos esfuerzos patrióticos, estos sacrificios extraordinarios, no los hace el Gobierno, no los hará pueblo alguno por la defensa de intereses materiales, como ha dicho con su elocuencia acostumbrada el

señor Santos Guzmán: *España no defiende aquí intereses materiales, porque desgraciadamente hace años que la isla de Cuba le cuesta muchos millones; España defiende aquí su honra y el bienestar y el porvenir de estas provincias.*

Porque, señores, ¿qué sería de la isla de Cuba sin España? ¡Ah! Fácilmente puede presumirse por las divisiones que separan á los insurrectos, y que les impiden ir de una á otra provincia y no les dejan entenderse para organizar sus fuerzas, en las que la gente de color disputa con ventaja el predominio á los blancos. Y si esto ocurre ahora, frente á nosotros, su enemigo común, como para ellos lo somos los leales, ¿qué ocurrirá después si fuese posible la aberración que pretenden esos ingratos? A la lucha por la independencia seguiría la guerra entre las provincias y entre las razas.

Pongo término á mis juicios sobre los insurrectos, porque no debo hacer aquí juicio de aquellos á quienes tengo que combatir con las armas y á quienes combatiré hasta concluirlos.

* * *

«Y saludo desde aquí á las tropas que acaban de llegar y á las que llegaron antes; cuerpos bizarros cuya historia es una larga sucesión de hechos heroicos. Saludo al batallón de Reus, que tantos laureles inmarcesibles tiene conquistados y en el cual he ganado honrosos ascensos en mi carrera, cuando otra vez peleaba aquí por la integridad de la patria; saludo á los escuadrones de Arlabán, de la Reina, que tan legítimos triunfos ha sabido conquistar, y saludo á esa gran cruz laureada (dirigiéndose al comandante señor Brull, que la ostentaba en su pecho,) que simboliza el heroísmo de quien con legítimo orgullo la

ostenta sobre su pecho, y al batallón de Artillería, cuerpo tan glorioso y que lleva el Pendón de Castilla.

Venís á dar vuestra sangre generosa por la causa de la patria y de la civilización, y yo, al veros llegar satisfechos y decididos, y al recordar que dejais al otro lado de los mares una madre que os idolatra, una esposa de la que sois único amparo, una prometida que anhelante os espera, siento que la emoción ahoga mis palabras y que las lágrimas quieren acudir á mis ojos.

Por eso no habeis oído mi saludo al verme pasar por entre vuestras filas cuando llegásteis; temí que el sentimiento fuese rebelde á la voluntad, ante el espectáculo de vuestra abnegación y vuestra bizarría.

Yo sólo anhele ya, después de completados los refuerzos que llegan y ultimada la organización militar que he de darles; dispuestos los hospitales y enfermerías para asistir y curar con eficacia á los que necesiten curación ó auxilio; resguardadas propiedades y vidas; yo espero, con la ayuda de Dios, que la campaña tenga término breve, y que todos podamos volver á nuestros hogares con la satisfacción y la gloria de haber dado la paz á este hermoso país...»



GENERAL SUAREZ INCLAN

Y terminó su discurso el orador brindando por S. M. la reina regente, por la dama augusta en quien encarnan todas las virtudes, por España, por Cuba y por el ejército español.

*
*
*

Cuanto al curso de la campaña, á la llegada del segundo cuerpo de ejército expedicionario á Cuba, nada ocurría de verdadera importancia: estaba como paralizada, sin hacer gran cosa de una parte ni de otra.

Esperábase, sin embargo, que con la llegada de los refuerzos enviados por España se emprendería pronto una persecución en forma, ayudados por el buen tiempo que iba á empezar, para saber muy luego el alcance de la guerra, sobre cuya duración nadie se aventuraba á suponer cosa alguna, siquier abrigara, como abrigábamos todos, la completa seguridad del triunfo.

Las cartas que de la isla recibimos, de nuestros autorizados corresponsales, nos daban cuenta de la actividad desplegada por el general en jefe de aquel ejército en operaciones, en la preparación y organización de fuerzas y demás elementos necesarios para emprender la próxima campaña con implacable rigor, en vista de los medios verdaderamente salvajes que empleaba el enemigo, que se había colocado con el uso de procedimientos criminales fuera de todas las leyes de la guerra y al que no podía ya, en ningún caso, aplicársele lo que en las guerras regulares se aplica por humanidad á los vencidos.

Hacían la guerra los separatistas con la tea incendiaria en una mano y el cuchillo carnicero en la otra, y empleaban los explosivos y daban rienda suelta á sus feroces y salvajes instintos en sus correrías, destruyéndolo y devastándolo todo, como las más desenfundadas hordas del feróz y sanguinario Atila, «azote de la humanidad.»

Se nos informaba también que en el glorioso combate de *Sao del Indio*, habían sido mucho mayores las bajas sufridas por el enemigo que las que constaban en el parte oficial y que en ese combate hicieron uso de la dinamita los enemigos, sembrando de hornillos hasta en número de sesenta las inmediaciones del campamento de la *Pimienta*, del cual fueron, sin embargo, bizarramente desalojados, explotando tan sólo una de las máquinas infernales, que produjo la muerte de un oficial y dos soldados.

Esto, el brutal atentado cometido en el ferrocarril de Caimanera, del que hemos dado cuenta á nuestros lectores en anterior capítulo, la voladura del puente de Manacas, relatada también en precedentes páginas, y la quema de poblados, almacenes y fincas, dieron idea exacta del carácter que la lucha había tomado, y de la suprema necesidad que se imponía de hacer la guerra con todo el rigor que las circunstancias exigían, hasta el total exterminio, si posible fuese, del enemigo, cuya planta profanaba el sagrado territorio de la patria, del cual era preciso arrojarle para siempre.

* * *

El general Martínez Campos, que no tenía momento de reposo y que había huído siempre del sistema de crueldad que se emplea en esta clase de luchas civiles, hallábase ya inclinado á emplear medios que tuvieran gran resonancia en el mundo y se considerasen y estimasen justificados ante la Historia.

Las instrucciones para las fuerzas que habían de operar, sobre todo, en Las Villas, que era donde estaba desplegada la mayor actividad, eran modelo de precisión y claridad y estaban dictadas con práctico conocimiento del terreno.

La combinación de fuerzas para que pudieran auxiliarse mutuamente, cuando las circunstancias lo exigieran, había sido trazada con gran talento táctico y verdadero arte militar y traducida en preceptos de mucho valor técnico á la vez que de fácil comprensión.

Las tropas de Colón, Ciego de Ávila, Puerto Príncipe, Manzanillo y otros puntos del departamento Oriental, habían sido reforzadas convenientemente para emprender una ofensiva activa, tanto que, según la frase de una carta que tuvimos á la vista, la ofensiva en Las Villas sería *vertiginosa*.

Se nos dijo, en forma por cierto bien sencilla, para no exagerar las cosas, que el general Linares y el coronel Canella habían tenido dos combates de resultado satisfactorio para nuestras armas; que en Las Villas los había á diario con pequeñas columnas; que Alvarez y Oliver lo estaban haciendo muy bien; que el general Mella había emprendido una operación en el Camagüey con cuatro columnas combinadas, que por retraso de un vapor y hallarse cortado el ferro-carril, no había podido dirigir las personalmente como pensaba hacerlo el general en jefe; que se trabajaba mucho, sin dar momento de reposo, para aprovechar las horas en que calmaba un tanto el temporal de lluvias torrenciales, pues tan solo llovía una ó dos veces al día, y que no se podría andar del 15 de Septiembre al 15 de Octubre por ningún lado, porque se inunda en esta época ciclónica la parte llana, y hay veces, como en el principio del verano, que no se pueden vadear determinados ríos.

* * *

El espíritu de las tropas no podía ser mejor. Las contingencias y las naturales penalidades de la campaña se soportaban por los valien-

tes y sufridos soldados con admirable entereza. Ni un solo acto de cobardía se había registrado en lo que se llevaba de campaña; y por el contrario se registraban muchos de heroísmo y de resistencia, que podrían parecer increíbles, si no estuvieran oficialmente comprobados.

Los jefes y oficiales se distinguían á porfía en el cumplimiento de



CONDUCCION DE INSURRECTOS HERIDOS

su deber, y motivo era para enorgullecernos el que todas las clases del ejército, en medio de las penalidades de la guerra y de los sufrimientos del clima, conservaran un espíritu de vigorosa y admirable disciplina, ni un solo momento quebrantada.

En cuanto al general en jefe mostrábase cada día más confiado en el éxito de la guerra y más satisfecho del comportamiento de las tropas,

que nada dejaba que desear, y con las cuales, y con el favor y ayuda de la Providencia y la justicia de la causa que defendía, esperaba, no solo días de gloria para el ejército que mandaba, sino de paz completa para la patria querida, cuya integridad y honor defendía como soldado y como español de pura raza.

* * *

Viva y agradable satisfacción produjo entre los elementos genuinamente españoles de París y Londres, el artículo que *The Times* publicó en su editorial europea del 19 de Septiembre, acerca de la cuestión cubana, desde el punto de vista español.

Al comentarlo la prensa de París, dijo—«Si el gran periódico inglés persiste en esta nueva actitud, contribuirá mucho al movimiento que á favor de España vá determinándose en toda Europa».

Hay que tener en cuenta que el ilustrado periódico londonense había venido haciendo hasta aquella fecha una campaña en favor de los laborantes cubanos, con la que dió motivo á que se le creyera tocado del oro *yankee* y vendido á los filibusteros.

El artículo á que aludimos se atribuyó á la pluma del director del *Times*, que hacía pocos días había estado á visitar al señor Cánovas en San Sebastián.

Trataba el articulista la cuestión de los recursos monetarios y de guerra dispuestos y enviados por España á la gran Antilla para combatir á los insurrectos, diciendo que el Gobierno español estimaba tener suficientes fuerzas, como lo probaban los 80.000 hombres enviados sin trabajo alguno y la facilidad de su transporte, pues solo con los vapores de la «Compañía trasatlántica» y sin el auxilio de buque alguno extranjero se había hecho la traslación de tropas al teatro de la guerra.

Afirmaba que la insurrección se extendía por razón de la estación en que nos hallábamos, pero que en Octubre se determinaría un período de acción para las tropas.

«La guerra—decía—no durará ahora como en 1868, pues entonces los trastornos de España se sucedieron sin parar y coincidieron con el levantamiento separatista cubano, mientras que ahora el orden es completo en la Península y están unidos monárquicos y republicanos en la aspiración común y patriótica de acabar con la guerra de Cuba.

«Además hay otra razón para vencer ahora con mayor éxito y más pronto á los filibusteros, y es que no ocurre como en la primera guerra, en la cual los autonomistas y separatistas se unieron contra España: ahora sólo están en el campo rebelde los separatistas. Cuanto á los autonomistas, cierto es que andan divididos; los unos piden las reformas inmediatamente; los otros que se aplacen para después de terminada la guerra y sofocada la rebelión; pero todos están al lado de España.»

*
*
*

Según el escritor inglés, el señor Cánovas no creía que la autonomía fuese una solución, debiendo adoptarse cuando lo autorizasen así los intereses y los deseos de los conservadores cubanos, de consuno con los intereses del comercio de la Península.

«Los españoles—continuaba el articulista,—confían derrotar á los insurrectos en Octubre.

«Las fuerzas insurrectas—añadía,—las componen obreros sin trabajo, á causa de la crisis económica de la isla, pudiendo por esto los cabecillas alistar tantos hombres como armas y municiones tengan.»

Se ocupaba de los jefes de la insurrección y los calificaba implacablemente, suponiendo que un grupo de capitalistas americanos favore-

cía la rebelión, esperando de ella grandes ventajas pecuniarias.

«Se desconoce—agregaba,—la tendencia real del movimiento revolucionario, si éste es de independencia ó de anexión, cuya divergencia sostienen los cabecillas para no disgustar á sus auxiliares los norteamericanos.»

Rechazaba los cargos del mal trato de España para sus islas ultramarinas, que siempre había considerado aquélla como provincias hermanas.

Lamentaba también el *Times* la conducta de la prensa extranjera combatiendo á España, y por si esto fuera poco, dedicaba además su artículo de fondo á apoyar lo dicho en el artículo extractado...

Esta rectificación oficial del diario más importante de Londres, la aplaudió con su simpatía la opinión sensata é imparcial y con entusiasmo la colonia española residente en la capital de la Gran Britania.

El artículo del *Times* tuvo gran resonancia y se consideró llamado á producir una reacción en Europa, favorable á España.

* * *

La aparición en las columnas del periódico londonense del transcrito artículo, coincidió con las siguientes declaraciones del jefe de nuestro Gobierno:

El señor Cánovas interrogado acerca del supuesto empréstito de los azucareros *yankees* á los revolucionarios de Cuba, de que se habló aquellos días, dijo que creía absurda la noticia, entendiéndole además que el hecho haría más daño á los partidarios de Maceo, que representaban en la insurrección el elemento destructor, frente al cual pondríanse, de ser cierto el empréstito, los mismos que simpatizaban con la insurrección.

El Presidente del Consejo de ministros, aseguró que las autoridades *yankees* cumplían correctamente con sus deberes y buenas relaciones existentes entre ambos países.

Dijo que el elemento joven americano era quien simpatizaba con los insurrectos que capitaneaba Máximo Gomez, verdadero jefe *politico* de la insurrección, que luchaba por la independencia de Cuba, sin acudir al incendio ni á la destrucción.

Interrogado acerca del nuevo envío de refuerzos á la isla, del cual se habla ya cuando aún no habían llegado á las costas de la gran Antilla todas las fuerzas que constituyeron la segunda expedición militar, dijo el señor Cánovas del Castillo:

—«Irán ahora otros 20.000 hombres á Cuba, y luego, si es necesario, irán otros 50.000 más.»

Eso de si era necesario, no significaba otra cosa que una preparación para que todos nos fuéramos acostumbrando á la idea de nuevos sacrificios que el estado de la guerra reclamaba.

Y en cuanto á si eran ó no necesarias, afirmábase lo primero, fundándose en datos que revelaban toda la verdad respecto á la importancia de la insurrección.

Sólo en el departamento de Las Villas pasaban de 6.000 el número de insurrectos oficialmente declarados desde Cuba.



GENERAL SEÑOR SUERO

La insurrección estaba extendida por toda la isla, y para nadie era un secreto que las partidas engrosaban, yendo á formar parte de ellas muchos braceros *guajiros* que habían quedado sin trabajo por la terminación de la zafra.

El general Martínez Campos, en sus más recientes manifestaciones, no había demostrado pesimismo, antes al contrario habíase manifestado muy confiado en conseguir en breve la pronta terminación de la guerra y la completa pacificación de la isla; pero dijo que sólo el *general* mulato disponía de más de 16.000 hombres, y añadió que no rechazaría cuantos refuerzos se le mandasen y «los aceptaría todos con gratitud.»

Fundándose en esto, decían los ministeriales que los refuerzos en gran número eran necesarios, si se había de acabar pronto con la insurrección.

Este era el estado de la cuestión cubana á raíz de la catástrofe del *Barcdixtegui* y de la llegada á la isla del segundo cuerpo de ejército expedicionario á Cuba.





CAPITULO XI

Noticias alarmantes de la isla.—Situación crítica.—Incendio de fincas.—Expediciones filibusteras.—La Junta de laborantes en Nueva York.—El Gobierno de Wilmington.—Absolución de filibusteros.—Consideraciones acerca de la actitud y tolerancia del Gobierno de los Estados Unidos.—Mensaje á su Presidente.—Informes de nuestro corresponsal en la Habana --Conspiración y prisión de filibusteros en Santiago.—Noticias de la campaña.—Real orden á los presidentes de las Audiencias de Cuba.—Presentación del cabecilla Betancourt.

RECIBIANSE diariamente de Cuba noticias verdaderas de nuevos incendios de ingenios, destrozos de líneas férreas, voladuras de puentes y viaductos.

La situación de los hacendados seguía siendo muy comprometida, pues no había quien les adelantase dinero y la situación de los jornaleros era aún más desdichada y angustiada. En muchos pueblecitos y *sitierias* se padecía materialmente hambre.

Las partidas de Roloff y Sanchez causaban destrozos do quiera pasaban, procurando evitar encuentros con nuestras tropas, pues á excepción del combate que libraron con la columna del teniente coronel Palanca, ningún obstáculo se les oponía á su marcha destructora.

Continuaban los *libertadores* de Cuba incendiando cuanto á su paso encontraban que, á su juicio, pudiera estorbarles en sus operaciones ó pudiera ser utilizado como punto estratégico por las tropas.

En ese caso se encontraban las fábricas de mampostería en las fincas, los fuertes y los poblados donde por lo regular buscaban reposo á las penosísimas jornadas las columnas, poniendo no poco empeño desde hacía poco tiempo en destruir el movimiento de los ferro-carriles é interceptar las comunicaciones por completo.

Por aquellos días (mediados de Septiembre) el cabecilla Suarez á su paso por algunas fincas hizo saber á sus propietarios el decidido propósito que tenía, obedeciendo á instrucciones de la Junta de New York, de impedir por todos los medios la zafra venidera. «—Llegada la molinenda—dijo Suarez—sin contar con las tropas que en crecido número ya les habrán puesto las peras á cuarto para ese entonces, al que intente moler le serán quemadas sus cañas y destruídos los bateyes.»

Una partida insurrecta pagó fuego al ingenio *Manacas Iznaga*, en la jurisdicción de Trinidad, atacando y quemando muchas casas del poblado inmediato y un fortín. La columna del coronel Villares acudió á tiempo para atacar y batir á las hordas de incendiarios, que fueron derrotados y dispersos, habiéndoseles hecho nueve muertos, muchos heridos y cinco prisioneros.

Incendiaron también las haciendas de don Antonio Flaquer y don Antonio Albera, denominadas respectivamente «San Antonio» y «Ojo de Agus», y lo propio hicieron con la llamada «Manzanares», del conde de Casa Moré.

Las dos expediciones que habían desembarcado en Cuba, después de las de Roloff y Sanchez, de los Estados Unidos habían salido, y otra que se estaba preparando también saldría de allí, pues bien claro lo decían los periódicos por informes adquiridos en los centros laborantes.

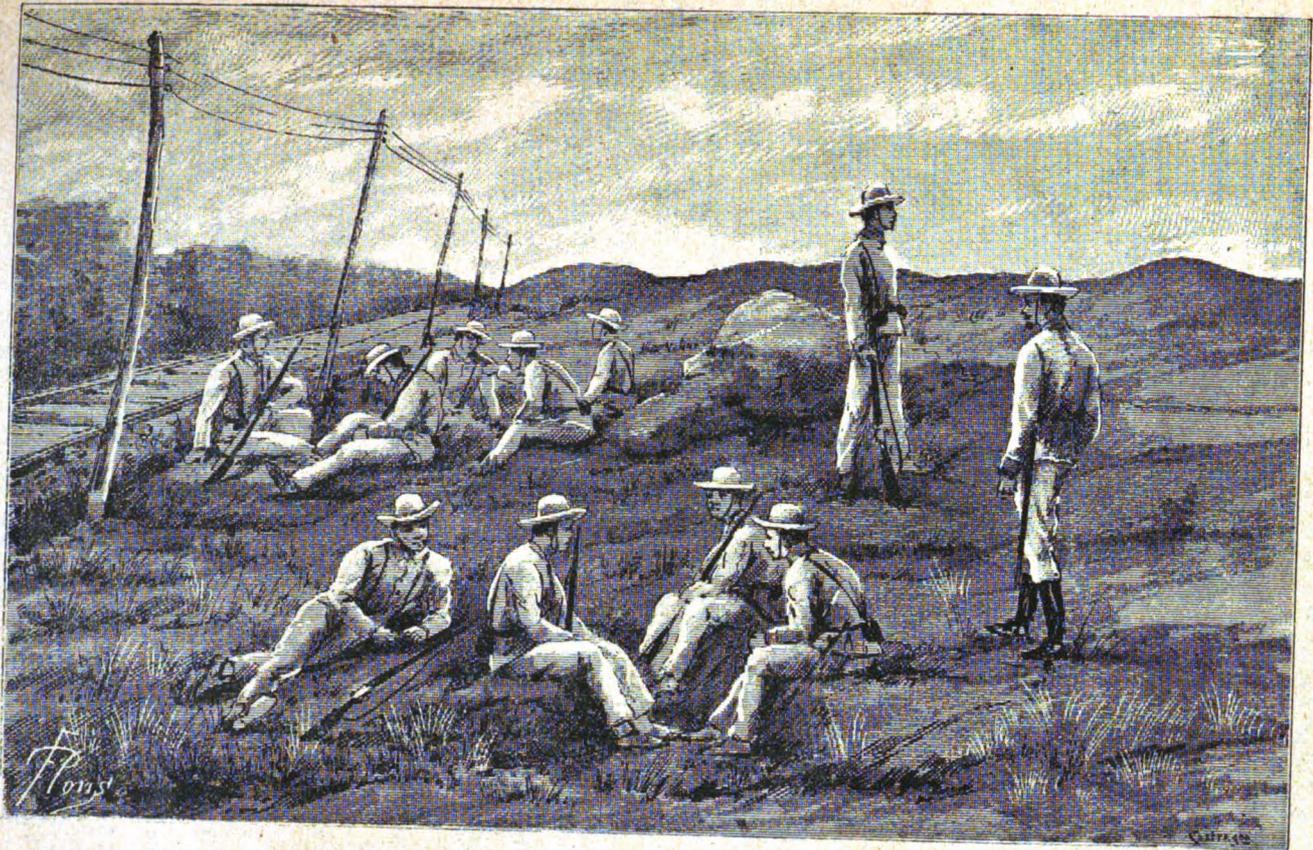
La «Junta» había enviado dos agentes al Perú y á Chile, los cuales estuvieron antes en Nueva York; y ¿quién duda de que las gestiones,



AVANZADA DE VOLUNTARIOS DE CABALLERÍA

muy activas por cierto, que se hacían en Colombia y en Venezuela para que se reconociera la beligerancia á los rebeldes, eran debidas á los laborantes de los Estados de la Unión?

No solo la «Junta» se encontraba muy segura en Nueva York, sino que se atrevía á increpar al Gobierno de Washington por la captura de los filibusteros y á *quejarse* en los periódicos de que no se les permitiera comprar barcos y pertrechos de guerra con destino á los *patriotas* de Cuba, y estaba preparando el terreno para que cuando nuestras tropas



SECCION DE VOLUNTARIOS GUARDANDO LA LINEA FERREA

dieran el golpe decisivo á la rebelión, pudiera salvarse la cabeza á los directores de la misma; á aquellos que, viendo perdidos ó malogrados sus infames propósitos, nos hacían la guerra con la dinamita y la tea incendiaria.

La prensa norteamericana nos había dicho ya que varios sindicatos americanos que tenían importantes intereses en Cuba, estaban muy dispuestos á adelantar fuertes sumas de dinero á los laborantes, bajo la promesa de obtener grandes concesiones.

Y algunos periódicos dieron á entender que realmente se *había adelantado* dinero. De modo que no faltó allí quién se repartiera á Cuba antes de tiempo.

Preguntado por un *reporter*, Quesada, secretario de la «Junta» y *ministro de Estado del gobierno manigüero*, si la «Directiva» trabajaba por la anexión de Cuba á los Estados Unidos, contestó: TAL VEZ.

¿Se quieren más pruebas de que la insurrección no es sino un negocio mercantil nacido del mercantilismo de unos cuantos hombres que, si bien nacidos en Cuba, están *americanizados* por su larga residencia en los Estados Unidos, de cuyo país no tienen el propósito de salir, porque en él tienen su modo de vivir?

*
* *

El gran Jurado de Wilmington, por trece votos contra seis, decidió el día 12 que había méritos bastantes para enjuiciar á veinte cubanos detenidos días anteriores por violar las leyes de neutralidad. Los procesados nombraron defensores á tres abogados, uno de los cuales, Mr. Horatio Rubens, era el consejero de la «Junta» laborante en Nueva York. Entre aquéllos estaba Rafael de Soto, establecido en la ciudad

de Wilmington, en el comercio de tabacos, que había sido acusado como cómplice en la expedición.

Pues bien; no obstante las pruebas que había contra ellos; no obstante estar comprobado que preparaban una expedición separatista; no obstante haberles cogido en el acto de la detención cartas dirigidas á Máximo Gómez; no obstante el acta de acusación que contenía cargos concluyentes, abrumadores, el gran Jurado popular de Wilmington, por trece votos contra seis, los absolvió y los puso en libertad y los reintegró á su conspiración criminal contra España.

Semejante veredicto de inculpabilidad, que pugnó con todas las leyes universalmente respetadas del Derecho de gentes, fué recibido por el público que llenaba la sala de audiencia del Tribunal juzgador con grandes aplausos y produjo en Wilmington gran entusiasmo.

Estos son los hechos; hechos dolorosos y sensibles, porque revelaban indudablemente el escaso grado de simpatía y la triste noción de justicia que alcanzaba la causa de España en la gran República norteamericana.

• • •

El Jurado es reflejo de la voluntad pública; el Jurado es trasunto fiel de los sentimientos más hondos y arraigados de la opinión. Por eso no hay que atribuir el veredicto del Tribunal popular de Wilmington á una interesada benevolencia ó á una genialidad excepcional de los jueces.

Si el Jurado de Wilmington pronunció esa sentencia fué porque de ese modo respondía al sentimiento del público; público que recibió con aplausos ruidosos la absolución de los filibusteros; público que, olvidándose de las sagradas leyes de la neutralidad, sólo vió en los

procesados compañeros á quienes salvar, gentes á las que se juzgaba en una causa que debía comprender á todos ó á casi todos los que oían los debates, culpables del mismo delito de desafecto á España, de simpatía á los separatistas de Cuba.

Y esto fué lo censurable y esto es lo triste. El gobierno de los Estados Unidos tolerando el funcionamiento de la Junta Magna del filibusterismo á la luz del día, en plena Nueva York, con entera libertad; el gobierno de Washington consintiendo que en su territorio se hiciera la activa propaganda más atentatoria á los derechos de España que imaginar cabe aún en país enemigo que no en nación neutral; el gobierno de la gran República tolerando la conspiración de todos los días y de todas las horas, de donde se originaban las expediciones y los desembarcos que nutrían constantemente la insurrección, contribuyó, ó por debilidad é impotencia de sus medios, ó por afinidad de ideas y simpatía de afectos, á desarrollar una opinión que nos era adversa y á que esa opinión no temiera al castigo, porque sabía que podía contar con la impunidad absoluta.

Casos como el del veredicto del Jurado de Wilmington no podían considerarse como un hecho aislado, sino como resultante de una serie de hechos conexos, de toda una política, de toda una fuerza.



COMANDANTE SEÑOR VILLARES

*
*
*

Céspedes, (hijo) dirigió un mensaje al presidente de los Estados Unidos, en que se *quejaba* de la conducta que observaban las autoridades *yankees* con los laborantes que organizaban expediciones para la isla de Cuba, á fin de engrosar el número de insurrectos.

En dicho documento hacía un paralelo entre aquella actitud y la que Francia observó durante la lucha sostenida con Inglaterra para obtener su independencia los Estados Unidos, y pedía al gobierno de Washington que se reconociera á los insurrectos el derecho de beligerancia, asegurando que no combatían por ójio á España, sino por amor á la independencia.

Los periódicos oficiosos de los Estados Unidos—que publicaron íntegro el mencionado mensaje—lo comentaron desfavorablemente para la causa de los separatistas.

Nos comunicó nuestro corresponsal en la Habana, con fecha 23, que los rebeldes de la provincia de Santa Clara rehuían todo encuentro con las columnas de nuestro encuentro y se entregaban principalmente á destruir poblados para impedir que las tropas encontrasen alojamiento.

En Santiago de Cuba, el coronel Canella, después del glorioso combate y victoria de Sao del Indio, salió de Guantánamo con 1.900 hombres y tuvo nuevos encuentros con los rebeldes, de escasa importancia, pero en todos los cuales había logrado castigar al enemigo.

El general Navarro había dispuesto la siguiente distribución de fuerzas, para el mejor éxito de las operaciones de campaña.

En las inmediaciones de Santiago, 2.000 hombres de infantería y

400 de caballería; en Guantánamo, 2.000 de infantería y 250 de caballería; en Manzanillo 1.000, y en Nuevitas 350.

En la misma bahía de la Habana habíase verificado una importante aprehensión de cartuchos para los insurrectos, habiendo sido presos y condenados el capitán y el fogonero del vapor americano *Mascotte*.

* * *

La columna que mandaba el coronel Oliver seguía operando en las inmediaciones de Jinaguayabo y sosteniendo á diario ligeros tiroteos y pequeños combates con las partidas que pululaban por aquella zona y que rehuían todo encuentro serio con las tropas.

Los días 19 y 20 batió á dos partidas, causándoles en el encuentro del día 20 cuatro muertos y muchos heridos.

Los propios días 19 por la mañana y el 20 por la tarde, la columna del teniente coronel Palanca con 180 infantes y 25 caballos batió también á dos partidas rebeldes, causándoles buen número de bajas.

El general Luque despues de una jornada de dos días, en los cuales tuvo varios pequeños encuentros con el enemigo, al que batió y dispersó, apoderóse de los campamentos que aquel había abandonado.

El día 21 sorprendió un hospital de sangre, después de tenáz resistencia y empeñado combate, en el que causó á los rebeldes 37 muertos encontrados en reconocimientos, y numerosos heridos. Estos, según manifestación de un prisionero, pasaban de cien.

Además les fueron cojidos á los insurrectos muchos caballos con monturas, y quedaron completamente destruidos los campamentos de Peralta, Pasleta, Banqueta y Hospital.

Las bajas de la columna consistieron en un soldado muerto y cinco heridos; y contusos, el capitán Dueñas, en la mano derecha; capitán

Moratinos, contusión de segundo grado en la pierna izquierda, grave; teniente Peralta, ayudante del general Luque, contuso de segundo grado en la pierna derecha, menos grave, y alférez Rafael Moratines contuso en la pierna izquierda, de segundo grado, leve: todos oficiales pertenecientes al batallón de infantería de Marina.

El general en jefe salió el día 23 de Cuba para Guantánamo y Gibara.

* * *

A bordo del vapor *México* llegaron á la Habana el día 25, procedentes de Santiago de Cuba y acusados del delito de propaganda separatista y de reclutar hombres para las filas insurrectas, los siguientes presos políticos:

Don Eudaldo Tamayo, vicepresidente de la Diputación provincial de Santiago. Oriundo de Bayamo el señor Tamayo gozaba de generales simpatías en el Departamento Oriental.

Don Alfredo Betancourt Mandaler, diputado provincial de Santiago. Hizo sus estudios de abogado en la Universidad de Granada. Al comienzo de la insurrección actual trabajó mucho en contra del movimiento revolucionario, auxiliando á importantes personalidades de Cuba para que el cabecilla Massó depusiera las armas y reconociera la legalidad. Tenía mucho prestigio entre la juventud distinguida del Departamento Oriental, y representaba en Cuba la tendencia más templada del partido autonomista.

Don Antonio Bravo, diputado provincial de Santiago y abogado. Perteneció á la familia del señor Bravo y Sentís, médico muy popular que ejerció mucha influencia en el departamento Oriental durante la primera insurrección separatista, y es letrado de mucha reputación.

Y don Desiderio Fajardo, periodista.

Todos fueron conducidos á la fortaleza ó castillo de la Cabaña, que es la destinada á los presos políticos, para desde allí ser conducidos á Ceuta.

*
*
*

El coronel Hernández, jefe de la zona de Sagua, batió el día 25 al enemigo, causándole tres muertos, entre ellos el titulado capitán Morales, que quedó en poder de las tropas, varios heridos, haciéndoles tres prisioneros y cojiéndoles veinte caballos con monturas y armamento.

El coronel Oliver, después de cinco días de operaciones y de sostener varios pequeños encuentros y escaramuzas con los rebeldes, atacó varios campamentos, que fueron abandonados, causando al enemigo cinco muertos vistos y muchos heridos, y ocupando correajes, armamento, víveres y municiones.

Fuerzas al mando del teniente coronel de artillería, en combinación con las que mandaba el teniente coronel Navas, persiguieron del 19 al 21 á una partida de insurrectos, dándoles alcance y ocasionándoles cuatro muertos, quedando uno de ellos en poder de las tropas. El espíritu de éstas y su disciplina en el fuego y arrojo y serenidad en el combate, excelentes.

El coronel Canella con su columna sorprendió el día 26 en Jamaica el campamento de las partidas insurrectas de los cabecillas Gil y Periquito Pérez, cogiéndoles armas, caballos, municiones y víveres.

Los rebeldes quemaron el caserío de Ciego Alonso, en Palmira.

Igual hicieron con varios potreros en San Juan de las Yeras.

El día 23 la partida del cabecilla Bermudez estuvo en la colonia «Rosita», en la Aguada de Pasajeros, entre las provincias de Santa Clara y Matanzas. Allí apresó á varios pasajeros.

Luego otra partida unióse á aquella en el Chapeo, y á dos leguas de la Aguada se incorporó á todos el cabecilla Matagás con sus fuerzas, el cual puso en libertad á los prisioneros que aquellos tenían en su poder.

El general en jefe desembarcó en la tarde del 25 en Matanzas.

*
*
*

En cartas de carácter confidencial había manifestado el capitán



AVANZADA DE UNA COLUMNA DEFENDIENDOSE DEL ENEMIGO EMBOSCADO

general de Cuba al ministro de Ultramar la presunción de que algunos de los jueces municipales de la isla simpatizaban con el movimiento insurreccional separatista, sospecha que no le autorizaba, sin la debida comprobación, á dictar contra ellos medidas que hubieran podido ser

calificadas de ligeras, por aquello de que «á la justicia prender»; pero algunas pruebas logró, sin duda, obtener el gobernador general de la grande Antilla, de que sus suposiciones tenían fundamento, cuando procedió contra varias de aquellas autoridades, disponiendo su procesamiento.

El ministro de Ultramar que, por su parte, no había adoptado resolución alguna mientras las sospechas de la primera autoridad de la isla no revistieron el aspecto de hechos sometidos á la investigación de los tribunales, tan pronto como pudo fundamentar la medida dirigió una Real orden á los presidentes de las Audiencias de Cuba llamándoles la atención sobre el suceso y encareciéndoles la necesidad de aplicar á los que resultasen culpables todo el rigor de la ley; porque si el delito que se les imputaba sería siempre grave tratándose de funcionarios del Estado de cualquier otro orden, lo sería mucho mayor refiriéndose á aquellos á quienes estaba encomendada la administración de la justicia en la isla.

La Real orden á que nos referimos fué enviada en el último correo del mes de Septiembre al gobernador general de la gran Antilla por el señor ministro de Ultramar.

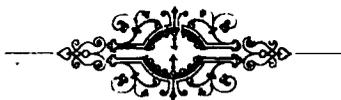
*
*
*

Comunicaron de Lima, á primeros de Septiembre, que Fernando Betancourt, uno de los cabecillas de la pasada guerra, se había presentado á nuestro ministro, señor López Guijarro, declarando que se separaba de la causa insurrecta y se ponía á la disposición del general Martínez Campos, cuyas órdenes esperaba.

Betancourt, que residía en Chile, se había embarcado en Valparaíso con cincuenta hombres, cinco mil fusiles y cinco cajas de muni-

ciones, á fin de unirse á la expedición filibustera que organizaba en Venezuela el titulado general Quesada; pero al llegar al Callao desembarcó, y desengañado, se presentó en la legación de España, realizando el acto á que hacemos referencia.

El citado cabecilla contaba diez y siete años cuando en 1872 abandonó la carrera de leyes, que seguía en Alemania, para unirse á la expedición de Bembeta, á bordo del *Virginus*, y apresado éste, logró escapar milagrosamente, uniéndose á las fuerzas de Máximo Gómez, á cuyas órdenes hizo la guerra pasada hasta su terminación por el pacto del Zanjón.



CAPITULO XII

Heroísmo del bravo teniente Sesma y Fernández.—Dolorosa sorpresa en Palma Sola.—Cinco guardias macheteadas. — Abnegación y heroísmo del cabo Morcujón. — ¡Sesenta horas de marcha!—Acción del Guayabal.—Quebranto y dispersión de la partida de A. Maceo.—La columna del teniente coronel Rubín.—Muerte del cabecilla Legón. — El médico don José López Castro.—Incendios y voladura.—Encuentros y escaramuzas. — Impresiones acerca del estado general de la insurrección. — El problema cubano y su solución. — Situación y actitud del partido autonomista de Cuba.—Opinión general del país.

N A de esas gloriosas hazañas con que en Cuba están demostrando nuestros bravos soldados todos los días el legendario heroísmo, patrimonio de nuestra raza, fué la que realizó el joven, casi un niño, y bravo teniente don Ricardo Sesma y Fernández.

Con motivo de ciertas confidencias se dió orden á una sección de infantería del primer batallón Peninsular, para que llevara á cabo un reconocimiento por las inmediaciones de Maniabón, costeano el llamado Puerto del Padre, con el objeto de perseguir una partida insurrecta.

Al efecto, salieron de Puerto del Padre, (Holgín), el 22 de Septiembre, treinta y dos soldados del citado batallón, al mando del segundo teniente señor Sesma y Fernández, procedente del regimiento de Cuenca, de guarnición en Madrid.

La partida del cabecilla, compuesta de *doscientos* hombres, tuvo conocimiento de la salida y objetivo del pequeño destacamento y preparó una emboscada de la que con gran pericia, impropia de sus años, supo librar á su fuerza el bravo teniente Sesma, que se batió con sus treinta y dos soldados con singular valor.

A pesar de la superioridad numérica del enemigo y de hallarse éste emboscado, rechazaron el ataque de la partida, la obligaron á refugiarse en un bohío y, aunque en posición desventajosa y en número seis veces menor al de los enemigos, los desalojaron de su refugio y se posesionaron de él.

También logró el bizarro oficial rescatar once guajiros que los insurrectos llevaban para incorporarlos á la insurrección.

El señor Sesma contaba poco más de un año de servicio, pues fué promovido á segundo teniente el 1.º de Julio de 1894.

Por su brillante comportamiento, digno de todo elogio y que con orgullo consignamos en estas páginas, fué propuesto para la cruz laureada de San Fernando.

* * *

En uno de esos terribles combates en que la necesidad de proteger las propiedades por medio de pequeños destacamentos obligaba á nuestros bravos soldados á defenderse casi siempre contra desproporcionado número de enemigos, un pelotón de soldados fué sorprendido por más de *seiscientos* insurrectos que machetearon á cuántos su escasa fortuna puso al alcance de sus machetes.

Operando por la jurisdicción de Sagua, (Santa Clara), el día 24 de Septiembre, una pequeña columna que mandaba el capitán de la guardia civil don Luis Pérez Riestra, vióse de improviso sorprendida en las

inmediaciones de Palma Sola por una partida de rebeldes, cuyo número se hizo ascender á seiscientos.

El bravo capitán y los diez y nueve guardias y diez y siete voluntarios de Guamutas que iban á sus órdenes, y que componían todas las fuerzas de la columna, se batieron con tenacidad y arrojo, tanto más admirables cuanto que la superioridad numérica del enemigo hacía inevitable una catástrofe.

El capitán se batió con gran valor y cayó herido. No obstante pudo retirarse al ingenio de San Luis con diez y seis hombres; pero dejando en el campo de batalla varios valientes guardias y bravos voluntarios que murieron peleando hasta el último momento.

Cinco de aquéllos, rodeados de una furiosa muchedumbre de separatistas, se defendieron heroicamente, prefiriendo morir á rendirse y ser prisioneros de aquellas hordas.

Fueron macheteados el cabo Gómez Vázquez, los guardias primeros Epifanio Pascual y Ricardo Pascual Pérez, y los guardias segundos Domingo Velasco y Jose Arias.

Entre otros rasgos de heroísmo admirable, digno de la epopeya, se nos dió cuenta del siguiente:

Uno de los voluntarios llamado Villavicencio fué herido gravemente en el vientre.

Los insurrectos le dejaron por muerto; pero su compañero Natalio Morejón, de Madrid, cabo del segundo batallón del regimiento de Cuba, que voluntariamente había ido á combatir la insurrección separatista en la manigua y fué condecorado por su valeroso comportamiento en la acción de Peralejo, al advertir que no había muerto, no quiso abandonarle en el campo enemigo.

Trata de reanimarle para ponerlo en salvo: carga con él á cuestas, lo saca del lugar del combate, y unas veces por su pié, otras llevándolo á la espalda Morejón, cuando al pobre herido se le agotaban las fuerzas

y la fatiga le impedía caminar, recorrieron un calvario de doce leguas, teniendo que detenerse con frecuencia por que Villavicencio se desan-graba, consiguieron despues de ¡sesenta horas! de marcha por despo-blados, sin alimentarse ni descansar, ponerse en salvo con sus armas y municiones.

Muchas heroicidades y rasgos de abnegación como estos queda-rán en el olvido; que en la guerra de Cuba se pone á prueba tanto el valor y suficiencia de los jefes, como la resistencia y acometividad he-róicas de los soldados.

Justo es, por tanto, que las que conocemos sean ensalzadas como merecen, para que de ellas quede perdurable recuerdo en la memoria de todos los españoles.

*
* * *

Noticioso el general Echagüe de que Antonio Maceo con sus ne-gradas se haballa acampado en las orillas del río Guayabal y loma Hoí-vas, organizó su columna en combinación con las del coronel Ceballos y tenientes coroneles Salcedo y Guerrero, que formaban en junto 1.300 infantes, 300 caballos y una pieza de artillería, y salió de Hólguín, el día 22 de Septiembre, en busca del *general* mulato y sus gentes.

Después de una penosa marcha de tres días, sin tropiezo alguno, ni encontrar rastro de partidas, llegaron el día 25 nuestras fuerzas á orillas del río Guayabal, afluente segundo del Gibara, donde se ha-llaban acampadas las avanzadas de Maceo, que les cerraron el paso.

Trabado combate, con pequeña re-istencia por parte de los insu-rrectos, forzó la columna del general con su nutrido fuego el paso del río y atacó con denuedo las posiciones ocupadas por el enemigo á la otra orilla, donde esperaba Antonio Maceo con todas sus fuerzas, que ascendían á 3.000 hombres de infantería y más de 800 de caballería.

Entre tanto, las columnas del coronel Ceballos y tenientes coroneles Salcedo y Guerrero, con una pieza, tomaban posiciones á la otra orilla y se generalizaba el combate, obligando á los rebeldes á abandonar sus posiciones y á replegarse en la loma de Hoivas.

Atacados en su última trinchera por la infantería del general, auxiliada con gran acierto por la pieza de artillería, fueron desalojados



...se defendieron heroicamente, prefiriendo morir á rendirse... (pág. 674)

también de la loma, huyendo fraccionados y dejando varios muertos, un herido y mucho material de guerra.

La acción duró siete horas y el empuje de las tropas fué tan grande y seguro, que redujo nuestras bajas—según los partes oficiales—á sólo cuatro heridos y seis contusos.



MUERTE DEL CABECILLA LEGON, EN EL COMBATE DE «LAS VARAS»

Noticias fidedignas afirmaron el gran quebranto sufrido por los rebeldes, y el número considerable de bajas que se les hicieron.

Practicados por las columnas subsiguientes reconocimientos acusaron la total dispersión y fraccionamiento de la partida.

* * *

La columna del teniente coronel Rubín batió el día 24 en el potrero de Las Varas, situado en el camino de San Ambrosio de Manacas, (Santa Clara), y sitio denominado Limpías, á las partidas reunidas de Roloff, Serafín Sánchez, Periquito Perez, Zayas, Castillo, Toledo, Rey y el mulato Legón, causándoles numerosas bajas.

Nuestras fuerzas se componían de 700 hombres de infantería y 50 de caballería. Las del enemigo pasaban en junto de 2.000 hombres.

Entre las bajas enemigas se contaron:

El cabecilla Sánchez, herido en la pierna izquierda; el cabecilla mulato, José Legón, muerto, y Ruperto Pinar, cañado y ayudante del primero, herido en el cuello.

Nuestras tropas tuvieron las siguientes bajas:

El teniente coronel Rubín que, peleando con verdadero heroísmo, fué herido de un balazo en el muslo izquierdo, y trece heridos más, que fueron conducidos en camillas á Sancti Spiritus.

En esta acción se distinguió notablemente el médico primero don José López Castro, que curó á los heridos en la misma línea de fuego, viéndose, por último, obligado á armar los camilleros con los fusiles de los muertos y heridos, y defender á estos de los ataques del enemigo.

En tanto que el valeroso coronel Rubín combatía por el frente y flanco derecho al grueso de las partidas, otro escuadrón enemigo oculto en el flanco izquierdo, atacó de improviso al convoy de heridos

que estaba en el camino con una guardia de 40 hombres.

Entonces, en vista del peligro, el médico López Castro, armó á los camilleros, acemileros y asistentes con los fusiles de los heridos y enfermos, y poniéndose á su frente defendióse con heroísmo del ataque del enemigo, logrando rechazarle y haciéndole bastantes bajas, mientras el grueso de la columna seguía el ataque en el llano y por el flanco derecho.

El valeroso médico recibió muchos plácemes por su heroico comportamiento.

Los insurrectos intentaron volar el mismo día el puente de Manacas; pero la columna del capitán Salvá lo impidió batiéndolos y persiguiéndoles hasta dispersarles.

En su persecución practicó reconocimientos, que dieron por resultado el hallazgo de ciento diez cartuchos de dinamita.

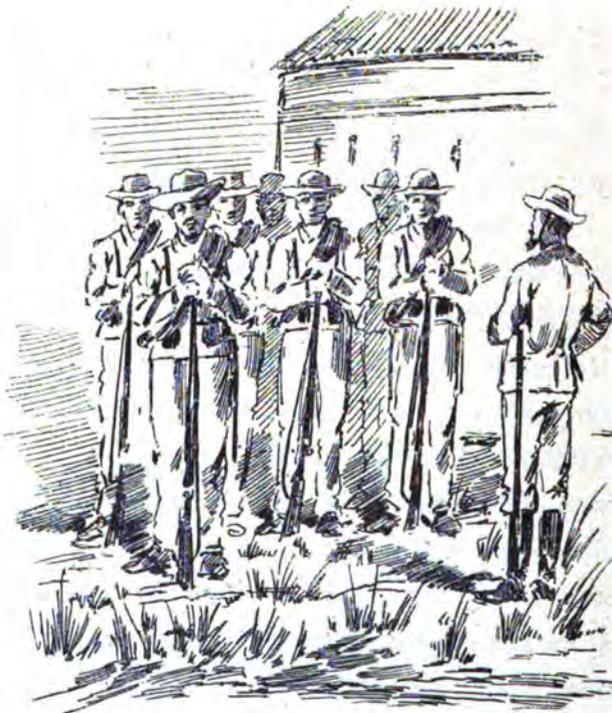
Esto indicó cuáles eran los propósitos que los insurrectos abrigaban y que hubieran realizado, de no impedirlo la oportuna persecución de la pequeña columna del capitán Salvá.

La situación de las cosas en la provincia de Santa Clara continuaba siendo, prácticamente, la misma.

Los insurrectos habían incendiado el pueblecito de Los Quintos, en Las Villas. No hubo que lamentar desgracias personales, porque los vecinos de dicho pueblo huyeron al campo, temerosos del salvaje atentado de los incendiarios.

Pretendieron también volar el puente de Santa Cruz entre Cienfuegos y Palmira, pero no lo pudieron conseguir, porque nuestras tropas, que tenían noticia del criminal intento de los rebeldes, lograron impedirlo, rechazándoles con heroismo.

En los últimos días de Septiembre habían ocurrido varios encuentros y escaramuzas en el departamento de Las Villas, teniendo los insurrectos considerable número de muertos y heridos; pero sin ventajas substanciales para la pacificación de la provincia, no obstante los continuos descalabros sufridos por los revolucionarios.



El comandante del destacamento del Charcón... (pág. 681)

José Maceo, que no había muerto, á pesar de cuanto se había dicho, continuaba al frente de su partida evolucionando en el departamento Oriental, si bien había sido obligado por nuestras tropas á abandonar las fuertes posiciones que ocupaba cerca de Guantánamo, y á dirigirse más hacia el Oeste de la provincia.

Dos pequeñas expediciones filibusteras habían desembarcado aquellos días en la costa Este de la isla.

El teniente coronel del batallón de Soria, en un encuentro que tuvo con una partida rebelde el día 1.º de Octubre, batió al enemigo después de dos horas de fuego, cogiéndole once caballos y monturas.

El comandante del mismo batallón, con doscientos hombres, batió otra partida, el mismo día, causándola siete muertos y treinta heridos y cogiéndole trece caballos.

El comandante Blanco sorprendió también al enemigo causándole dos muertos.

El comandante jefe del destacamento del Charcón, con treinta hombres, salió el día 2 en persecución de una partida que se encontraba en Algodones.

Atacado por *ochocientos* rebeldes, mandados por los cabecillas Bermúdez, Matagás y Muñoz, después de un reñido combate consiguió rechazarlos y obligarles á retirarse, causándoles dos muertos y varios heridos.

La columna tuvo un soldado muerto, dos heridos y tres extrañados.

En la noche del 30 de Septiembre fué atacado por los insurrectos el poblado de Vueltas, siendo rechazados por el pequeño destacamento que lo guarnecía.

El coronel Oliver tuvo un encuentro en San Agustín con la vanguardia de una numerosa partida de rebeldes, dispersándola tras ligero tiroteo y haciéndole tres muertos, entre ellos el ayudante del cabecilla Ricardo Rodríguez, y cogiéndole dos caballos con monturas.

Al efectuar un reconocimiento en las inmediaciones de Trinidad el teniente de Vizcaya don Luis Arrate, con un destacamento de veinte hombres, encontró á un grupo de rebeldes, que huyó, consiguiendo capturar en su persecución á cinco insurrectos.

*
* *

Entre los varios encuentros que en distintos puntos tuvieron con el enemigo las tropas del distrito de Gibara y Holguín hasta el 17 de Septiembre, el más valiente y el que revela un gran espíritu militar, valor y entusiasmo, fué el que tuvo lugar el día 13 en el Vedado, en cuyo punto existía un destacamento de 40 hombres del segundo batallón del tercer regimiento de infantería de marina, á las órdenes del teniente don Francisco Salas.

Este oficial, con 25 soldados, salió del fuerte para practicar un reconocimiento, siendo atacado por 200 insurrectos, que, emboscados, trataron de cortarle la retirada. Al nutrido fuego del enemigo contestó con el de su fuerza; pero viéndose por momentos más rodeado y observando que aquél cerraba mucho sus filas, confiado en la superioridad del número, con el intento de envolverlo y coparlo, dió un ataque á la bayoneta con tal empuje y bríos, que rechazando violentamente á los que saboreaban ya su triunfo, y persiguiéndoles, los puso en precipitada fuga y les causó 10 muertos y más de 20 heridos, muchos de ellos de arma blanca, cuyas bajas fueron vistas por los vecinos y comprobadas por el incansable general Echagüe, sin perjuicio de otras que retiraron en caballerías los insurrectos por el camino de San Martín.

Dueño del campo el teniente Salas, invitó á sus soldados á echar un cigarrillo en el mismo lugar del suceso, «para que no creyese el enemigo, si observaba sus movimientos, que huían para el fuerte,» pero molestados durante aquel descanso por nuevos disparos hechos desde mucha distancia, dispuso regresar al fuerte con objeto de municionar á su tropa, ya escasa de cartuchos, y una vez hecha esta operación vol-

vió á salir en busca de aquel enemigo artero, logrando hacerle más bajas á fuerza de perseguirlo.

El jefe de una columna que pasó por el Volado el día 17, felicitó en nombre del general, y al frente de sus tropas, que entusiasmadas vitorearon á la heroica guarnición de aquel fuerte.

Tan pronto tuvo conocimiento del hecho el general en jefe y convencido de la realidad de tanto denuedo, contestó al general Echagüe manifestándole dijera al teniente de infantería de marina D. Francisco Salas que le confería el empleo de capitán, como premio al brillante hecho de armas que acaba de realizar, quedando de tal suerte, merced á la equitativa y sabia política militar del general Martinez Campos, recompensado aquel valiente oficial casi en el mismo campo de batalla.



CAPITAN DON ENRIQUE TRAVESI

Las bajas de nuestras tropas fueron dos soldados heridos, uno de los cuales falleció á las pocas horas y un extraviado.

* * *

Como resultado de una excursión realizada por uno de nuestros corresponsales en la isla, en el mes de Septiembre, se nos comunica-

ron las siguientes impresiones acerca del estado general de la insurrección en aquella fecha.

En la provincia de Matanzas observó que en alguna parte del país existía determinada simpatía por los revolucionarios, demostrada con algunos reprensibles hechos.

Las mujeres, especialmente las pertenecientes á la clase alta y media, estabal mal predipuestas contra España, predisposición que atribuía al eco de la opinión de los varones, parientes y amigos que figuraban en el campo rebelde.

En Matanzas se sentía profundo descontento y una gran crisis económica, más acentuada aún que en la Habana. El comercio estaba paralizado y en una situación precaria, el crédito agotado, la propiedad sin valor, los comerciantes descontentos y quejosos.

Matanzas exportaba un tercio de su cosecha; en aquella fecha nada. Las calles de la ciudad estaban desiertas, los comercios sin compradores.

En la jurisdicción de Colón los campos estaban cubiertos de azúcar, las factorías abandonadas ó próximas á cerrarse si el precio del azúcar no aumentaba.

En algunos ingenios se había comenzado el corte de la caña; pero en la mayoría de ellos estaba pendiente por faltar el dinero para el pago de los trabajadores, á causa de la dificultad que tenían para obtenerlo como en los años anteriores por rehusarles el anticipo á consecuencia de carecer de crédito.

La paralización en los negocios era la causa principal del aumento de los insurrectos. Miles de obreros estaban sin trabajo y sin recursos.

Hablando con blancos y negros habiales hallado á todos con deseos de trabajar. Opinaban que la administración pública aumentaba las dificultades creadas por la crisis azucarera.

Para evitar el hambre, los más desvalidos y miserables marchaban á engrosar las filas insurrectas.

En Matanzas había 12.000 hombres sin trabajo á cuya causa se atribuían los robos de ganado para alimentarse.

La cuestión principal estribaba en si los azucareros podrían moler en la próxima zafra. La opinión general del país estimaba que no, pues aunque algunos propietarios estaban decididos y dispuestos á pagar la contribución que los rebeldes les exigieran, la mayoría de ellos creía que el Gobierno no lo consentiría y perseguiría á los que esto hicieran.

«La situación es difícilísima—nos decía nuestro informante—y urge que el general Martinez Campos, como así se espera y se halla preparado á ello, impulse una campaña vigorosa, expulsando á los revolucionarios de los distritos azucareros.»

* * *

Interrogado por nuestro corresponsal uno de los propietarios peninsulares acerca del problema cubano y su solución, declaró que creía indispensable la descentralización administrativa y radicales reformas en sentido expansivamente liberal.

Nuestro informante opinaba que ese era el deseo también de la opinión general, imparcialísima del país.

Ocupándose de las ventajas y resultados prácticos obtenidos con la victoria de Sao del Indio, consideraba un error la retirada de Guantámo, á consecuencia de lo que se dejó á los insurrectos reocupar sus posiciones.

La opinión general allí era que con los nuevos é importantes refuerzos recién llegados á la isla, podría sofocarse la rebelión separatista para fines del próximo período de la seca, si bien se dudaba que se consiguiera la completa pacificación de Cuba, por las dificultades que ofrecía la clase de guerra y la táctica adoptada por los rebeldes.

Los insurrectos de Las Villas eran en número de 10.000; pero les faltaban armas. Había aumentado el número conforme llegaban los refuerzos de la Península y la penuria del país.

Citaba los nombres de varias personas de influencia y popularidad adheridos al movimiento insurreccional.

Los revolucionarios se ocupaban en destruir por la dinamita y el incendio los puentes de los ferrocarriles, los fuertes abandonados y las fábricas, cortando los hilos telegráficos, quemando los poblados y las plantaciones. Los filibusteros, desesperados por la presencia de nuevas tropas, tendían á aumentar la destrucción y sembrar la ruina.

Las tropas y el elemento peninsular y patriótico de la isla lamentaban que los rebeldes eludiesen encuentros y acciones, evitando así el término de la insurrección.

Las municiones de los sublevados en Las Villas y el Camagüey eran limitadísimas. Máximo Gómez disponía de muy pocos cartuchos por hombre.

En Santiago de Cuba las tropas eran suficientes, pero no sobradas para desprenderse de parte de ellas y enviarlas á otras provincias.

Antonio Maceo seguía con su partida en el centro del departamento Oriental, y Máximo Gómez en el Sur de Puerto Príncipe, esperando el desembarco de una expedición con municiones y armas, que vigilaba para impedirlo el general Mella con 3.000 hombres en Santa Cruz del Sur.

El cabecilla Roloff seguía al frente de sus hordas de incendiarios, destruyendo y quemando en Santa Clara, donde 24 voluntarios se le habían unido con armas y bagajes.

La opinión de nuestro informante, apoyada en todos esos hechos, era que si las autoridades de la isla conseguían impedir los desembarcos, la situación de los insurrectos sería muy crítica y apurada, pues en toda la isla los separatistas conseguían solamente una pequeña can-

tividad de pólvora y plomo y pocos miles de cartuchos comprados en Matanzas.

*
*
*

La segunda parte de su interesante informe la dedicaba nuestro comunicante á tratar de la situación y actitud del partido autonomista de Cuba.



JOSE LAPUYA (Segundo de Quintin Banderas)

El comité central autonómico había celebrado en uno de aquellos días una reunión de gran resonancia.

Los principales individuos del Comité sostuvieron sus ideas, acordando enviar un Manifiesto á Madrid los diputados del partido.

Los miembros de la Junta central, que era lo que más valía dentro del partido, permanecían leales á

España, condenando con toda energía la continuación de la propaganda revolucionaria; pero de la propia manera pedían la aplicación, ó cuando menos la promesa formal por parte del Gobierno de la Metrópoli, de reformas que desarmasen á los intransigentes y robustecieran el influjo casi perdido de los gobernantes. Algunos de los que residían en las provincias, que se llamaban gentes del campo, se inclinaban

gradualmente en favor de la revolución y de los separatistas.

«La opinión general del país—terminaba afirmando nuestro informante—considera como un imposible que la proclamación de la República independiente en Cuba pudiera hacer de la isla un país dichoso y unido.

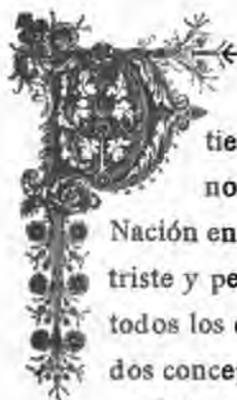
»Esa pretendida independendencia, sería la vergüencia, la destrucción y la muerte de la gran Antilla.»





CAPITULO XIII

Nueva catástrofe.—El naufragio del *Colón*.—Telegramas.—Detalles del siniestro.—Caso de fuerza mayor.—Despachos oficiales.—La prensa.—Nuestro ruego.—Consideraciones.—Nuestros marinos.—El crucero *Cristóbal Colón*.—Los bajos de los Colorados.—Varios encuentros.—*Entrevista* con el general Martínez Campos.—Declaraciones del gobernador y capitán general de Cuba.



E nuevo los hilos telegráficos, mensajeros constantes de nuestras desdichas interminables, nos transmitieron desde Cuba una nueva desgracia que lamentar, no tan terrible y luctuosa como la que experimentó la Nación en la memorable noche del 18 de Septiembre, cuyo triste y penible recuerdo perduraba vivo aún en la mente de todos los españoles, pero no por ello menos sensible, por todos conceptos, para la desventurada España.

Hé aquí los telegramas dando cuenta de la nueva catástrofe:

«Habana 1.º Octubre.—Se ha perdido el crucero *Colón*, salvándose afortunadamente, toda la oficialidad del barco y la tripulación que arribó ayer mañana á la playa de Mántua, provincia de Pinar del Río.

La catástrofe prodújose anteanoche á las once, por haber encallado el buque en los «Bajos de los Colorados», cerca del cayo «Buenavista».

La tripulación hizo esfuerzos sobrehumanos, durante toda la noche, para sacar el barco de la varada; pero viendo la inutilidad de sus trabajos y considerando que la pérdida del buque era inevitable, el comandante se decidió á abandonarlo para salvar la tripulación.

En la situación en que se hallaba el barco no cabía permanecer más tiempo en él, sin riesgo inminente de perecer todos.

La noticia de este nuevo desastre ha causado extraordinario sensación en esta capital. —X*.

«Habana 1.º Octubre.—(Recibido á las 9'22 n.) El general Arderius al ministro de Ultramar:

Desde el medio día de ayer estamos bajo la influencia de un ciclón.

La lluvia es tan copiosa, que en diez y nueve horas ha alcanzado la séptima parte del total de un año en la Habana.

El crucero de guerra *Colón* se ha perdido en los cayos de la costa de Mántua (Pinar del Río). Salvada la tripulación, sólo faltan tres marineros. Comunicaré detalles.»

«Habana 1.º Octubre.—El general Arderius al ministro de la Guerra.

El crucero *Colón* ha varado en Cayos Colorados en la mañana del 29.

Se cree que el buque está perdido.

La tripulación salvada.»

* * *

En telegramas posteriores se nos comunicaron los siguientes detalles del naufragio del vapor *Colón*.

Estaba comprobado que el crucero *Cristóbal Colón*, que prestaba

servicio de vigilancia en las costas de Pinar del Río, fué sorprendido por un violento ciclón y sufrió un temporal muy fuerte en el cabo «San Antonio.»

No pudiendo capear el temporal por las escasas condiciones marineras del barco, fué á buscar refugio en el golfo de Guadiana, siendo arrastrado por la furia del vendabal y la impetuosidad de las corrientes hasta la punta de los «Bajos Colorados», donde varó en situación verdaderamente crítica.

La oficialidad y la tripulación hicieron toda clase de esfuerzos para salvar el barco; pero todos fueron inútiles, siendo preciso abandonarlo por la mañana.

La dotación del buque salvóse toda, arribando el día 1.º á Mántua.

La pérdida del barco dijeron fué debida á la violencia del ciclón.

Casi todos los telegramas recibidos dando cuenta del siniestro, lo atribuyeron única y exclusivamente al violentísimo temporal que se desencadenó el día 29 de Septiembre en el mar de las Antillas, conviniendo todos en que el *Cristóbal Colón* no pudiendo resistir la violencia y empuje de las olas, sorprendido cerca de la costa de Cuba por un ciclón de fuerza extraordinaria, fué arrojado sobre los arrecifes «Colorados».

* * *

Una vez conocidos los pormenores de la nueva desgracia que el implacable destino hizo gravitar sobre España, modificóse la primera impresión que en todos los ánimos causó la noticia del nuevo desastre.

Los telegramas oficiales facilitados á la prensa, concordaron con la versión que les telegrafiaron sus corresponsales en Cuba y con los demás particulares recibidos en la Península.

De esa versión y de la que dió el jefe interino del Apostadero de

la Habana, se deducía que, al menos por esta vez, no había sido la imprevisión la causa generadora de la catástrofe: debióse el siniestro, según lo acusaban todos los indicios, á lo que podríamos llamar un caso fortuito ó de fuerza mayor.

En efecto: sorprendido el crucero *Colón* en el ejercicio de un ser-



La caballería mambí en el ataque de Algodones. (Pág. 681)

vicio de guerra por el espantoso ciclón que se desencadenó con pujanza asoladora sobre la isla de Cuba, no había fuerza humana capaz de contrarrestar el ímpetu del viento y el empuje de las olas, ni cabía dar la deseada dirección al barco, sordo al gobernalle y entregado por completo á la furia de los desencadenados elementos que habría de arro-



LA BAHIA DE NIPE (Nuevitas)

jarlo necesaria é inevitablemente, dado los parajes en que debió sorprenderle la tormenta, ó sobre la costa, ó sobre los arrecifes en que encalló.

Sensible fué, por todos conceptos, la pérdida del barco; primero, por lo que costó y valía; después, porque reducía á cinco los cruceros que teníamos, á la sazón, en la isla de Cuba, tan necesarios todos para impedir los desembarcos filibusteros. Mas, por fortuna, en este caso, se salvó lo que más valía, lo que no puede sustituirse en el corazón de las madres; se salvaron todos los tripulantes del buque perdido, que con ser tan constante la desgracia que nos perseguía y acosaba, antojósenos compasiva cuando solo se ensañaba en nuestros buques y respetaba la vida de nuestros valientes y queridos marinos.

* * *

He aquí ahora los despachos oficiales recibidos en el ministerio de Marina dando parte del siniestro:

«Habana, 1.º Octubre.—Comandante general interino apostadero á Ministro de Marina:

Ciclón que pasó Sur se aleja ahora por Sudoeste. Queda ver por dónde y cómo recurra.

Ninguna nueva noticia sobre el *Colón*. Cuando el tiempo abonanace saldrá para sitio varadura *Venadito* desde Mariel, é *Infanta* desde este puerto.

Repito está sana y salva toda la dotación del *Colón*.—Gómez Imaz.»

«Habana, 2.—(Recibido á las tres de la tarde).—Comandante general interino del Apostadero al ministro de Marina:

Después de las primeras noticias del *Colón*, nada he vuelto á saber por interrupción de la línea. Mejorado el tiempo.

Mañana al amanecer saldrá el *Infanta Isabel* de aquí, y el *Conde de Venadito* de Mariel, uniéndoseles en el quebrado donde varó el *Colón*, el cañonero *Reina Cristina*, para proceder al salvamento total ó parcial, ó lo que convenga.—*Gómez Imaç.*»

Los cinco cruceros que quedaban en Cuba eran: el *Reina Mercedes*, *Conde de Venadito*, *Isabel II*, *Infanta Isabel* y *Jorge Juan*.

En sustitución de los dos buques perdidos, se enviaron el *Alfonso XII*, crucero de primera clase, y el *Marqués de la Ensenada*, de tercera.

*
*
*

Al igual que cuando el naufragio y pérdida del *Sánchez Barcaytegui*, la prensa unánime pidió con motivo del nuevo siniestro ocurrido al *Colón*, que se averiguasen las causas de tantas desdichas como la patria sufría, de tantas pérdidas de marinos y de barcos como el país lamentaba.

A sus fundados y sentidos clamores unimos nosotros nuestros ruegos á los que pueden poner remedio á uno de tantos males como la desventurada España viene desde ha tiempo sufriendo con tan lamentable y dolorosa frecuencia, á fin de que averiguen la causa de nuestras desdichas, y una vez averiguada, pongan en acción los medios conducentes á evitarlas é impedir las.

Librenos Dios de inculpar nosotros á los hombres. No lo espere de

nosotros la calumnia. Sería acusar sin pruebas, herir al inocente, otorgando tal vez al culpable segura impunidad.

No se tema, tampoco, que maldigamos de las cosas; todo cuanto hoy existe puede servir con su imperfección misma, á la causa del bien.

¿Son descuidados, poco inteligentes, culpables, acaso, nuestros marinos? Nunca nos dictará la ignorancia tan grave afirmación.

¿Son malos, deficientes, inseguros nuestros barcos? No importa;



dió un staque á la bayoneta con tal empuje... (pág. 682)

úsense como tale-; pero téngase su inseguridad, sus deficiencias, en cuenta. No hay carabela mala ni insegura, cuando un Colón la equipa y gobierna, y cuando la tripula un Alonso Pinzón.

Pero á más de los hombres y las cosas, hay que tener también en cuenta la relación entre esos mismos hombres y esas cosas. Pueden nuestros bravos marinos ser arrojados, inteligentes, expertos, como

de hecho lo son: pueden hallarse nuestros barcos de guerra mejor contruidos de lo que la maliciosa impericia de las gentes supone. Mas la organización de los servicios, la aplicación de tantas fuerzas útiles, la combinación de elementos y fuerzas, puede ser detestable.

¿Por qué ha de detener el arma de la crítica el temor de la agena susceptibilidad?

¿Por qué se ha de llevar el miedo á las personas al punto de renunciar á juzgar de las cosas?

Cada día sobreviene una catástrofe. Mirarla impasible, no indagar las causas que hayan podido engendrarla, inculpar á los adversos hados con la pasividad de los fakires indios ó con la conformidad de un fatalista musulmán, puede llegar á constituir un verdadero delito de lesa patria.

Por el honor de todos, por la vida de esos nobles y bravos marinos que enaltecen el escudo español en las peligrosas costas de Cuba y en los golfos oscuros de la América virgen, por esas virtuosas madres que lloran la ausencia eterna ó temporal de sus hijos, por la verdad, por la justicia, por Dios mismo, indaguemos la causa de nuestra ruina, registremos el fondo de nuestra postración.

* * *

Los marinos mostráronse consternados ante el nuevo desastre. Se explicaban la pérdida del *Colón*, (si no había sido el ciclón el que la causara), por no ser el crucero un barco á propósito para navegar entre cayos, en las proximidades de las costas.

Dijeron también que era expuesto á nuevas desgracias que los buques que á Cuba se destinaban fueran de hierro y de planchas débiles, que no resisten los golpes de las piedras, y recordaban que en la

guerra anterior encallaron muchos barcos de guerra, pero como eran de madera solo se causaban averías fáciles de componer.

Hablando con uno de los más antiguos capitanes de nuestra marina mercante acerca de la varadura del *Colón* y de lo que sobre el siniestro opinaba, nos dijo:

«Cuento cerca de treinta años de navegación y cerca de veinte con mando de buques; conozco los peligros de los arrecifes «Colorados» de la isla de Cuba durante los temporales que trastornan las corrientes, por haberlos recorrido en diferentes ocasiones y haber naufragado en ellos, yendo como pasajero en un vapor americano, y por ello creo de mi deber manifestar, en defensa de los marinos de la Armada española de guerra, que el naufragio del crucero *Cristobal Colón* no autoriza en modo alguno las gratuitas inculpaciones del público, desconocedor de las fortuitas circunstancias que le han originado, aunque la fatalidad haga aparecer repetidos con dolorosa frecuencia los siniestros marítimos, propios de todos los marinos del mundo.»

* * *

El crucero *Cristobal Colón* fué construido en el arsenal de la Carraca y botado al agua el 23 de Enero de 1887.

Su casco medía 64 metros de eslora, 9'77 de manga, 4'83 de puntal y 4'62 de calado máximo.

Tenía un desplazamiento de 1,152 toneladas, y estaba armado de cuatro cañones de 12 centímetros, dos de 7, cuatro de tiro rápido y una ametralladora.

Su radio de acción era de 2,103 millas; tenía fuerza de 1500 caballos y su velocidad máxima era de 14'60.

Antes de ser destinado á Cuba estaba de estación en la América

del Sur. Lo mandaba el capitán de fragata don Pedro Sánchez Toca y componían su tripulación 185 individuos.

Los *Bajos de los Colorados*, donde encalló y varó el *Colón*, son en número de once y se extienden desde cerca de Bahía Honda, por toda la costa de Pinar del Río, hasta más allá de Mántua.

Entre los bajos y la costa hay numerosos cayos, siendo el mayor de todos el llamado de Buenavista en cuyas inmediaciones varó el *Colón*.

* * *

La columna del teniente Varela, en operaciones en Las Villas, encontró el día 30 de Septiembre en el ingenio «Saratova» á la partida del cabecilla Lazo.

Entre nuestros soldados y las fuerzas insurrectas se trabó reñido combate.

El fuego duró una hora, al cabo de la cual púsose en fuga el enemigo, llevándose gran número de heridos.

La columna tuvo ocho soldados heridos, y contuso el bravo teniente señor Varela.

Fuerzas del batallón de cazadores de Barcelona y guerrilla de Alfonso XIII, batiéronse el día 1.º de Octubre en jurisdicción de Remedios, con la partida de Matagás.

Nuestras tropas rechazaron victoriosas al enemigo, causándole cinco muertos y catorce heridos, apoderándose además de varios efectos y algunos caballos.

En el combate resultó contuso el capitán de la guerrilla de Alfonso XIII, y herido un soldado del batallón de Barcelona.

El cabecilla Rafael Arce—según nos comunicó nuestro correspon-

sal en la Habana el día 3--había fallecido en el poblado de Quemado de Güines (Santa Clara) á consecuencia de las heridas que recibió en el combate de Mordazo.

Hizonos notar también nuestro comunicante la profunda excisión que, sobre la que ya existía, dividía á la prensa de la Habana con relación á la política que aplicada á la guerra entre los separatistas seguía el general Martinez Campos.

Mientras *La Unión Constitucional*, *El Comercio*, *El Pueblo* y *El Diario del Ejército*, pedían que se combatiera sin contemplaciones á



CUARTEL DE MADERA (Habana)

los insurrectos y á sus simpatizadores, *El País*, *La Lucha*, *La Discusión* y *El Diario de la Marina*, defendían la tendencia de una política más suave, pero con cierta reserva y no con la arrogancia que ostensiblemente se descubría en los primeros.

Hasta tal punto traspiraba esta actitud en los diarios derechistas, que *La Unión Constitucional* no ocultaba bien la contrariedad que le producía la templada conducta del general Martinez Campos, contra quien insinuaba algunas censuras, aunque envueltas en protestas de respeto.

En carta que aquellos días recibimos de persona importante de la

Habana, se nos observaba que la política de moderación del general Martínez Campos sería la más eficaz para apagar el incendio, y no la de exterminio que, en el ensayo hecho durante la guerra anterior, dió resultados contraproducentes.

* * *

De una entrevista ó *interview* celebrada con el ilustre general Martínez Campos, nos dió cuenta en la propia fecha nuestro citado corresponsal en la Habana.

El general comenzó por decir á su visitante que los asuntos de la guerra ofrecían mejor aspecto.

Afirmó que el general Suárez Valdez obtuvo una decisiva victoria en San Juan de las Yeras, y que había habido importantes escaramuzas, con resultado favorable.

«Las operaciones actuales—jijo el general en jefe—son extremadamente difíciles, por la topografía del país y el sistema de los rebeldes de pelear en guerrillas.»

El escenario principal de las operaciones que en breve habían de comenzar, sería el territorio de Sancti Spiritus, Sagua y San Juan de los Remedios (Santa Clara).

La salud de las tropas era relativamente buena, habiendo sufrido mucho con el vómito en Santiago de Cuba, especialmente en Mayarí y en Santa Clara.

En este último punto, población también de la provincia de Cuba, perteneciente á la jurisdicción de Holguín y situada al otro lado de la bahía de Nipe, murieron de sólo un batallón un jefe, seis oficiales y cien soldados.

Respecto á la concesión á la isla de la autonomía, el general Martínez Campos opinaba que era de muy difícil aplicación.

Los autonomistas hallábanse divididos en dos bandos ó fracciones. Una noble, sincera, creyente en la eficacia de la concesión de la autonomía para conservar la isla en el dominio de España; la otra que pedía la autonomía para trabajar por la separación sin traspasar las leyes.

Creía firmemente el general que el mejor sistema de campaña era el método humano que él observaba á la sazón, otorgando el perdón á los presentados.

«Esta política—afirmó el gobernador general de Cuba—la adopté por mi propia iniciativa.

Y yo,—agregó el ilustre pacificador—resistiré las medidas de rigor, por las que abogan mis contrarios y mis opositores».

Consideraba el general que la situación económica de la isla era sumamente crítica y difícil, «crisis que proviene, en gran parte—dijo—de la imprevisión de los propietarios, que no acumularon la reserva de los años prósperos, para atender á las necesidades y escaseces de los años malos».

El gran número de tropas enviadas á Cuba se exigía por una razón muy obvia; porque era precisa la ocupación militar de todo el país, continuando las operaciones activas.

Declaró difícilísimo impedir el desembarco de expediciones filibusteras, por la naturaleza y extensión de la costa.

«Al principio—dijo el general—pensé colocar destacamentos en toda la costa; pero pronto abandoné la idea por impracticable, por cuanto hubiera sido necesario un tremendo número de hombres, y hubiera sido imposible la comunicación entre sí de los destacamentos».

Lamentó la carencia de caminos, y consideró necesaria, por la extensión de la isla, una gran red de ferrocarriles.

Cuanto á la situación de los rebeldes manifestó, que los de Santia-

go de Cuba tenían una gran provisión de municiones, que obtenían por medio de las compañías mineras; los de Cienfuegos disponían también de grandes provisiones; en cambio, los de Puerto Príncipe andaban muy escasos de municiones.

Terminaba su informe el comunicante diciendo que el general Martínez Campos permanecía en Santa Clara, para comunicarse desde allí con los diferentes distritos, y que no tomaría el mando de las tropas para salir á operaciones, á menos que los rebeldes concentrasen sus fuerzas.





CAPITULO XIV

Combate en Sagua.—Muerte de los cabecillas Morales y Zúñiga.—Varios encuentros.—Los insurrectos batidos y dispersos.—El diario de la guerra.—Mas seriedad.—Nueva partida de separatistas.—La rebelión en la provincia de la Habana.—Efectos del ciclón en Vuelta Abajo.—Telegramas oficiales.—Detalles del desastro.—Recursos á Pinar de Río.—El general Gómez Imaz.—Ultimas noticias del naufragio del *Colón*.—El nuevo comandante general del Apostadero de la Habana.



Una columna del coronel Hernández, operando en jurisdicción de Sagua (Santa Clara), tuvo un encuentro el día 4 con las partidas rebeldes capitaneadas por los cabecillas Agustín Morales y Rafael Zúñiga.

Dura y reñida fué la lucha entre los dos bandos, y de fatales resultados para los separatistas, que perdieron en el combate á sus dos jefes, los cabecillas nombrados, sufriendo además buen número de bajas y una completa derrota.

Los insurrectos incendiaron la estación de Tuinucú, en la línea férrea de Sagua.

Habíase comprobado por testimonios fidedignos, que en el combate del potrero de «Las Varas», se le hicieron al enemigo ciento setenta y seis bajas, de ellas cuarenta muertos, como así bien que el cabecilla

Paco Recio murió en una emboscada cerca de Camúgico, en el Camagüey.

La columna del teniente Lozano encontró el día 1.º en Algodones (Cienfuegos), á la partida de Bermúdez, con la que trabó empeñado combate, que dió por resultado la fuga y dispersión de las fuerzas insurrectas, después de causarles buen número de bajas.



JULIO SANGUILY

Nuestras tropas tuvieron que lamentar la muerte de un soldado y las heridas de otros dos.

La columna mandada por el teniente coronel Durango, tuvo un combate el día 5 con los insurrectos de la provincia de Santa Clara.

Encontró á la partida de Bermúdez en la Vereda del Cuero, jurisdicción de las Villas, y la batió valerosamente.

Los rebeldes tuvieron tres muertos y cuatro heridos que abandonaron en el campo del combate.

El teniente coronel Tovar encontró el propio día 5, en un movimiento operado con su columna hacia Bayamo, y próximo á este punto, la numerosa partida que mandaba el cabecilla Mendieta.

Trabado combate, el enemigo sufrió gran número de bajas y declaróse en fuga, dejando á la vista de nuestras tropas bastantes muertos.

La columna tuvo varios heridos, entre ellos el primer teniente don Joaquín Vidal.

Las partidas de Tamayo y Cardoso apresaron en la playa de Maisi un pailebot, exigiéndole los víveres que transportaba.

Continuaban los insurrectos incendiando las haciendas, las estaciones férreas y los poblados.

De encuentros con las tropas no se sabía que hubiese ocurrido ninguno de importancia, limitándose aquéllos de que se tenía noticia á ligeros tiroteos.

Habíase observado en algunos de los últimos encuentros, que los rebeldes sembraban el campo de hornillos de dinamita, para causar mayores destrozos en nuestras tropas.

Por fortuna, hasta aquella fecha, no habían logrado realizar sus siniestros y criminales propósitos.

*
* *

Aunque las operaciones en el teatro de la guerra no habían dado todavía principio en gran escala, todas las noticias acusaban que nuestras tropas lograban á diario evidentes ventajas en los encuentros parciales que tenían con las partidas rebeldes, y que el crecimiento de estas tan rápido en los primeros meses se había paralizado algo durante las últimas semanas.

El resultado, en definitiva, era bastante satisfactorio: mas, para apreciarlo bien no había necesidad de exagerarlo.

Nuestros soldados se batían con denuedo, como era de esperar; la organización de las fuerzas desembarcadas últimamente en la isla, se llevaba á cabo con regularidad, señalando á cada cual su puesto y sus obligaciones; el desembarco de expediciones filibusteras habíase logrado entorpecer y abrigábase la esperanza de que acabaría por impedirse en absoluto, en cuanto llegasen á Cuba las lanchas cañoneras que habían

de reforzar nuestras fuerzas marítimas en la gran Antilla.

Esto es lo que habíamos conseguido, y si en realidad no habíamos hecho más que prepararnos, todos los indicios acusaban que nos habíamos preparado bien.

Por lo mismo creemos que fué un error de parte del Gobierno y de las autoridades antillanas sacar las cosas de quicio, como vulgarmente se dice. Las de la guerra son demasiado serias para no tratarlas con la seriedad que requieren.

Nos quejábamos todos los días—por la impresionabilidad que nos distingue más que por el daño que se nos causaba—de que los periódicos norteamericanos, afectos al laborantismo cubano, propalaban á diario imaginarios triunfos de la insurrección sin caer en la cuenta de lo efímero y pasajero que es el efecto producido por tales medios.

La verdad tarda poco en abrirse camino, y lo único que consiguieron aquellos periódicos, al cabo de muy poco tiempo, fué desacreditarse por completo.

Y, sin embargo, nuestros gobernantes fueron á caer, por el lado opuesto, en el mismo gran error. Nunca dudamos nosotros ni del valor de nuestros soldados, ni de la pericia de sus jefes, ni del triunfo definitivo de nuestras armas; pero con no dudar de ello, hora es ya de que confesemos ingénuamente que no llegó nunca, ni llega nuestro optimismo hasta el punto de creer que salíamos del paso en todos cuantos combates se libraban y se libran en los campos de la insurrección separatista con tres ó cuatro heridos, ó contusos muchas veces, cuando nuestros soldados se batían y se baten casi siempre contra fuerzas superiores, les tomaban sus posiciones, y les dejaban fuera de combate medio centenar de hombres ó más, después de haberse batido durante cuatro, seis ú ocho horas.

En tales condiciones fuera la guerra para nosotros casi una diversión, y harto sabemos todos, por desgracia, que de la realidad á semejante cuadro, hay bastante diferencia.

Lo que únicamente se logró conseguir con tal sistema, porque debió ser un sistema adoptado por nuestros gobernantes para no alarmar al país (Dios se lo pague y el país les tenga en cuenta su buena y santa intención), fué llevar la duda á todos los ánimos, y detrás de la duda, la desconfianza.

Telegramas particulares dando noticia de combates terribles, en



El teniente Salas prodigando frases de consuelo á uno de sus bravos, herido. (Pág. 683)

los que había jugado la artillería y lucharon leales y rebeldes con heroico ardimiento, y de los cuales salimos *sin una sola baja*. Despachos oficiales en los que se daba cuenta de una, que nosotros fuimos los primeros en considerar importante, gloriosa é indiscutible victoria de nuestras tropas, pero en los cuales se quiso hacer creer que ese triunfo conseguido en una batalla en la que tomaron parte cerca de *seis mil*



INCENDIO DEL POBLADO DE LOS QUINTOS

hombres, y en la que duró el fuego más de siete horas. (nos referimos á la acción del Guayabal, librada por la columna del general Echagüe contra fuerzas de Antonio Maceo) no nos costó más que *cuatro heridos* y *seis contusos*, no eran los más á propósito ni para emocionar al público, ni para entusiasmarle.

Y por demás está el afirmar que esas inocentes invenciones perjudicaban notoria y gravemente á nuestros brillantes hechos de armas y á la seriedad de nuestros bravos militares.

De aquella importante victoria nadie hablaba á los ocho días, ni hubo periódico que se atreviera á comentarla y ensalzarla, ni hay cronista que pueda narrarla con todos sus pormenores é incidencias.

Parécenos que no hace falta dar á nuestros lectores la explicación de tan extraño fenómeno. Y no es que nosotros pongamos en duda los hechos; es que parecieron á todo el mundo demasiado satisfactorios, á la vez que algún tanto inverosímiles.

Ello fué prueba, tal vez, en definitiva, que el país había recobrado la serenidad y apreciaba los sucesos más friamente que al principio de la campaña. De todos modos, bueno fuera que el Gobierno—ya que á los corresponsales sea demasiado, por lo inútil y cándido, perderles lo mismo—se fijase en el hecho que señalamos; porque esa serenidad podría convertirse en desconfianza, si el conjunto de operaciones no respondiera á las esperanzas que los resultados parecía hacer concebir.

* * *

El día 5 se levantó en armas una nueva partida de separatistas, que se formó en el potrero de Sotolongo, con gentes de Güira de Melena, en la provincia de la Habana.

Era un grupo de unos cuantos insurrectos á quienes capitaneaba don Tomás Pérez, médico de Bitabanó, y el comerciante establecido en Salud, don Benito González.

Los nuevos rebeldes se dirigieron á la costa, con objeto de proteger un desembarco, que, según noticias que había recibido la insurrección, debía realizarse de un momento á otro.

No consiguieron su propósito; pues el general Loño salió inmediatamente con fuerzas en persecución de la nueva partida, la cual quedó bien pronto disuelta, volviendo buena parte de los revolucionarios á sus hogares y marchando otros cuantos á engrosar los grupos de bandoleros que recorrían la isla.

El suceso no tuvo más importancia que la de que la insurrección se había extendido á toda la isla.

La situación se había agravado por los terribles efectos del temporal de aguas y de la inundación, que había sembrado por dó quiera el espanto, la miseria y el luto.

He aquí los telegramas oficiales, recibidos de la isla dando cuenta de los desastrosos efectos del ciclón en Vuelta Abajo:

«Habana 4.—(Recibido 5.)—General gobernador á Ministro de Ultramar:

Comunica gobernador Pinar del Río que aquella provincia ha sufrido grandes pérdidas por temporales en 30 y 1.º de Octubre. Partes recibidos de Santa Cruz y otros puntos dicen ha habido 19 muertos y ocho desaparecidos y cinco casas destruidas.

Siembra tabacos perdida completamente.

Situación gentes del campo penosísima.—*Ardertus.*»

«Habana 6.—General encargado del despacho al ministro de Ultramar:

Amplio cablegrama de ayer sobre desgracias causadas por el temporal en Pinar del Río.

Han perecido más de cuarenta personas ahogadas, y desaparecido en mayor número, cuya muerte se teme.

Las poblaciones y términos de Paso Real, San Juan y Martínez, Consolación, San Diego, Palacios y otros, han sufrido grandes pérdidas materiales, principalmente la destrucción de los semilleros de tabaco recién sembrados, causando la ruina de la provincia.



EN PERSECUCIÓN DEL ENEMIGO

Propónese por el gobernador civil la conveniencia de adquirir en otras localidades semillas para auxiliar á los vegueros indigentes, medida oportuna hoy, para salvar en parte el casi único medio de subsistencia de la provincia.

Los Ayuntamientos y particulares prestan auxilios á multitud de familias sin hogar.

El gobernador comunica datos adquiridos personalmente en varias

localidades, que recorre con notable celo, á pesar de la dificultad de la comunicación.

La vía férrea hállase interrumpida y ha sufrido grandes desperfectos.—*Arderius.*»

*
*
*

A medida que se iban conociendo detalles del terrible desastre, aumentaba éste en intensidad.

En Vuelta Abajo las víctimas se registraban por cientos, y era verdaderamente imposible calcular su número exacto. Por todas partes se recogían cadáveres, operación que en algunos casos producía escenas de familia desgarradoras. En muchos sitios se recogieron familias enteras muertas.

El cuadro que ofrecían los poblados y los campos, arrasados, era horrible; en los campos, especialmente, se advertía gran fetidez, producida sin duda alguna por la descomposición de los cadáveres.

Los ferrocarriles habían sufrido destrozos enormes; se calculó que, trabajando asiduamente en la recomposición de la línea, y suponiendo que otro temporal no volviera á ocasionar nuevos destrozos, los trenes no podrían llegar á Pinar del Río hasta después de tres meses próximamente.

En la cosecha de tabaco no había que pensar: toda se había destruido. Este principal elemento de riqueza de la provincia había desaparecido en absoluto en la región por aquel año, y se temía que los horribles efectos del temporal se dejaran sentir en años sucesivos.

Los puentes de Limones y Bayate quedaron destruidos.

✓ Tal era el triste y desolador espectáculo que ofrecía aquella provincia, libre entonces de los horrores de la guerra, pero cruelmente azotada por la furia de los elementos.

Contestando al telegrama en que el general Arderius dió cuenta de los desastres producidos por el temporal en la provincia de Pinar del Río, el ministro de Ultramar dirigió el día 6 á dicha autoridad un despacho recomendándole que instruyera con la rapidez posible el oportuno expediente, á fin de destinar recursos del fondo de calamidades públicas al socorro de las inmensas desdichas ocasionadas por la inundación en la mencionada comarca antillana.

* * *

Interrumpidas las comunicaciones entre Pinar del Río y la Habana por tales desastres, el jefe interino del Apostadero, general Gómez Imaz, inquieto, sin duda, por las noticias que circularon sobre la suerte de alguno de los barcos que fueron al lugar en que naufragó el *Cristóbal Colón*, quiso cerciorarse personalmente de la veracidad y fundamento de aquellos rumores, y sin más espera, se trasladó, á bordo del cañonero *Contramaestre*, á los parajes en que ocurrió la catástrofe.

A la vez, supose por un oficial del *Colón*, don Carlos Bertrán, llegado á la Habana en el vapor *Praviana*, que toda la tripulación del buque naufrago se salvó, y que el *Venadito*, el *Infanta Isabel* y el *Reina Cristina* continuaban sin novedad, dedicándose al salvamento de los pertrechos del *Colón*, cuyo casco podía considerarse por perdido en absoluto, por tener destrozados los fondos y la popa. Habíanse salvado la caja de caudales, botes, torpedos y cañones revólvers, continuando los citados buques trabajando para salvar la artillería gruesa, aunque con pocas esperanzas de éxito por falta de elementos y deficiencia en

los medios de que habían de valerse para conseguirlo.

En lugares próximos al del naufragio del *Colón*, se habían perdido otros varios buques, porque la cerrazón reinante daba falsas situaciones y la influencia del ciclón originó violentas corrientes.

En el Consejo de ministros celebrado en la Presidencia, el día 8, se acordó el nombramiento para el cargo de comandante general del Apostadero de la Habana, vacante por la muerte del infortunado señor Delgado Parejo, en favor del contralmirante señor Navarro y Fernández.

El general de Marina don José Navarro y Fernández nació en Madrid el 15 de Mayo de 1832, ingresando en el cuerpo general de la Armada el 14 de Enero de 1846.

Ascendió á guardia marina de primera en 1849, á alférez de navío en 1854, á teniente de id. en 1861, á teniente de navío de primera en 1868, á capitán de fragata en 1871, á capitán de navío en 1884, á capitán de id. de primera en 1891 y á contralmirante en 1895.

Había mandado la barca peruana *Iquique*, la corbeta *Tornado*, los vapores *Liniers*, *Don Juan de Austria*, *Isabel la Católica*, *Churruca* y *Venadito*, la corbeta *Vencedora*, la estación naval de Joló y el crucero *Reina Mercedes*.

En la fragata *Resolución*, que formaba parte de la escuadra del Pacífico, y como primer ayudante de la mayoría general, hizo toda la campaña á las órdenes del ilustre y bizarro Méndez Núñez.

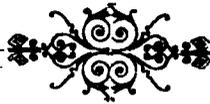
Mandó también el convoy de la escuadra, y en la última guerra civil operó contra los carlistas en las costas de Vizcaya, en el vapor *Liniers*.

Había sido comandante de Marina de los puertos de Santiago de Cuba y Barcelona, y al ser propuesto para el importante mando que el Gobierno le confiara, desempeñaba el cargo de director del personal en el ministerio de Marina.

Estaba condecorado con las cruces de Isabel la Católica y Carlos III, Mérito Militar y Naval, Cuba, Alfonso XII y la gran cruz de San Hermenegildo.

Era también benemérito de la patria.

La opinión recibió con aplauso el nombramiento.





CAPITULO XV

Incendio del caserío de Altamira.—La sorpresa de Palma Soriano.—La guerrilla de Antequera y el escuadrón del Rey.—La pena del Talión.—Tiroteos, incendio y ataques.—La columna del general Valdés.—Aspecto general de la campaña.—El ministro de Marina.—Los buques de la trasatlántica.—El problema de Cuba.—Carta de la gran Antilla.—El teniente Ruiz y el cabecilla Cantero.—Justicia de los *libertadores*.—Otras noticias.—Derrota de los insurrectos en Sierra Jiquibú.—El teniente don José Martínez Campos.—Ataque á El Cristo.—En el hospital militar de Trinidad.—Descarrilamiento de un tren.—La columna del teniente coronel Sousa.—Salvajada alibustera.—Bárbaro atentado contra el tren de la línea de Remedios á Placetas (Santa Clara).



MIENTRAS los elementos se desencadenaban con terrible furia y azotaban cruelmente una de las más ricas comarcas de la hermosa Cuba, sembrando de momento la desolación y la ruina para mucho tiempo, los rebeldes seguían su criminal obra de destrucción, que compartían con la Naturaleza, empleando los salvajes medios que en esta guerra venían usando preferentemente, y rehuendo los encuentros con nuestras tropas.

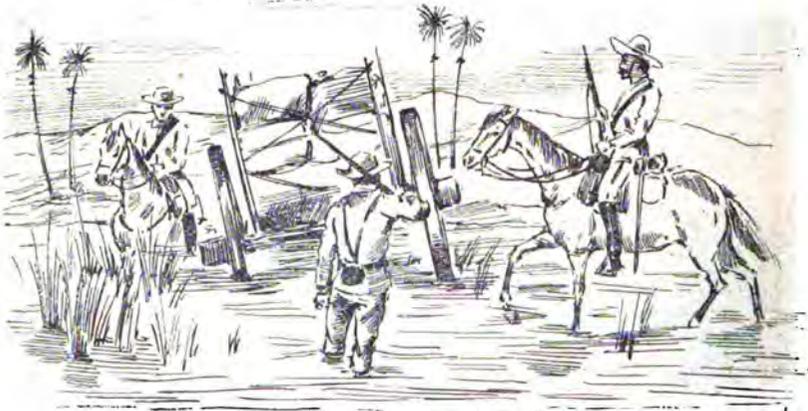
El día 7, una numerosa partida rebelde incendió el caserío de Altamira, situado cerca de Pueblo Nuevo.

El caserío quedó completamente destruído y los rebeldes consumaron con toda tranquilidad su obra, porque aquel se hallaba desguarnecido.

Tres guerrillas mandadas por el teniente coronel Tejeda salieron á recorrer la línea telegráfica de Palma Soriano á Santiago de Cuba, para proteger los trabajos de reparación.

De improviso viéronse sorprendidas por trescientos rebeldes que mandaba el cabecilla Demetrio Castillo y que conocedores de la salida de los guerrilleros les prepararon una emboscada.

Nuestras fuerzas se vieron de momento rodeadas por el enemigo, que era muy superior en número, y aunque se consideraron perdidos irremisiblemente, se dispusieron, sin embargo, á luchar y á morir heró-



CONDUCCION DE VIVERES

camente, vendiendo caras sus vidas á los arteros *mambises* á costa de sangre de la insurrección.

Empeñada la lucha y cuando las tres guerrillas se batian con más denuedo y los insurrectos iban consiguiendo sobre ellas indudables ventajas, recibieron aquellas un refuerzo que hizo decidir la victoria en favor de nuestras armas.

*
*
*

En lugar próximo al en que se trabó el combate, hallábanse veinte infantes de la guerrilla de Antequera y otros veinte ginetes del escuadrón del Rey, auxiliando la operación de recomposición del puente de Chiva, que había destruído el temporal.

Oyeron esos cuarenta bravos el tiroteo, y guiados por él acudieron inmediatamente en auxilio de sus compañeros.

La llegada del refuerzo desconcertó á los rebeldes, que desde aquel momento comenzaron á debilitar su ataque y á perder terreno.

La lucha fué breve; el puñado de valientes soldados tardó muy poco tiempo en batir y poner en fuga al enemigo, que dejó abandonados tres cadáveres.

Emprendida su persecución les cogieron una acémila cargada de efectos, armamento y municiones.

Al poco tiempo volvieron los rebeldes al lugar del combate, con el propósito sin duda, de recoger sus muertos y suponiendo que podrían rescatar parte, al menos, de los efectos perdidos; pero salióles mal la cuenta y sus propósitos quedaron frustrados.

Cincuenta ginetes del escuadrón del Rey les habían preparado una emboscada, sospechando ya su retorno, y les sorprendieron arrojándose de improviso sobre ellos... ¡La pena del Talión!

No hubo lucha, pues el enemigo huyó á la desbandada, dejando en poder de nuestros jinetes un prisionero.



Varias partidas de insurrectos sostuvieron ligeros tiroteos, los días 6 y 7, con fuerzas de la guardia civil en Sabanilla (Matanzas).

En el pueblo de Calabazar (Sagua), situado en la línea de Cárdenas, una partida rebelde incendió el día 8, el ingenio «Dos Amigos.»

Esta y otras partidas atacaron también los fuertes y el ingenio «Teresa», el poblado de Sietecito, y los ingenios «Manuelito» y «Fuente Matilde,» en Caibarién.

Al regresar la columna del general Valdés de conducir un convoy de Manicaragua á Villaclara, (Las Villas) que había ido custodiando, encontró al enemigo, al que se propuso batir.

Al efecto, fraccionó la columna en tres secciones para emprender una persecución combinada y batirle en Tres Palmas, Roquete y cafetal «Gonzalez.»

Los encuentros se realizaron los días 1.º 2 y 3, y las partidas batidas fueron las de los cabecillas Zayas, Suárez Núñez y Alemán.

Al enemigo se le causaron cinco muertos vistos y muchos heridos y dejó en el campo doce caballos.

La columna tuvo dos soldados heridos y seis caballos muertos.

* * *

No cabe negar que las últimas noticias del teatro de la guerra eran poco satisfactorias.

En la jurisdicción de Sagua, (Santa Clara), los insurrectos incendiaban los ingenios y atacaban los fuertes; en Sabanilla de Santa Ana (Matanzas), casi en los linderos de la provincia de la Habana, los rebeldes se tiroteaban con la guardia civil; de Puerto Príncipe hacía días que carecíamos de noticias, como si los insurrectos de allí hubieran caído en un pozo y desaparecido de la provincia y aun de la isla; en Santiago de Cuba permanecíamos á la defensiva; y para colmo de desdichas, en la misma provincia de la Habana, en el Pueblo de Gúira de Melona, se había formado y levantado en armas una partida con el propósito, según parecía, de proteger un desembarco en las costas de Pinár del Río.

Verdad es que esa partida se disolvió inmediatamente; pero también decían los despachos que algunos de los sujetos que la formaban se fueron á engrosar los grupos de bandoleros.

No sabíamos que los hubiera en la provincia de la Habana, ni en la de Pinar del Río, de manera que por este lado también se nos dió una mala noticia, estando ya demostrado hasta la saciedad que los facciosos ó insurrectos no se diferenciaban de los latrofaciosos ó bandoleros más que en el número de los que formaban el grupo. Si no pasaban de quince, eran bandidos; pero si llegaban á cincuenta eran rebeldes.

De desear era que los de la Habana y Pinar del Río no pasaran de la primera categoría, para no merecer el correspondiente ascenso.

Güira de Melena de donde salieron la mayor parte de los individuos que se levantaron en armas en el potrero de Sotolongo, es una población que cuenta doce mil habitantes, y que dista de la Habana cuarenta y cuatro kilómetros.

Compréndese, por lo tanto, que el suceso causara en la capital de la isla extraordinaria sensación.

Todo ello demostró en definitiva, que no había ya ninguna provincia—salvo la de Pinar del Río, si acaso—libre de insurrectos, y que en alguna como la de Santa Clara, donde tantas fuerzas se habían acumulado, los separatistas continuaban quemando ingenios, destruyendo puentes y atacando fuertes.

Tal era, por desgracia, el estado de la insurrección en los primeros días del mes de Octubre.

* * *

Entre tanto en la Península, en vista del mal cariz que presentaban los horizontes de la revuelta separatista y en las contingencias que

de la misma acaso pudieran surgir, se pensaba en adquirir y acumular nuevos elementos de guerra con que acudir á sofocar la rebelión cubana y á sostener en aquel hermoso suelo, ganado por nosotros á la civilización y regado por la preciosa sangre de nuestros hermanos, la soberanía de España.

Hacia días que el ministro de Marina se ocupaba activamente en el estudio de las disposiciones necesarias para transformar en buques de combate los vapores de la Compañía trasatlántica que hacían la carrera de las Antillas y de Filipinas.

En previsión de esta contingencia, y con arreglo á una de las bases del contrato, los mencionados buques están ya construidos y dispuestos para recibir artillería gruesa y prestar servicio como buques de la Armada.

Merced á ello, podría disponer el Gobierno, si llegase el caso, de 16 barcos de gran porte, de 4 á 5.000 toneladas, armados cada uno con seis cañones Hontoria, de 14 centímetros, tripulados por marineros de guerra y mandados por oficiales de la Armada.

Las medidas que estudiaba el general Beranger, permitirían llevar á la práctica este pensamiento en un corto número de días, si, lo que no era de esperar, por entonces, las circunstancias lo exigiesen.

En punto á previsión, opinamos nosotros que mejor era pecar por carta de más, que por carta de menos.

*
*
*

Por la importancia extraordinaria que en sí misma tiene, y por la idea que dá de la situación política y estado de la isla en los últimos días de Septiembre, integramos á continuación algunos párrafos de una

interesante carta que nos dirigió una de las más prestigiosas figuras de la política cubana:

«La situación en que encontré este país á mi regreso, es mucho más alarmante que la que tenía hace tres meses, cuando embarqué para la Península.

Si el general en jefe logra dominar la insurrección en Las Villas y en aquella comarca se puede hacer la zafra, habrá obtenido un triunfo superior á lo que todos esperamos. Tengo entendido que ese es el objetivo de sus operaciones de otoño.

La cuestión de hacer ó no zafra es vitalísimo; pues en el supuesto que no trabajasen Las Villas, (que es donde están las más importantes fábricas y en mayor número), ¿qué haríamos de esa inmensa masa de trabajadores hambrientos?

Los elementos reaccionarios están cada día más ensoberbecidos. Las predicaciones sanguinarias de sus periódicos irritan al país pacífico, que teme se instaure un régimen de persecuciones, de denuncias y de venganzas personales, y extravíen la opinión de la parte sana, pero poco concedora de las verdaderas necesidades de la campaña, del grupo peninsular.

Cualquier día puede estallar un conflicto, y después de roto el equilibrio no habrá diques que contengan los desbordamientos de la pasión.

Martínez Campos, hasta ahora, aunque con veleidades ultraconservadoras, se mantiene sereno y hace respetar su autoridad. Él es la única garantía efectiva que tenemos de que no se entronice el reinado del terror, que tanto desean los separatistas como los exaltados del integrista, porque dividiría el país definitivamente en dos bandos irreconciliables, y empujaría al campo á los irresolutos.

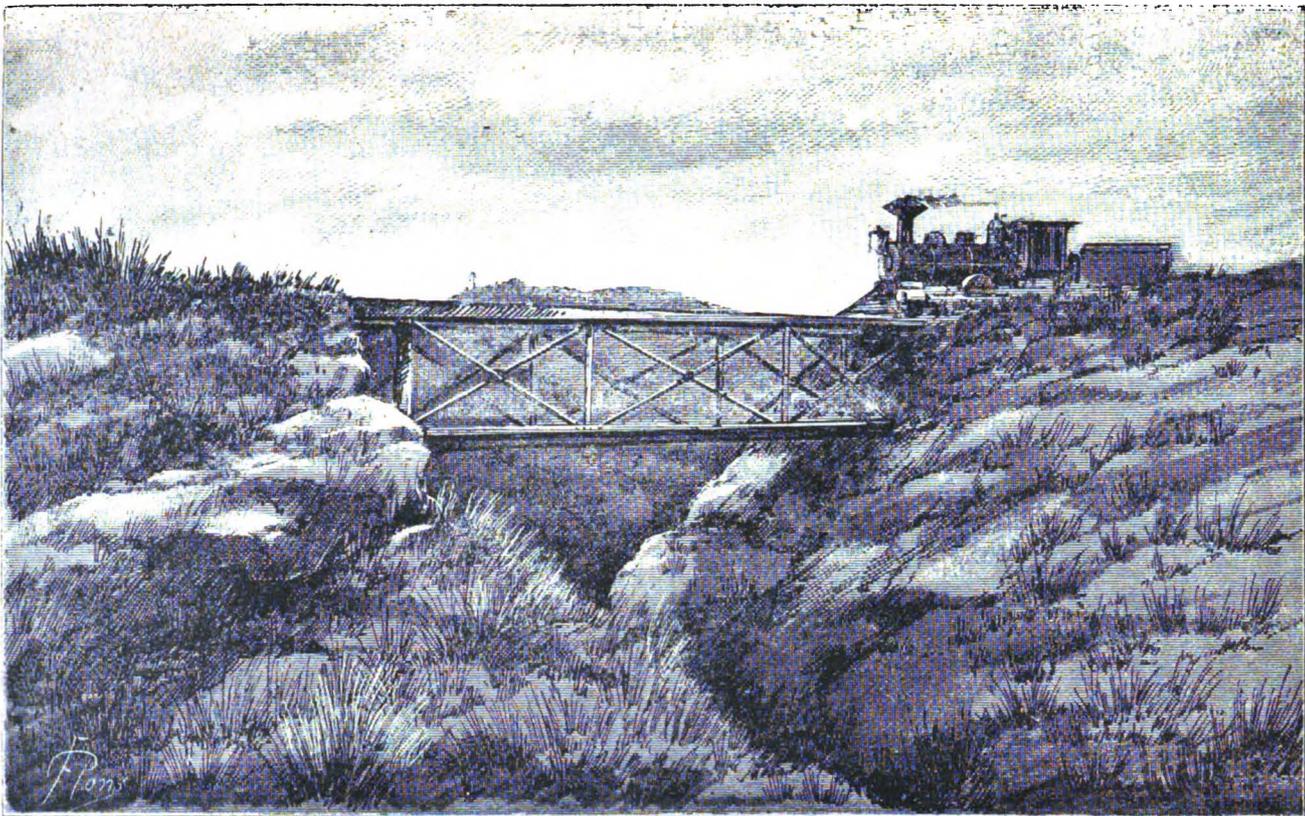
«En mi opinión, y en la de la inmensa mayoría del país, el modo más eficaz de terminar la guerra, aparte de la acción militar, que debe ser enérgica y rápida, es conceder á Cuba las reformas políticas y económicas que reclama.

No discuto la oportunidad ni la probable eficacia de pedir esto;



...y poniéndose á su frente defendiéndose con heroísmo... (pág. 879.)

pero los partidos han de reflejar el estado de la opinión, y esa es la función más útil de las que realizan, y creo que son fieles voceros del pueblo cubano, los que afirman que al otorgar á Cuba toda la descentralización compatible con la santa integridad de la patria y la soberanía de España, nos devolvería en plazo breve, y permanentemente, la codiciada y bendita paz.



PUENTE DEL FERRO-CARRIL DE SANTIAGO DE CUBA, DESTRUIDO POR LOS INSURRECTOS

Creo que esta obra gloriosa, magnánima, no la puede realizar ni el Gobierno por su iniciativa, ni un solo grupo político; pero llevarla á cabo con el concurso de todos, como un acto eminentemente patriótico, previsor y humano, resultaría un hermoso espectáculo, y puede asegurarse que si algunos fanáticos ó díscolos quedaran fuera de la legalidad, pronto habrían de ser vencidos, *porque el país, por su solo esfuerzo y espontáneamente, haría la contrarrevolución.*

El error fundamental de nuestra política consiste en no haberla inspirado en la confianza en el pueblo y en sus aspiraciones.

No nos entendemos, no obstante el honrado interés que todos tenemos en resolver definitivamente estos problemas, porque ni siquiera tenemos la serenidad suficiente para oírnos, y como por otra parte hay quienes derivan ventajas de estas tristes prevenciones, la discordia se ahonda cada día, y cada día se hace más profunda é irreductible.

Dos minorías turbulentas y apasionadas, reaccionarios y separatistas, arrastran á Cuba y á España á la más innecesaria y activa y terrible de las guerras, cuando la inmensa mayoría de ambos pueblos presente y anhela la paz, cimentada sobre bases inconmovibles.»

* * *

El teniente movilizado del primer escuadrón de Camajuaní, don Antonio Ruíz, que tan importantes servicios llevaba prestados en la presente campaña, encontró oculto dentro de un cañaveral al cabecilla Cantero.

Este, al acercarse Ruíz, le suplicó que no le matase, que se entregaba; pero tan pronto tuvo á Ruíz á su lado, le tiró un machetazo, que á no ser por la presteza con que paró el golpe, el bravo teniente hubiera sido una nueva víctima de aquel feroz cabecilla.

Ruiz al verse libre del machetazo, tiró del revólver, y de dos certeros disparos dejó sin vida á aquella fiera humana, que tantos crímenes había cometido durante su vida.

Cantero era sumamente sanguinario; él fué el autor del crimen de San Benigno, en el que también hubiera sido víctima de su ferocidad una joven huérfana, á no ser por la intervención de una anciana.

Así la noticia de su muerte fué recibida con alegría por todo el vecinario de aquel poblado.

En las inmediaciones de Las Cruces (Holguín), los rebeldes ahorcaron á seis *plateados*, á los cuales colgaron del cuello un cartel con el siguiente rótulo:

«Esta es la justicia que hacen los libertadores de Cuba con los *plateados*.»

En juicio sumarísimo fueron condenados por el Consejo de guerra celebrado el día 9 á la pena de muerte el cabecilla insurrecto prisionero Lino Amezaga, y á reclusión perpétua los filibusteros Nicolas Alvarez y Pánfilo Riembedal.

En telegrama del propio día 9 participó el ministro de España en Buenos Aires á nuestro ministro de Estado la salida de aquel puerto, sin novedad, del vapor que conducía á Cuba á trescientos alistados.

* *

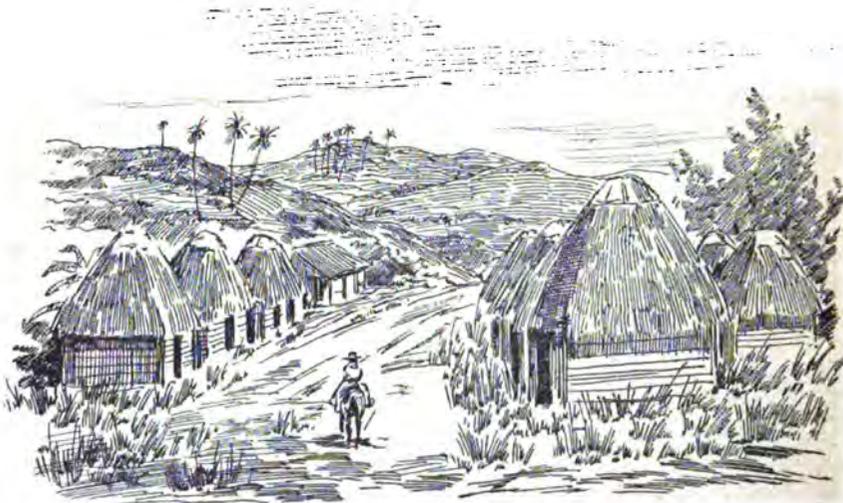
Varias partidas rebeldes atacaron los días 9 y 10 algunos ingenios del distrito de Matanzas.

Nuestras tropas sostuvieron con ellas pequeños combates parciales, persiguiéndolas y batiéndolas hasta conseguir dispersarlas, ocasionándoles algunas bajas.

Donde tuvieron lugar los más importantes de esos encuentros fué

en los ingenios de San Pablo, Socorro, Catalina, Cantabria, Araujo, Sierra, San Pedro y Diana.

La más importante de las victorias obtenida por nuestras tropas en esos combates fué la alcanzada por la columna del general Oliver, la cual salió en persecución de los rebeldes y logró darles alcance en Jiquibú y Sierra Jiquibú, en cuyos puntos fueron derrotadas las partidas de Bravo y Fernando Fernández que abandonaron el campo, huyendo del empuje de nuestra infantería.



POBLADO DE RAMON DE LAS YAGUAS

En el último de esos encuentros sufrió un accidente, que puso en peligro su vida, el bizarro teniente don José Martínez Campos, hijo menor del general en jefe y ayudante á las órdenes del general Oliver.

En lo más empeñado del combate salió á galope, siendo portador de una orden urgente. El deseo de hacerla llegar pronto á su destino, porque acaso de ella dependía el éxito del combate, le hizo poner á toda

carrera el caballo, y éste partió como una flecha disparada por hábil mano salvaje.

Cuando el jinete quiso detenerle, no pudo conseguirlo; el fogoso bruto no obedecía ya la voluntad del hombre y no hizo caso del mandato de su dueño; habíase desbocado y marchaba en línea recta al lugar que ocupaba el enemigo.

No había medio de evitarlo, y el valeroso teniente comprendiendo la gravedad de su situación, se apercibió á lo que fuera preciso, contando siempre con su serenidad y con las grandes facultades de su caballo. Afirmóse en la silla, apretó los hijares de su cabalgadura y soltóle riendas, y el caballo loco y ciego en su desenfrenada carrera, atravesó como un torbellino y con una velocidad vertiginosa la línea de fuego del enemigo.

Y jinete y caballo salvaron las balas de los rebeldes llegando á lugar seguro completamente ilesos.

* * *

Continuaban los insurrectos ejecutando las hazañas que constituían su criminal procedimiento de lucha.

En Santiago de Cuba destruyeron los puentes del camino, entre el Hatillo y Chivas.

El día 4 atacaron el fuerte de El Cristo, cerca de Santiago.

La guarnición aprestóse á la defensa, consiguiendo á las pocas horas de fuego rechazar al enemigo, que resultó con algunas bajas.

El destacamento solo tuvo la de un soldado del batallón de Antequera.

El mismo día 8, intentaron penetrar en el Hospital militar que estaba enclavado en las afueras de Trinidad.

Para realizar su propósito, encaramóse al tejado del edificio un numeroso grupo de rebeldes, que ya se disponían á pasar por las ventanas al interior del benéfico establecimiento.

Los voluntarios que guarnecían el hospital percatáronse á tiempo de la presencia del enemigo, y dada la voz de alarma acudieron prontos á los puntos amenazados, rechazando con furioso empuje á los *mambises*, que desistiendo de su intento al verse sorprendidos en su atrevida empresa, abandonaron el edificio y salieron huyendo.

Otra de las hazañas realizadas aquellos días por los rebeldes, llevóse á cabo en la línea férrea de Cárdenas, donde produjeron un descarrilamiento.

Un grupo de insurrectos arrancó los railes de la vía en un espacio bastante considerable, cerca de la estación de Mordazo, y al llegar al poco rato el tren procedente de Cárdenas, se produjo el descarrilamiento.

De momento se creyó que el número de víctimas de la salvajada filibustera había sido considerable; pero únicamente el infeliz fogonero fué el que pereció en el siniestro.

* * *

La columna que mandaba el teniente coronel Souza batió en Manacas á las partidas reunidas de Zayas, Lacret y Domínguez, cuya principal ocupación era el robo y el pillaje.

El combate fué reñido y de él resultaron los rebeldes con numerosas bajas.

Las tropas tuvieron un soldado muerto y varios heridos, entre estos el teniente señor Varela.

Otro hecho criminal realizaron los insurrectos, el día 10, en su deseo de alcanzar la victoria con actos de salvajismo.

Además del descarrilamiento, que en anterior párrafo hemos dado cuenta, produjeron otro de la manera más brutal.

Aquel lo llevaron á cabo levantando los railes de la vía; este fué por medio de la dinamita.

El hecho ocurrió en la línea del ferrocarril de Remedios, entre las estaciones de Placetas y Camajuani.

Los nuevos vándalos colocaron una bomba cargada con dinamita debajo de los rieles de la vía, en el kilómetro 14 entre los paraderos de Cayo Luna y Resbalosa, de manera que no podía ser vista ni aún pasando por allí á pié.

La explosión de la bomba se produjo al pasar el tren, quedando destrozado un coche de tercera clase, cuyos materiales saltaron hechos pedazos, y un coche de primera y otro de segunda resultaron con grandes averías, ocasionando además la muerte en el acto del *retranquero* y la de un viajero, y heridas de mayor gravedad á tres pasajeros y menos graves á otros tres.





CAPITULO XVI

Apresamiento por los insurrectos de un pailebot armado en guerra.—La primera noticia.—Asombro en la Península y conjeturas de la opinión.—Reflexiones.—Detalles del triste suceso.—El comandante del pailebot *Dos de Mayo*.—Juicio sumarisimo.—Despacho oficial.—Penosa impresión.—El general Beranger.—Las dos versiones acerca del suceso.—La dotación del *Dos de Mayo* á la Habana.—Anulación de la sumaria instruída en Santiago de Cuba.—El Consejo de guerra.—La acusación.—La defensa.—El procesado.—El fallo.—Despacho oficial.—Comentarios de la opinión.—Exposición de hechos según la resultancia del proceso.—El teniente Gallegos en la Península.—Sus manifestaciones á su llegada á Cádiz.



VERDADERO asombro, rayano en la estupefacción, causó en toda la Metrópoli la noticia del apresamiento por los insurrectos, el día 9 de Octubre, de un pailebot armado en guerra, que había recalado á las ocho de la mañana en la ensenada del Aserradero, cerca del puerto de Santiago de Cuba.

He aquí el contexto del cablegrama que nos transmitió nuestro activo corresponsal en la capital de la isla, dándonos conocimiento del suceso:

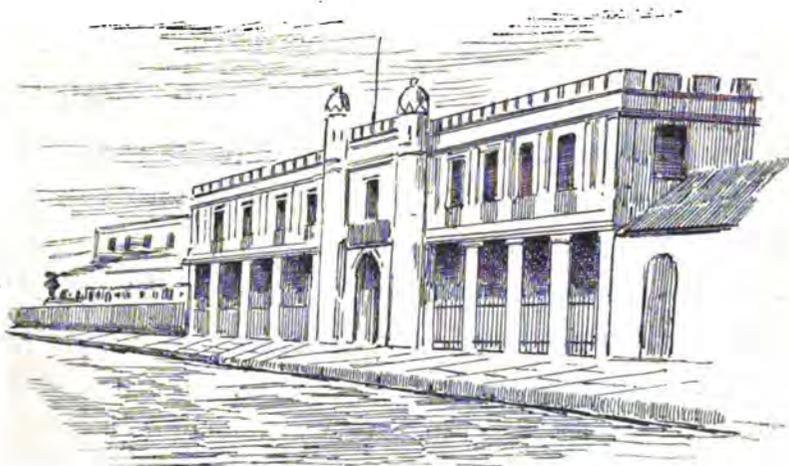
«*Habana 12.*—Numerosos rebeldes apresaron por sorpresa el día 11 en la ensenada del Aserradero, cerca de Santiago de Cuba, entre Rioseco y Nunanima, un pailebot de vela armado en guerra, que vigiaba la costa.

La tripulación, compuesta de doce marineros mandados por un teniente de navío, tuvo que rendirse ante el enorme número de enemigos.

Ignóranse detalles de tan triste suceso.

La noticia ha producido aquí honda impresión.—X.^{da}.

Hasta el día 13 no se hizo pública la noticia en la Península, á pesar de que el Gobierno lo sabía desde el día 11, por haber decidido reservarla todo el tiempo posible.



ESTACION DEL FERRO-CARRIL DE VILLANUEVA (Habana)

Como nadie se explicaba que tan extraño suceso pudiera ocurrir, las gentes se devanaban los sesos urdiendo las más extravagantes conjeturas. Quien suponía que la tripulación fué sorprendida durmiendo; quien tenía por seguro que el comandante del pailebot, un teniente de navío, no se hallaba á bordo cuando los insurrectos asaltaron el barco; otros preguntaban si los rebeldes de Cuba tenían barcos con que abordar á los nuestros, y no faltó tampoco quien llegó á sospechar que los

insurrectos entraron en el barco como Pedro por su casa, por el puentecillo que las embarcaciones atracadas forman tendiendo un tablón para que los tripulantes se trasladen á tierra con mayor facilidad.

Claro está que todas esas suposiciones que hacía el público, eran á cual más absurdas, pero con serlo tanto, aun era más absurdo el hecho de que fuerzas de tierra, pocas ó muchas, pero sin elementos para navegar, se apoderasen de un barco de guerra, y, sin embargo, este absurdo se había realizado.

* * *

De todos modos, el hecho fué de los más lamentables que podían ocurrir, y aunque tengamos en cuenta que en la guerra se está sujeto á toda clase de vicisitudes, hay que convenir en que nadie había soñado que pudiera suceder trance de semejante especie, si triste en grado extremo, también en grado extremo original.

El suceso se prestaba, por otra parte, á varias reflexiones. Una de ellas, la primera que nos asaltó, la que desde luego se le ocurrió á todo el mundo, fué que si el pailebot, que estaba allí para evitar desembarcos probables ó posibles, no pudo evitar un asalto de gente de tierra, menos hubiera podido impedir el desembarco de una expedición filibustera y la acometida de una nave bien pertrechada de municiones y con ochenta ó cien hombres á bordo.

Desde el momento mismo en que se recibió en Madrid la noticia del apresamiento por los insurrectos del pailebot, tuvo noticia el Gobierno del nombre del oficial de marina que mandaba el barco. Los ministros, sin embargo, por razones, sin duda respetables, pero que no se nos alcanzaron, ocultaron aquel nombre, dando así motivo involuntariamente, para que se hicieran cálculos sobre quien pudiera ser el comandante del referido pailebot.

He aquí el telegrama de nuestro corresponsal comunicándonos detalles del triste suceso:

«*Habana* 16.—El pailebot apresado en la ensenada del Aserradero se denomina *Dos de Mayo*. Está comprobado ya como ocurrió el hecho, pues hase recibido en esta Comandancia general la sumaria instruída en averiguación de lo ocurrido.

La defensa del barco fué imposible. El teniente de navío que lo mandaba, don Francisco Gallegos Arenosa y los doce marineros que lo tripulaban, viéronse sorprendidos por seiscientos insurrectos al mando del cabecilla Evaristo Lugo.

Respecto de la manera como ocurrió el hecho hay dos versiones, sin que pue la hoy afirmarse cual sea la verdadera, porque el único documento fehaciente que aclararía las dudas, la sumaria, se reserva por las autoridades de Marina.

Según una de estas versiones, el *Dos de Mayo* fué atacado por la proa sin que pudiera defenderse con la ametralladora que estaba colocada á popa.

De esta manera el enemigo, cuyo número era tan considerable, entró facilmente en el pailebot, atracado á la costa, haciéndose dueño de cuanto en el existía.

La otra versión que se considera más oficial es la siguiente:

El pailebot tenía falta de agua y su comandante ordenó el desembarco de cuatro marineros para que fueran á tierra á hacer aguada.

Estos cuatro hombres fueron sorprendidos y apresados por las fuerzas rebeldes del cabecilla Lugo, que se hallaban emboscadas en aquellos contornos.

El rescate de los cuatro marineros era imposible; el enemigo ofrecióse, entonces, á entregarlos pidiendo por su rescate todas las armas que hubieran en el barco.

El teniente Gallegos dudó mucho antes de resolver, pero conmo-

vido por la situación de sus cuatro hombres y ante la seguridad de que muy pronto iban á ser macheteados por el enemigo, entregó las armas, y los apresados volvieron á bordo del pailebot.

Este levó anclas enseguida y partió con rumbo á Santiago de Cuba, donde inmediatamente el teniente Gallegos se presentó á las autoridades á participar el triste suceso.

«El comandante del *Dos de Mayo* quedó detenido y sujeto á sumaria.—X.**»

* *

El teniente de navío don Francisco Gallegos de Arenosa, tenía treinta y cinco años de edad, figuraba con el número 158 en el escalafón de su clase y contaba con una excelente hoja de servicios, no obscurecida por tacha alguna hasta entonces



DON JUAN MILLAN Y GUILLEN

Hacia pocos meses había sido destinado á prestar sus servicios en el crucero *Reina Regente*, confiándole después el mando del pailebot *Dos de Mayo* sorprendido por los separatistas.

Tanto á él como á los hombres que estaban á sus órdenes y que componían la dotación del barco armado en guerra, se les formó juicio sumarísimo para ser juzgados inmediatamente en Consejo de guerra.

Aunque en el ministerio de Marina se guardó absoluta reserva res-

recto de las causas que facilitaron á los separatistas los medios para apoderarse del barco, indudablemente se tenía en dicho centro noticias bastante precisas sobre aquel punto, toda vez que se sabía de una manera positiva que el teniente Gallegos no había incurrido en delitos de traición ó cobardía, sino en otro que disminuía la penalidad que pudiera aplicársele, siquiera esta última hubiera de ser no poco aflictiva.

El teniente señor Gallegos era natural de Jerez de la Frontera y se hallaba emparentado con una nobiliaria y respetable familia de dicha ciudad. Además estaba casado hacía poco más de un año, con una bella gaditana, perteneciente á una conocida familia de la perla del Atlántico, de que era jefe el señor Rocaful, antiguo fotógrafo y poseedor de una cuantiosa fortuna.

He aquí, ahora, el despacho oficial dando parte del suceso.

«*Habana* 16.—El comandante general interino del Apostadero al ministro de Marina:

Recibida la sumaria instruída por la sorpresa del pailebot, resulta que en el barco había catorce hombres armados con remingtons y sables, el práctico y el jefe, que era el teniente de navío don Francisco Gallegos.

El pailebot fondeó en el Aserradero á doscientos metros de la costa, en la que había una gran espesura que dominaba el barco.

El teniente mandó, para hacer aguada, á cuatro marineros, y á poco oyéronse descargas y vió á sus hombres retirarse hacia la playa atacados por gran número de insurrectos.

Gallegos hizo una descarga con el resto de la tripulación y se resguardó en el sollado, á causa del fuego nutrido y cruzado de los enemigos.

Entonces el cabecilla propúsole entregar las armas y él dejaría libre el barco y su gente. El cabecilla añadió que de no hacerlo, machetearía á los ya prisioneros y no daría cuartel al resto de la tripulación.

Viendo el comandante del pailebot que el viento flojo y de proa impedía la salida del barco, determinó, según manifiesta él mismo, entregar el armamento.—*Gómez Imaq.*»

* * *

La lectura del telegrama oficial en que se dió cuenta al Gobierno de las circunstancias que determinaron la entrega á los insurrectos del pailebot *Dos de Mayo*, produjo en todos los espíritus penosísima impresión.

Forzoso fué á la opinión, tratándose de cosa tan respetable como el honor de un oficial español, y por ende del honor de España, no aventurar juicios definitivos y menos de un hecho no claro y suficientemente explicado por la versión oficial; pero lícito pareció apreciarlo dentro de los términos mismos en que lo dió á conocer públicamente el Gobierno.

Si el despacho del comandante general del apostadero de la Habana contenía la relación exacta del suceso y no adolecía de algún error de transmisión ó de concepto, el suceso no tenía justificada explicación y autorizaba para que las consecuencias que de él se dedujeran fuesen poco favorables á la conducta seguida por el teniente señor Gallegos. Solo así podía comprenderse—y se comprendía bien,—la indignación que en el ánimo del ministro de Marina produjo el conocimiento de los pormenores que acompañaron á la rendición de los tripulantes del *Dos de Mayo*.

El general Beranger no podía comprender, como nadie comprendió, que pudiera ser entregado al enemigo un barco fondeado á doscientos metros de la costa, ni se explicaba, tampoco, que cualquiera

que fuese el viento dominante, dejara de poder maniobrar el buque y de hacer uso de la ametralladora que lo defendía.

Sobre todos estos puntos y sobre la circunstancia de no haber sido sometido inmediatamente el señor Gallegos á un Consejo de guerra, discutieron largamente los ministros en el Consejo que celebraron el día 17.

Dos versiones distintas nos dió nuestro corresponsal acerca del lamentable suceso del Aserradero. La que pareció más verosímil, y suponía que el pailebot estaba atracado á tierra, y la oficial, en la que, por el contrario, se decía que el barco se encontraba anclado á doscientos metros de la costa. Además, en el despacho oficial, como indudablemente habrán notado nuestros lectores, ya sea por defecto de redacción ó por otra causa, había contradicciones inexplicables.

Decíase, en efecto, que el cabecilla propuso al comandante del *Dos de Mayo* «que entregara las armas y dejaría libre el barco», y á renglón seguido se añadía que «el viento de proa flaco impedía rápida salida».

Ahora bien; para dejar libre el barco, era preciso que los insurrectos lo tuvieran en su poder, ó fueran dueños de él, y si estaba en su poder y ellos, por tanto, á su bordo, no había para qué pensar en la salida del barco, pues ya se hubieran cuidado ellos de impedirlo.

Por esto hemos dicho que nos pareció más verosímil la primera versión que nos dió nuestro corresponsal.

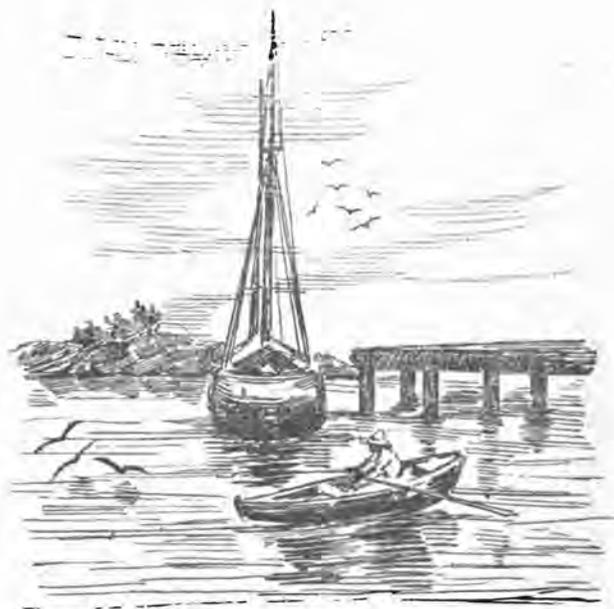
Posteriormente se nos informó que habían resultado inexactas las noticias que en un principio se dieron respecto al armamento del barco, pues habíase sabido que el *Dos de Mayo* no llevaba ametralladora, y cuando fué apresado por los rebeldes el armamento de la tripulación consistía en trece fusiles Remington, doce bayonetas, trece sables y mil doscientos cartuchos.

El 23, por la noche, llegaron á la Habana procedentes de Santiago

de Cuba á bordo del *Baldomero Iglesias*, el señor Gallegos, comandante del pailebot, y los doce tripulantes de éste.

Se esperaba su llegada con impaciencia, porque inspiraba vivo interés el resultado del proceso instruido, y el temporal que había reinado aquellos días hizo retrasar la entrada de dicho vapor en el puerto.

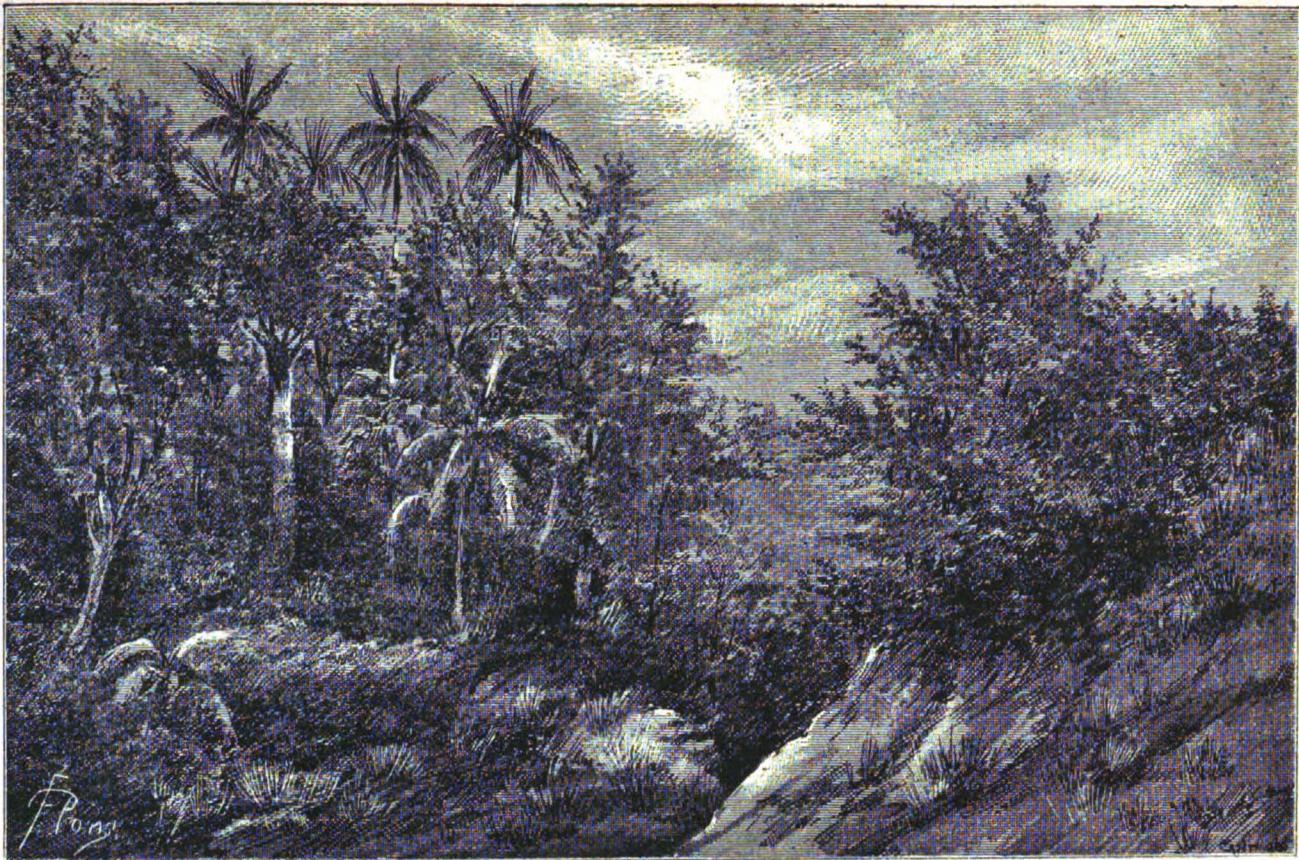
El comandante del pailebot *Dos de Mayo* se hallaba prisionero á



EL PAILEBOT «DOS DE MAYO»

bordo del cañonero *Magallanes*, que estaba anclado en el puerto de la Habana, y al que fué trasladado desde el *Baldomero Iglesias*.

Por la jurisdicción de Marina de la Habana fué anulada la sumaria instruida en Santiago de Cuba con motivo del apresamiento del pailebot, y en sustitución de ella, las autoridades marítimas de la capital instruyeron procedimiento sumarísimo, que se terminó en pocas horas.



SIERRA MAESTRA (Santiago de Cuba.)

* * *

El día 26 celebróse el Consejo de guerra para juzgar al teniente de navío don Francisco Gallegos, que mandaba el pailebot *Dos de Mayo* cuando fué sorprendido por los insurrectos en la caleta del Aserradero.

El fiscal señor García Gutierrez apreció en su informe acusatorio la posición en que se hallaba el barco al ser sorprendido por los rebeldes, dominado por los fuegos del enemigo, y la imposibilidad de salir á la mar por no haber viento.

«Las responsabilidades por esta clase de sucesos—dijo—pueden provenir ya del hecho en sí, ya de sus consecuencias, ya de los antecedentes que lo han determinado.

«En el caso á la vista no hay responsabilidad por el hecho en sí... Considero justificado el pacto en vista de que se trataba de salvar la vida de más de la mitad de la fuerza, prisionera del enemigo. Las leyes admiten la rendición cuando no hay medio humano de resistir, y se había llegado á este caso.

«Había por parte del enemigo superioridad de fuerza y posición y, sin embargo, el señor Gallegos ha salvado en tales circunstancias la fuerza y el navío á sus órdenes. Por esto el fiscal,—terminó diciendo el señor García Gutierrez,—no ha encontrado relación entre los hechos y la sanción penal, pues en el caso de autos se ha justificado plenamente el canje de los prisioneros y de la nave por las armas.»

Hízose cargo también de otra multitud de circunstancias que constaban en las declaraciones sumariales, para probar que en los momentos de la agresión el comandante del pailebot no pudo hacer más que lo que hizo, y vióse por tanto obligado á entregar las armas.

Sin embargo, fundándose en que no tomó precaución alguna para

la defensa de los cuatro marineros que bajaron á tierra á hacer agua ía, pidió el fiscal dos meses y un día de arresto para el señor Gallegos, la suspensión de empleo y sueldo durante ese tiempo, y que constase esa nota en su hoja de servicios.

La defensa, encomendada al teniente de navio señor Andújar, considerando el caso como inexcusable, en atención á las circunstancias especiales que concurrieron en el hecho, y apoyándose en hechos parecidos ocurridos en otras escuadras, trató de probar la inculpabilidad de su defendido, que fundamentó en la concurrencia de circunstancias eximentes, ateniéndose fielmente á las prescripciones de las ordenanzas, y pidió la absolucíon libre de su patrocinado sosteniendo que en el suceso de autos no habia existido capitulacíon, sino el canje, impuesto por las circunstancias, de doce carabinas y sables viejos, por las vidas preciosas de 14 hombres que estaban dispuestos á derramar heroicamente su sangre por la patria.

«No ha habido rendicíon; —terminó diciendo el elocuente defensor —pero aun en este caso hubiera sido gloriosa, porque el heroismo no estriba en llegar á lo imposible, y, sostener una lucha desesperada en las condiciones en que estaba el *Dos de Mayo*, no habria sido valor ni temeridad, sino un voluntario suicidio y un sacrificio inútil y estéril.»

Después de oídos el fiscal y el defensor, se concedió la palabra al procesado.

El señor Gallegos, invitado por el presidente del tribunal para exponer lo que tuviera por conveniente, hizo uso de la palabra, reposado y tranquilo, y dando un tono de visible sinceridad á las pocas frases que pronunció, manifestando que toda resistencia hubiera resultado inútil y habria costado la vida á todos los tripulantes del *Dos de Mayo* sin ventajas de ninguna especie.

Terminado el juicio, encerráronse los jueces para deliberar, invirtiendo cerca de diez horas en discutir el fallo:

Los individuos que constituían el Consejo no apreciaron del mismo modo la conducta del teniente de navío señor Gallegos, al capitular con los insurrectos.

El fallo, pues, no se dictó por unanimidad, sino por mayoría de votos.

El Consejo de guerra declaró absuelto libremente al señor Gallegos, estimando que no pudo hacer otra cosa que lo que hizo.

* * *

El fallo pronunciado por el Consejo de guerra fué objeto de todas las conversaciones en los círculos militares de la Habana, y después de la Península, en los que se comentaron vivamente los detalles del apresamiento del pailebot y los del Consejo de guerra.

Y no ya en los círculos militares, sino en todas partes se habló del mismo asunto, pues reinaba vivísima ansiedad por conocer la suerte del teniente de navío señor Gallegos.

Opinaron que el comandante del pailebot de guerra *Dos de Mayo* debía ser condenado á cadena perpétua; el presidente del tribunal juzgador, general don Rafael Suero Marcoleta, gobernador militar del Castillo de la Cabaña; el coronel de infantería don Juan Copello Codevila y el capitán de fragata don Antonio Eulate Ferri.

Votaron por la absolución del teniente Gallegos los otros cuatro jueces, que fueron el capitán de navío señor Pedemonte y los id. de fragata señores Lozano, Bayo y García de la Vega.

El hecho de que en un proceso de marina figurasen jefes del ejército obedeció á que no había en la Habana bastantes jefes de la Armada para formar Consejo.

El día 27 recibióse en el ministerio de Marina el siguiente despacho oficial:

«Jefe interino del apostadero de Cuba al ministro de Marina:

El Consejo de generales, presidido por un general de brigada y teniendo como vocales un coronel de ejército, un capitán de navío y cuatro capitanes de fragata, en Consejo de guerra que duró diez horas, ha absuelto por mayoría al teniente de navío señor Gallegos.

Falta la aprobación del fallo por el jefe de la jurisdicción.—*Gómez Imaiz*.

*
*
*

Hemos de reconocer, y no se puede negar, que causó extrañeza en la Península y fué muy comentado por la opinión, el fallo absoluto del Consejo de guerra reunido en la Habana para juzgar al teniente de navío señor Gallegos.

La anulación de lo actuado en Santiago de Cuba; la circunstancia de haber votado tres de los vocales del Consejo porque se impusiera al acusado la pena de cadena perpétua, y, por fin, la sentencia absoluta por mayoría de un voto, fueron otros incidentes del proceso, que provocaron toda clase de comentarios.

Por otra parte, y como para explicar el fallo, preguntáronse muchos si el teniente señor Gallegos fué á la ratonera del Aserradero por su propia voluntad ú obediendo órdenes superiores, y si en uno ú otro caso era la misma su responsabilidad.

Por todo ello es lo cierto, que la confirmación oficial de la noticia de la absolución y su aprobación definitiva, impresionó bastante á la opinión, y especialmente al cuerpo de la Armada, y que el ministro de Marina, señor Beranger, influido tal vez por esa corriente, dispuso que el señor Gallegos viniese inmediatamente á la Península y se presentase en Madrid,

A pesar de todo, nosotros celebramos sinceramente el fallo absoluto del distinguido oficial de nuestra Armada, congratulandonos del resultado de la sumaria y de que el honor de España, encarnado en la persona de uno de nuestros nobles marinos, quedase á salvo ante la faz



LOS HABITANTES DE SANTA CLARA LEYENDO EL BANDO DEL
GENERAL EN JEFE

del mundo, luego de sometido el hecho al crisol de la Justicia, que apreció que nada hubo en él que pudiera molestar en lo más mínimo la susceptibilidad nacional.

Y, en efecto, más tarde tuvimos ocasión de verlo así confirmado.

al hacerse pública la sumaria instruída con motivo del suceso, que leímos con vivo interés y grata satisfacción.

* * *

Resultaba de la exposición de hechos, confirmados por todos los testigos que en el proceso prestaron declaración, que el 2 de Octubre á las dos y treinta de la noche se hizo á la mar el pailebot *Dos de Mayo* comandado por el teniente de navío señor Gallegos, con objeto de vigilar la costa entre Cuba y Turquino, en una extensión de sesenta millas.

Formaban la tripulación del barco un práctico, dos cabos de mar y diez marineros de la dotación del *Reina Mercedes*, con otras tantas carabinas y sables de abordaje y 4,000 cartuchos.

Las condiciones maríneas del pailebot eran pésimas; carecía de espacio, pues no media más que 8 metros de eslora, por 2'50 de manga; no llevaba cañón, ametralladora, ni otro medio eficaz de defensa, y era tan difícil y penoso dirigirlo, que invirtió no menos *de treinta y seis horas* para recorrer seis millas antes de avistarse por primera vez con el crucero *Reina Mercedes*.

Todo el día 2 de Octubre estuvo en el mar, y al obscurecer entró en el puerto de Cuba, de donde salió á las pocas horas á cumplir la misión que se le encomendara.

El día 4 tuvo necesidad de hacer agua y se dirigió para ello á Cayo Damas.

El día 9, encontrándose de nuevo en la necesidad de proveerse de agua, porque el barco no tenía capacidad para más de los cuatro barriles que llevaba, recaló sobre el Aserradero, á las ocho de la mañana.

El comandante del pailebot no cesó de observar la costa, antes de fondear, no percibiendo el menor indicio de que por allí hubiese partida alguna.

*
* *

Una vez fondeado el pailebot, envió á tierra por agua á dos hombres y el práctico, á las órdenes de uno de los cabos de mar. Estos desembarcaron sin novedad; pero á poco de haberse internado en la playa, oyó el teniente Gallegos muchos disparos, y recibió el barco, que estaba anclado á unos doscientos metros de la playa, un graneado fuego de fusilería.

Lo instantáneo é imprevisto del caso, el incesante fuego del enemigo (que barría la cubierta del buque), la imposibilidad de retroceder dadas las malas condiciones de éste y el peligro inminente que corrían cuantos estaban sobre cubierta sirviendo de fácil y seguro blanco á centenares de *mambises* apostados en la manigua, impusieron al señor Gallegos la necesidad de refugiarse con su gente en el sollado, después de contestar al fuego del enemigo, siendo el último que abandonó, como era su deber, la cubierta, y recibiendo varios disparos, uno de los cuales destrozó los gemelos con que observaba la playa.

La situación era insostenible; no podía intentar maniobra alguna, pues hubiera tenido que sacar al menos cuatro hombres, y aun así el intento era absurdo, pues necesitaba mucho tiempo para hacer la retirada y los marineros habrían sido necesariamente víctimas del fuego que se les hacía casi á boca de jarro.

Y como, por otra parte, carecían de medios ofensivos y defensivos, resolvió mantenerse así. Al fin, cesó el fuego y oyó el señor Gallegos la voz del cabo Martínez que, con los otros cuatro hombres, había

caído en poder del enemigo, que le decía que el jefe de la partida quería hablarle.

Se le propuso que entregara el armamento á cambio de dejarle marchar y devolverle los prisioneros, y contestó que lo pensaría.

La proposición, dadas las críticas circunstancias, era evidentemente ventajosa, pero el pundonoroso oficial no se decidía á tomar resolución alguna, dando idéntica respuesta cuando le intimaron que se decidiera pronto, pues si así no lo hacía, sacrificarían á machetazos á los prisioneros.

* * *

Al fin le propusieron que permitiese pasar á bordo á los jefes de la partida: accedió, y no tardaron en llegar en el bote del pailebot un negro y un mulato, segundo jefe este de los insurrectos.

El parlamentario manifestó al señor Gallegos que había 500 hombres extendidos á lo largo de la playa, y á poca distancia otros 100, y que contaban con dos cañones que, en efecto, vieron los marinos prisioneros.

Añadió que si no les entregaba las armas destruirían el barco y darían muerte á los prisioneros, corriendo luego tambien él y los demás que en el barco quedaran, igual suerte al echar éste á pique.

Terrible alternativa la en que el jefe *mambí* colocó con su *ultimatum* al pundonoroso oficial de marina.

De un lado estaba la muerte, y muerte terrible, horrorosa, de sus cinco hombres, prisioneros del enemigo; la pérdida del barco, ya acribillado á tiros, y la probable muerte también de los demás tripulantes del pailebot; y de otro la salvación del barco y de la gente encomendada á su custodia, á cambio de las armas.

El señor Gallegos Arenosa, escuchando más la voz de la razón y la de su conciencia, que la de su orgullo militar; inspirándose mejor en sus sentimientos humanitarios, que en los de su pundonor, y obedeciendo á los impulsos de su noble corazón, se decidió á aceptar el canje propuesto por el jefe insurrecto. Pudo haber detenido á éste;



CONDUCCIÓN DE HERIDOS EN CAMPAÑA

pero no lo hizo, porque no debió hacerlo. Habría quebrantado con ello las leyes del honor, después de haberle permitido subir al barco.

*
*
*

El día 16 de Noviembre llegó á Cadiz, el teniente señor Gallegos, en el vapor correo de Cuba *Cataluña*.

Desde el amanecer se encontraban en los muelles esperando el correo dos hermanos del ex-comandante del pailebot *Dos de Mayo* y varios parientes.

A la llegada del vapor todos fueron á bordo á saludar al que con ansia esperaban.

El señor Gallegos mostróse satisfecho por el resultado de la sumaria y fallo del Consejo de guerra, en el que se le hizo justicia, toda vez que su conducta—dijo—en el fortuito suceso del Aserradero, «fué lo que le dictó su conciencia y sus sentimientos humanitarios ante la indefensión en que se hallaban al frente de 300 ó 400 enemigos, y el riesgo inminente que corrían los cinco prisioneros de su dotación.»

Ignoraba que hubiese sido llamado á la Península por el ministro, pues en la Habana sólo le dijeron que había sido destinado á la Metrópoli.

Dijo que había pasado ratos amarguísimos y muy fuertes emociones, pues cuando desembarcó en la Habana vió que arreglaban la plazoleta del Arsenal y preguntando el objeto se le contestó que era para *¡fusilarle!*

Relató los hechos con sinceridad y en la forma que ocurrieron y dejamos consignados en anterior párrafo, y agradeció las simpatías que había despertado en Cádiz y en toda España.



CAPITULO XVII

Declaraciones del general Mella.—Condiciones de la actual guerra en Cuba.—Situación de los principales jefes de la rebelión separatista.—Espíritu del Camagüey.—Estado de la insurrección en el distrito de Puerto Príncipe.—Macías y Máximo Gómez.—Bando del general en jefe.—Reñido combate en «Santa Rita».—Presentaciones y varios encuentros.—En las lomas de Daiquiri.—Llegada de prófugos indultados á Santiago de Cuba.—Aparición y disolución de una nueva partida.—La insurrección no encontró eco en Vuelta Abajo.—Tropas de Puerto Rico á Cuba.—Varias noticias.—Síntoma satisfactorio.—Bajas de nuestro ejército en Cuba.—Carta de Nueva York.



INTERÉS excepcional revistieron las declaraciones que el comandante general del distrito de Puerto Príncipe, general Mella, hizo á uno de nuestros distinguidos colaboradores á mediados del mes de Octubre, acerca de las condiciones de la actual guerra en Cuba, no tan sólo por la calidad de la persona que la emitió, sino porque ellas nos revelan la situación en que se hallaban en aquella fecha los principales jefes de la insurrección separatista.

Dijo el general Mella á nuestro informante, que en el distrito de Puerto Príncipe la rebelión había adquirido pequeñas proporciones.

Reflejando las propias declaraciones del general, agregaba en el informe nuestro comunicante, que «con motivo de la actual revuelta cubana, uno de los primeros acuerdos del Consejo de ministros, á instancia y por indicación del *Príncipe de la Paz*, á quien él siempre

había admirado grandemente, le indicó para mandar el distrito de Puerto Príncipe.

El general Mella había conseguido con su magnanimidad y su diplomacia, que muchos elementos de antigua historia revolucionaria no hubiesen dado fuerzas á la actual insurrección, y que el espíritu dominante en el distrito que mandaba no favoreciese los planes de Maceo y Máximo Gómez.

Los constantes movimientos de sus tropas en operaciones, aislaban á Maceo en Oriente y á Roloff en Las Villas impidiendo con esto que los insurrectos recibiesen refuerzos de municiones.

En su última excursión con 2.000 hombres, el general Mella visitó Najasa, Antón, Las Guasimas, La Sacra, Jimoguyú y otros puntos, sin lograr ver por ninguna parte las fuerzas del *generalísimo*, las cuales, al sólo anuncio de la proximidad de su columna, procedían inmediatamente á evacuar sus campamentos.

* * *

—«Esto me confirma—dijo textualmente el general—la creencia de que los insurrectos disponen de escasas municiones y no tienen refuerzos, que constantemente esperan de Las Villas ó de Oriente.

»Durante mi marcha por el distrito, sí he notado que las grandes plantaciones han sido objeto de las iras de los insurrectos, sin duda alguna por la falta de apoyo del país.

»Yo considero á Maceo—añadió el general—como la figura que sobresale en esta guerra, tanto por su vigor de cruzado mestizo, como por su extraordinaria influencia y sus hábitos resistentes para estas guerras.

»Está en la manigua como en su casa, y tan pronto en un ingenio como en la espesura de los bosques.

»Mientras, Máximo Gómez está en Puerto Príncipe, en una inactividad que causa gran sorpresa á sus más fervientes admiradores.

»No ha presentado una sola batalla, ni realizado hecho alguno de armas digno de ser mencionado.

»Solamente ha llevado á cabo insignificantes ataques á Altagracia y San Jerónimo, apoderándose de dos fortines defendidos por guarniciones escasísimas que lograron, á pesar de su inferioridad numérica, librarse del asedio y atravesar las líneas del cerco que les tenían puesto.

»Ha realizado también algún *ataque á la vía férrea* y destrozado algunas plantaciones.

*
* *

»La resistencia que el pueblo camagüeyano opone á los estímulos y excitaciones á la guerra, resistencia que Máximo Gómez no esperaba, es causa de que adopte el jefe de los insurrectos disposiciones tan extraordinarias como la de prohibir la conducción de frutas y alimentos sin especial licencia.

Máximo Gómez, el veterano de muchas aventuras y anteriores movimientos revolucionarios, convierte en género de especulación la presencia de sus tropas en el campo.

Esto demuestra la indiferencia del país hacia las pretensiones de los insurrectos.

Si esa indiferencia no fuese bastante para explicar el espíritu del país, lo demostraría el hecho de que en el breve espacio de seis á veinte días varios miembros de algunas distinguidas familias de la localidad,

que estaban en el campo insurreccional, lo hayan abandonado, y presen-
ten hoy importantes servicios á la causa nacional.

Este es un ejemplo de desilusión muy elocuente.

De no ser el marqués de Santa Lucía y Gómez tan fanáticos en su
injustificada oposición á España, la insurrección estaría ya vencida.»

* * *

A consecuencia de los brutales y frecuentes atentados cometidos
en las vías férreas por las hordas de vándalos del distrito de Las Vi-
llas, dictó y publicó el general en jefe del ejército de operaciones en
Cuba, el siguiente

BANDO

«Los atentados cometidos desde hace algún tiempo en las vías fé-
rreas, y más especialmente los de estos últimos días, que tantas víc-
timas han causado, me ponen en la imperiosa necesidad de dictar dis-
posiciones para evitar siga tan escandaloso y salvaje procedimiento,
dirigido contra los trenes de pacíficos pasajeros.

ORDENO Y MANDO

- 1.º Se chapeará toda la manigua y cercas que haya en una ex-
tensión de cuatrocientos metros á derecha é izquierda de la línea fé-
rrea de esta provincia.
- 2.º No se permitirá la continuación de bohíos sueltos á doscientos
metros de las líneas, á no haber un puesto militar á tiro de fusil.
- 3.º En las cercanías de los puentes, aunque haya puesto militar,
no se consentirá estén habitados los bohíos si sus dueños no inspiran
completa confianza y no dan parte oportuno de las novedades que
ocurran.
- 4.º No se permitirá en la expresada distancia de doscientos me-

tros la circulación de hombres, sobre todo en las horas del paso de los trenes; los que vieren el tren y no se retiraren serán sujetos á procedimientos ó averiguación brevísima para probar su culpabilidad ó inculpabilidad.

Santa Clara 10 de Octubre de 1895.—Arsenio Martínez de Campos.»



UNA AVANZADA DE TIRADORES MAUSSER

*
* *

Reñido fué el combate que los voluntarios de la Habana sostuvieron con los rebeldes en el encuentro tenido el día 12 en el ingenio «Santa Rita», cerca de Rancho Veloz, al Norte de Las Villas.



LA COLUMNA DEL TENIENTE CORONEL PALANCA, EN LA ACCIÓN DE PARÓN

Los voluntarios se batieron con verdadero heroísmo, causando á los rebeldes numerosas bajas, batiéndolos y dispersándolos.

En San Juan de las Yeras, cerca de Villaclara, se presentaron seis insurrectos. También se presentó en Camanayagua (Cienfuegos) el cabecilla Villegas con once rebeldes.

El teniente coronel Francés con su columna tuvo un encuentro el mismo día con una partida rebelde en «Limoncito» (Santiago de Cuba).

El enemigo tuvo tres muertos y varios heridos.

El día 6, encontrándose de avanzada el teniente Cullen, con 40 hombres del batallón de Valladolid, en las lomas de Daiquiri, (departamento Oriental), supo que cerca de allí se hallaba una partida insurrecta, á la que se propuso batir.

Los rebeldes eran cuarenta, y al aproximarse las tropas se declararon en precipitada fuga.

El bravo teniente Cullen con parte de la fuerza que componía su columna los persiguió cerca de dos leguas.

De pronto y cuando los arteros *mambises* habían logrado internar á la pequeña columna en un espeso manigual, se vió ésta rodeada por numerosas fuerzas insurrectas que trataron de envolverla y la pusieron en grave peligro.

El bizarro teniente, con gran serenidad y valor, comprendió su difícil situación, y sin desconcertarse ante el peligro que le amenazaba, contó los bruscos ataques del enemigo, que intentaba copar el destacamento.

Nuestros valientes soldados se batieron desesperadamente; más, hubieran tenido que sucumbir ó rendirse al enemigo que era muy superior en número, si el teniente Alegre que estaba también de avanzada en las lomas de Daiquiri, notando la tardanza de su compañero de armas señor Cullen, no se hubiera apresurado á salir en su auxilio con los veinte hombres de que disponía.

El enemigo, al aproximarse el refuerzo y creyendo, sin duda, que la nueva fuerza era mayor, huyó dejando en el campo dos muertos, siete heridos y cinco caballos.

La pequeña columna del valeroso teniente Cullen tuvo un muerto y varios heridos.

Fuerzas de la guardia civil, emboscadas en Lagunillas (Matanzas) dieron muerte á varios *plateados*.

Presentóse el resto de la partida levantada en Güira de Melena, quedando completamente libre de insurrectos la provincia de Pinar del Rio.

* * *

El día 8 llegó á Santiago de Cuba, procedente de la República Argentina, el vapor *San Francisco* conduciendo 840 prófugos indultados.

Una nueva partida de revolucionarios, en número de veinte, al mando del cabecilla Teodoro Maza, se levantó en armas el día 12 en el ingenio «Tiguales» (Matanzas).

El mismo día tuvo un encuentro con fuerzas de la guardia civil en el potrero «Las Piedras», resultando del combate un insurrecto muerto y cuatro heridos, ocho se presentaron y los demás huyeron, quedando la partida disuelta.

Continuaban los revolucionarios hostilizando sin cesar á nuestras columnas, á la conducción de los convoyes que servían para suministrar raciones y municiones á los destacamentos que guarnecían los poblados y los fuertes.

En esos tiroteos nunca se llegaba á descubrir al enemigo, ni á saber donde tenía su campamento, ni á obligarle á aceptar una acción seria.

Empero los rebeldes conseguían mantener en constante intranquilidad y alarma á nuestros soldados, obligándoles á una fatigosa y activa persecución, que siempre resultaba estéril é infructuosa.

De esos tiroteros ni siquiera se hacía mención en los partes de los jefes de las columnas encargadas de custodiar los convoyes.

* * *

El 12 de octubre á las siete de la mañana, el teniente coronel Palanca encontró en el ingenio «Domingo» el rastro de las partidas de



PUEBLO DE GÜINES

Indalecio González y Yeyo Jiménez, en número de 400 hombres montados. A las tres de la tarde los alcanzó en Pavón, haciendo los insurrectos fuego desde unos guayabales, contestando la caballería hasta la llegada de fuerzas del batallón de Burgos, que hicieron descargas.

El teniente coronel Palanca, desalojó al enemigo, haciéndole seis disparos de cañón con metralla. Continuada la persecución por Sierrecita y Monte Alto, cogióles caballos con monturas, machetes, hamacas y municiones. En Laguna y Junco volvió á alcanzarlos, quitándoles

16 caballos con monturas, carne y botiquín. Nuevamente los alcanzó en Moros, apoderándose de 32 caballos. Vióse obligado por la noche á permanecer en Laguna Ciminita, teniendo fuego á las tres de la madrugada.

En la mañana del 13 en Lagunas Lucas hizo al enemigo un muerto, tomándole 26 caballos, un prisionero, revólveres, machetes y otros efectos. Las partidas huyeron desmoralizadas y dispersas, yendo á pié una tercera parte de las mismas. Ignórase las bajas que experimentó el enemigo, pero los rastros de sangre indicaron que fueron muchas.

La tropa solo tuvo cuatro caballos muertos.

* * *

La presentación de catorce individuos de los veinte que componían la partida levantada en Güira de Melena, consideróse como un hecho muy importante, aunque al parecer fuese de menor cuantía, porque vino á demostrar que la insurrección no había encontrado eco en Vuelta Abajo.

Y cuando la fortuna nos escaseaba tanto las satisfacciones, no era cosa de que despreciáramos las pocas que nos deparaba de tarde en tarde.

La única noticia oficial que el Gobierno recibió de la campaña de Cuba el día 16, fué la de haber embarcado en Puerto Rico á bordo del *Baldomero Iglesias*, un batallón de los que guarnecían la pequeña Antilla, con destino á Santiago de Cuba. Esta fuerza fué pedida por el general Martínez Campos al capitán general de Puerto Rico, quién se apresuró á enviarla.

No creímos que esa determinación del general en jefe del ejército

de Cuba obedeciera á ningún suceso fortuito, ni siquiera al temor de ningún peligro inmediato.

El general Martínez Campos, que acababa de visitar Santiago de Cuba, creería conveniente reforzar aquella guarnición, y no queriendo distraer fuerzas de otros puntos de la isla, las pediría á Puerto Rico.

Los insurrectos continuaban empleando la dinamita para hacer descarrilar los trenes y causar el mayor daño posible con tan poderoso elemento y con tan salvaje procedimiento de destrucción.

En el ferrocarril de Nuevitás á Puerto Príncipe una bomba por ellos colocada en la vía causó algunos destrozos en un tren y hirió de gravedad á dos infelices fogoneros. Por fortuna, la tropa que iba en él no sufrió ningún daño.

Con el propósito de evitar esos criminales atentados, el general en jefe publicó el bando que hemos copiado en anterior párrafo dictando algunas disposiciones para vigilar las vías y para que los trenes en marcha adoptasen las precauciones que el caso requería.

Una nueva partida de veinte hombres, que se había levantado en armas en la provincia de Matanzas, quedó inmediatamente deshecha. Aparte de tan satisfactorio resultado, el suceso indicó la activa persecución que sufrían los rebeldes.

Ya sea por esta razón ó porque algunos hubiesen sido arrastrados por la fuerza al campo rebelde, se observó que en aquellos días menudeaban las presentaciones de insurrectos á nuestras autoridades.

También fué este un síntoma satisfactorio.

* * *

Nos comunicaron de Nueva York, en carta del 4 de Octubre, los siguientes informes acerca de la disidencia surgida en el seno de la «Junta separatista ó revolucionaria de Cuba:»

«La lucha de tendencias que trabaja á los separatistas de Cuba se ha hecho, al fin, manifiesta y ha estallado dentro de la Junta de Nueva York.

Las disensiones son tan hondas, que el secretario Quesada habla de ir á establecerse á México, si consigue la autorización de aquel gobierno, para desde allí trabajar con sus elementos propios, separado de los demás de la Junta.

La explicación de estos hechos es la siguiente: El delegado de la insurrección, Estrada Palma, á quien se suele llamar el presidente, unido con el tesorero Guerra y con el banquero Colás, representaban desde el principio, por decirlo así, histórico y político de la insurrección, el grupo representado en la isla por Máximo Gómez, Cisneros y algunos otros de los que constituyen la plana mayor de la insurrección.

Por el contrario, Gonzalo Quesada, el abogado de la Junta, Horacio Rubens, su auxiliar, León Benoit y el doctor Sanguillí, nombrado recientemente ministro de Estado del gobierno insurrecto, puesto que se niega á ocupar para no ir á la isla, forman otro grupo representando y encarnando por completo las ideas de los Maceos y del elemento de color.

La lucha empezó en el momento mismo en que José Martí se embarcó para Cuba, y ha ido arreciando hasta el momento en que arrestados los filibusteros de Wilmington, el delegado Palma y el tesorero Guerra se negaron á dar á los abogados el dinero necesario para ir á defender á los encausados.

Ya antes, el pago de los gastos de mobiliario, del alquiler del cuarto, de mudanza, etc. había producido grandes rozamientos entre Quesada, el delegado Palma y el tesorero Guerra, rozamientos que llegaron á su colmo cuando un correo de Cuba entregó á Guerra dos mil pesos que enviaba José Maceo para fines de que después hablaremos, y

que por haber ingresado en la caja general, se destinaron á los gastos de la insurrección.

Cuando Antonio Maceo lo supo, se negó á enviar aquí más dinero, dando por razón que no le inspiraban confianza alguna los llamados representantes de Cuba, y que no volvería á comunicar con ellos. Y



A TOMAR POSICIONES PARA EMPLAZAR LA PIEZA

tan de veras lo hizo que nombró un representante exclusivamente suyo, con encargo especial de no entenderse para nada con la Junta.

«El fondo de todo esto era que Antonio Maceo preparaba por su cuenta una expedición, que debía salir en un barco de guerra que estaba en tratos para comprar, para lo cual disponía de *quinientos mil pesos*, que no quería llegasen á poder del tesorero Guerra, de quien Maceo desconfiaba profundamente, hasta el punto de decir que no se contara con nada suyo, mientras aquel dispusiera de los fondos.

Reclamó la Junta y envió á Maceo sus observaciones, pero Maceo se hizo el desentendido y declaró que no contestaría á esas indicaciones, no considerando á Estrada Palma con condiciones bastantes para el puesto que desempeñaba.

En esta lucha, Gonzalo Quesada ha venido á ser el representante y el hombre de confianza de los hermanos Maceo, y á él le está confiado el encargo de comprar ese buque blindado y sus municiones, que han de decidir de su triunfo personal.

Y como la Junta se opone á esto y lo teme profundamente, la escisión se ha convertido en lucha y en una ruptura entre los dos bandos.

A través de estas disputas ha podido el público percibirse de que la Junta tiene preparados 8.000 Remingtons y dos millones de cartuchos para expedirlos á Cuba, y de que tanto este gasto, como los generales que por su cuenta ha hecho, se han pagado con 8.000 pesos enviados por José Maceo, y con otra suma de importancia remitida por Máximo Gómez.

También ha hecho público que la Junta alega, como título á la consideración de todos, que tiene preparado un empréstito y que lo colocará entre los banqueros de esta ciudad tan pronto como se reconozca la beligerancia de los insurrectos, excusándose al propio tiempo de haberse negado á dar dinero para pagar una cantidad considerable de armas, que están ocultas en la isla de Cuba, á donde fueron llevadas por un especulador, por desconfiar de lo que se le ofrecía.

Así mismo se ha sabido ahora que el Sindicato para la explotación

de la caoba, á cuyo frente está el banquero Antonio Colás, ha adquirido la seguridad de continuar explotando los ricos árboles de Cuba, mediante la entrega de *diez y seis mil pesos* que ha hecho á los insurrectos.

Y como la guerra de recriminaciones no ha concluido, espero conocer aún revelaciones todavía más curiosas para comunicarlas á ustedes.—N.**>

* * *

En otra carta que desde la propia capital de la República norteamericana se nos dirigió á principios del mes de Octubre se nos confirmaron plenamente nuestras apreciaciones consignadas en el capítulo primero del tomo I de esta *RESEÑA* referentes al verdadero aspecto y fines mercantiles que presentaba la guerra de Cuba, arrojando también espléndida luz sobre los manejos de los laborantes y las causas que influían en las depredaciones que causaban los insurrectos en la isla.

Y si nos apenó el pensar que la paz y la riqueza de la hermosa Antilla estuviesen pendientes de la codicia *yankee*, que facilitaba recursos á la insurrección, bueno es que se sepa también de qué modo la devastaban y arruinaban sin compasión, no más que por prolongar la revuelta unos meses más, los que habíanse alzado contra la soberanía de España á título de *libertadores* de Cuba.

Sí; bueno es que se sepa que la insurrección garantizaba con la destrucción y el incendio los recursos que adquiriría para sostener la lucha fratricida y criminal.

Por tantos ingenios quemados, por tantos cafetales destruidos, tantos miles de duros. Este es el contrato que los insurrectos habían hecho y se comprometieron á cumplir con los negociantes de los Estados Unidos.

De los datos oficiales recibidos en el ministerio de la Guerra á mediados del mes de Octubre, acerca de las bajas ocurridas en nuestro ejército de operaciones en Cuba, resultaba que desde el comienzo de la campaña habían muerto en la isla:

Generales de brigada.	1
Jefes.. . . .	26
Oficiales.	160
Clases y soldados.	1.810
	<hr/>
TOTAL.	1.997

Lo que venía á dar una mortalidad del 2 por 100, cifra relativamente reducida, dados los estragos de las enfermedades propias del país y las bajas naturales de una guerra como la que allí se hacía.



CAPITULO XVIII

Noticias de la campaña.—El diario de la guerra.—Despachos de la Habana.—Encuentro en Paso Roble.—Los cañoneros *Alcedo* y *Alonso Pinzón*.—En Monte Cajuro.—Destrucción del campamento rebelde.—Muerte del bandido Lemus.—Sorpresa en el ingenio «Be-goña».—Escaramuza en «Loma Terner».—Prisiones en Cárdenas.—Procedimiento criminal y detención de 34 *pacíficos*.—El proceso Sanguili.—Las benevolencias del general.—Desaparición de Calixto García.—Remembranzas.—A París.—A la manigua.—Provechosa enseñanza.



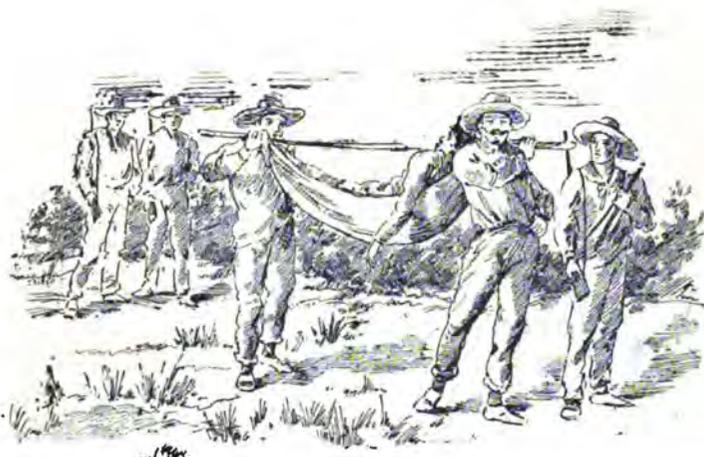
UCHAS y muy interesantes fueron las noticias que en el breve espacio de veinticuatro horas nos transmitió el cable de la Habana, desprendiéndose de todas ellas la impresión gratisima de que ya no se dejaba vivir en paz ni á los insurrectos del campo ni á sus auxiliares de las ciudades.

Todas nuestras tropas, todos los elementos al servicio de España rivalizaban en actividad y celo para combatir el separatismo, destruir sus planes y hacer fracasar sus intentos.

En el departamento Oriental, donde tan envalentonados se habían mostrado siempre los rebeldes, aunque procurando en todas ocasiones ser diez contra uno, los valientes soldados de la columna que operaba en el distrito de Baracoa, castigó dura y repetidamente á los insurrectos, primero en Paso Roble con auxilio de los cañoneros *Alcedo* y *Alon-*

so Pinzón, y después en los montes de Cajuro, causándoles muchas bajas y apoderándose de su campamento, donde nuestras tropas recogieron caballos, armas, municiones y hasta el botiquín del enemigo que huyó completamente derrotado.

La organización dada á nuestras fuerzas en Las Villas, iba produciendo también sus naturales resultados. Antes, nuestras columnas te-



CONDUCCIÓN DE UN CABECILLA HERIDO

nían que andar leguas y más leguas un día tras otro, persiguiendo al enemigo, que fatigaba á los soldados con frecuentes escaramuzas.

Caía á la vez sobre aquellos puntos que sabía estaban desguarnecidos ó con escasas fuerzas para su defensa, y cometía á mansalva toda suerte de tropelías. A la sazón, las cosas habían cambiado. Cada columna operaba en un radio mucho menor, dentro de su jurisdicción, sin perjuicio de prestar auxilio en caso necesario á la columna de la jurisdicción inmediata, y así, á la vez que se tenían vigilados todos los puestos, y por consiguiente, la mayor parte posible de territorio, el

soldado estaba siempre más hábil para utilizar todos sus medios de acción.

No quiere decir esto que se imposibilitasen en absoluto las sorpresas, pero sí que se dificultaron, entorpeciendo de paso los movimientos del enemigo.

En Las Villas había sido muerto por fuerzas del general Suárez Valdés, el cabecilla José María Aguilar, que no caería solo.

También la guardia civil dió muerte en el ingenio «Begofía», cerca de Mariel, provincia de Pinar del Río, al bandido Nestor Lemus, segundo de la partida de Delgado, y en el mismo Mariel fueron presas veinticuatro personas que estaban comprometidas con Collazo y el susodicho Delgado, que acababa de perder á su lugarteniente.

Con el mismo propósito que esos veinticuatro sujetos detenidos, estaban reunidos en Cárdenas conspirando, si no para ir con Delgado, tal vez para ir con Roloff, seis campesinos y un exteniente de voluntarios. La policía cortó inopinadamente el nudo de la conspiración, prendiéndolos á todos.

* * *

Hé aquí ahora los despachos dándonos cuenta de los sucesos acaecidos.

«Habana 16.—Acaban de recibirse noticias de un encuentro sostenido el día 6 del actual por la columna que manda el teniente coronel Zamora con una numerosa partida rebelde.

El encuentro tuvo lugar en Paso Roble, provincia de Santiago de Cuba, y el enemigo fué valerosamente batido por nuestras tropas.

El fuego duró poco tiempo, porque los rebeldes no pudieron resistir el empuje de nuestros soldados.

El enemigo dejó en su huída tres muertos y se llevó muchos heridos.

La columna tuvo solo un herido y ningún muerto.

A la brillante operación cooperaron eficazmente, desde la playa de Mata, entre Baracoa y Yumurí, los cañoneros *Alcedo* y *Alonso Pinzón*.

La misma columna sostuvo al siguiente día un importante combate con varias partidas reunidas, cuyo resultado fué una brillante victoria para nuestras tropas.

El bizarro teniente coronel Zamora con las fuerzas que componían su columna encontró acampadas en Monte Cajuro (Baracoa) á varias partidas rebeldes, entre ellas la que manda el cabecilla Gil, muy numerosa, que llevaba realizadas por aquellos campos muchas fechorías, y era el terror de los vecinos de aquellos contornos.

Trabóse refuido combate, que duró cuatro horas.

El enemigo defendióse desesperadamente, pero el arrojo y empuje de nuestros bravos soldados obligóle á ponerse en fuga, abandonando el campamento.

Este quedó pronto completamente destruído.

Nuestras tropas se apoderaron de muchas armas, cajas de cartuchos y restos de provisiones.

En medio del campamento veíanse una porción de caballos abandonados, corriendo de un lado para otro.

El suelo mostraba evidentes señales de la reciente acción, pues estaba muy removido y ensangrentado.

Nuestros soldados apoderáronse también de varios machetes, que cogieron con gritos de alegría.

Roto, abierto y esparcidos por tierra frascos con medicamentos y vendas, hallóse la caja del botiquín, que debió de comenzar á usarse por los insurrectos.

Completando el cuadro, veíanse aquí y allá los cadáveres abando-

nados por el enemigo, de los que fueron contándose hasta veinte y cuatro.

La mayor parte de ellos tenían destrozada la cabeza.

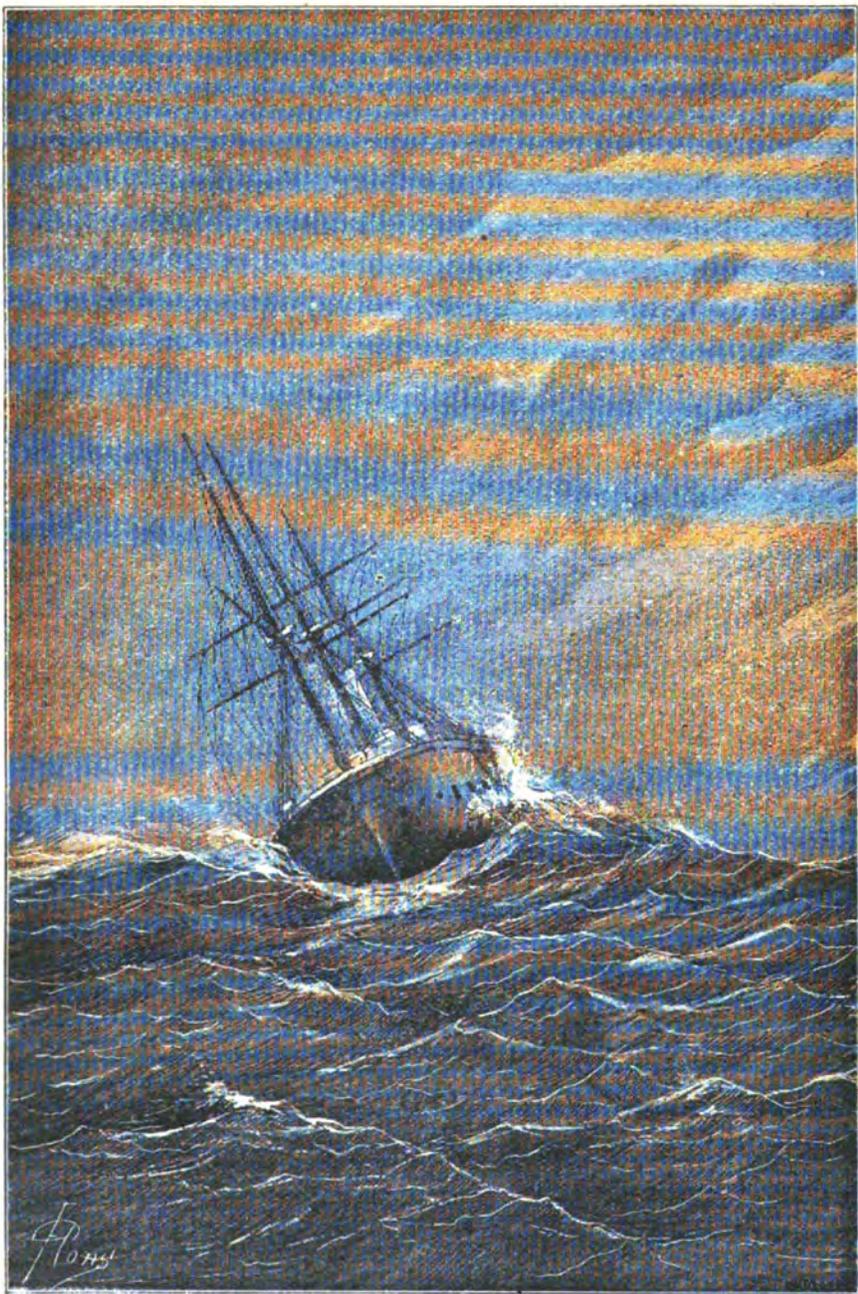
Nuestras fuerzas, que hicieron un fuego nutrido, y obligaron á los rebeldes á salir de su emboscada, batiéndose de cerca, no tuvieron más



COLUMNA EN MARCHA POR LA MANIGUA

que un muerto, si bien hubieron de lamentar las heridas de doce soldados, algunos de gravedad.

Se supone fundadamente, por los resultados que se conocen de la acción, que los insurrectos se llevaron mayor número de bajas que las encontradas en el campo, muertos ó heridos.—X.**»



NAUFRAGIO DEL CRUCERO «CRISTOBAL COLON»

TOMO II- 49

«Matana, 17.—La guardia civil sigue realizando muy importantes servicios en la persecución de *plataados* preparándoles emboscadas y sosteniendo constantemente combates y escaramuzas.

El último hecho llevado á cabo por la benemérita ha sido una emboscada de feliz éxito, en la cual ha resultado muerto un bandido terrible, Nestor Lemus, segundo jefe de la numerosa partida que acaudilla Delgado.

Hallábase ésta fraccionada, y aunque todos sus individuos habían realizado actos vandálicos en los poblados é ingenios de Vuelta Abajo, nadie había cometido tantas ferocidades como la gente mandada por Lemus, que tenía atemorizados á los habitantes de aquellos contornos.

La guardia civil persigue sin descanso desde hace muchos días al grupo del feroz bandido Nestor.

Consiguió atajarle en sus fechorías y dispuso una emboscada en el ingenio «Begoña», distrito de Mariel, en la provincia de Pinar del Río.

Cuando la banda preparó el asalto al ingenio, la guardia civil le salió al encuentro, y su ataque valeroso puso en fuga al grupo de bandidos, matando á su jefe Nestor Lemus, cuyo cadáver quedó en el campo.

Los rebeldes han apresado en Estero (Guasimas), la lancha mercante nombrada *Ramona*.

Arrojaron al agua el cargamento y se apoderaron del velamen y las provisiones.

La columna mandada por el general Suárez Valdés ha sostenido una importante escaramuza en «Loma Ternerero», provincia de Santa Clara.

Nuestras tropas dispersaron al enemigo, sin gran esfuerzo, obteniendo una completa victoria coronada por la muerte del cabecilla José María Aguilar, que cayó herido de un balazo.

Como las reuniones que á cada momento celebran los conspirado-

res se verifican constantemente en distintos puntos, para huir á la persecución de que son objeto, no se conseguia realizar una sorpresa, hasta que los guardias de la Coladuría, por una confidencia que recibieron, han llevado á cabo este servicio.

Celebrábase en Cárdenas una reunión en la que conspiraban buen número de *pacíficos*, campesinos en su mayor parte.

Los guardias de la Coladuría, que se habían disfrazado, lograron sorprenderles.

De los conspiradores quedaron detenidos un exteniente de voluntarios y seis *guajiros*.

A consecuencia de una reyerta sostenida por Ernesto León con el alcalde interino de Nueva Paz, provincia de la Habana, don Gustavo López, éste ha sido asesinado por aquel. El suceso parece que está relacionado con una denuncia por trabajos separatistas.

Se ha incoado procedimiento criminal contra veinte y cuatro *pacíficos*, á quienes se suponen comprometidos en los hechos realizados por Collazo y Perico Delgado.

Los veinte y cuatro están detenidos, y el proceso se sigue rápidamente.

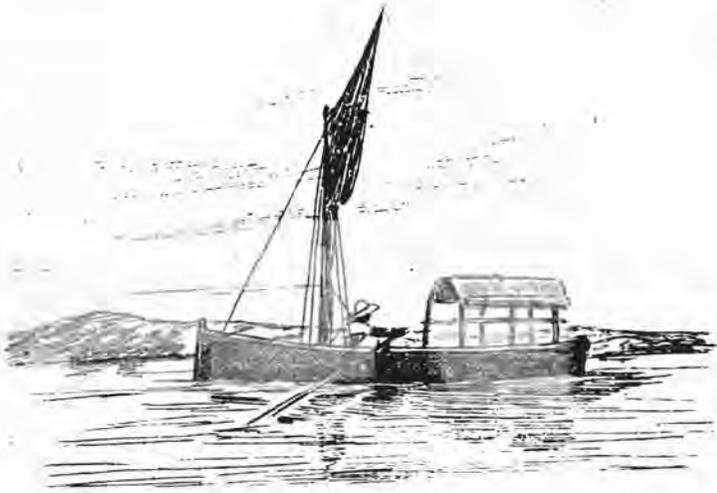
En la causa que por rebelión se sigue en esta Audiencia contra Julio Sanguili, quien, como es sabido, se halla preso en esta capital hace algún tiempo, el fiscal de S. M. ha formulado escrito de conclusiones provisionales, solicitando para el acusado la pena de cadena perpetua.

De la República Argentina se han recibido noticias oficiales anunciando la salida de un nuevo vapor que conduce 1200 voluntarios para esta isla. — X**.

No es la primera vez que hemos hablado de un hecho que se repetía con frecuencia en la guerra de Cuba y se lamentaba por la opidión, en vista de las deplorables consecuencias que producía.

Llevado de su bondadoso carácter y de su espíritu magnánimo y benévolo el ilustre general Martínez Campos, indultó en los primeros momentos de su mando en la isla á varios jóvenes que,—como dijeron en la Habana—«se habían trasladado desde la acera del Louvre al campo de la rebelión».

Requirimientos de las familias; explicaciones para justificar, si fue-



UN GUADAÑO

se posible, la calaverada; solicitudes de los propios interesados; el deseo mismo de no dar á la lucha el carácter de ferocidad que querían imprimirle los insurrectos, movieron al noble cuanto valeroso y magnánimo caudillo de nuestro ejército, á proceder con un gran espíritu de generosidad.

Pronto se vió como se lo pagaron. La mayor parte de los jóvenes que pidieron indulto fuéronse á la Habana ó al extranjero, y poco después aparecían entre las partidas facciosas. Sin injurarlos, puede

creerse de ellos que aprovecharían la magnanimidad del general Martínez Campos para refrescar sus amistades con los ojalateros enemigos de nuestro nombre, para tener noticias seguras de los contingentes en armas y en hombres que llegaron á Cuba; para recoger impresiones en los periódicos; para llevar al campo insurrecto ánimos y esperanzas á fin de que no se mermasen los alientos revolucionarios.

El proceder de los que se acogían á indulto y luego volvían á las bandas enemigas, era execrable. La opinión indignada hubo de llamar sobre ello la atención del general en jefe del ejército de Cuba, diciéndole por medio de sus órganos en la prensa que «aunque fuese preciso sofocar sus nobles y generosos sentimientos, se convenciera de que las exigencias de una guerra separatista son crueles y hay que rendirse á su triste imposición.»

* * *

Coincidió con los clamores de la opinión en contra de la política de benevolencia del gobernador general de Cuba, la noticia de la desaparición de Madrid, el día 15 de Octubre, del célebre cabecilla separatista de la pasada guerra, Calixto García, hombre de gran influencia entre los filibusteros, que vivía en la villa y corte con su esposa y sus hijos, y el cual, existían indicios para suponer que había huido, para reunirse con los enemigos de la patria.

Un telegrama de París, publicado por el *Heraldo* en su editorial del 17, anunciaba que Calixto García había llegado á la capital de la vecina República, y que después de conferenciar con el señor Bethancourt y otros separatistas, se disponía á marchar á América.

Calixto García fué en la anterior guerra uno de los cabecillas más terribles. Separatista furibundo y enemigo implacable de los españoles,

no daba cuartel y perseguía á cuantos sorprendía en relaciones con los que él llamaba *opresores de su tierra*.

La partida que él dirigía, una de las más numerosas y mejor disciplinadas en la pasada campaña, adquirió pronto en la manigua triste celebridad.

Al fin, un día, en un encuentro con nuestras tropas quedó derrotada y disuelta la partida de Calixto. Este escapó á uña de caballo, internándose en la manigua.

Dos días anduvo errante el famoso cabecilla sin atreverse á salir de un espeso cañaveral donde se ocultó. Sabía que su persona era una codiciada presa y la prudencia aconsejábale permanecer allí.

Una noche, acosado por el hambre, aventuróse á salir, para buscar alimento y lecho en cualquier bohío cercano. Las tropas que rodeaban el cañaveral, donde sabían por confidencias que se hallaba oculto, salieron tras él al galope de sus caballos.

Comprendiendo Calixto García, al verse descubierto y perseguido, que la huida era imposible y que irremisiblemente iba á caer prisionero de sus perseguidores, sacó el revólver y á la vista de estos y momentos antes de que le dieran alcance, se disparó un tiro por debajo de la barba. El proyectil le salió por la frente.

Recogido moribundo, fué conducido á Santiago, en cuyo hospital tuvo larga cura, pudiendo abandonar el lecho á los cincuenta días.

* * *

El general Martínez Campos se apiadó del filibustero y le indultó de la pena de muerte. Hecha la paz del Zanjón trasladóse el cabecilla á Madrid, donde por influencias del ilustre pacificador de Cuba, obtuvo un regular destino en una casa de crédito. Uno de sus hijos, el mayor,

fué nombrado para un cargo administrativo en Filipinas, y otro llamado Carlos, estudió la carrera de cirugía dental, en la que pronto adquirió envidiable reputación.

Calixto García hallábase en Madrid al mediar el mes de Octubre. Habíasele visto pasear, como tenía costumbre, del brazo del menor de sus hijos llamado Mario, y en su casa no se hablaba nunca de Cuba, por expresa prohibición suya.

Nunca se le cerró la herida de la frente, orificio de salida del proyectil, con que intentó suicidarse en los campos de Cuba.

Con frecuencia los bordes de la herida se humedecían de sangre, que él desecaba con un parche.

Martinez Campos le apreciaba por sus excelentes condiciones de carácter, y de vez en cuando, el general y el excabecilla echaban párrafos largos, recordando aquella jornada en los campos cubanos.

Entre los muchos amigos que tenía en Madrid Calixto García y su familia, produjo honda impresión la noticia de la desaparición y propósitos de marchar al campó separatista.

* * *

La noticia no tardó muchos días en verse plenamente confirmada. Si; era cierto. Calixto García marchó desde Madrid á París. Allí se puso de acuerdo con los separatistas que residían en la capital de Francia, y desde allí marchó á los Estados Unidos para trasladarse á la manigua en cuanto le fuera posible.

Calixto García salió de Madrid diciendo á sus íntimos que iba á llevar á un colegio de Francia á su hijo Mario, y antes de emprender el viaje enajenó algunos bienes que poseía en España.

Acompañó al excabecilla su hijo Carlos, dentista muy conocido en

Madrid, y «más separatista que su padre», como él decía á cuanto querían oírle.

La esposa de Calixto García quedó en Madrid apenadísima y al cuidado de sus tiernas nietecitas.

El ingrato filibustero era ya muy viejo cuando marchó al campo rebelde, andaba con dificultad y sólo momentáneamente recobraba sus pasadas energías, cuando recordaba las acciones que libró en Cuba contra las tropas españolas.

Así pagó el famoso excabecilla la magnanimidad y la protección que le dispensó su libertador, el bondadoso general Martínez Campos.

Así correspondió á la generosa hospitalidad que en la Madre patria encontró él y su familia; y así supo agradecer las atenciones que de los nobles hijos de España mereciera durante su permanencia en Madrid.

Por lo demás, nadie se preocupó con la marcha del viejo filibustero á los campos de la rebelión. Al fin, un filibustero más—se dijo todo el mundo;—pero no sin pensar también todos, que el hecho debía servir de provechosa enseñanza al bondadoso general en jefe del ejército de Cuba.



CAPITULO XIX

Noticias de Oriente.—Varios encuentros.—Inacción del *generalsimo* Gómez.—Sus causas.—A taque al campamento rebelde del Guaranicar.—Encuentro en Costa Blanca.—En San Juan de las Playas.—En la loma del Palenque.—El cabo Pedro Ocaña López.—Brillante victoria de 40 guardias contra 140 rebeldes.—Encuentro en Algodones.—Muerte del cabecilla Cruz.—En Cantoneros.—Efecto de los despachos de Cuba.—Exageraciones censuradas.—Telegrama de la Habana.—Detalle de un descarrilamiento.—Hecho censurado.—El inspector Trujillo.—Destitución de catedráticos.—Un cura insurrecto.—Noticias particulares de la isla.—La beligerancia de los insurrectos.—*El Journal des Debats*.



LEVÁBAMOS ya algunos días sin recibir noticia alguna del curso de la campaña en el Departamento Oriental, cuando llegaron, al fin, despachos de la Habana transmisores de operaciones llevadas á cabo en el distrito de Santiago de Cuba, acusando de qué modo nuestras columnas batían allí el cobre, ó más propiamente dicho al ébano.

Los últimos despachos recibidos de la isla daban detalles de tres encuentros: el de la columna del general Linares, el de la que mandaba el teniente coronel Zamora y el que habían tenido las fuerzas del comandante Hernández.

En el primero, el general Linares derrotó al enemigo á orillas del Guanánicar y le ocupó el campamento; en el segundo fué batida la partida de Romeu y muerto el cabecilla Carreras, y por último, el co-

mandante Hernández batió y deshizo en San Juan de las Playas la partida de Indalecio González.

En Las Villas, los insurrectos hicieron descarrilar una máquina exploradora en el ferrocarril de Sagua á Cienfuegos, entre San Marcos y Las Lajas, quedando la línea accidentalmente interrumpida.



Dos días anduvo errante el famoso cabecilla... (pág. 778)

Pero en la Loma del Palenque, cerca de Resbalosa, la columna del general Oliver batió al enemigo, que dejó cinco muertos en el campo.

La acción más importante, si no por el número de los combatientes, al menos por sus resultados, fué la sostenida en el puesto de Báez por una pequeña columna de cuarenta hombres al mando del cabo de la

guardia civil Pedro Ocaña López, con ciento cuarenta insurrectos á los que sorprendió y batió, cojiéndoles caballos, armas y la correspondencia de varios cabecillas.

De Máximo Gómez, que se hallaba en el Camagüey, hacia tiempo que no se tenía noticia; diríase que se le había tragado la tierra, porque era muy de estrañar que el jefe más caracterizado de la insurrección mostrase tan poco empeño en dar señales de vida.

A dos causas, sin embargo, obedecía la inacción del *generalismo* de los separatistas; dos causas muy poderosas y cual más satisfactoria para nosotros: que la insurrección tenía escasos partidarios en el Camagüey y que estos estaban mal armados y no abundantes de municiones.

Sólo así se explicaba la actitud pasiva del *generalísimo* que rehuía todo encuentro con nuestras tropas.

Otro buen síntoma se advertía en el campo de la insurrección. Era éste el de que los filibusteros no habían logrado efectuar desde nacía tiempo ningún desembarco. Por eso creimos siempre que el desembarco en las costas de Cuba de una expedición filibustera, era un acontecimiento más grave que una derrota, y de más trascendentales consecuencias para la causa de España.

*
* *
*

Hé aquí ahora algunos detalles de los encuentros ocurridos en Santiago de Cuba y Las Villas que nos participaron los hilos telegráficos.

La columna mandada por el general Linares atacó el día 10 en San Nicolás, á orillas del Guananicar el campamento que ocupaba una numerosa partida de rebeldes que mandaba el cabecilla Peña.

El enemigo opuso débil resistencia al empuje y arrojo de nuestros

bravos soldados, y púsose pronto en dispersión dejándolos dueños del campamento.

El teniente coronel Zamora con las fuerzas á sus órdenes encontró el 13 en Costa Blanca á una numerosa partida de insurrectos capitaneada por el cabecilla Rouen.

Se trabó reñido combate entre ambos bandos, del que resultó el enemigo derrotado y puesto en fuga, abandonando en el campo de la lucha cinco muertos y retirando muchos heridos. Entre estos contóse el cabecilla Barreras.

La columna del comandante Hernández operando por el distrito de Trinidad (Santa Clara), tuvo un importante encuentro con la partida insurrecta mandada por el cabecilla Indalecio González, á la que halló acampada en las inmediaciones de San Juan de las Playas.

Nuestras tropas ocuparon el campamento enemigo, dispersando á los rebeldes y causándoles algunas bajas.

Otro importante combate libró el general Oliver con su valerosa columna en la Loma del Palenque, junto á Resbalosa, (Las Villas) contra una numerosísima partida de insurrectos.

Componíanse las fuerzas rebeldes de más de trescientos jinetes y muchísimos infantes.

Nuestras fuerzas eran muy inferiores en número.

La lucha fué breve, pero reñidísima; el fuego duró poco más de media hora. Nuestra bizarra infantería, obedeciendo las órdenes de su bravo general, impaciente ya ante la desusada resistencia que le oponía el enemigo, atacóle á la bayoneta con heroísmo, arrasando el campo de los rebeldes, que también se batieron con denuedo defendiéndose á machetazos, pero sin poder resistir el empuje de nuestros valientes, que pronto pusieron en fuga á la partida.

Los rebeldes se llevaron algunos muertos y muchos heridos, abandonando en el campo de la lucha cinco cadáveres.

La columna no tuvo ningún muerto.

En la madrugada del 16 regresaban cuarenta guardias civiles que al mando del cabo Pedro Ocaña López componían el destacamento que guarnece el puesto de Báez, jurisdicción de Las Villas, de practicar un reconocimiento por aquellas inmediaciones, cuando de improviso vieron sorprendidos y rodeados por una partida de ciento cuarenta rebeldes.

La acometida partió esta vez del enemigo, que confiaba en la victoria por la inmensa superioridad de sus fuerzas.

Los insurrectos iban mandados por el cabecilla Wetón.

El combate duró más de una hora y fué muy reñido.

Nuestros guardias después de resistir y rechazar con bravura la brusca y fiera acometida de sus numerosos enemigos, pusieron fin á la lucha atacando heroicamente á la bayoneta.

Los *mambises* no pudieron resistir la furiosa acometida de los valientes guardias y huyeron á la desbandada.

La victoria alcanzada por los cuarenta bravos del destacamento de Báez, fué completa y brillantísima.

Se apoderaron del campamento enemigo, ocupando material de guerra, caballos y numerosa correspondencia, en la que figuraban importantes cartas de los cabecillas Sánchez, Suárez y Zayas á Máximo Gómez y de éste á aquellos.

Los rebeldes tuvieron cinco muertos y dos heridos.

El pequeño cuanto valeroso destacamento se condujo brillantemente sin que tuviera que lamentar pérdida alguna.

El día 17 se recibió en la capitanía general de la Habana, el siguiente parte del comandante general de Las Villas:

«En este momento me manifiesta el sargento agregado de esta compañía—en Baez—don José Cabello, que de orden del capitán de la misma, don Longinos Souvapor salió á la una de la madrugada, con 40 hombres, el cabo de la guardia civil Pedro Ocaña López y cinco guardias para practicar un reconocimiento en la sitiaria y manigua, y al llegar á este punto, á las cuatro de la mañana, fué dado el alto por un centinela enemigo, y al responder «España», fué contestado por nutrido fuego, que también hizo la fuerza á sus órdenes.

Vista la tenacidad del enemigo, dispuso cargar á la bayoneta, haciéndolo con tal denuedo que el enemigo, mandado por el jefe Wetón y compuesto de 140 hombres, se dispersó dejando en su poder 18 caballos vivos, uno muerto y 20 que no ha podido recoger por la escasa fuerza de que disponía, 19 monturas, una tercerola, dos revólvers, seis machetes, municiones, dos navajas de afeitar, 18 hamacas, 14 mantas, seis impermeables, dos levitas, cuatro camisas, un par de polainas, herrajes y utiles, cuatro camisetitas, tres bandoleras, un pito y correspondencia de los generales Suárez y Zayas, Serafín Sánchez y otros cabecillas y dirigidas al generalísimo Máximo Gómez y viceversa.

Las fuerzas se excedieron en el cumplimiento del deber, habiéndose distinguido los guardias y especialmente el citado cabo Pedro Ocaña López en la carga á la bayoneta, arengando á los soldados hasta tomar el campamento, á pesar de la obscuridad de la noche.

El fuego duró una hora. La fuerza no tuvo novedad. El enemigo tuvo numerosos heridos, á juzgar por los rastros de sangre en siete direcciones, habiéndose enterado después que tuvieron dos muertos y cinco heridos.»

* * *

Otro encuentro sostuvieron nuestras tropas con los insurrectos, en Algodones.

La lucha fué breve, pues en sus comienzos tuvieron los soldados la fortuna de herir gravemente de un balazo al cabecilla Cruz, y desconcertado el enemigo huyó á la desbandada quedando dispersa la partida.

El teniente coronel señor Domingo, que mandaba nuestras fuerzas, al practicar un reconocimiento, después del combate, supo que habían sido enterrados seis insurrectos y estaba herido el cabecilla Bermúdez, y que la herida que recibió el cabecilla Cruz fué de muerte.

La columna del coronel Hernández, tuvo también un importante encuentro en Cantoneros, provincia de Santa Clara, con una partida rebelde.

Las tropas batieron y pusieron en fuga al enemigo, ocupando su campamento y apoderándose de muchas pertrechos de guerra y del botiquín.

Los insurrectos tuvieron dos muertos.

Entre otros varios encuentros realizados en aquellas días, que no se mencionaron en los partes por su escasa importancia, figuró uno de la columna del bizarro capitán Sánchez, con una muy numerosa partida de separatistas. Estos tuvieron un muerto y varios heridos.

Nuestros soldados no tuvieron ningún muerto.

*
*
*

A las seis y media de la mañana del día 16, salió de San Marcos con 14 soldados del batallón de las Navas, en la vagoneta blindada destinada á la vigilancia de la línea, el teniente don Aquilino Cubilla. Como á las siete y cuarto notó que los hilos telegráficos estaban cortados, y

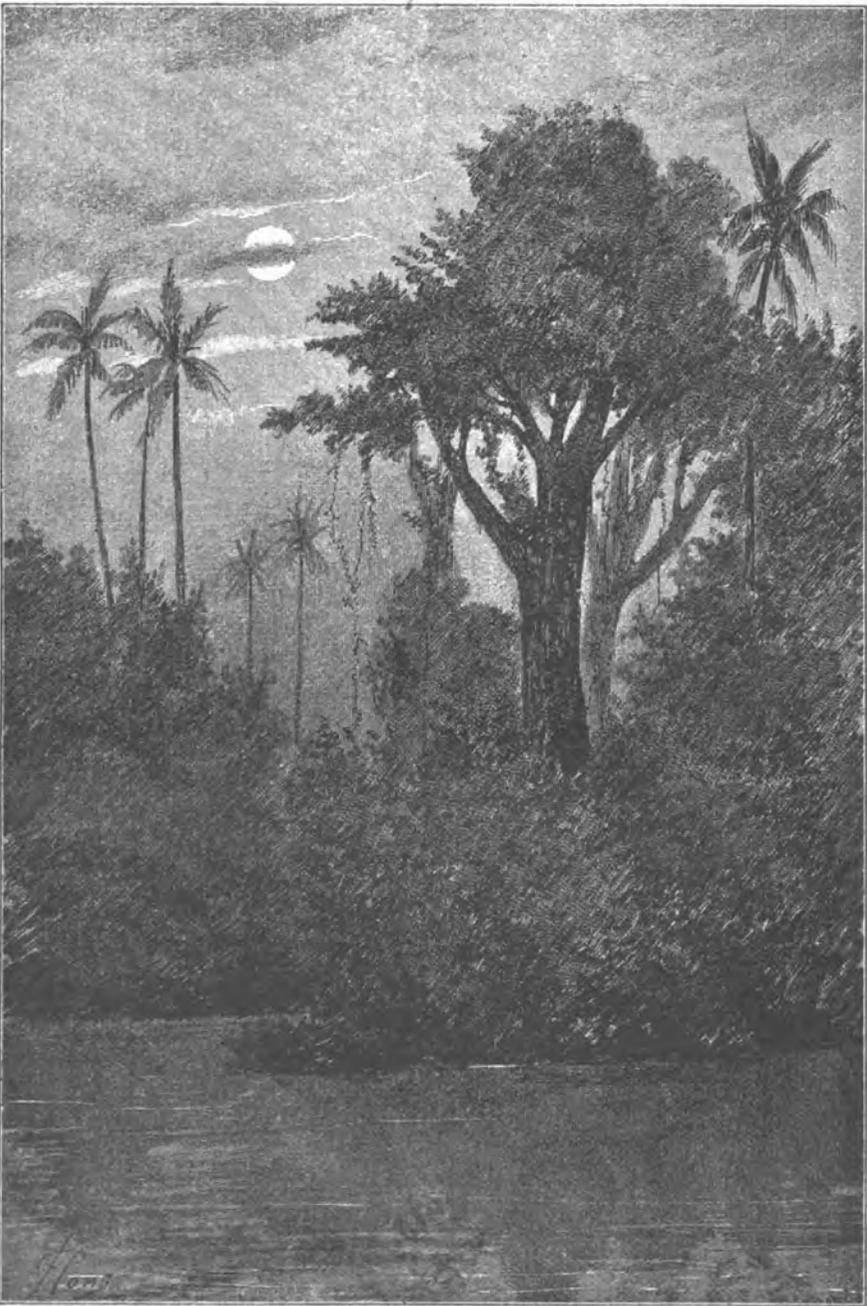
continuando la marcha, al llegar al paso de la Legua, entre San Marcos y Lajas, vió que un rail estaba algo desviado, por lo que gritó al maquinista para que detuyese la marcha, pues había peligro inminente. Pero era tarde: los insurrectos, en número de 300, tenían amarrado el extremo del rail con un alambre, y tirando de éste descarriló la vagoneta y se volcó, cayendo en la línea el teniente Cubilla, que estaba en la portezuela, herido gravemente de bala en el codo del brazo izquier-



FARO MATERNILLAS (Nuevitas)

do á la primera descarga que hizo el enemigo, que se encontraba emboscado á derecha é izquierda de la vía.

Los insurrectos estaban á tres metros de la vagoneta. Un grupo de éstos—dice nuestro informante—al grito de *¡al machete!*, se avanzó sobre Cubilla para llevárselo, lo que hubieran conseguido á no ser por su serenidad, por la decisión de los catorce soldados, y, sobre todo, por el nombrado Esteban Villar, que se tiró á la vía, y colocándose al lado del teniente hizo tan certeros disparos, que vió caer



RIO DAMUJÍ (Cienfuegos.)

heridos a cuatro ó cinco negros de los que formaban el grupo que se dirigía sobre Cubilla.

Este, herido de gravedad, con gran aliento se levantó, subió á la vagoneta, y sin acordarse de sí mismo, atento sólo á la defensa de todos, dió oportunas órdenes para que sólo se disparase á boca de jarro cada vez que los insurrectos intentaban avalanzarse sobre la casilla.

Más de media hora duró el fuego, durante el cual se hicieron al enemigo numerosas bajas, entre ellas la del jefe de la partida, Aniceto Hernández, que fué herido en un muslo.

Además del teniente don Aquilino Cubilla, fué herido en una oreja el soldado Juan Vázquez Fernández.

Poco después, cuando ya se habían retirado los insurrectos, llegó el tren de viajeros, en el que fué trasladado el teniente Cubilla á Lajas, donde se le hizo la primera cura.

Todos los que conocen los detalles del hecho están conformes en que fué brillante y heroico el comportamiento del teniente, que pertenece á la escala de reserva, y de los catorce hombres que le acompañaban en la vagoneta blindada. Sus nombres son los siguientes:

Sargento, Mariano Torres; cabo, Anselmo Simón; corneta, Secundino San José; soldados: Juan Vázquez Fernández, Esteban Villar, Andrés Galbán, Venancio Pérez, José Arias, Raimundo Saez, Juan del Rey, Constantino Meno, Santos del Vall y Constantino Vázquez.

* * *

Ya lo hemos dicho antes de ahora. No podían causar buen efecto en el ánimo del público los despachos de Cuba en que se nos daba cuenta de combates muy reñidos, en algunos de los cuales los combatientes luchaban cuerpo á cuerpo, antes y después de tirotearse una ó

dos horas, para venir á parar en que nuestras fuerzas sólo habían tenido un herido y dos contusos ó «ningún muerto», al cabo de tan porfiada lucha:

Tal fortuna se explicaría tratándose de una sorpresa en la que el enemigo, sin tiempo para prepararse, huyera á la desbandada sin oponer resistencia y haciendo solo instintivamente y sin apuntar siquiera unos cuantos disparos; pero no se concibe tan inexplicable resultado tratándose de acciones ó combates que se traban estando emboscado el enemigo, que solo revela su presencia en el momento del ataque.

Y lo que nos contó nuestro corresponsal que había ocurrido en el combate, mejor dicho, en la série de combates librados en la jurisdicción de Las Villas, por la columna del general Oliver, y lo que ocurrió á los cuarenta guardias del puesto de Biez, lo repetía el telégrafo casi todos los días, y á propósito de todos los encuentros, lo mismo en los despachos oficiales, como en los que dirigían á la prensa los corresponsales de los periódicos peninsulares.

Las autoridades de Cuba creían, sin duda, y es claro que lo creían de buena fé, que no se podía dar noticia de lo que ocurría allí más que disminuyendo el número de nuestras bajas á cifras y proporciones inverosímiles; pero no cayeron, por lo visto, en la cuenta de que al rebajar de tal modo nuestras pérdidas, rebajaban en proporción igual la importancia del combate.

El que lea el relato de una acción que se supone muy reñida, en la que se han dado cargas á la bayoneta y cargas de caballería y se han rechazado ataques al machete, y se encuentra con que han resultado á la postre dos ó tres soldados contusos, siente involuntariamente asomar á sus labios la sonrisa que provoca la duda, y, ó bien cree que se oculta el número de nuestras pérdidas, ó bien imagina que se exagera la importancia de la acción, con el propósito de ensalzar la pericia de nuestros jefes de columna.

Nosotros tenemos la seguridad de que nuestros corresponsales en la isla no relataban ni nos daban cuenta de los sucesos tal como aparecían en sus telegramas, ni caprichosa, ni siquiera voluntariamente. Era que no se les consentía que los transmitiesen más que en la forma en que lo hacían.

Y viéndose por la fuerza de las circunstancias constreñidos á la dura y terrible alternativa de estos dos extremos: el de no transmitir noticias ó el de transmitir las con arreglo al patrón á que se les sujetaba, no tenían más remedio que optar por el segundo.

La muletilla «nosotros solo un soldado herido» ó «las tropas un oficial contuso» ó «nuestros soldados no tuvieron ningún muerto», era sin duda el sello que ponía la censura del gobierno general de Cuba, para que circularsen los despachos de los corresponsales de la Península.



ILMO. SR. OBISPO DE LA HABANA

* * *

Ampliando detalles del siniestro ferroviario provocado por las hordas separatistas en la línea de Sagua á Cienfuegos, y comunicándonos otras noticias de la isla, recibimos de nuestro activo corresponsal en la Habana el siguiente telegrama:

Habana 19.—Se reciben más detalles del descarrilamiento á que me refería en uno de mis últimos cablegramas.

La partida que realizó la salvajada fué la del cabecilla Aniceto arrancando para ello los railes de un puente situado entre San Marcos y Las Lajas.

Al producirse el accidente volcó el vagón blindado en que iban catorce individuos de tropa, mandados por el teniente Cubillas.

El enemigo hizo varias descargas contra el tren.

Los catorce valientes, á pesar de la crítica situación en que se hallaban, se defendieron heroicamente, resultando heridos el teniente y un soldado.

Cuando apareció el tren de viajeros, suponiendo, sin duda, que en él iban tropas, huyó el enemigo, á quien se le causaron algunas bajas.

Un hecho escandaloso háse realizado, que por la situación en que se halla la isla, aparte la gravedad que el suceso estraña en sí, ha producido general indignación en esta capital.

Parece que en el hecho juegan influencias políticas de las cuales protesta enérgicamente la opinión pública.

En Jaruco, de esta provincia, fué detenido el día 7 de Abril un ómnibus que conducía once paisanos.

Se hizo la detención por asegurar el inspector de policía don José Trujillo Moragas, que los paisanos iban á unirse á los insurrectos.

Incoado el correspondiente proceso por la jurisdicción de Guerra, declaró el tribunal militar falsa la denuncia y ordenó que pasara la causa al juzgado de instrucción de Guadalupe, para que procediera criminalmente contra el inspector Trujillo y contra su confidente Víctor Aguila, porque Trujillo había recibido del jefe de policía de la Habana treinta y ocho centenes para pagar al confidente y se había quedado con el dinero.

El juez instructor de la causa, señor Ortiz, ha procesado hoy al inspector Trujillo y á su confidente Aguila.

Ambos han sido puestos en libertad, el inspector bajo caución y el confidente con fianza personal de trescientos pesos.

La opinión pública se muestra indignada ante la escandalosa conducta de Trujillo, á quién condena durísimamente.

El Gobierno general de esta isla ha destituido á los profesores de la Universidad de la Habana, don Arístides Agüero y don Juan Anugas.

Estos dos señores, personas muy conocidas en la capital y tachadas por su manifiesta enemistad á España, desaparecieron de esta capital hace poco tiempo.

Aunque se supuso que su viaje estaba relacionado con la insurrección, no se había averiguado de una manera concreta el objeto del mismo.

Hoy parece ya comprobado evidentemente que los señores Agüero y Anugas han salido para el extranjero y que se hallan realizando trabajos en calidad de agentes de la Junta revolucionaria de Nueva York.

Ha llegado á Villa Clara un furioso filibustero que es ministro del Señor.

Se sabe que este sacerdote, que se llama don Pio Martínez, y es hombre de grandes energías y bastante joven, predicaba entre sus fieles la independencía de Cuba, con preferencia á las doctrinas de Cristo.

Este cura rebelde se halla preso.

La guardia civil le detuvo en el ingenio «Esperanza» donde se ocultaba á la persecución de que era objeto desde hace algún tiempo.—X**»

* * *

En cartas particulares que de Cuba recibimos en el correo llegado á la Península el día 17, lamentaban sus firmantes la falta de política de atracción que se seguía en aquellos momentos en la gran Antilla por algunas de las autoridades.

En las circunstancias en que se hallaba la isla había quien pensaba allí más en la política *chica*, que en los accidentes y resultado de la guerra.

El general en jefe se encontraba en el Camagüey. Desembarcó en Júcaro y un despacho recibido el 20 anunciaba que se encontraba en Ciego de Avila, desde donde se proponía ir á Morón y tal vez á Puerto Príncipe á avistarse con el general Mella.

La *Gaceta* del 19 publicó el real decreto del Ministerio de la Guerra llamando á las filas á los mozos del reemplazo de 1895.

El contingente fué de 85.000 hombres, de los cuales

59.475 se destinaron á cubrir bajas en la Península,

22.000 á Cuba,

2.000 á Puerto Rico y Filipinas, y

1.525 á Baleares, formando un *total* de

85.000

En los centros oficiales se negó fundamento á la noticia que había circulado referente á la celebración en Washington el día 19 de un Consejo de ministros, en el que se había tratado del reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos cubanos, en sentido favorable á la pretensión de los laborantes.

Se negó también que el gobierno norteamericano hubiese acordado enviar á Cuba una Comisión que informase sobre la verdadera situación de la isla, para decidir, en vista del dictamen, si debía concederse ó no la beligerancia de los rebeldes.

Y se negó igualmente que el ministro de los Estados Unidos en Madrid hubiese recibido encargo de consultar con nuestro Gobierno

nada que con el nombramiento de la mencionada Comisión se relacionase.

A cambio de tantas negativas oficiales, el Presidente del Consejo de ministros, señor Cánovas del Castillo, ofreció esta afirmación explícita.

—«Si alguien me preguntara sobre el nombramiento de una Comisión norteamericana para que vaya á Cuba á informar acerca del estado



EL CAÑONERO «CARIDAD»

de nuestra grande Antilla, contestaría con la negativa más rotunda y enérgica.

Oficialmente no interviene para nada en Cuba más que España, y ni este Gobierno ni ningún Gobierno español toleraría ninguna otra ingerencia.

El *Journal de Debats*, periódico parisién, en un artículo publicado en su editorial del día 18 en que trataba de la guerra de Cuba, atri

bua la duración de la resistencia por parte de los insurrectos á la constante *ingerencia* de los Estados Unidos en Cuba.

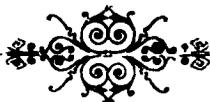
«Numerosos americanos—decía—ven con regocijo una lucha contra una potencia europea, y creen que pueden ganarlo todo con un cambio de dominio en Cuba.

»La rebeldía está mantenida por los grandes mercaderes de azúcar, que querrían impedir la importación en los Estados Unidos de los 800.000 toneladas que envía Cuba.

»Estos verdaderos motivos los ocultan tras la pretendida doctrina de Monroe.

»La actitud del gobierno de los Estados Unidos es leal, por cuanto deplora no contar con energías para impedir el recrudecimiento del filibusterismo.

»Y esto es lo que precisamente hace que la situación sea grave y peligrosa.»



CAPÍTULO XX.

Los telegramas de la Habana.—Resultados contraproducentes.—Dudas de la opinión.—Sin noticias de la campaña.—Consejo de ministros.—Encuentros sin importancia.—Furioso cielo.—Sus terribles efectos.—Paralización de las operaciones de guerra.—Impaciencia de la opinión.—Audacia de los filibusteros.—Declaraciones del general Martínez Campos.—Importancia de la rebelión.—Los planes del general Gómez y Maceo.—Las fuerzas insurrectas.—Noticias de la guerra.—Su efecto en la Península.



No hemos hecho distinciones de ninguna especie al consignar en anterior párrafo la incongruencia que se observaba en la redacción de los telegramas que se transmitían de la Habana—así los oficiales como los particulares—dando cuenta de los hechos de armas que se verificaban en Cuba. Y mal podíamos hacerlas cuando alcanzaban á nuestros mismos telegramas, en los que no habíamos de dejar de notar, por ser nuestros, la falta de relación que existía entre la importancia que se atribuía á los encuentros y el escaso número de bajas que causaban acciones aparentemente tan reñidas.

Por eso, conociendo la seriedad de nuestro ilustrado corresponsal en la Habana y su exquisita corrección, que merece toda nuestra confianza, y sin dudar tampoco de que tales cualidades adornasen á los corresponsales de periódicos, decíamos que la redacción que se daba

á los telegramas no era obra del capricho, ni siquiera de la voluntad de los informantes, sino que era un texto obligado é impuesto por las autoridades de Cuba para que los despachos pudiesen circular.

Y como tal medida, que alguien consideró tal vez muy conveniente, muy hábil y muy patriótica, estuvo dando por espacio de bastante tiempo resultados contraproducentes, puesto que contribuyó al descrédito de las noticias que de la marcha de los sucesos de Cuba publicó el Gobierno y la prensa, la opinión por medio de sus voceros señaló el mal en beneficio de todos, y muy especialmente en beneficio de la seriedad del país.

* * *

Dijosenos, hablando del asunto con varios militares que habían hecho la anterior campaña de los diez años en Cuba, que en la guerra pasada, las fuerzas que mandaba un general, de cuya seriedad no cabe dudar, tuvieron en catorce acciones 28 muertos, 48 heridos y un prisionero.

Tratándose de españoles, nos parecen siempre muchos, pero aún nos parecen más comparando estas bajas con las que se acusan ahora, porque si descontamos la acción de Peralejo, nó en catorce combates, si que ni siquiera en veintiocho, acusan los despachos tal número de bajas.

Y, aún hay más, y no menos notable.

¿Se ha dicho en algún parte, durante la guerra actual, que el enemigo nos haya hecho un solo prisionero?

¿Se ha indicado siquiera una sola vez el número de desaparecidos?

Pues todo el mundo ha leído en los periódicos de Madrid incluso los ministeriales, y claro está que no lo inventaron, que los insurrectos

han dado libertad en más de dos y de tres ocasiones á algunos de nuestros soldados, después de tenerlos detenidos.

Y como el público recogía y relacionaba todos esos detalles, es evidente que se veía impelido, á pesar suyo, á dudar de todo y á encogerse de hombros y á sonreír maliciosa y tristemente, siempre que le referían sucesos en los que no hallaba la debida y racional congruencia.

* * *

Treinta y seis horas habían transcurrido en la madrugada del 21 sin que en los centros oficiales se hubiera recibido noticia alguna de Cuba, según los testimonios más autorizados.

Comunicó el cable que el general en jefe de nuestro ejército de operaciones en la isla había llegado á Ciego de Avila, y después de eso no se recibió ni un solo despacho de la Habana, ni aún siquiera de los llamados de servicio.

Ese silencio de la primera autoridad de Cuba se interpretó en los centros oficiales en el sentido de que no ocurría cosa alguna en el teatro de la guerra digna de ser comunicada.

Y con esa tranquilidad, de lo único que aquellos días se habló nuevamente fué del comienzo de las operaciones en gran escala, y



DON LUIS CORUJEDO,

(Jefe del primer batallón de artillería de voluntarios de la Habana).

sobre esto no se pudo pasar del terreno de las conjeturas, porque en la Península se seguía ignorando el pensamiento del general Martínez Campos, y lo único que se sabía era que se acentuaba por momentos el deseo de que los cien mil soldados reunidos en la grande Antilla se pusieran en movimiento y realizaran el plan de ataque que seguramente tenía ya acordado el general en jefe, después de incesantes viajes por el interior de la isla.

Por fin, el 22 llevó el ministro de la Guerra al Consejo celebrado en la Presidencia, un telegrama anunciando que el general Martínez Campos había salido para Sancti Spiritus, y otros que daban noticia de encuentros de poca importancia, de esos que ocurrían á cada momento en la guerra de Cuba.

Pero, ni una palabra acerca de lo más fundamental de la campaña; de lo que con tanta ansia esperaba la opinión.

¿Cuándo darían comienzo las operaciones en grande escala?

¿Cuándo quería el Gobierno que empezaran? Lo antes posible.

¿Qué se proyectaba para la mejor defensa de los derechos de España en Cuba?

Los señores Cánovas del Castillo y Azcárraga hablaron á sus compañeros de gabinete de acuerdos que habían tomado y de consultas hechas al general Martínez Campos.

Entre las medidas adoptadas por los Consejeros de la corona jugaba gran papel la artillería, y la Habana y Matanzas apreciarían muy pronto los resultados de los acuerdos del Gobierno.

* * *

Los encuentros, que el telégrafo nos anunció, ocurridos aquellos días entre nuestras tropas y los rebeldes, carecieron de importancia.

Eran consecuencia de los movimientos que llevaban á cabo algunas columnas de acá para allá, pero sin objetivo determinado. Eran útiles sin embargo, no lo dudamos, para que el soldado adquiriese resistencia en las marchas y aplomo en el combate. Venían á ser como un complemento de la instrucción; complemento el más útil, porque convertía pronto en veteranos á los soldados más bisoños.

También nos comunicó el cable la triste noticia de haberse desencadenado en la isla, el día 21, un nuevo y furioso ciclón, que obligó á todas las embarcaciones á buscar refugio en los puertos más próximos, y causó grandes destrozos en las líneas férreas y telegráficas, y pérdidas de consideración en campos y poblados.

Ya fuera por los desastrosos y terribles efectos que ocasionara el temporal, bien porque las lluvias impidieran las operaciones, ó porque se estaba dando la última mano á la organización de nuestro ejército, lo cierto es, que se observaba una paralización muy marcada y muy justificada, sin duda; pero que desde aquí parecía inexplicable.

Si la táctica de los insurrectos consistía en mantenerse en el campo sin librar combate, es preciso convenir en que la aplicaban á maravilla. Ni los despachos oficiales de aquellos días, ni los que remitían los corresponsales, acusaron ningún encuentro de importancia, ni movimiento alguno de nuestras columnas.

La impaciencia que por efecto de esta situación se empezaba á sentir en la Península, hallábase hostigada por la audacia de los filibusteros, que un día producían un descarrilamiento á un tren, el otro atacaban una estación de ferrocarril, ó se corrían de una provincia á otra, tiroteando de paso nuestros puestos.

Había que creer, sin embargo, que esa inacción era más aparente que real, y aún podríamos suponer que era en aquellos momentos necesaria, para dar mayor unidad y más fuerte impulso á las operaciones que se preparaban.

Sin embargo, las declaraciones hechas por el general Martínez Campos al corresponsal de *The World* de Nueva York, publicadas por este periódico en su número del día 10, causaron en todos los ánimos honda y penosa impresión, cuando fueron leídas y conocidas en toda su extensión aquí en la Península.

Aunque lo substancial de la *interview* celebrada por dicho corresponsal con el general en jefe del ejército de Cuba lo conocen ya nuestros lectores, por haber dado cuenta de ello en anterior capítulo, no creemos ocioso reproducir íntegras las palabras del gobernador general de la gran Antilla.

«La situación militar en Cuba es hoy satisfactoria,—comenzó diciendo el general.

La rebelión ha tomado más vuelos de lo que me figuraba yo al embarcarme en España. Actualmente la insurrección consta de numerosas partidas pequeñas, esparcidas por las provincias de Santiago, Camagüey y Las Villas: en Matanzas sólo hay un puñado de rebeldes.

Los insurrectos no están todos armados y su acopio de municiones es deficiente en algunos distritos.

Mi deber, como militar, es sofocar la insurrección. Las consideraciones políticas no me preocupan. Yo soy, ante todo y sobre todo, un soldado.

Actualmente hay en la isla un número considerable de tropas españolas, aunque no demasiadas, teniendo en cuenta las circunstancias. El país ofrece muchas más dificultades para operar que las que suele encontrar un ejército europeo. Si los caminos fuesen tan buenos como los de la Península, la revolución podría sofocarse fácilmente en

tiempo brevísimo. Pero aquí los caminos, parte del tiempo son lodazales intransitables, la conducción de la impedimenta es difícil en extremo y el clima afecta pronto á las tropas no aclimatadas.

Los insurrectos están familiarizados con las comarcas en que se

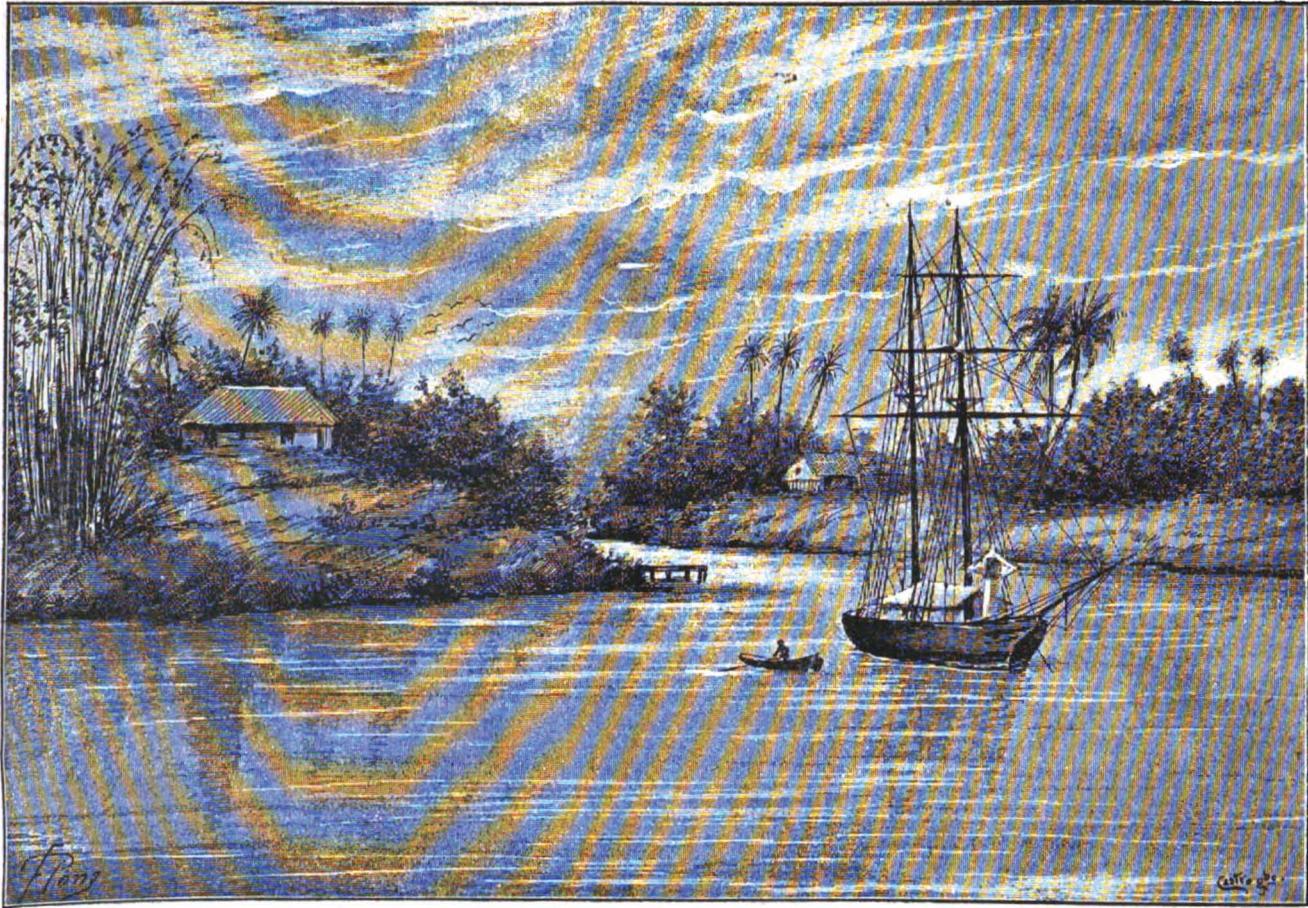


INSURRECTOS LAVANDO SU ROPA EN UN RIO

mueven, y tienen generalmente las simpatías de los campesinos. Merced á estas simpatías, que á veces son llevadas al extremo de albergar á criminales, gente que no es criminal, han podido andar sueltos y escapar á la activa persecución de que son objeto por parte de la guardia civil, bandidos como Mirabal en el Camagüey, y Matagás en la Ciénaga de Zapata...

*
* *

»Yo no considero á los insurrectos como bandidos, ni me propongo tratarlos como si lo fueran. He dado órdenes para que los prisioneros



DESEMBOCADURA DEL RIO JATIBONICO

sean tratados con benignidad y se cuide bien á los heridos insurrectos que caigan en poder de las tropas. Yo no mato á los prisioneros.

Esta guerra será llevada adelante de un modo distinto á la anterior, y para ello tengo un plan concreto. Por ahora, el mal estado de los caminos no permite una campaña activa, pero en Noviembre comenzará ésta y será tan agresiva como se pueda.

Me propongo dividir las tropas en pequeños destacamentos, cuyo número variará según las circunstancias. Si yo enviara á operaciones una columna de 5.000 hombres, no encontraría jamás al enemigo; los insurrectos se disolverían completamente en la manigua.

Su sistema es bueno militarmente considerado y mirado desde su punto de vista, puesto que saben que no pueden hacer frente á las tropas regulares.

En esta jurisdicción de Santa Clara divido á los soldados en destacamentos de doscientos á trescientos hombres; si el enemigo atacase á uno en número muy superior, podría hacer algún daño; pero no tardaría en recibir auxilio de otro destacamento.

En Remedios y Sancti Spiritus las columnas son mayores (600 á 700 hombres), porque los insurrectos, especialmente en Remedios, andan en mayor número y mejor armados.

En Santiago la columna mayor de nuestras tropas es de mil á mil trescientos hombres.

Para demostrar la inutilidad de operar, por ahora, en columnas numerosas, recordaré la expedición del general Suárez Valdés, que salió de Santa Clara hace pocos días con 1.500 hombres yendo en dirección de Manicaragua y los montes de Trinidad, con un convoy. Los insurrectos, que sólo esperaban una columna de 300 hombres, se habían reunido en número de más de 2.000, esperando copar el convoy. Al saber la fuerza que llevaba el general Suárez Valdés, se desvanecieron como el rocío bajo el sol.

El general, una vez llegado el convoy á su destino, dividió sus fuerzas en cuatro destacamentos, y ahora anda por el valle de la Sigüenza. Desde entonces ha tenido constantes escaramuzas.»

* *

«En Puerto Príncipe el general Mella salió con una fuerte columna en busca de Máximo Gómez, pero no pudo encontrar al enemigo ni tener una sola acción. Yo no comprendo qué se propone Gómez. Aprecio mucho su capacidad militar, pero veo que no hace nada. Tal vez obedezca órdenes de la Junta de Nueva York, que, según mis noticias, está por dar largas á la guerra; tal vez está muy escaso de municiones.

El que más y mejor ha trabajado de los insurrectos ha sido Antonio Maceo, aunque no sea militarmente hablando el igual de Máximo Gómez; pero es ambicioso y desea aumentar su reputación.

Sin embargo, ha estado en lugares donde no podia dejar de batirse si hubiera querido, y no se batió. El mes pasado no atacó al general Canella en Pimienta (Sao del Indio), y eso que tenía muchas más fuerzas que éste.

Canella se portó muy bien en esa jornada. Los soldados encontraron sembrados en los senderos los torpedos que habia colocado allí Maceo, y la explosión nos causó algunos muertos.

Los insurrectos abandonaron su campamento casi sin resistencia... Maceo debió haber atacado á Canella, pues tenía todas las ventajas sobre éste.

Las tropas regulares tienen la ventaja de la organización; en cambio, los insurrectos carecen de disciplina y raras veces pelean á la ofensiva, mas si se ven acorralados se defienden como lobos.

En una guerra conducida á la europea, mil hombres hacen tanto como cinco mil aquí.

Los rebeldes han luchado siempre con la dificultad de la escasez de armas; ordinariamente tienen tantos hombres desarmados como armados; aquellos recojen á los heridos, retirando, ante todo, su armamento.

Para las columnas españolas es una impedimenta perjudicial el transporte de los heridos.

Los insurrectos tienen muy mala puntería: los que mejor tiran están en Santiago; en las Villas tiran pésimamente. Hay que tener en cuenta que no tienen práctica, pues no están en situación de gastar sus cartuchos en ejercicios de tiro. Pero en general el cubano tira mal.

Los mejores soldados de la insurrección son los negros dominicanos y los blancos de Cuba: los negros cubanos hacen muy malos soldados.

No me gustan las noticias de la guerra que dan algunos periódicos, que siempre son á nuestro favor. Se lee á veces que cincuenta soldados españoles derrotaron sin bajas á cinco mil insurrectos, y otros disparates parecidos, que no *creo ninguna persona sensata*. Por mi parte, quiero que se diga la verdad *acerca de mis operaciones...*»

El efecto que estas francas declaraciones del gobernador general y general en jefe del ejército de Cuba, agravadas á los pocos días con otras más explícitas aún sobre el problema cubano, produjeron en las esferas oficiales y en la opinión pública, fué tristísimo, siendo naturalmente el principal asunto de las conversaciones por muchos días, y el objeto preferente de la atención pública.

* * *

El general Martínez Campos aplicaba con rigor las leyes de la guerra, en la lucha empeñada en la gran Antilla; pero no las infringía para ensañarse con los vencidos.

Contra el sistema del general en jefe del ejército de Cuba, único en verdad que podía tener criterio más concreto y exacto acerca de los medios que era necesario emplear para hacer la guerra y domeñar la insurrección, dado el aspecto y las proporciones que ésta había tomado, hubo un movimiento de opinión aquí y en Cuba, vigorosamente inspirado en el amor pátrio, que creyó necesario un rigor más extremado.

Nada más natural que la opinión se manifestase impaciente por vencer al enemigo, fuesen los que fuesen los medios que se emplearan para conseguirlo.

La atención universal estaba fija en el desarrollo de los acontecimientos iniciales y proseguidos por los separatistas, no menos que en la aptitud y pericia del ilustre general en jefe encargado de vencerlos en todas sus ramificaciones.

Cómo hubo de calmarse esa impaciencia de la opinión, y cómo siguieron desarrollándose esos acontecimientos provocados por el separatismo cubano, será el asunto que trataremos en la parte quinta y sucesivas de ésta nuestra histórica reseña de la insurrección cubana.



INDICE

DE LOS

sucesos narrados y comprendidos en el tomo II

PARTE TERCERA

EL FRACASO

SUMARIO

	Páginas
CAPÍTULO I.—Juicios y comentarios de la opinión sobre el suceso de Bayamo.—Preocupación del Gobierno.—Envío de nuevos refuerzos á Cuba.—25.000 hombres de todas armas.—La prensa de la Metrópoli.—Censuras á la gestión de Martínez Campos.— <i>El País</i> y <i>La Correspondencia Militar</i> .—Petición de relevo del general en jefe del ejército de Cuba y fracaso de su política en la gran Antilla.— <i>La Unión Católica</i> .—Comentarios y argumentos de los optimistas en pró del general Campos.—Dudas y nebulosidades.	5 á 18
CAP. II.—Disquisiciones y comentarios á un artículo de <i>Le Figaro</i> .—Declaraciones del embajador de los Estados Unidos, en París.—Conducta del gobierno de Washington y apatía del Gobierno español.—Lo que debiera de haber hecho nuestro Gobierno.—Visita y manifestaciones del ministro plenipotenciario de la gran República á nuestro ministro de Estado.—Desautorización de mirtre Eustis á sus declaraciones.—Opinión de Caetelar.—Organización de los separatistas cubanos en París.—El periódico socialista de París <i>L' Intransigeant</i> .—Información acerca de la situación y estado de la gran Antilla.	19 á 38
CAP. III.—Un artículo de <i>The New York Herald</i> .—Conceptos de un residente cubano, acerca de la insurrección y de los resultados de la presente rebelión.—Comentario á las declaraciones del embajador americano en París.—Informes de nuestro corresponsal en Santiago de Cuba, acerca de la marcha de la insurrección.—Noticias de Manzanillo y de Guantánamo.—Invasión del Camagüey.—Bando del <i>generalísimo</i> de los rebeldes.—Apreciaciones y conclusión.	34 á 46
CAP. IV.—Noticias de la Habana.— <i>The Times</i> .—La prensa extranjera.—Cuba española.—Impresiones y noticias del laborantis-	

	mo en Nueva York.—Derrota de Quintín Banderas.—Telegrama oficial.—El teniente coronel Tejada.—Estrategia filibustera.—Noticias del Camagüey.—Declaraciones del general Martínez Campos.—Causas de la invasión del Camagüey.—Tentativa infructuosa de los camagüeyanos.—Estado de la insurrección en la provincia de Puerto Príncipe.	47 á 62
CAP.	V.—El segundo ejército expedicionario.—25.000 hombres á Cuba.—Disposiciones para su embarque.—Telegrama oficial.—La vuelta del general Salcedo.—Varias noticias.—Despacho oficial.—La primera reserva.—Real decreto.—Alarma é inquietud.—Observaciones al acuerdo del Gobierno.—La prensa.—Cuestión grave.—Disposición del ministro de la Guerra.—Socorro á las familias de los reservistas.—Organización de las fuerzas expedicionarias.—La Compañía transatlántica.—Real orden circular del ministerio de la Guerra.—Cuerpos expedicionarios.—Reservistas y excedentes de cupo.—Por España.	63 á 80
CAP.	VI.—El capitán Gil de Avalu en busca del bandolero Matagás y su partida.—Su plan.—Alto en Larguita.—Reconocimiento.—Acto de insubordinación.—Dura reprensión del capitán Gil.—En busca del enemigo.—Agresión del guardia reprendido contra el capitán Gil de Avalu.—Herida del capitán y regreso de la columna á Rodas.—Indignación contra el agresor.—Manifestación de simpatía al herido.—Su primera cura y traslación á Cienfuegos.—Plan frustrado y elogios á los voluntarios de Rodas.—Juicio sumárisimo y terrible pena impuesta al guardia agresor.—Acción del Calmito.—Orden general al ejército de operaciones en Cuba.—El cabecilla Suárez.—Cabecillas muertos.—Misa de campaña en Sevilla.—Partida de las fuerzas de ingenieros.—Su embarque en Cádiz.	81 á 93
CAP.	VII.—Encuentro y heroico combate de Bellamota.—El bravo teniente Ravenet y su pequeña columna.—El asistente del señor Ravenet.—Abnegación y heroismo del soldado Sepúlveda.—Parlamentario.—¡Viva España!—Desesperada situación del destacamento.—Cuatro héroes.—Seis horas de fuego.—Sensibles bajas.—Columna salvadora.—Huída y dispersión del enemigo.—Un detalle.—Ataque y heroica defensa del poblado y fuerte de Tiarrriba.—El bravo teniente señor Valdivia.—Infructuosos ataques de los rebeldes.—Su retirada.—Telegrama oficial.—Noticias de nuestro corresponsal en la Habana.—Decreto del general Martínez Campos sobre imprenta.—¿Quién daría las noticias?—Un encuentro en el ingenio «Guerrero».—Los laborantes de Nueva York.—Lo que había que evitar.	94 á 107
CAP.	VIII.—Búrgos al general Santocildes.—Honras fúnebres.—Mensaje	

	de pésame.—La prensa inglesa.—Infundios filibusteros.—La prensa extranjera.—Consejo de ministros en Washington.—Comentarios y acuerdos.—Conducta y apatía del gobierno de los Estados Unidos.—Manejos de los laborantes.— Nueva expedición filibustera á Cuba.—La goleta americana <i>Carrie A. Lane</i> y un cañonero español.—El <i>Times</i> y el <i>Morning Journal</i> .—Propósitos de la Junta revolucionaria en Nueva York.—Apatía de nuestros gobernantes.—Nuestro ministro en Washington.—Decreto del gobernador general de Cuba.—Sus funestas consecuencias.—Las <i>Agencias</i> telegráficas y los periódicos extranjeros.—Lo que debiera haberse evitado.—A la publicidad con la publicidad.—Observaciones del autor.	108 á 124
CAP.	IX.—El decreto sobre ascensos de los sargentos.—Real decreto concediendo pensiones á las familias de los reservistas del 91.—Circular del ministerio de la Guerra.—Cuadro de embarque de tropas.—Buen rasgo.—Noticias particulares de la guerra.—Nuevas victorias.—Telegramas oficiales.—Triste impresión.—El resguardo de las costas de Cuba.—Análisis de la situación de los dos bandos.—La España colonizadora.—El pueblo español.—Cuba española.	125 á 140
CAP.	X.—Infundios filibusteros.—La agencia <i>Fabra</i> .— <i>The Times</i> .—Modificación de un decreto.—Censura especial.—Noticias oficiales de Cuba.—Optimismos del jefe del Gobierno.—Visita de la Junta central del partido autonomista cubano al general Martínez Campos.—Declaraciones y promesas del gobernador general de la isla.—Los españoles de la Argentina.—El contralmirante señor Delgado Parejo.—Justos elogios.—Concentración de reservistas.—Rasgo de cariño paternal.—Los reservistas de Leganés.—Patriótico deseo de la Regente.	141 á 154
CAP.	XI.—Ataque y heroica defensa del poblado de Sabana.—¡77 españoles contra 1.086 insurrectos!—El sitio.—Sin agua.—Incendio.—Abandono de la casa cuartel.—¡Viva España!—Defensa desesperada.—Cien casas quemadas.—El poblado en ruinas.—No se rinden.—La contestación de un espartano.—Muerte en perspectiva.—A romper el cerco.—El socorro deseado.—¡Salvados!—Honores al teniente Sosa.—Los paisanos.—Un héroe de doce años.—Marcha triunfal de una columna.—200.000 pesos de pérdidas.—Cuadros de miseria y horror.—¡Honor á los héroes!.	155 á 169
CAP.	XII.—Noticias de Nueva York.—Falsedades é infundios filibusteros.—Un comunicado de A. Maceo.— <i>The Herald</i> de Nueva York.—Los laborantes de los Estados Unidos.—El general Arderius.—Situación crítica del Camagüey.—Carta de Máximo Gómez.—El desembarco de la expedición Roloff-Sanchez, según los laborantes.— <i>The Morning Journal</i> .—	

	En Las Villas.—Orden circular de la comandancia militar de Sancti Spiritus.—Comentarios.—Disposiciones equivocadas.—Máximo Gómez enfermo.	170 á 186
CAP. XIII.—	La columna del general Mella.—Eu busca de Maximo Gómez.—Ligero tiroteo.—Sorpresa de una avanzada enemiga.—Cinco prisioneros rebeldes, dos muertos y varios heridos.—Siguiendo el rastro del enemigo.—En el potrero «Oriente».—El campamento de Máximo Gómez sorprendido.—Se pierde el rastro.—El enemigo desmoralizado y fatigado.—Regreso de la columna.—Puerto Príncipe.—Carta de un oficial.—Ataque y defensa del ingenio «Santa Isabel».—El enemigo se retira.—El sargento Martínez Suárez.—El parte oficial.	187 á 198
CAP. XIV.—	Incendio y destrucción.—Construcción de fortines.—El fortín del <i>Ramblazo</i> .—Su situación topográfica.—Ataque y heroica defensa del <i>Ramblazo</i> .—El bravo sargento Dominguez Garrido.—Situación desesperada.—El soldado Gonzalo Estrada.—Tres héroes.—¡Al asalto!—Disponiéndose á morir.—El tren de socorro.—¡Viva España!—Cuadro de horror.—Alegría y estupor.—Cómo llegó el socorro.—El capitán Patiño.—Traslación de los heridos y conducción de los muertos á la estación del «Lugareño».—Escena conmovedora.—El coronel Rubertí y el sargento Dominguez.—El general Mella.—El parte oficial.—Los muertos y heridos.—Recibimiento á los héroes.—Nuestras bajas.—Honores y gloria.—Once héroes laureados.—Alegría y pesadumbre del soldado Juan José Llodrá.—Plausible rasgo del general Azcárraga.	199 á 228
CAP. XV.—	Honrosa distinción á uno de los héroes del <i>Ramblazo</i> .—En el despacho del ministro de la Guerra.—El general Azcárraga y el soldado Juan Llodrá.—Honores tributados por la ciudad de Palma al heroico soldado Llodrá.—La ciudad engalanada.—En el muelle.—Las autoridades.—En el cuartel de Caballería.—En el Centro militar.—Lunch en obsequio del héroe y de sus padres.—Entusiastas y patrióticos brindis.—En el cuartel del Carmen.—Ovaciones y discursos patrióticos.—Obsequio de la comisión de auxilios á los heridos.—En la redacción del <i>Heraldo</i> .—El pueblo de Manacór á su heroico hijo.— <i>Te Deum</i> .—Festejos públicos.—Banquete en el salón de actos de la sociedad <i>Latorre</i> en honor al héroe.—Brindis y lectura de poesías.—Telegrama de agradecimiento á los generales Azcárraga y Weyler.—El soldado español.	224 á 235
CAP. XVI.—	Reservistas indisciplinados.—En Tafalla.—En Haro y Mataró.—El general Weyler.—Al castillo de Montjuich.—El Gobierno.—Castigo á los rebeldes.—El servicio militar obligatorio.—Ingenieros á Cuba.—Salida de Madrid.—Del cuartel	

- á la estación.—Despedida.—Los escuadrones de caballería.—En los cuarteles.—Banquete en el parque de Rusia.—De Madrid á Cádiz.—Embarque de tropas en Barcelona.—El vapor *Cataluña*.—Escenas dramáticas.—La revista militar de Vitoria.—Embarque de tropas en Cádiz.—Cuadro de tristeza.—Despedida del general Azcoárraga.—A las Antillas. 236 á 252
- CAP. XVII.—España á los valientes defensores de la integridad territorial.—Elogios al general Azcoárraga.—El espíritu público y el sentimiento pátrio.—Ejemplo sin precedente en la moderna historia de las naciones.—La España de hoy es la España de siempre.—Sin política.—Tregua nacional.—El pueblo español se apercebe á despedir dignamente á sus soldados.—Logroño á las fuerzas expedicionarias de artillería y caballería de Arlabán.—En Zaragoza.—El pueblo zaragozano al escuadrón del Rey.—En Llérida.—Llegada á Barcelona del tren militar.—Embarque y despedida á las fuerzas expedicionarias.—Fiesta militar al aire libre.—Varios banquetes.—Cádiz al batallón expedicionario de artillería.—Embarque y trasbordo de tropas.—A Cuba. 253 á 268
- CAP. XVIII.—El pueblo corruñés á los soldados de su región.—Suscripción popular.—Preparativos y detalles.—Banquetes.—El embarque.—Al zarpar el *Alfonso XII*.—Llegada del batallón expedicionario de Isabel II.—Al cuartel.—Agasajos á las tropas.—El general Sánchez Bregua.—Revista y arenga de despedida.—Al Campogrande.—El embarque.—*Lunch* en el *Santiago*.—Brindis.—En franquía.—Entrada en 1.^o Coruña del batallón de Burgos.—A paseo.—Despedida y embarque.—Barcelona á las fuerzas expedicionarias de la guarnición.—En los muelles.—El embarque.—A bordo del *San Fernando*.—Runbo á las Antillas.—Los cazadores de *Barcelona*.—En el cuartel del Buensuceso.—A Santa María del Mar.—Al muelle.—El embarque.—Llegada del batallón de Galicia.—A embarcar.—En el *Montevideo*.—Los muelles y el puerto.—El postrer adios. 269 á 290
- CAP. XIX.—La ciudad del Tára á los batallones expedicionarios de Mallorca, Vizcaya y Tetuan.—El cardenal Sancha.—Los trasatlánticos *San Agustín*, *Santo Domingo* y *Gran Antilla*.—Accidente desgraciado.—Prueba de cariño fraternal.—Obsequios á las tropas.—El pueblo de Madrid á sus soldados.—El batallón de Asturias.—Su brillante historia.—Escenas tristísimas.—El batallón de Canarias.—Sus tradiciones guerreras.—Hecho curioso.—El campo no admite puertas.—¡Viva España!. . . a!.—El batallón de León.—Su historia militar. 291 á 314
- CAP. XX.—Voto de utilidad.—Juicio y efecto que produjo en la isla y en el extranjero la acción de Valenzuela ó combate de Pera-

- lejo.—Juicio sobre el estado de la insurrección.—Atinadas observaciones acerca la solución del problema cubano.—Un artículo del *Diario de las Familias*, de la Habana.—Saqueo del poblado de Rojas.—El cabecilla Bolaños.—Salvajadas de los filibusteros.—La partida del bandolero Matagás.—La insurrección en la provincia de Matanzas.—Encuentro en Sabana Torres.—Los insurrectos en Santa Clara.—Incendio y destrucción.—Noticias oficiales de la campaña.—Aumento de la insurrección.—Telegramas oficiales. 315 á 328
- CAP. XXI.—Ansiedad en la opinión.—Llegada á la Península y desembarco en la Coruña del general Salcedo.—Sus impresiones acerca del estado de la insurrección.—Su entrevista con el ministro de la Guerra.—Sus declaraciones.—Cómo ha de terminar la guerra y cómo ha de empezar la paz.—La acción ejecutiva.—En tierra y en las costas.—Las reservas.—Un cuento.—La muerte de Martí.—El prestigio del general en jefe.—Intranquilidad moral.—Las guerras civiles. 329 á 346
- CAP. XXII.—El combate del «Armonía».—El teniente coronel Palanca.—Sorpresa y ocupación del campamento rebelde «Pedro Alfonso».—¡Viva España!—Ataque al poblado de Baire.—Su situación.—Importancia del combate de Peralejo.—Cómo murió el bravo general Santocildes.—El Casino Español.—Manifestación de duelo.—Emisarios insurrectos.—Despachos oficiales.—Derrota del polaco Roloff y Serafín Sánchez.—Brillante acción de «Santa Clara».—Sin noticias de la campaña.—Suspensión de operaciones.—Declaraciones del exministro de Ultramar, señor Becerra. 347 á 363
- CAP. XXIII.—Los telegramas del *Times*.—Despacho oficial.—Sin noticias.—Rumores acerca de la necesidad de enviar nuevos refuerzos á la isla.—Propósito de separación de mandos y del envío de un teniente general.—Preparativos de organización de un tercer cuerpo de ejército expedicionario á Cuba.—Problemáticos ascensos á tenientes generales.—Suspensión de hostilidades.—El periódico *The Times*.—Llegada a Puerto Rico del vapor *Cataluña*.—Datos estadísticos sobre el ingreso á filas de los reservistas de 1891.—El general Martínez Campos en la Habana.—Rumores de disidencias entre los jefes insurrectos, Gómez y Maceo.—Encuentro y combate en las minas de Motembo.—El teniente coronel señor García Rojo.—Sin noticias oficiales.—El ministro de la Guerra.—Prófugos y voluntarios.—Ataque á un convoy. 364 á 377
- CAP. XXIV.—Noticias de Santiago y Puerto Príncipe.—El periódico *La Lucha*.—Confirmación de las disensiones entre los jefes de la insurrección.—Esperanzas li-onjeras.—Voluntarios de la Habana á operaciones.—Revista en el parque de la

	India.—Arenga de Martínez Campos.—El general aclamado y vitoreado por los voluntarios y el pueblo.—Derrota del cabecilla Romeu.—Varios encuentros.—Tres guerrilleros macheteados.—Detalles del ataque á Casorro por fuerzas del <i>generálísimo</i> .—La intimación de Máximo Gómez.—Bajas del destacamento.—Rumores de dimisión del general Martínez Campos.—Un suelto de la <i>Discusión</i> .—El arzobispo de la Habana.—Gastos de la guerra.—Presentación y arrepentimiento del cabecilla Caballero.—Su manifiesto á los cubanos.—Aprehensión en la Florida de armas y municiones.—Detención de filibusteros en Wilmsphon.—Prisión de filibusteros en Filadelfia y embargo de un remolcador con cargamento de armas.	378 á 393
CAP. XXV.—	Noticias de Santa Clara y Matanzas.—Desembarco de la expedición Collazo.— <i>Congreso</i> de filibusteros en Najasa.—Proclamación del gobierno republicano de Cuba.—Nombramientos.—El periódico <i>The Standart</i> .—Las reformas del señor Maura.—Otra vez el conflicto del <i>Alliances</i> .—Importante revelación de <i>El Siglo Futuro</i> .—Declaraciones del exministro de España en Washington, señor Muruaga.—Complacencias dañosas.—Declaraciones del señor Cánovas.—Basta ya de humillaciones.	394 á 406
CAP. XXVI.—	Ataque al potrero de San Andrés.—El enemigo rechazado.—Detalles del ataque á un convoy en Vista Hermosa.—En la loma del Zanjón.—El teniente coronel don Cruz González.—¡Viva España!—El enemigo puesto en fuga.—El general Ibañez de Aldecoa.—Recuerdo histórico.—Combates de Ceja de Veracruz y Palmarito del Castillo.—Brillante acción de «Las Delicias».—La caballería carga contra el enemigo.—Fuga y dispersión de los <i>mambises</i> .—El regreso de los escuadrones.—El general García Aldave.—Acción de «La Breñosa».—El general Echagüe.—La columna del coronel Oliver.—En la loma Manaquita.—En la finca «Monteagudo».—En el ingenio «Adela».—Destrucción de un campamento enemigo.	407 á 424
CAP. XXVII.—	Ataque y valerosa defensa del ingenio «Bamona».—Intimación á sus defensores.—El ataque.—Incendio de algunos edificios de la finca.—Situación crítica de los sitiados.—Impotencia y capitulación.—Alevoso asesinato.—Socorro tardío é infructuosa persecución de los rebeldes.—Destrucción del puente de Manacas.—Ataque y heroica defensa del fuerte de Taguasco.—Incendio del fuerte.—Las bajas del enemigo.—Las del destacamento.—El combate de Altagracia.—Heroísmo del teniente Cabanilles y sus cincuenta soldados.—Fuga imprevista de los <i>mambises</i> .—Ataque á un tren.—Valerosa defensa de los siete hombres que lo custodiaban.—Escena conmovedora.—El terror de un fogonero.	

- Relación de los cabecillas muertos hasta el 21 de Agosto. 425 á 438
- CAP. XXVIII.—Orden del general en jefe sobre división militar en Las Villas.—Organización de las fuerzas de este distrito.—Instrucciones para las fuerzas que habían de operar en Las Villas.—Zonas jurisdiccionales.—Geografía de la isla de Cuba.—Situación de la isla.—Descripción de las seis provincias en que está dividida.—*Santiago de Cuba*.—Su superficie y población.—Triste privilegio del departamento Oriental.—Sus poblaciones más importantes.—Ríos que la bañan.—La Sierra Maestra.—La trocha de las Tunas.—*Puerto Príncipe*.—Su población y superficie.—Poblaciones más importantes de la provincia.—La trocha militar de Júcaro á Morón.—Sus ríos y sus costas.—*Santa Clara*.—Su extensión superficial y su población.—Las cinco villas y sus poblaciones más importantes.—Líneas férreas que surcan la provincia.—Ríos más importantes y sierras que la atraviesan.—*Matanzas*.—Sus confines.—La gran Ciénaga de *Zopata*.—Su territorio y población.—Sus más importantes poblaciones.—Red de ferrocarriles que la cruza en todos sentidos.—Ríos que la bañan.—*Habana*.—Su superficie y sus habitantes.—El puerto.—Poblaciones y ríos más importantes de la provincia.—Líneas férreas que la atraviesan.—*Pinar del Río*.—Su extensión y población.—La cordillera de los Organos.—Sus numerosos cursos de aguas.—Vegas de *Vuelta Abajo* y de *Vuelta Arriba*.—La trocha militar de Mariel á Artemisa.—*Isla de Pinos*.—Densidad de la población en cada provincia. 489 á 457
- CAP. XXIX.—Conducción de un convoy por el río Cauto.—El general Gasco.—Organización del convoy.—Distribución de las fuerzas que lo custodiaban.—La columna de protección del comandante Sánchez.—Ataque en el paso de *Aguas Verdes*.—Situación crítica del convoy.—El enemigo se retira.—Rasgos de valor.—El capitán del *Pedro Pablo*.—Una heroína.—Reuerdo de gratitud.—Nuestras bajas y averías.—Llegada del convoy á Cauto Embarcadero.—Entierro de las víctimas.—Manifestación de duelo.—En el cementerio.—¡Viva España!—Las fuerzas insurrectas.—El ingenio «*Macagua*».—Intimación del cabecilla Masferrer al dueño del ingenio.—El bravo teniente señor Cobos.—En busca del enemigo.—¡A la carga!—Heroísmo de nuestros soldados.—¡22 macheteados!—¡*Gloria y loor á los héroes de Macagua!*—La columna del teniente coronel Vázquez.—De la Habana á Quemado de Güines.—En la estación de Mata.—Al ingenio «*Macagua*».—Reconocimiento y hallazgo de los cadáveres.—En busca del enemigo.—En los montes del Seborncal.—Toma del campamento enemigo. 458 á 472
- CAP. XXX.—Incendio del caserío del Hatillo.—Alevoso asesinato de un

	ex-guardia civil.—La columna del coronel Sandoval.— Conducción de un convoy á Remanganaguas.—Los insu- rrectos atacan el convoy.—Combate de Palo Picado.—El heróico teniente señor del Toro.—Reñida acción de Des- canso del Muerto.—El teniente coronel Tejeda.—Al asalto. —Muerte gloriosa del bizarro teniente don Tomás Castro.— Batida y dispersión del enemigo.—Alto en Juan Barón.— Llegada del convoy á Remanganaguas.—Nuestras bajas. —Las del enemigo.—Nuestros heridos en el hospital mili- tar de la Habana.—Noticias de la insurrección.—Captura de la goleta <i>Pearl</i> .—Expedición filibustera fracasada.— Nuestro cónsul en Jamaica.—Aprehensión del contrabando de guerra.—Arresto del capitán de la <i>Pearl</i>	473 á 481
CAP. XXXI	La columna del coronel Canella.—En busca del enemigo.— Encuentro en <i>Tánamo</i> .—Cuatro partidas reunidas.—Ba- tida y dispersión de los rebeldes.—Nueva batida y varios encuentros.—En persecución del enemigo.—Derrota y dis- gregación de las fuerzas insurrectas.—La villa del Guaso. —Exacciones de José Maceo.—El bizarro coronel Canella y su columna.—En marcha á Ramón de las Yaguas.—A la Pimienta.—El enemigo.—Glorioso combate de Sao del In- dio.—Ocho horas de lucha desesperada.—Destrucción del campamento enemigo.—Nuevo combate en «Filipinas».— Regreso á Guantánamo.—Nuestras bajas.—Las del ene- migo.—Los dos hermanos Maceo con 3.700 rebeldes.—El parte oficial.—Entrada triunfal de la columna vencedora en la plaza de Guantánamo.—El primer batallón de Si- mancas.—Orden general del día 2 de Septiembre.—Felici- tación al coronel Canella.—Su historia militar.	492 á 517

PARTE CUARTA

EL RELEVO

CAPÍTULO I.—La dinamita en la manigua.—Salvaje y brutal atentado contra un tren militar.—La guerra de Cuba quedó definida.—Carácter de la dañina y criminal insurrección.—Doble fiasco del problema cubano.—Protestas de la opinión contra la política del general Martínez Campos.—Matanzas amenazada.—El espíritu nacional se rebela contra Martínez Campos y pide su relevo.—Guerra de bandidaje é incendio.—A lo que *tiraba* el general mulato y sus sectarios.—Objeciones de sus amigos los *yankees*.—Cuestión de yantar.—Complacencias del gobierno de Washington.—Nuevos desem-

- barcos filibusteros en la isla.—Despacho de la Florida.—Otro telegrama.—La revista *The Farem*.—El *Hasper's Weekly*.—La opinión en contra del primer pacificador de Cuba.—El poder de España.—17 barcos y 25.000 hombres á Cuba. 521 á 534
- CAP. II.—Ataque á un convoy.—Llegada á la Habana del *Antonio López*.—Despacho oficial.—Planes y resoluciones del general en jefe.—Arribo á la isla de las fuerzas de la segunda expedición militar.—La columna de San Quintín.—¿Nuevos refuerzos á Cuba?—Información oficial.—Desastre en Campechuela.—Imprevisión y heroísmo.—Páginas sangrientas.—El bravo y malogrado capitán Sánchez.—Lucha horrorosa.—Columna de auxilio.—Las víctimas de la arteria *mambí*.—Aprehensión de una expedición filibustera.—Los expedicionarios. 535 á 545
- CAP. III.—Ataque é incendio del poblado de Amaro.—Situación del pueblo.—Intimación.—Respuesta de un español.—¡Fuego!—Las pérdidas.—Horrible cuadro.—Desolación y miseria.—Las partidas.—El destacamento.—Noticias del teatro de la guerra.—Impresiones de una excursión por la provincia de Matanzas.—Voladura del fuerte de Managuítas y varios incendios.—Ataque de Raselles.—Ataque del Condado.—Heróica defensa del destacamento.—Situación crítica.—Columna en su socorro.—Alegría del pueblo.—Desolador espectáculo.—La columna del comandante Anibal.—Varios encuentros y combates.—Victoria y destrucción de dos campamentos enemigos. 546 á 556
- CAP. IV.—Dos fechas memorables.—Golpe terrible.—Complacencias de nuestro Gobierno.—Parquedad y comedimiento del *Tío Sam*.—Munificencia de nuestros ministros.—Acreas censuras de la opinión.—Responsabilidades que exigir.—Funesto precedente.—A espaldas del Parlamento.—¿Para qué existían las Cortes?—Historial del asunto.—Embargo de los bienes de la sociedad Mora Hernandez.—Como estaban los bienes de Mora antes de confiscarlos.—El movimiento de Yara.—Mora traidor á la patria.—Avalancha de acreedores.—La resolución del concurso.—Liquidación general de los bienes.—Lo que valían éstos y lo que pagó España.—85.000 pesos fuertes por honorarios de un letrado.—Todas las fincas perdidas; todas las fincas rematadas.—Un recuerdo.—La comisión de arbitraje.—Por que se desestimó la demanda.—La ciudadanía de Mora.—Pago anticonstitucional.—Nuestro silencio.—Reorganización del ejército de operaciones en Cuba. 557 á 573
- CAP. V.—Gravísimos sucesos.—Graves noticias de la isla.—Despachos oficiales.—Destrucción del campamento rebelde de la «Gran Piedra».—El campamento insurrecto de Arroyo Blan-

	co destruído por la columna del teniente coronel Segura.— Muerte del cabecilla Gabino Vazquez.— Fuerza y política.— El general en jefe del ejército de Cuba.— El jefe del gabinete.— Demanda de la opinión.— Acción y pensamiento.— Declaraciones del presidente del Consejo de ministros.— Hechos contradictorios.— Argumentación.— Problema á resolver.— La guerra es con los filibusteros, no con el país cubano.— Deducciones.— Hay que distinguir.— Con la guerra una política liberal y expansiva.	574 á 588
CAP.	VI.— Informes é impresiones acerca del espíritu y estado de la opinión en Cuba.— Las reformas y la insurrección.— Situación de las provincias invadidas por los insurrectos.— La zafra.— Planes del general en jefe.— Augurios favorables.— Condiciones de la paz.— La impunidad de los desembarcos.— Elogios á Martínez Campos.— Los rebeldes en Matanzas.— El partido de Unión Constitucional.— Combate y victoria.— Despachos oficiales.— Manifestaciones del general Martínez Campos al ministro de la Guerra.— Llegada de la segunda expedición militar á Cuba.— Nuestras fuerzas en la isla.— 80.000 hombres de todas armas.	589 á 596
CAP.	VII.— Duelo nacional.— Dolorosa y horrible catástrofe en la Habana.— El naufragio del crucero <i>Sánchez Barciztegui</i> .— La primera noticia del siniestro.— Acuerdo ministerial.— Horrible impresión en la Península.— Despachos oficiales. Nuestros telegramas.— Indescriptible emoción.— Manifestación general de duelo.— Nuestra marina de guerra.— Duelo en la marina española.— Tristes memorias.— Eterna historia del progreso humano.	597 á 613
CAP.	VIII.— Causas del siniestro.— Desgracia inevitable.— Tristes consideraciones.— La versión más exacta de la horrible catástrofe.— Salida del Puerto de la Habana del <i>Barciztegui</i> .— Vapor á la vista.— Accidente en la máquina eléctrica.— En completa obscuridad.— El <i>Mortera</i> .— El choque.— El ayudante señor Gastón y el oficial señor Junco.— El comandante del crucero.— ¡A pique!— El general Delgado y Parejo.— ¡A fondo!— Supremo momento de confusión.— Detalle horrible.— El abordaje del <i>Mortera</i> .— Detalles horripilantes del siniestro.— El capitán del <i>Mortera</i> .— Opinión autorizada.— Explicaciones del comandante general interino del apostadero de la Habana acerca de la colisión entre los dos buques.— Noticia sensacional.	614 á 630
CAP.	IX.— Las víctimas del naufragio.— Relación de fallecidos.— El pueblo de la Habana en peregrinación á la capilla ardiente.— El entierro.— Solemne manifestación de duelo.— El sepelio.— El contralmirante Delgado y Parejo.— Recuerdo.— El comandante del <i>Barciztegui</i> , señor Ibañez Valera.— Hecho honroso.— Don Faustino Martín Díaz, médico del crucero	

- náufrago.—El alférez de navío don Abelardo de Soto.—El contador de fragata don Gabriel Pueyo.—Triste detalle.—El crucero *Sánchez Barcáiztegui*.—El vapor mercante *Conde de la Mortera*.—¡Honor á la memoria de las desventuradas víctimas del siniestro! 631 á 641
- CAP. X.—El pueblo de la Habana á las tropas expedicionarias.—Aspecto de la capital á la llegada de las tropas.—La bahía de la Habana.—El desembarco.—Al cuartel.—En el tránsito.—Espectáculo conmovedor.—¡Viva España!—Martínez Campos en la Habana.—Banquete en el «Casino Español» en honor de la oficialidad de los batallones expedicionarios.—Discurso del capitán general y general en jefe del ejército de Cuba.—Sus brindis.—Estado de la campaña.—Información de nuestros corresponsales en la isla.—Un artículo de *The Times*.—Declaraciones del señor Cánovas.—Nuevos y necesarios refuerzos á Cuba.—Estado de la cuestión cubana. 642 á 657
- CAP. XI.—Noticias alarmantes de la isla.—Situación crítica.—Incendio de fincas.—Expediciones filibusteras.—La Junta de laborantes en Nueva York.—El gobierno de Wilmington.—Absolución de filibusteros.—Consideraciones acerca de la actitud y tolerancia del Gobierno de los Estados Unidos.—Mensaje á su presidente.—Informes de nuestro corresponsal en la Habana.—Conspiración y prisión de filibusteros en Santiago.—Noticias de la campaña.—Real orden á los presidentes de las Audiencias de Cuba.—Presentación del cabecilla Betancourt. 658 á 671
- CAP. XII.—Heroísmo del bravo teniente Sesma y Fernández.—Dolorosa sorpresa en Palma Sola.—Cinco guardias macheteados.—Abnegación y heroísmo del cabo Morejón.—¡Sesenta horas de marcha!—Acción del Guayabal.—Quebrante y dispersión de la partida de A. Maceo.—La columna del teniente coronel Rubín.—Muerte del cabecilla Legón.—El médico don José López Castro.—Incendio y voladura.—Encuentros y escaramuzas.—Impresiones acerca del estado general de la insurrección.—El problema cubano y su solución.—Situación y actitud del partido autonomista de Cuba.—Opinión general del país. 672 á 688
- CAP. XIII.—Nueva catástrofe.—El naufragio del *Colón*.—Telegramas.—Detalles del siniestro.—Caso de fuerza mayor.—Despachos oficiales.—La prensa.—Nuestro ruego.—Consideraciones.—Nuestros marinos.—El crucero *Cristóbal Colón*.—Los bajos de los Colorados.—Varios encuentros.—Interview con el general Martínez Campos.—Declaraciones del gobernador y capitán general de Cuba. 689 á 703
- CAP. XIV.—Combate en Sagua.—Muerte de los cabecillas Morales y Zúñiga.—Varios encuentros.—Los insurrectos batidos y disper-

	<p>soa.—El diario de la guerra.—Mas seriedad.—Nueva partida de separatistas.—La rebelión en la provincia de la Habana.—Efectos del ciclón en Vuelta Abajo.—Telegramas oficiales.—Detalles del desastre.—Recursos á Pinar del Rfo.—El general Gómez Imaz.—Ultimas noticias del naufragio del <i>Colón</i>.—El nuevo comandante general del apostadero de la Habana.</p>	704 á 716
CAP. XV.	<p>—Incendio del caserío de Altamira.—La sorpresa de Palma Soriano.—La guerrilla de Antequera y el escuadrón del Rey.—La pena del Talión.—Tiroteos, incendios y ataques.—La columna del general Valdés —Aspecto general de la campaña.—El ministro de Marina.—Los buques de la trasatlántica.—El problema de Cuba.—Carta de la gran Antilla.—El teniente Ruiz y el cabecilla Cantero.—Justicia de los <i>libertadores</i>.—Otras noticias.—Derrota de los insurrectos en Sierra Jiquibá.—El teniente don José Martínez Campos.—Ataque a El Cristo.—En el hospital militar de Trinidad.—Descarrilamiento de un tren.—La columna del teniente coronel Souza.—Salvajada filibustera y bárbaro atentado contra el tren de de la línea de Remedios á Placetas (Santa Clara).</p>	717 á 731
CAP. XVI.	<p>—Apresamiento por los insurrectos de un pailebot armado en guerra.—La primera noticia.—Sombrero en la península y conjeturas en la opinión.—Reflexiones.—Detalles del triste suceso.—El comandante del pailebot <i>Dos de Mayo</i>.—Juicio sumarsimo.—Despacho oficial.—Penosa impresión.—El general Beranger.—Las dos versiones acerca del suceso.—La dotación del <i>Dos de Mayo</i> á la Habana.—Anulación de la sumaria instruída en Santiago de Cuba.—El Consejo de guerra.—La acusación.—La defensa.—El procesado.—El fallo.—Despacho oficial.—Comentarios de la opinión.—Exposición de hechos según la resultancia del proceso.—El teniente Gallegos en la Península.—Sus manifestaciones á su llegada á Cadiz.</p>	732 á 751
CAP. XVII.	<p>—Declaraciones del general Mella.—Condiciones de la actual guerra en Cuba.—Situación de los principales jefes de la rebelión separatista.—Espíritu del Camagüey.—Estado de la insurrección en el distrito de Puerto Príncipe.—Maceo y Máximo Gómez.—Banlo del general en jefe.—Reñido combate en «Santa Rita».—Presentaciones y varios encuentros.—En las lomas de Daiquirí.—Llegada de prófugos indultados á Santiago de Cuba.—Aparición y disolución de una nueva partida.—La insurrección no encontró eco en Vuelta Abajo.—Tropas de Puerto Rico á Cuba.—Varias noticias.—Síntoma satisfactorio.—Carta de Nueva York.—Bajas de nuestro ejército en Cuba.</p>	752 á 767
CAP. XVIII.	<p>—Noticias de la campaña.—El diario de la guerra.—Despa-</p>	

- chos de la Habana.—Encuentro en Paso Roble.—Los cañoneros *Alcedo* y *Alonso Pinzón*.—En Monte Cajuro.—Destrucción del campamento rebelde.—Muerte del bandido Lemus.—Sorpresa en el ingenio «Begoña».—Escaramuza en «Loma Ternero».—Prisiones en Cárdenas.—Procedimiento criminal y detención de 34 *pacíficos*.—El proceso Sanguili.—Las benevolencias del general.—Desaparición de Calixto García.—Remembranzas.—A París.—A la manigua.—Provechosa enseñanza. 768 á 797
- CAP. XIX.—Noticias de Oriente.—Varios encuentros.—Inacción del *generalísimo* Gómez.—Sus causas.—Ataque al campamento rebelde del Guananicar.—Encuentro en Costa Blanca.—En San Juan de los Reyes.—En la loma del Palenque.—El cabo Pedro Ocaña López.—Brillante victoria de 40 guardias contra 140 rebeldes.—Encuentro en Algodones.—Muerte del cabecilla Cruz.—En Cantoneros.—Efecto de los despachos de Cuba.—Exageraciones censuradas.—Telegramas de la Habana.—Detalles de un descarrilamiento. Hecho censurado.—El inspector Trujillo.—Destitución de catedráticos.—Un cura insurrecto.—Noticias particulares de la isla.—La beligerancia de los insurrectos.—El *Journal des Debats*
- CAP. XX.—Los telegramas de la Habana.—Resultados contraproducentes.—Dudas de la opinión.—Sin noticias de la campaña.—Consejo de ministros.—Encuentros sin importancia.—Furioso ciclón.—Sus terribles efectos.—Paralización de las operaciones de guerra.—Impaciencias de la opinión.—Audacia de los filibusteros.—Declaraciones del general Martínez Campos.—Importancia de la rebelión.—Los planes del general.—Gomez y Maceo.—Las fuerzas insurrectas.—Las noticias de la guerra.—Sus efectos en la Península. 798 á 809

